

CHRISTINE KABUS

La
isla
de los ❄️
glaciares
azules

Dos mujeres, un paisaje impresionante en el Ártico.
Un oscuro secreto oculto bajo el hielo durante décadas.

E



LA ISLA DE LOS GLACIARES AZULES

Christine Kabus

Traducción de Paula
Aguiriano



Créditos

Título original: *Insel der blauen Gletscher*

Edición en formato digital:
mayo de 2015

Traducción: *Paula Aguiriano*
© 2015 by *Bastei Lübbe AG,*
Köln

© *Ediciones B, S. A., 2015*
Consell de Cent, 425-427
08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

D.L.B.: 9786-2015

ISBN: 978-84-9069-098-7

Conversión a formato digital:
www.elpoetaediciondigital.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la

*distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo
públicos.*

A Traute

Spitsbergen (Isla principal del archipiélago Svalbard)



Nombres alternativos

Krossfjord - Cross Bay - Kreuzbai

Kongfjord - King Bay

Isfjord - Eisfjord



Svalbard

• isla del Oso

Atlántico Norte



¡Lo cierto es que debería ser obligatorio para todo el mundo pasar un año en el Ártico! Así todos aprenderíamos lo que es importante en el mundo y lo que no lo es. Lo esencial y lo

que cuenta en la vida. ¡Todos
nos veríamos reducidos a
nuestra medida natural!

CHRISTIANE RITTER,
Una mujer en la noche polar,
1938

Ni siquiera un poeta genial
encontraría palabras para
describir este paisaje natural.

Ya que sobre él planea algo
que no es posible transmitir con
la lengua.

ADOLF MIETHE,
*En dirigible hacia
Spitsbergen, 1911*

**LA ISLA DE LOS
GLACIARES AZULES**

Personajes

1907

Familia Berghoff

Gustav Berghoff (59) ∞
Irmhild (48), de soltera
Hardenrath
Emilie (21)
Friedrich (26), casado con
Klothilde (23)

Maximilian (Max) (19)

Tía Franziska (Fanny) (52),
de soltera Hardenrath, ∞

Adrian (Addy) von Spilow (55)

Abuela Hedwig Hardenrath

Participantes de la expedición

Spitsbergen

Beat Späni (50), geólogo de
Basilea

Antonio Lancetta (40),
meteorólogo de Bolonia

William Lewis (25),
ornitólogo de Newcastle

Leonid (52), un ruso
silencioso

Ottokar Poske (30), un
alférez alemán

Sargento Kuhn (45)

Arne Koldvik (27), trampero
en Spitsbergen

2013

Familia Keller

Hanna (45), de soltera Vogel,
reportera de viajes

Mia (20), su hija, estudiante
universitaria

Lukas (18), su hijo, estudiante
preuniversitario

Thorsten (48), su marido,
directivo

Kåre Nybol (54), investigador polar

Leif (60) y Line (58),
geobiólogos; su hijo Bengt
(30), meteorólogo y piloto

Prólogo

El telón se alzó y descubrió varias parejas que bailaban al son de un vals bajo una enorme araña de cristal. Los escenógrafos habían logrado evocar con medios más bien escasos el ambiente festivo de una sala de baile de *fin de siècle*. La cálida iluminación, que recordaba a la luz de las velas,

hacía brillar los adornos dorados de las paredes y los cordones de las pesadas cortinas de terciopelo que enmarcaban las grandes ventanas del fondo. Los bailarines llevaban fracs y sombreros de copa; sus compañeras, vestidos muy ajustados a la cintura, guantes largos y peinados cardados tocados con sombreros de plumas y flores. Hanna, sentada en el palco principal del Teatro Nacional de Núremberg, contemplaba fascinada los elegantes movimientos, los gráciles saltos y piruetas de las

parejas, que apenas parecían tocar el suelo.

Poco después se entremezclaron en la música las pulsaciones de un metrónomo, que confirieron a la acompasada coreografía un matiz estático y provocaron en Hanna un vago sentimiento de angustia. Una bailarina de vestido azul claro también parecía haberse cansado de la danza ceremoniosa, ya que se liberó de su pareja, se quitó el sombrero y los guantes, se soltó el moño y sacudió sus largos rizos. Flotó graciosamente de

puntillas por todo el escenario, intentó tocar a saltos los cristales tallados de la lámpara, e imitó a modo de burla los gestos formales de los demás bailarines.

El escenario giró y apareció la plaza ante el edificio de la sala de baile. Las siluetas de las parejas de bailarines se dibujaban como sombras tras las ventanas intensamente iluminadas. El escenario en primer plano estaba sumido en un azul crepuscular. En la música del romanticismo tardío que llegaba amortiguada desde

el salón se mezclaban sonidos expresionistas y ritmos caprichosos. Apareció un grácil bailarín vestido con un ajustado maillot oscuro y un gorro que ocultaba su pelo. Revoloteaba por todo el escenario con tanta intensidad y dinamismo que Hanna se irguió involuntariamente y siguió sus expresivos movimientos y amplios saltos sentada al borde de su asiento. La alegría de vivir y la pasión que irradiaba la hechizaron y despertaron en ella una nostalgia que no era capaz de expresar con palabras.

El escenario volvió a girar y de nuevo apareció el baile, en el que las parejas habían tomado posición para una danza de salón. El tono cálido había dado paso a una luz deslumbrante casi insoportable que iluminaba cada rincón. La bailarina de pelo rizado escapaba de nuevo, pero esta vez su pareja la atrapó y la volvió a colocar en su sitio. Ahora los demás bailarines también se preocupaban de que no se saliera de la fila. La creciente angustia con la que luchaba por liberarse y huir

hacia las ventanas conmovió a Hanna. No pudo evitar recordar el mirlo que había entrado una vez en su dormitorio y había revoloteado nervioso buscando una salida hasta que Hanna había logrado por fin dirigirlo hacia la ventana.

Mientras Hanna aún sufría con la bailarina y deseaba que su huida tuviera éxito, el escenario giró de nuevo hacia la plaza azul, en la que la atmósfera también estaba cambiando. La luz era más fría y creaba un ambiente

desapacible y amenazador. El delicado bailarín parecía cada vez más perdido e indefenso. Las notas disonantes y los cambios abruptos de tempo ahondaban en esta impresión y aceleraban los latidos del corazón de Hanna. La soledad del bailarín, que lanzaba repetidamente miradas anhelantes hacia el salón de baile, la emocionaba.

El escenario volvió a girar hacia el interior del edificio. Las parejas habían dejado de bailar y se habían colocado ante las ventanas como un muro para

impedir que la bailarina de cabello rizado se acercara a ellas. Como en una carrera de baquetas, se la empujaban unos a otros.

Un último cambio de escena condujo a la plaza, en la que el bailarín quería acudir en auxilio de la bailarina y comenzaba a escalar la fachada del edificio. Era demasiado lisa. Resbalaba, caía al suelo, se levantaba a duras penas y trataba de alcanzar el alféizar de la ventana con saltos cada vez más arriesgados. Hanna observaba conteniendo el aliento su

creciente desesperación y la comprendía físicamente.

Finalmente cogió una piedra grande y la lanzó contra un cristal. Se oyó un crujido. El escenario se oscureció de pronto. La música se interrumpió durante un par de compases. En el público también reinaba un tenso silencio.

Sonó un violín vacilante. Un haz de luz se iluminó, buscó errante por el suelo y se detuvo sobre un vestido azul claro. El delicado bailarín salió raudo de la oscuridad y lo levantó, lo

apretó contra el pecho y giró sobre sí mismo con una sonrisa feliz. La orquesta comenzó a tocar, una melodía de gran lirismo fue en aumento. El bailarín volvió a sus enérgicos movimientos. Giraba sobre su propio eje cada vez más deprisa y finalmente se arrancó el gorro de la cabeza con una sonrisa triunfal. Unos largos rizos cayeron sobre su espalda.

A Hanna se le heló la respiración y parpadeó desconcertada. En ese momento comprendió que era la misma bailarina la que había bailado

ambos papeles. Aturdida aún por la emocionante función, se unió al aplauso ensordecedor en el que se entremezclaron varios gritos de «bravo».

1

Elberfeld, mayo de 1907

Emilie recibió la primera serenata de su vigésimo primer cumpleaños de la curruca que este año había vuelto a construir su nido en la pérgola cubierta de lilas que había tras la casa. Abrió los ojos y escuchó durante unos instantes

la alegre melodía, acompañada por las campanadas de una iglesia del norte de la ciudad. Las seis. Emilie apartó el edredón de plumas y balanceó las piernas sobre el borde de la cama. En dos pasos alcanzó la ventana, corrió las pesadas cortinas de terciopelo y se asomó.

El jardín aún estaba en penumbra, mientras el sol naciente iluminaba el cielo y hacía brillar los capullos rosados en las ramas más altas del magnolio que crecía en el centro de una glorieta de

césped. En el aire fresco flotaba el olor a tierra mojada, mezclado con un toque de aroma a lila y el humo especiado de una hoguera, que probablemente acababa de ser avivada por la ayudante de cocina.

Emilie se apartó de la ventana, se quitó el camisón, se puso descuidadamente el vestido de casa de algodón gris claro que había preparado antes de irse a dormir, y deslizó los pies en un par de botines gastados. El aseo matutino tendría que esperar. Se pasó ambas manos por el

cabello castaño oscuro, que le llegaba a la mitad de la espalda, y se lo ató con un lazo en una cola de caballo floja. De camino a la puerta echó un vistazo al espejo del tocador que había en la pared frente a la cama. Como todos los demás muebles de su cuarto, estaba pintado de blanco y adornado con unas flores azul pálido; un estilo que hacía diez años le había parecido precioso. Al igual que el papel pintado con mariposas, con el que también estaban cubiertas las habitaciones de la casa de muñecas que, junto con

sus pequeños habitantes, esperaba en vano en una esquina a que alguien jugara con ella.

Para una joven que aquel día se convertía en mayor de edad, la estancia era decididamente demasiado infantil. El padre de Emilie, a quien había estado atosigando por este tema durante semanas, estaba de acuerdo. Sin embargo, no estaba dispuesto a reamueblarla. Si de Gustav Berghoff dependiera, su hija se casaría pronto, fundaría su propio hogar y tendría la oportunidad

que buscaba para decorarlo a su gusto.

Al pensar en ello, Emilie frunció las cejas, que muy a pesar de su madre no se curvaban en finos arcos, sino que crecían rectas y pobladas sobre sus ojos. Las mejillas rojas, los rasgos proporcionados y ligeramente angulosos y la constitución musculosa de Emilie tampoco se correspondían precisamente con la imagen ideal de una hija de la alta sociedad que Irmhild Berghoff tenía en mente: una criatura graciosa de figura

delicada, rostro en forma de corazón y tez pálida. Solo los ojos llenos de vida, que relucían en tono castaño dorado, y el cabello tupido y brillante reconciliaban a la madre con el aspecto de su hija. Emilie sacó la lengua a su imagen en el espejo, cogió una toquilla de lana, abrió la puerta con cuidado y echó un vistazo al pasillo.

A esta hora tan temprana en el primer piso de la villa de los Berghoff reinaba la tranquilidad. Su padre, cuyo dormitorio estaba situado al

final del pasillo, se levantaría hacia las siete y, después de un breve desayuno, haría que lo llevaran en coche a su fábrica. Con su madre no podía contarse antes de las nueve. De todas maneras Emilie debía andarse con cuidado. Nadie tenía por qué saber que no estaba en la cama. Se deslizó hacia la escalera, que conducía al vestíbulo dibujando un semicírculo a lo largo de la pared, y se detuvo en el tramo inferior para escuchar de nuevo con atención. El leve golpeteo que llegaba desde el ala del

servicio le reveló que los preparativos del desayuno estaban en marcha. El aroma a grano de café recién molido inundó su nariz. Durante un instante estuvo tentada de permitirse tomar una taza en la cocina y dejar que Else, la cocinera, le diera una gruesa rebanada de *blatz*, un pan trenzado con pasas. No, mejor no. El riesgo de encontrarse allí con el ayuda de cámara de su padre o, peor aún, con la doncella de su madre era demasiado grande. Si bien Else y la ayudante de cocina

callarían y no desvelarían a los señores la excursión matutina de la señorita, los otros dos no guardarían el secreto de Emilie. Al menos la doncella de su madre no desperdiciaría la oportunidad de servir a Irmhild Berghoff con el desayuno, que le llevaba a la cama durante la semana, la noticia fresca de la última escapada de su desobediente hija, arrugando la nariz y sacudiendo la cabeza con desaprobación. La idea que ella tenía sobre cómo debía comportarse una joven dama de la alta sociedad era aún más

estricta y soberbia que la de su señora.

Emilie cruzó el vestíbulo y abrió la puerta de la sala de fumar, cuya ventana, al igual que la del vecino comedor, daba al jardín, mientras que el gran salón estaba orientado hacia la calle. La biblioteca, como le gustaba llamar a su madre al pequeño cuarto con paredes revestidas de madera —por las estanterías con los clásicos de la literatura alemana, que veían transcurrir allí su inadvertida existencia—, rara vez se utilizaba. Esta sala únicamente

cumplía con su verdadero cometido en las veladas en las que los Berghoff recibían invitados. Por deferencia a su mujer, a quien el olor a humo de puro frío le provocaba dolor de cabeza, Gustav disfrutaba de sus habanos fuera de la casa, en su oficina al final de un largo día de trabajo o durante las conversaciones con hombres de negocios, con los que solía reunirse en el restaurante del hotel Kaiserhof, el mejor establecimiento de Elberfeld, una próspera metrópolis industrial de Bergisches Land.

Emilie era la única que visitaba la biblioteca con regularidad. No precisamente porque fuera un ratón de biblioteca, sino por la ventana corrediza que ya desde niña le había permitido huir al jardín y al parque vecino sin ser vista.

Antes de salir, Emilie rodeó la butaca de cuero que había en el centro de la sala para llegar a la vitrina, colocada contra la pared enfrente de la estantería. Tras los cristales relucientes de la mitad superior resplandecían copas y decantadores tallados en los que el señor de la casa

hacía servir vino de Oporto, jerez o coñac a sus invitados después de las cenas de celebración. Emilie abrió un cajón de la parte inferior del armario, sacó un grueso puro de una caja de madera y se lo metió en el bolsillo del vestido. Un instante después corría por el jardín hacia los setos de rododendro que crecían en la parte trasera. Apartó un par de ramas y se deslizó tras la pared vegetal. Un sendero apenas perceptible conducía a una valla de gran altura que rodeaba la finca. Muchos años atrás Emilie

había descubierto jugando una tabla suelta al abrigo de los arbustos perennes, y con ella la posibilidad de alejarse del jardín en secreto. Apartó la tabla, se escurrió por el hueco hacia el otro lado y entró corriendo al bosque poco tupido que se extendía ante ella.

La villa de los Berghoff estaba situada en el extremo superior del barrio de Brill, justo al lado del parque de la ciudad, que cubría la cumbre de la colina de Nützenberg, de apenas trescientos metros de altura. En su falda oriental se habían

instalado en las últimas décadas un gran número de industriales después de que el valle del Wupper, densamente poblado, ya no ofreciera espacio suficiente para viviendas privadas de dimensiones generosas con jardines. La necesidad de escapar de los humos de las innumerables chimeneas de las fábricas y el deseo de disfrutar de la tranquilidad llevó a las autoridades de la ciudad a crear un nuevo barrio residencial para la alta burguesía de Elberfeld. La ubicación junto a

Nützenberg resultó ser ideal: cerca de una gran zona verde y al mismo tiempo protegida del viento del oeste, que transportaba las emanaciones de las grandes instalaciones de la industria química y textil.

Gustav Berghoff había hecho construir su villa, que con sus torrecillas, voladizos y balcones recordaba a un castillo medieval, poco después de que Emilie naciera. Ella ya no recordaba la antigua casa abajo en el valle en la que había pasado su primer año de vida, situada junto a la empresa de

ingeniería en la que su padre había comenzado como aprendiz cuando aún era una pequeña manufactura de herramientas. Diez años más tarde Gustav se había hecho cargo del taller y en poco tiempo lo había convertido en un próspero negocio. Hacía tiempo que la vieja casa había tenido que dejar sitio a nuevas naves.

El concierto matutino de los innumerables carboneros, petirrojos, camachuelos y otros pájaros cantores acompañó a Emilie en su ascenso a la cima

de Nützenberg. Los árboles del bosque pronto quedaron atrás y dieron paso a un parque abierto en la década de 1870 por la Asociación de Parques y Jardines de Elberfeld. Dos ardillas se perseguían entre las ramas de una enorme haya, una musaraña hacía crujir el follaje marchito del año anterior y sobre las copas de los árboles volaban en círculos dos ratoneros cuyos chillidos despertaron en Emilie un vago anhelo. Se recogió la falda del vestido y echó a correr. Disfrutó de aquel movimiento

rápido que le permitió sentir su cuerpo y le activó la circulación. Se apartó del camino de grava y cruzó un prado. El rocío de la hierba le empapó los zapatos. Saltó traviesa por encima de los arbustos de baja altura que había al final del césped y unos instantes después llegó a su destino: el alto de Kaiserhöhe, en el que se alzaba un torreón mirador. Frente a él había una pequeña casa hacia la que se dirigió Emilie.

Poco antes de que la alcanzara, la puerta se abrió y

un hombre de mediana edad con gorra inglesa y un largo delantal salió por ella. Cuando vio a Emilie, su rostro esbozó una sonrisa enmarcada por unas enormes patillas. Ella lo saludó con la mano, contenta por haber llegado antes de que el jardinero del parque saliera a hacer su ronda matutina, recoger desperdicios, recortar setos, rastrillar los caminos de grava y cumplir con otras tareas. Más tarde cambiaría el delantal y la gorra por un sencillo uniforme y desempeñaría su segunda labor

como vigilante.

—Buenos días, señorita Emilie —dijo con su fuerte acento de Elberfeld, y saludó con su gorra.

—Buenos días, Anton —respondió ella—. ¿Qué tal?

Él farfulló algo incomprensible. Por su gesto relajado y su tono dedujo que estaba contento. Anton no era hombre de muchas palabras. Señaló la torre y miró a Emilie interrogante. Ella asintió, sacó el puro y se lo dio. Los ojos de Anton se iluminaron. Lo olisqueó sonriendo de placer

antes de guardarlo en el bolsillo del delantal. Al sacar la mano sostenía en ella una llave que tendió a Emilie.

— Muchas gracias. Después la dejaré bajo la maceta del medio — dijo ella y señaló un alféizar sobre el que había varios recipientes de arcilla.

Anton le guiñó un ojo con sonrisa cómplice, se echó al hombro un rastrillo que había apoyado en la pared de la casa, cogió un cubo y se alejó con andar pesado.

Emilie corrió hacia la torre de piedra gris y subió a saltos la

escalera que formaba un arco hasta la entrada de la parte posterior. Al entrar echó un vistazo al escudo de la ciudad de Elberfeld, grabado en arenisca roja con el león de cola doble, que coronaba la inscripción del donante. Diez años atrás el fabricante de botones Emil Weyerbusch, que, al igual que Gustav Berghoff, era miembro del consejo municipal, había hecho construir aquel torreón mirador para sus conciudadanos. La versión anterior de madera estaba en ruinas y había sido

demolida. Su escalofriante tableteo en noches de tormenta le había granjeado el nombre de Torre del diablo, y pocos se atrevían a subir a ella.

De niña Emilie había estado firmemente convencida de que estaba habitada por hombres lobo. Había sentido agradables escalofríos al escuchar absorta a su abuela, la madre de su padre, contar leyendas y mitos de la zona y llenar el mundo de su nieta con toda clase de duendes, damas blancas, enanos y monstruos. Para gran disgusto de Gustav e Irmhild Berghoff,

que no veían con buenos ojos que estimulara aún más la imaginación de su hija, ya muy desarrollada. Los hombres lobo eran lo que más fascinaba a Emilie. La idea de convertirse en un animal era tentadora.

En cambio, la sucesora de piedra de la torre encantada gustaba mucho a los ciudadanos y a los excursionistas, y también a su donante, que había erigido así un monumento que perduraría. Emilie aún recordaba perfectamente el gesto amargado con el que su madre

había asistido a la fiesta de inauguración. Si de ella hubiera dependido, los ceremoniosos discursos se habrían dedicado a la generosidad de su marido. Tras haberle pedido en vano que perpetuara su figura con una donación similar, lo había castigado durante días por su negativa con miradas de reproche y gélidos silencios, y cada vez más molesta por no poder lograr que Gustav cediera.

Aquello era algo que Irmhild raras veces experimentaba. Hija de un apreciado comerciante de

Colonia, estaba acostumbrada a salirse con la suya; en caso necesario, con ayuda de sus fuertes ataques de migraña. Emilie observaba con una mezcla de incredulidad y fascinación cómo su padre cedía y se ablandaba una y otra vez. Hasta el momento no había averiguado si su padre realmente creía en los dolores de cabeza de su esposa — que sufría regularmente cuando llegaba al límite de sus artes persuasivas— o cedía para restablecer la paz en el hogar. Tanto más notables eran las

raras ocasiones en las que el sufrimiento de Irmhild no alcanzaba el objetivo deseado. Gustav Berghoff no se planteaba financiar una construcción, en su opinión inútil, con el único propósito de perpetuar su nombre. Prefería dedicar su dinero, siempre que no lo reinvirtiera en su empresa, a viviendas bien equipadas para sus trabajadores o a instituciones sociales. Consideraba que era su deber ayudar a los desfavorecidos o proporcionar una buena vida a sus empleados. Hacer que lo

honraran en público por ello le repugnaba profundamente.

Emilie abrió la puerta y ascendió la escalera de caracol del interior hasta la habitación de la torre, y a continuación hasta el mirador, sobre el que se erguía una delgada torrecilla circular con tejado de cobre. Así se había imaginado de niña el castillo en ruinas en el que Rapunzel esperaba a su príncipe, y a menudo pensaba en cómo sería vivir completamente sola, por encima de todos los demás, rodeada únicamente por los árboles y el

cielo. Algunos días aquella idea le había resultado atractiva; cuando había vuelto a recibir una reprimenda por haberse rasgado una media al escalar un árbol, por no haber sido capaz de recitar sin errores la lista de los reyes y emperadores alemanes desde Carlomagno, o por haber sido descubierta ayudando a Else en la cocina y hablando en el despreciado dialecto.

Emilie se sentó en el pretil entre dos almenas y miró hacia abajo. En días claros se alcanzaba a ver el Rin, cuyo

valle hoy, sin embargo, estaba cubierto por la bruma. Respiró profundamente. La familiar vista de la cordillera que rodeaba su ciudad natal la tranquilizaba. Mientras dejaba vagar su mirada en la lejanía, sus pensamientos giraban en torno a la cuestión que la había ocupado durante las últimas semanas: ¿cómo sería su vida de allí en adelante? Una vez terminada la escuela había pasado los últimos años en casa envuelta en un capullo protector, condenada a una prolongada inactividad, ya que

a ojos de sus padres no era apropiado para ella iniciar una formación profesional u obtener una educación superior. Toda su existencia estaba dirigida a encontrar un buen partido y poner rumbo a un matrimonio seguro.

Cuando su hermano pequeño Maximilian se había marchado de Elberfeld pocas semanas atrás para estudiar en Berlín, Emilie había sido consciente de que sus días en el nido paterno también estaban contados. No porque quisieran echarla de allí. Nada más lejos de la intención

de su madre, sobre todo. La idea de dejar ir a su hija, después de sus dos hijos, era insoportable para Irmhild. En su opinión, aún no había llegado el momento de casar a Emilie. Ignoraba a propósito las insinuaciones de su marido al respecto. Sin embargo, para ella también era incuestionable que Emilie debía casarse; pero no tan pronto. A sus ojos aún era demasiado infantil e inmadura para ello. Por una parte a Emilie la molestaba aquella opinión, pero por otra daba las gracias por la actitud de su madre.

Hasta el momento había impedido que Gustav buscara un yerno. Emilie sospechaba que el inicio de su mayoría de edad acabaría con el periodo de gracia. Estaba segura de que su padre no la obligaría a casarse a toda costa. Pero también tenía la certeza de que no descansaría hasta que el hombre adecuado diera el sí.

«¿Y qué es lo que quieres tú? —preguntó una suave voz en su interior—. Ahora eres adulta. ¿No estás acaso en tu derecho de decidir por ti misma cómo será tu vida? Desde luego

conoces bastantes jóvenes independientes que están aprendiendo una profesión o incluso estudiando.» Emilie pensó en Paula, una de sus compañeras de clase, que se había trasladado a Karlsruhe a uno de los escasos institutos para mujeres para hacer el examen de ingreso a la universidad, y a continuación estudiar Medicina en la Universidad de Friburgo, uno de los primeros centros del imperio en admitir a mujeres. Emilie envidiaba a Paula. Le parecía que debía de ser

maravilloso vivir en otra ciudad lejos de la familia, decidir por sí misma a qué dedicaba los días, y sobre todo hacer algo que le gustaba y al mismo tiempo le posibilitaría ganarse su propio sustento.

—Emilie tiene un talento que en mi opinión debería incentivarse sin dudarlo. Les recomiendo encarecidamente que la envíen a la escuela de artes y oficios local o, mejor aún, a una academia de arte.

Aún le parecía estar oyendo las palabras de su profesora, que se habían grabado a fuego en su

interior, como si la señorita Otterbruch aún estuviera junto a ella y repitiera el llamamiento que había hecho a su padre tres años atrás en la fiesta de graduación de la clase de Emilie. Gustav Berghoff la había escuchado educadamente, había sonreído sin comprometerse, había acariciado la mejilla de su hija y había dicho:

—Le agradezco su amable apreciación. Efectivamente Emilie hace unos dibujos muy bonitos. Pero esa no es razón para llenarle la cabeza de

pájaros a una niña.

Con una ligera inclinación había puesto fin al intento de la señorita Otterbruch de seguir insistiendo y se había despedido. La esperanza de Emilie de que su profesora consiguiera algo que ella misma no había logrado no se había cumplido. Más bien al contrario. Los labios apretados de su padre al dar la espalda a la profesora le habían revelado que la sola pretensión de que él pudiera facilitar a su hija el modo de convertirse en artista suponía una afrenta para él.

Emilie cerró los ojos al recordarlo. Se mordió la punta de la lengua. «No pienses en ello», se ordenó. ¿Qué sentido tenía aferrarse a un sueño que nunca se cumpliría? A menos que quisiera romper con sus padres y renegar de su familia.

2

Sulzbach-Rosenberg en Oberpfalz, julio de 2013

Hanna siguió con la mirada a su hijo, que acababa de salir del control de seguridad y se había vuelto una última vez para despedirse con la mano antes de correr hacia la terminal de salidas y desaparecer de su vista.

Contuvo el impulso de salir corriendo tras él, gritar su nombre e ir a buscarlo. La duda que le había ocultado a él para no confundirlo la atormentaba: «¿Cómo se las arreglará solo a miles de kilómetros de casa? ¿Entre tantos extraños? ¿En un país en el que los secuestros y los atracos están a la orden del día, los disturbios sociales pueden estallar en cualquier momento y las enfermedades peligrosas están muy extendidas? ¿Cómo he podido permitir que se embarque en esta aventura? ¡Pero si es mi

pequeño! —Cruzó los brazos, se agarró los codos y los apretó contra sí—. No lo es —se reprendió—. Hace tiempo que ya no. Y se las arreglará perfectamente. La pregunta es más bien si lo harás tú.»

Cuando Lukas había expresado a principios de año su deseo de viajar al extranjero al acabar el último curso e involucrarse en un proyecto de ayuda a la infancia, se había sentido orgullosa. La determinación y la cautela con las que Lukas había seguido su plan la habían impresionado.

Durante días había buscado en internet una organización adecuada, había leído informes y blogs de otros voluntarios y había pedido que le enviaran documentación. Una vez se hubo decidido por un orfanato en Bolivia que necesitaba ayuda urgentemente, había redactado una solicitud, había reunido los certificados necesarios, había pedido el visado, se había vacunado contra la fiebre amarilla y había asistido a los talleres de preparación. Había esperado impaciente su partida con una mezcla de nerviosismo

y ganas de aventura.

Hanna se había alegrado con él y al mismo tiempo le había entristecido que a él la despedida pareciera resultarle tan fácil. La noche anterior a su vuelo a Cochabamba, cuando el miedo a su propio valor se había apoderado de él, ella se había sentido algo aliviada, por mucho que se avergonzara al admitirlo. Allí de pie en su habitación, con los hombros caídos, ante su maleta y la mochila de montaña, mirándola con ojos enrojecidos y murmurando: «¿Y si no soy

capaz?»), de pronto había vuelto a ser el niño pequeño que buscaba consuelo en ella y la hacía sentirse necesitada. Había resistido la tentación y no le había propuesto dejarlo todo. En ese momento le habría resultado fácil convencerlo de ello. En cambio lo había abrazado brevemente y le había asegurado que creía en él y que debía aprovechar a toda costa esa oportunidad única. Y que lo ayudaría en cualquier momento si decidía volver a Alemania antes de tiempo. Al ver que la abrazaba con un ronco

«Gracias, mamá», supo que había hecho lo correcto.

Hanna suspiró profundamente y se encaminó hacia el aparcamiento del aeropuerto de Núremberg. Pescó su teléfono móvil del bolso. Era un viejo aparato con teclas; según sus hijos, una reliquia del Pleistoceno que debía haber cambiado por un *smartphone* hacía siglos. A Hanna le resultaba ajena la necesidad que tenían ellos de poder conectarse a internet en cualquier momento y lugar. Le bastaba con tener acceso en

casa. Pulsó la tecla directa configurada para llamar a su marido. Si recordaba bien su agenda, en ese momento debía de estar regresando de visitar a un cliente. Oyó el tono, seguido del aviso de que el número no estaba disponible. Hanna frunció el ceño. Las llamadas que Thorsten no podía coger normalmente se dirigían al buzón de voz. ¿Podía ser que no tuviera cobertura? Se encogió de hombros y volvió a meter el teléfono en el bolso.

Veinte minutos más tarde

conducía la tartana familiar, un espacioso monovolumen, por la A 3 en dirección a Oberpfalz. Después de que junio se hubiera presentado ese año con lluvias incesantes y temperaturas bajas, julio por fin parecía haber traído el ansiado verano. Los chubascos tormentosos que habían obligado a los visitantes de la feria del casco antiguo de Sulzbach a buscar refugio en los toldos de los puestos de comida habían seguido su curso, y cada día hacía más sol y más calor.

Hanna guiñó los ojos y rebuscó con una mano sus gafas de sol, que habían acumulado algo de polvo sobre el compartimento junto al asiento del conductor. El caos de papeles de caramelos, latas vacías y bolsas de patatas, una carcasa de CD rota y pañuelos de papel arrugados que cubría el suelo bajo el asiento del copiloto, el asiento trasero y todas las bandejas la hizo suspirar mentalmente. ¿No había ordenado y aspirado el coche hacía solo dos semanas? Desde entonces Lukas lo había

acaparado para llevar bebida y comida a las múltiples fiestas privadas de graduación y despedidas de su círculo de amigos, hacer excursiones con su mejor amigo y visitar a su hermana, que estudiaba en Weihenstephan, en Freising.

Hanna utilizaba poco el coche. Le resultaba demasiado voluminoso. Se alegraba de poder hacer la mayoría de compras con la bicicleta. Desde Gallmünz, un tranquilo barrio residencial al norte de Sulzbach-Rosenberg, tardaba un cuarto de hora en llegar al

centro. Desde allí se llegaba a Núremberg, Ratisbona o Múnich más rápido en tren, especialmente en hora punta. Hanna odiaba que los locos al volante la agobiaran o quedarse atrapada en un atasco, dar vueltas durante horas en busca de un hueco para aparcar o maniobrar con el monovolumen en estrechas callejuelas. Si de ella dependiera, hacía tiempo que se habrían comprado un coche más pequeño. La época de las grandes compras semanales y las excursiones familiares con

mucho equipaje había quedado muy atrás. Hasta el momento las discusiones al respecto siempre habían terminado con su marido Thorsten, que conducía al trabajo en un elegante *coupé*, imponiendo su decisión de que no cambiarían de segundo vehículo. A sus ojos el espacio de carga era indispensable para transportar las compras que hacía en las tiendas de bricolaje y los viveros, que visitaba regularmente para decorar su hogar.

Hanna decidió salir de la

autopista y conducir hacia casa por la B 14 a través de las montañas del Hersbrucker Alb. Las colinas boscosas, desde las que aquí y allá se elevaban rocas calizas, se alternaban con los campos y prados de las granjas que salpicaban el paisaje. Encendió la radio y se estremeció con el sonido atronador del grupo de heavy metal que su hijo había estado escuchando la última vez. Bajó rápidamente el volumen, cambió del CD a la radio y buscó su emisora favorita, que sobre todo ponía canciones de

los años ochenta y noventa. Abrió la ventanilla y disfrutó de la brisa templada, que traía el aroma del heno recién segado y se deslizaba por su media melena. Se colocó un mechón castaño rojizo tras la oreja y escuchó con atención la canción de Cat Stevens que estaba siendo presentada en ese momento. La animada melodía desvaneció la melancolía en la que la había sumido la despedida del aeropuerto. Agarró más firmemente el volante y cantó con fuerza:

*Well, if you want to
sing out, sing out*

*And if you want to be
free, be free,*

*'Cause there's a million
things to be,*

*You know that there
are...*

Tras sesenta kilómetros de trayecto Hanna llegó a Sulzbach-Rosenberg a última hora de la tarde. Desde lejos la saludó el imponente castillo que dominaba el núcleo de la ciudad desde un alto. Siglos

atrás los señores del castillo controlaban en aquel importante nudo de comunicaciones las rutas comerciales entre Wurzburg y Ratisbona y hasta la lejana Bohemia, y multiplicaban su patrimonio con los tributos de peaje. Hanna aparcó el coche en Bayreutherstraße, pescó el bolso, sacó la lista de la compra y se adentró en las intrincadas calles y callejuelas del casco antiguo. Una hora más tarde llegó a Luitpoldplatz cargada con dos trajes que había recogido de la tintorería para

Thorsten, varios artículos de droguería, folletos de una agencia de viajes, algo de comida y una botella de vino tinto. El centro de la ciudad, fundada ya en el siglo IX, estaba enmarcado al norte por una iglesia parroquial gótica, al oeste por la cara frontal del castillo y la alargada construcción de un convento, y al este por la fachada rojo intenso del ayuntamiento.

El sol estaba muy alto en el cielo. Hanna se detuvo en la cafetería favorita de Thorsten y suya junto a la fuente de

Löwenbrunn. Avistó una mesa libre bajo las sombrillas abiertas y se dejó caer en el asiento con un suspiro. Guardó las compras encima y debajo de la silla que tenía enfrente y echó un vistazo a la pizarra con la especialidad del día: té helado con zumo de lima y jengibre fresco.

Perfecto para refrescarse. También pediría una tarrina pequeña de helado variado, que la dueña del café elaboraba a diario en verano con ingredientes frescos. Esperaba que el helado de chocolate negro con un setenta por ciento

de cacao aún no se hubiera acabado. Y una bola de helado de nueces... Con solo imaginarlo Hanna tuvo que tragar saliva. Después de las prisas se había ganado un premio. «Y tus caderas crecerán encantadas», criticó su voz interior, que siempre daba señales de vida cuando Hanna estaba a punto de permitirse un capricho o hacer alguna insensatez. «Cierra el pico, vieja aguafiestas — hizo callar a la crítica que llevaba en su interior —. Un poco de acolchado no viene mal. Al fin y al cabo no

soy una modelo veinteañera, sino una madre por partida doble de casi cuarenta y cinco años.» Según su ginecóloga un par de kilos de más eran incluso sanos. Y como a Hanna le gustaba moverse y lo hacía a menudo, hasta el momento su figura ligeramente robusta no se le había ido de las manos.

En la adolescencia había sufrido porque los vaqueros pitillo no producían el mismo efecto en sus piernas que en las de algunas de sus compañeras de clase, a las que los chicos seguían con la mirada y

dedicaban comentarios de admiración como que tenían «piernas infinitas». En comparación con ellas, resultaba fornida. Sus pechos pequeños también le habían dado disgustos. Por no hablar de sus ojos, demasiado separados, y las pecas a los lados de su nariz. No, le había costado mucho aceptar su aspecto. Cuando Thorsten se había deshecho en elogios sobre sus ojos verdes grisáceos en su primera cita, ella había creído que estaba tomándole el pelo. La seriedad con la que él había

asegurado lo contrario la había enamorado. Por primera vez se había sentido reconciliada con su físico.

Después de pedir, Hanna sacó el móvil del bolso y marcó el número de Thorsten. Otra vez no disponible. Torció el gesto decepcionada y tecleó rápidamente un SMS: «Tengo ganas de esta noche. Podríamos hacer planes de vacaciones. He comprado una botella de tinto. ¿Traes *antipasti* de Da Gianni? Beso, Hanna.»

Mientras esperaba el té y el helado, Hanna leyó los folletos

de la agencia de viajes. Pasó rápidamente las páginas con destinos en Asia y Sudamérica. El sueño de hacer un largo viaje por un país lejano que ella y su marido tenían desde hacía una eternidad tampoco se cumpliría ese año. Como ingeniero jefe, Thorsten se había hecho cargo recientemente de un nuevo departamento de su empresa. Era impensable que el flamante jefe se ausentara durante un periodo largo de tiempo. Pero debía de ser posible, no, tenía que ser posible hacer una escapada. Thorsten trabajaba

demasiado. Hanna ya no llevaba la cuenta de las horas extra que había acumulado. Por la tarde rara vez salía del despacho antes de las siete. Si no tenía cuidado, acabaría como uno de sus colegas, que se había desplomado en medio de una reunión y había muerto de camino al hospital de un grave infarto al corazón. Hanna se estremeció y miró fijamente la página que tenía abierta, en la que se ofrecían viajes de tres a cuatro días. Quizá podrían marcharse un par de días a Alsacia. Caminar, conocer la

catedral de Estrasburgo, visitar bodegas, recorrer el Rin en barco...

— Ah, estupendo. Un cambio de aires es lo que necesita en su situación.

Hanna levantó la mirada. Ante ella no estaba la joven camarera que le había tomado nota, sino la señora Schrader, la propietaria del café. Al igual que ella, no había nacido en Oberpfalz. A pesar de llevar viviendo allí el doble de tiempo que Hanna, treinta y cinco años después seguía siendo la «forastera». Una etiqueta que

también arrastraban Hanna y su marido. Sus hijos, en cambio, que alternaban el alemán estándar con el dialecto de la zona y con sus amigos únicamente utilizaban este último, no eran considerados como tales.

La señora Schrader dejó el vaso del té y la copa de helado en la mesita y prosiguió:

—Está haciendo lo correcto. No encerrarse en casa, sino cuidarse. Se lo merece con creces después de todos los años que ha sacrificado por él.

Hanna frunció el ceño.

—¿Sacrificado? Yo no lo expresaría así. Lo he hecho encantada y volvería a...

—Seguro —la interrumpió la señora Schrader. La escudriñó con la mirada—. Me parece admirable cómo está llevando lo de que se haya marchado.

Hanna se encogió de hombros.

—Bueno, a decir verdad me ha resultado bastante difícil dejarlo ir. Pero se veía venir. Y para él es importante encontrar su propio camino. Habría sido muy egoísta por mi parte impedirselo.

La señora Schrader se tragó un comentario que obviamente tenía en la punta de la lengua, hizo un gesto a Hanna con la cabeza y se alejó en dirección a la cafetería al tiempo que murmuraba algo que sonó como «qué valiente...».

Hanna la siguió desconcertada con la mirada. Al fin y al cabo los hijos siempre se independizaban en algún momento. No habría imaginado que aquel fuera un tema tan sensible para la señora Schrader, cuyas dos hijas se habían marchado de casa hacía

ya muchos años. Hasta ese momento, la mujer, nacida en Bremen, le había causado una impresión más bien gélida. Una prueba más de lo mucho que podía uno equivocarse.

Hanna dejó el folleto a un lado y empezó a comer a cucharadas el helado, que se deshacía cremoso en la lengua. La idea de estar sentada pronto con Thorsten en aquel pintoresco pueblecito alsaciano, comer *flammkuchen* y dejarse llevar sin horarios ni obligaciones la hizo sonreír. «Ojalá pueda pedir unas

vacaciones espontáneas — pensó —. Así podríamos salir incluso en unos días.» Echó un vistazo al teléfono. No tenía mensajes nuevos. Un mal presentimiento comenzó a crecer en su interior. No era propio de Thorsten no devolver las llamadas. ¿Le habría pasado algo?

3

Elberfeld, mayo de 1907

El cumpleaños de Emilie se celebró por la tarde en la intimidad. Después habían planeado asistir a una opereta en el teatro Thalia a orillas del Wupper, que se había inaugurado en diciembre del año anterior. Su hermano

Friedrich, cinco años mayor, y su esposa Klothilde, que unos meses atrás se habían instalado en una villa de estilo neobarroco unas calles más allá en el barrio de Brill, querían ir dando un paseo. La abuela había llegado de Colonia en ferrocarril y el cochero de Gustav la había recogido en la estación. Su esposo se había disculpado por tener urgentes negocios que requerían su presencia en la oficina comercial. Emilie supuso que el motivo era más bien la perspectiva de un breve periodo

a solas, y que aprovecharía la oportunidad de escapar del estricto mando de su esposa. No se tomó la excusa a mal. Habría preferido renunciar a la visita de su abuela. A ella debía agradecerle que Irmhild encargara a su doncella Agathe que la ayudara en el aseo y le apretara el corsé como era debido. Emilie toleró la rutina sin quejas. Una lección bien aprendida. Agathe solía responder a las peticiones de no tensar tanto las cintas con tirones especialmente enérgicos, para obligar al torso de su

víctima a adoptar la forma en S deseada. Emilie odiaba esa curvatura, en su opinión antinatural, que marcaba el pecho hacia delante, oprimía el vientre y acentuaba el trasero curvando considerablemente la columna. Después de ayudarla a vestirse con la blusa bordada de manga larga y la falda hasta el suelo de seda irisada verde azulada, la doncella torturó el liso cabello de Emilie con unas tenacillas, recogió los rizos en un moño suelto y salió del cuarto con gesto satisfecho.

Emilie la siguió poco después.

Se sentía como una muñeca. Descendió con cuidado la escalera. Los movimientos rápidos quedaban descartados, y no solo porque la ceñida ligadura le impidiera respirar profundamente. Con aquellas ropas Emilie perdía el control de su cuerpo, tenía miedo de perder el equilibrio, tropezar con el dobladillo de la falda o que la larga cola quedara enganchada en algún lugar.

Entró en el comedor a las tres en punto. La mesa ovalada de patas torneadas, apoyadas sobre zarpas de león, estaba preparada

con la mantelería de lino blanca y el servicio de porcelana de Meissen decorado con florecillas azules que solo se sacaba en ocasiones especiales del aparador situado en la pared frente a la ventana. Había dos figuritas de porcelana, muchachas con cestas llenas de flores, colocadas junto a una bandeja con un pastel de crema, sobre el que unos corazoncitos diminutos de mazapán rojo formaban el número veintiuno. Una bandeja de tres alturas presentaba una selección de *petit fours*, *éclairs* y finas pastas

de té que no habían salido de la cocina de Berta, sino que habían sido encargadas a la mejor pastelería de la ciudad con ocasión de la celebración. Otras dos bandejas contenían pequeños emparedados de huevo, jamón o queso para quien prefiriera lo salado. Lo mejor de lo mejor. Como correspondía a cualquier hogar de clase alta que se preciara.

Si hubiera dependido de Emilie, su cumpleaños se habría celebrado con una merienda tradicional con toda su parafernalia. Como solía

hacerse en casa de su abuela por parte de padre, que con los medios más humildes era capaz de crear un ambiente acogedor en el que todo el mundo se sentía bienvenido. Y para quien lo más importante era el bienestar de sus invitados y en especial de sus nietos. El recuerdo le abrió el apetito a Emilie. Habría empezado con una gruesa rebanada de pan dulce untada con mantequilla y sirope de manzana casero. También arroz con leche con canela y azúcar. Después un bocadillo de embutido o queso,

requesón de hierbas y huevos revueltos. Entremedias gofres recién hechos con cerezas confitadas, y para terminar bizcocho y las típicas galletas tostadas. Todo ello regado con café servido en la *dröppelminna*, una cafetera de estaño abombada con un pequeño grifo que se colocaba en el centro de la mesa, y de la que la abuela Berghoff estaba muy orgullosa.

¿Dónde habría acabado aquella pieza? Probablemente en algún mercado de segunda mano, como el resto del

modesto menaje. Emilie contuvo un suspiro al recordar a su abuela, que había fallecido tres años atrás, poco después de la muerte de su querido esposo. A Emilie le recordaban a Filemón y Baucis, aquella pobre pareja del mito griego cuya hospitalidad les fue recompensada por los dioses con el cumplimiento de su mayor deseo: que al final de su vida en común ninguno tuviera que ver la tumba del otro.

En ese momento el padre y el hermano de Emilie entraron por la puerta de la contigua sala

de fumar enfrascados en la conversación. Ambos llevaban levita negra y un chaleco gris, que en el caso de Gustav Berghoff se tensaba sobre su generosa barriga, mientras que Friedrich resaltaba su figura atlética con un modelo más entallado. A excepción del pelo corto, la raya en el centro y el fino bigote, era el vivo retrato de su padre, que estaba prácticamente calvo: cabeza redonda, mejillas propensas a enrojecer y una nariz pronunciada. El poblado bigote de Gustav crecía

abundantemente sobre los labios; como el de su ídolo, el ex canciller Otto von Bismarck.

Friedrich vio a su hermana y la saludó formalmente con la cabeza. Ya de niño a Emilie nunca le había parecido infantil, sino más bien un adulto que no hubiera crecido lo suficiente. Era impensable alborotar por el parque, tramar bromas o birlar alguna golosina de la despensa con él. El primogénito de los Berghoff había interiorizado su posición de responsabilidad desde niño y no entendía las bufonadas y los fantasiosos

juegos de sus dos hermanos menores, a los que miraba por encima del hombro con una mezcla de desprecio y disgusto, cuando no los ignoraba sin más.

La madre de Emilie estaba ante el aparador con su nuera, una muchacha rubia y delgada de tez traslúcida y cejas cuidadosamente depiladas, y le mostraba un conjunto de salero, pimentero y cuenco de plata recientemente adquirido. Los ojos de Emilie vagaron hasta la mesita que se había colocado en una esquina de la habitación. Los regalos estaban

distribuidos bajo un ramo de lilas del jardín. Su abuela acababa de dejar un paquete rectangular. Emilie se acercó a ella y la saludó con una reverencia.

— Ah, aquí está nuestra homenajada.

Hedwig Hardenrath entrecerró ligeramente sus ojos gris oscuro y examinó a su nieta, a la que sacaba media cabeza. Su peinado cardado hacía que su figura pareciera aún mayor, y su postura erguida subrayaba su carácter intimidante. Emilie bajó la vista

al suelo y se sintió retraída a la infancia. No la habría sorprendido tener que recitar un poema o tener que mostrar sus labores en ese momento. Le resultaba difícil mantener la mirada escrutadora que parecía atravesarla como los rayos X, descubiertos por el físico Wilhelm Carl Röntgen unos años atrás. El hecho de no ser la única que se sentía así era un débil consuelo. En presencia de Hedwig Hardenrath cualquier frivolidad moría y daba paso a la temerosa preocupación por comportarse correctamente y

evitar temas delicados y comentarios escandalosos. Las siguientes horas se convertirían en un calvario. Emilie sospechaba que su abuela no se sentía a gusto hasta que el apocamiento había paralizado a todo el que estuviera a su alrededor.

—Parece que por fin se está convirtiendo más o menos en una dama —constató e hizo un gesto de asentimiento a su hija, que había contenido el aliento durante la inspección a Emilie. Irmhild Berghoff, cuyos rasgos suaves, la figura de tendencia

rolliza y los ojos azul pálido eran iguales a los de su padre, esbozó una sonrisa forzada.

—¿No quiere sentarse, madre? —preguntó—. Seguro que está agotada después de tan largo...

—¡Por favor! —la interrumpió Hedwig—. No soy de cristal. —Con una severa mirada a los miembros masculinos de la familia, prosiguió—: Pero ahora que ya estamos todos, podemos sentarnos.

Emilie se apresuró a enderezar la silla en la cabecera, en la que

normalmente se sentaba su madre, antes de dirigirse a su sitio en el centro de uno de los costados de la mesa. Su madre ocupó la silla junto a ella. Friedrich y Klothilde se sentaron cara a cara, el señor de la casa en el otro extremo de la mesa, bajo el retrato del emperador. La mirada de Emilie recayó sobre el hueco libre justo frente a ella. ¿Dónde estaría Max? Posiblemente en una clase en la universidad. O inclinado sobre un libro en la biblioteca. O entregado a la inactividad, recorriendo las

calles de Berlín y explorando un barrio que aún no conocía. Cuánto le habría gustado cambiarse por él.

—¿Qué sabéis de vuestro hijo menor? —preguntó la abuela, corroborando la suposición de Emilie de que podía leer el pensamiento—. Sigo pensando que habría sido importante atar en corto a Maximilian precisamente. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Friedrich—. Es evidente el efecto tan favorable que tiene en el desarrollo.

Emilie observó a su hermano

mayor levantarse un palmo de su silla e inclinarse ligeramente para agradecer el elogio. Un leve golpe reveló que al hacerlo había chocado los talones. A Friedrich le gustaba demostrar lo interiorizado que tenía el carácter militar, a pesar de que hacía años ya que había realizado el servicio. Para mantenerse en forma, todas las mañanas se fortalecía con ejercicios de gimnasia, y cada vez que se le ofrecía la oportunidad, subrayaba su disposición para servir al emperador y al imperio como

oficial de reserva si las circunstancias así lo exigieran.

Su esposa Klothilde le dirigió una mirada de adoración desde su lado. Puso una mano sobre su antebrazo y lo apretó brevemente. El rostro de Gustav Berghoff se ensombreció, Irmhild bajó la vista hacia su plato incómoda. El fracaso de su hijo menor, que no había soportado el adiestramiento y las rigurosas formas de la escuela de cadetes, y a quien sus superiores habían expulsado a los pocos meses por no ser considerado apto

debido a sus nervios delicados, era un punto débil en el que a la abuela le gustaba hurgar con deleite una y otra vez.

Emilie se mordió el labio. Quién sabe el tono que habrían adquirido sus vanidosas peroratas de haber sabido Hedwig toda la verdad: que Max había tratado de quitarse la vida de pura desesperación. Su padre había obligado a la familia a mantener un silencio hermético. La deshonra de la expulsión de su hijo menor ya le pesaba suficiente; la consideraba una humillación

personal de la que su esposa era responsable. En su opinión, esta había mimado a Maximilian en lugar de corregir su predisposición a la ensoñación con la debida severidad. El hecho de que él tampoco lo hubiera logrado no mejoraba la situación.

—Max se ha adaptado muy bien a Berlín y a la universidad —respondió Emilie a la pregunta de su abuela—. A pesar de que solo está en el segundo semestre, el profesor de Biología ya espera grandes cosas de él.

Hedwig levantó una ceja y abrió la boca. Emilie prosiguió antes de que pudiera decir nada:

—Imagínese, quiere que Max sea el único de sus estudiantes que participe en una expedición de investigadores de diferentes países al océano Glacial durante las vacaciones de verano para que realice estudios para él.

Hedwig se tensó y apretó los labios.

Emilie reprimió una sonrisa y pensó: «Con esta respuesta no contabas, vieja bruja.» Percibió la mirada de su padre, que le hizo un gesto imperceptible

con la cabeza. Por esta vez habían sorteado el obstáculo. Hedwig cogió con unas pinzas un *éclair* relleno de crema de moka de la bandeja en alturas y clavó el tenedor en el delicado pastelito como si quisiera acabar con él.

—¿Nuestro Max participará en una expedición? No sabía nada de eso —le dijo Friedrich a su padre. Había un matiz de reproche en su voz. Desde que había entrado en la empresa como socio menor, y al verse a sí mismo como futuro cabeza de familia, esperaba que se le

pusiera al corriente de inmediato de todos los asuntos de negocios y familiares.

—Se lo ha contado a Emilie en su carta de felicitación —dijo Irmhild—. Tu padre tampoco se ha enterado hasta hoy al mediodía.

El rostro de Friedrich se relajó.

—Entiendo. En fin, será bueno para Max pasar un par de semanas en compañía de hombres experimentados sin las comodidades de la civilización y asumir una tarea de responsabilidad. Lo curtirá.

Emilie se dio cuenta de que a su lado su madre se deslizaba nerviosa hacia delante en su silla. Probablemente temiera que el tema delicado volviera a la mesa.

—¿Puedo abrir mis regalos?
—Emilie se inclinó hacia su abuela—. Tengo muchísimas ganas de saber qué hay en su paquete.

Bajó la mirada con fingida timidez. El esfuerzo por contener una carcajada la hizo enrojecer, y así causó un efecto mayor. Hedwig sonrió halagada y asintió con la cabeza

dando su consentimiento.

Klothilde observó a su cuñada con gesto altanero y le dijo a Friedrich a media voz:

— Es increíble que tu hermana sea mayor de edad. Se comporta como una jovencita inmadura.

Sacudió la cabeza y siguió mordisqueando el diminuto emparedado que Emilie habría devorado en dos bocados. Esta hizo como si no hubiera oído nada, se levantó y se acercó a la mesa de los regalos. No se llevaba bien con la esposa de su hermano, que no era mucho mayor que ella. Sus

temperamentos e intereses eran demasiado diferentes. En los dos años que Klothilde llevaba en la familia, Emilie no había logrado averiguar qué la conmovía, cuáles eran sus sueños o si era feliz. Podría ser la hermana mayor de las dos muchachas de las flores, se le ocurrió de pronto. Es tan pálida, delicada y elegante como esas figuras de porcelana. «Sin embargo, eso no es del todo cierto. Esas dos parecen mucho más alegres.» Durante un instante se imaginó que ambas cobraban vida y jugaban al pilla

pilla sobre la mesa o se escondían la una de la otra detrás de las jarras y los pasteles.

Emilie cogió el regalo de su abuela. Era esquinado y pesaba. Resistió la tentación de arrancar directamente el papel. Soltó lentamente el lazo y lo quitó antes de desenvolver el contenido: un mamotreto encuadernado en lino dorado, con corte veteadado y un dibujo grabado en color rojo que representaba una mano sujetando un espejo redondo. Debajo se leía el título, *El libro*

dorado de los buenos modales, y el nombre del editor, W. Spemann. Emilie conocía la colección. En la biblioteca contigua había otras obras de la editorial, que había publicado una serie titulada *Ciencias domésticas* al alcance de todos sobre diversos temas de la cultura y la sociedad. Abrió la cubierta y avanzó hasta el índice. En ochocientas páginas podía uno aprender lo esencial acerca del comportamiento moralmente intachable en todo tipo de situaciones sociales: desde cómo llevar un hogar a la

perfección y cómo vestirse adecuadamente en diferentes ocasiones, o cómo comportarse de forma impecable en círculos de todo tipo, con las visitas, en las invitaciones, en viajes y acontecimientos culturales, así como en fiestas o celebraciones familiares, hasta consejos para actuar correctamente en cuestiones de honor y en la corte.

Emilie puso los ojos en blanco. Su esperanza de recibir otro tomo de *Vida animal de Brehm* no se había cumplido. Y desde hacía dos años era el

único deseo que expresaba con regularidad. Aún le faltaba la mitad de la colección *Conceptos generales del reino animal*, de diez tomos.

Respiró hondo, apretando dolorosamente sus costillas contra el estrecho corpiño, y se volvió hacia los demás. Se obligó a esbozar una sonrisa, levantó el libro e hizo una leve reverencia hacia su abuela.

— ¡Muchas gracias!

Gustav le hizo a su suegra un gesto de asentimiento con la cabeza.

— Un regalo muy bien

pensado. Le será de gran utilidad a nuestra Emilie. Sobre todo porque como esposa y madre tendrá más obligaciones sociales y una mayor responsabilidad en su propio hogar.

Klothilde arrugó la frente y abultó el labio inferior de su pequeña boca. Antes de que Emilie pudiera preguntarse qué era lo que molestaba a su cuñada, esta ya había recuperado la compostura. Se irguió y se dirigió a Hedwig.

—Oh, parece que el tema estaba en el aire. Lo cierto es

que nosotros tuvimos una idea similar. Naturalmente su regalo es más completo y fundamental.

Señaló un paquetito envuelto en papel de seda azul, y le hizo a Emilie un gesto.

Emilie lo cogió y desenvolvió un librito titulado *Buenos modales*. En la primera página leyó que se trataba de un manual de urbanidad y buenas maneras escrito por Emma Kallmann siguiendo las costumbres más actuales.

Hedwig sonrió a Klothilde con benevolencia.

—Una elección magnífica.

Enseguida le será útil a Emilie. Ya que mi libro es demasiado aparatoso para llevarlo consigo, el Kallmann es un complemento ideal.

Se volvió hacia Emilie, que estaba desempaquetando un par de guantes de satén y un bolso a juego.

—El librito de Klothilde te será de gran ayuda en Berlín.

Emilie levantó las cejas.

—¿En Berlín?

—Sí, con tu tía Franziska.

—Lo siento, pero no entiendo...

—¿Significa eso que mi

hermana ha regresado a Alemania? —preguntó Irmhild.

Hedwig frunció el ceño.

—¿Es que no os ha dicho nada? Han trasladado a su marido a la Oficina Imperial de las Colonias. Vivirán en la capital. Le he propuesto que alojen a Emilie un par de semanas. Una oportunidad maravillosa para introducirla en la alta sociedad. Allí pulirá los últimos detalles. Y en los círculos de Franziska debería resultar fácil encontrarle un buen partido.

A Emilie se le encogió el

estómago. La perspectiva de pasar varias semanas en casa de su tía la atemorizaba. Franziska no solo se parecía físicamente a su madre Hedwig, sino que también compartía sus valores, los cuales posiblemente interpretaba con mayor rigidez que ella. Emilie la había visto por última vez hacía nueve años, y se había preguntado con una mezcla de fascinación y extrañeza cómo se podía ser tan estricta y formal. Después de aquello Max y ella habían pasado días enteros jugando a «Tía Franziska viene de visita»,

compitiendo por hacer la mejor imitación de su lenguaje rebuscado, sus movimientos acompasados y sus severas miradas.

Emilie dio una suave patada a su madre bajo la mesa y murmuró:

—¿Tengo que ir?

Irmhild bajó la mirada y le acarició la mano. Un gesto de compasión. Una tosecilla en el extremo de la mesa la hizo estremecerse, y apartó la mano. Emilie levantó la cabeza y se encontró con la gélida mirada de su abuela.

4

Sulzbach-Rosenberg en Oberpfalz, julio de 2013

Poco después de las siete Hanna entró en la calle construida solo a un lado que bordeaba el barrio residencial, formado por viviendas unifamiliares con jardines de dimensiones generosas. Su casa

estaba situada en el extremo de la pequeña calle y lindaba directamente con un prado y una zona boscosa. El *coupé* azul oscuro de Thorsten estaba aparcado en la entrada. Hanna sonrió. Qué sorpresa tan agradable. Ya estaba en casa. Aparcó el monovolumen en la acera delante de la valla del jardín y se apresuró a entrar en la casa con las compras. Al meter la llave en la cerradura se sorprendió de tener que dar dos vueltas para abrir la puerta.

—¿Thorsten? ¿Estás ahí? —gritó, y escuchó con atención.

No hubo respuesta. Era probable que hubiera salido directamente al jardín. Hanna dejó las bolsas en el suelo, colgó los trajes de la barandilla de la escalera, que conducía al piso superior, llevó el vino a la cocina y se dirigió a la parte trasera de la planta baja, al salón comedor abierto. Cuando llegó al ventanal con la puerta de vidrio que conducía a la terraza y al jardín, algo atrajo su mirada en la mesita situada a mano izquierda, en medio de una zona de descanso compuesta por dos sofás y varias butacas.

En el centro había un sobre blanco. Hanna se detuvo, se inclinó hacia él y leyó su nombre. Frunció el ceño, abrió el sobre y sacó una hoja de papel cubierta con la caligrafía de Thorsten.

Querida Hanna:

Sé que tendría que habértelo dicho en persona. Pero me temo que entonces no habría podido hacerlo. Y eso no habría podido perdonármelo nunca, y a fin de cuentas tampoco a

ti.

Me he dado cuenta de que aquí estoy atrapado y de que necesito un cambio. Biggi me ha abierto los ojos. Durante mucho tiempo no quise aceptarlo. Pero llegó un momento en que mi amor hacia ella era más fuerte que mi sentido de la responsabilidad hacia ti y los niños.

Además, seguir actuando como si mi vida aquí fuera feliz o incluso satisfactoria sería

mentir. Precisamente a ti, que tanto valor das a la sinceridad y la honestidad.

Es muy importante para mí que me creas cuando te digo que no lamento ni un solo segundo de mi vida contigo. Pero ha llegado el momento de tomar un nuevo camino. Necesito darme una oportunidad.

Siento mucho hacerte esto. Entiendo que estés dolida, y que el mundo se te viene abajo. Pero

intenta ponerte en mi lugar. Para mí tampoco es fácil. Llevo mucho tiempo luchando contra mí mismo. Pero como tú misma dices (con toda la razón, como suele ser): las cosas que son importantes para uno mismo no deben aplazarse constantemente. Porque en algún momento sería demasiado tarde y la espina se quedaría clavada. Y seguro que tú también te habías dado

cuenta de que lo nuestro no funcionaba desde hace tiempo y de que yo no estaba bien.

Pasaré un tiempo desconectado y daré señales de vida cuando tenga más claro lo que quiero.

Te deseo lo mejor,

THORSTEN

P. D.: He sacado algo de dinero de nuestra cuenta, pero por supuesto solo mi parte.

Hanna miró fijamente las palabras. Le costaba respirar, como si hubiera recibido un fuerte golpe en la boca del estómago. Percibió un zumbido en los oídos, veía manchas negras bailar ante sus ojos. Sintió que perdía las fuerzas. La carta planeó hasta el suelo. Se dejó caer sobre el reposabrazos de una de las butacas y se obligó a aspirar y espirar profundamente. Su cuerpo había comprendido el mensaje de Thorsten, pero su mente lo absorbía con retraso: se había marchado, se había

largado sin más. A pesar de que no lo hubiera expresado con esas palabras.

Hanna se frotó la frente. No, debía de haberse equivocado. No podía ser. No era propio de Thorsten, para quien tan importantes eran la seguridad y la constancia. Él, que pocos días atrás había reflexionado en voz alta sobre si plantar un jardín de invierno y pedir dos cómodos sillones de mimbre para la terraza, para estar cómodos en las tibias noches de verano. ¿Había estado actuando y engañándola a propósito? Pero

¿por qué, si al mismo tiempo daba por hecho que ella era consciente de su descontento? Nada más lejos de la verdad. Ni en sueños se le habría ocurrido que estuviera pensando en fugarse. Todo lo contrario, en las últimas semanas había tenido la impresión de que, a pesar de la carga de trabajo, estaba más relajado y accesible, y a menudo de buen humor.

«Biggi me ha abierto los ojos.» ¿Quién diablos era Biggi? Su amante, por supuesto. «Y la estúpida de mí creía que su actitud animada tenía algo

que ver conmigo. Con la ilusión de estar los dos solos de nuevo y de tener más tiempo para nosotros ahora que los niños se han marchado de casa. Como al principio de nuestra relación.»

Hanna sintió que se le encogía el estómago. ¿Por qué no había hablado con ella? ¿Por qué no le había dicho lo que echaba en falta? ¿Por qué no le había dado una oportunidad? Porque siempre había preferido evitar los conflictos abiertos. «Y porque así es mucho más fácil», se respondió a sí misma

inmediatamente. ¿O había pasado ella algo por alto? Se agachó, recogió la carta de Thorsten y se obligó a volver a leerla. Despacio. Palabra por palabra.

¿De qué conocía a esa tal Biggi? ¿Y por qué daba por hecho que el nombre le decía algo? No había ninguna Biggi en su círculo de amigos ni en su vecindario. Así que probablemente se trataba de alguien del trabajo. Hanna cerró los ojos y repasó mentalmente las compañeras de Thorsten. En la empresa,

especializada en la fabricación de tuberías de acero sin soldadura, no había muchas mujeres. La mayoría ocupaban los típicos puestos femeninos de secretarías, contables y otras actividades administrativas. Hanna intentó recordar lo que Thorsten le había dicho acerca de los compañeros del departamento del que se había hecho cargo recientemente. Todos eran hombres a excepción de su veterana secretaria, Ilona Huber, que estaba a punto de jubilarse.

Hanna abrió los ojos, se

levantó y se acercó a la entrada. Abrió el trastero bajo la escalera y echó un vistazo. Faltaban la maleta con ruedas de Thorsten y una bolsa de viaje. Cerró la puerta de un golpe y se precipitó escaleras arriba hacia el dormitorio. En su armario solo quedaban los trajes, las camisas y las corbatas; en el baño, su lado del armarito del espejo estaba vacío. Bajó corriendo de nuevo y cogió el teléfono inalámbrico, que estaba en su base en la pequeña cómoda junto al perchero. Mientras regresaba al salón,

marcó el número del mejor amigo de Thorsten, Martin. Rechazaron la llamada. Torció el gesto furiosa, cambió la configuración de su teléfono para llamar como número desconocido y probó de nuevo. Martin contestó un segundo después.

—Hola Martin, soy Hanna.

—Ah, mald... Hanna, hola, oye, me pillas fatal. Te llamo más tarde —dijo precipitadamente y colgó.

—¡Cobarde! —exclamó Hanna, y pulsó la tecla configurada para llamar a la

oficina de Thorsten. Poco después oyó la voz familiar de su secretaria, la señora Huber.

—Hola, soy Hanna Keller.

—¡Oh! — Parecía asustada.

—Señora Huber, disculpe la molestia, pero necesito su ayuda. ¿Podría decirme quién es Biggi? ¿Y dónde se ha metido mi marido?

—Eh... bueno, no sé si debería...

Hanna contuvo un grito de indignación y se obligó a hablar con tranquilidad.

—Señora Huber, su lealtad la honra. Pero no puede ser que

llegue a casa, me encuentre una carta en la que Thorsten me comunica en tono lapidario que me abandona, y entonces compruebe que todo el mundo lo sabía pero nadie quiere decirme nada. ¿Cree usted que eso está bien?

—Tiene usted razón, señora Keller —dijo Ilona Huber tras un breve silencio. Hablaba con voz firme—. ¡Eso no está nada bien! Además las mujeres debemos ayudarnos mutuamente.

Hanna torció el gesto. Se sentía la protagonista de uno de

esos melodramas televisivos en los que la esposa es la última en enterarse de las infidelidades de su marido. Una sensación humillante.

— Gracias. Entonces, ¿quién es Biggi?

La señora Huber tosió levemente.

— Eh, probablemente se refiere a Birgit Schulz.

— Probablemente.

— La señora Schulz estuvo un par de semanas con nosotros, trabajando en un proyecto conjunto de desarrollo que nuestro departamento ha

llevado a cabo con un fabricante de rodamientos.

Hanna recordaba vagamente que Thorsten le había hablado de ello unos meses atrás. Seguro que había mencionado también a esa tal Biggi. Pero a Hanna le costaba mucho recordar nombres sin asociarlos a una cara.

—¿Sabe dónde vive? ¿Puede darme su dirección?

—¿Su dirección? —preguntó la señora Huber. En su voz se percibía asombro—. No, no la tengo. Solo sé que entonces trabajaba para una firma de

Hesse. Pero ya no estará allí, porque...

—Entiendo —la interrumpió Hanna impaciente. Agarró el auricular con más fuerza—. Señora Huber, ¿tiene alguna idea de lo que se propone mi marido?

Oyó que al otro lado de la línea alguien se quedaba sin respiración.

—¡Madre mía! Quiere decir que usted ni siquiera... Terrible... Yo pensaba que usted...

—Simplemente dígame lo que sabe, por favor.

Después de un instante de silencio, la señora Huber dijo:

—A ver, ha pedido una excedencia de un año, para tomarse un año... sabático creo que lo llaman ahora. A todos nos sorprendió, al fin y al cabo acababan de ascenderle a director de departamento. Por otro lado, ¿acaso hay un momento apropiado para estas cosas?... Eh, bueno, sea como sea... En cualquier caso hasta esta mañana yo daba por hecho que este periodo de descanso quería pasarlo con usted. Pero el señor Schrader, de ventas, regresaba

esta mañana temprano de una visita a un cliente en Polonia, y ha visto a su marido por casualidad en el aeropuerto de Múnich. Estaba facturando para un vuelo a Santa Cruz de La Palma.

La señora Huber enmudeció.

—Acompañado por Birgit Schulz —dijo Hanna, más bien afirmando que preguntando.

—Sí —respondió la señora Huber en voz baja—. Lo siento mucho.

—Muchas gracias por su sinceridad.

—Si puedo ayudarle con algo

más... o simplemente necesita hablar con alguien... — comenzó a decir la señora Huber.

—Muy amable por su parte. Muchas gracias —dijo aceleradamente Hanna y se despidió con rapidez. Se le formó un nudo en la garganta. El interés de aquella amable mujer la conmovió de una forma desagradable. Aún no estaba preparada para enfrentarse a sus sentimientos. Como sucede con una conmoción tras un accidente, se observaba a sí misma, analizaba

su situación sin sentir nada. Aquel estado pasaría pronto. Debía aprovecharlo mientras fuera capaz de pensar con claridad.

Hanna volvió a colocar el teléfono en la base y se dirigió al despacho, situado justo al lado de la puerta de entrada. Aquel estrecho cuarto lo dominaba un armario repleto de carpetas y organizadores en los que había archivadas facturas, documentos del banco y de la agencia tributaria, papeles de los seguros y otros documentos importantes. Ante

la ventana había un escritorio y una silla giratoria sobre la que se sentó Hanna. Encendió el ordenador que tenía delante. Al contrario que ella, Thorsten llevaba prácticamente todos sus pedidos, transferencias, consultas y correspondencia profesional y privada por internet. Hanna confiaba en poder averiguar rápidamente el lugar exacto de La Palma en el que se encontraba y cuánto tiempo pensaba quedarse allí.

Hanna accedió al servidor de correo de Thorsten. Pocas horas antes la idea de hurgar en

la información privada y los documentos de su marido le habría parecido extremadamente reprobable. Un incumplimiento de los límites que nunca habría cruzado. Ignoró la voz firme en su interior que consideraba que ahora tampoco tenía ningún derecho a hacerlo.

— ¡Culpa tuya! — dijo en voz alta—. Tendrías que haberme dicho a la cara lo que te proponías. Así esto no habría sido necesario.

Miró fijamente el campo en el que había que introducir la

contraseña. Después de intentarlo en vano con su nombre y el de su amante, la cuenta de correo se abrió al teclear los nombres de sus hijos sin espacio: MiaLukas.

Su buzón digital, como era de esperar de una persona ordenada como Thorsten, estaba ordenado y claramente estructurado. Encontró lo que buscaba en la carpeta de «Ocio». Un mensaje de una compañía aérea con la confirmación de compra de dos billetes de ida a las islas Canarias. Hanna se quedó de

piedra. Al parecer Thorsten y esa tal Biggi no tenían intención de regresar a Alemania. O de pasar mucho tiempo en aquella región. Al menos no había ninguna reserva de hotel o algún indicio de que quisieran alquilar una casa de vacaciones. Siguió rebuscando y poco después leyó un correo electrónico acerca de los pasajes para una cabina doble en un gran velero.

Hanna se dejó caer en el respaldo de la silla y miró fijamente la pantalla. Thorsten planeaba dar la vuelta al mundo

en barco. Había reservado un año para él y para su acompañante. Precio: treinta mil euros. En caso de alargarlo otro año, «solo» tendrían que pagar veinticinco mil euros. Como si alguien la dirigiera, Hanna hizo clic sobre el enlace de su banco, en el que Thorsten y ella tenían una cuenta corriente para gastos del día a día y un depósito de ahorro común. Tres semanas atrás había retirado cuarenta mil euros. Exactamente la mitad del saldo que habían reunido y ahorrado a lo largo de los años.

Para una gran compra. O un largo viaje.

Hanna se masajeó las sienes. La sensación de encontrarse en un mundo al revés era cada vez mayor. Todo aquello no podía ser verdad. Se volvió hacia la puerta involuntariamente con la esperanza de que Thorsten estuviera allí observándola y alegrándose con picardía de haber podido tomarle el pelo tan hábilmente. El marco vacío y el silencio de la casa, en la que solamente se oía el leve zumbido del monitor, aceleraron su corazón. En

pocos segundos su pulso era tan rápido como después de haber corrido un *sprint*. Al mismo tiempo el frío comenzó a extenderse por su cuerpo, como si se encontrara en una cámara frigorífica. Hanna se abrazó y apretó los codos contra su cuerpo. Estaba sola. Abandonada. Plantada. El escudo protector que la conmovió por la carta de Thorsten había construido a su alrededor se estaba agrietando. Se acurrucó. Un sonido lastimero penetró en su oído. Le llevó un instante

comprender que provenía de sí misma.

Se levantó de un salto. ¡No! No permitiría que Thorsten la convirtiera en un gusano pisoteado que quedaba atrás mientras él se liberaba y buscaba una nueva vida. Posiblemente pensaba además que podría regresar allí cuando esa tal Biggi resultara no ser la mujer ideal y la primera capa de pintura de felicidad comenzara a desconcharse. Si él creía que ella se encerraría en aquella casa muerta de pena, que esperaría y que lo recibiría con los brazos

abiertos cuando regresara,
estaba muy equivocado.

— ¡Esa no seré yo! — exclamó
Hanna. Las palabras sonaron
como un juramento.

5

Berlín, mayo de 1907

De viaje

Una dama que viaje sola no debería hacerlo en un compartimento de fumadores.

Los caballeros que viajen con damas en el

compartimento deberán ayudarlas a subir y a colocar el equipaje, ofrecerles refrigerios en las paradas y atenderlas solícita y educadamente en todo momento.

[...]

Si el compartimento está completo, no se deberá ocupar demasiado espacio.

Si se percibe que la conversación no es del agrado de otro pasajero, se deberá permanecer en silencio.

Un caballero no deberá molestar en el compartimento a una dama desconocida con miradas y otros acercamientos.

En los ferrocarriles deberá uno cuidarse de trabar conocimiento con extraños con demasiada rapidez. [...]

Durante el viaje las damas no deberán hacer valer sus pretensiones de comodidad de forma caprichosa.

Comer continuamente

durante el viaje atenta contra las buenas formas.

Únicamente se deberán ofrecer provisiones a otros viajeros si anteriormente se ha establecido un vínculo animado, y tras una primera negativa no se deberá realizar una segunda tentativa.

No se deberá ofrecer a ningún otro viajero beber de la copa que se termina de utilizar.

Se debe ser cuidadoso con la selección de

provisiones, de tal manera que ningún olor que emane de ellos pueda disminuir la calidad del aire, como por ejemplo quesos de aroma intenso, etc.

Los ojos de Emilie recorrían la página abierta del librito sobre modales tras el que se había atrincherado. No se atrevía a cerrarlo de un golpe y mirar por la ventanilla. Le habría gustado colocárselo en las narices al hombre de mediana edad que tenía enfrente

y exigirle que leyera las reglas. Desde que su esposa se había quedado dormida en su asiento poco después de salir de la estación de Hannover, miraba descaradamente a Emilie. Quedaba demostrado una vez más que una vestimenta elegante y un billete de primera clase no garantizaba tratar con personas de buena educación. Mientras su esposa roncaba ligeramente junto a él, esperaba con impaciencia una oportunidad para dirigirse a Emilie. Al mismo tiempo comía con audible apetito un

bocadillo de salchicha. Emilie esperaba que en cualquier momento se inclinara hacia ella y le ofreciera un mordisco.

El contraste entre las prohibiciones y las indicaciones en nombre de los buenos modales y la situación en la que se encontraba estaba poniendo a prueba su dominio de sí misma. Le costaba contener la risa que le producía aquello. Ojalá pudiera verlo la abuela Hedwig, pensó. Al imaginársela parando los pies con su mirada gélida al molesto observador y amargándole la comida, el buen

humor de Emilie mejoró. Camufló una carcajada que no había podido contener por más tiempo con una tos, guardó el libro en su bolso, se levantó y abrió la puerta.

Se alegraba de viajar en un tren rápido, como se conocía a los modernos trenes que solo paraban en las estaciones principales, en los que era posible acceder a los compartimentos desde el pasillo lateral interior y las uniones en los extremos de los vagones, protegidas con fuelles, permitían atravesar todo el tren.

Hasta Hannover había viajado en un viejo coche a cuyos compartimentos solo se podía entrar y salir desde el exterior en las estaciones. Caminó rápidamente hacia el coche restaurante, que a esa hora de la tarde no estaba nada concurrido, y tomó asiento en una mesa para dos. Después de que un camarero le sirviera una jarrita de café y un pedazo de bizcocho, contempló el paisaje de brezales que atravesaban en ese momento, y se quedó absorta en sus pensamientos.

Era la primera vez en su vida

que Emilie viajaba sola. Una sensación emocionante que encendía su anhelo de viajar. ¿Cómo sería viajar no solo un par de horas sin compañía, sino varios días o semanas? ¿Y si en Berlín hacía el transbordo al legendario *Orient Express*, viajaba a Constantinopla pasando por Budapest, y desde allí continuaba hacia el este hasta Oriente? ¿Y si pudiera explorar continentes como África o Australia, recorrer regiones vírgenes y observar animales exóticos...? Emilie apoyó la cabeza en la mano y

evocó las imágenes de los reportajes de viajes que se publicaban regularmente en *Gartenlaube*, el semanario familiar ilustrado al que sus padres estaban suscritos.

Emilie había salido de su ciudad en contadas ocasiones. En verano la familia Berghoff solía pasar unas semanas en la ciudad balneario de Norderney, a orillas del mar en Frisia Oriental, y de vez en cuando visitaban a los abuelos en Colonia o hacían excursiones al Rin o a la zona de Bergisches Land. El verano anterior Emilie

había acompañado a su madre a un balneario en Franconia y casi se había muerto del aburrimiento, coartada por las estrictas normas que prohibían a una muchacha de buena familia todo aquello que fuera divertido. Emilie contuvo un suspiro. Posiblemente en casa de la tía Franziska sucedería algo similar.

La hermana mayor de su madre había estado casada con un admirado comerciante y socio de Johann Hardenrath, su padre, que había muerto tras cinco años de matrimonio sin

hijos y que la había convertido en una viuda adinerada. Poco después de que Emilie la viera por última vez hacía nueve años, Franziska había ido a visitar a una amiga que vivía en París. Poco después sorprendió a la familia con la noticia de que había cedido al cortejo de un tal Adrian von Spilow, se había casado con él y se había mudado a Buenos Aires. Las preocupadas indagaciones de su padre revelaron que Adrian provenía de un noble linaje prusiano y ocupaba un alto cargo diplomático. La situación

económica de su familia era modesta, pero su reputación (y en especial la de su nuevo yerno) era intachable y por encima de cualquier duda. Dado que Franziska aportaba un patrimonio considerable al matrimonio y Adrian ganaba lo suficiente para dar una vida agradable a su esposa, a ojos de Johann Hardenrath su posición social compensaba la carencia de un castillo o una casa señorial representativa. Un título nobiliario causaba buena impresión en el libro de familia.

— ¿Desea algo más?

Emilie se incorporó asustada. El camarero estaba junto a su mesa y señalaba el plato vacío. Negó con la cabeza, pagó y regresó a su compartimento. El tren atravesaba ya la región de Drömling, una turbera escasamente poblada entre Baja Sajonia y Sajonia-Anhalt. Al llegar a su compartimento, Emilie comprobó aliviada que el molesto observador y su esposa se habían bajado en una de las estaciones anteriores. Una familia de cuatro miembros había ocupado los asientos que habían dejado libres y dos más.

Los dos niños pequeños saludaron obedientes y a continuación se enfrascaron en un juego de cartas, mientras que sus padres conversaban a media voz y dejaron a Emilie tranquila.

Dos horas más tarde el tren llegó a su destino y se detuvo resoplante en el ala lateral de la estación de Lehrte, inaugurada en 1886 en las inmediaciones del puerto Humboldt, en el meandro del Spree. Emilie dejó que el padre de familia le bajara la bolsa de viaje de la rejilla

portaequipajes, se despidió y se bajó. Su maleta grande se había enviado ya el día anterior a casa de su tía. Emilie se detuvo en la entrada del vestíbulo oeste, donde se encontraba la parada de coches de punto, y sacó la nota con la dirección del bolsillo de su abrigo. Franziska y Adrian von Spilow residían en Belle-Alliance-Platz, al sur de Friedrichstadt. No muy lejos del lugar de trabajo del conde en la recién inaugurada Oficina Imperial de las Colonias, el antiguo Departamento de las Colonias del Ministerio de

Exteriores, que a mediados de mayo había sido transformado en una institución independiente. Antes había estado destinado en la colonia alemana de Togolandia.

A Emilie le habría gustado que el coche la llevara a la calle cercana al jardín zoológico en la que vivía Max. «No seas infantil —se reprendió—. En primer lugar ahora ni siquiera está allí, sino de viaje todo el fin de semana con un par de amigos.» En una carta que había recibido dos días antes de partir, su hermano le hablaba

entusiasmado de un grupo de jóvenes al que se había unido recientemente. Se llamaban a sí mismos las «Aves de paso». Emilie comprendía muy bien por qué le resultaban tan atractivos a Max. Al igual que él, tampoco entendían las exigencias sociales que les imponían sus padres y otras personas con autoridad: la preparación para los éxitos empresariales y la obtención febril de ingresos, unida a la adopción de un sistema de valores de mercado carácter militar, basado en el concepto

prusiano-aristocrático de lealtad y obediencia para con el emperador y el imperio. En sus excursiones, las Aves de paso huían de las obligaciones y controles del día a día y disfrutaban de la sensación de libertad personal. Su ejemplo era el escolástico medieval que recorría el país. Cocinaban al aire libre y pasaban la noche en pajares o sencillas posadas de pueblo. Siempre llevaban consigo una guitarra, con cuyo acompañamiento cantaban canciones populares y de lansquenetes.

Max había terminado su carta con las siguientes palabras:

Querida hermanita, lamento muchísimo no poder recibirte el viernes en la estación y acompañarte con nuestra tía. Me llevaría una gran alegría si el lunes por la tarde me recogieras de mis clases. (Lo mejor será reunirnos hacia las cinco delante de la entrada principal, junto a la estatua de Wilhelm von Humboldt, el del libro

abierto.) Así podré mostrarte la universidad, y después podemos ir juntos a Belle-Alliance-Platz, si nuestra tía está de acuerdo. De todos modos ya va siendo hora de que haga la visita de cumplido al hogar de los Von Spilow... Tengo muchas ganas de volver a verte y de mostrarte «mi» Berlín.

Hasta pronto,

tu MAX

P. D.: ¿Te acordarás

por favor de los dos dibujos?

Emilie sonrió involuntariamente al recordar sus palabras. Era muy fácil adivinar las intenciones de su hermano. Estaba segura de que hasta ese momento había evitado conscientemente ver a la tía Franziska y a su marido. Y de que ahora estaba aliviado de visitarlos en presencia de su hermana mayor y poder contar con su respaldo. Por mucho que quisiera a Max, sabía que no era precisamente valiente.

Ese era el segundo motivo por el que era impensable alojarse con él. No solo se metería en graves problemas ella, también lo metería a él.

—No es decoroso —recordó la voz horrorizada de su madre al rechazar la propuesta de Emilie unos días antes, al tiempo que la ocurrencia de su hija le hacía negar con la cabeza—. ¡Una joven entre tantos hombres!

Irmhild había rechazado con un gesto de la mano la objeción de Emilie explicando que su hermano no vivía en el edificio

de una hermandad de estudiantes, en las que las visitas de damas en todo caso se permitían en ocasiones especiales, sino subarrendado en casa de una honorable viuda que alojaba a algunos estudiantes.

—Pero ¿qué te has creído? De ningún modo puedes rechazar la invitación de tu tía. ¿En qué posición me dejaría eso a mí? — Había puesto fin a la discusión, y también había confirmado la sospecha de Emilie de que su madre tenía un gran respeto, por no decir pavor, a su

hermana mayor, que desde la infancia había sido elogiada por su madre Hedwig como el brillante y casi inalcanzable modelo de un comportamiento ejemplar.

Emilie se guardó de nuevo la nota en el bolsillo, se acercó al primer coche de la fila, un landó con capota, le dio la dirección al cochero y se montó. Cruzaron el puente del Spree a paso ligero y se adentraron en el Tiergarten, cuyos árboles y setos se adornaban con las primeras yemas verdes. Emilie bajó la ventanilla y dirigió su

rostro hacia el viento en contra. Aspiró con deleite el aire fresco, que ya no estaba cargado de polvo de carbón y humo como en la estación. El sol estaba hundido en el horizonte al oeste y hacía brillar las nubes sueltas que flotaban en el cielo azul. Los vencejos se perseguían sobre las copas de los árboles con chillidos agudos. Había pocos viandantes por allí. Emilie vio algunas niñeras con sus protegidos y dueños de perros que paseaban a sus amigos cuadrúpedos. De vez en cuando

se cruzaban con otros coches y un grupito de jinetes los adelantó al galope. Un rato después cruzaron una calle amplia, Charlottenburger Chaussee. Emilie vio a mano izquierda una gran puerta con cinco entradas y una cuadriga en el frontón, y a mano derecha, a gran distancia, una columna de gran altura con una figura dorada. La Puerta de Brandenburgo y la «Goldelse», como conocían burlescamente los berlineses a la diosa de la Victoria, según su hermano Max, en honor a la protagonista

de un popular folletín por entregas que se publicaba en *Gartenlaube*.

El latido de Emilie se aceleró. En ese momento se dio cuenta de que se encontraba en el corazón de la capital del imperio. Allí se decidía el destino de Alemania, allí se encontraban los hombres más poderosos del país. ¡Estaba respirando el mismo aire que el emperador y su familia!

Una vez salieron del parque, el cochero tomó el camino hacia el canal Landwehr, cuya orilla siguieron a lo largo de unos tres

kilómetros antes de girar a la derecha en una plaza circular enmarcada por viviendas de cuatro a cinco pisos con fachadas fastuosas. Se detuvieron ante una de ellas. El cochero abrió la portezuela, ayudó a Emilie a bajar, dio las gracias por el dinero y se despidió levantando su sombrero de copa. Emilie se estiró, se acercó a la puerta de la casa y llamó al timbre junto al letrero de latón en el que estaba grabado «Von Spilow». Pocos instantes después se encontraba en el piso principal, en la

primera planta, frente a un criado que, tras una ligera reverencia, tomó su abrigo, lo colgó de un perchero y a continuación cogió su bolsa de viaje. Llevaba una librea gris oscuro, rondaría los cuarenta años y con sus movimientos medidos le recordó a Emilie a un mayordomo inglés. O al menos así se los imaginaba, estimulada por las novelas de detectives británicas, sus favoritas. Una pasión que ocultaba cuidadosamente a sus padres. A sus ojos, las lecturas emocionantes que giraban

principalmente en torno a criminales y otras miserias humanas no eran adecuadas para su hija, que debía mantener la pureza de corazón.

—Si la señorita tiene a bien seguirme, por favor —dijo el criado, y se adentró en la vivienda delante de ella.

Tras la puerta de entrada de dos hojas, con cristales de dibujos florales coloridos en el tercio superior, un amplio pasillo conducía a los salones y dormitorios. Emilie vio por el rabillo del ojo un pasillo más estrecho que daba a la parte

trasera de la vivienda, donde suponía que se encontraban la cocina y otras habitaciones del servicio. El criado se detuvo, abrió una puerta y se hizo a un lado para dejar pasar a Emilie.

— Si me permite: su cuarto.

— Gracias — dijo Emilie—. Disculpe, ¿dónde está mi tía?... Eh, quiero decir, ¿está la condesa en casa?

El criado arrugó brevemente la frente. ¿Le habría parecido inapropiada la pregunta?

— El conde y su esposa regresarán en cualquier momento — respondió. Su voz

sonaba reservada.

No, la causa de su disgusto parecía ser más bien el retraso de los señores.

—Reciben a partir de las siete y media. Le ruego que a esa hora acuda al salón —prosiguió y señaló una puerta en la parte delantera del pasillo.

Emilie asintió y entró en el cuarto que sería su refugio durante las siguientes semanas. Desde el principio se sintió a gusto en él. El ambiente estaba ventilado y al mismo tiempo era acogedor. Las paredes altas y el estuco del techo estaban

pintados con un toque rosa. Ante la ventana colgaban cortinas de encaje, que también pendían del dosel que coronaba la cama que, al igual que el resto de los muebles —un tocador, un armario estrecho y una butaca acolchada—, era de madera clara pulida iluminada por la luz cálida de una lámpara de pie.

Emilie abrió su maleta, que estaba junto al armario, y comenzó a guardar su ropa. Echó un vistazo a su reloj de pulsera y comprobó que aún tenía una hora para cambiarse y

refrescarse. ¿Qué indumentaria se exigiría para la cena? ¿Sería formal o quizá pudiera ser algo más desenfadada? Emilie sonrió con malicia. Vincular la expresión «desenfadado» con la tía Franziska era extraño. Dejó un vestido azul oscuro de cuello alzado y mangas estrechas sobre la cama, sacó el corpiño de la maleta y torció el gesto. ¿Cómo se las arreglaría sin ayuda?

Unos golpecitos en la puerta la interrumpieron. Una doncella asomó la cabeza y dijo: — Buenas tardes, señorita. Soy

Belinda. La condesa ha pedido que le ayude si usted así lo desea.

Emilie sonrió a la joven, que según sus cálculos tendría poco más de veinte años.

—Llega usted como caída del cielo. —Señaló el corsé—. ¿Podría ayudarme?

Belinda se acercó, observó el vestido y arqueó las cejas.

—¿Está usted segura de que eso...? —comenzó a decir.

Emilie le dirigió una mirada irritada. ¿Qué se había creído? ¿Cómo se atrevía a cuestionarla?

Belinda apartó la mirada y se tragó el resto del comentario. Carraspeó y dijo:

—Discúlpeme, por favor. Naturalmente que la ayudaré a vestirse.

Emilie asintió con rigidez y se esforzó por ocultar su inseguridad. ¿Ni siquiera aquel vestido sencillo y cerrado obedecía a las estrictas normas de decencia y buenos modales del hogar de su tía? Aquello iba a ser de todo menos divertido...

6

Sulzbach-Rosenberg en Oberpfalz, julio de 2013

El sonido del timbre estremeció a Hanna. ¿Quién podría ser? No esperaba visitas y era demasiado tarde para el correo. Salió del despacho a la entrada de puntillas, contuvo la respiración y echó un vistazo

por la mirilla. Era la señora Ellermann, la presidenta de la asociación de jardines de la que Thorsten era miembro desde hacía años. Hanna frunció el ceño. ¿Qué querría? Mientras decidía si abrir o no, sonó el teléfono. Hanna se quedó inmóvil y esperó a que saltara el contestador. A través de la mirilla vio que la señora Ellermann acercaba la oreja a la puerta.

Después de un pitido sonó una voz femenina que hablaba con marcada claridad y a la que se oía intentar hablar más

correctamente:

— ¡Buenas, Hanna! Soy Annemarie. ¿Estás ahí?... Eh, bueno, me acabo de enterar... ¡lo siento un montón... eh, lo siento mucho! ¡Qué cabronaz... eh, canalla!... Oye, si necesitas hablar... me paso cuando quieras... o si prefieres venir... ¡ya sabes! ¡Aquí estaré! ¡Llámame! Nos vemos. ¡Hasta otra!

Hanna cerró los ojos un instante. La noticia de que Thorsten se había largado ya se había extendido. No era difícil deducir su recorrido:

Annemarie, la madre de un viejo amigo de preescolar de Lukas, también estaba en la asociación de jardines, al igual que la señora Ellermann. Ambas frecuentaban el café de la señora Schrader. Y esta era la esposa del señor Schrader que había mencionado la secretaria de Thorsten: «El señor Schrader, de ventas, lo ha visto por casualidad en el aeropuerto de Múnich.»

Hanna abrió los ojos de golpe. Esa tarde los comentarios de la señora Schrader no se habían referido a

Lukas y a su viaje. «Ella sabía que Thorsten iba a dejarme. Y en este momento estará hablando a todo el mundo de la serenidad y la calma con la que lo llevo.» Esbozó una sonrisa ladeada. Ahora la conversación parecía una escena de una comedia en la que los actores hablaban sin entenderse y en la que se producían deliciosos malentendidos. Por desgracia aquello no era una película que en noventa minutos llegaba a un final feliz. O que se pudiera apagar porque a uno no le gustaba.

El golpeteo de unos tacones la hizo asomarse a la mirilla. La señora Ellermann se alejó de la casa y se montó en el coche, que había aparcado delante. Regresaría. A Thorsten lo sacaba de quicio la curiosidad de aquella cotilla que metía las narices en cualquier cosa que no le incumbiera, y que no descansaba hasta haber difundido la información por todas partes, no sin sazonarla y adornarla con especulaciones e insinuaciones picantes.

Hanna se estremeció al darse cuenta de que en los próximos

días y semanas no podría dar un paso sin recibir miradas de compasión o malicia. Era escalofriante pensar que provocaría un silencio incómodo cada vez que fuera a comprar, a la peluquería, a la piscina del bosque o a cualquier lugar en el que se encontrara con personas conocidas que hubieran estado chismorreando sobre ella o no supieran como comportarse en su presencia.

Hanna miró a su alrededor. De pronto los familiares muebles y objetos le resultaban extraños. La casa ya no le

ofrecía seguridad ni protección. Ahora era una trampa. El silencio y la creciente penumbra que lo sumía todo en un gris difuso aumentaron la sensación de opresión en el pecho. Le costaba respirar. Tenía que salir de allí, tenía que hablar con alguien. Miró el teléfono y el uno parpadeante que avisaba de la llamada de Annemarie. Una simpática conocida cuyo carácter directo apreciaba y con la que le gustaba ir de vez en cuando al cine o a nadar. Pero solo una conocida al fin y al cabo.

Hanna cruzó los antebrazos, se agarró los codos y los apretó contra su cuerpo. En Sulzbach-Rosenberg no había nadie a quien le uniera una estrecha amistad. Los últimos años habían girado casi exclusivamente en torno a su familia y no se había esforzado por profundizar en relaciones superficiales. Esa ciudad, a la que los había llevado el trabajo de Thorsten, era para ella un capítulo a medio plazo, nunca la había considerado su lugar de residencia definitivo, el lugar en el que pasar el ocaso de su vida;

Thorsten, para su asombro, tenía una opinión diferente. Al menos hasta hacía poco. Hasta que esa tal Biggi le había abierto los ojos. Hanna se mordió el labio inferior. Sintió una oleada de ira. Qué ironía que Thorsten se esfumara y la dejara allí, precisamente en el lugar donde ella nunca había querido estar.

«¿Quizá nuestro matrimonio no habría acabado si nos hubiéramos quedado en Múnich? —pensó Hanna—. ¿Si no hubiera sido yo, sino Thorsten, quien se hubiera ocupado de los niños y el

hogar... Si en su día hubiera aceptado la oferta de Helmut Finkenbohner y me hubiera convertido en redactora en plantilla de la sección de viajes... El sueldo habría bastado para alimentar a la familia, sobre todo cuando me hubiera hecho cargo del departamento un par de años más tarde... Ya basta de tanto lamento y de tanto qué-hubiera-pasado-si-yo», se reprendió y cerró los puños.

Mientras Hanna reñía consigo misma, las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas. Abrió los puños y se secó los ojos. Se

sentía impotente. «No sirve de nada que tú misma te machaques —se convenció—. No mejorará la situación. Si no te compadeces tú de ti misma, ¿quién lo hará?» Se detuvo. Esa pregunta y el recuerdo de Múnich evocaron la imagen de su mejor amigo. Se apartó de la puerta empujándose con los hombros y cogió el teléfono. «¿Cómo no se le había ocurrido antes llamarlo?» En ese momento Heiko era la única persona a la que se confiaría y con la que se desahogaría.

Durante su formación en la

escuela de periodismo de Múnich había compartido piso con él y con otros dos estudiantes. Con el tiempo Hanna había perdido la pista a los otros dos compañeros de piso, pero con Heiko había mantenido la amistad, que cada vez era más estrecha. Hablaban regularmente por teléfono y participaban mutuamente de sus vidas. Muy a pesar de Hanna, no tenían muchas oportunidades de verse en persona. Poco después de la reunificación, Heiko se había mudado a Berlín, donde llevaba

una tienda de antigüedades con su pareja, un encuadernador. Tras unos comienzos pedregosos, se habían hecho un hueco en el sector. La pasión de Heiko por los libros y su don para detectar manuscritos, impresiones y ediciones raras, unidos a la habilidad artesanal de su novio, que nunca daba por perdido a ningún paciente, como solía llamar a los ejemplares dañados, y que no descansaba hasta salvarlos, aportaban a su negocio una base sólida y numerosos clientes fieles.

Hanna cogió un vaso de agua de la cocina y se sentó en el banco de madera que había en la terraza pegado a la pared de la casa. Un suave viento le traía el aroma dulce de las matas de *Alyssum* que Thorsten había plantado en una pequeña rocalla junto al estanque de nenúfares enanos en el extremo del jardín. El cielo estaba iluminado, el sol se había puesto unos minutos atrás. Hanna siguió con la mirada un avión que la sobrevolaba, cuya estelas de condensación brillaban en tono rosa. La

noche sería clara y estrellada. La pared que tenía detrás había acumulado el calor del día y lo irradiaba hacia su espalda. Un grupo de gorriones piaba en los tupidos setos de abedulillo que rodeaban el jardín. El viento giró y trajo los sonidos de una canción de moda y risas. Hanna percibió un olor a quemado y a especias. Algún vecino había encendido la barbacoa. Una escena sacada de las revistas de hogar y jardín que a Thorsten le gustaba leer y así coger ideas para decorar la casa. Había estado a punto de lograr su

objetivo de crear un lugar idílico.

Hanna resopló y marcó el número berlinés. Contuvo involuntariamente el aliento. «¡Contesta, por favor!», invocó a Heiko en silencio y escuchó los tonos con atención.

—Hola, Hanna —dijo la voz, tan familiar—. Te me has adelantado un par de minutos. Hoy he pensado mucho en ti. ¿Qué tal la despedida de Lukas?

Hanna tragó saliva. Necesitó un momento para comprender la pregunta de Heiko. Se había olvidado por completo de su

hijo, que en ese instante probablemente estuviera sobrevolando el Atlántico.

—Bueno, no ha sido fácil... pero no es por eso por lo que...
—respondió con voz entrecortada.

—¡Hanna! ¿Qué ha pasado?
—la interrumpió Heiko—. Suenas fatal.

—Thorsten se ha ido — respondió Hanna bruscamente.

—¿Que se ha ido? ¿Qué significa eso?

—¡Pues eso, que se ha largado! ¡Adiós muy buenas!

Silencio al otro lado de la

línea. Hanna oyó a Heiko respirar profundamente.

—Quieres decir que... ¿te ha dejado? —preguntó vacilante.

—Exacto. ¡Por otra!

Heiko expulsó el aire con un siseo.

—¡Oh, no! ¡Qué horror!

Hanna sintió un nudo en la garganta. Al oír la preocupación en la voz de Heiko le fue imposible contener por más tiempo la desesperación que sentía por la marcha de Thorsten.

—Se ha largado sin más — sollozó—. Después de todos

estos años, de todo lo que he hecho por él y los niños... Y de pronto no soy lo bastante bue...

No pudo continuar. Buscó llorando un pañuelo de papel en el bolsillo de su chaqueta y sacó uno arrugado con el que se secó los ojos.

—Ay, Hanna, me gustaría tanto abrazarte ahora mismo — dijo Heiko en voz baja.

La idea de poder desahogarse en su hombro hizo que el torrente de lágrimas de Hanna aumentara. Heiko siempre había sabido consolarla. Con él podía sincerarse libremente, no

sentía vergüenza, no tenía la necesidad de disculparse o controlarse obstinadamente. Esa simple certeza hacía que el dolor cediera un poco.

Después de explicarle a Heiko sus averiguaciones y las primeras reacciones de las cotillas, entró en casa, se sentó en uno de los dos sofás y le leyó la carta de Thorsten.

—Bueno, ahora ya lo sabes todo —dijo finalmente.

Heiko, que había escuchado en silencio, exclamó indignado.

—¡Hay que ser miserable! —sonaba furioso—. Pero por

desgracia no ha sido muy original. Podría decirse que es un clásico de las crisis existenciales de los hombres.

Hanna no pudo evitar sonreír.

—Bueno, no sé si una despedida original me habría sentado mejor.

—Perdona, claro que no — dijo Heiko—. Es solo que siempre me asombra lo acertados que son los clichés.

—Cierto —respondió Hanna—. Lo que más me descoloca es no haber notado nada. Nunca me habría imaginado que esto

me pasaría precisamente a mí.

Heiko carraspeó.

—No me lo tomes a mal, Hanna, por favor. Pero tan inesperado no ha sido. Quiero decir, es cierto que no hubo una ruptura, pero ya no compartíais gran cosa, ¿no?

Hanna se dispuso a replicar. Al darse cuenta de que Heiko había dado en el clavo, enmudeció. Thorsten y ella se habían instalado en una coexistencia pacífica, apenas se acostaban el uno con el otro y con el tiempo se habían distanciado más de lo que

habían querido reconocer.

— Es cierto — dijo en voz baja —. Pero pensaba que ahora volveríamos a pasar más tiempo juntos.

— ¿Porque los dos niños se han marchado de casa?

— Exacto. Sencillamente di por hecho que Thorsten también lo vería así. Teníamos muchos planes. Queríamos hacer grandes viajes...

— No me gusta decir esto — dijo Heiko —. Pero posponerlo todo constantemente no es más que una huida.

Hanna suspiró.

—Lo sé. Y me lo comentaste bastantes veces. Pero Thorsten siempre tenía mil razones para no poder marcharse mucho tiempo de viaje. Aunque solo fuera por el jardín.

Heiko rio con sequedad.

—Quien algo quiere, encuentra la manera. Quien no quiere, encuentra el motivo.

Hanna se recostó y cambió de mano el teléfono.

—Ay, Heiko. ¿Qué voy a hacer ahora? Me siento tan inútil. Todo el mundo tiene sus objetivos y sus tareas. Mientras que yo...

—Hanna, no digas tonterías —la interrumpió Heiko—. Entiendo perfectamente que ahora lo veas todo negro. Pero solo porque Lukas y Mia tengan ahora su propia vida y Thorsten se haya esfumado, ¿no significa que tú seas innecesaria! Faltaría más. No, querida, tienes que verlo al revés: por fin es tu turno. Por fin podrás hacer lo que tú quieras. Sin mala conciencia. Sin tener en cuenta a la familia. Sin tener que estar siempre pendiente de lo que necesitan los demás. De todos modos llevas demasiado

tiempo haciéndolo, creo yo.

—Mmmm —refunfuñó

Hanna y se mordió el labio inferior.

—Estoy hablando en serio, Hanna. Por favor, no cometas ahora el error de rumiar en qué fracasaste o qué habrías podido o debido hacer para conservar a Thorsten. Quería largarse. Sin discutirlo contigo. Sin luchar por vuestra relación. Por muy amargo que sea, cuanto antes lo aceptes, antes podrás mirar hacia delante y... —Heiko se detuvo—. Pero esto no necesito explicártelo. —Tras una breve

pausa, dijo —: ¿Sabes qué? Brindemos juntos por tu nueva libertad. Preferiría estar sentado en una mesa contigo, pero así también valdrá. ¿Tienes vino a mano?

Hanna sonrió.

— Sí, casualmente antes he comprado un buen tinto.

— ¡Genial! Entonces hablamos en cinco minutos — dijo Heiko y colgó.

Hanna fue a la cocina, abrió la botella de vino y regresó con ella y una copa abombada. Se sirvió, se sentó en el sofá y bebió el primer sorbo. El

líquido le bajó aterciopelado por la garganta y le calentó el estómago. Hizo girar el vino en la copa y recordó las palabras de Heiko mientras esperaba a que volviera a llamar. Ya no tenía la sensación de que su desesperación fuera tan absoluta. Un matiz luminoso se había abierto paso en ella. Su amigo tenía razón: podía considerar la salida de Thorsten de su vida una oportunidad para comenzar de nuevo. Sin Heiko le habría llevado mucho más tiempo darse cuenta de ello. Sonó el teléfono. Hanna

descolgó y dijo:

— ¡Gracias! Eres realmente el mejor amigo que podría desear.

7

Berlín, mayo de 1907

A las siete y media en punto Emilie echó una última mirada escrutadora al espejo del tocador y salió de su cuarto. En los últimos diez minutos había oído varias veces el timbre de la puerta. Su sospecha de que su tía recibía invitados se confirmó

cuando se acercó al salón, del que salían voces y risas. Se detuvo en el umbral y oteó la sala cuadrada, a cuya derecha e izquierda unas puertas de dos hojas conducían a las habitaciones contiguas. La madera barnizada en tono oscuro del mobiliario creaba un contraste precioso con los delicados colores pastel de las fundas de terciopelo que cubrían las butacas y sofás, y con el satén de seda de color crema con el que estaban revestidas las paredes. Estas estaban desnudas, a excepción

de un gran cuadro al óleo que representaba un paisaje exótico, lo que confería un aire luminoso a la habitación. Del alto techo, en el centro de un rosetón de estuco, colgaba una exquisita araña de cristal de Murano, cuya luz se reflejaba en las ventanas.

Emilie avanzó dos pasos hacia el salón y dejó vagar su mirada sobre las quince personas, más o menos, que conversaban en grupos pequeños. Algunos caballeros llevaban uniformes de oficial, cuyas estrellas doradas, cordones, hombreras

coloridas y condecoraciones destacaban entre el blanco y negro predominante de los hombres de frac.

Emilie se quedó de piedra al comprobar que todas las damas estaban vestidas en tonos claros y llevaban profundos escotes. Se llevó una mano al cuello, aprisionado por el frunce reforzado del vestido. Era la única que se había engalanado con tanta formalidad. Y como una solterona. Parecía que la hubieran invitado a un entierro. O a una ceremonia de una institución especialmente

tradicional. Sintió que se sonrojaba. En pocas ocasiones se había sentido tan fuera de lugar. A su alrededor se oía el susurro de los tejidos de seda, y las nubes de tul con adornos de plumas y flores hacían pensar en ramos primaverales; el ambiente cargado de delicados perfumes acentuaba esta sensación. Emilie consideró brevemente la idea de regresar a su cuarto para cambiarse de vestido. Pero ¿cuál? En su armario no había nada que recordara lo más mínimo a la moda que imperaba allí.

Además, era demasiado tarde. Ya la habían visto. Emilie se colocó junto a la puerta y deseó poder fundirse con la pared. Bajó la cabeza, fingió buscar algo en su bolsito y escuchó las conversaciones.

Tres hombres mayores discutían acaloradamente sobre la demanda del diputado socialdemócrata August Bebel de acortar el servicio militar. Una dama preguntaba a otra si querría acompañarla a un seminario en el que se familiarizaba a las mujeres con los conceptos fundamentales de

las operaciones bancarias y monetarias. Un tercer grupo conversaba acerca de la representación de la bailarina expresionista americana Isadora Duncan, que había actuado recientemente con sus alumnas en la Neue Schauspielhaus. Emilie también oyó retazos de frases en francés e inglés en relación con la física Marie Curie, que el año anterior había impartido su primera clase en la Sorbona y se había convertido así en la primera mujer en ocupar una cátedra en la famosa universidad parisina.

El ambiente era relajado, por lo que Emilie dedujo que los anfitriones no estaban presentes. Al menos no su tía, que daba una gran importancia al cumplimiento de la etiqueta y no habría permitido semejantes voces y risas. ¿Dónde se habría metido? Posiblemente estaba dando las últimas instrucciones en la cocina.

La llegada de más visitantes, que se abrieron paso en la habitación detrás de Emilie, captó la atención de una mujer espigada con un ajustado vestido de tejido fluido azul,

cuya falda comenzaba justo debajo del pecho y caía hasta el suelo. Había estado de espaldas a la puerta conversando con un hombre de aspecto mediterráneo sobre el inicio de la temporada en el hipódromo Hoppegarten. Cuando se volvió, su mirada recayó sobre Emilie. Su rostro esbozó una sonrisa radiante. Se acercó a ella con los brazos abiertos, le cogió las manos y las apretó.

— ¡Emilie! ¡Qué alegría! Disculpa que no te haya visto antes. Ya ves el barullo que hay aquí.

Emilie miró atónita a la mujer. ¡Aquella no podía ser la tía Franziska! ¡Jamás habría llevado un vestido así, sin corsé! Por detrás le había parecido una mujer joven, con su figura delgada y su tupido cabello oscuro. Ahora veía Emilie que había superado los cincuenta. En el moño suelto que llevaba se entremezclaban las hebras blancas, y las arrugas atravesaban la frente de su rostro tostado por el sol, que no se correspondía con la «distinguida palidez» habitual de la alta sociedad. Cuando sus

miradas se encontraron, Emilie se quedó de piedra. Conocía aquellos ojos grises: eran los de la abuela Hedwig. Sin embargo, aquello era lo único que le resultaba familiar.

—¿Tía Franziska? —preguntó dubitativa y levantó la mirada hacia ella.

—No le gusta nada oír eso —dijo una voz grave junto a Emilie.

Se volvió y se vio frente a un hombre de su tamaño que la miraba con ojos despiertos. Su cabello ralo estaba desgredado, como si hubiera estado

expuesto a un fuerte viento. Su frac era de buena calidad y estaba impecable. El típico olor a tejido nuevo y almidón, que conocía del taller del sastre de Elberfeld, reveló a Emilie que aquella noche era la primera vez que llevaba ese traje.

El caballero rodeó con un brazo a Franziska, que le sacaba una cabeza. Emilie esperó que nadie notara su sorpresa. Como todos en su familia, había imaginado que el segundo marido de su tía sería la personificación clásica de un aristócrata prusiano: espigado,

firme y arrogante.

—Es cierto. Por favor, llámame Fanny —dijo ella—. Tía Franziska suena demasiado formal. Siento que tengo el triple de edad. —Sonrió y le guiñó un ojo—. Y este es Addy —añadió.

Emilie hizo una reverencia y le tendió la mano al conde. Este la tomó, se inclinó sobre ella e insinuó un beso.

—Me alegro de conocer por fin a alguien de la familia de Fanny.

Su mujer se inclinó hacia él y le susurró algo al oído con la

mirada puesta en los invitados recién llegados.

—Oh, gracias por avisarme, mi amor —dijo y se inclinó de nuevo ante Emilie—. Por favor, discúlpame. La obligación me llama. Pero ya tendremos tiempo de conocernos mejor.

Mientras se acercaba a una pareja mayor de aspecto distinguido, Fanny dijo a media voz:

—Pobre Addy. Lo pasa fatal con esos peces gordos del Ministerio de Exteriores. Tiene que llevarse bien con ellos, porque son importantes. Sin

sus simpatías no podría hacer mucho en su nuevo puesto. Pero a algunos resulta especialmente difícil tomárselos en serio.

Emilie la miró interrogante al tiempo que trataba de poner orden en su confusión mental. Cuanto más escuchaba a aquella Fanny, más convencida estaba de que algo no encajaba.

—En fin, son pocos los que tienen alguna idea de los territorios, las personas y las culturas sobre cuyos destinos deciden aquí, a miles de kilómetros de distancia —

explicó Fanny—. Pero por desgracia no son los únicos. ¿O acaso conoces a muchas personas en lo que se define como altos cargos que tengan la más remota idea de lo que hacen, piensan o sienten sus subordinados?

A Emilie le daba vueltas la cabeza. Nunca antes había oído a alguien expresar en público o en una reunión su opinión crítica con tanta franqueza; por supuesto, a ninguna mujer. Y mucho menos a la tía Franziska, que habría preferido arrancarse la lengua de un mordisco antes

que meter la pata de semejante manera. ¡Era sencillamente impensable! Se despertó en ella una sospecha que le aceleró el corazón: ¡aquella extraña pareja eran impostores que se habían apropiado de las identidades de Franziska y Adrian en África! Su tía y su esposo no serían los primeros en haber sucumbido a unas fiebres tropicales o a otra de las epidemias que causaban estragos en las colonias y dejaban atrás innumerables víctimas. Emilie contuvo la respiración. ¿O los habrían asesinado?

—Emilie, ¿no te encuentras bien? —preguntó Fanny—. Pareces estar a punto de desmayarte.

Emilie negó con la cabeza e hizo el esfuerzo de sonreír.

—Bueno, la verdad es que no me sorprendería —continuó Fanny—. Llevas el corsé demasiado apretado. —Tomó a Emilie del brazo y la sacó del salón—. Ven, te prestaré algo más cómodo. Así también podrás comer algo decente. Estos corsés le aprietan a una tanto el estómago que es imposible.

Emilie caminó aturdida junto a la mujer que aseguraba ser su tía.

—Tengo muchas ganas de saber cómo os ha ido a todos en los últimos años —continuó hablando—. Apenas puedo creer que no os haya visto en tanto tiempo. Siento mucha curiosidad por lo que me contarás. ¡Me lo tienes que explicar con pelos y señales! Porque seguramente tardaré un tiempo en visitar Colonia o a tus padres.

No parecía lamentarlo. Emilie trató de recuperar el aliento.

«Ajá — pensó —. Por ahí van los tiros. Ahora entiendo por qué me has invitado. Quieres tantearme para obtener información de la familia. Para que no te descubran cuando en algún momento veas a los demás. Probablemente des por hecho que apenas te recuerdo. Porque aún era una niña. Pero te has pasado de lista.»

Emilie se estremeció al percibir la mirada escrutadora de su acompañante. Se le encogió el estómago. «¿Sospechará que la he descubierto? Si tiene tan pocos

escrúpulos como me temo, entonces ya no estoy a salvo...»

Emilie se detuvo y estalló:

— ¿Es usted realmente Franziska von Spilow?

La mujer levantó las cejas.

— ¿Cómo dices?

— Está usted... está usted tan diferente de como la recuerdo...

— Bueno, al fin y al cabo han pasado casi diez años desde que me marché de Alemania. Desde entonces he vivido mucho. Naturalmente eso me ha marcado y...

Emilie la interrumpió:

— ¿Cuál era la comida favorita

de mi madre cuando era niña?
¿Y qué apodo le puso usted?

—¿Estás hablando en serio?
¿Realmente dudas de que sea tu
tía?

El rostro de la mujer se petrificó. Una profunda arruga dividió su frente. Sus ojos grises se clavaron en Emilie.

—¡No seas estúpida! ¿Cómo te atreves no solo a albergar una sospecha tan escandalosa sino también a expresarla de viva voz? ¿Es que tus padres no te han inculcado la más mínima decencia? —le preguntó con severidad.

Emilie casi se sintió aliviada de oír la voz familiar con la que su abuela solía reprender cualquier comportamiento insubordinado.

—Discúlpeme, por favor — balbuceó—. No debe usted tomarme por una tonta desvergonzada...

Los ojos grises se iluminaron repentinamente. Emilie parpadeó desconcertada. ¿Era su imaginación o la mujer estaba haciendo grandes esfuerzos por contener la risa? ¿Se estaba mofando de ella? ¿O había fingido severidad y ahora

se divertía por haberla puesto en un aprieto?

— «Morritos», así es como llamaba a mi hermana. Por lo mucho que le gustaban los dulces. A menudo se deslizaba en la cocina y suplicaba durante horas a nuestra cocinera para que le preparara *Rievekuchen met Klatschkies*, es decir, las típicas tortitas de patata con requesón. ¡Ay de ella cuando nuestra madre se enteraba! Entonces la pobre Irmhild debía irse a la cama sin cenar.

Emilie se mordió el labio y bajó la cabeza. Eso solo podía

saberlo la auténtica Franziska. ¡Qué bochorno! Le habría gustado marcharse de la casa corriendo sin decir nada.

—Qué vergüenza... No sé qué me ha pasado... —dijo con la voz entrecortada—. Pero es que realmente ha cambiado mucho.

—¡Eso espero! —Fanny puso la mano sobre el brazo de Emilie—. No te lo reproches. Siento haberte desconcertado tanto. No podías saber que ya no soy la misma que hace diez años.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Ay, la vieja Franziska se

perdió en algún lugar del impracticable interior de Togo. Lo cierto es que allí no sirven de mucho los modales impecables a la mesa, los cuellos almidonados o la convicción de que el mundo estará condenado si una dama utiliza palabras malsonantes.

—¿El interior? Yo pensaba que vivían en la capital, en la costa.

—Sí, teníamos una casa en Lomé. Pero no pasábamos mucho tiempo allí. Addy quería conocer bien la colonia. Por eso a menudo la recorríamos

durante meses.

Emilie sacudió la cabeza.

—Y nosotros que siempre pensamos que vivían en una villa señorial con numerosos criados y todas las comodidades.

Una sonrisa pícara asomó a los labios de Franziska.

—Yo dejé encantada que lo creyeráis. Si mi madre hubiera intuido cómo vivíamos Addy y yo, posiblemente habría viajado en persona hasta allí para traerme de los pelos de vuelta a la civilización y enmendar mis descuidados modales.

Emilie rio entre dientes.

—Oh, sí, lo habría hecho, estoy segura. —Miró a su tía a los ojos—. Ay, tía Franziska, me alegro tanto de que acompañara a su esposo en su expedición y ya no sea tan...

Fanny arqueó una ceja. Emilie contuvo el aliento. ¿Había ido demasiado lejos?

—¿Y ya no sea tan estirada?
—terminó Fanny la frase.

Emilie bajó la cabeza.

—¡Me gustas! —oyó decir a su tía—. Eres valiente y directa. Y tienes mucha fantasía. —Se detuvo—. Solo hay una cosa

que me molesta tremendamente.

Emilie levantó la mirada.
¿Qué diría ahora?

— ¡Que me llames tía Franziska y me trates de usted!

— prosiguió Fanny—. Sé que mi madre insiste en ello, porque es lo habitual en nuestro círculo. Pero a nosotras eso no tiene por qué importarnos, ¿no crees?

Emilie la miró radiante y negó con la cabeza.

La tía Fanny había organizado para ella y su sobrina un completo programa

de visitas para los siguientes días. Se alegraba de poder pasear y conocer los alrededores de su nuevo hogar con Emilie mientras su esposo cumplía con las visitas obligadas a sus futuros compañeros, superiores y miembros de otros ministerios antes de ocupar oficialmente su cargo el lunes. Addy no dejó lugar a dudas de que habría preferido unirse a las dos mujeres.

Emilie comprobó divertida que su tía organizaba el *tour* para explorar Berlín como si de

una expedición científica se tratara. El sábado por la mañana propuso dar una vuelta con la línea circular.

—Para tener una primera visión general del territorio que exploraremos —explicó. Con una sonrisa de disculpa añadió —: Ya ves que no me acostumbro del todo al cambio.

Se pusieron en marcha tras un desayuno copioso. Primero se dirigieron a la estación de Anhalt, cuyo gigantesco vestíbulo de estilo neorrenacentista se encontraba a pocos minutos a pie de Belle-

Alliance-Platz, y allí tomaron el tren de cercanías, que unía las numerosas estaciones terminales de Berlín. Hicieron transbordo en Papestraße. A continuación recorrerían unos cuarenta kilómetros en una amplia curva en torno al centro de la ciudad. Desde las vías elevadas tenían una buena vista de lo que habían sido pueblos de la periferia, que en las últimas décadas habían crecido al sureste, al este y al norte para convertirse en desoladores barrios de bloques de pisos que rodeaban enormes plantas

industriales. Al suroeste y al oeste, en dirección a la residencia real de Potsdam, el paisaje era diferente. Entre campos y pequeñas zonas boscosas vieron los terrenos de grandes dimensiones de villas, sanatorios y fincas escolares, que al aproximarse al centro de la ciudad daban paso a las viviendas de varias plantas de la alta burguesía.

Una hora escasa después Emilie y su tía se montaron de nuevo en el tren urbano en la parada de Stralau-Rummelsburg. Siguiendo la

divisa de Fanny de que la mejor forma de comprender una ciudad, al igual que a una persona, era conocer su historia y su desarrollo, desde allí se adentraron en el núcleo histórico: el viejo Berlín entre el Spree y el viaducto amurallado del tren de cercanías, construido en la década de 1880 sobre el trazado de las antiguas murallas fortificadas. Recorrieron a pie el barrio medieval en torno a la iglesia de San Nicolás, el convento del Espíritu Santo y la iglesia de Santa María, para después

caminar hacia el Palacio Real y la catedral junto al parque de Lustgarten. A Emilie le gustó acabar la excursión de ese día con una visita a la imponente construcción religiosa. No habría podido asimilar más sensaciones.

Con sus más de dos millones de habitantes, Berlín le parecía una ciudad increíblemente grande, ruidosa y frenética. Se había sumergido junto a Fanny en aquel mundo bullicioso, al principio con cierta timidez, pero enseguida con fascinación y gran asombro, y había

absorbido los olores, imágenes y sonidos que la bombardeaban. Apenas prestaba atención a las explicaciones de su tía, que consultaba datos históricos y peculiaridades arquitectónicas una y otra vez en una guía Baedeker. La actividad que había a su alrededor requería toda su concentración.

En las calles comerciales y las plazas centrales los coches, automóviles, ómnibus, bicicletas, tranvías eléctricos y otros vehículos circulaban muy juntos. Entre ellos y sobre las

aceras se apretaban peatones de todas las edades y clases, cuya aglomeración sin rumbo aparente le recordaba a Emilie a las hormigas. Empujaban carretillas, carretones y coches de niño, arrastraban sacos y cajas, rodaban barriles, y descargaban carbón y briquetas en las trampillas de los sótanos con ayuda de tablones. Los vendedores de periódicos gritaban a los viandantes los últimos titulares, los charlatanes elogiaban sus mercancías y los limpiabotas ofrecían sus servicios a viva voz. Los

escaparates, los rótulos de teatro y los enormes carteles en las columnas publicitarias y en las paredes reclamaban su atención. El manto de ruido del golpeteo de los cascos de caballo y el traqueteo de los vehículos sobre los adoquines, del rugido de los motores, las bocinas, los chirridos, los timbres y de las maldiciones de los cocheros hacía que en algunos lugares uno no se oyera ni a sí mismo.

—Siempre me asombra lo agotadora que puede ser una gran ciudad como esta —dijo la

tía Fanny cuando se dejaron caer con un suspiro sobre el asiento de un coche de punto sin capota. Después de dar al cochero su dirección, se quitó los zapatos y se masajeó los dedos—. En comparación, una marcha por la sabana es un tranquilo paseo.

—¿En qué grandes ciudades has estado ya? —preguntó Emilie y tomó asiento enfrente de Fanny.

—Mmmm, déjame pensar —respondió—. El primer año de nuestro matrimonio Addy y yo vivimos en Buenos Aires.

Después estuvo medio año en la Embajada de Washington antes de que lo destinaran al Departamento de las Colonias, que aún no era una oficina independiente. Nuestro primer destino en los protectorados fue Herbertshöhe. Es la capital y la sede del gobernador de Nueva Guinea Alemana. Aunque «capital» es un término demasiado rimbombante para aquel diminuto pueblucho. Y hace cuatro años nos fuimos a Togo, donde pasamos mucho tiempo en el interior. Pero lo cierto es que siempre hemos

pasado las vacaciones en París, en Roma o en Londres. — Sonrió con picardía—. A modo de contrapunto, por así decirlo. Para hacer acopio de cultura, cambiar impresiones con personas ilustradas, enterarnos de los últimos cotilleos de sociedad y saquear las *boutiques* de moda.

—¿Nunca sentiste nostalgia?
—preguntó Emilie.

Fanny negó con la cabeza.

—No, ni un segundo. Al menos no de mi antiguo hogar en Colonia. —Miró a Emilie pensativa—. Qué locura, no

había sido consciente de ello hasta ahora que lo has preguntado. Claro que hubo momentos en los que eché de menos una cerveza fresca y un jugoso asado. Y también añoraba nuestro buen pan. Pero ¿nostalgia en el sentido de anhelo doloroso? ¡En absoluto!

—Oh, entonces te habrá resultado difícil mudarte a Berlín, ¿no? —preguntó Emilie.

Fanny se echó a reír.

—Claro que no, es diferente. Al fin y al cabo Berlín es una de las ciudades más emocionantes del mundo. Y no está escrito en

ningún lado que vayamos a quedarnos aquí para siempre. —Se recostó y sonrió ensimismada—. En el fondo me da igual dónde viva. Lo principal es que esté con Addy.

Emilie la miró con los ojos muy abiertos.

Fanny le guiñó.

—¿No creías capaz a tu vieja tía de ser tan sentimental? Lo digo en serio: haber conocido a Addy ha sido la mayor suerte de mi vida. —Se inclinó hacia delante y puso la mano sobre la rodilla de Emilie—. Te deseo de todo corazón que algún día

encuentres un amor así.

8

Sulzbach-Rosenberg en Oberpfalz, julio de 2013

Hanna se despertó poco antes de las cuatro porque necesitaba ir al baño. Como de costumbre, intentó levantarse sin hacer ruido para no despertar a Thorsten. Su mirada recayó sobre la otra mitad de la cama.

La almohada, lisa e intacta, relucía a la tenue luz de la luna que caía a través de la ventana abierta. El recuerdo de lo sucedido el día anterior regresó con un ligero retraso. Y con él, el dolor. Después de la llamada de Heiko, con el que había apurado la botella de vino, había ido al dormitorio sin pensar, se había tumbado y se había quedado dormida inmediatamente. Qué estupidez. ¿Por qué no habría elegido una de las habitaciones de los niños o el sofá del despacho, destinado a los

invitados? Hanna permaneció temblorosa junto a la cama doble, una de sus primeras adquisiciones tras la boda. Cada veta del marco de madera, cada arruga de la colcha y las almohadas cubiertas con ropa de cama de satén estaban impregnadas de recuerdos que la invadieron y literalmente la vencieron. Se acurrucó, se tapó la cara con las manos y lloró.

Las lágrimas se agotaron un rato después. Hanna se incorporó y salió de la habitación. Ya no la utilizaría más. Pensó un instante dónde

pasaría el resto de la noche. Sintió una punzada al darse cuenta de que en toda la casa no había una sola habitación que solo le perteneciera a ella. El argumento de Thorsten de que al fin y al cabo durante el día era la única señora de la casa ya no le sonaba plausible, sino despectivo. Hanna se mordió el labio. Culpa suya. Tendría que haber insistido y haber reivindicado el despacho como suyo. Por primera vez se preguntó para qué necesitaba Thorsten una oficina en casa si solía trabajar sobre todo en la

empresa. Había solido trabajar, se corrigió.

Ya podía olvidarse de seguir durmiendo. Hanna fue al baño, entró en la cabina de ducha acristalada y dejó que el agua caliente le golpeará la espalda. La idea de poder hacer y deshacer a su gusto en la casa a partir de entonces no tenía ningún atractivo. Al contrario, era angustiosa y la reafirmaba en la decisión que había tomado durante la conversación con Heiko: ese mismo día se marcharía de Sulzbach-Rosenberg. Por un lado, para

evitar a los vecinos, los conocidos y los compañeros de Thorsten hasta que otro tema encendiera los ánimos de los cotillas. Por otro, para distanciarse, despejar la mente y reflexionar con tranquilidad qué sucedería de allí en adelante. La oferta de Heiko de visitarlo en Berlín era tentadora. La había rechazado, al menos por el momento. Sabía que allí, al amparo de su amistad, le costaría más animarse a saltar a la piscina y acometer con decisión el regreso a su antigua profesión. Como si hubiera

pronunciado una palabra clave, Hanna giró el regulador hacia el agua fría, se duchó y se secó con una toalla de rizo.

Una hora después colocó una gran caja de cartón sobre la alfombra oriental del salón, que cubría el suelo entre el tresillo y el ventanal. Era un recuerdo de su primer encargo como reportera de viajes, que la había llevado a Marruecos. La revista femenina había pretendido ir más allá de las típicas propuestas y reportajes de viajes, y ofrecer también a sus lectoras «las singularidades» de

destinos menos exóticos; el encabezamiento que había formulado el redactor jefe Helmut Finkenbohner era el siguiente: «Viaja con nosotros más allá de los senderos trillados de los turistas, al corazón de...»

Hanna debía entregar un artículo sobre los zocos marroquíes, aquellos barrios orientales de mercado y artesanía situados cerca de la mezquita principal de cada ciudad. Su *tour* había comenzado en Marrakech, «la perla del Sur». Veinte años atrás

la plaza central del mercado, con sus cuentacuentos, adivinas, músicos, encantadores de serpientes, sacamuelas y estafadores, así como las calles comerciales colindantes, ya eran una de las principales atracciones a las que los autobuses conducían a los turistas de viajes organizados. Hanna también había sucumbido al encanto de su actividad febril, que surtía su efecto a pesar de la masificación. Desde allí había continuado hacia pequeñas ciudades y pueblos desconocidos, y había

recorrido sus bazares entusiasmada una y otra vez por sus intensos colores y aromas, la colorida coexistencia de puestos en los que se vendían alimentos como pan, carne, pastelitos que chorreaban miel, verduras, dátiles, higos, gruesos manojos de menta fresca y especias apiladas en pirámides. Entre ellos había diminutas tiendas con bisutería de plata, telas, artículos de cuero, vajillas y alfombras, y talleres en los que se tallaba, se torneaba, se teñía lana, se forjaba latón, se cocía cerámica

y se remendaban zapatos.

El temor de Hanna a sentirse atacada o acosada en las regiones más apartadas por ser una mujer que viajaba sola se había desvanecido rápidamente. La recibían con curiosidad y respeto, pero sobre todo con una hospitalidad que sencillamente la había impresionado. En casi todas partes había recibido enseguida la invitación de un comerciante o artesano a entrar a su negocio y tomar un té, incluso cuando les daba a entender que no quería comprar nada. Había

comprendido con rapidez que su exotismo y su historia eran tan interesantes para su anfitrión como a la inversa.

Hanna había regresado a Múnich con varios cuadernos repletos de notas y un kilim tejido a mano, cuya riqueza de colores le recordaba a los zocos. Se lo había comprado a un comerciante de alfombras que la había introducido en el gran arte del regateo y le había explicado pacientemente los trucos y las reglas del juego. Hanna se arrodilló junto a la caja y acarició el grueso tejido

de lana, que brillaba cálido a la luz del sol naciente. Apenas podía creer que hubiera pasado tanto tiempo desde aquel primer reportaje de viajes. En los siguientes años había hecho las maletas a menudo y había explorado, para la revista de Helmut Finkenbohner, ciudades y regiones de África y Asia en las que en cierta medida había tenido experiencias y sensaciones más espectaculares y emocionantes que en Marruecos. Sin embargo, el reino norteafricano conservaba un lugar especial en su

memoria. Allí había descubierto su pasión por los viajes en solitario y su talento para conseguir que las personas se abrieran a ella. Su jefe había sabido apreciar esta capacidad y había lamentado enormemente que Hanna se retirara por completo de la vida laboral tras el nacimiento de Lukas.

Abrió las tapas de la caja, en la que guardaba sus títulos, sus expedientes, sus muestras y otros documentos de trabajo. Los sacó uno tras otro y comprobó qué podría aprovechar de todo aquello

para presentar un currículum. Más tarde actualizaría su currículum en el ordenador. También necesitaba fotos nuevas. Un viejo cuaderno escolar llamó su atención. La etiqueta decía: «Balance de Hanna Vogel Keller.»

— Con esto hemos topado — murmuró, y cogió el cuaderno, que había escrito más de treinta años atrás y que había actualizado tras su boda. Lo abrió. Había hecho la primera anotación el día de su confirmación, las siguientes habían sido tras la selectividad,

hacia el final de sus estudios, poco antes de su boda y con ocasión del nacimiento de sus hijos. El último balance era anterior a mudarse de Múnich a Oberpfalz.

Hanna nunca había escrito un diario. El deseo de ahondar en sí misma regularmente o retener acontecimientos de su vida le resultaba ajeno. En cambio de vez en cuando, en momentos cruciales de su vida, había sentido la necesidad de detenerse, hacerse a un lado y analizar su situación. Los balances, con su estilo conciso,

le habían servido como estructura. Hanna apenas había cambiado las preguntas que se hacía a sí misma desde la primera anotación:

1. Fecha y motivo de la nota

2. ¿En qué situación estoy?

a) En mi vida privada

b) Colegio / estudios / profesión

3. ¿Grado de satisfacción en una escala de 0 a 10?

4. ¿Me gustaría cambiar

algo?

a) No

b) Sí

Si es así, ¿qué exactamente?

5. ¿Qué puedo hacer para lograrlo?

¿Dónde me veo dentro de cinco años?

Hanna se levantó y fue a la cocina con el cuaderno. Rebuscó un bolígrafo en un cajón, se sentó en su silla mirando hacia la ventana y llenó la taza, que aún estaba sobre la mesa, con el termo que

había llenado con café recién hecho después de la ducha. Después de beber un trago, comenzó a responder las cinco preguntas.

1. Fecha y motivo de la nota

miércoles, 3 de julio de 2013;

Thorsten me ha dejado.

2. ¿En qué situación estoy?

a) En mi vida privada
Es el fin de mi matrimonio;

los niños se han ido de casa;

vivo en un lugar en el que me siento aislada y ahogada.

b) Colegio / estudios / profesión

Ama de casa

3. ¿Grado de satisfacción en una escala de 0 a 10? 0

4. ¿Me gustaría cambiar algo?

a) No

b) Sí: ✓ ¡¡¡Sin falta!!!

Si es así, ¿qué exactamente?

Volver a trabajar;
averiguar dónde
quiero vivir en el
futuro;

poner las cosas en
claro con Thorsten lo
antes posible

5. ¿Qué puedo hacer
para lograrlo?

Enviar currículums,
quizá recibir
asesoramiento
profesional;
comprobar si sería útil
hacer algún curso de
reciclaje.

Presentar la demanda

de divorcio y vender la casa...

Hanna se detuvo. «No te precipites», le había aconsejado Heiko al final de la llamada. Y le había hecho una pregunta para la que Hanna no había tenido respuesta: «¿Cómo se han tomado los niños todo esto?» En ese instante se había dado cuenta de que Mia y Lukas probablemente no supieran aún que su padre se había largado. Hanna dejó el bolígrafo sobre la mesa. Típico de Thorsten. Escabullirse y

dejar que ella se lo contara a los niños. «Y la estúpida de mí se compadeció de él por no poder acompañar a Lukas al aeropuerto —pensó Hanna y resopló—. ¡Cobarde! Su coordinación ha sido perfecta. Probablemente espera que las cosas se hayan calmado un poco para la próxima vez que hable con los niños. A saber cuándo será eso.»

Miró el reloj. Casi las seis. Demasiado pronto para llamar a Mia. Y con Lukas seguramente no podría hablar hasta la noche, cuando ojalá hubiera llegado

bien a su destino y tuviera conexión a internet... ¿Debía hablarle ya de los planes de su padre? ¿No sería mejor dejarle un tiempo para adaptarse a su nuevo entorno? Ya tendría tiempo para enfrentarse al hecho de que su hogar ya no existiría cuando regresara dentro de un año. Al menos no como lo había dejado.

Lo hablaría con Mia. Los dos hermanos tenían una relación muy estrecha. Hanna suspiró. A su hija tampoco le resultaría fácil digerir la noticia. «Lo mejor será que coja después el

coche y vaya a decírselo personalmente», decidió Hanna. La perspectiva de salir ese mismo día de la ciudad con un destino concreto fue un alivio. ¿Y por qué no seguir hasta Múnich después y pasar por la antigua redacción de la revista femenina? Helmut Finkenbohner se había jubilado tres años atrás, pero seguro que vería a alguna que otra compañera de entonces. Desde luego no era mala idea enterarse de cómo estaban las cosas en el sector y averiguar qué posibilidades tenía.

Un movimiento en la ventana distrajo a Hanna de sus cavilaciones. El gato atigrado gris de la casa de enfrente estaba sentado en el alféizar y se lamía una pata delantera. Hanna se levantó y abrió la ventana. El gato se incorporó y la miró vigilante.

—No tengas miedo, precioso —dijo Hanna en voz baja—. A partir de hoy ya nadie te ahuyentará.

Estiró la mano lentamente. El gato la olisqueó y permitió que Hanna lo acariciara. Cerró los ojos, empujó la cabeza contra la

mano y ronroneó para después apartarse de ella y saltar del alféizar con ligereza. Hanna lo siguió con la mirada y aspiró profundamente el aire fresco, que olía a tierra húmeda y a hierba recién cortada. De niña ya soñaba con tener un gato. Cuando se mudaron a Sulzbach-Rosenberg, había creído que por fin podría cumplir aquel deseo. Las condiciones eran ideales: una casa espaciosa, mucho sitio para correr en el jardín y los campos aledaños, y prácticamente ningún peligro de tráfico en las

calles poco transitadas de la urbanización.

Thorsten se había negado categóricamente, le había hecho saber que era alérgico a los gatos y le había pedido que no entrara en contacto con aquellos animales que tanto le gustaban. Al parecer bastaban un par de pelos para provocarle dolor de cabeza y asfixia. Hanna sospechaba que su alergia no era tan fuerte como aseguraba, si no una simple excusa. Thorsten también había rechazado una y otra vez las peticiones de los niños de tener

un perro, conejos o periquitos, ya que lo único que hacían era ensuciar y molestar, transmitían enfermedades peligrosas y en su opinión, en general no pintaban nada en una casa.

Hanna se apartó de la ventana. Su mirada recayó sobre la última pregunta sin responder del balance:

«¿Dónde me veo dentro de cinco años?»

Cogió el bolígrafo y escribió:
«En el balcón de una buhardilla en Múnich, con un gato en el regazo. Morena por el sol de un país exótico del que

acabo de regresar de hacer un reportaje de viajes.»

9

Berlín, mayo de 1907

El lunes por la tarde, poco antes de las cinco, Emilie pasó por la plaza de la Ópera junto a la Antigua Biblioteca, cruzó el amplio bulevar Unter den Linden y se dirigió hacia el antiguo palacio de un príncipe prusiano que el rey Federico

Guillermo III había donado hacía poco menos de cien años a la recién fundada universidad. Con una mano comprobó que el sombrerito que la tía Fanny le había comprado pocas horas antes en las galerías Wertheim, en la plaza de Leipzig, seguía en su sitio.

—Si me lo permites —había dicho, soltando el lazo que sujetaba a la cabeza de Emilie la monstruosidad amorfa gris oscuro que llevaba calada hasta la frente y con el que salía a la calle durante el día. Un momento después Fanny había

colocado a su sobrina ante un espejo y había dicho:

»Así por fin se te ve la cara, y tus preciosos ojos resaltan mucho más.

Emilie apenas se había reconocido. El sombrero con una rosa de seda en el costado que su tía había escogido para ella se apoyaba descarado sobre su moño y le daba un aspecto muy femenino.

— *Très chic*, querida — había exclamado Fanny, había aplaudido y había anunciado con un tono que no admitía réplica—: Y mañana te

compraremos un par de vestidos bonitos y, sobre todo, cómodos.

Emilie reconoció desde lejos los monumentos a los hermanos Humboldt, que dominaban ambos lados de la entrada sobre elevados pedestales ante la valla del edificio principal. Emilie se dirigió a la izquierda y se colocó en el hueco junto a la estatua del erudito de las letras Wilhelm von Humboldt, sentado por encima de ella con las piernas cruzadas y un libro sobre las rodillas, y observando

pensativo desde las alturas a los peatones que pasaban ante él. Se preguntó fugazmente por qué no habría elegido su hermano Max a su hermano menor Alexander, que como científico y miembro de numerosas expediciones habría debido resultarle más cercano.

—No daría este reloj / las horas tan precisas / si no fuera a ver yo / a mi preciosa hermanita —se oyó a la espalda de Emilie la primera estrofa de una canción popular para beber.

Se volvió y se vio frente a su hermano, al que no había

notado llegar. Llevaba una gabardina ligera de algodón encerado, una gorra plana ladeada sobre la frente y una cartera de cuero sujeta bajo el brazo.

— ¡Max! — exclamó, se le echó al cuello y lo abrazó con fuerza.

— No seas tan efusiva — rio y prosiguió con fingida severidad —: ¿Qué pensará la gente?

— ¡Mira quién habla! ¿Quién me ha cantado en plena calle? — replicó Emilie. Se rio entre dientes y amenazó a Max con el dedo—. La preciosa botellita se convierte como por arte de

magia en preciosa hermanita y...

Se detuvo y examinó a su hermano, que solo era un palmo más alto que ella. Parecía cambiado. No era solo la ropa muy informal la que causaba esa impresión, era su presencia. El pelo, que antes solía llevar con un corte militar por deseo de su padre, le había crecido y enmarcaba su rostro con suaves rizos. Su tez era pálida a excepción de la frente y la nariz, enrojecidas por el sol. Tenía sombras azuladas bajo los ojos, que brillaban en tono castaño dorado como los suyos. Le

parecieron opacos, como si estuvieran cubiertos por un velo o una neblina.

— Pareces cansado. Y afligido — afirmó —. Pensaba que volverías recuperado y de buen humor de tu excursión. ¿No lo has pasado bien?

— Claro, claro, por supuesto — respondió él.

— No es así como suena el entusiasmo — dijo Emilie—. Así que suéltalo. ¿Qué mosca te ha picado?

— Bah, nada... — respondió Max y desvió la mirada. Se hizo el remolón—. Es solo que... me

he... —Se detuvo y prosiguió rápidamente—: Me he dado cuenta de que no estoy hecho para las caminatas.

Emilie contuvo la risa al ver su gesto compungido. No le sorprendió que el teórico entusiasmo de Max por la vida errante en la naturaleza lejos del ajetreo de la ciudad se hubiera desinflado con rapidez. Para él, que tenía poco interés en el fortalecimiento físico y daba mucha importancia al confort, las caminatas de varias horas con una pesada mochila a la espalda debían de haber sido

una tortura. Posiblemente tenía ampollas en los pies, agujetas y la espalda dolorida por no estar acostumbrado a tumbarse sobre balas de paja en un granero. Levantarse temprano, los lavados de gato con agua fría y las letrinas tampoco eran lo suyo. Al contrario que ella, a él no solía gustarle visitar a sus abuelos en Bergisches Land. No porque le resultaran indiferentes o no los quisiera. Las modestas condiciones en las que vivían le parecían una incomodidad.

Max le ofreció su brazo y

dijo:

— Ven, te enseñaré mi lugar preferido. La cómoda.

Emilie levantó las cejas.

— ¿La cómoda?

Max señaló la fachada curva del edificio de enfrente.

— La biblioteca.

Emilie sonrió.

— Es cierto, efectivamente tiene el aspecto de un mueble barroco.

— Paso mucho tiempo allí. Es un lugar tranquilo en el que uno puede reflexionar sin ser molestado y enfrascarse en libros, enciclopedias y revistas

—dijo Max.

Emilie se cogió de su brazo.

—La verdad es que vuestros laboratorios me interesan mucho más. Y las colecciones naturales. Tengo mucha curiosidad por las preparaciones de plantas raras y animales. Al fin y al cabo la mayoría de ellos solo los he visto en ilustraciones.

Max se encogió ligeramente de hombros.

—Si es lo que quieres. Pero tampoco es taaaan interesante. Y de todos modos hoy es demasiado tarde.

Emilie frunció el ceño.

—No te entiendo. En tus cartas hablabas entusiasmado de todo ello y me dabas mucha envidia.

Max evitó la mirada de Emilie, murmuró algo incomprensible y le pisó el pie por descuido sin disculparse. Emilie arrugó la frente. No recordaba a su hermano tan distraído e inquieto. Se detuvo, se colocó frente a él y lo obligó a mirarle a los ojos.

—¡Maximilian Berghoff! — dijo e imitó el tono estricto de su padre, con el que este solía

reprender a sus hijos o a los criados—. ¡Dime inmediatamente qué está pasando!

Max giró los ojos.

—A ti es realmente imposible engañarte.

Emilie asintió.

—Busquemos un rincón tranquilo donde puedas contármelo todo.

Max torció el gesto.

—¡Nada de rechistar! — Emilie miró su reloj de pulsera—. La tía Franziska no nos espera hasta dentro de una hora. Así que tendrás suficiente

tiempo para desahogarte.

—Bueno, está bien, quitémonoslo de encima. De todas formas no me dejarás en paz —dijo Max y señaló uno de los bancos situados en el parque entre la Ópera y la Biblioteca.

En cuanto se sentaron, Emilie se descolgó con lo que sospechaba era el motivo más probable de la agitación de su hermano:

—Te has enamorado. Y de una chica, además, que nuestros padres jamás aceptarían como nuera.

Le pareció ver mentalmente

imágenes de Max prendado de una joven de una familia trabajadora: conociendo a su amada en la biblioteca, donde se sumergían juntos en un libro y al mismo tiempo se susurraban palabras dulces al oído, dándose la mano disimuladamente y paseando por Tiergarten, buscando valiosos momentos de intimidad en un bote de remos en uno de los lagos o afluentes de Berlín, o robándose un beso en la oscuridad del teatro o de una sala de variedades. ¿Quizás ella también estaba en las Aves de

paso? Por lo que Emilie sabía, algunos grupos también aceptaban chicas. Sí, exacto, eso debía de ser. Y aquel fin de semana se habían prometido en secreto, y ahora Max no sabía cómo cumpliría con esa promesa sin provocar la ira de su padre y que lo desheredara...

—Eh, no... ¿De dónde has sacado eso? —interrumpió Max sus especulaciones, mirándola perplejo.

Las imágenes de Max felizmente enamorado se desvanecieron. Emilie sintió que se sonrojaba.

—Eh, yo pensaba que... —
comenzó a decir.

Max negó con la cabeza,
sonriendo.

—Realmente tienes una
fantasía desbordante. —
Prosiguió más serio—: Pero no
ibas tan mal encaminada. O eso
me temo.

—¿En lo que respecta a
nuestros padres? —preguntó
Emilie.

Max asintió. Emilie lo miró
con curiosidad. Él respiró
profundamente.

—He descubierto lo que
realmente quiero ser.

— ¿Y no quieres ser científico?
Max negó enérgicamente con la cabeza.

— No, en realidad nunca quise serlo. Pero como no sabía qué otra cosa podía estudiar...

— ... y nuestro padre dio su aprobación, empezaste —
terminó Emilie su frase.

Max asintió.

— No es muy valiente, lo sé.

Emilie le apretó el brazo.

— Te entiendo. Después de todo lo que ha sucedido entre vosotros. Yo tampoco me habría atrevido a oponerme a sus deseos.

—Gracias, eres un amor — dijo Max—. Pero tú no te dejas avasallar tan fácilmente como yo.

—Bueno, no sé... —dijo Emilie entre dientes, y se encogió de hombros—. Y ya me has tenido en vilo suficiente. ¿Qué es lo que quieres hacer ahora?

—¡Escribir! —anunció Max. Emilie tragó saliva.

—¿Cómo dices? ¿Acaso quieres... hacerte escritor?

Frunció el ceño. No le extrañaba que su hermano vacilara en anunciar la noticia

en casa. Los así llamados estetas le resultaban sospechosos a su padre. Le disgustaba la idea de no ganarse el pan con trabajo productivo ni creando cosas útiles. Principalmente leía la prensa diaria. Se había suscrito al *Elberfelder Zeitung* y el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, un diario especialmente leal al Gobierno, para mantenerse al corriente de la actualidad política nacional e internacional y de la cotización bursátil. Además de eso, la familia recibía *Die Gartenlaube*, cuyos folletines no solo gozaban de

gran popularidad entre el servicio femenino, sino que también eran devorados por la señora de la casa.

A Gustav Berghoff no le resultaban muy interesantes las novelas o, ni siquiera la lírica. A sus ojos, como máximo era aceptable que las mujeres se distrajeran con la lectura de aquellas historias inventadas y esa verborrea poética. Hacía excepciones con autores que contaban con las simpatías del emperador, principalmente Ludwig Ganghofer y Walter Bloem. A este último Gustav lo

conocía personalmente. El culto jurista provenía de Elberfeld y había trabajado durante años en un bufete en la vecina Barmen, antes de abandonar su carrera de abogado en 1904, mudarse a Berlín y ganarse bien la vida con sus novelas de tinte nacional. El padre de Emilie aprobaba aquella trayectoria sobre todo porque compartía las opiniones del autor. En cambio, nunca se le ocurriría permitir a su propio hijo que renunciara a una formación sólida para probar suerte como escritorzuelo.

Max torció el gesto.

—Prácticamente puedo oírte pensar. No temas, no me precipitaré. Por supuesto que sueño con ganarme la vida como autor de teatro o novelista algún día. Pero primero lo intentaré como periodista.

Abrió la cartera de cuero y sacó un periódico doblado. Lo abrió y señaló un artículo en el suplemento cultural. El nombre del autor no le decía nada a Emilie. Miró a su hermano interrogante.

—¿Quién es Konrad

Kormoran?

Max le guiñó. Los ojos de Emilie se abrieron como platos.

—¿Tú?

Max asintió.

—¿Por qué no escribes con tu nombre?

—Léelo y lo entenderás —le pidió Max.

Emilie se inclinó sobre el periódico y leyó por encima el texto de una columna. Era un comentario a la última novela de Gustav Frenssen, un escritor con una visión del mundo marcadamente nacional-conservadora, que se

correspondía con la de sus numerosos lectores. En *El viaje de Peter Moor al Sudoeste* describía la lucha de los colonos contra el levantamiento de los herero y los namaqua, a los que presentaba como salvajes incultos y sanguinarios. Max criticaba duramente esa postura con agudeza y mordacidad, y, así, no solo atacaba al popular autor, sino que también censuraba la opinión predominante en el imperio en relación con los nativos de las colonias.

Emilie dejó caer el diario

sobre su regazo y miró radiante a Max, que la había observado tenso mientras leía.

— ¡Es brillante! No tenía ni idea de que escribieras tan bien.

Max respiró, tomó la mano de Emilie y la apretó.

— ¡Gracias! Tu opinión es muy importante para mí.

Emilie echó un vistazo a la cabecera del periódico.

— Te entenderás de maravilla con la tía Fanny y su marido — dijo —. Addy es un lector entusiasta del *Berliner Tageblatt* desde que cuenta con ese nuevo redactor jefe.

— Te refieres a Theodor Wolff — dijo Max. Sus ojos se iluminaron—. Sí, es un hombre muy especial. Antes era corresponsal del *Tageblatt* en París, y el año pasado se hizo cargo de la dirección. Desde entonces se erige cada vez más en portavoz contra la política de gran potencia y el militarismo. Además, Wolff aboga por el fortalecimiento de los derechos civiles y del Parlamento, y...

— ... y defiende así una opinión que en nuestra familia nunca ha sido aceptada —lo

interrumpió Emilie.

Max dejó caer los hombros y dijo en voz baja.

—Exacto. No quiero ni imaginar cómo se enfurecerían padre y especialmente la abuela Hedwig si supieran que yo... — Se frotó la frente—. Ay, Emilie. ¿Qué debería hacer? Sencillamente no me atrevo a enfrentarme a padre y seguir mi camino. Sin importar lo que pase.

Emilie contuvo el impulso de abrazar a Max y acunarlo para consolarlo, como había solido hacer cuando su hermano

pequeño se abría la rodilla jugando o recibía una reprimenda por haber desobedecido.

—Desde luego no deberías hacer eso. En cualquier caso no enseguida. Pero no sería mala idea terminar la carrera y al mismo tiempo adquirir experiencia como periodista. Una vez se convierta en una alternativa sólida y padre vea que puedes ganarte la vida con ello, entonces...

—Sí, eso sería sensato y puede que funcionara... —la interrumpió Max.

Emilie le dirigió una mirada escrutadora.

—¿Pero?

—Pero no va a ningún lado. Me refiero a mi carrera. Al menos, no en Biología.

—¿Por qué? Taaan aburrido no creo que sea.

—Claro que no. Es solo que...

—Max respiró hondo y lo soltó

—. No sé si sobreviviré al viaje al Ártico. Este fin de semana me he dado cuenta definitivamente. La simple idea de tener que pasar semanas en ese desierto de hielo me produce dolor de estómago. ¿Cómo voy a

lograrlo si una excursión de dos días a través del bosque del Spree me dejan hecho polvo? Y eso que ni siquiera participaré en la expedición en sí, en la que los investigadores caminarán durante días sin un techo sobre sus cabezas. —Apartó la mirada avergonzado y murmuró—: Lo sé, suena terriblemente quejicoso. Debes de pensar que soy un cobarde.

—Pues claro que no —dijo Emilie—. Es solo que no eres un chico robusto al que le guste la naturaleza. Entiendo perfectamente que te dé miedo.

Antes te resfriabas con solo un poco de corriente o si la lluvia te empapaba. —Reflexionó un momento antes de proseguir—: ¿No puedes hablar con el profesor y pedirle que escoja a otro estudiante? Estoy segura de que tendrá en cuenta tu frágil salud y...

Max negó enérgicamente con la cabeza.

—¡Ya no! Antes, después de clase, me ha llamado aparte y me ha contado que padre le envió una carta la semana pasada. En ella le agradece expresamente que me haya

elegido para este proyecto y que me haya dado la oportunidad de demostrar mis capacidades. Signifique eso lo que signifique. En cualquier caso ahora no puedo anunciar que me lo he pensado mejor. Además, salimos en un par de días. —Suspiró—. Será una catástrofe. Si voy con ellos, también saldrá a la luz que no sé dibujar. Al fin y al cabo no puedo meterte en mi equipaje y llevarte conmigo para que lo hagas por mí, como hasta ahora.

Emilie cerró los ojos un instante. Se vio a sí misma

emprendiendo el viaje al remoto norte apretujada en un baúl ropero. Cuando nadie mirara, Max la dejaría salir para que dibujara las plantas y los insectos que hubiera recogido él. Pero ¿pasar semanas encerrada? No, la idea no era muy atractiva. Era una pena que la excursión no se llevara a cabo en un país en el que las mujeres llevaran velo. Entonces habría podido camuflarse como nativa. En Spitsbergen podría disfrazarse de oso polar y no pasaría frío. Sin embargo, corría el riesgo de que la matara un

cazador, que no se creería lo que veía cuando le quitara la piel al supuesto oso. Emilie rio entre dientes.

El gesto de Max se ensombreció.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, perdona. Solo me estaba imaginando como sería ir en secreto contigo... —Se detuvo y contuvo el aliento. Agarró el brazo de Max agitada —. ¡Lo tengo! ¡Ya sé cómo lo haremos!

10

Múnich, julio de 2013

En los tiempos en que Hanna había sido periodista en plantilla, la redacción de la revista femenina tenía su sede al sur del centro de Múnich, en Sendling. Todos los días tardaba apenas veinte minutos en bici en llegar bordeando el

Isar de su casa en Au a un edificio trasero en un tranquilo patio interior, y le gustaba mucho el animado entorno con pequeñas tiendas, talleres, bares y cafeterías. En su opinión, aquella ubicación compensaba con creces el hecho de que el modesto edificio no causara una impresión notable. Las voces de aquellos que presionaban para mudarse a un entorno más respetable cada vez habían sido mayores. Tras la jubilación de Helmut Finkenbohner, se habían impuesto. Antes de salir hacia Múnich, Hanna había

averiguado en la página web de la editorial que su sucesora y sus compañeros trabajaban desde entonces en Arabella Park, al este de la ciudad, una zona en la que desde los años sesenta se habían abierto grandes terrenos a modo de polígono industrial.

Al no conseguir hablar con su hija por teléfono por la mañana, Hanna había viajado directamente a Múnich en tren. Le había preguntado a Mia por SMS si por la tarde tendría tiempo para quedar, y poco después había recibido una

respuesta afirmativa: su hija tenía ganas de verla durante un descanso largo entre dos clases.

Hanna tomó la línea 4 del metro en la estación central y se bajó una parada antes de la última, en Richard-Strauss-Straße. Poco después una escalera mecánica la transportó al extremo superior del acceso al metro. Hanna tuvo que parpadear debido a la luminosidad del sol, que brillaba en el cielo despejado. Hacía un calor sofocante, la predicción del tiempo para la noche eran fuertes chubascos y

tormentas aisladas. Hanna miró a su alrededor. Junto a ella rugía el tráfico del anillo central, casi enfrente estaba situado el imponente edificio administrativo de Hypo Vereinsbank, que en 1981 había sido el primer rascacielos de Múnich en superar la barrera de los cien metros, y que con el tiempo se había convertido en un edificio protegido. Hanna sacó del bolso el papelito en el que había anotado las indicaciones y se dispuso a buscar la dirección de la editorial.

Si alguien la hubiera dejado allí sin decirle en qué ciudad se encontraba, nunca habría dicho que se trataba de Múnich. Las torres de oficinas que se alzaban a su alrededor, con sus enormes superficies de cristal espejado y las relucientes construcciones de acero, le recordaban al decorado de una película de ciencia ficción. La impresión de moverse por un escenario futurista era más intensa en vista de las aceras vacías, en las que no se veía un alma a esta hora de la tarde. A Hanna no le habría sorprendido encontrarse

con robots. A pesar del calor, un escalofrío le recorrió la espalda.

En poco menos de diez minutos llegó a su destino y se sintió aliviada al ver que una recepcionista le sonreía tras un mostrador en el vestíbulo. Hanna le dio el nombre de la directora de la sección de Diseño y decoración, con la que había quedado, y poco después estaba cinco pisos más arriba ante la puerta abierta del despacho de su antigua compañera Sophia Möller. Esta estaba sentada en un escritorio

de espaldas a una ventana panorámica que ofrecía una amplia vista de la ciudad y sus alrededores. «Seguro que cuando sopla el *foehn* se ven los Alpes», pensó Hanna de pronto. Ese día había una pared brumosa tras la ciudad que limitaba la vista.

Hanna llamó al marco de la puerta. Sophia levantó la cabeza. Llevaba gafas para leer, se había cortado el pelo a media melena, que antes llevaba largo, y se lo había aclarado. Aparte de eso, apenas había cambiado. Su rostro abierto irradiaba la

misma calidez que antes, no fingida sino de corazón. Durante su tiempo juntas en la editorial, Hanna, cuando estaba en la ciudad, a menudo compartía con ella la pausa de mediodía. A Sophia, que además cuidaba de su madre enferma y apenas salía de Múnich, le solía gustar que Hanna le hablara de sus viajes. A cambio, ella pedía a su colega sugerencias para decorar el pequeño piso que ella y Thorsten, que por entonces aún estaba estudiando, a duras penas se podían permitir con el

suelo de ella. Gracias a los consejos de Sophia, el apartamento de dos habitaciones, en el que tras el nacimiento de su hija no cabía ni un alfiler, se había convertido en un hogar amueblado de forma útil y al mismo tiempo confortable.

Hanna siempre había lamentado que hubieran perdido el contacto casi por completo después de mudarse ella a Oberpfalz. En Navidades se habían enviado postales regularmente y cada año se habían propuesto volver a verse

de una vez. Todo había quedado en buenas intenciones. Tanto más se había alegrado Hanna de que Sophia hubiera reaccionado con sincero entusiasmo al anunciarle su visita por teléfono.

Sophia se quitó las gafas. Su boca esbozó una sonrisa.

—¡Hanna, qué alegría volver a verte! —exclamó y se levantó de la silla de un salto. Rodeó la mesa y abrazó a Hanna—. No me puedo creer que hayan pasado tantos años. —Sacudió la cabeza—. Sigues igual. Quizá con la nariz algo más pálida.

Pero por lo demás...

—Lo mismo he pensado yo al entrar —respondió Hanna y devolvió el abrazo a Sophia—. Gracias por dedicarme un rato de forma tan inesperada.

—Por favor, pues claro. —Echó un vistazo a su reloj de pulsera—. Ven, vamos a comer algo rápido. A la vuelta de la esquina hay un buen coreano con una pequeña terraza interior. Allí podremos hablar con tranquilidad.

—¿Seguro que no te molesto? —insistió Hanna y señaló el escritorio, cubierto de pilas de

papel, fotos y libros, en los que había notas de colores a modo de marcapáginas—. Eso tiene pinta de ser un montón de trabajo.

Sophia asintió.

—Si fuera por eso, no saldría nunca de la oficina. El problema de siempre: poco personal... Pero las pausas son necesarias. Además, cada minuto que no tengo que pasar aquí dentro es una alegría.

Hanna levantó las cejas.

—¿Por qué? Pero si es un espacio agradable. Mucho sitio y unas vistas de ensueño.

—Más bien de pesadilla — dijo Sophia, poniendo los ojos en blanco—. Tengo miedo a las alturas.

Una hora más tarde Hanna acompañó a su antigua compañera de vuelta al edificio de la editorial. Ese tiempo apenas había bastado para ponerse al día. Aunque Sophia opinaba que ella no había vivido nada digno de contarse. Aparte de la muerte de su madre dos años atrás, su ascenso a directora de la sección había sido el acontecimiento más

relevante. Seguía viviendo sola. Cuando Hanna la conoció, Sophia ya era una soltera convencida. Los hombres representaban importantes papeles secundarios en su vida de vez en cuando, pero nunca había considerado hacer sitio a alguno de ellos a su lado de forma permanente. A la pregunta de Hanna de si no soñaba a veces con una familia propia o no deseaba una relación estable, Sophia había respondido sin dudarlo con un no.

—Durante un tiempo me dejé

convencer de que me pasaba algo —había añadido con una sonrisa ladeada—. Pero al darme cuenta con los años de que estoy realmente satisfecha con mi vida, ha dejado de importarme parecer enemiga de los hombres o incapaz de mantener una relación.

Hanna se había sentido aludida. Ella también había estado convencida durante mucho tiempo de que no era normal que una persona —especialmente una persona tan abierta y cariñosa como Sophia— no sintiera el deseo de

enamorarse en serio y compartir la vida con otro. Ahora ya no estaba tan segura de que el modelo habitual ofreciera más ventajas que inconvenientes.

—Es extraño —dijo Sophia mientras esperaban el ascensor en el vestíbulo—. Es como si nunca te hubieras ido.

—Yo también tengo esa sensación —respondió Hanna y apretó el brazo de Sophia—. No me sucede con muchas personas. Y precisamente en este momento me viene bien saber que algunas cosas no cambian y que se puede confiar

en ellas.

Sophia torció el gesto.

—No veía a Thorsten muy a menudo, pero siempre tuve la impresión de que era de fiar y sensato.

—Sí, eso pensaba yo también. Hasta ayer —murmuró Hanna y dejó caer los hombros.

Sophia la miró con empatía.

—Creo que lo estás llevando muy bien. Conozco muchas mujeres que en tu situación se hunden en la autocompasión o se abandonan en fantasías de venganza.

—Bueno, eso no lleva a

ningún lado —dijo Hanna.

La puerta del ascensor se abrió.

—¡Eso digo yo! —dijo Sophia, y cedió el paso a Hanna a la cabina del ascensor con un gesto de la mano—. ¿Preparada para entrar en la boca del lobo? —le preguntó.

Hanna cruzó los brazos, se agarró los codos y los apretó contra sí.

—Lo cierto es que no. Quizá debería venir más adelante... mejor preparada...

—Ay, era una broma —dijo Sophia—. Manu es muy

simpática. Le gustará conocerte. E incluso si en este momento no tiene ningún encargo para ti, será bueno que te haya visto alguna vez.

—Tienes razón —dijo Hanna, y se encogió de hombros—. De todas formas es demasiado tarde para dar marcha atrás. Es solo que me he dado cuenta de que he desaparecido del mapa durante mucho tiempo y ahora soy de la vieja guardia.

—Pero, a cambio, has vivido experiencias que nadie puede arrebatarte. Y eso es impagable.

—Eres un sol. —Hanna

sonrió a Sophia.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta, en la que se encontraba el despacho de Manuela Kastner. Sophia extendió los brazos para despedirse.

—Bueno, entonces hemos quedado en que volvemos a vernos pronto, ¿no?

Hanna asintió.

—Desde luego. Y muchas gracias por todo.

Le guiñó a Sophia, salió del ascensor y avanzó por el pasillo. De las paredes colgaban imágenes de gran formato con

paisajes y ciudades de todos los continentes. En la puerta que conducía a la sala de la redactora jefe había una mujer alta, que, según los cálculos de Hanna, debía ser diez años menor que ella. Era delgada, llevaba un traje de chaqueta y pantalón que realzaba su figura y tenía el pelo largo y rubio oscuro. Dio instrucciones por encima del hombro a una persona a la que no se veía y casi chocó con Hanna al volverse bruscamente y salir al pasillo.

— Oh, perdón — dijo.

—¿Es usted la señora Kastner? —preguntó Hanna—. Soy Hanna Keller. Si no me equivoco la señora Möller ha hablado con usted y le ha anunciado mi visita.

La mujer se quedó inmóvil y arqueó las cejas. Un instante después se golpeó la frente con la mano.

—¡Pues claro! —Le tendió la mano a Hanna—. Lo siento. Hay tanto movimiento aquí ahora mismo que se me había olvidado por completo.

—Si no le viene bien... —empezó a decir Hanna.

—No, no, todo lo contrario. Viene como caída del cielo. Si no le importa esperar un momento, tengo que hacer una cosa urgente.

Manu Kastner señaló la puerta frente a su despacho, tras la que, según el letrero, se encontraba la sala de conferencias.

—Enseguida estoy con usted —dijo, y salió corriendo.

Hanna entró en la sala de reuniones, en cuyo centro había una mesa de cristal ovalada y ocho butacas tapizadas con cuero. Había un amplio ventanal orientado al norte y la

pared de enfrente estaba cubierta por un mapamundi gigante en el que había clavadas numerosas banderitas de colores. Hanna se colocó ante él y buscó los lugares a los que había viajado en alguna ocasión. Las ganas de viajar se apoderaron de ella repentinamente. Al ver el mapa, las imágenes y los recuerdos se removieron en su interior y la inundaron con un ímpetu que la mareó. Hanna cerró los ojos.

Creyó sentir el viento seco del desierto de Kalahari y el crujido de la fina arena roja entre los

dientes; percibió el aroma de las varas de incienso que se quemaban en los templos budistas de la India y el sabor agridulce de una guayaba recién cogida; vio el profundo azul del cielo sobre el altiplano de los Andes y el mar revuelto durante un huracán en el Caribe. Oyó los chillidos de una colonia de macacos espantada en Formosa, las palmadas rítmicas con las que las mujeres masái acompañaban el baile de saltos de sus hombres, y el estruendo de los ciclomotores en las abarrotadas

calles de Hanoi.

«Viene como caída del cielo», había dicho Manu Kastner. ¿Realmente era posible que tuviera un encargo para ella? Hanna sintió un cosquilleo en el estómago ante la perspectiva de poder subirse pronto a un avión y salir de él pocas horas después en un país lejano para investigar por encargo de la revista con qué recomendaciones secretas podrían sorprender a las lectoras y hacerles la boca agua. «¿Adónde me enviará?», se preguntó. Se rodeó el pulgar

derecho con los dedos y los apretó. «Ojalá sea una zona que aún no conozco. Aunque de todas formas descubriría muchas cosas nuevas. En Asia, por ejemplo, todo cambia a tal velocidad que en algunas ciudades ya ni siquiera sería capaz de orientarme.»

—Bueno, aquí estoy.

Hanna se estremeció y se volvió hacia Manu Kastner, que había entrado en la sala. Parecía sin aliento, se dejó caer pesadamente en una butaca e hizo un gesto invitador hacia el sitio que tenía enfrente.

—¿Quiere tomar algo?

Hanna negó con la cabeza, se sentó y miró a la redactora jefe. «Si hubiera dependido de Finkenbohner, yo estaría sentada en su silla», pensó. El breve asomo de envidia se desvaneció. Aquel puesto significaba mucho estrés y ninguna oportunidad para explorar el mundo como reportera de viajes.

—Bueno, seré breve — comenzó Manu Kastner y se inclinó hacia Hanna—. En pocos días me han fallado dos de mis colaboradoras. Una está

en cama con el tobillo roto. Ni idea de cuándo estará recuperada. Y puede que a la otra la hayamos perdido para siempre. Se ha enamorado y ha decidido inesperadamente empezar una nueva vida junto a su novio en una granja de avestruces en Australia. —Puso los ojos en blanco—. ¡Una catástrofe!

Hanna se esforzó por mantener un gesto neutro. No estaba segura de cuál era realmente la catástrofe para Manu Kastner: la ausencia de esa periodista o el motivo.

—En cualquier caso, no podía creer en mi suerte cuando Sophia me ha dicho esta mañana que pasaría usted hoy por aquí.

Hanna arqueó las cejas. Tanto entusiasmo le resultaba sospechoso. Manu Kastner percibió su irritación y sonrió.

—Lo digo en serio. Aquí es usted prácticamente una leyenda. Finkenbohner siempre hablaba maravillas de usted y de sus reportajes. Debo admitir que muchas veces estaba simplemente celosa.

Hanna sintió que se

sonrojaba. Bajó la mirada hacia la mesa abochornada.

— Así que si quiere volver a la profesión y ponerse en marcha para nuestra revista, este sería el momento perfecto.

Hanna tragó saliva y preguntó con voz ronca:

— ¿Y adónde me marcharía?

Manu Kastner la miró radiante.

— Me encanta, decisiones rápidas y dispuesta a todo. Veo que nos entenderemos bien.

Se volvió hacia el mapamundi, sacó un puntero láser del bolsillo de su chaqueta y lo

encendió. Hanna contuvo el aliento. El punto luminoso giró por Europa hacia el norte, cruzó la línea discontinua del círculo polar y se detuvo sobre una gran mancha blanca en el océano Ártico.

La redactora jefe giró la cabeza hacia Hanna y anunció:
— A Spitsbergen.

11

Berlín, mayo de 1907

Max arqueó las cejas.

—¿Cómo haremos qué? —
preguntó.

Emilie ya no aguantaba en el banco. Se levantó de un salto.

—Cómo no participarás en esta expedición y de todas formas cumplirás con las

expectativas. —Respiró hondo y anunció—. ¡Yo viajaré al Ártico en tu lugar!

Max abrió los ojos como platos.

—Perdona, pero eso es... ¡una locura! —Arrugó la frente—. ¿Cómo se supone que lo haríamos? Ni mi profesor, ni los participantes de la exposición, ni mucho menos nuestro padre permitirán que tú...

Emilie se echó a reír a carcajadas y exclamó:

—¡No seré yo como Emilie! Seré yo como tú. ¡Como

Maximilian Berghoff! — Se sentó de nuevo a su lado—. Primero escúchame. Siempre podrás decir que no.

Max cerró la boca, que había abierto para replicar, y asintió para pedirle que hablara.

—Bueno, si lo he entendido bien, no conoces a ninguno de los demás científicos, ¿verdad? —preguntó Emilie.

—No, soy el único de Berlín. A los demás los veré por primera vez en Noruega —respondió Max.

—Y esperan a un estudiante de diecinueve años que aún es

más muchacho que hombre — prosiguió Emilie y acarició la barbilla a su hermano, que muy a su pesar no mostraba todavía ni un solo pelo de barba—. Si me corto el pelo y me pongo ropa de hombre, eso es exactamente lo que pareceré.

Max torció el gesto con escepticismo. Emilie levantó la mano.

—Tenemos casi la misma altura, tenemos una constitución similar, mi voz no es demasiado aguda y, perdona mi franqueza, estoy en mejor forma física que tú.

Max se dejó caer sobre el respaldo del banco.

—Estás hablando en serio.

Emilie sonrió.

—Opino que al menos deberíamos pensarlo seriamente.

Max negó con la cabeza.

—Me parece fantástico que quieras ayudarme. Pero tu idea es una completa locura.

Emilie se dispuso a replicar.

Max se estiró y prosiguió:

—No, ¡ahora me escuchas tú a mí! Piénsalo. Aunque consigas hacerte pasar por hombre y ninguno de los miembros de la

expedición sospeche, te acecharán muchos peligros, por no hablar del agotamiento, del clima extremo y de otras circunstancias imprevisibles. Estarías sola, tendrías un miedo constante a que te descubrieran. ¿Y si eso sucediera? No quiero ni imaginarme lo que pasaría si una horda de hombres que no han visto una mujer en semanas de pronto se dieran cuenta de que... —enmudeció y se estremeció.

Emilie tragó saliva. En su entusiasmo no había pensado en eso. Después de un breve

silencio, irguió la barbilla y dijo:

— Sé que no será fácil. Pero no sería la primera mujer que vive durante mucho tiempo como hombre sin ser descubierta, piensa en...

— ¿Anastasius Rosenstengel?
— la interrumpió Max—. ¿Qué una vez desenmascarada fue condenada a muerte y ejecutada?

Emilie sabía a qué se refería. Aún recordaba vívidamente aquella tarde algunos años atrás en la que su hermano y ella habían escuchado con atención

en una feria la función de un cuentacuentos. Este, acompañado por un organillo, había contado la historia de Catharina Margaretha Linck mientras señalaba con un largo bastón un retablo junto a él que representaba las escenas más importantes de su vida. Había vivido como hombre en el siglo XVIII durante casi veinte años sin ser descubierta. Después de servir en el ejército prusiano como mosquetero y participar en varias guerras, se había asentado en Halberstadt y había contraído matrimonio con otra

mujer bajo el nombre de Anastasius Lagrantinus Rosenstengel. Nadie había sospechado de ella excepto su suegra, que finalmente la había desenmascarado y delatado. Catharina Linck, declarada culpable de sodomía entre mujeres, prohibida por aquel entonces, fue procesada con especial apreciación del *corpus delicti*, un «miembro masculino de cuero relleno». El rey prusiano Federico Guillermo I condenó a la acusada a muerte e hizo que la decapitaran en público.

Emilie torció el gesto.

—No, claro que no me refería a ella. Tenía en mente más bien a mujeres como Eleonore Prochaska, Anna Lühring o Friedrike Krüger, que lucharon como hombres en las guerras contra Napoleón y ni siquiera cayeron en desgracia después de ser desenmascaradas, sino todo lo contrario: alcanzaron la gloria y el honor. O piensa en el libro *La monja alférez*, en el que la noble vasca Catalina de Erauso relata su vida llena de aventuras como hombre. Si no recuerdo mal, lo devoraste y te

sentiste muy impresionado por aquella valerosa mujer.

— Puede ser — gruñó Max—. Pero olvidas algo importante. ¿Has dedicado un solo instante a pensar en lo que nuestros padres opinarán al respecto?

— ¡No, no lo he hecho! — exclamó Emilie—. ¿Para qué? Nunca lo sabrán.

Max miró a Emilie directamente a los ojos.

— ¿Y si se enteran? Nuestro padre me arrancará la cabeza si averigua que expuse a mi propia hermana a semejante peligro. Y también por escaquearme del

viaje. Y ahí estaría excepcionalmente de acuerdo con él. No puedo aceptar tu oferta de ningún modo. ¡Así que olvídalo!

Emilie bajó la cabeza. El tono de Max indicaba que no tenía sentido seguir discutiendo con él. El tema estaba zanjado.

«Si tan solo lograra presentarse ante nuestro padre con tanta decisión y seguridad de sí mismo —pensó—. Está muy bien que crea que debe actuar como mi protector. Pero no lo necesito. Y tampoco lo quiero. ¿Por qué cree todo el

mundo que las mujeres quieren ser protegidas? En la mayoría de los casos es más bien una tutela.»

—¿No deberíamos ir poniéndonos en marcha? — preguntó Max, y se levantó del banco—. Si no, nuestra tía se preguntará dónde nos hemos metido.

Emilie asintió, forzó una sonrisa y se levantó.

Tres días más tarde acompañó a su hermano junto con Fanny a la estación de Stettin en Invalidenstraße, donde tomaría

el tren a Saßnitz a través de Stralsund. La localidad costera de Rügen ofrecía la conexión en barco más corta hacia Escandinavia. En cuatro horas se cruzaba en barco de vapor a Trelleborg, en Suecia, y allí había una conexión directa con el ferrocarril que atravesaba Malmö y Gotemburgo en dirección a la capital noruega de Cristiania, a la que se llegaba dieciséis horas después. Desde allí Max tomaría la línea de Bergen a través de las montañas de Hardanger hasta la costa oeste, y en la antigua ciudad

portuaria subiría a un barco Hurtigruten hacia Tromsø, el punto de encuentro de los participantes de la expedición.

Después de que Fanny y Emilie sacaran billetes de andén, los tres siguieron a un mozo de equipajes que empujaba el arcón de Max sobre una carretilla.

—¿De verdad lo tienes todo pensado? —preguntó Emilie—. ¿Pasaporte? ¿Direcciones de hotel? ¿Vendajes? ¿Remedio contra la diarrea? ¿Blocs de dibujo y...?

Max la interrumpió.

—Cuántas veces tengo que decirlo: está todo en la maleta.

—Puso los ojos en blanco—. En serio, eres peor que nuestra madre.

—Perdona, es que estoy muy nerviosa —dijo Emilie—. Mi hermano pequeño emprende un gran viaje.

—Bueno, bueno, tan pequeño no soy —gruñó Max.

Emilie constató divertida que enderezaba los hombros y estiraba el cuello. Le agarró el brazo y lo estrechó.

—No quería molestarte.

—Está bien, ya sé que no lo

dices con mala intención. Pero realmente no hace falta que te preocupes por mí —dijo Max. Se detuvo ante un vagón—. Aquí está mi compartimento.

—Ay, cómo te envidio —dijo la tía Fanny y abrazó a Max—. Nunca he estado tan al norte. Y como recorres largos tramos del viaje en tren, verás mucho de Suecia y Noruega. ¡Una decisión inteligente!

Emilie vio que su hermano se sonrojaba y bajaba la mirada al suelo avergonzado. Intuía que la decisión de hacer la mayor parte del viaje sobre raíles no se

debía tanto a las bonitas vistas del paisaje, sino más bien al deseo de pasar el menor tiempo posible en barcos. Posiblemente temía marearse. De niño ya sentía náuseas en los cortos trayectos de las excursiones que la familia hacía ocasionalmente al Rin y al Mosela. El viaje en vapor de Bergen a Tromsø duraría varios días. Y, más adelante, en el barco de investigación en el océano Polar, pasarían al menos una semana sin la oportunidad de desembarcar y sentir tierra firme bajo los pies.

—Tienes que subir —dijo Emilie, y señaló a un revisor que levantaba el disco para dar la señal de salida al conductor de la locomotora. Max la abrazó brevemente y subió a saltos los tres escalones hasta la puerta del vagón.

—Escríbeme en cuanto llegues a Cristiania —gritó Emilie antes de que la puerta se cerrara tras su hermano. Poco después el tren salió de la estación terminal.

»Qué rápido ha sido —murmuró Emilie y sintió que se le cerraba la garganta. Un mal

presentimiento ensombreció su ánimo. El latido de su corazón se detuvo un instante.

—Tenéis una relación muy estrecha, ¿verdad? —preguntó Fanny y la observó con atención—. Estás preocupada por él.

Emilie se encogió de hombros y se esforzó por utilizar un tono despreocupado.

—Sé que es estúpido. Al fin y al cabo ya no es un niño...

—Por supuesto. Pero eres la hermana mayor. Lo llevas en la sangre. —Fanny le guiñó un ojo—. A mí me sucede lo

mismo. Para mí tu madre sigue siendo «la pequeña». A pesar de que seguramente no le gustaría oírlo.

Emilie se cogió del brazo de su tía.

—Ay, Fanny, me alegro tanto de tenerte conmigo. Tengo la sensación de que me entiendes perfectamente.

Una vez hubieron regresado de la estación, pidieron que les sirvieran té y un pisco-labis en el salón y esperaron a Addy, con el que querían asistir por la tarde a una opereta en el Teatro

del Oeste. Mientras Emilie servía el Darjeeling, Fanny revisó el correo de la tarde, que la criada había dejado sobre una mesita junto a su butaca.

—¿Es posible que tu padre tenga prisa por casarte? — preguntó y meneó una carta.

Emilie frunció el ceño y miró a su tía con gesto interrogante.

—Léelo tú misma — dijo esta tendiéndole un pliego de pesado papel de tina, en el que Emilie reconoció la caligrafía angulosa de su padre. Leyó por encima el primer párrafo, en el que preguntaba prolijamente

por el estado de su querida
cuñada y su esposo, agradecía
de manera abrumadora la
hospitalidad que mostraban
hacia su hija y transmitía su
esperanza de que su
comportamiento fuera
intachable y no estuviera
avergonzando a sus padres. En
el siguiente párrafo abordaba el
verdadero motivo de su carta:

Permítame que me tome la
libertad de presentarle a
Ottokar Poske. Pronto visitará
Berlín de paso. Desea verla y
aprovechar la ocasión para
conocer a Emilie; un propósito

que cuenta con mi entero consentimiento. El joven es oficial de reserva y lo inspira una ambición prometedora. Está previsto que acuda a su casa a finales de la semana. Dado que tengo en gran estima su capacidad para juzgar a las personas y su sentido para las cuestiones sociales, quisiera pedirle que aprovechara su visita para tantearlo y valorar si su temperamento y su carácter encajarían con los de nuestra Emilie.

Emilie espiró el aire que había contenido con un siseo. ¿Cómo

se le ocurría a su padre dejar su destino en manos de una persona a la que había visto por última vez diez años atrás y apenas conocía? ¿La decisión de quién sería un esposo adecuado para su hija debía tomarse con otros por encima de ella? ¿Era necesario que la tratara como una niña inmadura que no tenía derecho a una opinión propia? Los ojos se le llenaron de lágrimas de rabia.

Parpadeó para apartarlas y terminó de leer la carta. Después de informar en pocas líneas sobre las novedades de la

familia en Elberfeld y Colonia, acababa con las siguientes palabras:

Rogándole a usted, estimada cuñada, que atienda la petición que he formulado, se despide atentamente, su fiel

GUSTAV BERGHOFF

Emilie resistió la tentación de estrujar la carta y tirarla al suelo. Se obligó a respirar con tranquilidad. Levantó la cabeza y miró directamente a los ojos

de su tía, que al parecer había estado observándola mientras leía. Le quitó la carta y la dejó sobre la mesita auxiliar.

—Imagino lo que estás pensando. No es muy agradable ser considerada un objeto sin voluntad propia. Aunque tu padre parece realmente empeñado en encontrarte un marido que encaje contigo.

Emilie torció el gesto. Fanny le dio palmaditas en la rodilla.

—Lo sé. Eso no mejora la situación.

—Ay, Fanny, ¿por qué es tan injusto el mundo? ¿Por qué no

puedo decidir por mí misma cómo y con quién vivir? — estalló Emilie—. ¿Por qué está mal que quiera buscar mi propio camino? ¿Por qué se me considera inmediatamente terca y desobediente cuando no hago todo lo que se espera de mí? ¿Y para qué sirven todas estas normas y reglas si no hacen feliz a casi nadie?

Fanny apoyó un brazo en el respaldo de su butaca y colocó la cabeza sobre la palma de la mano.

—Bueno, yo creo que la mayoría se aferran a estas

normas para sentirse seguros — dijo después de un breve silencio—. No hay nada que dé más miedo a la gente que la auténtica libertad. Tu padre, que sin duda te quiere mucho, posiblemente intenta protegerte de aquello que él mismo teme. Y como te asusta la idea de decepcionarlo o sencillamente darle un disgusto, te sientes atrapada y no ves la salida.

Emilie la miró fijamente. Había supuesto que su tía la consolaría con palabras vacías y a continuación le advertiría de que debía obediencia a sus

padres y de que debía someterse a su voluntad, le gustara o no. No esperaba que expresara sus propias ideas con tanta precisión.

Fanny le sonrió.

—No eres la única que se plantea estas cuestiones. Al contrario, por suerte, cada vez son más.

Antes de que Emilie pudiera preguntarle a qué se refería, Fanny se incorporó y señaló la carta.

—Bueno, me temo que ese valiente muchacho aparecerá por aquí en vano.

Emilie arqueó las cejas a modo de pregunta.

Fanny parpadeó con gesto conspirativo.

—¿No te gustaría despedir a tu hermano desde el puerto cuando emprenda su gran viaje al norte?

—Ehh, yo... nos acabamos de despedir en la estación... — balbuceó Emilie.

—Pero eso no ha sido una despedida como es debido, ha sido demasiado acelerada. Y seguro que se alegrará de volver a ver una cara conocida antes de marcharse, ¿no crees?

A Emilie se le iluminó el rostro.

— ¡Oh, sí, desde luego!

Fanny le devolvió la sonrisa.

— Claro que para alcanzarlo a tiempo tendremos que salir lo antes posible...

— ... y por desgracia no podemos tener miramientos con jóvenes que quieran visitarnos — terminó la frase Emilie.

Fanny asintió.

— ¡Exacto! Pensándolo bien, así mataremos incluso dos pájaros de un tiro. Le daremos a Max una despedida como es

debido. Y yo aprovecharé para reservar habitaciones para el verano para Addy y para mí. Por desgracia este año no podremos hacer un viaje largo, su cargo no lo permite. Pero sí que podremos pasar una o dos semanas en la costa.

Su voz tenía un matiz de lamento. Después de una breve pausa, se adelantó hasta el borde de la butaca y exclamó:

—Emilie, ¿qué te parece si no regresamos a Berlín desde Saßnitz, sino que emprendemos un viaje educativo? Podríamos seguir las huellas de los

antiguos caballeros de la Orden y dirigirnos al este...

Los ojos de Emilie se abrieron como platos.

—¿Nosotras dos? ¿Un viaje?
—exclamó.

—Sí, a Breslavia, Danzig, Stettin, Königsberg y como se llamen —dijo Fanny y aplaudió—. No te lo vas a creer, pero no conozco ninguna de esas ciudades. Y eso que entre ellas hay auténticas perlas que llevo mucho tiempo queriendo visitar.

—¿Qué es lo que oigo, querida? —se oyó la voz de

Addy, que acababa de volver del ministerio y estaba en la puerta de salón aún con el abrigo puesto—. ¿Ya quieres volver a marcharte de viaje?

Fanny se levantó de un salto, se acercó corriendo a su marido y se arrimó a él.

—No tienes nada en contra, ¿verdad?

—Claro que no. Al contrario —dijo Addy, y atrajo a Fanny hacia sí—. Ya me sentía mal porque las próximas semanas apenas tendré tiempo para ti. Tanto más me alegro de saber que harás un pequeño *tour* de

ciudades en tan agradable compañía. A pesar de que te echaré mucho de menos.

Fanny lo besó efusivamente en la mejilla y se volvió hacia Emilie, que observaba a los dos con el corazón palpitante.

—Bueno, ¡pues a por las maletas! —exclamó Fanny—. El próximo tren a Stralsund sale en cuatro horas.

12

Múnich, julio de 2013

Hanna miró fijamente el mapamundi y tragó saliva. El archipiélago de Svalbard, como el resto del Ártico, era para ella exactamente aquello que se representaba allí: una gran mancha blanca. Le resultaba difícil imaginárselo como

destino atractivo y hacer la boca agua a sus lectoras. Recordó vagamente un libro que había leído de joven: *Una mujer en la noche polar*. En él la autora describía sus experiencias durante una estancia de un año, entre 1934 y 1935, en el desierto helado de Spitsbergen. Hanna había admirado el valor de la joven alemana, que se había precipitado a aquella aventura más o menos sin preparación y había pasado el invierno ártico en una cabaña diminuta lejos de toda civilización.

—Lo mejor será que la lleve a nuestro departamento de viajes. Allí la asistente podrá darle la documentación —se abrió paso la voz de Manu Kastner en los pensamientos de Hanna.

Hanna se mordió el labio y se esforzó por entender lo que decía.

—Nuestros honorarios para colaboradores por desgracia no son tan altos como yo desearía. Pero, si surge la oportunidad, es muy posible que nos planteemos contratarla en nuestro equipo.

Hanna miró aturdida a la

redactora jefe y asintió mecánicamente. Esta se levantó y le tendió la mano.

— ¡Por una buena colaboración! Y una vez más muchas gracias por subir a bordo con tan poca antelación — dijo con una sonrisa cariñosa.

Hanna la siguió por el pasillo. Manu Kastner se volvió hacia ella.

— Por cierto, ¿tiene una cámara digital?

— Eh, sí, ¿por qué? — respondió Hanna.

— Bueno, es importante que haga fotos bonitas con las que

podamos ilustrar su artículo.

—Ah, por supuesto —dijo Hanna, y decidió no preguntar desde cuándo los reporteros de viajes sin formación específica en fotografía debían ocuparse de la ilustración de sus textos. Parecía que en los últimos años habían cambiado unas cuantas cosas.

La redactora jefe le sonrió.

—No se preocupe, nadie espera fotos profesionales de usted. Lo más importante son las sensaciones y que sean fotos actuales.

Se detuvo ante un despacho

en el que había una joven con un recogido de trenzas de aspecto complicado sentada tras una gran pantalla y llamó en el marco de la puerta.

—Hola, perdona la interrupción. Esta es la señora Keller. Se ocupará del encargo de Spitsbergen. ¿Podrías poner a su nombre el billete de avión y darle la planificación del viaje?

La asistente arqueó las cejas y miró a Hanna de arriba abajo. Parecía sorprendida y abrió la boca. Manu Kastner hizo un gesto con la cabeza a Hanna y

salió corriendo a su siguiente cita sin esperar una respuesta.

La joven sonrió a modo de disculpa y dijo:

—En fin, siempre estresada.

—Señaló una silla ante su escritorio—. Por favor, siéntese.

Se recolocó las gafas y se volvió hacia la pantalla. Mientras sus dedos volaban sobre el teclado, comentó de pasada:

—La señora Kastner puede sentirse afortunada. Yo creía que no encontraríamos a nadie que viajara allí.

—Bueno, la otra compañera

ha cogido la baja por sorpresa y no es fácil encontrar un sustituto rápidamente —dijo Hanna.

La asistente arrugó la frente.

—¿Por sorpresa?

—Su jefa ha dicho que se ha roto el tobillo hace poco.

—Oh, eh... yo había oído otra... —balbuceó la joven y evitó la mirada de Hanna.

—¿Qué sucede?

Su interlocutora se mordió el labio. Después de un breve silencio dijo:

—Bueno, yo creo que la lesión de tobillo no es más que

una excusa. De hecho la compañera dejó entrever que este encargo no le apetecía mucho. Y a los demás a los que preguntó la señora Kastner tampoco. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo no a todo el mundo le va viajar al océano Glacial y... —Se interrumpió y volvió a morderse el labio. Tras carraspear, prosiguió con marcado buen humor—: Pero seguro que es interesante. Diferente a lo de siempre.

Tendió una carpeta con la información y los datos del

vuelo a Hanna.

— En cualquier caso, ¡le deseo mucha suerte y buen viaje!

Cuando Hanna leyó la documentación en el tren de cercanías hacia Freising, entendió por qué Manu Kastner había tenido problemas para encontrar a alguien para el encargo de Spitsbergen. Seguro que uno de los motivos eran los escasos honorarios. Sin embargo, las condiciones poco favorables inclinaban definitivamente la balanza. El artículo estaba pensado para un

número dedicado a Noruega. Además de reportajes sobre destinos que merecían la pena y actividades deportivas, se planeaba incluir recomendaciones de actividades especiales como festivales de cine y música, exposiciones y espectáculos vikingos, así como artículos sobre las costumbres, las fiestas y la gastronomía tradicionales del país.

Según el itinerario que había recibido, solo estaban previstos dos días en Spitsbergen. Para Hanna era un misterio cómo descubriría rincones secretos en

tan poco tiempo. Sobre todo porque las dietas concedidas la obligarían a apretarse el cinturón. Hanna leyó por encima un reportaje que la revista había publicado pocos años antes. En aquella ocasión la reportera había hecho un crucero por el océano Ártico y había visitado la capital de las islas durante una de las paradas. Había constatado que había dos tipos de turistas que viajaban a ese lugar: unos visitaban Longyearbyen durante un par de horas, sacaban un par de fotos y vaciaban las tiendas de

souvenirs antes de regresar a bordo de sus cruceros. Para otros la ciudad era el punto de partida para recorridos por los glaciares, *tours* en trineo o excursiones de senderismo, para viajes en canoa y safaris fotográficos o para la búsqueda de fósiles. Ambos grupos de visitantes tenían algo en común: eran gente adinerada o habían ahorrado durante mucho tiempo para el viaje, ya que la vida en Spitsbergen era aún más cara que en el resto de Noruega.

Hanna suspiró al leer que solo se podían hacer excursiones con

guías locales, y que cualquiera que quisiera moverse por la isla fuera de los asentamientos humanos necesitaba una autorización oficial y un caro seguro de evacuación. ¿En qué se había metido? No había imaginado así su regreso al periodismo de viajes.

«Bueno, ¿qué esperabas? — tomó la palabra su voz crítica interior—. ¿Que te enviaran con una cuenta de gastos rebosante a los mares del Sur, donde pasarías una o dos semanas de vacaciones de ensueño? Si realmente creías

que eso era posible, eres más ingenua de lo que te conviene. Con tu edad y tanto tiempo apartada de la profesión, puedes estar contenta de que no te hayan mandado a casa entre risas. ¡Así que aprovéchalo! — Hanna entrecerró los ojos y se sentó más erguida—. Es cierto —pensó—. Es ridículo. Ya he logrado superar otros retos. Además, es genial volver a irme de viaje. Eso es lo principal.»

El aviso del conductor, que anunció la llegada a la parada de Freising, la sacó de su diálogo interior. Metió la carpeta con la

documentación en el bolso, se levantó y salió. Desde la estación, situada a los pies de la colina de Domberg, donde se encontraba la residencia episcopal, tomó un autobús que la llevó al campus en pocos minutos. Se bajó en Am Staudengarten. El edificio acristalado del antiguo invernadero de naranjos se encontraba entre los jardines para la formación y la experimentación. Pocas semanas atrás se había abierto allí el restaurante italiano en el que había quedado con su hija.

Hanna miró el reloj. Llegaba pronto, la clase de Mia no terminaría hasta dentro de media hora. Decidió dar un paseo. Sus pies tomaron como por sí solos el camino al jardín Menor. Se detuvo. No, hoy no quería ir allí, le recordaba demasiado a Thorsten. Los aficionados a la jardinería podían encontrar allí numerosas propuestas para el abono óptimo y la selección de especies adecuadas, el cultivo de verduras y hierbas, así como el uso de sistemas de riego automático. Después de su

última visita a Mia, Thorsten lo había comentado entusiasmado durante semanas y se había planteado cuál sería el método más práctico para su jardín. Al preguntar Hanna por qué necesitaba riego automático si nunca se marchaba mucho tiempo de casa y podía regar regularmente sus queridas plantas, había respondido con un impaciente: «No lo entiendes, ¡es el concepto!» Había preferido no insistir para saber a qué concepto se refería.

Hanna frunció el ceño. ¿Esperaría que se ocupara del

jardín mientras él recorría mundo con su amante? Resopló, dio la vuelta y caminó en dirección contraria, hacia la colina de Weihenstephan. En su día había habido allí una abadía benedictina, que en 1803 se disolvió y se derribó en su mayor parte. En su lugar se había levantado una escuela de agricultura, la predecesora de la universidad actual.

Hanna rodeó el amplio césped del antiguo jardín del monasterio y admiró las longevas hayas, los arces plateados y el extenso ginkgo

que crecían en él. Detrás de unos arbustos descubrió una escalera escondida que bajaba hacia una zona vallada. La superficie simétrica y los arriates rodeados por setos de baja altura le recordaron a Hanna los parques de los castillos barrocos. Se sentó en un banco de madera pintado de blanco colocado junto al antiguo muro del monasterio. A derecha e izquierda dos arbustos de boj recortados con forma esférica ofrecían intimidad y transmitían una sensación de protección.

Hanna respiró profundamente varias veces y disfrutó de la imagen de las flores veraniegas plantadas en los arriates. El zumbido de incontables abejas y el chapoteo de una fuente eran lo único que oía, además del ruido lejano de la autopista. El sol en lo alto hacía centellear el aire e intensificaba el aroma de las flores. Hanna se secó la frente con un pañuelo. Con aquel calor sofocante le resultaba difícil imaginar que en pocos días visitaría una región en la que incluso en pleno verano

predominaban las temperaturas invernales.

En el camino de vuelta al invernadero, Hanna distinguió a su hija, que venía de uno de los edificios de la universidad. Al ver su figura espigada y sus largos rizos oscuros sintió una punzada. Mia se parecía mucho a su padre, con el que también compartía los ojos castaños. En cambio su hermano había heredado la constitución algo robusta y la tendencia a las pecas de Hanna.

— ¡Hola, mamá! — gritó Mia,

que la había visto y corría hacia ella.

Hanna extendió los brazos y abrazó a su hija.

— Cariño, ¡qué alegría verte!

— Sí, yo también me alegro.

Mia la miró radiante. Parecía despreocupada y de buen humor. «Todavía no lo sabe», pensó Hanna. Su sospecha de que Thorsten no les había dicho nada a los niños se confirmó.

— ¿Qué haces en Múnich?
¿Has ido de compras? —
preguntó Mia.

— No, me he pasado por mi

antigua editorial. Me gustaría volver a trabajar.

Mia asintió.

—Lo entiendo perfectamente. Sobre todo ahora que Lukas también se ha ido. —Examinó a Hanna con la mirada—. Pero no será fácil, ¿no?

—Eso pensaba yo. Pero, imagínate, ya me han dado un encargo para un pequeño reportaje de viajes.

—¿En serio? ¡Es la leche! —exclamó Mia y abrazó a Hanna—. Vamos, eso tenemos que celebrarlo.

Hanna evitó la mirada de Mia

y asintió vagamente.

—Sí, a ver si conseguimos una buena mesa —respondió y se dirigió al restaurante.

—¿Y qué ha dicho papá? —preguntó Mia y prosiguió sin esperar respuesta—: Qué pena que no haya venido. Me habría gustado enseñarle la siempreviva que acabamos de plantar en nuestro *alpinum*. Creo que estaría bien para su rocalla.

Hanna apretó los labios. Había tenido la esperanza de contar con un pequeño periodo de gracia, un par de minutos de

conversación despreocupada con Mia antes de comunicarle que Thorsten en ese momento tenía cualquier cosa en la cabeza menos la distribución de su jardín. Contuvo un suspiro.

—Mamá, ¿me estás escuchando?

Hanna se estremeció. No había oído la última frase de su hija.

—Perdona, ¿qué has dicho?

Mia se detuvo.

—¿Qué te pasa? Pareces inquieta.

—¿Nos sentamos primero? —preguntó Hanna y señaló una

mesa libre delante del
invernadero, al que habían
llegado ya.

—Vale —dijo Mia, colgó su
bandolera del respaldo de una
silla, se sentó y cogió el menú
de bebidas.

Después de que pidieran café
helado al camarero, Mia apoyó
los codos en la mesa, inclinó la
cabeza sobre los puños y miró a
Hanna directamente a los ojos.

—¿Y bien? ¿Qué es lo que te
preocupa? ¿Tienes miedo del
trabajo?

Hanna negó con la cabeza y
carraspeó.

—¿Cuándo ha sido la última vez que has hablado con tu padre?

—Hace tres días, ¿por?

—Y entonces no mencionó que...

Mia frunció el ceño.

—¡Mamá! ¿Qué le pasa a papá? ¿Está enfermo? —Sonaba alarmada.

—No, no, está sano y salvo. Al menos eso creo.

—¿Cómo que eso crees?

Hanna respiró hondo. Abrió el bolso, sacó la nota con las líneas de despedida de Thorsten y se la tendió a su hija.

—Tu padre me ha dejado.

Mia miraba atónita el papel.

—Pero... ¿por qué?... No puede ser... no lo entiendo — balbuceó después de leerlo.

Hanna se inclinó sobre la mesa y tomó la mano de Mia.

—Para mí ha sido toda una sorpresa. Jamás habría creído que fuera posible.

Mia se dejó caer sobre la silla y la miró inexpresiva.

A Hanna le resultaba difícil saber qué estaba pensando su hija. Posiblemente estaba en *shock*.

—Siento haberte cogido tan

desprevenida con esto. Pero prefería decírtelo enseguida.

Mia asintió.

—No pasa nada, seguro que no ha sido fácil para ti.

—Bueno, habría preferido que vuestro padre os lo hubiera contado él mismo a Lukas y a ti, en lugar de dejármelo a mí — dijo Hanna.

—¿Qué harás ahora? — preguntó Mia.

—Bueno, por el momento distanciarme un poco y hacer el reportaje de viajes. Mi vuelo sale pasado mañana.

—¿Adónde vas?

—A Noruega. Primero a Tromsø y después a Spitsbergen.

—¿Y después? ¿Qué pasará entre papá y tú? ¿Os divorciaréis?

Hanna se encogió de hombros.

—No sé qué se propone él. Parece que prefiere tomar las decisiones de forma unilateral y presentarme a mí y también a vosotros los hechos consumados. Realmente no tenía ni idea de que tuviera otra mujer y de que quisiera empezar una nueva vida con esa

tal Biggi. Actuó como si todo fuera bien hasta el final.

Mia se irguió.

—Entiendo que estés enfadada con papá —dijo—. Pero quizá también deberías ponerte en su lugar y tratar de comprenderlo.

—Ay, Mia, me gustaría que me hubiera dado la oportunidad de hacerlo y me hubiera dicho antes lo que le faltaba. ¡Créeme! Pero por desgracia siempre ha tenido cierta tendencia a evitar los conflictos.

—Ves, ya estás otra vez.

Probablemente ni te des cuenta.

—Eh, ¿cómo dices? ¿A qué te refieres? —preguntó Hanna.

Mia arrastró la silla hacia atrás y se levantó. Bajó la vista hacia Hanna y dijo:

—¿Te has planteado en algún momento por qué papá ya no aguantaba más contigo? ¿Y si lo has espantado con tus quejas constantes y tu autosuficiencia?

Se volvió y se marchó.

Hanna sintió que se le formaba una bola en el estómago. Trató de recuperar el aliento y siguió a su hija con la mirada.

13

*Saßnitz en Rügen, mayo de
1907*

El barco de pasajeros *Odin*, de la compañía de barcos de vapor de Stettin, salió del puerto de Saßnitz puntualmente a las ocho de la mañana. Detrás del muelle exterior, en construcción desde

1889 y que una vez terminado sería, con poco menos de kilómetro y medio de longitud, el más largo de Europa, el mar Báltico se extendía liso e inmóvil bajo un cielo despejado. Una brisa templada ondeaba la bandera negra, blanca y roja de la popa y llevaba a la orilla los chillidos de las gaviotas, que volaban en círculos sobre el barco.

Emilie estaba junto a Fanny y despedía con un pañuelo blanco a su hermano, que agitaba su gorra con alegría junto a la barandilla del barco.

La presencia inesperada de su hermana y su tía, que habían llegado con el tren nocturno desde Berlín dos horas antes de que el barco zarpara y lo habían recogido en el hotel para desayunar, había sido una grata sorpresa para Max. Su agradecimiento por esta segunda despedida llenó a Emilie de profunda felicidad. Pero, sobre todo, estaba aliviada de que su hermano se hubiera sobrepuesto a sus temores de no estar a la altura de los retos que lo esperaban. Había decidido aprovechar la

aventura como fuente de inspiración para futuros artículos y jugaba con la idea de escribir una novela sobre sus experiencias. Sin embargo, y para su asombro, el ligero malestar que se había apoderado de Emilie desde que él se había marchado de Berlín no había desaparecido.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Fanny dijo:

—Estoy segura de que tu hermano regresará de esta excursión sano y triunfante. Fortalecerá enormemente su seguridad en sí mismo.

—Sí, eso espero yo también —respondió Emilie.

«Deja de preocuparte —se ordenó—. Fanny tiene razón. Max superará la expedición con habilidad.» Lanzó una última mirada hacia el barco, que ya estaba saliendo a mar abierto. Le habría gustado subir en ese mismo instante a bordo de un vapor para emprender su primer gran viaje. Apenas podía esperar a ver todas las ciudades y paisajes sobre los que Fanny se había deshecho en elogios. Se volvió hacia su tía, le dio un beso en la mejilla y exclamó:

— ¡Muchas gracias por tener esta maravillosa idea!

— Oh, por favor — dijo Fanny emocionada—. Estoy agradecida de que estés dispuesta a viajar con tu vieja tía. — Carraspeó—. Bueno, ahora busquemos un hotel bonito.

Se colgó del brazo de Emilie y puso rumbo al paseo de la playa, que unía el muelle con la Kurplatz.

— ¿Por qué no reservamos simplemente dos habitaciones en el hotel de Max? — preguntó Emilie—. Sería práctico, así

mañana estaremos cerca del barco.

Señaló un sencillo edificio no muy lejos del puerto.

—Desde luego que sería práctico, pero no bonito — respondió Fanny—. Ya que estamos aquí, deberíamos cuidarnos y alojarnos en algún establecimiento elegante.

—No sé si puedo aceptar... — comenzó a decir Emilie.

—Paparruchas —la interrumpió Fanny—. Me estará permitido mimar un poco a mi única sobrina, ¿no?

Emilie sonrió insegura. Oía la

voz de su padre, que consideraba la pompa innecesaria una fanfarronería considerable, y a quien no le parecía bien alardear del patrimonio de uno con actitud ostentosa. La localidad frisia oriental de Norderney, en la que la familia Berghoff había pasado algunas semanas de verano los últimos años con regularidad, era considerada una «ciudad balneario de clase alta» y gozaba de gran popularidad entre ilustres personajes de la política, la cultura y la alta sociedad. Sin

embargo, el padre de Emilie no alojaba a los suyos en uno de los elegantes hoteles de Kaiserpromenade o cerca del casino, sino en una pensión sencilla apartada de calles de mayor esplendor. La ubicación tranquila, el confort serio, sin olvidar la arraigada cocina de la dueña, eran en su opinión todo lo necesario para un descanso reparador junto al mar.

Pocos minutos después Emilie entró junto a Fanny al hotel Fürstenhof, situado justo enfrente del paseo de la playa. El edificio de cuatro plantas se

había construido en 1901 en el estilo típico de aquellas localidades costeras, que reunía diferentes elementos arquitectónicos. Las barandillas y columnas del balcón techado de la fachada frontal, adornadas con tallas, relucían en un blanco impoluto. Según la guía que Fanny había consultado en su búsqueda de un alojamiento apropiado, se trataba de un «establecimiento de primer nivel en una ubicación privilegiada entre el puerto y Kurplatz, no lejos del balneario. Dotada de 50

confortables habitaciones con balcones al mar, así como de salones de escritura, lectura y música, restauración y terrazas magníficamente situadas».

Después reservar dos habitaciones contiguas y solicitar que un mozo de hotel recogiera su equipaje de la estación, donde lo habían dejado en consigna al llegar, Fanny propuso a Emilie dar una vuelta por el lugar. Pasearon por los intrincados callejones que descendían hacia el puerto con una fuerte pendiente y por las escaleras de

la pequeña ciudad, a la que conferían un aire mediterráneo las fachadas encaladas de las casitas de pescadores y agricultores, y las villas y hoteles señoriales, muchos aún en construcción, provistos de columnas, voladizos y torrecillas. Se tomaron un respiro a gran altura sobre el puerto y se sentaron en un banco ante la casa del capitán del puerto, en cuya torre había una estación de control. Los capitanes que ponían rumbo hacia Prorer Wiek eran informados de la intensidad del

viento y de las tormentas mediante un mástil de banderas y señales.

Emilie dejó vagar la mirada sobre la bahía a sus pies y hacia el mar Báltico. Sus pensamientos fueron a parar como por sí solos a Max. La inquietaba no poder librarse del vago presentimiento de que se encontraba en peligro. En su estómago vibraba una especie de zumbido. ¿O era la agitación por su propio viaje inminente? No, la sensación era diferente. Apartó la vista del mar y se concentró en su tía, que hojeaba

la guía y citaba un par de pasajes de la historia de Saßnitz.

Aquel pueblito de pescadores había llevado una existencia desapercibida durante mucho tiempo hasta ser descubierto como destino de vacaciones. La pesca y la extracción de creta seguían siendo fuentes importantes de ingresos para los locales, y, desde el cambio de siglo, el alojamiento y la atención a la creciente marea de visitantes de las grandes ciudades que buscaban reposo habían adquirido también un papel significativo. A pesar de

que Saßnitz nunca había sido incluido oficialmente entre los balnearios del mar Báltico, ya que su playa, al contrario que en Binz o en Bergen, no estaba cubierta de fina arena sino de grava y grandes bloques de piedra, el lugar, con sus más de veinte mil visitantes anuales, era más popular que las demás localidades costeras de la isla.

Fanny levantó la mirada del libro y dijo:

—Esta edición no está actualizada. De hecho, el año pasado se incorporó al municipio el pueblo rural de

Crampas, después de que el crecimiento de ambas localidades las fuera uniendo cada vez más.

—Crampas... El nombre me resulta familiar —dijo Emilie.

Fanny asintió.

—¿Conoces *Effi Briest*, de Theodor Fontane?

Emilie se sorprendió.

—Sí, ¿por qué?... ¡Ah, claro! ¡El mayor Crampas, así es como se llama el amante de Effi!

—Exacto, Fontane lo bautizó en honor al pueblo. Le gustaba mucho esta zona.

—Ya me acuerdo —dijo

Emilie—. ¿No dice alguien en la novela además: «Viajar a Rügen es viajar a Saßnitz»?

—El marido de Effi, sí — respondió Fanny.

Emilie torció el gesto.

—Una persona horrible. Nunca entendí por qué se empecinaba tanto en sus principios, si ni siquiera él mismo estaba convencido de ellos. ¿Por qué no podía perdonar sencillamente a su esposa? En lugar de eso, causaba la infelicidad de todos. Incluso la suya propia.

Fanny se encogió de

hombros.

—Es cierto. Pero a mí Effi también me ponía nerviosa. No por sus líos amorosos, sino por ser tan irresponsable y guardar las cartas de Crampas. ¡Qué estupidez!

Emilie se sorprendió. Nunca había considerado al personaje desde ese punto de vista. Había visto a Effi como un lamentable juguete en manos de su madre, que la había forzado a casarse a los diecisiete años con su antiguo admirador, sin tener la más remota idea de qué era el amor. Su esposo también la

había tratado como a una niña, la había atemorizado con historias de miedo y la había desatendido en favor de sus ambiciones políticas. Así, a ojos de Emilie, no era de extrañar que Effi hubiera sucumbido a los encantos del elegante mayor Crampas. Y entendía muy bien que no hubiera querido separarse de los recuerdos de aquellos valiosos momentos de pasión y de la estima de un hombre, cosas que nunca había experimentado en su matrimonio con el rígido barón.

Fanny sonrió levemente.

—No creas ahora que estoy de vuelta de todo. Pero aquella historia no había sido más que un asunto fugaz sin consecuencias. Para cuando encontraron las cartas, Effi ya había olvidado prácticamente el amorío. Sin embargo, no fue la única víctima de su sensiblería.

—Guardó el libro en el bolso, se levantó y dijo finalmente—: Yo creo que cuando se tiene un secreto, debe evitarse a toda costa que salga a la luz y debe renunciarse a tales sentimentalismos.

Su paseo por la ciudad terminó en la Kurplatz. Fanny señaló una bonita casa que dominaba la zona desde un acantilado, justo encima de ellas.

—Ese sería un alojamiento apropiado para tu padre.

—¿Tú crees? Le gustan más bien los lugares sencillos y no tan pom...

—Oh, no me refiero a la casa en sí. Sino al hecho de que nuestra emperadora escogió la Villa Martha hace años cuando pasó sus vacaciones de verano en Rügen con los dos pequeños

príncipes.

Emilie rio entre dientes.

— Ah, te refieres a que la villa tiene ahora la bendición imperial, en cierto modo. Sí, seguro que a padre le gustaría... Eso me ha dado una idea: le enviaré una postal con una vista de este hotel. Seguro que eso lo apacigua un poco.

Se le encogió el estómago al pensar en cómo habría reaccionado su padre a la noticia de su precipitada partida con su tía. Fanny le había enviado un telegrama desde Berlín justo antes de la salida

del tren, en el que expresaba su pesar por perderse la anunciada visita de Ottokar Poske y le prometía una carta más larga.

Fanny dio unas palmaditas en la mejilla a Emilie.

—No te preocupes. Por algo me casé con un diplomático. Tu padre se convencerá de que este viaje es completamente de su agrado. Piensa en los distinguidos círculos en los que nos moveremos. —Guiñó un ojo con complicidad—. Quién sabe, puede que incluso te pesquemos un noble retoño como mi Addy o un hacendado

adinerado con una casa señorial.

Emilie puso los ojos en blanco.

—Sí, eso sí que sería de su gusto. Y mamá también se volvería loca de alegría si de pronto tuviera apellidos compuestos.

Por la tarde, Fanny dijo:

—¿Qué te parece si damos un paseo y merendamos en el bosque? Creo que no nos vendrá mal estirar las piernas antes del largo viaje en barco de mañana.

—Una idea estupenda —

respondió Emilie, que siempre coincidía con las propuestas de Fanny.

En el tren ya le había costado estar sentada quieta durante horas y no tener apenas oportunidad de ceder a su impulso de moverse. Otro motivo eran los funestos presentimientos que se habían cernido sobre ella todo el día como una sombra oscura y de los que no era capaz de librarse, por mucho que lo intentara. Quizás un paseo la ayudaría a deshacerse de ellos.

Fanny la observó

detenidamente.

— ¿Estás bien? Llevas todo el tiempo como inquieta.

Emilie se disponía a responder minimizando el asunto, pero cambió de idea y dijo:

— No lo sé, desde esta mañana tengo un mal presentimiento. ¿Sabes la sensación de cuando un miedo infundado se apodera de ti? ¿Cuando crees que pasará algo terrible a pesar de que no hay el menor indicio de ello?

Fannyladeó la cabeza.

— Mmmm... no, lo cierto es que no. Pero sé a qué te refieres.

A Addy también lo atormentan a veces arrebatos así... ¿Desde esta mañana, dices? ¿Se trata de tu hermano?

Emilie asintió.

—No puedo evitarlo, yo... es solo porque... no sabe lidiar muy bien con la presión y las expectativas y...

—¿Te refieres a lo de la escuela de cadetes?

Emilie se estremeció. Fanny le acarició ligeramente el brazo.

—No te preocupes, yo personalmente no lo considero ninguna deshonra. De hecho, no sé qué sucedió exactamente.

Tu madre solo hizo insinuaciones muy imprecisas y dijo no sé qué de un trastorno neurasténico que había provocado su expulsión. Supongo que hubo motivos más concretos.

—Max nunca habla de esa época. Solo sé que sufrió mucho, que estaba completamente desesperado y que... que... —Emilie se atascó.

Antes de que pudiera preguntarse si debía confiar a Fanny aquel secreto rigurosamente guardado, su tía concluyó la frase por ella:

— ... y trató de quitarse la vida.

Emilie se quedó atónita.

—¿Cómo lo sabes? —susurró.

—No lo sabía. Pero tu hermano no ha sido el primero a quien el adiestramiento implacable que predomina en nuestros cuarteles y el acoso de los instructores lo afectan tanto que esa es la única salida que ve.

—Sí, yo siempre sospeché algo así —dijo Emilie—. Al fin y al cabo en los periódicos se leen a menudo noticias sobre las salidas de tono de algunos oficiales que castigan a sus

soldados de forma draconiana y los maltratan en toda regla.

—Es una pena que abusen así de su poder. De todos modos creo que es aún peor que casi nunca rindan cuentas y que sus víctimas sean tachadas de blandengues —respondió Fanny—. ¡Ese es el verdadero escándalo!

Emilie asintió. Se alegraba de poder hablar tan abiertamente de ese delicado tema con su tía.

Fanny le sonrió.

—Entiendo por qué te preocupas. Tu hermano es una persona muy sensible. Pero su

situación actual no es en absoluto comparable a las condiciones en el ejército. Estará rodeado por científicos cultos y seguro que no tendrá que temer ningún tipo de martirio por su parte.

Emilie se encogió de hombros.

—La verdad es que tienes razón. Yo tampoco sé por qué estoy tan nerviosa.

Fanny se cogió de su brazo.

—Entonces seguro que nuestra excursión te vendrá bien y te distraerá.

Su destino era Waldhalle, que

según la guía de Fanny era un mesón «en medio del bosque, a dos minutos de la orilla del mar, situado en un rincón idílico. Aquí se unen todos los caminos que conducen de Saßnitz y Crampas a Stubbenklammer, ya que desde aquí solo continúa un único sendero. La comida y la bebida es muy buena y a buen precio, el servicio, solícito».

Al final del paseo de la playa caminaron bajo el acantilado junto al agua. La brisa del mediodía se había transformado en un fuerte viento que

empujaba las pequeñas olas contra la orilla, donde los guijarros rodaban arriba y abajo. Este roce producía un ruido que a Emilie le recordaba al siseo del tocino friéndose. En el aire flotaba el olor a algas y a humo, que brotaba de una cabaña de pescadores junto a la que pasaron. Según un letrero pintado a mano, allí se vendía arenque recién ahumado.

—Quizá tengamos suerte y encontremos ámbar —dijo Fanny, y dejó vagar la mirada por el suelo. Emilie la imitó. Después de un rato, un guijarro

oscuro con forma de tubérculo le llamó la atención. Tenía un agujero circular en el centro. Se agachó, lo recogió y se lo enseñó a su tía.

—Mira, ¿cómo se habrá formado ese agujero ahí?

—Oh, has encontrado un «dios de las gallinas» —exclamó Fanny.

—¿Dios de las gallinas? Curioso nombre para una piedra —dijo Emilie—. ¿Por qué se llama así?

—Bueno, los antiguos eslavos utilizaban estos sílex agujereados a modo de

talismanes. Creían que protegían a las aves de corral de la diosa Kikimora, a la que le gustaba robar gallinas o molestarlas mientras ponían huevos. Por eso colgaban piedras perforadas en los corrales. Y hoy en día mucha gente sigue convencida de que traen suerte.

Emilie se encogió de hombros.

—Allá cada uno con sus creencias... Pero es bonita. La guardaré como recuerdo.

Algo más tarde pasaron junto a una enorme roca errática lisa,

que parecía una pequeña isla sobre el agua poco profunda, y poco después llegaron a Wissower Klinken. Emilie echó la cabeza hacia atrás para admirar los escarpados acantilados de creta que se alzaban sobre ella. Se protegió los ojos con una mano, deslumbrada por los picos blancos que relucían al sol.

—Entiendo perfectamente que Caspar David Friedrich se sintiera inspirado por esta imagen.¹ A mí también me apetecería mucho pintarla. Qué pena que no haya traído mi

bloc de dibujo.

Fanny asintió.

—Sí, son formaciones impresionantes. ¿Quieres subir por aquí? Debe de haber un camino por algún lugar.

Emilie buscó entre las rocas y descubrió una larga escalera de madera que conducía hacia arriba.

—Dios mío, me temo que la subida será movidita. —Se volvió hacia su tía y preguntó —. ¿Tienes vértigo?

—Lo mismo iba a preguntarte yo —respondió Fanny—. Por mí no te preocupes. He

caminado sobre terrenos mucho menos transitables. Una vez tuvimos que cruzar un profundo desfiladero por un puente colgante que parecía descomponerse con solo mirarlo. —Se estremeció—. ¡Eso sí que se movía como un flan! Me santigüé tres veces cuando llegamos sanos y salvos al otro lado. —Sonrió—. Pero sigamos un poco más hasta el Königsstuhl. Es el acantilado más alto y más famoso de la zona.

Unos cientos de metros más adelante, una estrecha escalera

de madera ascendía empinada a través del bosque. Escalaron uno tras otro los más de cuatrocientos escalones y pronto se encontraron sobre una pequeña plataforma respirando con dificultad. Disfrutaron en silencio de la vista sobre el mar Báltico. Tras un par de minutos Fanny se volvió hacia Emilie y señaló el camino que conducía en dirección a Saßnitz, parte a través del bosque y parte por la linde sobre el borde del acantilado.

—Vamos al Waldhalle. El aire

fresco me da hambre. Me apetece mucho comer col estofada con salchicha ahumada. O puede que también tengan huevos con mostaza, al parecer son muy buenos en esta zona. Y patatas recién salteadas para acompañar... hace siglos que no las pruebo.

Emilie tuvo que tragar saliva y creyó estar oliendo el sabroso aroma de la cebolla rehogada.

—Ay, sí, eso sería perfecto en este momento —respondió.

Emilie siguió a Fanny un par de pasos hacia el bosque, se detuvo y miró a su alrededor.

Bajo las antiquísimas hayas, cuyo follaje en verano eran tan denso que prácticamente no lo atravesaba ni un rayo de sol, no crecía mucha maleza. No se oía nada a excepción del suave silbido del viento y el murmullo del oleaje. Emilie contuvo el aliento involuntariamente. La solemnidad se apoderó de ella.

—Me siento como en una iglesia —susurró.

—Cierto, estos troncos tan altos recuerdan las columnas de una catedral —dijo Fanny y siguió caminando.

Cuando Emilie quiso seguirla, sintió un mareo. Se tambaleó, comenzó a temblar y le costaba respirar.

Fanny se volvió hacia ella y exclamó:

—Emilie, ¿no te encuentras bien? ¡Estás completamente pálida!

Emilie la miró fijamente.

—¡Max! ¡Tengo que ir a por él! —dijo en un tono apagado.

—Pero, chiquilla, hace ya tiempo que está en Suecia y...

—¡No, está aquí! —la interrumpió Emilie—. Lo siento. Me necesita. ¡Tengo que

buscarlo!

Su corazón latía con fuerza contra sus costillas. El miedo que la había rondado todo el día se desbordó, la inundó, la ensordeció. Vio que Fanny movía los labios y le tendía la mano. Emilie la sorteó y echó a correr.

14

Múnich, julio de 2013

El cinco de julio, un viernes, Hanna se encontraba en la zona de facturación de la terminal 1 del aeropuerto de Múnich ante el mostrador de Norwegian Airline. Unas gafas de sol oscuras protegían sus ojos de la luz, que la cegaba de forma

insoportable. Sus oídos también estaban sensibles, percibían los sonidos con mayor intensidad de la habitual. Al mismo tiempo Hanna tenía la sensación de estar tras una pared, de no respirar el mismo aire que el resto de los pasajeros que esperaban delante y detrás de ella en la cola. Había pasado las últimas cuarenta horas en un estado similar al trance, desencadenado por el inesperado ataque de su hija. La había afectado más que la marcha de Thorsten.

Al principio Hanna había

estallado de ira. ¿Qué se había creído Mia, atacándola así? En el camino de vuelta de Freising a Oberpfalz, Hanna había dialogado mentalmente con ella, la había reprendido con dureza y le había reprochado que se pusiera siempre del lado de su padre sin pensarlo. La asustó lo profundamente que podía herirla su hija. No tanto por haberle echado en cara su obstinación y sus quejidos constantes, sino por haberle lanzado los reproches tan repentinamente y con tanta frialdad. ¿Cómo había podido

pensar que tenía una relación profunda con Mia? ¿Cómo había podido imaginar que la conocía? Había supuesto ciegamente que, al hablarle del comportamiento de Thorsten, encontraría en ella comprensión y compasión. Era la segunda vez en poco tiempo que Hanna se equivocaba radicalmente con una persona muy cercana. ¿Qué sería lo próximo? ¿Qué otra certeza de su vida se tambalearía?

Una vez en Sulzbach-Rosenberg había intentado llamar a Mia. Esta no había

cogido el teléfono ni había encendido el contestador. Hanna había tratado de deshacerse de la frustración por no poder hablar inmediatamente con ella fregando la casa del sótano al ático, como si se tratara de ganar una competición. Se había quedado dormida en uno de los sofás del salón bien entrada la noche y no se había despertado hasta el mediodía del día siguiente.

La necesidad de actividad del día anterior se había desvanecido y había dado paso

a un letargo paralizante. Era como si se hubiera activado un mecanismo de protección en Hanna que amortiguara el dolor por la actitud de Mia. Hacia la noche una llamada de Lukas la había sacado de su estado de apatía. Él había notado enseguida que algo no iba bien. Al principio Hanna había intentado hacerle creer que solo estaba cansada. No quería que se enterara a miles de kilómetros de distancia de casa que todo se estaba desmoronando. Pero cuando Lukas había querido hablar con

su padre, no había sido capaz de mentirle directamente. Esforzándose por utilizar un tono relajado, había admitido que Thorsten y ella estaban pasando por una pequeña crisis y que por eso él se había marchado de viaje solo, para distanciarse un poco. Nada dramático, nada que no pudiera arreglarse. Hanna se había odiado por mentir así. Sin embargo, la reacción alarmada de Lukas y el temor que oía en su voz la habían reafirmado en la idea de ahorrarle por ahora toda la verdad.

La conversación la había alterado y la había animado a levantarse y hacer la maleta para el viaje a Spitsbergen. Le suponía un esfuerzo enorme decidir qué debía llevarse, pensar qué documentos necesitaba y guardarlo todo en orden. Le habría gustado abandonar el encargo. Lo único que le había dado fuerzas para marcharse puntualmente había sido darse cuenta de que el viaje a Noruega, en comparación con quedarse en casa, era el mal menor con diferencia.

— ¡Su billete, por favor!

La voz de la joven tras el mostrador estremeció a Hanna. Sin darse cuenta había avanzado en la cola y ahora estaba justo delante de la empleada de la aerolínea. Hanna se disculpó, le dio el billete y colocó su maleta en la báscula. Después de reservar un asiento de ventanilla, se dirigió al control de pasaportes. Unos pasos a la carrera a sus espaldas y unos gritos la detuvieron.

— ¡Mamá! ¡Mamá!

Hanna se volvió. A unos metros de distancia descubrió a Mia, que corría hacia ella. Tenía

la cara enrojecida. Jadeaba como tras una carrera.

—Menos mal que te he pillado a tiempo —exclamó al alcanzar a Hanna.

Apoyó las manos sobre los muslos, trató de recuperar el aliento y tras un par de respiraciones se incorporó de nuevo. Hanna contuvo el impulso de tocar a su hija y comprobar que realmente estaba ante ella. Estaba mareada, la sensación de embotamiento era cada vez más intensa.

—¡Mamá, estás completamente pálida! No te

me desmayes ahora —dijo Mia, agarrando a Hanna del brazo—. Ven, siéntate —prosiguió y condujo a Hanna a uno de los bancos que había junto a las paredes de la terminal.

Hanna se soltó del brazo de Mia y se detuvo.

—¿Qué es lo que quieres?

—Pedirte perdón —respondió Mia. Se interrumpió, se mordió el labio y se tironeó del lóbulo de la oreja—. Yo... bueno... lo de ayer no estuvo nada bien —dijo por fin.

—¿Y a qué viene este cambio repentino de opinión? —

preguntó Hanna. Su voz sonaba extraña. Fría y reservada.

Mia bajó la cabeza. Sacó su *smartphone* del bolsillo de la chaqueta, pasó el dedo por la pantalla táctil y se lo tendió a Hanna.

—Me lo ha mandado papá hace un rato.

Hanna cogió el aparato y leyó el breve e-mail.

Mia, querida hija:

Seguro que mamá ya te ha dicho que voy a tomarme un tiempo.

Estoy segura de que entiendes que tu viejo padre también quiere vivir la vida un poco y ver mundo. En este momento estoy camino de Sudáfrica, a Jeffreys Bay, y pasaré el mes de agosto allí. Resulta que allí hay olas estupendas para hacer surf, eso podría gustarte, ¿no? ¿Querrías venirte con nosotros una semana durante las vacaciones? Así también conocerás a Biggi. Yo pago el vuelo,

claro. Avísame pronto,
tengo ganas de verte,
papá.

—¿Eso es todo? —preguntó
Hanna y le devolvió el teléfono
a Mia—. ¿No te ha escrito nada
más?

Mia negó con la cabeza.

—Tenías toda la razón. Hace
la suya sin que nada lo detenga.

—La verdad es que me
sorprende un poco que no te
explique por qué se ha
marchado —dijo Hanna—.
Bueno, quizá prefiera hacerlo
en persona.

—Ni idea, probablemente le da exactamente igual si le entiendo o no. —Mia frunció el ceño—. ¿Qué se piensa? ¿Cómo se le ha ocurrido que tendría ganas de verlo a él y a esa tal Biggi? ¿Cree que me haré amiguita de ella? ¿O que la veré como a una segunda madre? —Resopló con asco.

Hanna se encogió de hombros.

—Bueno, probablemente es lo que quiere. Sería la solución más sencilla.

—¡Ja! ¡Pues que no cuente conmigo! —exclamó Mía y se

cruzó de brazos—. ¡Puede esperar sentado! ¡Para mí está muerto!

Hanna contuvo una sonrisa de satisfacción. A la imagen de su hija adulta se superpuso la de la quinceañera cuyos teatrales ataques de ira le causaban a ella, una madre joven, tanta impotencia como diversión. No la había sorprendido que Mia diera patadas contra el suelo o tirara la mochila de pura rabia. Hanna sabía que en aquellas situaciones no tenía ningún sentido tratar de calmarla y convencerla de que adoptara un

punto de vista más moderado. Miró el reloj. Su vuelo salía en media hora.

—Tienes que irte —constató Mia. La arruga de enfado desapareció. Miró a Hanna insegura—. ¿Me perdonas?

Hanna se tragó las palabras que tenía en la punta de la lengua —«pues claro, sabes que no puedo estar enfadada contigo mucho tiempo»— y dijo:

—La verdad es que me dolió mucho saber cómo me veías. Y lo brusca que fuiste.

Mia asintió.

—Quería hacerte daño. Fue cruel por mi parte. Yo tampoco sé qué me pasa a veces.

Hanna respiró hondo.

—Me alegro de que hayas venido.

Mia sonrió tímidamente.

—Debo decir que tenía miedo de que estuvieras muy enfadada y no quisieras hablar conmigo.

—Parpadeó para frenar una lágrima y sacó una cajita del bolso—. Toma, para ti.

Abrió la tapa y tendió la caja a Hanna.

—¿Me has comprado un *smartphone*? ¿Qué voy a hacer

yo con eso? Con mi móvil tengo más que suficiente.

Mia negó con la cabeza.

—No, con ese viejo cachivache no puedes escribir e-mails. En el extranjero es mucho más barato que llamar. Y, además, un teléfono como este es súper práctico para buscar algo rápidamente en internet. Puede que hasta ahora no lo necesitaras, pero si vas a viajar mucho por trabajo...

—Me has convencido —la interrumpió Hanna—. Me he resistido demasiado tiempo, pero ya va siendo hora de que

me haga con un buen aparato.
—Señaló la caja—. Seguro que ha sido carísimo, no puedo acep...

Mia negó con la cabeza.

—No, está bien. Considéralo un regalo de cumpleaños por adelantado. No tienes más que meter la tarjeta SIM de tu móvil y en Noruega conseguir una red wifi gratuita o por lo menos barata. Si no, tendrás que pagar una pasta de *roaming*.

—¿Wifi? —preguntó Hanna—. ¿Quieres decir una conexión inalámbrica a internet?

—Eso es. La mayoría de hoteles y muchas cafeterías la ofrecen. Solo tienes que pedir la clave. Y de todas formas probablemente no necesites llamar, ¿verdad?

Hanna negó con la cabeza.

—No, no sabría a quién.

—Mira, pues perfecto.

Hanna se encogió de hombros y observó el aparato escéptica.

—No sé... ¿sabré apañármelas con él?

—¡Pues claro! Además te he apuntado lo más importante para utilizarlo —dijo Mia,

rebuscó de nuevo en el bolso y sacó un folio doblado—. Está tirado. —Le tendió la caja a Hanna—. Por favor, mamá.

Hanna la miró a los ojos y vio la súplica en ellos. Extendió los brazos. Mia se le echó al cuello y la abrazó con fuerza.

— ¡Gracias!

Hanna sintió que el nudo de su estómago se deshacía y que la sensación de embotamiento desaparecía. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Cuando se soltó de Mia, vio que ella también lloraba.

— Ay, mamá, me alegro tanto

de que nos hayamos reconciliado.

Hanna asintió, se pasó una mano por los ojos y con la otra acarició la mejilla húmeda de su hija.

—Bueno, ahora sí que me tengo que ir.

—Avisa cuando hayas aterrizado en Tromsø —le pidió Mia.

—Lo haré —dijo Hanna, se volvió y corrió hacia el control de pasaportes.

15

*Saßnitz en Rügen, mayo de
1907*

Emilie corría tan rápido como podía. Maldijo la falda larga y estrecha y las enaguas, que le impedían dar pasos más largos. Se levantó los montones de tela con ambas manos y siguió a toda prisa. El camino de la

orilla elevada se extendía desierto ante ella. Un par de metros más adelante los árboles clarearon a su izquierda y abrieron la vista hacia el mar y los acantilados de creta. Un pequeño balcón de hierro se asomaba sobre la orilla escarpada. Aquello debía de ser la Vista de Victoria, un mirador bautizado en 1865 con ocasión de la visita del entonces rey de Prusia con la princesa Victoria. Desde allí podía verse especialmente bien el Königsstuhl.

Emilie no vio nada de aquello.

Solo tenía ojos para el hombre que en ese momento estaba pasando una pierna por encima de la barandilla. No había duda, era Max, quien estaba sentado a horcajadas sobre el abismo y miraba hacia las profundidades como embobado. Emilie no dudó ni un segundo de que quería arrojarse. Reprimió un grito, contuvo el aliento y se acercó a él con tanto cuidado como le fue posible. El miedo a que se asustara por su inesperada aparición y perdiera el equilibrio le cerraba un nudo en la garganta. Cuando estuvo a

dos pasos de distancia, él pasó la otra pierna y se irguió. Sus manos se soltaron de la barandilla.

— ¡Max! ¡No!

Con este grito Emilie se abalanzó hacia delante, lo agarró por los hombros y lo tiró al suelo detrás del balcón. Su cuerpo chocó contra el de ella y la hizo caer. Se golpeó la cabeza contra algo duro. Gimió de dolor. Tenía sobre ella todo el peso de Max, que no se movía.

— ¿Max? ¿Me oyes?

No reaccionaba. Emilie trató

en vano de apartarlo de ella o escurrirse a un lado. Le sacudió los brazos.

—Max, por favor, ¡vuelve en ti!

El cuerpo que tenía encima tembló y rodó a un lado. Emilie respiró aliviada, se incorporó y se inclinó sobre su hermano, que estaba tumbado de espaldas. Tenía los ojos cerrados, la tez pálida y su frente estaba cubierta de una fina capa de sudor. Emilie le tocó con cuidado la mejilla y la acarició. Su rostro se contrajo, parpadeó, abrió los ojos y la

miró como si fuera una extraña.

—Max, soy yo. Emilie.

—¿Emilie? —Arrugó la frente, se incorporó y se apoyó sobre el codo.

—Tu hermana —añadió Emilie—. ¿No me reconoces?

Max se masajeó la frente y la miró fijamente.

—¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago yo aquí? La pregunta es qué haces tú aquí

—respondió Emilie—. ¿Qué mosca te ha picado? —le preguntó y señaló el balcón.

Max gimió como si hubiera recuperado la memoria con su

gesto. Se derrumbó.

— ¿Por qué me has detenido?

— ¿Cómo dices? ¿Cómo puedes preguntarme eso en serio? ¿Acaso debo permitir que mi hermano se precipite hacia la muerte?

Para sorpresa de Emilie, su propia voz sonaba indignada. En ese momento fue consciente de lo furiosa que estaba. Había estado a punto de presenciar impotente cómo Max se despedazaba contra la orilla rocosa.

— Mejor muerto que vivir con vergüenza — exclamó Max

fuera de sí.

Emilie nunca había visto a su hermano tan desesperado. Su ira se aplacó. Agarró a Max de la barbilla y lo obligó a mirarla a los ojos.

—Max, ¿qué ha pasado? ¿Por qué no quieres seguir viviendo? Esta mañana todo iba bien, ¿no?

—¡Nada ha ido nunca bien!

Max se volvió y se tapó la cara con las manos.

Emilie le acarició el hombro. Max se la sacudió de encima.

—¡Déjame!

—Max, por favor, quiero

ayudarte. Pero para eso tengo que saber qué sucede.

—Nadie puede ayudarme — dijo con voz apagada.

Emilie se puso en pie y le tomó la mano.

—Por favor, Max, háblame.

Señaló con la cabeza hacia un banquito que había tras ellos bajo una enorme haya.

—Sentémonos. Así podrás contármelo todo.

Max se soltó de su mano.

—¡Ya no tiene sentido!

Emilie se mordió la lengua y se obligó a hablar tranquilamente.

— Créeme, te sentirás aliviado. Y juntos encontraremos una solución. ¡Todo saldrá bien! Te lo prometo.

Emilie había caído involuntariamente en el tono que había solido utilizar cuando Max de pequeño buscaba consuelo en ella. Compasivo y al mismo tiempo resuelto y confiado. Esta vez también surtió su efecto, Max dejó caer las manos, se levantó y se arrastró hacia el banco. Emilie lo siguió, se sentó junto a él y le rodeó los hombros con el brazo.

—Bueno, ¿qué es lo que te aflige?

—Padre y los demás tienen toda la razón. No sirvo para nada.

—Pero ¿por qué dices eso?

—En el barco, de pronto, me sentí como paralizado. Literalmente, no podía moverme. No podía hacer nada, era como un fuerte escalofrío o un ataque epiléptico. O así es como me imagino yo esas situaciones en las que estás indefenso y no puedes hacer nada para remediarlo.

Emilie se imaginó a Max

inmóvil durante horas junto a la barandilla donde lo había visto por última vez, observado con curiosidad por los demás pasajeros como si de una escultura se tratara.

—¿Te había pasado alguna otra vez? —preguntó.

Max asintió.

—En la escuela de cadetes. A menudo, de hecho. Casi cada noche.

—¿Sabes por qué?

Max la miró a los ojos.

—Tenía miedo. De las marchas durante horas y de las maniobras, pero sobre todo de

la arbitrariedad de los superiores, del acoso, de los gritos...

Emilie nunca había comprendido qué era eso de los «nervios frágiles» que al parecer habían sido el motivo del intento de suicidio y la expulsión de su hermano. En la familia habían guardado silencio sobre el fracaso del hijo menor por vergüenza, y ella nunca se había atrevido a preguntarle a Max. En ese momento se dio cuenta de que había sido puro miedo. Así que las suposiciones de Fanny eran

correctas.

—Lo comprendo perfectamente —dijo—. Pero no acabo de entender de qué tenías tanto miedo en el barco.

—¡De no ser capaz! — dijo Max.

—¿No ser capaz de qué? — insistió Emilie.

—¡Es que no lo conseguiré! —gritó Max. Su voz había recuperado el matiz estridente del pánico.

Emilie lo atrajo con fuerza hacia sí.

—Tranquilo. ¿Qué es lo que no conseguirás? ¿Te refieres a la

expedición?

— ¡Es imposible que aguante!
Y si fracaso ya en algo como
eso... — Se le quebró la voz.

— Pero eso no lo sab... —
replicó Emilie.

— ¡Sí que lo sé! — exclamó
Max—. No estoy hecho para
esta vida. No soy capaz de
nada. Y tampoco quiero. ¡Y
ahora no me vengas con eso de
que todo mejorará!

Emilie cerró la boca, que
había abierto para contestarle
precisamente eso, y le acarició la
cabeza. Mientras lo abrazaba y
lo acunaba ligeramente, Emilie

se preguntó qué debía hacer a continuación. ¿Cómo podría tranquilizar a su hermano? Al fin y al cabo no podían quedarse sentados allí para siempre. ¿Y si solo esperaba hasta encontrar la ocasión de llevar a cabo su plan? Emilie tuvo que admitir que no se sentía capaz de proteger a Max de sí mismo.

— ¡Gracias a Dios! Ya me temía lo peor.

Emilie giró la cabeza y vio a su tía, que la había seguido por el sendero. La mirada de Fanny pasó de Max, que no se había

fijado en ella, a Emilie. Esta le hizo un gesto con la cabeza y sintió que el alivio la inundaba. En su agitación había olvidado que no estaba sola. Fanny pareció percibir en qué estado de ánimo se encontraba Max. Renunció a preguntarle por qué no estaba de camino a Noruega o por qué lloraba.

—Venid, un tentempié nos vendrá bien a todos —dijo en lugar de eso.

Se acercó al banco, agarró a Max por debajo de un brazo y le dio a entender en silencio a Emilie que hiciera lo mismo al

otro lado. Los tres juntos siguieron el camino sobre Wissower Klinken hasta el lugar en el que se adentraba en el bosque hacia el Waldhalle, y pocos minutos después llegaron al merendero. Ante el edificio de dos plantas con tejado de paja y entramado en la fachada había varias mesas bajo los árboles. El cenador cubierto con columnas de madera ofrecía más espacio para sentarse al aire libre. En temporada alta el lugar habría estado a rebosar de clientes. Aquella tarde solo había unos pocos

excursionistas.

Max se dejó llevar apático por Emilie y Fanny a una mesa en la esquina y se dejó caer pesadamente sobre la silla que Emilie le había ofrecido. Aún de pie, Fanny hizo señas a un camarero que estaba en la puerta del local. La sonrisa solícita que traía al acercarse para preguntar qué deseaban se heló cuando pidió tres *kööm* dobles, como se llamaba en Rügen al licor de alcaravea. Los examinó con una mezcla de desconfianza y desprecio, evidentemente indeciso sobre

cómo clasificar aquel trío. Emilie percibió que su mirada se detenía en ella, y se miró de arriba abajo. No era de extrañar que estuviera desconcertado. La tela de su falda estaba arrugada y cubierta de tierra y hojas secas, el dobladillo de la enagua estaba parcialmente rasgado y lo arrastraba por el suelo, y su peinado se había soltado en su mayor parte. El traje claro de Max también estaba sucio y arrugado, tenía el pelo revuelto y los ojos vidriosos. Su tía era la única que tenía un aspecto impecable. Emilie la miró por el

rabillo del ojo y vio que contraía las comisuras de la boca. Fanny puso un gesto digno, tomó asiento a la mesa junto a Max, estiró la espalda, se recolocó los guantes y preguntó:

—¿Qué recomienda hoy el *chef de cuisine*?

—Eh... bueno... solo tenemos... —El camarero carraspeó—. ¿Querrán los señores pescado...? Tenemos bacalao y arenque fresco y eh... —se atascó y enmudeció.

Fanny frunció el ceño y se volvió hacia Emilie.

— Querida, me temo que nos tendremos que conformar. Espero que no te suponga demasiada molestia.

Emilie se esforzó por esbozar un gesto apropiado de altanería e indicó su conformidad con una mirada. El camarero se encogió visiblemente y se sonrojó.

— Está bien, entonces probaremos suerte con el bacalao — dijo Fanny.

— Por supuesto, señora — profirió el camarero, se alejó a paso ligero y regresó pocos instantes después con tres vasos

cortos en los que se balanceaba un líquido amarillento.

—Venga, adentro —ordenó Fanny en cuanto el camarero no pudo oírla.

Repartió los vasos y brindó con Emilie y Max. Emilie bebió un trago obediente y se llevó la mano al cuello. El fuerte ardor le llenó los ojos de lágrimas. Tosió y respiró agitada. Max también jadeó. Su rostro recuperó el color y la expresión apática desapareció. Fanny sonrió satisfecha y puso la mano sobre su antebrazo.

—¿Me cuentas por qué has

regresado?

Max lanzó un profundo suspiro.

—Me da una vergüenza atroz. Pero estaba... estaba como paralizado ante la idea de... No podía moverme, temblaba con violencia y solo quería salir de allí...

—Tenías miedo —constató Fanny—. Eso parece un ataque de pánico en toda regla.

Max sintió un escalofrío.

—Nunca debí emprender este viaje. Por eso ni siquiera desembarqué en Trelleborg, sino que regresé directamente.

—Se encogió de hombros—. Suena estúpido, lo sé. Esperaba que aún estuvierais en el puerto... No me di cuenta hasta llegar de que no tenía ni idea de dónde encontraros. Y entonces... entonces... supe que vosotras tampoco podíais ayudarme... y entonces...

—Entonces te encontré —lo interrumpió velozmente Emilie.

Max torció el gesto y se bebió lo que le quedaba en el vaso.

Emilie se volvió hacia su tía y prosiguió:

—Y ahora no se atreve a presentarse ante su profesor o

nuestro padre. Sobre todo nuestro padre. De todos modos no quiere ni oír hablar de Max, porque no ha seguido la carrera de oficial como él habría deseado.

—Oh, sí, es propio de él —dijo Fanny—. Y conociendo a mi madre, seguro que es de la misma cuerda a este respecto.

—Sin olvidar a mi hermano —dijo Max—. Ninguno de ellos quiere saber nada más de mí. —Se dirigió a Emilie—. Hasta ahora no te lo había dicho. Pero padre me ha dejado claro de manera inequívoca que

si vuelvo a decepcionarlo ya no podré esperar ningún tipo de apoyo por su parte. Incluso mencionó desheredarme.

Emilie se quedó sin respiración y se tapó la boca con la mano.

—Madre mía, efectivamente la situación no es sencilla —dijo Fanny.

—Catástrofe sería una palabra más precisa —murmuró Max y dejó caer la cabeza.

Fanny lo miró preocupada. Emilie se alegraba de que su tía comprendiera sin más explicaciones lo que su

hermano se estaba jugando. Y que frases hechas como «Contrólate, lo conseguirás» no eran de mucha ayuda en su caso, sino que empeorarían su desolación. Fanny frunció el ceño, se dispuso varias veces a hacer un comentario, negó con la cabeza y se sumió en el silencio. Emilie se irguió y se acercó a ella.

—De todos modos hay una solución. No sería fácil, pero es factible —declaró.

Max hizo un gesto de rechazo con la mano.

Emilie prosiguió impasible:

—Ya se la ofrecí a Max en Berlín: yo podría participar en la expedición en su lugar.

Su tía arqueó las cejas asombrada y con un gesto de la cabeza le pidió que continuara. Después de que Emilie explicara su idea de vestirse como un hombre y hacerse pasar por su hermano, a Fanny se le escapó un «¡vaya!».

Sin embargo, el rechazo inmediato que Emilie esperaba no se produjo.

—Es una idea audaz —dijo Fanny tras un breve silencio—. ¿Eres realmente consciente de

lo que significaría? No se trata de disfrazarse un rato para un baile de máscaras. Tendrías que meterte de lleno en el papel y aguantar de manera convincente durante semanas. Y una vez estés en el barco, no tendrás ninguna oportunidad de dejarlo.

Max se dirigió a Fanny.

— ¡Eso mismo dije yo! Y piensa en los peligros a los que se enfrentaría si la desenmascararan. Una mujer joven en la naturaleza rodeada de hombres que quizás olviden sus buenos modales estando tan

lejos de la civilización. Por no hablar del revuelo que causaría.

—¿Tienes alguna propuesta mejor? —preguntó Emilie—. Aparte de tirarte por un acantilado, quiero decir.

Max apartó la mirada. Fanny miró a Emilie a los ojos.

—Mira en tu interior y cuestionate con honestidad. No tiene sentido precipitarse a una aventura para la que no se está preparado. Por muy nobles y lógicos que sean los motivos. Pero no ayudarías a nadie exigiéndote una tarea que te sobrepasa solo por ayudar a tu

hermano.

Emilie respiró profundamente. Admitió en silencio que una parte de sí misma, que tenía miedo de su propia valentía, había deseado en secreto que Fanny la disuadiera. Sobre todo ahora que las elucubraciones se estaban convirtiendo en un plan concreto. Al mismo tiempo sabía en lo más profundo de su ser que jamás se perdonaría que Max se hiciera daño a sí mismo porque ella lo hubiera dejado en la estacada. No podría vivir con ello.

Se sentó más erguida y dijo con voz firme:

—Estoy completamente segura.

Fanny asintió. La aprobación brillaba en sus ojos.

—Bien, entonces pensemos cómo lo haremos.

—No habláis en serio —dijo Max atónito—. ¡Es imposible que salga bien!

—Si los tres nos mantenemos unidos, lo lograremos —replicó Fanny enérgicamente. Se volvió hacia Emilie—. Haré el *tour* de ciudades con Max. Él enviará regularmente postales a casa con

tu caligrafía. —Le sonrió—. Escribirás un par de textos que después solo tendrá que copiar. Por suerte en las postales tampoco es que quepan muchas palabras.

Max levantó la mirada.

—¿Quieres decir que nuestros padres no sospecharán porque creerán que Emilie está de viaje contigo?

—Exacto. Si os he entendido bien, tú, Emilie, regresarás a Alemania a finales de junio. Lo organizaremos de forma que lleguemos a Berlín al mismo tiempo. Allí te entregará —

Fanny hizo un gesto a Max— los dibujos, las preparaciones y las notas que debes recoger para tu profesor. Y a continuación regresará a Elberfeld con una pila de *souvenirs*, recuerdos y postales de las diferentes etapas de nuestro viaje en la maleta. *Et voilà*, ¡todos contentos y satisfechos!

Fanny miró radiante a los hermanos. Emilie tragó saliva. En boca de su tía todo aquello parecía un paseo. Pero no sería tan sencillo. Miró a Max. La esperanza iluminaba sus ojos. Emilie se mordió el labio. «¡No

seas gallina! —se reprendió—. Al fin y al cabo tú fuiste la que tuvo la alocada idea.»

—Bueno, ¿conformes? —dijo Emilie y le tendió la mano a Max. Él puso la suya encima, como antes, como cuando cerraban un pacto de niños. Fanny rodeó las manos de ambos con las suyas y las apretó.

—¡Conformes!

16

Tromsø, julio de 2013

El avión de Norwegian Airline aterrizó poco después de las cuatro en Langnes, el aeropuerto de Tromsø. Hanna echó un vistazo por la ventana, salpicada de gotas de lluvia. El tiempo había ido empeorando durante las dos horas de vuelo

desde Oslo, donde había hecho escala. Solo había podido adivinar las siluetas difusas de las impresionantes cordilleras que, según su guía, rodeaban Tromsøya, la isla principal del extenso término municipal de Tromsø. A Hanna todo aquello le recordó a los reinos de la niebla, que en las antiguas sagas estaban poblados por gigantes, hadas, enanos, dragones y otras criaturas míticas. Bienvenidos al país del trol, recordó de pronto que decía el eslogan de un operador de viajes a Escandinavia. Mientras recogía

el equipaje de mano del compartimento sobre su asiento, se ponía la chaqueta y se colocaba en la fila para salir, Hanna admitió para sí misma que apenas sabía nada de Noruega, aparte de los clichés habituales:

El país del sol de medianoche y los oscuros inviernos eternos, fiordos azul intenso y lagos llenos de peces, cordilleras cubiertas por glaciares y bosques habitados por alces, osos y lobos. Entre ellos, granjas aisladas y pequeñas ciudades pintorescas con

coloridas casas de madera en las que vivían personas grandes y rubias reservadas con los extraños, a las que les gustaba el jazz y el heavy metal, que ahogaban los arrebatos de melancolía en alcohol a precio prohibitivo, que consideraban la carne de ballena y el pescado fermentado manjares especialmente exquisitos, que dedicaban cada minuto de tiempo libre al senderismo o al esquí y eran dueños de una cabaña de fin de semana en las montañas o en la costa.

Aunque el verdadero destino

de su viaje se encontraba a gran distancia del continente y Spitsbergen solo pertenecía oficialmente a Noruega desde 1920, a Hanna le resultaba incómodo saber tan poco sobre aquel país y sus habitantes. Siempre se había exigido emprender sus viajes bien informada y preparada. Esta vez apenas había tenido tiempo de ponerse al día de antemano. Los agitados acontecimientos de los últimos días habían contribuido a que no se le hubiera ocurrido comprar una guía de Noruega hasta estar en

el aeropuerto de Múnich.

«¿Para qué te he regalado el *smartphone*? ¿Quién necesita ya algo tan anticuado como un libro? Ahora puedes buscarlo todo súper fácil en internet.» A Hanna le parecía estar oyendo la voz de su hija pidiéndole cuentas en tono de burla cariñosa. Sonrió para sus adentros y decidió seguir el consejo de Mia y buscar más información con su nuevo juguete, como llamaba al teléfono para sí misma. De todos modos el tiempo húmedo y frío no invitaba a dar largos

paseos turísticos.

De pronto Hanna se sintió desilusionada. «Hace un par de días aún suponía que hoy estaría paseando con Thorsten por algún pueblecito precioso de Alsacia —pensó, y trató en vano de ahuyentar las indeseadas imágenes que aparecieron en su mente: ella y Thorsten del brazo, con un sol espléndido, quizás en busca de un buen restaurante al que pudieran ir dos días más tarde por su cumpleaños—. En lugar de eso he aterrizado en este lugar inhóspito, pasaré mi

cuarenta y cinco cumpleaños en una isla de glaciares sola como la una y... Ya basta —se reprendió a sí misma—. Al fin y al cabo no estás aquí por placer. Además, estar sola en casa sería aún peor. Mejor ocúpate de conseguir un reportaje decente, así pronto recibirás encargos más interesantes y podrás explorar paisajes más cálidos. Solo serán un par de días, y siempre podrás celebrar tu cumpleaños más adelante. Quizá con Heiko en Berlín.»

Animada por esta perspectiva, Hanna se dirigió a buen paso a

la salida del aeropuerto y tomó un autobús hacia la ciudad. El hotel en el que la oficina de viajes de la revista femenina le había reservado una habitación estaba situado en el centro, en una calle paralela a Storgata. Se había abierto en abril y pertenecía a una cadena que promocionaba sus establecimientos con precios moderados, confort y estilo modernos, y distancias cortas a las principales atracciones turísticas de cada ciudad. En la pared oscura tras el mostrador de recepción había pintada una

cabeza de reno blanca gigante que también saludó a Hanna desde el armario junto a la cama de su habitacioncita. Al parecer aquel animal era el símbolo de Tromsø, que ya le había llamado la atención en una tapa de sumidero delante del hotel. Dejó su maleta, sacó un chubasquero y salió poco después a buscar un lugar agradable en el que pudiera navegar por internet tranquilamente. La lluvia se había transformado en una fina llovizna, hacía frío y viento. Hanna se caló la capucha y

recorrió apresuradamente Vestregata con la cabeza gacha, giró en Rathusgata, pasó junto al moderno edificio del ayuntamiento con sus enormes fachadas de cristal y poco después llegó a Stortorget, que lindaba con el puerto.

Se detuvo un momento ante una pequeña iglesia católica, situada junto a un centro comercial al borde de la plaza rectangular central, y miró a su alrededor. En el centro de la plaza había una escultura de bronce de un ballenero con un arpón en un bote entre la fuerte

marejada. En el pedestal, los relieves mostraban escenas del día a día de los pescadores. El monumento estaba dedicado a los muchos marineros desaparecidos que habían hallado la muerte sumergidos en las profundidades del océano Ártico. Más allá del puerto, un puente se elevaba hacia el continente. En su extremo se alzaba un edificio blanco que a Hanna le recordó una tienda de campaña gigante o témpanos de hielo que se hubieran unido unos a otros. Debía de ser la Catedral del Ártico, un símbolo

de la ciudad.

El viento, que barría la zona abierta sin obstáculos, infló su chubasquero y la hizo tiritar. Se dio prisa en cruzar la plaza. En la esquina con Havngata vio una cafetería de aspecto atractivo. Abrió la puerta y entró en el local, amueblado con mesas y sillas de barniz oscuro. La recibió un calor agradable y una mezcla de sonidos de voces, vajilla y el siseo del espumador de leche. El aroma a café recién molido y a pan salido del horno se mezclaba con el olor a prendas

mojadas. El Kaffebønna estaba abarrotado de un público muy variado, que degustaba las tartas, las pastas y los tentempiés salados de aspecto tentador. Hanna no encontró sitio en las mesas situadas ante la larga barra. Se hizo con un taburete libre junto la barra montana en el ventanal, colgó el chubasquero en un perchero, ocupó el sitio con su chaqueta y se acercó a la barra para pedir la clave del wifi. Después de que uno de los jóvenes camareros le trajera una gran taza de café, Hanna sacó el teléfono y

comenzó a buscar en Google información sobre Tromsø.

Dio las gracias en silencio a su hija. Al final alguien había tenido que obligarla. Hanna ya no entendía por qué se había resistido durante años a comprar un aparato de aquellos y por qué se había privado de la oportunidad de poder acceder a internet en cualquier momento. Primero leyó por encima las páginas oficiales de la oficina de turismo de la ciudad y de algunos operadores de viajes. El reportaje del periodista Stephan Maus, que había recorrido el

norte de Noruega diez años antes que ella, captó su atención. Le gustó el estilo irónico y humorístico con el que criticaba las características de la zona y a sus habitantes. Bebió un sorbo de su café con una sonrisa y leyó:

Tromsø está tan al norte, que el frío, el viento, la nieve y el hielo han barrido a lo largo de los siglos todo lo idílico que pudiera conservar. Si uno quiere estar a la altura de este lugar, debe

exponer su vocabulario al entorno hasta que esté lo bastante erosionado, deteriorado y cubierto de musgo. Los miles de kilómetros han merecido la pena: la palabra «pintoresco» no sirve por fin. Lo único que ve uno aquí es intensidad. La vegetación del paisaje es tan escasa que el ayuntamiento tiene una política muy tolerante con las malas hierbas. El perejil gigante, de gran altura y muy

voluminoso, ha sido rebautizado como palmera de Tromsø sin vacilar y con obstinado exotismo, y ahora adorna cada rincón de la ciudad. Así, durante el breve verano, el lugar adquiere el curioso aspecto de una frondosa jungla eternamente diurna en medio de un paisaje rocoso desnudo. [...] En noruego el nombre de la ciudad se pronuncia *Trumsœ*, y la reminiscencia geológica

de ese sonido coincide con el paisaje: enormes trozos de roca bloquean la vista.

Además de los investigadores de auroras boreales, las siguientes profesiones también tienen excelentes perspectivas de empleo en Tromsø: mecánico de motos de nieve, zoólogo de gaviotas, fabricante de zapatos para la nieve, herrero de anzuelos y constructor de camas elásticas. En los jardines

hay innumerables camas elásticas, que quizás expliquen el carácter equilibrado de los noruegos. Cuando el padre tiene un fuerte subidón de adrenalina, sale media hora a botar; cuando la madre tiene dolor de cabeza, se lo quita a saltos. Esto da lugar a familias más armónicas y a un clima social de una amabilidad admirable.

[...] Todos los veranos los turistas son atacados

por gaviotas psicóticas que, o bien han visto demasiadas películas de Hitchcock, o bien han sufrido los efectos de la extraña calidez en sus cerebros polares, que los empuja a una paranoia temporal. Los locales comentan que, a partir de los cinco grados de temperatura diurna media, los cerebros de las gaviotas vuelven a la normalidad.

Hanna copió el enlace de ese

reportaje y envió un breve correo electrónico a Mia y a Lukas.

Mis queridos dos:

Para que os hagáis una idea de a dónde ha ido a parar vuestra madre.

Hanna paró y miró el reloj. Casi las cinco y media. Tiempo de sobra para visitar el Museo Polar, que en verano abría hasta las siete de la tarde y se encontraba cerca de la cafetería, en el barrio histórico, en el

recinto de una antigua casa de aduanas protegida. Siguió tecleando rápidamente:

Y ahora visitaré el Mueso Polar para prepararme un poco para Spitsbergen. Pronto os daré más noticias. Hasta entonces os mando muchos saludos y besos empapados desde la ciudad de los superlativos septentrionales; y es que aquí no solo se encuentran la catedral

más septentrional, la
orquesta sinfónica más
septentrional y la
universidad más
septentrional del mundo,
sino también la cervecera
más septentrional, el bar
de rock más
septentrional, la vidriería
más septentrional y el
jardín botánico más
septentrional.

Besos septentrionales,
Mamá.

Pocos minutos después
Hanna entraba en un edificio de

madera pintada de rojo en Søndre Tollbodgata, la calle sur de la aduana. A esa hora el museo apenas tenía visitantes. Hanna paseó prácticamente sola por las salas, dedicadas a diversos temas en torno a la exploración del Ártico y la vida en la región polar. Muchas de las obras expuestas estaban explicadas tanto en noruego como en inglés. Cuando no era así, Hanna recurría al folleto en alemán que había pedido en la caja.

Primero averiguó cómo se había convertido Tromsø en la

«puerta al océano Ártico». Durante mucho tiempo habían sido principalmente las misas de la iglesia y el trueque en la plaza del mercado lo que atraían a los pescadores y granjeros de los alrededores. Los escasos comerciantes establecidos allí se surtían de mercancía no tanto en el sur de Noruega como en la vecina Rusia. Los colonos pomor, que se asentaron en la costa del mar Blanco en la Edad Media, traían cereales y otros alimentos a cambio de pescado y aceite de ballena. El descubrimiento del océano

Ártico como zona de caza de focas, morsas y osos polares y la invención del cañón arponero supusieron un auge económico decisivo en el siglo XIX. Además, en esa época, Tromsø se convirtió en el punto de partida de numerosas expediciones a Spitsbergen y al Polo Norte.

Hanna, cada vez más fascinada, se sumergió en el mundo de los cazadores de ballenas, los tramperos y los exploradores polares. En una sala dedicada a la caza en el Ártico, había una cabaña que

había sido construida junto a un fiordo en Spitsbergen en 1910 con madera de deriva de Siberia. Había sido utilizada regularmente durante veinticinco años hasta exponerse primero en el Museo Marítimo de Oslo y más adelante en Tromsø. Hanna sintió un ligero escalofrío al leer que uno de los primeros cazadores que había invernado en ella había muerto de escorbuto. La maqueta le pareció muy auténtica. En la cabaña, cuyas ranuras estaban aisladas con musgo, había

colgadas pieles de zorro, perdices nivales muertas, cornamentas de renos, herramientas, fusiles y otros utensilios; sobre el tejado había trineos y toneles con provisiones. Ante una de las paredes había sentadas dos figuras de hombres a tamaño real. Uno de ellos partía madera, el otro destripaba un pequeño animal. Sus rostros eran taciturnos, casi furiosos. Hanna pasó junto a ellos en dirección a una puerta de poca altura, cruzó el pequeño vestíbulo y oteó la única habitación, que

servía para dormir, cocinar y trabajar.

En su opinión, los responsables del museo habían logrado transmitir con éxito la estrechez agobiante de la vivienda, pensada para cinco habitantes en total. Cada rinconcito libre estaba lleno de prendas de ropa, herramientas y utensilios de cocina, las literas de dos alturas estaban sin hacer y también servían como superficies de almacenamiento. Hanna se sorprendió pensando que aquello habría que ordenarlo y limpiarlo como es

debido. En una de las paredes había una estufa de hierro que también hacía las veces de hogar. En la esquina de al lado, detrás de un par de camisas colgadas a secar, Hanna distinguió la silueta de un personaje masculino inclinado sobre una tina de baño. Había una cuarta persona sentada a la mesa leyendo un libro bajo la única y diminuta ventana. A Hanna le resultaba difícil imaginar cómo sería pasar el invierno ártico con otras cuatro personas en un espacio tan reducido, sin la posibilidad de

retirarse, en una oscuridad eterna, rodeados por los rugidos de las tormentas de nieve y apartados del resto del mundo.

Un fuerte ruido la sobresaltó. La tapa de una cazuela de hojalata rodó hasta sus pies.

—*Forbannet!* —maldijo una voz.

Hanna se volvió hacia la estufa y se quedó sin respiración. ¡No podía ser! La figura tras la ropa tendida había cobrado vida, se había incorporado y se había vuelto hacia ella con la mano

levantada. Hanna vio que algo relucía en ella. ¿Un cuchillo? Se tambaleó hacia atrás, chocó contra un taburete y perdió el equilibrio. El hombre dio un salto hacia ella. Hanna gritó, cerró los ojos y esperó el ataque. Justo después sintió que un brazo la agarraba de la cintura e impedía que cayera. Parpadeó vacilante y vio dos ojos azul claro que miraban fijamente los suyos.

17

*Vapor de pasajeros Komet, de
la compañía HAPAG, junio de
1907*

Unos golpes pesados y repetidos pitidos se abrieron paso en la conciencia de Emilie. Le pesaban los párpados. ¿Se había quedado dormida en el tren? No, el traqueteo del tren

era diferente. Ah, sí, eso era, estaba en Rügen. Con su tía Fanny. En el hotel Fürstenhof en el paseo de la playa de Saßnitz. Posiblemente un barco estuviera pasando por allí. Emilie se giró y su rodilla chocó contra algo duro. Emilie se quedó perpleja. ¿La cama del hotel no tenía el cabecero contra la pared? ¿Y no era mucho más ancha? Abrió los ojos y se quedó de piedra. ¿Dónde estaba? ¿Dónde se encontraba aquella pequeña habitación? La luz atravesaba las cortinas de una ventana

redonda y se reflejaba sobre los muebles de caoba lustrados, que resaltaban sobre el revestimiento de madera más clara de las paredes. «Pequeño, pero solo para ti», recordó de pronto el comentario de Fanny de la noche anterior. ¡Claro! Estaba en un camarote del *Komet*, un vapor de pasajeros de la compañía Hamburg-Amerikanischen Packetfahrt-Actien-Gesellschaft.

Emilie buscó con la mano el despertador de viaje, que estaba junto a la cama sobre un estante, y echó un vistazo a la

hora. Las siete pasadas. Había dormido casi doce horas. Se levantó con un bostezo, se acercó a tientas al diminuto lavabo junto al armario empotrado y se apartó de un salto con un grito ahogado. ¡Había un desconocido en su baño! Tenía el pelo corto revuelto y miraba fijamente con los ojos muy abiertos. Extendió la mano para defenderse y el extraño la imitó. Su mirada recayó sobre la camisa de él. Se quedó perpleja. ¿Por qué llevaba un camisón de su hermano? Sus dedos chocaron

con los de él. Al tocar el cristal frío colocado sobre el lavabo, su estupor se desvaneció. La memoria de las últimas veinticuatro horas regresó de golpe, y con ella un asomo de pánico. ¡Realmente estaba de camino a Noruega! ¡Sola! Como Max Berghoff.

El ensayo general — como había llamado Fanny a los primeros pasos de su sobrina como hombre en público — había ido de maravilla. El temor de Emilie a que el camarero que la había acompañado a su camarote la víspera y le había

explicado las normas más importantes a bordo sospechara inmediatamente, o cuando abriera la boca a más tardar, no se había cumplido. No había sentido ninguna mirada desconfiada, ninguna insinuación ambigua la había desconcertado. Después de que el camarero se marchara, Fanny la había mirado radiante y había dicho: «Estoy asombrada por la naturalidad con la que actúas. Y realmente no tienes de qué preocuparte con tu voz. La de este joven, por ejemplo, era mucho más aguda que la tuya.»

Mientras se lavaba la cara con agua fría, Emilie agradeció mentalmente a su tía su cautela. Sin la ayuda de Fanny, su aventura probablemente habría terminado antes de empezar. No solo por sus consejos, sino sobre todo por haber evitado que se precipitara a esta aventura sin cabeza. Habían aprovechado el largo viaje en tren de Rügen a Hamburgo para preparar a Emilie para su transformación en Max Berghoff, y para dar contundencia a su pequeña conspiración, como llamaba

Fanny al intercambio de papeles de los hermanos. Aunque naturalmente Max no haría el viaje educativo previsto junto a su tía como Emilie, sino que solo enviaría de vez en cuando postales en nombre de Emilie a sus padres y a otros miembros de la familia desde las diferentes ciudades para darle una coartada. Emilie había anotado algunas frases al efecto para que le resultara más fácil reproducir su caligrafía.

Fanny había insistido en que Emilie viajara a Tromsø en un vapor de pasajeros. «Así no te

verás obligada a estar permanentemente rodeada de gente desde el principio, que es lo que sucedería si tomaras la ruta prevista de Max. En el barco tendrás la posibilidad de retirarte a tu camarote, podrás practicar la postura y los gestos sin que nadie te moleste y podrás leer un par de artículos especializados para resultar un estudiante de Biología creíble. Es importante que te adaptes a tu nueva identidad lo mejor posible y que te sientas segura. Así actuarás de forma convincente.»

Su metamorfosis en el joven que ahora la miraba desde el espejo se había producido antes de subir a bordo, en el hotel en el que se alojaban su hermano y Fanny. Su tía la había ayudado a vendarse el pecho con un pañuelo fino y a continuación le había cortado el pelo. Con el corazón latiéndole con fuerza, Emilie había observado en el espejo del tocador cómo Fanny cogía sus largos mechones uno por uno con la mano izquierda, los cortaba con la derecha y los colocaba ordenadamente en una cajita. No sintió la lástima que

había esperado. Emilie se sentía literalmente más ligera y tenía mucha curiosidad por conocer al nuevo yo que había descubierto.

«Lo mejor será que hagas cuanto antes una visita al barbero del barco y le pidas que te haga un corte decente», había comentado Fanny con una sonrisa de disculpa al examinar el resultado de su labor. «Esto no puede llamarse un peinado como tal. Pero si le damos forma con un poco de gomina, bastará por ahora.»

Emilie se secó la cara, abrió el

armario en el que había guardado la ropa y contempló su vestuario. Era fácilmente abarcable:

Para su estancia en el buque de investigación y más adelante en Spitsbergen, Max se había hecho un traje gris de lana cheviot resistente que también le quedaba bien a ella. Por primera vez en su vida había recibido un cumplido por su aire desenvuelto. Fanny estaba encantada con su «nuevo sobrino», y Max también había constatado que al ponerse su ropa, su hermana, con su figura

atlética, los rasgos algo angulosos y las cejas rectas, resultaba casi más masculina que él mismo. «Si ahora consigues no reírte entre dientes ni sonrojarte constantemente, será perfecto», le había dicho y le había dado una palmada en el hombro en señal de aprobación.

El traje de lino claro para el día y el elegante esmoquin para las cenas, los conciertos y otras reuniones sociales durante el viaje, solo habían necesitado pequeños retoques, que Fanny había llevado a cabo con su

costurero de viaje. Emilie también había podido quedarse con media docena de camisas blancas y una gabardina de su hermano; sin embargo, sus zapatos, su sombrero y sus guantes eran demasiado grandes. Habían cubierto esa carencia con una visita a una elegante tienda de ropa para caballero en Gänsemarkt. Su tía había completado el equipo comprando una capa impermeable y un paraguas sólido — «así no solo estarás protegida contra la lluvia, sino que también podrás utilizarlo

como sombrilla o incluso bastón para la montaña si es necesario» — y un pequeño botiquín de viaje con vendas, remedios contra la diarrea y la acidez de estómago, vaselina para masajearse posibles esguinces y una pomada para las ampollas en los pies.

Asimismo, Fanny se había encargado meticulosamente de que Emilie no se llevara nada que pudiera revelar su verdadera identidad. «¡Piensa en Effi Briest!», la había advertido, y le había quitado la cadenita de oro que le habían

regalado por la confirmación y que desde entonces había llevado todos los días. «No puedes permitirte los sentimentalismos.» La delicada estilográfica y el monedero bordado habían acabado en la maleta de Fanny por la misma razón.

Emilie se cerró los puños rígidos de la camisa con gemelos plateados, se puso la chaqueta del traje de lino encima, se encasquetó el sombrero panamá redondo de hojas de palma trenzadas, se hizo un gesto de asentimiento

en el espejo y susurró:

— ¡Al ruedo, torero!

Antes de salir de su camarote de segunda clase, leyó por encima el primer párrafo del reglamento de a bordo, que colgaba de la puerta enmarcado.

PARA SU OBSERVANCIA

Comidas

El primer desayuno se servirá entre las 8 y las 10 horas de la mañana, el segundo desayuno a las 12.30 horas del mediodía y la comida principal a las 6.30 horas de la tarde.

En ocasiones estos horarios se modificarán durante las estancias en puertos debido a las excursiones a tierra. Los avisos correspondientes se llevarán a cabo siempre con la debida antelación. Para cada comida se imprimirán diferentes menús. El sobrecargo asignará los asientos en las mesas. Se dará una señal 15 minutos antes del comienzo de las comidas; se dará una segunda señal

al comienzo de las comidas.

Aún tenía tiempo para un paseo de exploración antes del primer desayuno. Hasta el momento Emilie apenas había visto nada del hotel flotante en el que pasaría los próximos días. Inmediatamente después de embarcar como uno de los últimos pasajeros, se había retirado a su camarote y se había echado en la cama. La noche anterior en vela y el ajetreado día se habían cobrado su precio. Mientras dormía,

Emilie se había perdido las maniobras del gigantesco buque para zarpar y el trayecto por el Elba hasta Cuxhaven, así como la cena de gala que daba inicio al viaje hacia el norte y el concierto de la orquesta del buque, de veinte miembros.

Tras dar unos pocos pasos, Emilie se dio cuenta de que había perdido la orientación en aquel laberinto de pasillos paralelos y perpendiculares y estrechos corredores. Para hacerse una idea general, decidió contemplar primero el barco desde arriba y tomó la

siguiente de aquellas empinadas escaleras que unían unas cubiertas con otras. Después de pasar junto a una puerta de hierro, tras la que supuso que se encontrarían las salas de máquinas a juzgar por los repetidos golpes, llegó a la cubierta principal. Buscó curiosa la siguiente escalera a través de las puertas de las despensas que había allí, abiertas para ventilar. Los aromas a pan recién hecho, caldo de carne sustancioso, tocino frito y otros platos la envolvieron y estimularon su

apetito. Una docena de cocineros, panaderos, pasteleros y sus ayudantes revoloteaban entre fogones, hornos y mesas de trabajo, movían enormes calderas y bandejas de horno de un lado a otro, servían café y té en jarras de porcelana, preparaban huevos revueltos y fritos en sartenes del tamaño de ruedas de carro y colocaban en las bandejas tarros de mermelada y miel, platos de mantequilla, fuentes de queso y embutido y cuencos con ensalada de frutas.

Emilie siguió subiendo hasta

la cubierta de paseo, que a esas horas estaba desierta. Únicamente dos grumetes fregaban los tablones ante una hilera de hamacas, que aguardaban impacientes bajo un voladizo a que alguien las usara. Emilie ascendió la última escalera hasta el puente. Delante del camarote del capitán se encontraba la sala de navegación, con mesas cubiertas con mapas y aparatos náuticos, y sobre ella estaba situado el puente de mando. Emilie supuso que el hombre que subía y bajaba y oteaba el

horizonte a través de un telescopio era un práctico. Echó la cabeza hacia atrás y en el mástil descubrió a un marinero que también estaba vigilante. Siguió las miradas de ambos, pero a simple vista no distinguió nada. El mar del Norte se extendía liso y desierto ante ellos, una ligera bruma difuminaba la línea entre el mar y el cielo y ocultaba la costa del continente danés, junto al que navegaban. Emilie miró hacia atrás y vio la popa de un buque de carga que se alejaba. A él se había dirigido la

sirena que la había despertado.

Se volvió de nuevo hacia delante, dio un par de pasos hacia la borda, se agarró a la barandilla y aspiró con fuerza el aire, que tenía un matiz metálico y olía ligeramente a algas. Emilie se animó al ver el pabellón negro, blanco y rojo y los numerosos banderines que ondeaban en los mástiles. Cerró los ojos y tarareó la primera estrofa de una canción pirata muy popular entre las Aves de paso y cuya letra Max le había escrito en una de sus cartas:

*Reyes de las tormentas,
del oleaje bravío,
de los vientos gélidos y
su golpe cortante.*

*Tantos años
recorriendo océanos y
mares,
y ved que nuestra
bandera no ha
sucumbido.*

«Si la abuela Hedwig me viera
ahora —pensó de pronto—.
Con esta pinta, sola entre
completos desconocidos, sin
dama de compañía.» Emilie

sonrió con malicia y abrió un poco más las piernas. Era una sensación maravillosa poder ir tranquilamente a donde quisiera, no tener que preguntarse temerosa a cada momento si aquello sería apropiado, y vestida además con ropas cómodas que no le impedían moverse, le permitían respirar libremente y no le apretaban por ningún lado.

El sonido de una trompeta llamó la atención de Emilie. Aquella debía de ser la señal para el inminente desayuno. Llegó el momento de la verdad,

se dijo a sí misma, y sintió una punzada en el estómago. Por un instante se planteó la idea de pedir que le sirvieran el desayuno en el camarote. «No seas boba. ¿De qué sirve esconderse? Debes aprovechar cualquier oportunidad de rodearte de gente, observar a los hombres y aprender lo máximo posible de su comportamiento.»

Emilie abandonó el puente y emprendió la búsqueda del salón blanco, en el que tendrían lugar las comidas principales de los próximos días, según el

camarero que la había guiado la víspera. Los pasillos laterales se animaron con los pasajeros que se dirigían al mismo destino. Emilie se detuvo ante la puerta de entrada de dos hojas esperando a que el hombre que la precedía se la sostuviera. El carraspeo de una dama de edad avanzada elegantemente vestida que se acercaba al comedor del brazo de una acompañante — reconocible por su aspecto más humilde— hizo que Emilie recuperara el juicio. El susto por su error le provocó un sofoco. «¡No te sonrojes!» Se

esforzó por respirar hondo, se hizo a un lado, se levantó ligeramente el sombrero con una mano y abrió la puerta con la otra. Dejó pasar a las dos mujeres con una reverencia y las siguió hacia la sala.

Después de darle su nombre y su número de camarote al sobrecargo, que vigilaba la sala desde un atril situado en la entrada y dirigía a sus subordinados con gestos discretos, le entregó su sombrero a un camarero de mesa que se acercó rápidamente y lo siguió a su sitio a una de las

mesas ovaladas preparadas cada una para seis personas. Al pensar que a partir de entonces pasaría varias horas al día con cinco extraños y que durante ese tiempo no podría mostrar ninguna debilidad, su pulso se aceleró. La última vez que había sentido semejante miedo escénico había sido al representar una obra de teatro con sus compañeras de clase con ocasión de la fiesta de fin de estudios. «Tranquila», se insistió, y recordó los consejos que Fanny le había dado para resultar convincente como

hombre: «Mira a la gente a los ojos, no sonrías sin motivo, no te tapes la cara con las manos y muévete siempre con dominio de ti misma: este es mi sitio, mi camino, mi silla, etcétera.»

Emilie estiró la espalda y saludó con un gesto de la cabeza al resto de comensales, un matrimonio de aspecto estirado con dos hijos adolescentes y un hombre en torno a los cincuenta. Carraspeó y se esforzó por hablar con tranquilidad y voz grave:

— Buenos días. Soy

Maximilian Berghoff, de Berlín.

Mientras se sentaba entre el padre de familia y el otro hombre, la dama asintió con la cabeza a modo de saludo. Su hija, que tendría alrededor de dieciséis años, le sonrió con timidez, se sonrojó y bajó la cabeza apresuradamente bajo la severa mirada de su padre.

— Ah, el estudioso. ¡Hola! Me alegro de conocerlo — exclamó el otro hombre, cuyo acento gutural y arrastrado le sonaba extraño a Emilie—. Con permiso: Beat Späni. Geólogo de Basilea.

Su rostro resplandecía.

—Ayer por la noche lo echamos de menos a la mesa. — Le guiñó un ojo a la muchacha —. ¿No es cierto, señorita Bühring? Estábamos preocupados por si el joven caballero se sentía indispuesto.

La señorita rio entre dientes abochornada y volvió a sonrojarse; la vecina de Späni, madre de la muchacha, le lanzó una mirada malhumorada. El suizo no se dejó impresionar. Prosiguió animadamente dirigiéndose a Emilie:

—Permítame presentarle: a su

derecha el honorable Bühring, de profesión fabricante de seda, de Schwerin. Y yo tengo el honor de estar sentado junto a su fiel esposa y amantísima madre de sus hijos Erna y Fridolin. Me considero muy afortunado por poder disfrutar del viaje en su compañía.

La aludida puso un gesto apocado. Emilie percibió también un brillo de halago en sus ojos.

—¿Y qué estudia usted? — preguntó el comerciante.

—Biología — respondió Emilie—. Segundo semestre.

—¿Y no es algo... en fin... insólito que un estudiante vaya solo de crucero? —intervino su esposa en la conversación.

—No es un viaje de placer —explicó Emilie—. Viajo por encargo de mi profesor, para recoger plantas, insectos y fósiles en el Ártico y hacer dibujos de las aves marinas que anidan allí.

—¡Oh, qué emocionante! —suspiró la muchacha.

Su hermano, más o menos tres años menor según los cálculos de Emilie, la miró con los ojos muy abiertos.

—¿En el Ártico? ¿Seguirá hasta el Polo Norte?

Beat Späni sonrió a Emilie.

—Fridolin es un gran admirador de Nansen, Scott y Amundsen.

—Me temo que debo decepcionarte —dijo Emilie—. No llegaré al Polo Norte.

El suizo se inclinó hacia el chico.

—¿Quieres saber un secreto de nuestro nuevo compañero de mesa?

Emilie se quedó helada. Sintió que las manos se le humedecían y se mordió la punta de la

lengua. ¿Cómo había podido descubrirla tan rápido? ¿Qué había hecho mal?

Contuvo el impulso de levantarse de un salto y salir corriendo de la sala.

Tromsø, julio de 2013

—*Alt i orden?* —preguntó el hombre, dejó el destornillador que tenía en la mano sobre el fogón y puso a Hanna en pie con cuidado—. *Du er ganske blek!* —La miraba fijamente con preocupación.

—*Sorry* —dijo Hanna y

sonrió abochornada—. *I don't speak Norwegian.*

El hombre le devolvió la sonrisa y, para su sorpresa, le respondió en alemán.

—¿Estás bien? Estás completamente pálida.

Su voz sonaba melodiosa y a Hanna le recordó el tono cantarín del ex canciller Willy Brandt. En algún lugar había leído que su característico modo de hablar era un vestigio del tiempo que había pasado en el exilio noruego y sueco durante el Tercer Reich. Aquellos años en Escandinavia

no solo lo habían marcado políticamente, sino que también habían dejado huella en su forma de hablar.

Hanna sintió.

— Todo en orden. Solo me he llevado un susto monumental. Pensaba que era usted una figura de la maqueta.

— Oh, lo siento.

El hombre, que era aproximadamente tan alto como ella y que según sus cálculos tendría poco más de cincuenta años, señaló con la cabeza la esquina junto a la estufa.

—Estaba atornillando una nueva lámpara. El hueco de ahí atrás es estrechísimo. Ni siquiera te he visto entrar.

Hanna se puso algo tensa. No estaba acostumbrada a que un completo desconocido la tuteara, y se sintió transportada a sus tiempos de estudiante. Como si le hubiera leído el pensamiento, prosiguió:

—Disculpa que utilice directamente el tú. Siempre me olvido de que en Alemania no se tutea a todo el mundo. Aquí en Noruega hoy en día ya solo se habla de usted a los

miembros de la Casa Real.

Hanna sonrió turbada. Qué tonta había sido. Había leído aquello varias veces y lo había visto en las series policíacas ambientadas en Escandinavia, pero en cualquier caso no lo había interiorizado. Disimuló su vergüenza y señaló el destornillador.

—Por un momento pensé que te abalanzabas sobre mí con un cuchillo. —Sonrió burlona—. Ya estaba viendo el titular: «Trampero disecado apuñala a turista alemana en un museo en Tromsø.»

El hombre la miró.

— Subtítulo: «La embajada alemana desaconseja viajar al norte de Noruega.»

Se echó a reír. No de forma hiriente, sino de corazón y relajadamente. Hanna se contagió. Se imaginó entre carcajadas a turistas atemorizados deslizándose con miedo por los museos noruegos, siempre atentos a los objetos de las exposiciones que de pronto cobrarían vida y se abalanzarían sobre ellos.

— ¿Puedo invitarte a una cerveza por el susto? —le

preguntó el hombre.

Hanna parpadeó y dudó un instante. ¿Podía aceptarlo? «Bah, qué más da — hizo callar a la voz de su conciencia—. Es una oportunidad estupenda para conocer a un local. Para investigar con sujetos vivos, por así decirlo. Además, un poco de compañía te vendrá bien.» Asintió.

—Encantada.

Los ojos del hombre se iluminaron.

—Perfecto —dijo, y le tendió la mano—. Soy Kåre Nybol.

Su apretón de manos fue

firme y cálido.

—Hanna Keller —respondió, y lo observó asombrada. ¿Quién decía que los noruegos eran cerrados y reservados con los desconocidos? Aquel, con su pelo rubio claro y los ojos azules, respondía a la imagen externa que tenía de los escandinavos, pero su carácter abierto y su humor no encajaban en el estereotipo.

—Bueno, pues vamos. ¿O querías ver algo más? —preguntó.

Hanna negó con la cabeza.

—Todo esto es muy

interesante, pero en estos momentos no soy capaz de asimilar más información.

Él se volvió hacia la puerta. Hanna cogió el destornillador.

— Señor Nybol... eh, perdona, quiero decir, Kåre... seguro que volverás a necesitarlo, ¿no? — dijo, tendiéndole la herramienta.

— ¡Ay, gracias! Me había olvidado completamente de él.

Kåre cogió el destornillador y se lo metió en el bolsillo. Hanna salió tras él de la cabaña y hacia el exterior. Durante su visita al museo había dejado de

llover y el manto de nubes se había abierto. El sol relucía sobre los tablones de las casas antiguas y sobre los arpones balleneros colocados en fila en la orilla como pequeños cañones que documentaban el desarrollo de aquellas armas de caza. Los modelos modernos le recordaban a Hanna a los cañones láser futuristas de las películas de ciencia ficción que tanto le gustaban a su hijo Lukas. Dejó vagar la mirada más allá. Contuvo el aliento involuntariamente al ver las cumbres cubiertas de nieve que

se elevaban tras las colinas en el continente, que quedaba al frente

—Qué bonito —dijo en voz baja.

Kåre siguió su mirada.

—Esta mañana, al llegar, apenas he visto nada del entorno —explicó Hanna.

—Sí, estos últimos días la visibilidad ha sido mala. Pero ahora tendremos mejor tiempo —dijo Kåre. Señaló la cordillera —. Eso de ahí son los Alpes de Lyngen.

Hanna sonrió.

—Es como estar en casa.

Kåre la miró con gesto interrogante.

—Allí también hay muchas montañas.

—¿De dónde eres? ¿De Baviera?

Hanna asintió y siguió hablando:

—Donde yo vivo las montañas no son tan altas, pero algo más al sur empiezan los Alpes. Cuando todavía vivía en Múnich, a menudo iba allí a hacer senderismo.

—¿Te gustan las excursiones?
—preguntó Kåre—. Entonces has venido al lugar adecuado.

Nos encontramos en el centro de un paraíso del senderismo. Y en invierno se pueden hacer excursiones maravillosas con esquís o trineos de perros o... — Se detuvo—. Perdona, parezco un empleado de la oficina de turismo.

Hanna negó con la cabeza.

—No, simplemente sueñas entusiasta.

Kåre sonrió.

—Busquemos un lugar agradable para tomar esa cerveza. Me habría gustado enseñarte una de nuestras atracciones, el Macks Ølhallen.

Existe desde los años veinte del siglo pasado. Pero por desgracia ya está cerrado.

—¿*Ölhallen*? —preguntó Hanna—. Suena raro.

Kåre se echó a reír.

—*Øl* no es lo mismo que el *Öl* alemán.² En noruego, *Øl* quiere decir «cerveza».

—Vaya —dijo Hanna y miró el reloj. Poco antes de las seis y media. Sacudió la cabeza—. En Baviera sería impensable que una cervecería cerrara tan pronto por la tarde.

—Pero en cambio abren por la mañana, algo poco habitual

en Noruega —respondió Kåre y le guiñó un ojo. Reflexionó un instante y prosiguió—: ¿Tienes hambre? Porque entonces podríamos ir a Skarven, en el puerto. Podemos sentarnos fuera y probar comida marinera, es decir, sobre todo pescado. Y tienen Mack-Øl de barril.

—Suenan bien —dijo Hanna—. Me encanta el pescado. Y me vendría bien comer algo.

De camino a Strandtorget pasaron junto al muelle de los Hurtigruten. En ese momento estaba zarpando con fuertes

sirenas el *MS Trollfjord*, un transbordador de varios pisos cuya cubierta panorámica acristalada le recordó los lujosos cruceros que surcaban los océanos. Se detuvo, se hizo sombra con la mano y contempló aquel monstruo pintado con los colores tradicionales de la línea de correo: negro abajo, rojo en el centro y las cubiertas superiores blancas.

—No sé por qué me imaginaba los vapores de correo más pequeños —dijo.

Kåre rio.

—Los Hurtigruten ya solo transportan correo y mercancías de pasada. Los tiempos en los que sus barcos eran lo único que conectaba a algunos pueblos y ciudades con el resto del país pasaron a la historia. Se planteó y se sigue planteando una y otra vez eliminar las subvenciones estatales y suspender los trayectos, porque los aviones y los camiones asumieron sus funciones hace tiempo.

—Pero sería una verdadera lástima —dijo Hanna—. He oído muchas veces que un viaje

con el Hurtigruten es una experiencia incomparable.

—Por suerte hay muchas personas que opinan lo mismo —respondió Kåre—. Además, se ha convertido en algo así como un símbolo nacional. Para salvarlo de la ruina, se han equipado siguiendo los estándares actuales y ahora transportan principalmente a turistas. De todos modos en invierno se ponen en funcionamiento los barcos más antiguos, porque los grandes transbordadores realizan cruceros por el Caribe o por

otras zonas cálidas.

Señaló un barco amarrado en otra parte del puerto.

— Ahí atrás está el *Sjøkurs*, el antiguo barco correo *Ragnvald Jarl*. Fue botado en 1956. Actualmente funciona como buque escuela, y por eso ya no lleva los colores de los Hurtigruten.

— Al lado del *ferry* parece un barco para enanos — comentó Hanna.

— Y eso que tiene poco menos de dos mil doscientas toneladas de registro bruto — dijo Kåre.

— ¿Y cuántas tiene el

Trollfjord?

— Algo más de dieciséis mil.

Hanna lo miró asombrada.

— Quizá deberías hacerte guía turístico.

— ¿Por saber tanto sobre los Hurtigruten?

Hanna asintió.

Kåre sonrió burlón.

— A ti te pasaría lo mismo si tu padre hubiera sido capitán de Hurtigruten. Es inevitable llevarlo en la sangre.

— Pero ¿tú no quisiste navegar? — preguntó Hanna.

Kåre frunció el ceño.

— ¿Por qué dices eso?

Hanna se mordió la parte interior del carrillo. ¿Había sido demasiado curiosa? Conocía a aquel hombre desde hacía unos pocos minutos. «Pero no es esa la sensación que tengo», constató sorprendida.

—Perdona, solo lo he pensado porque trabajas en el museo y...

—¡Ah! —dijo Kåre—. No, ha sido un malentendido. No trabajo en el museo. Solo me he acercado antes a llevar los planos de una nueva exposición temporal. Y entonces Inger, la mujer de la caja, me ha pedido

que arreglara la lámpara rota.

Hanna asintió y siguió andando en silencio. Así que Kåre era conserje o algún tipo de mensajero. No se atrevió a seguir preguntando y al mismo tiempo se reprendió por ser tan estrecha de miras. ¿Por qué despreciaba automáticamente ese tipo de profesiones por ser poco ambiciosas y daba por hecho que no podían hacer a uno sentirse realizado en la vida? Qué arrogante. Precisamente ella, que se jactaba de entenderse con la gente sin importar su posición social, su

nivel educativo o su profesión. Era alarmante lo profundamente arraigados que estaban algunos prejuicios.

—Bueno, aquí estamos — interrumpió Kåre sus pensamientos, deteniéndose ante un edificio blanco—. ¿Qué opinas, nos sentamos fuera o tienes demasiado frío? — Sonrió pícaro—. Los noruegos salimos a la calle con el más mínimo rayo de sol. Aunque tengamos que envolvernos en varias mantas y gruesos plumíferos.

—Por mí, fuera —respondió Hanna. Señaló los cristales que

rodeaban la terraza—. Está protegida contra el viento, y por suerte tampoco estoy tan helada.

Siguió a Kåre, que se dirigió hacia una mesa libre. Después de sentarse, hojeó el menú, que estaba escrito en noruego y en inglés.

—¿Qué me recomiendas? — preguntó.

—Mmmm, los platos de pescado fresco o marisco están todos buenos —respondió Kåre—. Pero si quieres probar un plato típico de esta zona, podrías pedir algo de lo que

llamamos pescado maduro, por ejemplo el bacalao a la parrilla con zanahorias, panceta y patatas cocidas. Suele gustar mucho. —Hizo una breve pausa y continuó—: El jamón de Barents también es muy sabroso.

Hanna puso un gesto interrogante.

—Jamón de foca —explicó—. Y por supuesto aquí también tienen magníficos filetes de ballena.

Hanna se puso algo tensa. Hizo un esfuerzo por contener un resoplido de indignación.

Los ojos de Kåre se iluminaron divertidos.

—Supongo que compartes el rechazo de la mayoría de los no noruegos hacia estas delicias, ¿verdad?

—¡Me has pillado! —dijo Hanna, y evitó su mirada—. Sé que la caza de focas y ballenas es tradición en Noruega desde hace siglos, y que es parte de vuestra cultura. Pero las imágenes de bebés de focas destrozados y de ballenas masacradas son terribles y... eh... —comenzó a balbucear y se dio cuenta de que se estaba

sonrojando —. Aunque en cierto modo es algo hipócrita, al fin y al cabo es exactamente lo mismo que matar otros ani...

Kåre se inclinó hacia ella.

—Perdóname. Solo te estaba tomando un poco el pelo. No quería abochornarte. Todo lo contrario, te entiendo muy bien.

Hanna levantó la mirada, se relajó y se tranquilizó. Sintió que una sensación cálida recorría su cuerpo. Pocas veces había conocido a alguien que pareciera tan sincero. Que dijera honesta y abiertamente lo

que opinaba.

—Sean tradiciones o no — prosiguió Kåre—, lo cierto es que entre nosotros también se está produciendo un gran cambio de opinión, y a los noruegos poco a poco se nos están quitando las ganas de comer estas especialidades. Sin embargo, nuestro Gobierno intenta mantener con vida la caza de ballenas subvencionando a los pescadores y aumentando constantemente las cuotas de pesca. De todos modos en los últimos años han descendido.

—¿Y a qué se debe eso? — preguntó Hanna.

—Bueno, los pescadores sencillamente están perdiendo el interés porque la carne de ballena y sobre todo el *blubber*, es decir, la grasa de ballena, se les atragantan en los almacenes y todos los años se echan a perder por toneladas. Y no solo porque los argumentos de los protectores de animales calen en la gente, sino también porque una y otra vez se encuentran cantidades alarmantes de sustancias tóxicas en la carne de los animales.

Una camarera se acercó a su mesa y les preguntó qué deseaban. Kåre pidió dos cervezas y a continuación se dirigió a Hanna:

—¿Qué te parece si primero compartimos un plato de entrantes variados? Con tapas de arenque, sopa de cangrejo gigante, carpaccio de reno, queso de cabra y otras exquisiteces. Así te llevarás una buena primera impresión de nuestros platos típicos.

—Una idea fantástica — respondió Hanna.

La camarera se alejó. Kåre se

levantó y señaló hacia la casa.

—Discúlpame un momento, enseguida vuelvo —dijo.

Hanna lo siguió con la mirada y se sorprendió admirando su cuerpo musculoso y su andar enérgico. Apartó la cabeza rápidamente y rebuscó su móvil en el bolso. El icono de un sobre en la pantalla le indicaba que tenía un mensaje nuevo. Mia le había escrito hacía una hora.

Querida mamá:

Muchas gracias por el e-mail con tus primeras

impresiones de Tromsø y el enlace a ese reportaje tan divertido. Antes he hablado un momento con Lukas por Skype. Nos ha parecido una idea genial que escribieras en Facebook una especie de diario de viaje. Así también podrías subir fotos. Sería una oportunidad estupenda para permitir que tus amigos y conocidos que tengan una cuenta participen de tus experiencias.

Además también es importante que busques contactos en internet y consigas nuevos lectores. Si quieres establecerte como periodista *freelance*, no puedes dejar de lado esa forma de publicidad. Con el tiempo necesitarás también una página propia. Echa un vistazo a un par de blogs en Wordpress. Es súper fácil abrirse una cuenta.

—¿Malas noticias?

Hanna no se había dado cuenta de que Kåre había regresado. Se sentó y la miró con atención.

—No quiero pecar de curioso, pero hace un momento tenías una cara muy seria.

Hanna negó con la cabeza y metió el móvil en el bolso.

—No, no ha pasado nada. Solo estoy un poco de los nervios. Mi hija intenta a toda costa que me haga visible en internet y que me abra un perfil en eso de Facebook. Ella y su hermano consideran que estoy completamente anticuada en lo

que a medios de comunicación se refiere. —Hanna esbozó una sonrisa ladeada—. Lo malo es que tienen toda la razón.

—Antes yo tampoco las tenía todas conmigo con esa forma de comunicación —dijo Kåre—. Pero ya no me imagino cómo sería mi vida sin ella.

—¿Y cómo sucedió? —preguntó Hanna.

—Necesité un empujón desde fuera. En mi caso fue mi sobrina Nora. Ella y su prima tuvieron la idea de crear un grupo privado en internet para nuestra familia, que está muy

desperdigada, al que solo
tuvieran acceso miembros
invitados. Allí nos contamos
novedades, planeamos
reuniones, colgamos fotos,
etcétera. —Kåre sonrió—. Creo
que me gusta tanto porque
durante décadas prácticamente
no tuve familiares. Quiero
decir, claro que los tenía, pero
no sabía nada de ellos.

La camarera, que apareció con
la cerveza, interrumpió la
conversación. Kåre levantó su
vaso y brindó con Hanna. Ella
brindó también y dijo con un
guiño:

—Bueno, ¡pues por los mundos virtuales!

—Y por el viejo mundo real. Si ya estuvieras infectada por el virus de internet, quizá solo habrías visitado nuestro museo online. Entonces nunca nos habríamos conocido.

Los ojos azules de Kåre se sumergieron en los suyos. ¿Cuánto tiempo hacía que un hombre desconocido no la miraba así? ¿Con tanta atención e interés? ¿Quién había sido el último hombre en general en hacerlo? Probablemente Heiko durante su encuentro en Berlín

el año anterior. Desde luego hacía una eternidad que Thorsten no le prestaba tanta atención. Hanna sintió un suave cosquilleo en el estómago. Una sensación que creía desaparecida: una mezcla de excitación, alegre anticipación y recelo. Bebió un largo trago y le devolvió la sonrisa a Kåre.

19

*Vapor de pasajeros Komet, de
la compañía HAPAG, junio de
1907*

—¿Un secreto? —preguntó Fridolin, y se echó hacia delante en su silla. Su padre, el honorable Bühring, levantó las cejas, la hija miró fijamente a Emilie sin hacer caso de la

reprimenda que le siseó su madre. Beat Späni se recostó y se acarició la barriga disfrutando visiblemente de la atención que había despertado su anuncio.

Emilie habría descrito su situación con la palabra «tortura», aunque no estuviera sufriendo daños físicos. Esperar el siguiente giro de rueda con el que el torturador estiraría los miembros del delincuente, la certeza del inminente dolor físico indescriptible, la sensación de estar completamente expuesta. Sintió

un zumbido en su oído. Vio que los labios del suizo se movían, oyó sus palabras sin comprenderlas. Se obligó a escuchar.

—... sé dónde y con quién pasará las próximas semanas. — Se volvió hacia Emilie—. Está de camino a Tromsø y allí se encontrará con los participantes de una expedición a Spitsbergen, ¿no es cierto?

Emilie lo miró y asintió mecánicamente. ¿A qué venía aquella detallada introducción? ¿Por qué no decía directamente que la había descubierto? Beat

Späni le tendió su mano derecha.

— Compartimos destino entonces.

— ¿Cómo dice? — preguntó Emilie. Debía de haber oído mal.

— Pues que yo también participaré — explicó y le estrechó la mano. El contacto hizo que Emilie volviera en sí. ¡Lo había entendido mal! El alivio la debilitó. Se esforzó por esbozar una sonrisa.

— ¿Usted también viaja a Spitsbergen?

— ¡Efectivamente! ¿No es una

maravillosa casualidad? Ahora ya conozco a uno de mis futuros compañeros de viaje. Y reconozco encantado que se trata de un compañero especialmente simpático — añadió Beat Späni y le guiñó un ojo a la muchacha, que se tapó la boca con la mano y rio entre dientes.

Emilie insinuó una inclinación.

— Gracias, es usted muy amable.

— ¿Cuál es el objetivo de esta expedición polar? — preguntó el comerciante.

—Bueno, cada participante tiene un interés diferente — respondió el suizo, y se recostó en la silla—. El viaje lo propuso el Observatorio Meteorológico de Lindenberg. Se trata de un primer sondeo. La intención es avanzar en las investigaciones de las condiciones climáticas del Ártico, aún desconocidas en su mayor parte, y probar y perfeccionar diferentes aparatos de medición. Esto también ha suscitado un gran interés por parte de aquellos que en el futuro quieren alcanzar el Polo Norte en dirigibles o globos

aerostáticos, ya que para ello necesitarán información sobre temperaturas, corrientes y humedad del aire en capas superiores de la atmósfera.

—Entiendo —dijo el señor Bühring—. ¿Puedo preguntar por qué participa usted en el viaje? Como geólogo es poco probable que esté interesado en dicha información.

—Como ya he señalado, el proyecto de investigación se encuentra aún en su fase inicial. Para tener una base sólida son necesarios enormes recursos financieros. Por eso se les da la

oportunidad de participar previo pago a científicos no relacionados directamente con el verdadero objetivo del viaje —explicó Beat Späni. Prosiguió con un gesto hacia Emilie—: Como acaban de oír ustedes, nuestro joven amigo ha sido enviado por su profesor para que lleve a cabo estudios biológicos. Mi humilde persona está interesada en las formaciones rocosas del archipiélago. Lo cierto es que Spitsbergen es un paraíso para los geólogos. Apenas hay vegetación, y en verano la nieve

también desaparece de manera que es posible ver rocas de prácticamente todas las épocas.

La aparición de una camarera con una bandeja gigante de huevos revueltos, salchichas, tocino frito y otros platos calientes interrumpió la conversación. Mientras sus compañeros de mesa amontonaban en sus platos la comida que les ofrecían, Emilie respiró hondo. Así debía de sentirse una liebre que hubiera creído sentir los colmillos del zorro en su carne y hubiera escapado inesperadamente de su

perseguidor en el último momento. Se le levantaron los ánimos. Todo iba bien. No se había delatado.

Cuando la camarera apareció a su izquierda y le ofreció la bandeja, se sirvió una ración de huevos revueltos que su madre habría comentado con un «Pero hija, ¡modérate!, no te atiborres», y se abalanzó sobre ellos con gran apetito.

Unas horas más tarde Emilie se encontraba en la cubierta panorámica, en la proa, y contemplaba el mar ilusionada.

Según la *Guía Meyer - Noruega, Suecia y Dinamarca*, que su tía le había comprado en Hamburgo, hacia esa hora debían alcanzar los cincuenta y ocho grados de latitud norte y avistar la costa noruega. Un bote que se acercaba a gran velocidad llamó su atención. Debía de ser el práctico que guiaría el vapor durante los próximos días a través de los fiordos. Se dejó caer una escalerilla, se oyeron salvas y la orquesta de a bordo comenzó a tocar una melodía alegre mientras un hombre con gorra

de plato ascendía ágilmente la escalerilla.

—Es el himno nacional de Noruega —dijo una voz que le resultaba familiar.

Se volvió. Beat Späni se encontraba con la familia Bühring a un par de pasos de ella y seguía con atención el recibimiento al práctico, que acababa de llegar al puente de mando y realizaba un saludo militar ante el capitán. Emilie volvió la vista hacia delante y observó la línea de costa, que salía poco a poco de la bruma. Algo decepcionada, clavó la

vista en los acantilados grises, las islitas planas y los islotes desnudos. Sacó el reloj de bolsillo y abrió la tapa. Aún quedaba una hora larga hasta el almuerzo. Tiempo suficiente para escribir una primera carta a sus padres.

El salón de escritura estaba situado sobre el comedor en la cubierta de proa y estaba decorado en estilo rococó, con muchas tallas de madera doradas. Emilie saludó con la cabeza a cuatro damas que jugaban al *whist* en una mesa cuadrada y tomó asiento en un

secreter que había en una esquina. Había una pila de pliegos y sobres de pesado papel de tina sobre los que se había imprimido el nombre del vapor y el logotipo de HAPAG, a disposición de todos los viajeros. Sacó un bloc de notas de su hermano del bolsillo de la chaqueta, se lo puso delante abierto, cogió una hoja de papel, desenroscó el tapón de la estilográfica que había junto al tintero y comenzó a escribir lentamente. Mientras lo hacía comprobaba una y otra vez si estaba

imitando la caligrafía de Max de forma convincente.

Queridos padres:

Tía Franziska ya os habrá informado por carta de que he cambiado mi ruta de viaje siguiendo su consejo y ahora estoy de camino a Tromsø en vapor. Ha sido una decisión acertada, ya que de esta manera llegaré mucho antes a mi destino. Además, la casualidad ha querido que se encuentre

a bordo otro participante de la expedición polar, a quien la suerte o la perspicacia de un camarero atento, que sacó las conclusiones correctas al ver que compartíamos destino, situó en mi mesa en el comedor. Beat Späni es geólogo y un hombre muy viajado, cuya experiencia ciertamente podré aprovechar.

Emilie se detuvo. ¿Qué les contaría Max a sus padres?

Posiblemente sería escueto, como en las cartas que les había enviado desde Berlín. Mientras que a su hermana le hablaba detalladamente y con entusiasmo de su vida de estudiante, con su padre y con su hermano mayor era especialmente apocado.

«En mi cabeza hay una oficina de censura en la que se comprueba si resistiré los juicios de valor de ambos», le había confesado en una ocasión a Emilie. «Por eso siempre intento encontrar temas que no causen problemas. Y procuro

tratarlos con la mayor brevedad posible. Así reduzco el riesgo de meter la pata.»

Emilie observó pensativa las vetas de la superficie de la mesa. No causar problemas y no ofrecer un blanco de ataque era una opción. Pero era un reto más interesante boicotear a aquellos que criticaban incesantemente la supuesta incapacidad para dirigir su vida y el carácter esteta de Max. Se levantó, se dirigió a la biblioteca contigua y le pidió al camarero que estaba de servicio un folleto con los datos

técnicos y una descripción del equipamiento del *Komet*. Después de haberlo leído, continuó escribiendo:

Para que tengáis una idea del alojamiento flotante en el que pasaré los próximos días, me gustaría presentaros brevemente el *Komet*. De antemano diré lo siguiente: ¡estoy muy impresionado por la labor de ingeniería que hay detrás de todo esto! Por primera vez

comprendo por qué Friedrich habla con tanto entusiasmo de los adelantos técnicos de nuestra época. ¡Aquí estaría en su elemento!

Emilie contuvo una risita. No había podido resistirse a esa indirecta. Cuántas veces habían tenido que sufrir Max y ella las interminables explicaciones técnicas con las que su hermano mayor acostumbraba a entretener a la familia durante las comidas de domingo u otras reuniones. Sencillamente no

podía imaginarse que alguien no compartiera su entusiasmo e incluso se aburriera cuando abordaba el tema. Su padre era probablemente el único que realmente lo seguía y comprendía su obsesión. Su madre y su esposa solo fingían su interés y bostezaban disimuladamente. Algo que a Emilie le parecía una actitud hipócrita. Y una injusticia, además. ¿Por qué le estaba permitido a Friedrich aburrir a la familia e imponer el tema de conversación? «Porque es el heredero», se respondió a sí

misma.

Se incorporó. Fuera como fuera, ahora Max demostraría que él también era digno hijo de su padre y que también poseía suficientes conocimientos técnicos.

Nuestro buque pertenece a la clase Barbarossa, es decir, cuenta con dos chimeneas y dos mástiles, y es lo que se conoce como un vapor de doble hélice. Esto significa que dos turbinas individuales

accionan las dos hélices, de manera que si se producen daños en uno de los motores, el buque no pierde por completo la capacidad de movimiento y maniobra. Ambas salas de calderas están separadas por un mamparo longitudinal bajo la línea de flotación para que el barco no se hunda y siga siendo gobernable en caso de que una de las salas de máquinas se inunde tras un impacto contra un

obstáculo o tras una explosión. El sistema de doble hélice capacita además al timonel para hacer girar el coloso sin avanzar, haciendo que una de las hélices gire hacia delante y la otra hacia atrás. Esta maniobra será de gran utilidad en los estrechos fiordos, pero también es útil para virar rápidamente cuando se navega a gran velocidad, y así por ejemplo evitar una colisión con otro

buque o con un iceberg.

La eslora de nuestro barco es de ciento sesenta y siete metros, tiene diecinueve metros de ancho, y una docena de fogoneros alimentan las calderas con miles de quintales de carbón las veinticuatro horas del día. La tripulación está formada por el capitán y dos oficiales, aproximadamente treinta marineros y contra maestres, dieciocho maquinistas,

en torno a veinticinco cocineros y trabajadores, unos noventa camareros y, por último pero no menos importante, la orquesta de a bordo. ¡Aquí todo es a lo grande!

Emilie repasó lo que había escrito. Por ahora bastaría. Aunque también podía dirigirse un poco a su madre. Max no sería tan mezquino como para ignorarla a ella, que siempre se ponía de parte de su hijo menor. Emilie rellenó de tinta la

estilográfica y continuó escribiendo.

Al mismo tiempo, el interior es mucho más espléndido y confortable de lo que yo habría esperado de un barco. Los camarotes están revestidos de madera de arce y caoba pulida, todos los lavabos y retretes tienen agua corriente, cada rincón está iluminado eléctricamente y —esto te gustaría a ti, madre—

junto a la cama se han instalado incluso tomas de corriente para los rizadoros de cabello eléctricos. Además de las dos turbinas principales, hay máquinas adicionales funcionando día y noche —incluso cuando el barco está anclado— que suministran los sistemas de iluminación y de obtención de agua potable y hielo para las cámaras frigoríficas. También suministran

corriente a los motores de los ventiladores eléctricos, que airean todas las salas, y accionan las prensas de la imprenta de a bordo, en la que todos los días se elaboran con tinta de cuatro colores los menús, adaptados al lugar en el que nos encontramos, así como los programas de los conciertos, las descripciones de las excursiones y otros folletos informativos.

Como podéis ver, me

encuentro en una
maravilla de la tecnología
moderna.

Emilie leyó las líneas que
había escrito, se despidió en la
parte inferior y metió el pliego
en un sobre. Su padre estaría
contento con su hijo menor.
Entrecerró los ojos. ¿Por qué
no poner la guinda al pastel?
Cogió otra hoja, buscó una
imagen de la sala de máquinas
en el folleto y dibujó un esbozo
de la misma. Poco después de
que una señal de trompeta
anunciara el comienzo

inminente del almuerzo, escribió la dirección y se dirigió al comedor.

Cuando salió de allí una hora larga tras un menú de varios platos, el *Komet* había abandonado el cinturón de islotes que precedía la costa noruega y navegaba tierra adentro por el fiordo de Hardanger. Emilie se acercó a la barandilla de la cubierta de paseo y contuvo involuntariamente la respiración. El vapor se deslizaba por aguas

verdeazuladas en las que se reflejaban las orillas, que cada vez se alzaban más altas y escarpadas. En las cumbres de las montañas aún había nieve, y en la lejanía se divisaban glaciares azules. Cuanto más atrás dejaban el mar, más exuberante era la vegetación. Los bosques y las praderas teñían de verde el gris de las rocas. Emilie dirigió su nariz al viento y creyó percibir un soplo de hierbas aromáticas y dulces flores mezclado con el olor del agua salada. Pequeñas poblaciones, formadas en su

mayoría por casitas de madera pintadas de colores junto a pequeñas iglesias de piedra, se apiñaban en los estrechos tramos de orilla, y granjas solitarias se aferraban a pendientes intransitables sobre las que arroyos espumosos se precipitaban al vacío.

—Es tan... majestuoso — susurró una voz junto a ella.

—Sí, realmente cautivador — respondió Emilie.

Giró la cabeza y vio que la señorita Bühring se había colocado a su lado. Sus padres estaban tendidos sobre las

hamacas a un par de pasos de distancia, absortos en la conversación con Beat Späni, y su hermano menor estaba enfrascado en la lectura de un libro de Karl May. La señorita Bühring la miró con asombro.

Emilie se dio una patada mental en la espinilla. ¡Maldita sea! Algo así no podía suceder. ¿Cómo había podido utilizar una expresión tan femenina? Debía tener más cuidado, no podía permitir que la sorprendieran. ¡«Cautivador»! Ningún hombre utilizaría una palabra así. Desde luego

ninguno que ella conociera.

Rápidamente dijo:

—Disculpe, estaba pensando en mi hermana. Los paisajes salvajes y románticos son su debilidad, y estaba imaginando lo mucho que se emocionaría aquí. «Cautivador» es una de sus expresiones preferidas. — Carraspeó—. Pero,

efectivamente, es impresionante, y tiene cierto aire místico.

La señorita Bühring asintió esforzada.

—Sí, como de cuento, ¿no le parece? Así es como me imagino la patria de Frithjof e

Ingibjörg.

—Bueno, si es cierto lo que cuentan las sagas, vivían en el fiordo de Sogn, no muy lejos de aquí —respondió Emilie.

Aún recordaba perfectamente las clases de labores en la escuela, en las que la profesora, a la que le encantaban los mitos germánicos, solía leerles muchas sagas nórdicas; entre ellas la historia del orgulloso Frithjof, hijo de granjeros, que pidió la mano de la dulce princesa Ingibjörg. Su hermano lo rechazó indignado a causa de la diferencia de posición y lo

expulsó de allí. Pero, tras superar varias aventuras, finalmente Frithjof logró conquistar su amor de juventud y el reino de su padre.

—El nombre de la población de Balestrand recuerda aún hoy el reino perdido del padre de Ingibjörg, el rey Bele — prosiguió Emilie—. Dicho sea de paso, nuestro emperador tiene por costumbre hacer allí una parada en su viaje anual a Noruega.

La jovencita que tenía a su lado le dirigió una mirada de admiración.

— ¡Cuánto sabe!

Emilie tragó saliva. Si hacía un momento temía provocar sospechas por su vocabulario femenino, ahora debía tener cuidado de no hacer perder la cabeza a Erna Bühring. Era desconcertante que alguien flirteara con ella con tanto descaro, especialmente en su papel de hombre. Por lo visto no podía comportarse con tanta libertad y naturalidad como había imaginado. Al menos no en aquellos círculos. La línea entre una amistad sin compromiso y un alardeo

intencionado era fina. Emilie se estiró. La responsabilidad era suya. Debía ocuparse de que Erna no albergara falsas esperanzas sin ofenderla.

—Bueno, tanto no sé —dijo Emilie—. Simplemente he hojeado los folletos de HAPAG que hay por todas partes. En ellos se describen las diferentes rutas, entre ellas la que se conoce como la Línea de los fiordos. Con ella se conoce el fiordo de Sogn, el brazo de mar más largo de Noruega. —Sonrió y continuó hablando—. Eso sí que le gustaría a mi

hermano mayor. Hace mucho que sueña con viajar a Escandinavia para seguir las huellas de nuestro emperador y verlo en persona. O al menos su yate.

—Oh, lo entiendo muy bien —exclamó Erna—. Imagino que una experiencia así sería muy edificante. Mi padre opina que con un poco de suerte tendremos muchas posibilidades de cruzarnos con el *Hohenzollern* en el viaje de vuelta. Se ha informado expresamente sobre cuándo embarcará el emperador hacia el

norte.

Miró a Emilie con los ojos muy abiertos, se puso una mano sobre el pecho y suspiró:

— ¡Imagínese! Puede que vea a nuestro venerado...

— ¡Erna!

La señorita Bühring se estremeció y se volvió hacia su madre, que se había incorporado en la hamaca y miraba en su dirección con las cejas fruncidas. Emilie se imaginaba vívidamente lo que estaba pensando la mujer del comerciante: ¿sería ese estudiante de Berlín un calavera

que jugaba imprudentemente con los sentimientos de su hija y la difamaría? ¿O sería posible que abrigara intenciones serias? Y, si así era, ¿sería un candidato digno para el matrimonio con una base financiera estable y perspectivas de un puesto lucrativo?

—¿Podrías traerme el bastidor de bordar de mi camarote? — gritó.

—Sí, madre — respondió Erna.

Hizo un gesto a Emilie con una sonrisa de lamento y salió corriendo.

Esta evitó seguirla con la mirada. Caminó en la dirección opuesta con una leve inclinación hacia la esposa del comerciante y ascendió la escalera hacia el puente. En su primer paseo de exploración ya había constatado que allí, al abrigo de uno de los muchos botes salvavidas, había rincones idóneos para disfrutar en paz de las maravillas de la naturaleza, leer o escribir. Se sentó sobre un cabo enrollado y sacó de su bolsillo un pequeño bloc de cartas y un lápiz.

A bordo del *Komet*, tarde del
domingo
2 de junio de 1907

Querida Fanny:

Me parece casi increíble que no hayan pasado ni dos días desde nuestra despedida en Hamburgo. Tengo la sensación de llevar ya una semana de viaje... Nunca habría imaginado lo rápido que me he familiarizado con mi nuevo papel, me siento como si me

hubiera deslizado en un traje que hubiera sido confeccionado a mi medida. Ciertamente hay momentos en los que mis viejos hábitos intentan tomar el mando. No siempre me resulta fácil cumplir con mi nueva identidad. Nunca habría sospechado lo profundamente anclados que están nuestros patrones de conducta y lo difícil que es sustituirlos por otros. Sobre todo porque

algunos
comportamientos
masculinos me resultan
muy ajenos y, en
ocasiones, me siento
como un actor que aún
no ha interiorizado
completamente su papel.
Bueno, ya se sabe que la
práctica hace al maestro...
Pero la sensación

Emilie subrayó las tres
últimas palabras

es la de haber adoptado

mi verdadero ser, no sé si entiendes lo que quiero decir. En ningún modo estoy diciendo que me gustaría ser un hombre. Pero me encantaría vivir como uno de ellos. Siempre me ha parecido injusto que las mujeres — especialmente las jóvenes de buenas familias — tengan que cuidarse de no causar ningún escándalo y para ello tengan que renunciar a todo aquello que es interesante o

divertido. Empezando por poder ir a todas partes (¡¡sola!!) sin poner en peligro una buena reputación.

Te escribo sentada en mi lugar preferido del puente, resguardada por un bote salvavidas, a salvo de miradas curiosas y sin peligro de ser descubierta escribiendo estas líneas. No he olvidado tu advertencia de renunciar a actividades que puedan delatarme. Pero, mientras

tenga acceso directo al correo, quiero aprovechar la oportunidad de informarte de mis experiencias. ¿Dónde os encontráis vosotros? De acuerdo con vuestro plan de viaje deberíais haber llegado a Danzig. Así que enviaré la carta por si acaso a vuestra siguiente parada, Königsberg, para que no llegue demasiado tarde.

Nosotros ya hemos llegado a Noruega y

llevamos casi siete horas navegando por el fiordo de Hardang, ¡imagina lo profundo que es! El silbato de vapor acaba de anunciar que se ha avistado nuestro destino y pronto fondearemos. Si salgo de mi refugio, veo en la orilla de enfrente el pueblecito de Odde, y detrás, más allá de la morrena de un glaciar, se abre un amplio valle cuyo fondo resulta especialmente pintoresco gracias a una gran

cascada. Sobre todo ello se arquea un cielo despejado de un azul intenso, el color que imagino que tiene en los paisajes del sur, por ejemplo en el Mediterráneo. ¡Qué colorido! Me encantaría sacar mi caja de pinturas. Pero tengo miedo de provocar sospechas. Hasta ahora solo he visto a dos damas entregándose a ese pasatiempo.

A los hombres

alemanes les gusta retirarse al salón de fumar, donde discuten sobre política o se acomodan en las hamacas con una revista; los numerosos turistas americanos dedican cada minuto de su tiempo libre a lo que ellos llaman *deck games*, y se entregan entusiasmados a competiciones de croquet, *cricket* o lanzamiento de anillas.

Por cierto, puedes informar a Max de que

ya tiene una admiradora: Erna Bühring, una encantadora muchacha de dieciséis años que se sienta a mi mesa con sus padres y flirtea conmigo. Es un buen partido, su papá es comerciante y propietario de una floreciente manufactura de seda. Pero, bromas aparte, mi comportamiento no parece haber despertado ningún tipo de suspicacias. Hubo un momento en que pensé

que otro compañero de mesa me había desenmascarado. Pero por suerte la preocupación fue en vano y solo había sido un producto de mi exaltada imaginación.

El susodicho Beat Späni es un caballero muy amable de aproximadamente cincuenta años y además uno de mis futuros acompañantes en el Ártico, ya que él también participará en la

expedición. Es geólogo y proviene de Suiza; algo que nos recuerda siempre que se le presenta la ocasión, ya que su patria es la medida de todas las cosas. Antes, después de que saliéramos del comedor tras la opulenta cena, al contemplar el paisaje exclamó: «¡Increíble! ¡Cómo se parece esto al lago de los Cuatro Cantones en la zona de Uri!» (Normalmente habla alemán estándar, aunque

lo haga con ese gracioso acento que tienen los suizos. Pero cuando se enciende su patriotismo, de vez en cuando vuelve al dialecto.) Se puso completamente fuera de sí al descubrir una estrecha carretera parcialmente tallada en el acantilado, y comentó entusiasmado: «¡No me lo creo! ¡Pero si tienen hasta una Axenstraße!»³ Aparte de esta manía, es un tipo francamente agradable, capaz de

animar incluso a la rígida esposa del comerciante. Sin embargo, dudo de que lo lograra con la abuela Hedwig...

Mientras te escribo me llegan los sonidos del concierto con el que la orquesta de a bordo ameniza todas las veladas. A pesar de que ya son las once, el sol sigue brillando. No se ocultará hasta dentro de media hora, ¡dos horas más tarde que en casa! Y para las cuatro de la

mañana la noche ya
habrá acabado. La
desacostumbrada
claridad me trastoca el
ritmo por completo, y
las numerosas
sensaciones nuevas hacen
el resto para que no
sienta cansancio alguno.
¡Me siento tan libre!
Como un pájaro que ha
escapado de su jaula y
despliega sus alas para
volar libre por primera
vez. Pero no te
preocupes, no seré
irresponsable y no

correré riesgos
innecesarios,
¡prometido!

Antes de regresar a la
costa mañana y
proseguir nuestro viaje
hacia el norte, haremos
una excursión por el
glaciar. Antes de eso iré a
la oficina de correos de
Odde y entregaré esta
carta. Y ahora me parece
que me iré a la cama...

Saluda a Max de mi
parte de todo corazón,

¡un abrazo de tu EMILIE!

Tromsø, julio de 2013

—¿Otra cerveza? —preguntó Kåre cuando la camarera se acercó a recoger los platos vacíos.

Después del aperitivo, Hanna se había decidido por un filete de rodaballo gratinado con parmesano, que le habían

servido con verduras frescas y patatas cocidas. Se recostó en la silla y negó con la cabeza.

—Para mí por ahora no, no me cabe nada más en el estómago.

Sonrió a la camarera y dijo:

—*The fish was very good!* Estaba realmente delicioso — prosiguió, dirigiéndose a Kåre —. Gracias por traerme aquí. Si no hubiera sido por ti seguramente no se me habría ocurrido entrar en este local.

—Gracias a ti —replicó Kåre —. Hacía mucho tiempo que no comía en tan buena compañía.

—Sonrió—. ¿Qué te parece si damos un pequeño paseo para hacer la digestión?

—Eso mismo iba a preguntarte yo —respondió Hanna—. Un poquito de ejercicio es justo lo que necesito.

—Bien, entonces te enseñaré nuestra reserva natural.

Hanna levantó las cejas de asombro. Eso sonaba a una excursión larga. Miró el reloj. Las nueve y media. Parpadeó sorprendida. Aún había mucha claridad. En casa a esa hora ya estaba anocheciendo.

—Ehh, ¿no es un poco tarde para eso? —preguntó—. La verdad es que un viaje en coche no me apetece mucho ahora mismo.

—¿En coche? ¿Por qué...? —Kåre se detuvo y se echó a reír—. Vaya, claro, cuando digo reserva natural parece que me refiero a un lugar apartado. No, tenemos una pequeña reserva aquí mismo, en la parte superior de la ciudad, no son ni veinte minutos a pie. Creo que te gustará. Desde allí la vista de las montañas es estupenda.

Kåre no había exagerado. En un alto a poco menos de cien metros sobre el nivel del mar se extendía un vasto paisaje de bosque y tundra, al sur del cual había un lago en calma, el Prestvannet. Como los brazos de mar que separaban Tromsøya del continente y de las islas situadas delante de él no se veían, daba la impresión de que los Alpes de Lyngen y la cordillera de la isla Kvaløya se alzaban directamente sobre la ciudad.

Hanna y Kåre caminaron a lo largo de la orilla a través de un

bosque poco tupido. El suelo cedía bajo sus pasos, en algunos puntos había tablones sobre zonas fangosas. Los árboles tenían troncos marrones rojizos, los más gruesos eran gris claro, su corteza era lisa y se descortezaban en tiras finas como el papel.

—¿Esto son abedules? — preguntó Hanna.

Kåre asintió.

—Abedules blancos. Aquí crecen sobre todo plantas de pantano como la cola de caballo o las ciperáceas. — Señaló una delicada flor rojo oscuro—. Y

especies poco comunes. Ahí por ejemplo hay un cómaro.

—¿Y cómo se llaman estas flores tan bonitas? —preguntó Hanna cuando pasaron junto a un prado en el que relucían cientos de flores blancas y rosas.

—Eso es trébol de agua —respondió Kåre—. La verdad es que no es un nombre muy apropiado, porque no está emparentado con el trébol, sino con la genciana. Y tampoco es bueno para la fiebre.⁴

—No, pero favorece la digestión —dijo Hanna—.

Ahora lo recuerdo. Mi abuela llamaba a esta planta trébol de río, y preparaba una infusión con ella cuando mi abuelo comía demasiado asado el domingo. Y también la añadía a su famoso licor de hierbas.

La arboleda se abrió y descubrió una extensa zona de cañas. Kåre señaló una pasarela de madera que conducía a una plataforma sobre el lago.

—La vista desde allí es la mejor.

Hanna lo siguió, se apoyó en la barandilla y disfrutó en silencio del entorno. Patos y

gaviotas nadaban en el agua oscura, se oían crujidos y gorjeos entre las cañas, y enjambres de mosquitos bailaban entre los rayos del sol, que ya estaba muy al norte. Su luz iluminaba las cumbres cubiertas de nieve en tonos rojos dorados.

Un rato después Hanna dijo:

—Puede que el comentario esté muy manido. Pero esto tiene algo mágico. Una puesta de sol que dura horas. No tenía ni idea de lo maravilloso que era.

Por el rabillo del ojo vio que

Kåre asentía. Notó la calidez de su cuerpo junto al suyo y su olor, que se mezclaba con el aroma acre de una loción de afeitado. «Si fuera un gato, ronronearía», pensó Hanna, y sintió que una profunda paz la inundaba. Le vino a la mente la palabra «armonía». Respiró hondo.

El momento pasó. Se levantó viento, que encrespó la superficie del lago y alejó de ellos una pequeña isla sobre la que había una cerceta empollando sus huevos en el nido.

—Eso sí que es divertido, una isla flotante — exclamó Hanna.

—Sí, hay varias por aquí. Se supone que la inundación del paisaje pantanoso las suspendió en el agua —dijo Kåre—. De hecho, el lago no siempre ha existido, se embalsó en el siglo XIX a partir de varios estanques para abastecer la ciudad de agua potable.

Hanna torció el gesto.

—¿Este caldo marrón se bebe?

Kåre negó con la cabeza.

—No, hace mucho que ya no. Pronto se descubrió que este agua contenía demasiadas

sustancias para tener la calidad suficiente. Y en 1921, al construirse una nueva central de abastecimiento de agua, se dejó de utilizar el Prestvannet como depósito de agua potable. A cambio los habitantes de Tromsø tienen ahora una zona de recreo justo al lado de casa.

—Es realmente precioso — dijo Hanna—. Qué pena que no tenga tiempo para conocer mejor la ciudad y el entorno.

—¿No habías llegado hoy por la tarde?

—Sí, pero el viaje continúa mañana. Hacia Spitsbergen.

—Entiendo, solo estás de paso.

¿Eran imaginaciones tuyas o se percibía cierta pena en su voz? La idea la conmovió. «No te hagas ilusiones —la reprendió su severa voz interior—. ¡Disfruta de esta noche tan agradable y se acabó!»

—Spitsbergen te gustará —dijo Kåre—. Tiene un encanto muy particular.

—¿Así que ya has estado allí? Kåre asintió.

—Varias veces, de hecho. Y cada vez me vuelve a cautivar. Se podría decir que estoy

enganchado a Svalbard.

Hanna sonrió.

—Ahora tengo aún más curiosidad. Nunca antes he llegado tan al norte. Hasta ahora he viajado más bien por regiones meridionales. Aún no conozco nada del Ártico. Será una experiencia muy especial.

Kåre asintió.

—Desde luego. ¿Harás un crucero o has contratado un *tour* allí?

—Ni lo uno ni lo otro —respondió Hanna—. Me daré una vuelta por allí por mi cuenta. Trabajo para una revista

femenina y tengo que escribir un reportaje.

Kåre frunció el ceño.

—Perdona, no quiero meterme donde no me llaman. Pero ya sabes que en Spitsbergen hay pocas zonas por las que puedes moverte sin autorización, ¿verdad? Ya solo la cantidad de osos polares hace que sea muy peligroso salir de las poblaciones.

Hanna apretó los labios. Qué vergüenza. Seguro que la consideraba completamente irreflexiva y nada profesional.

—Eh, sí, lo sé... De todos

modos es más bien una visita relámpago. La editorial solo me ha reservado dos noches en Longyearbyen.

Mientras lo decía se dio cuenta de lo absurdo que sonaba. La euforia por volver a viajar por trabajo había hecho que no se planteara si una estancia tan breve tenía sentido. Desde luego sería difícil que entregara un reportaje fundamentado. Era evidente que ese no era el motivo principal por el que la habían enviado allí. Contuvo un suspiro y expresó lo que

empezaba a sospechar:

—Creo que sobre todo se trata de que haga fotos.

—Entiendo, para que la editorial posea los derechos de imagen y no tenga que comprarlas a un precio muy alto —dijo Kåre.

—Exacto. Debo reconocer que acabo de darme cuenta. La verdad es que acepté el encargo de manera muy espontánea de una compañera que se había puesto enferma —explicó Hanna. Se encogió de hombros—. Las cosas han cambiado en los últimos años. Con mi

antiguo redactor jefe esto no habría pasado.

Kåre la miró interrogante.

—Lo que él pretendía era ofrecer a las lectoras algo especial más allá de las recomendaciones de viaje habituales y los típicos reportajes. Me temo que ese lema ya solo existe sobre el papel.

—Bueno, hoy en día no es fácil, ahora que cualquiera puede colgar sus reportajes de viajes en internet y que los turoperadores se pisotean unos a otros —comentó Kåre y le

sonrió—. Hazlo lo mejor que puedas. Y sí que podrás hacer cosas —continuó—. Podrías coger un barco por el fiordo de Is. Y quizá combinarlo con una pequeña excursión. O un *tour* en trineo de perros.

—¿Trineo de perros? —preguntó Hanna—. ¿Habrá suficiente nieve para eso?

—No, en los valles seguro que no. Por eso en verano se ponen ruedas a los trineos. No es lo mismo que deslizarse a toda velocidad por las llanuras nevadas en invierno, pero de todos modos es una experiencia

genial.

—Ya lo estoy viendo. El tiempo se me va a pasar volando —afirmó Hanna.

—Sí, pero como allí no oscurece nunca, también se pueden hacer excursiones nocturnas —respondió Kåre—. Hay agencias que organizan *trips* de lo más variado. Por ejemplo, Spitsbergen Adventures. Esta también ofrece visitas guiadas en alemán, de hecho la dueña es alemana.

—Qué suerte haberte encontrado —se le escapó a Hanna.

Kåre la observó divertido.

—Eh..., quiero decir, por lo bien que conoces la zona y los buenos consejos que me das.

—Ya sé a qué te referías.

La miró a los ojos. No, no eran imaginaciones suyas. No era una mirada neutra.

Hanna disimuló su vergüenza y dijo rápidamente:

—Ya que estamos, seguro que sabes dónde se come bien.

—¿Dónde te alojas?

—En el Basecamp Trapper's Hotel —respondió Hanna.

—Ah, sí, el «hotel de los tramperos». Es muy céntrico. Y

justo al lado está el Kroa. Es un bar agradable que sirve una pizza buenísima. Y si buscas una cafetería confortable durante el día, te recomiendo el Fruene. Está en el Lompensenter, en el que hay varias tiendas y una biblioteca.

—Genial, te lo agradezco mucho —dijo Hanna—. En realidad deberías ser tú quien escribiera el artículo. Así mis lectoras se enterarían de muchas cosas interesantes sobre el lugar.

—Bueno, escribir no se me da muy bien —dijo Kåre e hizo un gesto de rechazo con la mano

— . Y, créeme, seguro que harás fotos preciosas. El entorno de Longyearbyen ofrece imágenes impresionantes.

— De todas formas tengo mala conciencia — dijo Hanna—. Me siento una estafadora.

— ¿Por qué? No tendrás que inventarte nada o afirmar haber visto o vivido algo que no sea cierto, ¿verdad?

— No, eso no. Pero de lo que tengo miedo es de volver con un artículo de lo más corriente que ni siquiera valga el papel en el que se imprima.

— Eso no pasará — dijo Kåre

—. Eres una persona abierta, interesada y sensible; verás este archipiélago de encanto árido desde un punto de vista especial. Estoy completamente seguro de ello.

Hanna sintió que se sonrojaba. A pesar de que era imposible que Kåre supiera si era una buena periodista, tenía la impresión de que no le hacía cumplidos vacíos, sino que de verdad lo pensaba.

— Gracias — dijo en voz baja.

21

*Vapor de pasajeros Komet, de
la compañía HAPAG, junio de
1907*

La mañana del quinto día a bordo del *Komet*, Emilie apenas pudo probar bocado en el desayuno. En algo menos de una hora desembarcaría en Tromsø y emprendería una

aventura que, ahora que era inminente, le revolvía el estómago. La ilusión que sentía por lo que experimentaría las próximas semanas, que no sería comparable a nada de lo que había vivido hasta entonces, se mezclaba con el miedo que le producía su propio valor. Removía en el plato su tortilla de hierbas con setas frescas y habría dado lo que fuera por continuar viajando en el crucero con los demás pasajeros hacia el norte hasta Hammerfest, desde allí hacia Spitsbergen pasando por la isla

del Oso, y finalmente regresar a la costa occidental de Noruega. La idea de navegar por el océano Ártico en buena compañía y en un ambiente confortable era tentadora.

Al principio del viaje, lo que más preocupaba a Emilie era que la desenmascararan. Al sentirse cada día más segura en su papel y no tener que comprobar que cada palabra o cada gesto resultaran lo bastante masculinos, ahora sentía miedo de no estar a la altura de las exigencias de una estancia en la naturaleza. La confianza

despreocupada con la que había tranquilizado a su hermano se había derretido como la nieve bajo el sol de primavera. El estómago de Emilie se encogía solo de pensar que tendría que llevar a cabo la higiene del mes lejos de adelantos de la civilización como los inodoros o los lavabos con pestillo. Con un poco de suerte su ciclo se alargaría; así había sucedido un par de veces en el pasado cuando había estado de viaje. Pero no podía contar con ello.

Escuchó con un atisbo de envidia la discusión del

matrimonio Bühring, que no se decidía sobre la estancia en Tromsø. Un ritual que se había repetido antes de cada parada. Mientras que la esposa quería pasear por la ciudad y echar un vistazo a las pieles de los comerciantes locales, a su marido le apetecía más una excursión por la zona. Sus hijos seguían disgustados la acalorada conversación, sobre todo Erna estaba visiblemente avergonzada de que sus padres estuvieran causando escándalo en las mesas contiguas.

— Si me permiten —

interrumpió Beat Späni la disputa—. Estoy seguro de que podrán hacer lo uno sin tener que renunciar a lo otro.

Insinuó una reverencia hacia la señora Bühring, que lo observaba indignada por su intromisión.

—Tienen todo el día, el barco no zarpa hasta la noche. Y con este tiempo tan espléndido no deberían dejar pasar la oportunidad de hacer una escapada a la naturaleza. —Se volvió hacia Emilie—. ¿Podría pedirle una vez más que nos lea de su guía de viajes? Así los

señores podrán hacerse una idea de lo que les espera.

Le guiñó un ojo de forma prácticamente imperceptible. Emilie asintió y sonrió admirada de la maniobra que Beat Späni había empleado ya repetidas veces en los últimos días para mediar en las discusiones del matrimonio. Enseguida había advertido que la esposa del comerciante consideraba la guía Meyer una suerte de árbitro en cuyas recomendaciones confiaba ciegamente.

Emilie sacó el librito del

bolsillo, buscó el apartado sobre Tromsø, se saltó los datos sobre la población y la información más árida, y leyó en voz alta:

El trazado de la ciudad es regular y solo en el puerto presenta callejones estrechos y antiguos; la calle principal es Storgade, que se extiende de sur a norte. Al sur de la ciudad, la catedral de madera; en la plaza del mercado, el

ayuntamiento y una pequeña iglesia católica. Hacia el sur, en lo alto, el Museo de Tromsø (entrada 50 øre), en la planta baja las ciencias naturales, en el primer piso la colección etnográfica (objetos lapones) y arqueológica. Delante del edificio instalaciones de plantas árticas.

*Excursión al
asentamiento lapón.*

Con bote a motor o de remos en 5 o 10 minutos por el estrecho de Tromsø, que forma el puerto, hasta Stortennøes, en el continente situado en la orilla opuesta oriental. Aquí desemboca el Tromsdal, en el que varias familias laponas suecas de Karesuando se instalan cada año.

El camino atraviesa un bosque de abedules y conduce a un valle en el que enseguida se divisa el

campamento lapón con sus tiendas o cabañas (*grammer*) y rebaños de renos de 3.000 a 4.000 cabezas, algunas de las cuales se capturan con un lazo y se reúnen para los visitantes. Los lapones también venden objetos de artesanía.

Emilie se detuvo, se saltó el último párrafo, que de nuevo podía dar lugar a diferencias de opiniones, y prosiguió:

Sin embargo, se puede observar que la cultura de los lapones está venida a menos debido al contacto con el público. Si dispone de tiempo y está interesado en este extraño pueblo, es preferible hacer una excursión al campamento de Sundlien, donde la vida y la actividad conserva una mayor autenticidad.

— Muchas gracias — dijo Beat Späni y se dirigió a la señora

Bühning—. Como puede ver, señora, después de una visita a los lapones tendrá tiempo de sobra para ir a tiendas, recorrer la ciudad y coger fuerzas en un café.

Fridolin se echó hacia delante en su silla.

—Oh, vayamos a ver a los nativos, por favor. Un compañero de clase estuvo hace poco con sus padres en una exposición etnológica de Hagenbeck,⁵ en la que también había una familia lapona. ¡Se quedará de piedra cuando le cuente que los he visto en su

hábitat natural!

Emilie lo miró divertida. La lectura de las historias de aventuras de Karl May parecía haber dado alas a la imaginación de Fridolin. ¿Creería que los lapones eran una especie de tribu india que veneraba a dioses paganos y a la que los rostros pálidos debían acercarse con cuidado? Se imaginó al comerciante y a su esposa atados a un poste de tortura, con los salvajes bailando a su alrededor, mientras Erna estaba a punto de ser casada con el hijo del jefe, algo que Fridolin

evitaba en el último momento llegando a galope sobre un impetuoso corcel y...

Su hermana interrumpió la visión preguntando:

—¿Puedo confiar en que nos acompañará?

Antes de que Emilie pudiera responder, su madre siseó:

—¡Erna! ¡Compórtate!

Las palabras coincidieron con una pausa en la conversación y se oyeron claramente. Erna se sonrojó y ocultó la cara tras su servilleta. El gesto de la esposa del comerciante se petrificó. Se inclinó sobre su plato, se

concentró en untar mermelada en una de las mitades de un bollito con mantequilla y evitó la mirada de su marido, que la observaba con desaprobación.

Una vez más fue Beat Späni quien salvó la situación.

—Me temo que el señor estudioso y yo no les acompañaremos. Y personalmente lo lamento mucho. Pero a nosotros en Tromsø se nos acaba el tiempo de ocio y nuestras respectivas obligaciones nos llaman al Ártico. No es cierto, ¿mi joven amigo? —dijo y le dio una

palmadita en el hombro a Emilie.

Esta puso un gesto serio y asintió. Para Erna Bühring, lo mejor, sin duda, era que Max Berghoff abandonara el grupo. La muchacha corría el riesgo de perder la cabeza sin remedio por el supuesto estudiante. Desde su primer encuentro, había aprovechado cualquier oportunidad de escapar de la vigilancia de sus padres y acercarse a Emilie; lo había logrado sobre todo en las excursiones a tierra, en las que habían visitado el glaciar de

Buabræ en Odde, la ciudad portuaria de Molde con su imponente jardín de rosas, el extenso paisaje boscoso de Romsdal y la catedral de Trondheim. Al cruzar el círculo polar ártico, un acontecimiento que se había celebrado con un cañonazo y un brindis con champán, le había susurrado a Emilie ruborizada: «Estoy muy feliz de poder vivir a su lado este momento tan especial», y se las había apañado para que estuvieran uno junto al otro cuando el fotógrafo de a bordo les había hecho colocarse para la

fotografía de grupo.

Mientras su padre no parecía tener nada en contra de que su hija le hubiera tomado el gusto a Max —después de averiguar que provenía de una familia adinerada de fabricantes—, la esposa del comerciante probablemente tuviera un mejor partido en mente para Erna. O la consideraba demasiado joven para el matrimonio. En cualquier caso había observado los intentos de acercamiento de su hija con creciente recelo y los había impedido en la medida de lo

posible. Emilie no se lo tomaba a mal. Su madre no habría actuado de manera diferente. Al fin y al cabo de una madre responsable se esperaba que impidiera a su hija caer en la infelicidad y perder el honor, y con él la perspectiva de una buena posición en la sociedad. Emilie sentía compasión por Erna. Al mismo tiempo su ejemplo hacía que fuera realmente consciente de hasta qué punto su propia vida también estaba determinada por otros.

Empujó su silla hacia atrás,

saludó con la cabeza a todos y dijo:

—Les ruego que me disculpen, aún debo terminar de preparar las maletas.

Antes de ir a su camarote, hizo una escapada a la proa. El *Komet* había dejado atrás el cinturón de islotes de la costa y se adentraba en el estrecho que separaba el continente de la isla sobre la que estaba construida Tromsø. A pesar de que Emilie sabía que la ciudad, de siete mil habitantes, era la mayor de la zona ártica y el punto central de un intenso tráfico comercial y

marítimo, le sorprendió la imponente silueta que dibujaba. Los almacenes, las fábricas de pescado, los astilleros y otros edificios del puerto estaban contruidos sobre altos postes, que, dependiendo de las mareas, estaban más o menos cubiertos por el agua. Detrás Emilie distinguió viviendas y edificios comerciales de una o dos plantas, entre las que destacaban varias iglesias y otras grandes construcciones como la sede episcopal, el colegio y una escuela de profesores.

En el puerto, además de

vapores de mercancías y veleros de diferentes nacionalidades, había ancladas varias embarcaciones pesqueras y barcos de caza equipados para la captura de morsas, focas y ballenas. El viento traía el olor sulfuroso de la pez con la que se impermeabilizaban los barcos y del aceite de pescado de las factorías en las que se elaboraba.

Cuando la orquesta de a bordo se presentó en la cubierta de paseo para acompañar la entrada del *Komet* en el puerto con las notas del himno

noruego, Emilie se dirigió apresurada a su camarote. Mientras guardaba en la maleta las últimas prendas de ropa, libros y artículos de aseo, la mayoría de pasajeros se reunió ante el gran salón, en el que varios camareros clasificaban las cartas y paquetes que la oficina de correos de Tromsø había preparado para ellos y que un mensajero había traído en bote. Ansiosos por tener noticias de aquellos que se habían quedado en casa, de los que no sabían nada desde hacía casi una semana, los viajeros esperaban

impacientes el reparto del correo. Emilie pidió a un camarero que su equipaje se llevara a tierra, al Grand Hôtel, y se unió a los que esperaban.

Pocos minutos después tenía en las manos un sobre dirigido a Max Berghoff con matasellos de Danzig. Se dirigió por última vez a su refugio en el puente con el corazón latiéndole con fuerza para leer la carta con tranquilidad. Se sentó sobre el cabo enrollado tras «su» bote salvavidas, abrió el sobre y sacó varias postales que mostraban los diferentes

edificios y calles de la antigua ciudad hanseática. A Emilie se le hizo un nudo en la garganta al ver la caligrafía arqueada de Fanny. De pronto se sintió sola y perdida. Recordó la canción que decía: «Si fuera un pajarillo / y tuviera dos alas / volaría hacia ti.» Cómo le habría gustado en ese momento estar sentada frente a su tía, contarle sus miedos y desahogarse, y que ella la animara. Parpadeó para no llorar y se enfrascó en las palabras de Fanny.

Danzig, 3 de junio de 1907

Querido Max:

Ayer por la noche llegamos a Danzig con un sol radiante y tomamos un coche de punto sin capota por las calles de la ciudad, para hacernos una primera idea de la ciudad. Fue como un viaje a la Edad Media. De manera similar a Colonia, lo primero que llama la atención aquí es una imponente construcción sacra, la iglesia de Santa María. En torno a ella,

angostos callejones
adoquinados
flanqueados por casas
estrechas con frontón.
Hay innumerables
iglesias y monasterios,
oficinas comerciales y
almacenes, y restos de la
antigua fortaleza de la
ciudad en forma de
portones de defensa con
torreones y almenas. Los
edificios nuevos, como
bancos, tiendas, escuelas
y la estación, también se
han levantado en estilo
gótico o renacentista en

aras de la armonía
arquitectónica, y
recuerdan a castillos,
catedrales y palacios.
(Las postales deberían
darte una ligera idea de
ello.)

Tu hermana está bien y
te manda saludos. Es una
acompañante muy
agradable y me alegro de
tener por fin la
oportunidad de
conocerla.

¿Cómo te irá allí arriba,
en el remoto norte?
Cuando leas mi carta

habrás llegado al punto de partida de la expedición, y posiblemente ya hayas conocido a los compañeros con los que pasarás las próximas semanas. Espero que estés bien rodeado y que todo vaya bien. Ten cuidado y ¡no corras ningún riesgo innecesario!

Emilie se detuvo. La preocupación que expresaban estas palabras era prácticamente

palpable. Le sentó bien saber que alguien se preocupaba por ella. Al mismo tiempo sintió un atisbo de enfado. ¿Tan despreocupada e irreflexiva la consideraba Fanny, que creía tener que advertirle constantemente? Tensó los hombros y siguió leyendo.

Ay, lo he hecho, te he importunado con mis miedos de gallina clueca. Y eso que me había propuesto controlarme. Al fin y al cabo no sirve de nada. En el peor de

los casos, haré que te sientas más inseguro, y eso es ciertamente lo último que querría. Me siento un poco como si observara a un acróbata que se balancea sobre la cuerda floja sin red. Si tropieza y amenaza con precipitarse al vacío, el espectador está condenado a mirar sin la oportunidad de intervenir y ayudar. Lo cierto es que en lo más profundo de mí sé que lo harás muy bien. ¡Así que

perdona los arrebatos temerosos de tu vieja tía y disfruta de este viaje tan insólito!

Seguramente mi próxima carta te llegue cuando ya hayas regresado del océano Ártico. Sin embargo, mis pensamientos estarán siempre contigo, y te envío un abrazo muy fuerte,

Tu FANNY

Emilie volvió a meter las postales en el sobre y se disculpó en silencio con su tía. Probablemente a ella le sucedería lo mismo si estuviera en su lugar. Le bastaba con recordar lo mucho que se había preocupado por Max cuando él había emprendido este viaje. Al pensar en lo que había estado a punto de hacer, se estremeció. Apartó rápidamente el recuerdo de la escena en los acantilados de creta y se dispuso a buscar a Beat Späni, con el que había quedado para acudir juntos al punto de encuentro de los

miembros de la expedición en el Grand Hôtel.

Tras despedirse de la familia Bühring, hicieron que les llevaran al puerto en una lancha de vapor y se abrieron paso desde el embarcadero hacia la calle principal a través de callejones estrechos bordeados por las viviendas de los pescadores, los trabajadores del puerto y los empleados de las fábricas de aceite de pescado y los astilleros. Los tejados vegetales de las cabañas verdecían y florecían, y Emilie vio muchas escaleras que

asomaban de las claraboyas.

Para dominar su creciente nerviosismo, inició una conversación con su acompañante. Señaló una de las escaleras y preguntó:

— ¿Sabe para qué sirven?

Beat Späni asintió.

— Su objetivo es posibilitar la huida de los habitantes de la casa en caso de que se declare un incendio. En estos edificios de madera sucede a menudo, no solo en Tromsø.

— Cierto, hace un par de años hubo un gran incendio en Ålesund — dijo Emilie.

Aún recordaba perfectamente las noticias en los periódicos. La catástrofe había destruido más de ochocientas casas en pocas horas, y a diez mil personas les había arrebatado todas sus posesiones. De puro milagro solamente había muerto una señora mayor. Pero ese no era el único motivo por el que el suceso había causado sensación en la prensa alemana, sino también por la generosa ayuda que había prestado el emperador Guillermo II. Al enterarse del incendio, envió de inmediato cuatro buques de la

Marina Imperial con material de construcción, medicamentos, alimentos y mantas de lana, todo ello financiado con su patrimonio personal.

Beat Späni señaló un aparato sujeto al poste de una farola.

—Por eso también hay tantas alarmas. Esperemos que ahora que la iluminación eléctrica se ha extendido por las ciudades y hay menos fuegos abiertos, no sean tan necesarias.

Entretanto habían cruzado Storgata y habían girado en Grønngata, que cruzaba la ciudad en paralelo a la orilla, al

igual que la calle principal. A derecha e izquierda de la vía sin adoquinar había aceras desde las que unas escaleras de madera conducían a las puertas de las casas bajas. Detrás de la mayoría de ellas había pequeños jardines, que a Emilie le parecieron abandonados. Al parecer los vecinos de Tromsø tenían predilección por el perejil gigante siberiano, una umbelífera originaria del Cáucaso. Los arbustos de dos a tres metros crecían por todas partes y no daban a las demás flores ninguna oportunidad.

Mientras Emilie aún se preguntaba sorprendida por qué sentían allí tanto entusiasmo por aquella planta venenosa, que podía provocar desde graves irritaciones en la piel hasta quemaduras con solo tocarla, Beat Späni exclamó:

—Bueno, aquí estamos. —Y se encaminó hacia un edificio de dos plantas situado entre Strandskillet y la calle principal. Los voladizos, las buhardillas y los marcos de ventanas y balcones adornados con tallas le recordaron a Emilie las villas de estilo suizo tan populares en las

localidades costeras y balnearios de Alemania.

»Este es nuestro hotel — prosiguió Beat Späni.

Emilie sintió que su corazón se aceleraba. «Ahora va en serio — pensó—. A partir de ahora no hay vuelta atrás.» Se obligó a respirar tranquilamente.

Beat Späni estaba radiante.

— ¡Como en casa! Un auténtico *chalet* — dijo acentuando la primera sílaba de la palabra. Señaló las banderas noruegas que ondeaban en el tejado—. Solo falta nuestra cruz confederada... — Se detuvo y

miró fijamente hacia la puerta, en la que acababa de aparecer un hombre imponente. Estaba muy moreno, llevaba barba y los rizos de pelo rubio le rodeaban la cara angulosa—. ¡No me lo creo! ¡Pero si es Guillermo Tell, igualito a como sale en el libro! —exclamó Beat Späni dando una palmada.

Emilie sacudió involuntariamente la cabeza. Para ella, aquel hombre, que según sus cálculos rondaría los treinta años, parecía la reencarnación de un jefe vikingo. Esa impresión no la

causaban tanto su corpulencia, sus ojos azul grisáceo o su cabello ajado por el sol, como el aire que irradiaba. De él emanaba cierta tenebrosidad que hizo temblar a Emilie.

22

Spitsbergen, julio de 2013

El sábado por la tarde Hanna estaba sentada en el avión chárter de una pequeña compañía aérea, que había hecho escala en Tromsø en su vuelo entre Fráncfort y Spitsbergen para repostar y había aprovechado para aceptar

a bordo a otros dos pasajeros además de ella. Solo veinticuatro horas atrás Hanna se había felicitado por ese arreglo, que le permitía proseguir sin demora el viaje a su destino. Ahora se arrepentía de no haber cogido el vuelo regular de la compañía noruega SAS, que despegaba hacia el Ártico todos los días poco antes de las siete de la tarde. Es lo que Kåre había supuesto que haría. Al acompañarla hacia medianoche al hotel, le había propuesto recogerla después de desayunar para hacer una

excursión por la zona, y no había ocultado su decepción al saber que no sería posible. Como Hanna volaría sin escalas de vuelta a Oslo, tampoco podrían volver a verse entonces.

Hanna se acurrucó en su asiento y miró por la ventanilla. El buen tiempo de la tarde anterior había aguantado. Bajo ella relucía la superficie azul intenso del mar, que se extendía hacia el infinito y se difuminaba con el cielo en el horizonte; al igual que los días, que en aquella claridad eterna se sucedían sin interrupción.

Hanna apenas había dormido, se sentía agotada físicamente y al mismo tiempo estaba muy alterada. Cerró los ojos y repasó las horas que había estado con Kåre. No podía olvidar la mirada con la que se había despedido de ella. Por un momento había creído que la estrecharía entre sus brazos. Para su sorpresa había sentido una punzada cuando él, después de un minúsculo titubeo, le había tendido la mano y la había estrechado firmemente.

«Puede que todo hayan sido

imaginaciones tuyas —le reprendió su crítica interior—. No, no lo han sido —la contradijo—. Bueno, pero no deberías darle más importancia de la que tiene. No lo estoy haciendo. Pero ha sido maravilloso volver a sentirme apreciada como mujer por fin.» Hanna sonrió y sintió el agradable cosquilleo que se extendía por su estómago.

Varios clics la sacaron de su ensimismamiento. Abrió los ojos. La mayoría de los pasajeros del pequeño avión habían sacado sus móviles,

smartphones o cámaras, se inclinaban hacia las ventanillas y sacaban fotos. Bajo ellos había una isla triangular cuya abrupta costa estaba formada por acantilados. Parecía árida y rocosa, solo los numerosos lagos y ríos variaban el paisaje. La voz del capitán de vuelo resonó por los altavoces:

—Estamos sobrevolando la isla del Oso, que se encuentra aproximadamente a medio camino entre el continente y Spitsbergen. A pesar de encontrarse a más de doscientos kilómetros de distancia, la isla

pertenece a Svalbard, que significa «costa fría». Ese es, por cierto, el nombre correcto en noruego y proviene de la época de los vikingos, que fueron los primeros seres humanos en llegar a este lugar con sus dragas en el siglo XII. La isla principal se llama Spitsbergen, bautizada así por el holandés Willem Barents, que en 1596, en su búsqueda de una travesía por el noroeste en dirección a Asia, pasó con su velero junto a esta isla formada por innumerables picos escarpados, que en holandés

dieron lugar al nombre.

Media hora más tarde emergieron de la inmensidad del mar de Barents las estribaciones del archipiélago. Hanna se quedó sin aliento. Contempló fascinada por la ventanilla el paisaje que se extendía bajo ella. La costa se alzaba en su mayor parte directamente desde el agua en acantilados, atravesados por fiordos en cuyos extremos desembocaban enormes glaciares que se habían abierto paso desde las montañas del interior hasta el mar. Los

pliegues y las ondulaciones de algunas de las cordilleras nevadas le recordaron a Hanna a las dunas de arena de los desiertos de África.

Un desierto helado. Los dominios de la Reina de las Nieves, pensó, y se vio a sí misma sentada en un sofá entre Mia y Lukas con el viejo libro de cuentos del danés Hans Christian Andersen sobre las rodillas, del que ya su abuela le había leído cuando aún era una niña pequeña. Sus hijos también adoraban las historias de la sirenita, de Pulgarcito o

del firme soldadito de plomo, pero la que más los fascinaba era el de Gerda en busca de su amigo Kay, secuestrado por la despiadada Reina de las Nieves en su palacio en el remoto norte.

Hanna despertó de su ensoñación, sacó su cámara de la mochila, que prefería a un bolso en los viajes, e inmortalizó sus primeras impresiones del archipiélago. Quince minutos después el capitán anunció que iniciaban el vuelo de aproximación al aeropuerto de Longyearbyen

— que él pronunció «lungyebien» —, donde les esperaba una temperatura de apenas tres grados centígrados sobre cero y un viento suave. El aeropuerto estaba situado justo al borde del fiordo de Is, junto a un camping muy concurrido.

Cuando Hanna se dirigió hacia la terminal por la pista con los demás pasajeros, se alegró de haber sacado de la maleta su anorak forrado antes de despegar. El aire era tan frío y tan limpio, que tenía la impresión de únicamente tener que extender la mano para

poder tocar las rocas de la orilla opuesta. Le resultaba imposible calcular distancias. No habría sabido decir qué anchura tenía el fiordo o cuántos kilómetros habría que recorrer para llegar a las montañas.

Lo primero que le llamó la atención en el vestíbulo de llegadas fue un oso polar disecado que saludaba a los viajeros en medio de la cinta de equipajes. El tamaño y la belleza del animal impresionaron a Hanna, al tiempo que la intimidaron. Encontrarse con un ejemplar

tan imponente en libertad era una experiencia que solo quería vivir a una gran distancia. Supuso que no habían colocado al oso allí por casualidad. Probablemente el objetivo era demostrar a los turistas que la prohibición de desplazarse fuera de las poblaciones sin arma de fuego y un permiso estaba justificada.

En el aparcamiento, Hanna se detuvo un momento ante una señal y fotografió los letreros en los que se indicaba la distancia a ciudades de todo el mundo. A Hamburgo había

2.743 kilómetros, su casa estaba otros seiscientos kilómetros más al sur.

«¿Mi casa? — se preguntó Hanna—. No, sería mi casa si hubiera allí alguien que me estuviera esperando y se alegrara cuando regresara. ¿Dónde estará Thorsten ahora?» Según el breve e-mail que le había enviado a su hija, posiblemente aún de camino a Sudáfrica. «Casi tan lejos de aquí como Bolivia, donde Lukas en este momento estará despertándose», pensó Hanna. Por un instante creyó sentir el

olor de su hijo y la presión de sus brazos, con los que a veces la rodeaba inesperadamente y le decía: «Ay, mamá, ¡es que eres la mejor!» Hanna contuvo un suspiro y se sacudió de encima el asomo de nostalgia por sus hijos y melancolía por el repentino final de su matrimonio.

Un bus lanzadera la llevó al centro de la localidad en la margen oriental del río Adventselva, que también daba nombre al valle en el que se había levantado el antiguo pueblo minero. En 1906 el

empresario americano John Munroe Longyear había abierto la primera mina, y con ella había inaugurado la época de la extracción hullera en la isla. Por lo que Hanna sabía, ya solo quedaban unas pocas minas en activo, cuyo carbón se utilizaba sobre todo para el suministro de energía de la población local y ya no se exportaba a gran escala. Así que, mientras que cada vez menos mineros se ganaban allí la vida, el creciente turismo creaba cada vez más puestos de trabajo, al igual que el número

ascendente de centros de investigación, cuyos trabajadores y sus familias necesitaban abastecimiento, entretenimiento y formación.

Como Kåre había dicho, el Trapper's Hotel se encontraba en medio de la corta calle comercial. El nombre no engañaba. El edificio parecía una cabaña de madera de grandes dimensiones, y por dentro también estaba decorado al estilo de un refugio de caza y revestido con vigas de madera. De las paredes colgaban cornamentas de renos, pieles e

imágenes de barcos balleneros y tramperos históricos. En la recepción una joven la saludó en perfecto inglés y le pidió en primer lugar que se quitara los zapatos.

—Es una vieja costumbre de la época minera, cuando las minas aún estaba situadas en el centro del pueblo —explicó y le sonrió amablemente—. Hoy en día ya no hay tanto polvo de carbón y barro que pudiera meterse en las casas, pero seguimos haciéndolo así.

Después de recoger los datos personales de Hanna, le hizo

saber que podía reservar diferentes excursiones por la zona con el Basecamp-Team.

—Ah, qué práctico —dijo Hanna—. ¿Qué tipo de excursiones son?

La joven echó un vistazo a los datos de viaje de Hanna y comentó:

—Mañana habría la posibilidad de hacer senderismo por un glaciar. O una excursión en barco a Pyramiden, una población minera rusa abandonada. Quedan dos plazas libres. Por desgracia el *tour* a la estación de radio del

fiordo de Is y los acantilados de las aves ya está lleno. —Miró a Hanna con gesto de lamento—. Es una pena que hayas llegado demasiado tarde para las excursiones de hoy.

—Bueno, estoy segura de que en el pueblo tendré suficiente que ver por ahora. Y el programa de mañana es tentador. —Reflexionó un momento y prosiguió—. Creo que haré la excursión al pueblo ruso fantasma.

La joven asintió, anotó a Hanna en una lista y dijo:

—La salida es a las ocho y

media. —Le tendió a Hanna una llave que colgaba de un gran hueso—. Tu habitación está en el primer piso. Todas nuestras habitaciones tienen wifi, pero no televisión. Aunque no hay por qué renunciar a ella, en el salón hay un gran televisor. Y si necesitas un secador de pelo, puedes pedir uno.

—Muchas gracias —dijo Hanna.

—No hay de qué. Ah, sí, aquí tienes información interesante sobre Longyearbyen. —La joven le tendió un folleto—. Y

si tienes preguntas puedes dirigirte en cualquier momento a mí o a mis compañeros.

Hanna le dio las gracias otra vez y subió las escaleras. Enseguida se sintió a gusto en la pequeña habitación, visiblemente decorada al detalle con cariño y diferente de las habitaciones estandarizadas de las cadenas hoteleras internacionales, cuya impersonalidad estéril siempre causaba rechazo a Hanna. La pared tras la cama estaba cubierta con sacos descosidos que en su día se habían

utilizado para transportar café de Brasil por mar. En lugar de un armario, varias cajas de fruta atornilladas a la pared ofrecían espacio para guardar ropa y otros objetos. La decoración la completaban una mesa con una placa de pizarra, un banco estrecho y dos taburetes tapizados con piel de foca. El baño estaba revestido con un papel que mostraba una fotografía de un paisaje nevado iluminado por el sol.

Hanna dejó su maleta en una esquina y se sentó a la mesa frente a la ventana, que le

ofrecía una buena vista de la pequeña ciudad. La extracción de carbón había dejado huellas evidentes. Las pendientes rocosas de las montañas de los alrededores, que según sus cálculos medirían unos quinientos metros, estaban cubiertas por una capa de polvo negro, y por todas partes se veían los postes de madera de los tres teleféricos con los que en su día se transportaba el carbón.

Hanna se puso la mochila en el regazo y sacó el nuevo *smartphone* que le había dado

Mia. Había sonado mientras se registraba. No había sido una llamada, sino la señal de que había recibido un e-mail.

Querida mamá:

Espero que hayas llegado bien a tu isla helada. Lukas y yo tenemos muchíiiiisimas ganas de que nos cuentes cosas de allí. Por eso te he abierto un blog. Puedes empezar ya a publicar tus experiencias, tus sensaciones y, sobre todo, fotos. ¡Es súper

fácil, ya verás! Puedes cambiar el diseño cuando quieras, claro (en la pestaña de Ayuda del menú o en Primeros pasos). ¡Que te diviertas!

Besos, MIA

Hanna sonrió. Cuando Mia se proponía algo, era prácticamente imposible hacerla cambiar de opinión. Hanna pulsó con el dedo el enlace que le había adjuntado su hija y fue a parar a una página que llevaba por título «El blog helado de

Hanna». Echó un vistazo al menú de ayuda y le dio la razón a Mia en silencio: no parecía que hiciera falta un máster para subir textos o cargar fotos.

Dos horas más tarde estaba sentada en el Fruene Kaffe og Vinbar en el Lompensenter, un alargado edificio polivalente de dos plantas en el que, además de algunas tiendas, también se encontraban la oficina de correos y una biblioteca, y redactaba la primera publicación de su blog:

Spitsbergen

Os saludo desde el reino de los osos polares, a 78 grados de latitud, a solo 1.300 kilómetros del Polo Norte.

Acabo de dar mi primer paseo de exploración y ahora estoy —si damos crédito a la información que dan los propios dueños— en la cafetería más septentrional del mundo, y recupero fuerzas con un sándwich de cangrejo. Ante la ventana se

encuentra el enorme monumento de un minero de mirada cruda que se dirige a la mina con su pico y nos recuerda los orígenes de la ciudad.

Es extraño encontrarse en plena naturaleza prácticamente virgen con una localidad que dispone de infraestructura moderna y ofrece todas las comodidades que necesitamos o creemos necesitar las personas

hoy en día. No solo hay varios hoteles, restaurantes y bares, o tiendas donde comprar alimentos, ropa y recuerdos, sino también una oficina de correos, un banco, un cine, una piscina, una biblioteca pública, un hospital, un periódico local, una escuela, tres guarderías e incluso una universidad (!), en la que se puede estudiar biología ártica, geología, geofísica y tecnología.

Sin embargo, no podemos imaginarnos una pequeña ciudad alemana. En realidad, Longyearbyen es un conjunto de cabañas de madera, cobertizos y un par de edificios oficiales que ha crecido paulatinamente; se parece un poco a los asentamientos de las películas del Oeste. Hasta que se abrió el aeropuerto en 1975, aquí prácticamente solo vivían mineros,

cazadores y navegantes.
Me recuerda un poco a
una ciudad de
contenedores
construidos con piezas
de Lego de colores
levantada sobre zancos.
Resulta que el
permafrost impide cavar
cimientos profundos.
Por la misma razón, las
conducciones de agua se
realizan en su mayor
parte por la superficie.
La red de carreteras solo
tiene cuarenta kilómetros
de longitud y no está

conectada con ninguna de las demás poblaciones de Spitsbergen. Tanto más sorprendente es la cantidad de coches que hay aquí. Sin embargo, los principales medios de transporte son las motos de nieve y los barcos.

Longyearbyen se extiende por un valle dominado por dos glaciares. A derecha y a izquierda se alzan montañas cuyos estratos son visibles en gran medida; un paraíso para

los geólogos. Al parecer también hay muchos fósiles. Y por supuesto una gran cantidad de carbón. Que, por cierto, puede comprarse como *souvenir* en el supermercado con una etiqueta que dice: «60 millones de años de antigüedad.»

Un poco antes de Nybyen (= ciudad nueva), formada por las antiguas viviendas de los trabajadores de las minas, en las que actualmente

viven los estudiantes, la mina 2b se encuentra a unos doscientos metros de altitud, a media altura de la ladera de la montaña. En el camino que conduce a las ruinas hay clavos y herramientas rotas oxidándose con el paso del tiempo. Lo que a nosotros nos parece basura, aquí es considerado patrimonio cultural, ya que todas las huellas de asentamientos humanos anteriores a

1946 están protegidas y no pueden llevarse a ningún sitio. Aquí dan mucha importancia sobre todo a que el trato con la naturaleza sea lo más respetuoso posible.

Hanna se detuvo. Recordó la conversación que había tenido con Lukas unas noches antes de que se marchara. Su hijo había criticado apasionadamente la actitud arrogante de muchos países industrializados que explotaban, contaminaban y destruían el medio ambiente sin

escrúpulos, y cuyo único interés era su propio beneficio. ¡Vaya un contraste con la actitud responsable que se exigía en Spitsbergen! «Esto le gustaría a Lukas», pensó Hanna. Que se tuviera respeto por principio y que los habitantes no se consideraran señores o dueños de la isla, sino invitados que debían causar el menor daño posible y debían disfrutar agradecidos del grandioso paisaje, de la tranquilidad y de la belleza de la creación. Sonrió y siguió escribiendo:

1. El lema de la oficina de turismo es «No hay turistas invisibles, pero nos gustaría que intentaran serlo».
2. Por consiguiente, las normas que se facilitan a los visitantes son estas:
3. No dejes basura ni rastros en la naturaleza.
4. No molestes a los mamíferos ni a las aves. Recuerda: el huésped eres tú.
5. No recojas flores. Protege la diversidad.

6. No dañes o te lleves ningún testimonio cultural. Todas las huellas humanas anteriores a 1946 son bienes culturales protegidos.
7. Está prohibido buscar o atraer osos polares. Pueden ser muy peligrosos, pero también son sensibles.
8. No salgas de ninguna población sin una arma apropiada o experiencia con ella.
9. Ten consideración con los demás.

10. Si quieres viajar por tu cuenta, ponte en contacto con el *sysselemand* (el jefe de la administración). Es obligatorio declarar los desplazamientos por muchas zonas de Spitsbergen.
11. Familiarízate con las leyes y normas que regulan los viajes y las actividades en Spitsbergen.
12. Por tu propio interés y el del medio ambiente, recomendamos los *tours* organizados.

De esto último haré caso mañana y haré una excursión a una mina de carbón rusa abandonada.

Así que hasta mañana, *ha det bra!**

(* Que vaya bien, como dicen los noruegos.)

23

Tromsø, junio de 1907

El vikingo, como había bautizado Emilie al rubio gruñón, se apartó y dejó sitio a dos hombres que salieron tras él. Uno de ellos era unos diez centímetros más pequeño que Emilie, su cabello negro estaba encrespado y tendría unos

cuarenta años. Hablaba gesticulando vivamente dirigiéndose al otro, que tenía cara de desconcierto, negaba con la cabeza en gesto de lamento y repetía «*Sorry, I don't understand you*». Este le sacaba a su acompañante una cabeza, y sus largas extremidades y rasgos proporcionados recordaron a Emilie a un noble purasangre. Calculó que tendría alrededor de veinticinco años. Ambos llevaban chaquetas de cuero forradas, gorros de piel con orejeras y botas altas.

Beat Späni entrecerró los ojos, se les acercó, saludó con su sombrero y se dirigió a ellos en un inglés fluido:

— Señores, permítanme preguntarles: ¿también participan en la expedición a Spitsbergen?

— ¿Spitsbergen? — repitió el más pequeño —. *Sì, sì!*

Beat Späni le tendió la mano y se presentó. Emilie constató sorprendida que cambiaba al italiano sin esfuerzo alguno.

— *Sono Antonio Lancetta, meteorologo da Bologna* — dijo el italiano, y avasalló al suizo

con un torrente de palabras, visiblemente contento por poder conversar con él en su lengua materna. El otro hombre los observaba. Divertido, insinuó una sonrisa. De repente se volvió hacia Emilie.

— Soy William Lewis, ornitólogo de Newcastle, Inglaterra. ¿Y usted?

— Ehm... — Emilie carraspeó —. Max Berghoff, estudiante de Biología de Berlín, Alemania.

Su inglés estaba algo oxidado, y en sus oídos sonaba torpe. Desde el colegio apenas había tenido oportunidad de utilizar

el idioma de forma activa. En cambio sí que había leído mucho en inglés. Agradeció en silencio a su antigua profesora que animara a sus alumnas a leer en su versión original las novelas de Sir Walter Scott, Arthur Conan Doyle y las hermanas Brontë que tanto les gustaban.

Se estrecharon la mano.

— ¡Encantado! — dijo William en alemán.

— ¡Habla mi idioma! — se le escapó a Emilie—. Siempre había pensado que los ingleses... eh... — Cerró el pico y evitó la

mirada de William.

—... solo hablan inglés porque son de la opinión esnob de que, al ser la primera potencia mundial, no es necesario que aprendan ninguna otra lengua —terminó él la frase.

Su voz sonaba divertida. Emilie levantó la cabeza.

—Disculpe. Estos malditos prejuicios. A veces hablo sin pensar.

William se echó a reír.

—Oh, sabe Dios que no es usted el único. Y al fin y al cabo los prejuicios están muy

arraigados en nosotros.

—¿Y por qué habla tan bien alemán?

—Me gusta leer a los autores extranjeros en su lengua original. Y como venero a los filósofos alemanes, sentí la necesidad de aprender el idioma.

Emilie vio por el rabillo del ojo que el vikingo seguía allí cerca, se balanceaba de una pierna a otra y observaba al grupo con el ceño fruncido. Giró la cabeza hacia él y se quedó de piedra cuando sus ojos azules grisáceos se

clavaron en los suyos. William se inclinó hacia ella y murmuró:

—No se piense nada raro, Arne siempre mira así.

—¿Lo conoce?

—Conocer es mucho decir. En los últimos dos días desde luego no ha desvelado mucho de sí mismo. Y no creo que pretenda cambiar su actitud.

—¿Significa eso que pertenece a nuestro grupo? —preguntó Emilie, y, al pensarlo, una sensación desagradable se apoderó de ella.

—No realmente —respondió William—. Nos consigue un

barco, se encarga de que estemos bien equipados y de que compremos suficientes provisiones. A cambio puede viajar gratis a Spitsbergen con nosotros. Pero no sé qué se propone allí exactamente.

Cuando Emilie se volvió hacia Arne, vio que se había alejado de ellos y bajaba la calle. William se dirigió al italiano y a Beat Späni.

—Disculpen, deberíamos seguir al noruego. —Sonrió a Emilie y siguió hablando—. Quiere llevarnos a una tienda de caza para que compremos

armas.

— ¿Armas? — preguntó Emilie —. ¿Para qué las necesitamos?

Se mordió la lengua. Maldita sea, ¿habría sonado demasiado asustada? Un hombre no se habría preguntado eso. Para un hombre era evidente que una expedición a la naturaleza como aquella se aprovechaba para cazar animales poco comunes y así impresionar después a sus seres queridos con el botín obtenido por uno mismo. Sintió un escalofrío al recordar la villa de un matrimonio amigo de sus padres que parecía la

sección africana del Museo de Historia Natural. Leones y leopardos disecados, cornamentas y cuernos de diferentes tipos de antílopes y búfalos, y media docena de colmillos de elefante eran prueba de los numerosos safaris en los que había participado el señor de la casa. Emilie se alegraba de tener que reunir solo plantas, fósiles, insectos y pequeños seres vivos marinos. No había querido pensar que otros miembros de la expedición polar pretendieran llevarse animales mayores.

Ojalá no esperaran que ella participara en las partidas de caza.

—Bueno, principalmente para nuestra seguridad, supongo — respondió William—. En Spitsbergen hay muchos osos polares. Y con ellos no se puede bromear.

—Por supuesto, qué estupidez por mi parte —dijo Emilie.

—Debo admitir que a mí esto tampoco se me explicó muy claramente —comentó William—. Pero es mejor enfrentarse a un oso polar con un arma de

gran calibre. No creo que llegara muy lejos con mi escopeta de perdigones.

Emilie gruñó algo que podía interpretarse como un asentimiento y contuvo la pregunta de qué se proponía con la escopeta de perdigones. Parecía que William le leía el pensamiento. Con un leve encogimiento de hombros, añadió:

—Seguro que un pato o un reno recién cazados nos vienen bien de vez en cuando para variar el menú.

Emilie se dio cuenta de que la

examinaba con la mirada. No, esta vez no mostraría sus puntos débiles.

—Desde luego. Y, además, ¿hay algo mejor que salir de caza de madrugada? —dijo Emilie y entonó a media voz la primera estrofa de una famosa canción de caza—:

*No hay mayor
satisfacción
que la del bosque y la
pradera
porque soy un cazador.*

Los ojos de William se iluminaron.

— ¡No podría estar más de acuerdo!

Emilie le devolvió la sonrisa y dijo:

— Aquel que niega que el amor y la caza sean pasiones afines nunca ha cazado.

William silbó entre dientes.

— ¡Conoce a Oscar Wilde! ¡Es mi escritor preferido!

— Yo también lo aprecio mucho — dijo Emilie, y estrechó la mano que le tendía William.

Entretanto el pequeño grupo

había girado hacia la calle principal, en la que reinaba una gran actividad. Emilie no había esperado ver a tantas damas vestidas a la moda. En su imaginación, Tromsø estaba tomada por aventureros audaces, curtidos marineros y balleneros; una idea inspirada por los reportajes que se publicaban de vez en cuando en *Gartenlaube* sobre los intentos de alcanzar el Polo Norte o descubrir nuevas rutas hacia el océano Ártico. En ellos, aquella localidad se describía a menudo como «la puerta al océano

Glacial». Entonces recordó que a la mayor ciudad de la región fría también se le había otorgado el título de «la París del norte». Gracias a las conexiones comerciales con todo el mundo y, en consecuencia, a la creciente prosperidad de los comerciantes, los dueños de las fábricas de aceite de pescado y los constructores de barcos, en las últimas décadas se había ido adoptando un estilo de vida más cosmopolita, que no solo se reflejaba en las magníficas fachadas de las casas de madera,

sino también en la educación de sus habitantes.

Arne se detuvo delante de una tienda en cuyo escaparate se exponían armas, navajas, trampas, anzuelos, arpones y otros objetos con los que era posible atacar o capturar todo tipo de animales de agua, aire o tierra.

—Aquí es donde tienen la mejor selección —dijo, y abrió la puerta de golpe.

Era la primera vez que Emilie lo oía hablar. Su voz era más aguda de lo que había supuesto. Un tono bajo y gruñón habría

completado mejor la imagen de vikingo. La segunda sorpresa fue que dominara su idioma. Casi estaba un poco decepcionada, el aura de hombre del norte impenetrable se le había venido un poco abajo. «No seas tonta — se reprendió—. ¿Acaso esperabas que hablara nórdico antiguo? Lo asombroso habría sido que no supiera alemán. Al fin y al cabo es la primera lengua extranjera en los colegios noruegos. Y muchos de los alumnos que se gradúan aquí van a estudiar a Alemania.»

Siguió a Arne y a los demás dentro de la tienda. La campanilla de la entrada atrajo de un cuarto trasero a un hombre mayor que los saludó con una sonrisa amable. Escuchó con la cabeza ladeada las palabras de Arne, que le explicó en noruego lo que necesitaban aquellos forasteros. Cuando este hubo terminado, el vendedor se dirigió a ellos y dijo en alemán:

— Los rifles de repetición son especialmente apropiados para cazar osos polares y morsas.

Abrió un armario y sacó un

arma sobre la que había montado un telescopio. Se la tendió a Emilie, que estaba justo a su lado.

— Compruebe usted mismo lo cómoda que es.

Emilie vaciló en coger el arma. Se preguntó nerviosa qué habría hecho en esa situación su hermano Max. No tenía ni idea. Posiblemente se hubiera sentido tan desconcertado como ella. Por lo que ella sabía, no tenía ni idea de armas. Empezó a sentir pánico. «Te estás planteando la pregunta equivocada. No pienses qué

haría Max. ¿Cómo se comportaría Friedrich en esta situación?»

Abrió un poco más las piernas, cogió el arma, la sopesó con gesto pensativo, la encaró brevemente, la bajó de nuevo, recorrió con el pulgar una K con una corona grabada en el cañón y se oyó decir a sí misma con el estilo escueto de su hermano mayor:

— Ah, un fusil Krag-Jørgensen. El arma reglamentaria de los ejércitos noruego, danés y americano. Depósito de cinco cartuchos.

Inconveniente: solo puede recargarse individualmente.

Ventaja: puede recargarse también con el cerrojo cerrado.

Porque el depósito es lateral en lugar de estar en la parte inferior, como por ejemplo en el Mauser G 98, que es el que utiliza nuestro ejército.

A medida que hablaba, tenía la impresión de que Friedrich estuviera tras ella y le estuviera apuntando el texto que, sin sospecharlo, había interiorizado casi palabra por palabra. Nunca habría creído que un día le estaría agradecida

a su hermano por las interminables peroratas sobre las ventajas y puntos débiles de las diferentes armas de fuego que pronunciaba siempre que tenía ocasión.

La última vez prácticamente se había tirado de los pelos con aquel amigo de sus padres tan obsesionado con la caza. Este confiaba ciegamente en su Mauser Magnum, que poseía una gran fuerza de percusión. Friedrich habría criticado su fuerte retroceso y el voluminoso seguro, que impedía que la mira telescópica

se montara más baja. El cazador africano había hecho un gesto negativo con la mano y había asegurado que la Magnum era la única arma en la que se podía confiar para abatir a presas pesadas y capaces de defenderse. Mientras su lenguaje marcial estimulaba la imaginación de Emilie, que evocaba imágenes de antílopes, ñus y jirafas luchadores que se abalanzaban en formación de combate sobre inocentes participantes en safaris, su hermano había iniciado un elogio del desarrollo del G 98. En poco

tiempo se introduciría en el ejército alemán una versión de carabina considerablemente más manejable y ligera; una gran ventaja para los soldados, que a menudo debían marchar durante horas con un pesado equipaje. Emilie había escuchado con extrañeza cómo su hermano describía entusiasmado el cerrojo rotativo de magnífica construcción, y se había preguntado si enaltecería los atributos de su esposa con el mismo fervor.

—El Krag está diseñado para

su uso en condiciones de frío extremo —finalizó Emilie su análisis.

William silbó entre dientes.

— ¡Impresionante! Se entendería a las mil maravillas con mi tío. Es un loco de las armas de primera —dijo, y continuó con una sonrisa burlona—. A propósito de los prejuicios, debo admitir que lo primero que he pensado ha sido: no me extraña que el chico sepa tanto de armas. Al fin y al cabo viene de Prusia.

El comerciante tosió ligeramente. Emilie se volvió

hacia él y le tendió el arma.

—Muchas gracias. Yo no habría podido describir mejor las virtudes de esta arma. —El dueño de la tienda señaló el depósito y dijo—: La cubierta de gran tamaño también puede manejarse con guantes. Una ventaja que no debe subestimarse cuando se viaja por el Ártico, ya que incluso en verano las temperaturas están a menudo por debajo de los cero grados.

—¿Quién de nosotros lleva un arma propia? —preguntó Beat Späni a los presentes.

Emilie negó con la cabeza; Antonio, a quien el suizo le había traducido la pregunta, también respondió negativamente. William señaló su escopeta de perdigones. Por lo visto Arne no se había sentido aludido. Estaba de espaldas a los demás ante una estantería con trampas y las examinaba ensimismado. «Vaya zoquete tan grosero —pensó Emilie—. ¿Por qué está de tan mal humor? No le hemos hecho nada. Al contrario, parece que saca provecho de nosotros. Quizás es precisamente eso lo

que le molesta.» Recordó la descripción de los noruegos en su guía de viajes. En ella se los describía como una raza fuerte, moral y de gran capacidad intelectual, muy orgullosa de su libertad e independencia, a menudo escueta en palabras e ignorante de algunas normas de cortesía.

— Yo me he dejado mi Vetterli en casa — dijo Beat Späni—. Ya tiene unos añitos. Por eso es una buena ocasión para adquirir una nueva escopeta.

— Creo que yo me uniré a usted — dijo William.

—Bien, dos armas deberían ser más que suficientes —opinó el suizo e hizo un gesto con la cabeza al vendedor—. Sobre todo por que es muy probable que su compatriota —se dirigió a Emilie— también lleve una consigo.

—¿Mi compatriota? ¿A quién se refiere? —preguntó Emilie.

—Pues al oficial que dirigirá la expedición a Spitsbergen. —Frunció el ceño—. Por cierto, ¿dónde está?

William se encogió de hombros.

—Ni idea, yo también

pensaba que habría llegado a Tromsø hace tiempo.

— ¡Asombroso! ¡Un auténtico alemán! ¡Y un oficial, además! — exclamó Beat Späni, y se sujetó la barriga entre risas—. No se enfade, mi joven amigo — dijo y dio un golpecito a Emilie en el brazo—. Pero debe reconocer que es una contradicción en sí misma.

Mientras tanto el dueño del negocio había envuelto ambas armas en paños encerados y había sacado varias cajas de cartuchos de un armario después de preguntar cuánta

munición necesitarían los señores. Cuando salieron de la tienda pocos minutos después, Emilie oyó que Beat Späni preguntaba al vikingo por el oficial alemán.

Arne se encogió de hombros.

—No sé nada de él — masculló—. Si esta noche no ha aparecido, tendrá que arreglárselas solo para llegar a Spitsbergen. Y lo mismo con el fotógrafo. Él tampoco ha aparecido. Aunque su equipaje ya está aquí.

—¿De dónde viene, pues? — pregunto Emilie.

—Por lo que sé, de San Petersburgo —respondió Arne.

—¿De Rusia? —se asombró Emilie—. ¿Eso no queda lejísimos?

—Nada de eso, San Petersburgo está mucho más cerca de aquí que Londres o Hamburgo —dijo Arne—. Y naturalmente es mucho más barato contratar a un fotógrafo allí.

Mientras Emilie evocaba el mapa de Europa y constataba que efectivamente se encontraba mucho más al este de lo que suponía, oyó que William

preguntaba:

—Pero ¿por qué solo tienen tiempo hasta esta noche? ¿No nos marchábamos mañana o pasado mañana?

Arne negó con la cabeza.

—Si no queremos toparnos con la borrasca que se está aproximando, tenemos que salir hoy. De lo contrario nuestra partida se retrasará varios días.

—Bueno, pues cuanto antes mejor —dijo William, frotándose las manos.

—¡Maldita sea! ¡Vaya mierda!
Emilie se estremeció, se volvió y vio el rostro de Beat Späni

desfigurado por la rabia. No parecía haberse dado cuenta de que profería maldiciones coléricas. Emilie lo observó con extrañeza. En todo el viaje no lo había visto perder la compostura. ¿Qué lo había disgustado tanto? ¿Qué lo había sacado de quicio? Al parecer era el hecho de marcharse de la ciudad antes de lo previsto. Arne debía de haber desbaratado con su anuncio un plan tremendamente importante.

Spitsbergen, julio de 2013

A las siete y media de la mañana sonó el despertador que Hanna había configurado en su teléfono. Abrió los ojos con gran esfuerzo. La pequeña habitación estaba sumergida en una luz difusa que entraba por las rendijas de las persianas. Sin

la información de la pantalla no habría sabido decir si era por la mañana o por la tarde. La claridad constante había anulado su reloj interno. Salió de entre las mantas, caminó lentamente hasta el baño y se dio una ducha. Para terminar se aclaró con agua helada para levantarse los ánimos. En vano. El cansancio se había anclado en su cuerpo. De camino al comedor del desayuno, Hanna bostezó repetidamente. La gran cantidad de horas en vela de las últimas noches se hacía notar. Al final de la escalera se

encontró con la mujer de la recepción, que conversaba con un joven. Cuando vio a Hanna, dijo:

— ¡Buenos días! Qué bien que te veo. Te habías apuntado a la excursión a Pyramiden, ¿verdad?

Hanna asintió.

— Sven opina que hay que aplazarla por la densa niebla. Es imposible que salgáis a las ocho y media.

— Oh, no me había dado ni cuenta de que había niebla — dijo Hanna—. ¿Y sabéis cuándo saldremos?

—Por desgracia, no —
respondió el joven—. Aquí el
tiempo es muy cambiante.
Puede que esté todo el día así.
Con un poco de suerte
podremos salir a mediodía.

—Entiendo —murmuró
Hanna—. Entonces creo que
volveré a la cama.

—Te avisaré en cuanto la
niebla se disipe y la excursión
pueda salir —dijo la mujer.

—Muy amable, ¡muchas
gracias!

Hanna se volvió para
marcharse.

—Ay, espera, casi me olvido

— prosiguió la mujer.

Hanna se volvió.

— ¡Muchas felicidades!

Hanna la miró sorprendida.

— Ehh, gracias.

No estaba tan asombrada por que la joven la felicitara, al fin y al cabo había anotado sus datos personales en el formulario de registro. Estaba sorprendida consigo misma. Había olvidado por completo que aquel día cumplía cuarenta y cinco años.

Mientras regresaba a su habitación y se escondía de nuevo en la cama, sus pensamientos giraban en torno

a ese cuarenta y cinco, que veía alzarse ante ella como un bloque de piedra. Un vago sentimiento de amenaza se apoderó de ella. No podía seguir conteniendo las preguntas acerca de qué sucedería con ella, cómo sería su vida a partir de entonces. Abrazó la almohada y la apretó contra su vientre. El deseo de acurrucarse en los brazos de Thorsten y buscar consuelo en él la inundó con semejante fuerza que los ojos se le llenaron de lágrimas. Durante un momento luchó contra la

tentación de escribirle un e-mail y suplicarle que les diera una oportunidad a ella y a su matrimonio. Al fin y al cabo habían sido felices.

«Sí, lo fuimos; durante los primeros años —comentó la voz de la sensatez en su interior—. ¡No te engañes! La auténtica convivencia y el amor verdadero hace mucho tiempo que se acabaron, lo sabes perfectamente. Tienes miedo de lo desconocido, de lo que te espera, y por eso el pasado te parece de color de rosa. No tiene sentido fingir. No

cometas el error de confundir la nostalgia por lo viejo conocido con el miedo a lo nuevo por conocer.»

El calor era insoportable. Hanna se secó la frente con un trapo y siguió corriendo. El jadeo de su respiración se mezclaba con el silbido de un pájaro posado en algún lugar entre las hojas de los árboles entre los que ella se abría paso. Los troncos cada vez estaban más juntos, cada vez se alzaban más altos hacia el cielo, cubierto por sus amplias hojas. Hanna se

detuvo sorprendida. Eran árboles muy extraños. Los troncos no tenían corteza, sino que eran verdes con manchas rojas. Y llenos de pelillos. A Hanna se le paró el corazón. Se le encogió el estómago. Se encontraba en medio de una jungla de perejil gigante. En camiseta y pantalones cortos. Sin protección contra el veneno de las plantas, con el que entraría en contacto irremediablemente cuando tuviera que deslizarse por la pared vegetal que entretanto la había rodeado. El silbido del

pájaro era más fuerte y retumbaba en sus oídos como una risa burlona, hasta que de repente paró. Giraba sobre su propio eje presa del pánico, buscaba una salida de aquel infierno verde y le costaba respirar.

Hanna abrió los ojos y suspiró aliviada. Estaba en la cama del hotel. La manta se le había enrollado al cuerpo. Se liberó y se levantó. ¡Vaya pesadilla! Era una locura pensar qué viajes emprendía el cerebro durante el sueño. Echó un vistazo a la pantalla de su

teléfono y vio que había dormido casi siete horas, y que durante ese tiempo había recibido varios e-mails y mensajes. El último hacía un minuto; en el sueño había percibido los pitidos como gritos del pájaro. Se acercó a la ventana, abrió las persianas y torció el gesto. La niebla se extendía ocultando el edificio de enfrente y amortiguando los sonidos. «Bueno, por lo menos no te has perdido nada», se consoló Hanna, y decidió buscar un local agradable y calmar los gruñidos de su

estómago. ¿No le había recomendado Kåre el Kroa, situado en el mismo complejo de edificios que el Trapper's Basecamp? Hanna se vistió rápidamente, se cepilló el pelo, metió el móvil en la chaqueta, cogió su cámara de fotos y salió de la habitación.

El local estaba decorado con el mismo estilo de cabaña de troncos que el hotel. Originalmente provenía de Barentsburg, situada a apenas sesenta kilómetros de distancia y donde los rusos extraían carbón. La luz débil y el

crepitar del fuego en una chimenea de ladrillo hicieron que a Hanna le viniera a la mente la palabra «auténtico». Le parecía asombrosa la cantidad de madera que se utilizaba en la construcción en una isla en la que no crecía ni un solo árbol. El volumen de troncos y ramas que la corriente Transpolar arrastraba desde Siberia debía de ser enorme. Hanna había leído que, desde que Svalbard estaba poblada por humanos, la madera de deriva no solo se había utilizado para fabricar cabañas,

muebles, pilares de las galerías y estructuras para los trenes de montaña, sino también como combustible para estufas y calefacciones.

Hanna escogió una mesa en un hueco, de cuya pared colgaba un gran cuadro que mostraba a un minero trabajando tumbado en una galería estrecha, y miró a su alrededor. El techo estaba decorado con varias pieles, un busto de Lenin observaba a la clientela desde detrás de la barra, y en una de las paredes había fotografías en tonos

marrones que documentaban los primeros cruceros turísticos que habían llegado a Spitsbergen, organizados por un hombre de negocios alemán a finales del siglo XIX. Le pareció especialmente reveladora una lista de la compra enmarcada de alguien que había invernado allí y debía surtirse de alimentos y otros artículos vitales para meses de aislamiento en la noche polar, sabiendo que no tendría oportunidad de reponer la despensa.

Hanna ojeó el menú. La oferta

de pizzas, bautizadas con nombres de minas, sonaba interesante, pero era algo extravagante para su gusto. Gruve 1, por ejemplo, llevaba pollo, col y salsa de ajo, y la piña era un ingrediente importante en muchas otras. Se decidió por una hamburguesa casera. Mientras esperaba la comida, leyó los mensajes nuevos de su teléfono. La mayoría eran felicitaciones de cumpleaños.

Sintió una punzada al ver que Thorsten no le había escrito. La contundencia con la que la

había apartado de su vida era hiriente. «¿Es que ya no significaba nada para él? ¿Para él ya no merecía ni un escueto saludo? Sé sincera —se exigió—. ¿Qué esperabas? Si te hubiera escrito, posiblemente lo habrías considerado un hipócrita. Esto es más honesto. Doloroso, pero inequívoco. En realidad deberías estar contenta incluso. Así no caerás en la tentación de tener falsas esperanzas.»

Hanna apartó el recuerdo de su último cumpleaños, en el que Thorsten y ella habían hecho

una excursión con Mia y Lukas como en los viejos tiempos, y abrió los e-mails de sus hijos. Se secó los ojos disimuladamente al leer sus cariñosas palabras. La felicitación de Heiko, hecha por él mismo con un oso polar que sostenía un ramo de flores entre las patas, también la emocionó. Heiko no solo la felicitaba por el cumpleaños, sino también por el blog, del que Mia les había informado a él y a otros muchos amigos y conocidos.

Hanna abrió su página web y abrió los ojos como platos. Quince personas habían

comentado su entrada del día anterior. Además de sus hijos y Heiko, también habían escrito algunas amigas, su antigua compañera Sophia y un par de vecinos; había tres nombres que no conocía. Todos elogiaban sus ilustrativas explicaciones y le pedían que pronto publicara más de sus impresiones del Ártico. Tampoco faltaban las felicitaciones de cumpleaños.

De pronto Hanna se sintió muy sola. Las felicitaciones virtuales acentuaban la sensación de abandono. Era bonito saber que muchas

personas pensaban en ella. Sin embargo, las palabras fugaces no sustituían el estar juntos de verdad. Más bien al contrario, el regusto que dejaban era insípido. Como si una persona sedienta tuviera que conformarse con la foto de un refresco. Hanna metió el teléfono en su funda. No había pensado que le importaría tanto pasar sola ese día. Precisamente ella, que estaba orgullosa de no tener ningún interés en toda aquella parafernalia. Siempre le había gustado mucho organizar los cumpleaños de Mia y Lukas,

con pasteles caseros, guirnaldas y pequeñas sorpresas. En cambio, a ella misma le resultaba más bien incómodo ser el centro de atención de una celebración. Pero estar tan sola...

El aroma del tocino frito la sacó de sus melancólicos pensamientos. La camarera dejó sobre la mesa un plato con una hamburguesa y una montaña de patatas fritas doradas, y le deseó buen provecho.

Después de recuperar fuerzas, Hanna emprendió otro *tour* de exploración. Desde el Kroa se

dirigió hacia la derecha y recorrió Hilmar Rekstens Vei, la única calle que tenía nombre. El resto de vías de Longyearbyen estaban numeradas. Pocos pasos después la ropa ya estaba mojada. La niebla era tan densa como por la mañana, la envolvía como un velo húmedo y le dificultaba la respiración. Delante de un gran hotel vio un minibús que hacía las veces de taxi. Hanna miró su reloj de pulsera. Casi las cuatro. En pocos minutos comenzaría el *tour* que la compañía de taxis

local ofrecía a los turistas dos veces al día. Hanna corrió hacia el bus, sobre el que se apoyaba un hombre rechoncho cuya calva establecía un gran contraste con su poblada barba. Sonrió a Hanna y contestó afirmativamente con la cabeza a su pregunta de si aún quedaba alguna plaza libre. Hanna subió al vehículo, en el que había una joven pareja abrazada en los asientos traseros que conversaba a media voz en francés. Se sentó en la fila del medio. El conductor esperó un minuto antes de encogerse de

hombros, deslizarse tras el volante y arrancar el motor.

—Tenía otras dos reservas, pero habrán cambiado de opinión —dijo en inglés y señaló con la cabeza hacia el hotel—. Con esta niebla no me extraña. Si la intención es sacar fotos del paisaje, hoy no es el día.

Hanna suspiró en silencio. ¡Qué mala suerte estaba teniendo! Con el poco tiempo que tenía y precisamente pillaba un día de niebla en el que apenas podría sacar fotos.

El taxi se dirigió a buena

velocidad hacia el extremo superior de la ciudad. En la colina, tras las viviendas para estudiantes de Nybyen, se distinguían vagamente unas ruinas.

—Eso son los restos del primer asentamiento minero, que fue destruido en la Segunda Guerra Mundial —explicó el conductor.

—Yo pensaba que para entonces Spitsbergen ya era una zona desmilitarizada —dijo Hanna—. No sabía que aquí arriba también se había combatido.

—En principio es cierto — dijo el conductor—. El Tratado de Svalbard de 1920 debía garantizar el uso pacífico de las islas. Pero cuando los alemanes entraron en Rusia, los aliados supusieron que también ocuparían Svalbard. Por eso evacuaron a los habitantes. A continuación, tropas británicas destruyeron la infraestructura económica, es decir, las instalaciones mineras, los ferrocarriles y las máquinas de extracción. Además, volaron por los aires la central eléctrica y los postes telegráficos y

prendieron fuego a los depósitos de carbón. Más adelante se destinaron aquí soldados noruegos que debían vigilar y mantener las estaciones meteorológica y de radio de los aliados.

— ¿Y los alemanes? ¿Llegaron a venir?

— Oh, sí, dos años más tarde la *Wehrmacht* inició en septiembre la Operación Sicilia. En el fondo tenían el mismo objetivo: querían destruir todo lo que pudiera ser de alguna utilidad militar o económica. — El conductor se encogió de

hombros y sonrió—. La acción no tuvo mucho éxito. Un mes más tarde se restableció la base, y en invierno de 1943 la estación meteorológica de los aliados ya estaba de nuevo en funcionamiento.

Después de un pequeño cementerio de cruces blancas, en el que había enterrados trabajadores de la mina fallecidos en accidentes, víctimas de la gripe española de 1918 y soldados caídos, pasaron junto a la iglesia hacia el barrio gubernamental, como explicó el conductor con un

guiño.

—Aquí vive y ejerce nuestro *sysselemand*, es decir, el gobernador —dijo, señalando un conjunto de edificios rojos—. Cuando Noruega obtuvo la soberanía sobre Svalbard en 1925, se hicieron esfuerzos por convertir el archipiélago en un estado con su propia administración. Sin embargo, el Parlamento noruego rechazó la propuesta. En lugar de eso, se nombró a un *sysselemand* como representante directo del Gobierno de Oslo.

El recorrido continuó hacia el

puerto y a lo largo de la orilla del fiordo, para después girar en Adventsdalen. Además de las viejas minas de carbón, en el amplio valle sobre todo parecía haber perros. Cada doscientos metros Hanna vio terrenos vallados junto a la carretera en los que había casetas para veinte o treinta perros de trineo. El coche se detuvo entre dos de estas perreras. El conductor se volvió hacia los pasajeros y dijo:

—Si queréis, aquí podéis conocer a un par de habitantes de la isla especialmente

inteligentes.

Los dos franceses sonrieron enamorados y negaron con la cabeza. Se quedaron en el coche y siguieron besuqueándose, como habían hecho durante todo el trayecto. Hanna no se explicaba por qué habían reservado la visita. Estaban tan centrados en sí mismos que probablemente no se habrían dado cuenta si el chófer hubiera conducido en círculos durante dos horas. «Ay, qué bonito es el amor», pensó Hanna con un deje de envidia, y acompañó al conductor al exterior.

No se refería a los perros, que habían salido pitando de la grisura húmeda de su cobijo y comentaban la llegada de los extraños con ladridos aislados. Unas docenas de eíderes se habían instalado entre las vallas para incubar. Se mantuvieron impasibles en sus nidos cuando Hanna sacó la cámara y los fotografió.

—Podríamos decir que los perros son sus guardaespaldas —dijo el conductor con una sonrisita—. De hecho, ni los zorros polares ni los osos se atreven a acercarse. Para un pato

es prácticamente imposible encontrar un lugar más seguro para criar.

La última etapa les condujo a una montaña pasando junto a la última mina que aún estaba en activo, la Número Siete, situada a unos diez kilómetros al sudeste de Longyearbyen.

—El carbón que se extrae se transporta en camión a la ciudad, donde más o menos un tercio se utiliza en nuestra central energética. El resto se exporta en barco —explicó el chófer.

—¿Cuánta gente trabaja aquí?

—preguntó Hanna.

—Ya no hay mineros en el sentido estricto de la palabra. La extracción de carbón está completamente automatizada.

—¿Por ser demasiado peligrosa? —preguntó Hanna, que recordaba vagamente haber leído alguna noticia sobre un accidente en una mina de Spitsbergen.

—Exacto —respondió el chófer—. En Barentsburg, donde los rusos, este año ya han muerto dos mineros. No hace ni dos semanas que un desprendimiento acabó con la

vida de un ucraniano.

La carretera terminaba en la cumbre achatada de la montaña, de aproximadamente quinientos metros de altura. Ante ellos emergieron de la niebla dos enormes figuras semicirculares, que a Hanna le recordaron dos cuencos de sopa gigantes.

—Es la estación de radar del EISCAT, un centro de investigación internacional — dijo el conductor.

—¿Qué se investiga allí? — preguntó Hanna.

—Esas antenas parabólicas

sirven para obtener datos sobre la interacción entre el Sol y la Tierra, por ejemplo sobre las alteraciones en la magnetosfera y la ionosfera. Son los procesos que dan lugar a fenómenos como las auroras boreales. — Sonrió a Hanna—. Es una pena que te pierdas lo mejor de estar aquí arriba.

—Déjame adivinar, ¿desde aquí hay unas vistas maravillosas?

El conductor asintió.

—Normalmente el final del *tour* es también el punto álgido.

—De todas formas ha sido

muy interesante —dijo Hanna—. Muchas gracias por toda la información. Tal y como la cuentas resulta apasionante. No parece que ya llevemos dos horas de visita.

Mientras hablaba, Hanna se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué haría el resto de la larga tarde. Un poco de blog y responder e-mails. Darse un baño caliente. ¿Y más tarde darse el capricho de ir a un buen restaurante a celebrar su cumpleaños? Hanna tragó saliva. No eran muy buenas perspectivas. Se vio sentada sola

en una mesa, delante de un plato escandalosamente caro, y brindando consigo misma por el nuevo año. Con solo pensarlo se le hizo un nudo en la garganta. No sería capaz de probar ni un solo bocado.

25

Océano Ártico, junio de 1907

Emilie metió la mano derecha en el bolsillo de su chaqueta forrada y apretó la piedra con el agujero redondo que había encontrado durante el paseo con Fanny por la playa de Saßnitz. A pesar de haberle asegurado a su tía que no creía

en el poder de los amuletos, había convertido aquel «dios de las gallinas» en su talismán. Lo sentía firme y liso en la mano, y le daba equilibrio. Cuando lo tocaba, se sentía cerca de Fanny y la oía ordenándole que no dudara de sí misma, sino que se enfrentara con la cabeza bien alta a los retos de la vida.

Emilie respiró profundamente y siguió a William y a Antonio Lancetta al bote de remos con el que alcanzarían la goleta de dos mástiles. Estaba fondeada cerca de un astillero en el estrecho de Tromsø, de unos quinientos

metros de anchura, que separaba el continente de la isla en la que se encontraba la ciudad. En comparación con el vapor de HAPAG, que estaba anclado más allá en aguas más profundas, parecía un barco de juguete, y habrían cabido más o menos siete como él en el monstruo de ciento cuarenta metros de eslora.

Una brisa fuerte empujaba pequeñas olas contra la pared del bote. Emilie se agarró el sombrero y se acuclilló en la proa junto a William. Arne estaba sentado en el centro de

espaldas a ellos junto a un marinero, y remaba con enérgicas paladas contra el viento a través del mar picado; en la popa Antonio se aferraba a una caja de madera que contenía sus aparatos de medición meteorológica y se santiguaba cada vez que una ola arrastraba y sacudía el bote.

Después de su acceso de rabia, el suizo se había marchado corriendo de la tienda del armero y desde entonces no lo habían vuelto a ver. Arne le había gritado que se marcharían a las seis a más tardar; si no

había mas remedio, sin él. Emilie no estaba segura de que Beat Späni lo hubiera oído. Eso esperaba. Había llegado a apreciar su compañía y le consideraba una presencia paternal que sabía qué hacer en situaciones delicadas.

Se inclinó hacia William, señaló el velero de pesca y susurró:

—Muy estable no parece nuestro barco. ¿Y si acabamos en una banquisa? Acabará estrujado en un santiamén.

William tensó los hombros.

—Como una nuez. —Sus

labios esbozaron una sonrisa pícara—. Por fin entiendo por qué se habla de cáscaras de nuez cuando se busca una metáfora para barcos a merced de las corrientes.

—No os preocupéis, el hielo no nos hará nada —dijo una voz a su espalda.

Emilie miró por encima del hombro. Arne se había vuelto hacia ellos y los observaba con gesto impenetrable. Ella evitó su mirada. Le resultaba embarazoso que los hubiera oído y que ahora probablemente se sintiera

ofendido. Al fin y al cabo había sido él quien había escogido la goleta.

—No es un barco pesquero corriente. Está equipado para el océano Ártico —explicó Arne—. Se le han añadido puntales adicionales y la proa está reforzada con placas de acero. Como podéis ver, también está redondeado en las partes delantera y trasera. Y, además, los tablones exteriores están lijados hasta conseguir que estén especialmente lisos.

—¿Para que el hielo no pueda pegarse a ellos? —preguntó

Emilie.

Los ojos de Arne se iluminaron con una chispa de aprobación.

— ¡Exacto! El barco se desliza entre los témpanos como un pez. Y el casco ovalado evita que se aplaste en la banquisa. En lugar de eso, la presión lo eleva y queda sobre la superficie helada. Cuando el hielo cede, vuelve a sumergirse.

— ¡Es genial! — exclamó William.

— En efecto — dijo Emilie—. Tiene que ocurrírsele a uno, es realmente...

El rostro de Arne se ensombreció. Se volvió bruscamente. Emilie tragó saliva y le preguntó a William:

—¿He dicho algo malo?

William puso cara de sorprendido.

—No sabría decirlo. Para ser él, estaba siendo realmente locuaz.

—Sí, ¿verdad? Yo también he tenido la impresión de que el tema le entusiasma —dijo Emilie en voz baja—. ¿Qué le habrá molestado tanto?

—Bueno, es un gruñón y siempre lo será —comentó

William encogiéndose de hombros, volvió la vista hacia delante y llamó la atención de Emilie sobre una gaviota cana que se precipitó sobre una congénere con una maniobra arriesgada y le arrebató un pez. La víctima persiguió a la ladrona con chillidos furiosos, lo que atrajo a más gaviotas.

»No deja de asombrarme lo similares que son los comportamientos de los animales y las personas.

—¿A qué te refieres? — preguntó Emilie.

—Aquí ciertamente hay

suficiente alimento para todos —dijo William, señalando un par de cabezas de pescado flotantes y otros desechos que las fábricas de conservas eliminaban en el agua—. Pero de todas formas esa gaviota no permite que la otra disfrute de su presa. Y esta a su vez hace todo lo posible por recuperar su botín. En lugar de hacer la vista gorda y servirse del abundante festín disponible.

En apenas diez minutos llegaron a la goleta. Arne y el marinero capearon, recogieron los remos, amarraron el bote

junto a una escalerilla y pidieron a sus pasajeros que subieran por ella. Ellos comenzaron a sujetar las maletas, los petates y las cajas con el equipo con el cabo de una polea cuyo brazo asomaba por encima de la borda del velero, y que era manejada por otro marinero. William fue el primero en salir del bote. Emilie, que se disponía a seguirlo, se dio cuenta de que Antonio levantaba la mirada hacia el costado del barco y murmuraba repetidamente para sí una frase a modo de mantra:

—*Santa Maria, Madre di Dio, prega per noi peccatori!*

Le agarró el hombro y le hizo entender con gestos que debía subir él primero y que ella lo seguiría muy de cerca y lo protegería. Un método que había demostrado su eficacia cuando era niña y escalaba árboles con Max. La mirada temerosa de Antonio se parecía a la de su hermano pequeño y le había hecho recordar. Emilie insistió en tono tranquilizador al italiano, que agarraba tembloroso los travesaños de la escalerilla. En ese momento se

alegró de que la embarcación fuera tan pequeña y solo tuvieran que ascender unos pocos metros.

Mientras se ocupaba de que Antonio no mirara hacia abajo y encontrara apoyo firme, Emilie se preguntó por qué lo habrían enviado precisamente a él a aquella expedición. ¿O lo habría decidido voluntariamente? Se lo imaginaba perfectamente en un pequeño estudio, una biblioteca o un laboratorio, donde sin duda estaría más seguro que en el océano Ártico. Si un corto

trayecto en un estrecho tan protegido ya lo llevaba al borde de un ataque de nervios, no quería ni pensar cómo le afectarían las tormentas y el riguroso clima. La cosa se pondría interesante...

Cuatro manos se estiraron hacia ellos desde arriba y una voz muy familiar exclamó:

— *Coraggio! Pare è fatto!*
¡Ánimo! ¡Ya casi está!

Por la borda se asomó el rostro de Beat Späni, que los ayudó a subir a la cubierta con William. Antonio se secó el sudor de la frente con un

pañuelo, se santiguó y se dejó caer sobre un tonel con un gemido.

— ¡Hola a todos! Bienvenidos al *Isflak* —dijo el suizo, sonriendo y de buen humor—. Me han dicho que significa «témpano de hielo» —añadió.

— Un nombre muy apropiado para un barco que navega por el Ártico —comentó William.

— Sí, eso fue lo primero que pensé yo también —dijo Beat Späni.

— ¿Desde cuándo está aquí? ¿Y cómo ha venido? —preguntó Emilie—. Estábamos

preocupados por que no llegara a tiempo y no teníamos ni idea de dónde encontrarlo.

—Sí, debo disculparme. En realidad no es típico de mí salir corriendo. Pero ya está todo arreglado. Y hace diez minutos que me han traído desde el muelle de pasajeros — respondió Beat Späni, señalando un embarcadero a unos cientos de metros del lugar desde el que Arne y el marinero los habían traído a golpe de remo.

Antes de que Emilie pudiera alimentar su curiosidad

preguntándole qué era lo que había tenido que arreglar, el suizo prosiguió:

—Ha sido incluso una ventaja que no haya ido al punto de encuentro. Ya que así he podido pescar a tiempo a nuestro fotógrafo, que al parecer se había perdido un poco.

Se hizo a un lado y saludó a un hombre apoyado en un mástil. «Parece un oso negro triste», pensó Emilie. Todo en aquel gigante de unos cincuenta años era oscuro. Su ropa — pantalones, guantes, gorro de

piel y abrigo loden— era negra, al igual que su denso cabello, las cejas arqueadas y el bigote. En cambio, la piel de su rostro era pálida y el contraste la hacía parecer aún más clara y translúcida. Sin embargo, era sobre todo la expresión melancólica de sus ojos oscuros la que daba alas a la imaginación de Emilie. Le recordaba a un oso bailarín que había visto una vez en una feria. La tristeza en los ojos del animal la había perseguido durante días y había arraigado en ella un profundo desprecio contra el encierro y el

adiestramiento de animales salvajes.

El hombre se apartó del mástil y se acercó vacilante. William se acercó a él, le tendió la mano derecha y dijo en alemán:

— ¡Buenos días! Me llamo William Lewis.

— Y yo soy Max Berghoff — dijo Emilie.

Como su interlocutor no hacía amago alguno de presentarse, William preguntó:

— ¿Y con quién tenemos el placer?

— Oh, me temo que no le entiende — respondió Beat

Späni en su lugar—. Es ruso.

William frunció el ceño y preguntó entrecortadamente:

—*Kak wass sawu?*

—Leonid... —comenzó a decir el fotógrafo, pero el suizo lo interrumpió.

—Señores, ¿qué les parece si durante esta aventura en común nos dirigimos unos a otros por el nombre de pila? Es algo menos formal y en cierto modo resulta más apropiado en una región tan alejada de la civilización.

—*Ladna* —prosiguió Leonid mientras William y Emilie

respondían al unísono:

— ¡Buena idea!

— ¡Por mí perfecto!

A Antonio, a quien Beat Späni le había traducido su propuesta, le encantó la idea.

— William, ¿podría preguntarle al señor Ladna si a él también le parece bien? — preguntó el suizo.

— Oh, me temo que mis conocimientos de ruso no dan para tanto — respondió William —. Desde luego algún día espero leer las obras de Tolstoi y Dostoievski en su versión original, pero hasta el momento

no es más que un buen propósito. Es realmente difícil aprender ruso.

—Esto parece la torre de Babel —dijo Emilie—. Ciertamente no somos un grupo muy numeroso y hablamos cinco idiomas diferentes.

—Seis, si contamos el dialecto de nuestro suizo —le susurró William a su lado.

Emilie contuvo una risita.

—Pero tienes razón. En nuestro caso sería útil contar con esa lengua universal que goza de cierta popularidad en el

continente — dijo William.

— ¿Te refieres al esperanto? — preguntó Emilie.

William asintió. Emilie había leído ya en varias ocasiones información sobre el movimiento en favor de la expansión de aquella sencilla lengua artificial. El año anterior se había fundado la Sociedad Alemana de Esperantistas. La idea la había tenido en los años ochenta del siglo anterior un ruso cuya juventud había estado marcada por los intensos conflictos entre los diferentes grupos étnicos de su ciudad

natal. Se había dado cuenta de que un motivo fundamental de los enfrentamientos eran las dificultades de comprensión, así que había elaborado un idioma que teóricamente cualquier persona en el mundo podría aprender. A Emilie le había gustado esa visión pacifista.

Durante la conversación, el equipaje se había izado a la cubierta. Arne y el marinero subieron a bordo y ataron junto con el otro marinero una cuba de madera a gran altura en el mástil delantero.

—¿Para qué sirve ese tonel?

—preguntó Emilie.

—Es la cofa —respondió Beat Späni—. Más adelante, cuando alcancemos latitudes más septentrionales, desde allí se vigilará el hielo a la deriva.

Justo en ese momento se oyó un silbato. Emilie se inclinó sobre la borda y vio que un bote había traído otro pasajero, que escalaba hacia ellos ágilmente. Arne se descolgó del palo de proa, salió corriendo al encuentro del hombre robusto de rostro moreno y lo saludó con un fuerte apretón de manos. Emilie lo vio sonreír

por primera vez. Arne se dirigió a los demás y dijo:

—Ya estamos todos. Este es Knut Johannssen, nuestro práctico de hielo. Uno de los navegantes árticos con más experiencia que conozco.

El práctico se llevó la mano a la gorra, hizo un gesto de asentimiento a los presentes y se dirigió a la caseta del timón, de la que le salió al encuentro un hombre con jersey de punto y gorra de lana redonda. Emilie supuso que se trataba del capitán. Por el modo en que actuaba y el tono decidido con

el que gritó algo a los dos marineros, que salieron corriendo inmediatamente. Nada en su atuendo lo diferenciaba de sus subordinados. ¿No era habitual en los barcos noruegos que los altos rangos llevaran uniforme o insignias? Emilie imaginó la mueca de desprecio en el rostro de su hermano mayor Friedrich, a quien semejantes «situaciones caóticas» lo ponían hecho una furia. Para él apenas había algo peor que la homogeneidad y las personas que perturbaban las jerarquías y

los rangos tradicionales.

— Os mostraré las habitaciones bajo cubierta — dijo Arne y abrió una escotilla en el suelo, tras la que una escalera empinada conducía al interior. Emilie descendió los escalones con cuidado. Sus ojos necesitaron un par de segundos para acostumbrarse a la penumbra. Se encontraban en el centro del barco. Arne señaló un pasillo que conducía a la proa.

— Tras la puerta derecha está el camarote del capitán, enfrente se almacenan los alimentos.

Delante del todo, donde antes se conservaban las provisiones de pescado y las capturas, hemos guardado vuestros aparatos y hay suficiente espacio para las muestras, los trofeos de caza y otras cosas que reunáis. El plan es que el *Isflak* os recoja al final del verano y os traiga de vuelta a Tromsø.

Entretanto Beat Späni había rodeado una máquina que había en el centro de la sala.

— ¡Pero si tienen un motor!
— exclamó sorprendido.

— Sí, se instaló para no

depender del viento. Está accionado por una máquina de expansión que alimentamos con carbón — explicó Arne.

William se inclinó hacia Emilie y preguntó en voz baja:

— ¿Sabes qué es una máquina de expansión?

Sin pensarlo, asintió y dijo:

— Es una máquina de vapor como las que se utilizan en las locomotoras. Esta es pequeña, ya que solo tiene dos unidades conectadas que ponen en movimiento el cigüeñal del motor. En la fábrica de mi padre tenemos una máquina de

cilindros gemelos con distribución por válvulas. — Emilie señaló dos depósitos de cobre—. Ahí dentro están los pistones accionados por el vapor calentado. El más pequeño es un cilindro de alta presión, a través del cual se conduce el vapor parcialmente enfriado hacia el cilindro de baja presión. Este es mayor, porque el volumen del vapor aumenta cuando la presión se reduce.

—¿Y para qué se necesitan varios cilindros? —quiso saber William.

—Para aprovechar la energía lo mejor posible. Cuando solo hay uno, la presión parcialmente relajada escapa hacia el exterior sin utilizarse.

—¡Asombroso! —exclamó William—. No solo sabes de armas, sino que también podrías haber sido ingeniero. Seguro que tu padre está orgulloso de ti.

—Bueno, la verdad es que no mucho. Lo está mucho más de mi hermano mayor, que en algún momento se hará cargo de la fábrica. Está obsesionado con la tecnología y es capaz de

dar auténticas clases magistrales sobre mecánica.

—Cómo desearía tener yo también un hermano mayor que se hiciera cargo de nuestra tienda —dijo William más para sí mismo que para Emilie.

Ella lo miró interrogante. William hizo un gesto con la mano y comentó:

—Nada, nada, solo pensaba en voz alta. Mejor vayamos a ver dónde están los demás.

Emilie se volvió y se dio cuenta de que Arne había seguido guiando al pequeño grupo. Sus voces se oían desde

la zona trasera de la embarcación. Pasó con William junto a una cocina diminuta, el retrete y las despensas, cruzó una sala con una larga mesa atornillada al suelo y un banco esquinero y llegó a la popa, donde se encontraba la zona de descanso. Las literas estaban empotradas en las paredes como armarios y tenían puertas correderas. Beat Späni, que acababa de inspeccionar una de ellas, exclamó:

—Pero bueno, si esto es una caja de zapatos. Solo para entrar ahí ya hacen falta habilidades

acrobáticas. — Se acercó a Arne, señaló con la cabeza a Leonid, que estaba apoyado en la pared con gesto ausente, y murmuró —: Si ya es estrecho para mí, nuestro amigo ruso no cabrá de ninguna manera en un agujerito así.

Arne se encogió de hombros, abrió una tapa y sacó una hamaca. Lo que dijo se perdió en un fuerte ruido y chirrido metálico. Arne volvió a guardar la hamaca en el armario.

— Ah, están izando el ancla. Vayamos a honrar a Rasmus — dijo.

—¿Quién es Rasmus? —
preguntó Emilie.

William y Beat Späni negaron con la cabeza desconcertados y, con Leonid y Antonio a remolque, siguieron a Arne, que salió corriendo de la sala y subió a la cubierta. Allí, el capitán, el práctico y uno de los dos marineros estaban en el lado de la borda por el que daba el viento. El otro marinero llegó con una bandeja en la que había una botella abombada y varios vasitos. El capitán llenó uno, lo levantó, gritó algo en noruego y tiró el contenido por

la borda.

—*Ah, un sacrificio per Sant'Elmo* — exclamó Antonio.

Beat Späni hizo que le explicara a qué se refería y se lo tradujo a los demás:

—Al parecer se trata de una antigua costumbre marinera. Antes de comenzar un viaje, se ofrece al patrón de los marineros, san Erasmo, un trago de una bebida de alta graduación para que proteja al barco de tormentas y otras desgracias. En Italia se llama Elmo.

El marinero les dio un vaso a

cada uno, el capitán brindó con ellos, y todos bebieron el claro licor de un trago. Emilie se esforzó al máximo para no toser e ignorar el ardor en el esófago. Se alegró de que la izada de las velas captara la atención de los demás. La embarcación se puso lentamente en movimiento y se deslizó fuera del puerto. Los edificios de la ciudad se fueron haciendo más pequeños y pronto los perdieron de vista. Emilie sentía el corazón en la garganta. Estaba de camino al Ártico. Ya no había vuelta atrás. La aventura comenzaba.

26

Spitsbergen, julio de 2013

Hanna estaba en la cama y leía la novela policíaca que había metido en la maleta para el viaje. Reinaba el silencio. De vez en cuando oía el rugido del motor de un coche, voces amortiguadas desde el pasillo y el ruido lejano de la cisterna de

un váter. Hanna se había colocado dos cojines en la espalda, había doblado las piernas para apoyar el libro y había dejado a su lado una bolsa de arándanos secos que había comprado en recepción. De tanto en tanto cogía alguno sin mirar y mordisqueaba la dulce fruta, cuyo aroma evocaba el olor de la resina caliente, la madera recién cortada y las agujas de pino en claros iluminados por el sol en los que antes solía buscar bayas con los niños durante las excursiones que hacían al

Bosque bávaro.

Una llamada en la puerta la sacó del despacho del comisario, que en ese momento estaba interrogando a un testigo importante, y la trajo de vuelta a su habitación de hotel. Miró el reloj. Las nueve pasadas. ¿Quién sería? ¿Se habría retirado la niebla y el Basecamp-Team estaría preparado para recuperar la excursión cancelada a Pyramiden? Al fin y al cabo en verano se ofrecían visitas prácticamente las veinticuatro horas. Hanna se levantó y de

paso echó un vistazo por la ventana. No, la niebla seguía formando una pared ante el hotel. Giró el picaporte y abrió los ojos como platos. ¡No podía ser! Parpadeó varias veces y se llevó una mano a la boca. Kåre estaba en el pasillo y le tendía una tarta con una vela encendida.

— ¡Felicidades! — dijo con una sonrisa.

Hanna sintió que el corazón se le salía del pecho. ¿Era un sueño? Estuvo tentada de pellizcarse el brazo con fuerza. «Deja de mirarlo como si fuera

un espejismo —se reprendió—. ¡Di algo!»

—Yo... ehh... cómo se te ha ocurrido... cómo sabías que era mi... —balbuceó.

—Perdona que te avasalle así —dijo Kåre—. Me enteré de que era tu cumpleaños por las felicitaciones en tu blog. Y como de todas formas a principios de la semana que viene tengo que ir a Ny Ålesund, he decidido espontáneamente volar hoy y celebrarlo contigo. —Apretó los labios y ladeó ligeramente la cabeza—. ¿Quizá no ha sido

buena idea? ¿Preferirías estar sola y...?

— ¡Oh, no! — exclamó Hanna —. Al contrario. Me alegro mucho. Es solo que no me lo esperaba y...

Se interrumpió y se tironeó de un mechón de pelo avergonzada. ¿Qué aspecto tendría? Sin maquillar, sin peinar y envuelta en la vieja chaqueta de punto cedida que tanto le gustaba ponerse para leer.

— Dame cinco minutos — le pidió.

El rostro de Kåre se iluminó.

—Te espero abajo. —Levantó un poco la tarta—. Pero todavía tienes que soplar las velas y pedir un deseo.

La seriedad con la que lo dijo hizo que Hanna adoptara un aire ceremonioso. Cerró los ojos y sopló. No tenía nada que desear. En lugar de eso, sintió una profunda gratitud. Abrió los párpados y le sonrió a Kåre.

—Si te parece bien, podemos cortarla de camino —dijo, envolviendo la tarta en papel de aluminio.

—¿De camino? —preguntó Hanna.

Kåre cogió una bolsa grande que había junto a él, sacó un traje térmico y se lo tendió.

—Espero que te quede bien. Me gustaría secuestrarte un poco y llevarte fuera.

—¿No hay demasiada niebla para una excursión? — preguntó Hanna.

—Donde vamos eso no importa.

Antes de que pudiera seguir indagando, él se puso un dedo sobre la boca, le guiñó un ojo y se volvió para marcharse.

Hanna cerró la puerta y se apoyó un momento de espaldas

en ella. Estaba mareada. ¿Realmente había sucedido? ¿Realmente había aparecido allí Kåre con una tarta para ella? ¿Realmente había volado hasta allí por ella? Se sintió como en una escena de un melodrama de Hollywood. Nunca habría creído posible que eso pasara en la vida real, ¡en su vida! Mientras se cambiaba —el traje le quedaba como hecho a medida—, se cepillaba el pelo y se daba rímel en las pestañas, sentía como si burbujas de gas le recorrieran todo el cuerpo. Hanna se concentró en la

sensación de hormigueo y de pronto comprendió cómo había nacido la expresión «explotar de felicidad». Para no estallar, comenzó a cantar las primeras líneas de la canción de Zarah Leander, *Sé que algún día el milagro llegará:*

*Si tuviera que vivir sin
esperanza,
si nadie en este mundo
me quisiera,
si en esta vida suerte ya
no tuviera,
ay, imposible.*

Kåre estaba junto a la estantería de los termos de café y té, de los que los huéspedes podían servirse en cualquier momento del día, y conversaba con una mujer de pelo oscuro que, según los cálculos de Hanna, tendría unos cincuenta años. Llevaba un mono rojo y parecía desenvuelta. Su firme apretón de manos y la mirada que dirigió a los ojos de Hanna acentuaron esa impresión.

—*Hei, soy Greta* —dijo.

—Greta es glacióloga —
explicó Kåre—. Nos
conocemos desde hace una

eternidad y muchas veces hemos trabajado en proyectos juntos. Es una suerte que hoy esté aquí y tenga tiempo para nosotros.

—Gracias a esta maldita niebla. En realidad ya quería estar de vuelta a Larsbreen. —Se volvió hacia a Hanna—. Es un glaciar cerca de aquí que estamos midiendo. —Se cerró el anorak y se dirigió a la salida con un—: Bueno, pues vamos.

Mientras Hanna la seguía junto a Kåre, se dio cuenta de que su suposición inicial de que era una especie de conserje no

podía ser cierta. Le resultaba embarazoso no haberle preguntado aún a qué se dedicaba. La noche de Tromsø parecían haber acordado tácitamente que no hablarían de su respectivo día a día, algo que había dado un aire introspectivo a las horas que habían pasado juntos y que ahora las hacía parecer irreales.

—¿De qué trabajas exactamente? ¿Y en qué proyectos has trabajado con Greta? —preguntó.

—Soy investigador polar en el sentido más amplio de la

palabra. Y la última vez que trabajé con Greta fue en un estudio sobre los efectos del calentamiento global en lo que se conoce como glaciares «en surge». Un «surge», es decir una ola, es una fase en la que la velocidad de un glaciar se acelera intensamente y el hielo se desgarran en bloques. El aumento de la descarga de masa hacia la lengua del glaciar hace que esta gane en potencia, mientras que la parte superior del glaciar se afina considerablemente. A la fase de aceleración le sigue a menudo

un intervalo de tiempo notablemente más largo en el que el hielo apenas se mueve y en el que la parte superior del glaciar vuelve a desarrollarse. Eso es... —Se detuvo y sonrió—. Perdona, no quería aburrirte. Pero es que una vez que empiezo...

—Oh, no, por favor, ¡es muy interesante! —dijo Hanna—. ¿Habéis constatado cambios?

Kåre asintió.

—Naturalmente todavía no pueden hacerse afirmaciones definitivas o pronósticos seguros. Pero en las últimas

décadas las fases de inactividad se han acortado. Si esta tendencia continúa, los glaciares forzosamente se derretirán a mayor velocidad.

—¿Y cuál es tu especialidad? ¿Tú también eres glaciólogo? — preguntó Hanna.

—No, no exactamente, a pesar de que los conocimientos sobre hielo y nieve también son importantes en mi campo. Estudié Geología y Geofísica.

—Debo admitir que esas materias son un enigma para mí —dijo Hanna—. ¿Qué investigas exactamente?

—En los últimos años me he centrado un poco más en los fenómenos geodinámicos como los movimientos de rocas en el permafrost y los desplazamientos tectónicos —respondió.

Greta se volvió hacia ellos, se colocó al otro lado de Kåre y le dio un suave empujón en el brazo.

—¡No seas modesto! —Se inclinó hacia Hanna por delante de él—. Actualmente es uno de los expertos más consultados en su campo, y harían falta tranquilamente tres clones

suyos para cumplir con todos los proyectos y puestos de profesor que le ofrecen.

Hanna se dio cuenta de que Kåre jugueteaba avergonzado con el cierre de su chaqueta. Parecía resultarle realmente incómodo ser el centro de atención. Su modestia la conmovió. Conocía a demasiados hombres y desde luego también a mujeres que habrían aprovechado cualquier oportunidad para jactarse de una posición como aquella y monologar durante horas sobre sus importantes labores. Kåre

era una de esas personas poco comunes que prefería escuchar. No era de extrañar que lo hubiera tomado por un sencillo empleado.

Entretanto habían llegado a la orilla del fiordo. Hanna distinguió el contorno de un embarcadero en el que había amarrada una gran zódiac. Greta se subió a ella, les tendió a Kåre y a Hanna dos chalecos salvavidas, los ayudó a subirse a bordo después de que se los hubieran puesto y arrancó el motor. Condujo la lancha neumática lentamente por el

fiordo mirando una y otra vez un GPS.

—Si no fuera por el ruido del fueraborda, me sentiría como en una escena de *Las nieblas de Avalón* —le dijo Hanna a Kåre, que estaba sentado junto a ella en un banco montado en la parte delantera de la zódiac.

—No conozco el libro, pero sé a qué te refieres —respondió—. Moverse por la niebla tiene algo de primitivo, casi místico.

—¿Verdad? —dijo Hanna—. En este momento no me sorprendería que un monstruo como el del lago Ness o

cualquier otra criatura fantástica emergiera de las aguas.

—Bueno, en Svalbard realmente hubo dinosaurios marinos —dijo Kåre—. Hace un par de años encontraron casi treinta esqueletos aquí, en el fiordo de Is. Así que hace ciento cincuenta millones de años podrías haberte encontrado perfectamente con un pariente de *Nessie*.

Hanna sonrió y volvió la mirada hacia delante. La niebla, que se tragaba todos los sonidos, acentuaba la sensación de irrealidad que se había

apoderado de ella desde la inesperada aparición de Kåre.

Un rato después Greta frenó el motor.

—Debería ser por aquí —dijo, observando concentrada el infinito.

Hanna entrecerró los ojos, la imitó y se echó hacia atrás asustada cuando una pared vertical apareció ante ellos como de la nada: el frente de un glaciar que desembocaba en mar abierto.

Condujeron lentamente a lo largo de la pared hasta que Greta se detuvo unos metros más adelante

directamente junto a ella. Ante ellos se abría un agujero enorme que a Hanna le recordó los portales de las iglesias góticas. Su corazón se aceleró cuando la lancha se deslizó dentro de la gruta que se abría detrás.

Kåre sacó dos antorchas de magnesio de una caja, las encendió y dio una a Hanna. Hanna la levantó y contuvo el aliento. La luz se reflejó en los incontables carámbanos que colgaban del techo abovedado e hizo relucir las paredes cristalinas, en las que distinguió burbujas de aire y fragmentos

de roca atrapados. Greta apagó el motor. La lancha se mecía suavemente en el centro de la cueva, que se estrechaba hacia la parte posterior y desembocaba en varias pequeñas aberturas.

Greta siguió su mirada y dijo:

—Por desgracia no podemos entrar en la estructura de túneles. En verano es demasiado peligroso.

—¿Y cómo se forman estos pasillos? —preguntó Hanna.

—Son canales a través de los que fluye el agua de deshielo. Con el tiempo se forman cuevas como esta que atraviesan el

glaciar.

Hanna volvió a echar la cabeza hacia atrás. Pensó fugazmente que tenían encima toneladas de hielo que podrían derrumbarse sobre ellos. Una idea que en otras circunstancias le había parecido amenazadora, en aquel momento le resultaba indiferente. «Si esto es lo último que voy a ver en la Tierra, no lucharé contra mi destino», pensó respirando profundamente.

—Es increíblemente hermoso —susurró un poco después, giró la cabeza y miró a Kåre

directamente a los ojos, que la había estado observando con una sonrisa.

Fue como si la acariciara. ¡Qué diferentes podían ser las miradas! Las de Kåre no eran exigentes ni posesivas, como las de Thorsten en los primeros años de su relación, sino atentas y dedicadas.

—Me alegro de que te haya gustado mi sorpresa —dijo.

—¡Mucho! ¡Es el regalo más maravilloso que me ha hecho nadie por mi cumpleaños!

Kåre sujetó su antorcha a un soporte, se inclinó de nuevo

hacia la caja y sacó una botella de champán y tres copas.

—Bueno, ya va siendo hora de brindar a tu salud. Tu cumpleaños está a punto de terminar.

Sirvió, tendió a Greta y a Hanna sus copas, levantó la suya y dijo:

—*Lykke til!* ¡Muchas felicidades!

Brindaron. El suave tintineo retumbó en la bóveda como si hiciera oscilar y resonar los carámbanos. Hanna contuvo la respiración. Miró a Kåre y vio su propia fascinación reflejada

en sus ojos.

Océano Ártico, junio de 1907

Los fuertes crujidos y chasquidos despertaron a Emilie. Sonaba como el viejo abeto tras la casa de sus abuelos, cuyas ramas hacían ruidos inquietantes cuando soplaba viento fuerte y estimulaban su imaginación. Estaba

completamente a oscuras. Se incorporó a medias, se golpeó la cabeza contra algo duro y se frotó la frente con un gemido. El dolor le hizo recordar. Se encontraba en su diminuto habitáculo a bordo del *Isflak* de camino a Spitsbergen, atravesando un mar revuelto. El barco subía y bajaba incesantemente en las olas, que parecían romper justo debajo de la almohada de Emilie. Sería imposible volverse a dormir. Al parecer la tormenta de la que les había advertido Arne se había desatado antes de lo previsto.

Emilie abrió la puerta, se bajó de la litera y miró a su alrededor bajo la luz de una lámpara de petróleo colgada del techo que se bamboleaba violentamente. La hamaca que habían colgado para Leonid en un rincón del cuarto estaba vacía. Las puertas correderas de las cabinas de Arne y Beat Späni estaban abiertas, sus camas desiertas. De la litera del italiano llegaba un suave ronquido. Tras la puerta de William no había movimiento. Le parecía un misterio que pudieran dormir con tanto ruido y balanceo.

Emilie se puso las botas y salió de la popa. Leonid estaba sentado a la mesa de la cámara, con una botella de aguardiente y un vaso delante. Se lo tendió a Emilie en silencio y la miró interrogante. Ella negó con la cabeza y se dirigió a la escalerilla que conducía a la cubierta. Una y otra vez tenía que apoyarse con las manos para no perder el equilibrio. La máquina de vapor estaba en funcionamiento, sus golpes sordos se perdían entre los aullidos del viento. Uno de los dos marineros estaba ante la

abertura del fogón de espaldas a Emilie y la alimentaba a paladas de carbón. No la vio.

Justo cuando había pisado el primer escalón, se oyó un gran estrépito en la parte delantera de la embarcación. Emilie se dirigió rápidamente a la proa, abrió la puerta de la antigua bodega de pescado y evitó en el último momento una cajita que salió volando hacia ella desde una balda. El suelo ya estaba lleno de elementos del equipo que los bandazos del barco habían desordenado. Emilie cogió una caja vacía y recogió

los objetos más pequeños. A continuación amarró las estanterías y las cajas grandes con cabos que había enrollados en un rincón. Después de asegurarse de que todo estaba guardado de manera segura, volvió a la escalera. Beat Späni se tambaleaba pálido hacia ella desde el retrete. Se agarraba el vientre y gemía.

— ¡Vaya mierda! — maldijo, mirando a Emilie fijamente con los ojos inyectados en sangre.

— ¿Puedo ayudarle? — le preguntó ella.

Él negó con la cabeza, se

encorvó, volvió corriendo al baño y vomitó en uno de los cubos que había allí para que los pasajeros hicieran sus necesidades. Emilie se volvió con mirada compasiva y subió, contenta por escapar del hedor. La trampilla estaba encallada, y para abrirla tuvo que empujarla con la espalda.

Apenas se había deslizado por la escotilla, recibió el impacto de la violenta tormenta, que en ese momento levantaba por los aires la proa. Cuando el barco volvió a sumergirse y atravesó una escarpada ola, el mar

propinó al rostro de Emilie un golpe de humedad helada. Salió a gatas a la cubierta resoplando y cerró apresuradamente la escotilla, mientras aluviones de agua caían sobre ella y le recorrían la nuca y los brazos. En cuestión de segundos estaba empapada hasta los huesos. Le ardían los ojos y la nariz. Se pasó la lengua por los labios, que le supieron a sal.

—¿Qué haces aquí? ¡Haz el favor de quedarte abajo! — gritó una voz.

Emilie miró a su alrededor y descubrió a Arne. Luchaba

contra uno de los sacos de carbón apilados en la cubierta, que resbalaba por los tablones mojados y amenazaba con caer por la borda. Arne levantó al prófugo con gran esfuerzo y trató de amarrarlo con un cabo. El segundo marinero y el práctico estaban junto al mástil de proa y giraban un cabrestante para empañicar la vela mayor. La vela de mesana del mástil de popa ya estaba recogida.

El barco giró, se dirigió hacia el viento y se inclinó. Emilie se aferró a la puerta de la escotilla.

Otro saco de carbón comenzó a moverse. Se arrastró hacia él y lo empujó hacia su sitio. El capitán sacó la cabeza de la caseta del timón y vociferó:

—*Hal tott stormfokk!*

Al mismo tiempo una enorme ola hizo bailar varias cajas y toneles por la cubierta. El marinero se acercó a ayudar a Arne y a Emilie, mientras el práctico atrapaba un cabo amarrado a la única vela que seguía izada delante del todo en la proa. Al parecer debía reducir el ángulo entre el pequeño trinquete y el eje del barco, ya

que giraba con todas sus fuerzas la manivela para cerrar la vela, sometida a una gran tensión. El capitán navegaba a tanta velocidad como era posible para alejar al *Isflak* del centro de la tormenta. El curso que llevaban —con mucho viento y contra el mar— exigía frecuentes maniobras de giro y hacía que el barco cabalgara las olas de ocho a diez metros de altura.

«Así deben sentirse los jinetes de rodeo», pensó Emilie, que hacía poco había leído un reportaje sobre un espectáculo

del Lejano Oeste. Había intentado en vano imaginarse qué se sentiría a lomos de un caballo bravo o un toro nervioso, que no escatimarían en esfuerzos para librarse del lastre indeseado de su espalda y se encorvarían y encabritarían a grandes saltos.

Cuando el barco se precipitaba hacia el seno de una ola, sobre la popa solo se veía el cielo gris oscuro atravesado por jirones de nubes, y segundos más tarde se levantaba y ascendía la siguiente montaña de agua, cuya cresta rompía

sobre la proa e inundaba la cubierta. La espuma blanca se levantaba y les llovía encima; agua desde todos lados. A Emilie le resultaba difícil conservar la orientación: ¿qué era arriba, qué era abajo? ¡Qué más daba! Mientras encontrara apoyo, lo único importante era guardar todo lo que había en la cubierta.

Evitó la mirada de Arne para no darle ninguna oportunidad de enviarla bajo cubierta. Se concentró en el marinero, que les indicaba a ella y a Arne con gestos y breves gritos hacia

dónde debían empujar los barriles, los sacos, las cestas y las cajas, que él después amarraba con nudos especiales. Arne no parecía tener intención de repetir su advertencia. Trabajaban juntos para el marinero, no necesitaban palabras para entenderse, agarraban la mercancía en peligro al mismo tiempo, como guiados por una mano mágica, tiraban de ella y la empujaban a la vez hasta la posición deseada, y profirieron una sonora maldición al unísono cuando una cesta de marisco volcó y su

contenido se esparció por los tablones.

Emilie no habría sabido decir cuánto tiempo bregó codo con codo con Arne. En un momento creyó ver por el rabillo del ojo que William asomaba la cabeza por la escotilla e inmediatamente volvía a retirarse. El tiempo y el espacio se diluyeron en el aullido atronador de las ráfagas huracanadas. El intenso trabajo físico y el miedo constante a que una ola le arrancara los pies del suelo y la lanzara por la borda exigían toda su

concentración.

Un grito de terror resonó en el aire. El práctico señaló hacia delante con cara de pánico.

— *Ankerkjetting er løs!*

A pesar de no entender exactamente las palabras, Emilie comprendió que el ancla amenazaba con caer al agua. Sin pensarlo, avanzó con dificultad hacia la proa y vio que el perno de madera con el que se sujetaba la cadena del ancla se había soltado de la rosca y se deslizaba sobre el suelo. Saltó para cogerlo, lo agarró, lo volvió a clavar en el agujero y

logró que la cadena del ancla dejara de desenrollarse. La tormenta aulló y sacudió el eje, como si se hubiera tomado a mal lo que había hecho. Emilie sintió que la madera temblaba bajo sus manos y trataba de abrirse camino hacia arriba de nuevo. Apretó los dientes y se apoyó con todo el cuerpo sobre ella para mantenerla en su posición. «¡No lo sueltes!», se ordenó. Jadeaba, el corazón le latía contra las costillas, y tenía los brazos entumecidos. Cerró los ojos. «¡No aflojes ahora!» Sus dedos se apretaron con más

fuerza contra la madera, que el viento empujaba y tironeaba.

Emilie maldijo el «no» categórico con el que su madre respondía regularmente a su deseo de entrar en el club de gimnasia local para hacer deporte: «¡Por el amor de Dios, hija! ¿Quién te mete esos pájaros en la cabeza? ¡No es nada apropiado!» Ese argumento zanjaba para Irmhild Berghoff cualquier tipo de discusión, y Emilie debía conformarse. La rabia que sentía le dio fuerzas renovadas.

De pronto la presión cedió.

Emilie levantó la mirada. Arne estaba junto a ella. Había metido un segundo perno en el cabrestante y lo había asegurado con una gruesa amarra. Asintió a Emilie y desapareció. Esta se incorporó, se apoyó en la barandilla y miró hacia delante. El barco atravesaba el mar embravecido como una flecha. El pequeño trinquete ofrecía poca superficie de ataque a la tormenta, y la coordinación precisa del capitán y del práctico hacía que el *Isflak* surcara las olas con maestría.

Un grito de júbilo penetró en el oído de Emilie. Le llevó un segundo darse cuenta de que había sido ella quien había gritado de alivio. Sintió una alegría incontenible, desenfrenada. Nunca en toda su vida se había sentido tan libre. Dirigió su rostro hacia arriba, dejó que las finas gotas de espuma le cayeran encima, aspiró profundamente el olor acre de la sal y cantó contra el rugido del viento:

*Reyes de las tormentas,
del oleaje bravío,*

*de los vientos gélidos y
su golpe cortante.*

*Tantos años
recorriendo océanos y
mares,*

*y ved que nuestra
bandera no ha
sucumbido.*

*Nuestro barco surca
orgullosamente las olas de
espuma,*

*y el viento infla
poderosamente las velas.*

*Mirad cómo ondea allí
arriba la bandera,*

*la bandera sangrienta
que a todos asusta.*

*Cazamos víctimas por
el mar infinito,
todos huyen con velas
al viento.*

*Los abordamos sin
miramientos,
la victoria nos brinda
honor y enemigos.*

*Sí, somos piratas y
salimos a la mar,
no tememos a la muerte
ni al diablo;*

*nos reímos de peligros y
adversarios,
solo en el fondo
hallaremos la paz.*

Emilie regresó bajo cubierta dos horas después de que la tormenta la hubiera despertado. La carga ya estaba asegurada. El marinero que hasta entonces había estado alimentando la máquina, relevó al práctico en el trinquete. Este se acercó al capitán a la caseta del timón para calcular el curso que seguiría el *Isflak*. Arne y el otro

marinero también descendieron. Mientras este último reponía las existencias de carbón ante el hogar, Arne desapareció en la cocina.

Emilie se quitó la chaqueta forrada, que chorreaba, y se acercó a la cámara, donde William y Beat Späni estaban sentados a la mesa. El suizo estaba muy desmejorado, parecía un saco fofo en una esquina y estaba hecho una lástima.

William se apartó para hacer sitio a Emilie.

—¿Dónde están los demás? —

preguntó.

—Leonid ha vuelto a tumbarse en la hamaca. Y a Antonio ni siquiera lo he visto —respondió William—. Parece que tiene un sueño envidiablemente profundo.

Emilie se dejó caer agotada en el banco y se pasó las dos manos por el pelo.

—¡Por todos los cielos! ¿Qué ha pasado? —exclamó William.

Emilie lo miró con gesto interrogante.

—¡Estás sangrando!

—¿Qué? ¿Dónde?

William le señaló las manos.

Emilie las giró y se quedó de piedra. La piel de las palmas estaba levantada y cortada. No se había dado cuenta de que la tosca madera del perno le había hecho daño. En el fragor de la batalla no lo había sentido.

— ¡Eso hay que limpiarlo y vendarlo!

Arne se había acercado a la mesa en silencio, dejó una tetera esmaltada que emanaba aroma a café, cogió una cajita de una estantería de pared y sacó unas pinzas y un frasco con un líquido marronáceo.

— Bah, no es para tanto —

murmuró Emilie—. No son más que un par de rasguños.

Mientras hablaba, se dio cuenta de que no era cierto. En las manos comenzó a latirle un dolor que le quitó el aliento, como si la atención que recibían lo hubiera despertado. Arne ignoró su objeción, se sentó en diagonal junto a ella, le sujetó la mano derecha por la muñeca y comenzó a sacar finas astillas de madera con las pinzas. William se estremeció, aguantó la respiración y se apartó. Emilie se esforzó por aspirar y espirar regularmente y recordó a los

indios de las descripciones de Karl May, que al parecer no conocían el dolor. En el libro *El tesoro del lago de la Plata*, que de niña había leído varias veces a escondidas, al igual que las demás novelas de aventuras del autor, un pasaje la había impresionado especialmente: «Al indio se le entrena desde la más tierna infancia para aguantar el dolor físico. De esta manera, llega incluso a soportar las mayores torturas sin inmutarse.»

El escozor del yodo, con el que Arne le desinfectaba las

manos antes de vendárselas con gasas, frustró sus intentos de dominarse. Notó que los ojos se le llenaban de lágrimas. «¡No te pongas a llorar ahora! ¿Qué hacen los hombres cuando algo les duele? ¡Maldicen!»

— ¡Maldición! — exclamó —.
¡Diablos!

Pensó en su abuelo por parte de padre, que siempre recurría a su dialecto cuando maldecía por haberse golpeado el pulgar con el martillo o por estar enfadado. A Emilie eso siempre le había provocado sentimientos encontrados. Por una parte se

sentía impresionada por aquellas expresiones, cuyo significado únicamente intuía. Por la otra, la inquietaba que su querido abuelo hiciera uso de un lenguaje que su propia nuera desdeñaba por ser señal de torpeza y falta de cultura.

—*Driete!* —exclamó cuando Arne salpicó con yodo un corte profundo.

Le sentaba bien desahogarse así.

—*Driete?* —preguntó Arne—. Eso no es alemán estándar, ¿no?

Para sorpresa de Emilie, una

sonrisa casi imperceptible
asomó en sus labios. ¿Estaba
riéndose de ella?

—Suená parecido a nuestro
dritt. Es lo que decimos cuando
algo nos parece una mierda.

Emilie le devolvió la sonrisa.
No, simplemente estaba
interesado en que le explicara
una palabra que desconocía.

Antes de que pudiera
responder, William se dirigió a
ella:

—Cuéntanos de una vez
cómo te has hecho estas heridas.

—Max nos ha salvado de un
gran peligro —respondió Arne

en su lugar—. La tormenta había soltado la cadena del ancla. Max ha evitado en el último momento que el ancla cayera al mar.

—¿Qué habría sucedido, si no? —preguntó William.

—No habríamos podido dirigir el barco. Y con este oleaje, antes o después, habríamos zozobrado.

William dirigió a Emilie una mirada de reconocimiento.

—¡Eres un auténtico prodigio! Con ese temporal no me habrían sacado a cubierta ni a rastras.

Beat Späni despertó de su letargo, dio unas palmaditas a Emilie en el hombro y dijo con el patetismo tan propio de él:

—Sí, nuestro joven amigo está mudando de piel. Empezó el viaje casi como un niño, ¡y lo acabará habiendo madurado como un hombre!

La risita que provocó a Emilie la expresión «madurado como un hombre» se le atragantó al encontrarse con la seria mirada de Arne. Había recaído sobre ella y la escrutaba. Al tiempo que cavilaba qué pensaría de ella, se preguntó por qué le

interesaba tanto saberlo.

Spitsbergen, julio de 2013

Cuando la lancha neumática salió de la cueva acompañada del ruido traqueteante del motor, Hanna entrecerró los ojos deslumbrada por la luminosidad. La niebla se había compactado formando una pared sobre el fiordo, pero en

las orillas se había disipado. El sol brillaba a su espalda y hacía relucir los cristales de hielo del glaciar. Hanna miró su reloj. Era poco después de medianoche. ¿Cuánto tiempo haría falta para acostumbrarse a aquella claridad permanente? Hanna dudaba de que eso fuera posible.

— ¡Mira! — exclamó Kåre, señalando un amplio arco que se alzaba desde el agua y brillaba en un blanco intenso.

— Es precioso — susurró Hanna—. ¿Qué es?

— Un arco de niebla —

respondió—. Al igual que un arcoíris, se forma cuando los rayos del sol se reflejan en las gotitas de agua. Como estas son especialmente diminutas en la niebla, no refractan la luz en diferentes colores, sino que la reflejan en blanco.

Hanna asintió y contempló aquel espectáculo de la naturaleza, que parecía el escenario de una película fantástica. No le habría sorprendido que sobre el arco aparecieran unos elfos bailarines. «¿A qué estás esperando? ¿Ya te has

olvidado? No estás aquí por placer. Es una imagen genial. ¡Haz fotos!», intervino su sentido del deber. Hanna contuvo una queja, sacó la cámara y sonrió a Kåre a modo de disculpa.

—En el fondo odio hacer fotos cuando en realidad me gustaría disfrutar del momento y empaparme de las sensaciones. Pero mi rendimiento fotográfico no es precisamente espectacular. Y en un par de horas estaré sentada en el avión de vuelta a Alemania. Así que tengo que darme prisa.

Al pensar en su marcha inminente sintió una punzada que perforó la burbuja hechizada en la que había pasado las últimas horas. La realidad volvió a tomar el mando. Después de que fotografiara el arco de niebla y la entrada a la cueva del glaciar, Kåre carraspeó y dijo:

—Me gustaría hacerte una propuesta. ¿Crees que podrías cambiar el vuelo y quedarte dos días más? Así podría enseñarte un par de sitios interesantes. Y, sin duda, reunirías más fotos y recomendaciones para tu

artículo.

Hanna arqueó las cejas sorprendida.

—No te costaría mucho — añadió rápidamente.

Hanna lo miraba inmóvil mientras las ideas le revoloteaban en la cabeza y sopesaba los pros y los contras. Se llamó al orden. «¿Qué es lo que tienes que pensar? ¡Sería imperdonable que rechazaras esta oferta!»

—Pero probablemente tendrás que volver a casa y... — prosiguió él mientras Hanna al mismo tiempo dijo:

— ¡Es una idea magnífica!

Se detuvieron y se miraron. A Kåre le brillaban los ojos. Hanna notaba que su boca dibujaba una amplia sonrisa.

— Entonces, ¿estamos de acuerdo? — preguntó él.

Hanna asintió y estuvo a punto de echarse al cuello de Kåre. Se quitó todo el peso de encima. ¡Qué sensación tan maravillosa! Dejar que las cosas sucedieran espontáneamente, como en los viejos tiempos. No forjar planes firmes, sino estar abierta a aquello que el día le ofreciera.

Después de que Kåre la acompañara al hotel y se despidiera con un beso de buenas noches en la mejilla, Hanna se dirigió a su habitación en un estado de embriaguez. Al contrario de lo que esperaba, se quedó dormida enseguida y se despertó seis horas después; seguía animada por una liviandad que percibía como un agradable mareo.

Hacia las ocho estaba sentada en el comedor de desayuno del Trapper's Hotel y comía con gran apetito gofres recién hechos con una buena

cucharada de *rømme*, nata densa agria, muy similar al *Schmand* de su Baviera natal, y con mermelada amarillo oscuro de mora de los pantanos, que tenía un agradable sabor ácido. Su *smartphone*, que había dejado junto al plato, vibró. Kåre le había enviado un mensaje: «*Hei, Hanna, ¿has dormido bien? ¡Ya tenemos con quien volar! Ven hacia las nueve al aeropuerto, directamente a la pista de despegue. ¡Tengo muchas ganas de hacer esta excursión! Hasta ahora, Kåre.*»

Hanna sonrió. Kåre no había

querido desvelar a dónde la llevaría. No porque quisiera resultar especialmente misterioso y quisiera sorprenderla a cualquier precio, sino para no crear expectativas que luego quizá no pudiera cumplir. A Hanna esa actitud le resultaba muy simpática. Por fin alguien a quien no le gustaban las grandes palabras y no esperaba agradecimientos y elogios por el simple anuncio de una intención, a pesar de que luego quedara en nada. Cuántas veces le había hecho Thorsten la boca agua con planes que nunca

se habían hecho realidad. El odio de Hanna por ese comportamiento había ido creciendo con el tiempo. Era como prometer una comida a una persona hambrienta y enumerar todos los detalles para después no prepararla jamás. Y, además, reaccionar ofendido cuando la persona afectada expresaba su decepción.

Hanna tecleó una respuesta rápida, se terminó el desayuno, saludó con la cabeza a los cuatro americanos sentados en el otro extremo de la mesa, y subió corriendo a su habitación

para meter las últimas cosas en la maleta.

Media hora después llegó al aeropuerto. Kåre, que había dormido en un cuarto de invitados de la universidad, estaba junto a una avioneta de hélice de dos motores cuya parte inferior tenía la forma del casco de un barco. Cuando la vio, la saludó alegre.

—Hemos tenido suerte. Bengt puede llevarnos.

Señaló con la cabeza a un joven que salió en ese momento de debajo del avión anfibia y se incorporó. Hanna tuvo que

echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a la cara. Estaba moreno, llevaba el pelo rubio oscuro recogido en una coleta y era larguirucho.

—*Hei*, Hanna —dijo, estrechándole firmemente la mano—. Id subiendo, comprobaré el aceite un momento —añadió e hizo un gesto invitador hacia la corta escalera desplegada desde la portezuela del avión. Kåre cogió la maleta de Hanna.

—¿Me dirás ahora a dónde vamos? —preguntó Hanna.

—A la costa norte de

Spitsbergen occidental —
respondió Kåre—. Los padres
de Bengt, que son buenos
amigos míos, están acampados
en este momento en el fiordo de
Raud. Un lugar precioso. Te
gustará. Podemos pasar allí una
noche antes de que yo continúe
al día siguiente hacia Ny
Ålesund. Tengo una reunión
allí y tengo que ocuparme de
un par de cosas. Pero tendré
tiempo de sobra para enseñarte
un poco la zona y presentarte a
un par de científicos y sus
proyectos, si te apetece.

—¡Desde luego! —dijo

Hanna—. Normalmente una no ve cosas como estas cuando es turista. —Bajó la voz—. ¿Bengt vuela solo por nosotros? Me resultaría algo embarazoso y...

—No, no, no te preocupes —la interrumpió Kåre—. Bengt habría viajado de todos modos. Les lleva a sus padres comida y un par de cosas que necesitan para su investigación. Después tiene que recoger a un grupo de estudiantes que han hecho una excursión por el estrecho de Hinlopen.

Hanna asintió aliviada y preguntó:

—¿Y qué están investigando tus amigos?

—Ambos han estudiado Paleontología. También se conocieron en la universidad. Leif se ha especializado en cuestiones geobiológicas, como por ejemplo los cambios en la biosfera a lo largo de la historia de la Tierra. Colabora estrechamente con Line, que sobre todo investiga fósiles. Ya que las plantas, los animales y los microorganismos petrificados son la mejor manera de obtener indicios de la transformación de la biosfera.

Pero ellos te lo explicarán mucho mejor —se interrumpió Kåre.

—¡Qué gente tan interesante conoces! —dijo Hanna—. En mis viajes también he conocido a mucha gente fascinante y me he hecho amiga de un par de ellos. Pero no podría movilizar en pocas horas a una investigadora polar que esté dispuesta a conducir hasta una cueva de un glaciar en plena noche, y poco después a un piloto que me lleve en avión hasta la otra punta de una isla para encontrarme con unos

científicos que investigan el cambio climático. Es la bomba, como diría mi hijo.

Kåre hizo un gesto negativo con la mano. Bengt, que ya había entrado en el avión y se había sentado en la cabina del piloto, se volvió con una sonrisa hacia Hanna, que estaba sentada frente a Kåre en uno de los asientos plegables fijados a la pared. Entre ellos y en la parte trasera del avión había cajas y sacos amarrados con grandes redes.

—Oh, eso no es nada —dijo Bengt—. En veinticuatro horas

Kåre te podría reunir un equipo de expertos internacionales que lo dejarían todo por salir en una expedición con él.

—No exageres —refunfuñó Kåre avergonzado.

—No lo estoy haciendo —replicó Bengt—. Yo también me apuntaría sin dudarlo. ¿Ya no te apetece?

—Bah, eso prefiero dejárselo a los jóvenes —dijo Kåre y cambió de tema para disgusto de Hanna. Le habría gustado saber más sobre las aventuras árticas de Kåre. Y sobre los motivos por los que ya no se

dedicaba a ellas.

—¿Cómo va tu trabajo final?

—preguntó Kåre.

Bengt se echó a reír, pero no intentó seguir sonsacando a Kåre.

—Creo que terminaré este invierno.

—¿Así que no eres piloto de profesión? —preguntó Hanna.

—No, en realidad soy meteorólogo. Pilotando gano algo de dinero en los meses de verano. Siempre había soñado con volar. Y como mis padres creen que es útil tener un piloto en la familia, me financiaron el

permiso. Este cacharro —dijo un golpecito al salpicadero que tenía delante— lo compré con un par de amigos. Pero está en perfecto estado, no tengas miedo.

—Oh, he viajado en aviones mucho más destartalados —dijo Hanna, y se recordó sobrevolando a bajísima altura sobre las copas de los árboles de la selva birmana sentada en un montón de chatarra que únicamente parecía mantenerse unido y en el aire gracias a las maldiciones del piloto, que había aterrizado a trancas y

barrancas en una pista irregular tras perder una hélice. Desde aquella experiencia, ya nada podía asustar a Hanna en lo que a volar se refería.

Una voz graznó en los auriculares que Bengt se había colocado al cuello. Se los puso, respondió a una pregunta y se dirigió a ellos:

—Vale, tenemos permiso para despegar. En marcha.

Pulsó un par de botones y encendió los motores. Hanna se apresuró a ponerse los tapones para los oídos. El ruido del avión de hélice era

ensordecedor, en el sentido más literal de la palabra.

Una hora larga después, Bengt sobrevoló un ancho glaciar y descendió. Se encontraban sobre el fiordo de Raud, en cuya orilla occidental desembocaban varios glaciares pequeños entre montañas negras que se alzaban escarpadas hacia el cielo. Las amplias playas de guijarros y las colinas suavemente onduladas de la costa oriental establecían un atractivo contraste. Bengt viró. Antes de que se posara sobre el agua y detuviera el

avión, Hanna atisbó una pequeña lengua de tierra. En su parte frontal había una playa en la que distinguió un par de tiendas de campaña: el destino de su excursión.

Kåre no se había equivocado. Hanna se sintió inmediatamente a gusto en ese lugar, que no podía compararse con nada que hubiera visto antes. Tampoco se correspondía con la idea que tenía de los paisajes árticos. La mayoría presentaban fuertes contrastes de blanco y negro o brillaban con los diferentes tonos azules del hielo perpetuo.

Allí el paisaje de la orilla oriental era realmente colorido. La vegetación ofrecía las variedades más diversas del verde: exuberantes colchones de musgo, líquenes y saxífragas herbáceas llenas de flores blancas, amarillas y rojas. Las piedras relucían en diferentes tonos desde el gris, pasando por el marrón, hasta el lila y el cobre. Hanna había leído en una guía de viajes de internet que esos tonos rojizos, que daban su nombre al fiordo, se debían al alto contenido en hierro de la roca, y se habían

formado hacía más de trescientos millones de años en un clima tropical húmedo. En esa época Svalbard formaba parte de una gran placa que aún se encontraba cerca del ecuador.

Las tiendas que Hanna había visto al aproximarse formaban parte del campamento de verano en el que los padres de Bengt estaban pasando unas semanas. Su padre, un hombre rechoncho de unos sesenta años, se acercó a ellos con una lancha neumática, llevó a Kåre y a Hanna a la orilla, y después ayudó a su hijo a llevar a tierra

las cajas y los sacos destinados a él y a su mujer, así como el equipaje de los huéspedes.

Los dejó en tierra diciendo «Line está en la cocina», lo que provocó una risita a Hanna. Kåre la miró con gesto interrogante.

—Line está en la cocina. Tienes que admitir que en este lugar eso suena un poco raro — explicó Hanna—. Me imagino automáticamente a un ama de casa en delantal revoloteando por una cocina completamente equipada.

Kåre sonrió divertido.

—Visto así, sí que es extraño. Solo de imaginarme a Line como una maruja atareada...

Se rio de corazón, señaló una tienda blanca que parecía una casita y saludó a una mujer que en ese momento salía de ella. Bengt se parecía mucho a su madre, que también era alta y tenía el pelo rubio dorado como él, aunque ella lo llevaba corto a lo *garçon*. Después de saludarse y presentarse, Line dijo:

—Llegáis justo a tiempo. Acabo de hacer café.

Kåre y Hanna entraron tras

ella en la tienda blanca, en la que había un hornillo de dos fogones, un par de sartenes, cazos y un hervidor de agua sobre una mesa coja. En una cesta se apilaban cuencos, platos y recipientes de aluminio y esmalte, había dos palanganas para fregar, y el mobiliario lo completaban una mesa pequeña con dos sillas plegables. Line dio a Hanna un termo y llenó una bandeja con tazas, una cajita de azucarillos y una lata de leche condensada. Kåre sacó una bolsa de papel de su mochila, la abrió y se la tendió a

Line. Ella echó un vistazo dentro.

— ¡Oh, bollitos de pasas recién hechos! Cómo los echo de menos. ¡Y encima son caseros! —Dirigió una mirada radiante a Kåre y, dirigiéndose a Hanna, dijo—: Si no fuera tan feliz con Leif, estaría perdidamente enamorada de Kåre. Ya solo por sus habilidades culinarias.

— ¿Cuándo demonios los has hecho? —preguntó Hanna, mirando incrédula a Kåre.

Él se encogió de hombros.

— Bah, no podía dormir y me

di una vuelta por la cocina del instituto.

—Huelen de maravilla. La tarta que hiciste también estaba impresionante —dijo Hanna—. Podrías abrir una pastelería perfectamente.

—O un local para *gourmets* —dijo Line—. Podrías haber sido cocinero.

Kåre se echó a reír.

—No sois las primeras que me proponéis un cambio de profesión. Mi sobrina Nora cree que debería pensarlo seriamente.

—¿Cómo le va? —preguntó

Line—. ¿Y qué sabes de Bente?

—Bente es mi hermana —
explicó Kåre a Hanna antes de
responder a Line—: Las dos
están bien. Nora sigue muy
enamorada de Mielat. Está
pasando las vacaciones
montando a caballo con su
grupo de juegos donde Lisa y
Amund. Seguro que Bente ya
está allí visitando a nuestra
madre. En realidad yo también
debería ir un par de días.
Espero poder organizarlo...

Line le puso la mano en el
brazo y lo miró seriamente:

—Hazlo. No sabes cuánto

tiempo os queda con Mari. De todas formas, es asombroso lo en forma que está para su edad.

—Tienes toda la razón —dijo Kåre—. Además no es muy habitual que la mayor parte del clan se reúna en un mismo sitio. —Se volvió hacia Hanna—. Nuestra familia no es muy grande, pero está desperdigada casi por todo el país. Nora viaja regularmente entre Oslo y Laponia, mi madre vive con su otra nieta en una granja en la costa oeste, y también tenemos parientes en las Lofoten. Por lo que sé, las únicas regiones a las

que ninguno de nosotros ha ido a parar son las del este.

—Tengo que admitir que no lo he entendido muy bien — dijo Hanna, levantando los hombros—. ¿Esa granja es la misma en la que tu sobrina Nora está montando a caballo?

Kåre asintió y dijo:

—¡Perdona! Te estoy avasallando con un montón de nombres y lugares desconocidos. No me extraña que estés confundida. Cuando tengamos ocasión, estaré encantado de desenmarañar y explicarte con tranquilidad los

lazos de nuestra familia.

Line sonrió a Kåre.

—Qué locura. Cuando nos conocimos prácticamente no tenías familia. O eso creías.

—Es cierto, solo tenía contacto con mi madre —respondió—. Entonces jamás habría soñado con volver a ver a mi hermana. O con ser tío. A veces apenas puedo creerlo.

Line sonrió y se inclinó hacia Hanna.

—Yo siempre había considerado a Kåre el típico ermitaño. No es que fuera asocial o no le gustara la gente,

pero por alguna razón no tenía raíces ni relaciones estables. Pero desde que encontró a su familia...

—Desde que ellos me encontraron a mí, mejor dicho —intervino Kåre.

—Se ha convertido en otra persona —terminó su frase Line, guiñó un ojo a Hanna casi imperceptiblemente y salió de la tienda con la bandeja.

Hanna la siguió con el termo de café. ¿Qué había querido decir Line con lo de «otra persona» y el guiño cargado de significado? ¿Que Kåre hasta

hacía poco no solo no había tenido familia sino tampoco relaciones con mujeres? ¿Era eso posible? Si así era, la idea provocó en Hanna sentimientos encontrados. Era algo inquietante y al mismo tiempo excitante. ¿Cuántas veces se encontraba una con un hombre experimentado que no solo era atractivo, comprensivo, humilde y divertido, sino que para colmo no estaba comprometido?

29

Isla del Oso, junio de 1907

La tormenta persiguió al *Isflak* por el mar de Barents durante cuatro días. El barco se abría paso a bandazos y golpes a través de las olas de varios metros y escapaba por poco del ojo del huracán una y otra vez. El capitán no se ponía nervioso

y dirigía a su reducido equipo con sensatez y resolución a través del mar embravecido. Emilie estaba orgullosa de que la considerara sin más parte de la tripulación y de que le encargara tareas con tanta naturalidad como a sus marineros o a Arne.

Leonid, que también había ofrecido su ayuda, había sido despachado con una sonrisa amable al demostrarse que era dueño de dos manos izquierdas y que con su torpeza causaba más perjuicio que beneficio. Beat Späni pasó toda la travesía

con el cubo a su alcance, y cada día estaba más pálido. Antonio, en cambio, de quien Emilie había esperado que el desapacible viaje lo aterrorizara después de que el corto trayecto en bote en el puerto de Tromsø lo pusiera al borde de un ataque de nervios, apenas parecía notar la tormenta. Pasaba la mayor parte del tiempo sentado en el vestíbulo de la embarcación entretenido con un aparato. Para no resbalar de su asiento, se ataba a él y trabajaba satisfecho. Al parecer solo perdía la calma cuando veía el

mar.

William también permaneció bajo cubierta. No ocultaba su admiración por la valentía con la que Emilie hacía equilibrios en los resbaladizos tablones, se mataba recogiendo o desplegando las velas o comprobaba los amarres de la mercancía, que se soltaban debido a los tirones constantes del viento. Le reconoció visiblemente avergonzado que, como *sportsman* que era, le daba rabia no poder echar una mano también, tal y como había esperado de sí mismo. Para su

propia sorpresa, se había dado cuenta de que se mareaba y de que los fuertes movimientos del barco, que dificultaban conservar la orientación y saber qué era arriba y qué era abajo, le hacían sentirse inseguro. A William, un apasionado remero, le costaba digerir esa derrota, ya que así es como percibía su debilidad. Sin embargo, no podía hacer nada, cada paso en el exterior le suponía un esfuerzo. Así que prefería ayudar alimentando el fogón, bombeando el agua de la sentina o en la cocina.

Emilie sentía pena por William, sobre todo porque disfrutaba de cada minuto que pasaba fuera. Ni el dolor resultante de las ampollas y los cortes en las manos ni las agujetas que le causó el trabajo físico, al que no estaba acostumbrada, disminuyeron su entusiasmo. Tampoco la molestaba apenas estar constantemente empapada. Al moverse entraba en calor. Y como su atuendo constaba de varias capas, tampoco corría el peligro de que se le pegara al cuerpo y revelara sus curvas

femeninas.

La experiencia de formar parte de un grupo que trabajaba codo con codo y se enfrentaba unido al peligro hacía feliz a Emilie. Le sentaba muy bien sentirse necesitada y poder llevar a cabo una actividad con sentido.

Se estremeció al pensar en las tardes eternas en las que su madre la había obligado a hacer labores, una de las pocas actividades, además de la organización de fiestas benéficas, que a sus ojos eran apropiadas para una dama de la alta sociedad. Emilie nunca se

había sentido tan inútil como cuando confeccionaba los tapetes de encaje o los aforismos bordados que se regalaban a los empleados por su cumpleaños o por Navidad. Una vez se había dejado llevar y había comentado que a Else, la cocinera, seguramente le gustaría mucho más un sombrero nuevo o un frasco de agua de Colonia que la sentencia «Si la cocinera se esmera, la señora remunera» inmortalizada en un paño, o versos como: «Sé como la violeta virtuosa / humilde, pura

y educada, / y no como la rosa orgullosa, / que siempre quiere ser admirada.»

Irmhild Berghoff había mirado a su hija con indignación y le había dado una larga conferencia acerca de la misión moral que tenían como señores para con sus subalternos. Había terminado con las siguientes palabras:

—Recuérdalo siempre: cuando te hagas cargo de tu propio hogar, además de las innumerables obligaciones que conlleva eso, por encima de todo serás responsable de la

ética de tus empleados. Debido a su naturaleza infantil y simplona, estas personas son fácilmente seducibles y corren peligro de apartarse del camino correcto. Necesitan que nuestra mano los guíe para permanecer en el sendero de la virtud.

Emilie se había contenido y no había comentado que la doncella de su madre se cuestionaba mucho más que su propia señora qué era apropiado y qué no lo era. Y en opinión de Emilie, Else tampoco era en absoluto ingenua. La simple idea de que

alguien pudiera inducir a aquella persona resuelta y sensata a cometer actos deshonorosos o seducirla con propuestas indecorosas era tan extraña, que había simulado un ataque de tos para que su escandalosa risa no la metiera en más problemas.

Al mediodía del cuarto día se oyó el deseado grito de: «¡Tierra a la vista!»

En ese momento Emilie estaba sentada en la cámara con William, Antonio, Leonid y uno de los marineros, y comía

un sabroso guiso de carne que había preparado Arne.

— *Che cosa ha detto?* — preguntó Antonio señalando hacia arriba, desde donde había resonado la voz.

William y Emilie se miraron confusos. Sin las artes interpretativas de Beat Späni era difícil entenderse con el italiano.

— Probablemente quiere saber qué significa — dijo Emilie—. Me temo que no vamos a poder ayudarlo.

William sonrió con picardía.

— ¡Claro que sí! Eso también

puede hacerse sin palabras.

Formó dos tubos con las manos, hizo como si mirara por un telescopio y buscó a su alrededor. Al mismo tiempo se balanceaba como si estuviera en un barco bamboleante. Después de un rato señaló agitado en una dirección y formó un paisaje acolinado.

— *Capisco! Raggiungiamo la costa* — exclamó Antonio radiante, antes de que su rostro adoptara de nuevo un gesto interrogante—. *Quale paese? Svalbard?*

Arne, que en ese instante salía

de la cocina con pan recién cortado, negó con la cabeza.

—No, todavía no es Svalbard. Es la isla del Oso.

William y Emilie se miraron y emitieron al unísono un profundo rugido. Antonio asintió con empeño.

—*Ah! Isola degli Orsi.*

—¿Atracaremos allí? — preguntó William.

Arne lo miró sorprendido.

—Es más, tenemos que hacerlo. Haremos escala en una ensenada protegida, dejaremos que la tormenta pase y repararemos los daños que ha

causado.

Dejó el pan en la mesa y se marchó. William se inclinó hacia Emilie y susurró:

— En su presencia siempre me siento un niño. ¿Cómo voy a saber lo que se propone el capitán? ¿O acaso me he perdido algo?

Emilie negó con la cabeza. Tenía mala conciencia. No se había dado cuenta de lo poco que se enteraban aquí abajo de lo que sucedía en la cubierta y en la caseta del timón. Uno de los marineros le había hecho saber que el capitán estaba muy

preocupado por si el *Isflak* llegaría a la isla a tiempo y, sobre todo, de una pieza antes de que la tormenta lo alcanzara. Emilie se había guardado para sí esa información sin pensarlo, al igual que los demás miembros de la tripulación, para no provocar el pánico entre los pasajeros.

Se levantó y recogió su chaqueta forrada de un gancho en la pared.

—¿Quieres subir conmigo?

William asintió.

—Desde luego. Por lo que dicen, la isla del Oso está

envuelta en la niebla la mayor parte del tiempo. Así que no quiero perder la oportunidad de verla con tiempo despejado.

—Sí, yo también he leído que esta isla ha permanecido oculta a más de una expedición —dijo Emilie—. Es probable que se deba a que aquí se encuentran la cálida corriente del Golfo y el agua fría de la corriente Transpolar, que a menudo forman niebla.

Al pie de la escalera se encontraron con Beat Späni, que les sonrió apagado. William le dio una palmada en el

hombro y dijo:

—Ya hemos pasado lo peor. En breve haremos escala en la isla del Oso, allí podrá recuperarse un poco de las fatigas.

—¡Por fin! —exclamó el suizo—. No habría podido aguantar mucho más. Ya pensaba que pronto me llegaría mi hora.

—Venga con nosotros —dijo Emilie—. El aire fresco le sentará bien.

—Merece la pena intentarlo —respondió Beat Späni, y los siguió, a William y a ella, por la

escalera hasta la barandilla, a la que se aferró con ambas manos. Había dejado de llover. El viento seguía siendo fuerte y desgarraba el oscuro manto de nubes que tenían a poca altura sobre sus cabezas. Rayos de sol ocasionales pugnaban por atravesarlo y hacían bailar reflejos de luz en la cresta de las olas. William se protegió los ojos y oteó el horizonte.

— Vaya, no veo nada.

Emilie, que también miraba concentrada hacia delante, asintió.

— Yo tampoco. Seguramente

aún no puede distinguirse nada a simple vista.

—Con el telescopio tampoco —dijo una voz a sus espaldas. Arne se había acercado a ellos sin que se dieran cuenta. Señaló dos aves que planeaban en silencio en torno a los mástiles. Su plumaje era gris y su envergadura superaba el metro.

—Son fulmares boreales, ¿verdad? —preguntó William. Al ver que Arne asentía, prosiguió dirigiéndose a Emilie —: Son las aves que más se adentran en mar abierto para buscar alimento. Por eso los

navegantes saben al avistarlas que aún tendrán que esperar un poco para alcanzar tierra firme.

Siguió el vuelo de las dos aves, que se enfrentaban a las ráfagas de viento sin esfuerzo aparente.

—Por fin veo los fulmares en su hábitat —dijo William—. Son seres extraordinarios. Pasan la mayor parte de sus vidas en mar abierto, solo se acercan a la costa para tener crías, y allí se emparejan para siempre. Pueden vivir mucho tiempo, hasta cuarenta años. Y para ahuyentar a los enemigos, les escupen una

secreción apetosa. Así, incluso sus crías consiguen hacer huir a ladrones de nidos como las gaviotas argénteas o incluso los pigargos.

—Qué práctico —comentó Beat Späni, que hasta el momento había permanecido a su lado con la boca cerrada luchando contra las arcadas.

Emilie lo miró con gesto interrogante.

—¿Práctico por qué?

—Bueno, es muy útil tener un arma invisible y eficaz siempre a punto.

Emilie lo miró algo confusa y

sonrió con amabilidad. A ella le parecía mucho más emocionante la idea de poder volar de un lado a otro con libertad todo el tiempo excepto unas cuantas semanas al año. ¿Cómo sería eso?

Como si le hubiera leído el pensamiento, Arne dijo en voz baja:

—Sí, lo cierto es que una vida tan libre es tentadora. Si se soporta.

Emilie se volvió hacia él y se encontró con sus ojos azul grisáceos clavados en ella. Se le encogió el estómago. ¿Eran

imaginaciones tuyas o la estaba escrutando con la mirada? «No pienses en ello —se ordenó—. Solo te pondrás más nerviosa. No puedes dejar que te saque de tus casillas.» Carraspeó y pensó en un tema inofensivo.

—¿De dónde toma su nombre la isla? ¿Hay muchos osos polares en ella?

Antes de que Arne pudiera contestar, Beat Späni dijo:

—Al contrario. Los osos no son en ella más que huéspedes poco frecuentes. De vez en cuando, en invierno, alguno acaba en la isla a través de la

banquisa desde Spitsbergen. La bautizó así en 1596 su descubridor, Willem Barents, que abatió aquí a un oso polar. Posiblemente pensó que habría muchos más.

— ¡Oh, mirad! — exclamó William—. Ya no puede estar muy lejos.

Señaló algunas gaviotas que se habían unido a los fulmares. Sus gritos se entremezclaron con el silbido del viento en las jarcias y dieron lugar a un concierto estridente. Poco después otros enviados de la isla se balanceaban sobre las

olas a ambos lados del barco. Entre frailecillos de llamativos picos rojos y araos blanquinegros, pequeños mérgulos desaparecían a toda velocidad en las olas para emerger enseguida y volver con el botín a sus nidos en los acantilados de la isla rocosa, cuyos picos y crestas cada vez se dibujaban con mayor nitidez en el horizonte.

Una hora más tarde, el *Isflak* viró hacia una bahía protegida de los vientos del norte y el oeste, en cuya entrada se alzaba

un acantilado quebrado con forma de portal. Albergaba una colonia de gaviones. Dado que estas aves también eran conocidas como «gaviotas alcalde» por su gesto furioso, según Arne aquella roca había sido bautizada como Puerta del alcalde.

Emilie no se cansaba de ver las cuevas, grutas y brechas que el mar había abierto en las paredes verticales de la costa sureste. Las escombreras y montones de cascotes daban cuenta de los violentos derrumbes de los salientes socavados, de los

cuales habían quedado agujas aquí y allá que a Emilie le recordaron las torretas de un castillo. Tras ellas se extendía una meseta sobre la que, a cierta distancia, se elevaba una montaña con tres cumbres puntiagudas que, a ojos de Emilie, formaban una corona. Según su guía de viajes, se trataba de la montaña de la Miseria, también conocida como Mount Misery, que debía su nombre al triste destino de un ballenero inglés que había tenido que observar desde allí cómo se destruía el barco que

debía recogerlo.

William, que presenciaba a su lado la entrada del barco en la ensenada, estaba entusiasmado con la cantidad de aves que poblaban aquel escabroso escenario. Como ornitólogo que era, se sentía en el paraíso y al mismo tiempo apenas podía esperar a bajar a tierra y contemplar de cerca los objetos de su curiosidad investigadora.

— ¡Por fin entiendo a qué se refería Friedrich Faber! — exclamó emocionado.

— ¿Quién? — preguntó Emilie.

—Un maestro danés de la ornitología ártica del siglo pasado. Describió la impresionante imagen de los millones de aves en la costa de la isla del Oso. —William se llevó la mano al pecho y recitó —: «Que ocultan el sol cuando levantan el vuelo, que cubren los islotes al posarse, que ensordecen cuando chillan, y prácticamente tiñen de blanco las rocas cubiertas de verde cloquearía al poner sus huevos.»

En cuanto echaron el ancla y el *Isflak* estuvo a resguardo, el

capitán y los dos marineros se dispusieron a comprobar los daños y a comenzar con las reparaciones. La tormenta había desgarrado parte del cordaje y había roto una ventana de la caseta del timón; la carga suelta había roto algunas cuadernas y se sospechaba que bajo cubierta había una pequeña vía de agua en la zona de carga.

Arne lanzó uno de los dos botes salvavidas y llevó a remo a William, Beat Späni y Emilie hasta la orilla. Antonio prefirió quedarse a bordo del *Isflak* y seguir trabajando en su aparato.

Leonid estaba en su hamaca, como la mayor parte del tiempo, y tarareaba una melodía melancólica. Cuando Emilie le había preguntado con gestos si no quería acompañarlos para inmortalizar con su cámara aquellos paisajes únicos, sencillamente había negado con la cabeza.

—Vaya fotógrafo más extraño —dijo Emilie en voz baja a William después de sentarse junto a él en el bote—. No parece tener la menor intención de hacer fotos.

—Hummm, quizá no le

interesen los motivos puramente naturales — respondió William—. Al fin y al cabo lo contrataron para documentar más adelante las investigaciones meteorológicas y perpetuar los éxitos de la expedición.

Emilie se encogió de hombros.

—Puede ser. De todos modos me parece raro.

—A mí me gustaría más saber qué hace todo el tiempo nuestro meteorólogo —dijo William—. Desde luego el aparato en el que trabaja

continuamente no tiene aspecto de ser un instrumento de medición.

—Cierto, yo también me lo he preguntado —dijo Emilie, y se volvió hacia el suizo, sentado frente a ellos—. ¿Sabe usted qué está construyendo Antonio?

—Sí, una máquina telegráfica —respondió Beat Späni.

Emilie y William se miraron sorprendidos.

—¿Y para qué la necesita? —preguntó William.

—Bah, yo creo que nuestro amigo mediterráneo no está realmente interesado en su

utilidad —dijo el suizo—. Es un auténtico loco de la tecnología y posiblemente no pueda vivir sin dedicarse a sus complicados cachivaches.

—Pero ¿cómo se le ocurrió precisamente la idea del telégrafo? —preguntó Emilie.

Beat Späni levantó las manos.

—¡Quién sabe! Quizá le apetezca seguir las huellas de su compatriota Guglielmo Marconi, un pionero de la comunicación inalámbrica.

A Emilie la explicación le pareció insuficiente. ¿Tendría el italiano motivos más fundados?

¿Estaría siguiendo un plan para cuya consecución también debía estar localizable cuando se encontrara tan lejos de la civilización?

—Desde luego un aparato como ese es muy útil —dijo William—. Uno nunca sabe cuándo se verá en apuros y necesitará ponerse en contacto con una embarcación que pase por allí.

—O quizás el observatorio planea equipar las futuras estaciones meteorológicas de Spitsbergen con estaciones de radio para intercambiar datos

de mediciones —añadió Beat Späni otra suposición.

El bote rechinó al alcanzar los guijarros de la orilla. Arne saltó de la embarcación, pidió a los demás que lo siguieran y lo arrastró tierra adentro. Emilie cogió su mochila, en la que había metido varios recipientes de hojalata y su bloc de dibujo, y siguió a William, que también llevaba su equipo de recolector. Beat Späni se dejó caer sobre un fragmento de roca con un suspiro de satisfacción.

— ¡Ah, qué bien sienta volver a tener por fin tierra firme bajo

los pies! —Se ciñó la chaqueta tiritando—. Pero ¡qué frío que hace! Seguro que apenas superamos los cero grados. ¡Y en pleno junio!

—Bueno, cuando se viaja por el Ártico hay que contar con ello —dijo Arne.

William se volvió hacia Emilie, hizo un gesto con la cabeza en dirección a los acantilados y preguntó:

—Max, ¿vamos?

Emilie asintió.

—Desde luego. Deberíamos aprovechar el buen tiempo. Si se vuelve a levantar la lluvia o la

niebla, será demasiado peligroso trepar por ahí.

Arne les dirigió una de sus miradas insondables.

Emilie preguntó insegura:

—¿O acaso hay algo que objetar?

Mientras hablaba se enfadó consigo misma. ¿Por qué permitía que aquel tipo hosco la intimidara con tanta facilidad? ¿Qué derecho tenía a mirarla constantemente por encima del hombro?

Arne extendió de pronto el brazo y señaló un pequeño arroyo que desembocaba en el

mar a unas decenas de metros de distancia de ellos.

—Desde ahí el ascenso es bastante fácil.

—¿Nos acompañarás? — preguntó William.

Arne negó con la cabeza, farfulló algo similar a «cosas mejores que hacer» y se alejó pesadamente en la dirección contraria.

—Eh, ¿adónde va? —le gritó Beat Späni—. No puede dejarme aquí...

Sin volverse, Arne gritó:

—Vuelvo enseguida. —Y siguió caminando.

— Vaya un *gnulleri* —
murmuró el suizo.

— ¿Cómo dice? — preguntó
William.

Beat Späni torció el gesto.

— Perdone, a veces no me doy
cuenta de que cambio al alemán
regional. Así es como llamamos
allí a los tipos extraños.

William sonrió burlón y
guiñó un ojo a Emilie.

— Pues nuestro vikingo no es
el único. Antonio y Leonid se
merecen el título al menos tanto
como él.

Spitsbergen, julio de 2013

Hanna estaba sentada junto a Kåre envuelta en una manta sobre uno de los troncos que en su día habían llegado desde Siberia a la costa de Spitsbergen con la corriente Transpolar, y que ahora hacían las veces de asientos junto a la hoguera en la

playa en el campamento de Leif y Line. Además de la tienda de la cocina y un laboratorio móvil, había dos tiendas para dormir y dos más para almacenar las provisiones y el equipo.

El matrimonio se había sentado enfrente de Hanna y Kåre, Bengt ya se había marchado a recoger a los estudiantes. Hanna bebía a sorbos el fuerte café y escuchaba la conversación de los otros, que giraba en torno al proyecto de investigación en el que trabajaban en ese momento

Leif y Line.

Ambos pertenecían a un grupo de científicos activo en todo el mundo que investigaba los cambios en el mar a lo largo de varios años debido a la concentración creciente de dióxido de carbono. Para ello, entre otros elementos, analizaban muestras de plancton y sedimentos para documentar los cambios en la calcificación. Además medían los valores de pH, la temperatura y la concentración de sal a diferentes horas del día, y observaban si las oscilaciones

influían en las poblaciones de plantas y animales, y cómo.

—Perdonad que haga una pregunta tan estúpida —dijo Hanna un rato después—. Hasta ahora siempre había oído hablar del dióxido de carbono en relación con el calentamiento global. ¿Qué efecto tiene sobre el mar?

—Le produce acidez de estómago —respondió Leif con una sonrisa burlona.

Su mujer puso cara de desesperación y le dio un golpe en broma.

—*Tullbukk!* —Se volvió

hacia Hanna y explicó—: Qué tonto que es. Una vez más, como casi siempre, es el ser humano quien altera el equilibrio natural. Desde el comienzo de la industrialización cada vez se queman más combustibles fósiles y se envían enormes cantidades de dióxido de carbono a la atmósfera, y en este tiempo la acidez de los océanos ha aumentado en torno a un treinta por ciento. Y es que resulta que los mares absorben alrededor de un cuarto del CO₂ que se emite. Esto tiene una

gran influencia sobre todos los organismos calcificadores, que sufren terribles problemas de crecimiento y...

Hanna se dio cuenta de que Kåre la miraba de reojo. Parecía percibir su confusión.

—No tan rápido — interrumpió a Line—. Se nos olvida constantemente que no todo el mundo está tan metido en la materia como nosotros.

Line levantó las manos.

—Cierto. Es tan fácil ponerse hablar de trabajo... —Sonrió a Hanna a modo de disculpa.

—¿Quieres que te explique

rápidamente los procesos químicos que intervienen? — preguntó Kåre.

En su tono no había arrogancia ni desprecio hacia su ignorancia. Simplemente una amable disposición. Y un rastro de inseguridad, como si tuviera miedo de ofenderla o aburrirla.

Hanna se volvió hacia él.

— ¡Oh, sí, por favor! Debo reconocer que la química nunca fue lo mío.

— Bah, lo mío tampoco — dijo él.

Una mentira piadosa, pensó Hanna devolviéndole la

sonrisa.

—Bueno —comenzó Kåre—. Al contrario que gases como el oxígeno o el nitrógeno, el dióxido de carbono no solo se disuelve en el agua, sino que también se asocia con ella y forma carbonato de hidrógeno, más conocido como ácido carbónico. Cuando esto sucede, se liberan protones que determinan el grado de acidez del agua.

—Entiendo —dijo Hanna—. ¿Y cuantos más protones, más ácida es el agua?

Kåre asintió.

— ¡Exacto! Así se produce también el agua con gas.

Hanna arqueó las cejas.

— ¡Ahora que lo dices! Recuerdo vagamente un experimento en clase de química. Nuestro profesor metió un trozo de tiza en un vaso de agua con gas. Produjo un montón de espuma y se disolvió.

Kåre chocó su vaso contra el de ella.

— Para que luego digas que eras mala en química. Has comprendido perfectamente la esencia del problema.

Hanna arrugó el ceño en gesto interrogante.

Leif se inclinó hacia ella y explicó:

—El ácido carbónico hace descender el nivel de pH del agua. *Et voilà*: los mares son cada vez más ácidos.

Line les pasó la bolsa con los bollitos de pasas y añadió:

—Y, como ya hemos dicho, la acidificación de los océanos afecta especialmente a los organismos que forman conchas o esqueletos de cal. En estos momentos estamos investigando unas algas

microscópicas que producen la mayor parte de la cal marítima. En Alemania, por ejemplo, pueden verse depósitos antiquísimos en la isla de Rügen.

—¿Te refieres a las rocas de creta? —preguntó Hanna, mirando incrédula tanto a ella como a su marido.

Leif sonrió.

—Es difícil imaginarlo, lo sé. Pero así es.

—Y eso afecta también a muchos otros seres vivos —dijo Line—. Los erizos de mar, las estrellas de mar y, sobre todo,

los corales ya tienen problemas para formar sus conchas y esqueletos.

Hanna asintió.

—Hace poco leí un reportaje que trataba sobre la amenaza a la Gran Barrera de Coral frente a la costa australiana. También comentaban la falta de cal.

—Sí, es un proceso alarmante —dijo Kåre—. En esos arrecifes no solo crían los peces que son una importante fuente de alimento para los millones de personas de la zona. También son rompeolas naturales que protegen las costas y a sus

habitantes de los tsunamis.

El rostro de Line se ensombreció.

—Si no reducimos nuestras emisiones lo antes posible, en última instancia esto es el principio del fin de la cadena alimenticia. Hay quien teme que se destruyan ecosistemas al completo, con consecuencias desconocidas para el ciclo del carbono.

Hanna se ciñó la manta tiritando.

—Suenan casi apocalíptico.

Dejó vagar la mirada por el fiordo hasta la otra orilla, en

cuyas rocas negras anidaban cientos de aves marinas. Sus gritos se mezclaban con el suave silbido del viento, que empujaba hasta la playa fragmentos de hielo azul que se habían desprendido de un glaciar. Brillaban como diamantes entre las piedras coloridas. El escenario de ensueño y la atmósfera tranquila hacían que a Hanna le resultara difícil creer en la amenaza que flotaba literalmente en el ambiente.

—Creo que las personas cuidarían mejor de la Tierra si

cada una de ellas pudiera pasar un tiempo en un lugar como este.

—No puedo estar más de acuerdo —dijo Kåre—. Pero me temo que hay mucha gente a la que todo esto le resulta indiferente y que solo piensa en su propio beneficio.

Hanna lo miró sorprendida. No se había dado cuenta de que había expresado esa última idea en voz alta.

—Por desgracia puede que tengas razón. No deja de asustarme lo insensibles que son algunas personas hoy en

día a la belleza de la creación.

—Por eso se siente uno aún más afortunado cuando encuentra a alguien a quien sí le importa.

Hanna sintió que se sonrojaba. Kåre le sonrió y prosiguió:

—¿Qué te parece si exploramos un poco la zona y hacemos una pequeña excursión?

—¡Oh, sí, encantada! —respondió Hanna; se levantó, dobló la manta y cogió su mochila.

—No olvides llevarte un arma

—le dijo Leif a Kåre—. En los últimos días no hemos visto ningún oso polar, pero nunca se sabe.

Hanna sintió que el vello de los antebrazos se le erizaba. No había contemplado la posibilidad de encontrarse con uno de aquellos animales carnívoros y acercarse quizás a pocos metros de él, sin fosas ni vallas que los protegieran como en el zoo.

Recorrieron la playa hasta la lengua de tierra que Hanna había visto cuando se

aproximaban con el avión. Entre las rocas pulidas por el agua relucían las flores de las amapolas árticas, saxífragas y otras plantas que crecían en suelos áridos.

—No creía que tan al norte pudieran crecer tantas plantas —dijo Hanna inclinándose ante una florecilla azul que asomaba entre los guijarros.

—Sí, especialmente porque solo tienen tres meses escasos de verano antes de que el invierno vuelva a tomar el mando.

Kåre se arrodilló junto a Hanna, que se había tumbado

para fotografiar la flor desde cerca.

—Eso sí, en esta época pueden hacer acopio de sol las veinticuatro horas del día — añadió Kåre—. Naturalmente eso acelera mucho el crecimiento.

—¡Qué colores! —exclamó Hanna, entusiasmada, y enfocó con el objetivo un manojito de cincoenrama—. El único sitio donde he visto tonos tan intensos es en los Alpes. Muchas de las plantas que hay allí tampoco alcanzan mucha altura, pero tienen flores mucho

más brillantes que las del valle.

—Mira, silene musgo.

Kåre señaló unos cálices rosas detrás de una roca.

—Gracias, no lo había visto

—dijo Hanna y sacó una foto.

Al incorporarse, Kåre extendió la mano pidiéndole la cámara.

—¿Y qué tal un par de fotos testimoniales para tu blog? Para que a nadie se le ocurra decir que no has estado aquí personalmente, sino que te has descargado las imágenes de algún otro sitio.

—Ay, no sé. Seguro que estoy

despeinada y además no me he arreglado...

Kåre negó con la cabeza.

— ¡Pero si estás preciosa!

Una afirmación sencilla, no movida por la intención de calmarla con un comentario superficial. A Hanna le llevó un momento comprender el significado de sus palabras. No recordaba haber recibido nunca un elogio que la hubiera emocionado tanto. Porque no había sido pronunciado con esa intención y se había expresado sin un propósito concreto.

Kåre cogió la cámara, se

apartó de Hanna un par de pasos hacia atrás y levantó la máquina. Hanna se toqueteó el pelo. Tenía la impresión de estar rígida y torpe. Se obligó a esbozar una sonrisa y esperó a que Kåre apretara un par de veces el disparador y acabara con aquella pesadilla. Sin embargo, la rodeó lentamente y la fotografió desde distintas perspectivas. Estaba completamente absorto en lo que hacía, puso cara de estar concentrado y se tomó su tiempo. El malestar de Hanna cedió un poco.

Paradójicamente, la mirada de Kåre, que se posaba sobre ella de forma indirecta a través del objetivo, le resultaba discreta y al mismo tiempo tan intensa como si la estuviera tocando.

¿Qué sentiría si la acariciara? Su cuerpo respondió con una tensión deseosa en el abdomen. Se estiró involuntariamente y se sorprendió esbozando una amplia sonrisa. No sintió la vergüenza que esperaba, y la voz crítica de su interior tampoco se pronunció. Hanna exploró lo que sentía y disfrutó de los agradables escalofríos

que la recorrián. Entabló un diálogo silencioso y relajado con la cámara. Era como un baile lento en el que la pareja no se tocaba, pero en el que los movimientos estaban tan sincronizados como si estuvieran atados con hilos invisibles.

Cuando levantó una mano y se la pasó lentamente por el pelo, Kåre dijo:

— ¡Quédate así, estás genial!

Hanna obedeció y a continuación le ofreció varias poses en las que jugaba con su pelo, lo dejaba caer a un lado de

la cabeza o se sujetaba un mechón ante los ojos.

Al cabo de un rato, Kåre comenzó a imitar el comportamiento de los fotógrafos de moda. Saltaba a su alrededor, se contorsionaba y le daba las típicas órdenes para que posara:

— ¡Dame una sonrisa!

» ¡Mírame por encima del hombro!

» ¡Y ahora mírame de reojo con descaro!

Hanna se dejó llevar por el juego de Kåre cada vez con más alegría, tonteó y adoptó las

poses que él le pedía, hasta que los dos se echaron a reír al unísono y prosiguieron su paseo.

Al ver los almohadones de flores, Hanna pensó fugazmente en la rocalla de Thorsten. Ahuyentó enseguida la imagen de su marido arrodillado entre sus plantas arrancando malas hierbas. Le molestó que se le apareciera en la mente sin que ella lo invitara. Heiko diría ahora: «Que aparezca o no depende solo de ti. Piensa por qué se presenta precisamente en este

momento.» Hanna entrecerró los ojos. Buena pregunta. «¿Es porque te sientes tan a gusto con otro hombre? ¿Acaso tienes mala conciencia?» Contuvo un resoplido. ¡Lo que faltaba! No, a Thorsten no se le había perdido nada allí, ¡había perdido todo derecho sobre ella! Al fin y al cabo había huido a hurtadillas de su vida en común y la había engañado.

Hanna cerró el puño derecho, pero lo abrió enseguida al ver la mirada interrogante de Kåre. Antes de que él pudiera decir nada, Hanna señaló un círculo

de piedras y preguntó:

— Ya he visto varios por aquí. ¿Sabes qué significan y quién los ha puesto ahí?

— Nadie — respondió Kåre —. Estos círculos son típicos de paisajes con suelos de permafrost cuya capa superior se derrite en verano. Sin embargo, las capas inferiores siguen congeladas, de manera que el agua no puede filtrarse. Por eso las piedras más pequeñas resbalan hacia abajo y las rocas más grandes son empujadas hacia arriba.

Entretanto habían alcanzado

la lengua de tierra y subieron al alto coronado por un montículo de piedras visible a gran distancia.

—Este es el Brucevarden — dijo Kåre—. Es decir, el hormazo de Bruce. Se apiló en su día para ayudar a los navegantes a orientarse.

—¿Y quién era Bruce? — preguntó Hanna.

—Un científico polar escocés que visitó Spitsbergen varias veces en la época del anterior cambio de siglo. Una de ellas fue como miembro de una expedición del príncipe de

Mónaco, en honor del cual se bautizaron la cumbre noroeste de la isla y el gran glaciar al final de este fiordo.

—¿Qué se le había perdido aquí al príncipe de Mónaco? — preguntó Hanna.

—Oh, Alberto I sintió desde niño una gran pasión por la exploración de los océanos y apoyó muchos proyectos de investigación. Y dado que él mismo viajaba a menudo en expediciones, arreglaba sus asuntos de gobierno por radio. En su época era algo más bien insólito — comentó Kåre y

esbozó una media sonrisa.

— ¿Por qué sabes todo eso?

— Bah, no es tan raro. Para empezar, desde pequeño me ha interesado mucho la historia del descubrimiento y la exploración del Ártico y la Antártida. Y, además, desde hace dos años me he dedicado intensamente a este tema para organizar una exposición en el Museo Polar en honor a los dos pioneros noruegos más famosos. Resulta que en 2011 han tenido lugar dos celebraciones: el ciento cincuenta aniversario del

nacimiento de Fridtjof Nansen y el centenario de la conquista del Polo Sur por Roald Amundsen.

No muy lejos del montículo de piedras se alzaba una deteriorada cruz de madera. Hanna se acercó y trató de descifrar la inscripción. Entre las losas rotas descubrió huesos descoloridos. Kåre la siguió y dijo:

— Ahí reposa Erik Zakariassen Mattilas, un trampero que inverró aquí hace más de cien años.

— Oh, ¿y cómo murió?

¿Congelado? ¿O lo mató un oso? —preguntó Hanna.

—No, contrajo el escorbuto —respondió Kåre—. La falta de vitaminas ha costado la vida a más de un aventurero en la larga noche polar. De todos modos Mattilas superó el invierno perfectamente. Sin embargo, la banquisa había aplastado su embarcación y le había arrebatado toda esperanza de salir del fiordo, que gracias a la cálida corriente del Golfo se deshiela relativamente pronto en primavera, y de conseguir alimentos frescos. Tres

cazadores que pasaban el invierno en otro coto esperaban su visita en abril. Al no aparecer Mattilas, se preocuparon y se acercaron a donde estaba. Pero llegaron demasiado tarde y no pudieron ayudarlo. Mattilas ya estaba en su lecho de muerte y al día siguiente tuvieron que enterrarlo.

—Pobre, qué horror —dijo Hanna, y dirigió una mirada compasiva a la sepultura del trampero—. Supongo que su esqueleto ha sido empujado hacia arriba como las piedras de los círculos, ¿verdad?

—Sí, es casi imposible enterrar a alguien en el permafrost a suficiente profundidad para que permanezca bajo tierra — respondió Kåre—. Y como el aire aquí es tan seco y prácticamente estéril, los huesos se conservan muy bien. Al igual que la madera de deriva, que en muchos casos tiene cientos de años.

Señaló una cabaña inclinada por el viento situada a sus pies en la orilla del fiordo.

—Esa lleva ahí más de cien años. Alicehamna, es decir, la ensenada de Alice, ya era un

fondeadero popular entre los balleneros holandeses e ingleses en el siglo XVII por su ubicación protegida. Más tarde fueron sobre todo cazadores los que se acercaban aquí.

—¿Y quién fue Alice? — preguntó Hanna.

—La segunda mujer del príncipe Alberto —respondió Kåre—. Una americana rica.

—Madre mía, medio mundo ha pasado por aquí —exclamó Hanna.

—Sí, también muchos alemanes —dijo Kåre y sonrió con picardía—. Al fin y al cabo,

el territorio no tenía dueño, era tierra de nadie. Noruega no se hizo cargo de la administración de Spitsbergen hasta los años veinte del siglo pasado.

Se colocó bien el arma que llevaba al hombro y se dispuso a seguir caminando. Cuando estaba a punto de seguirlo, Hanna percibió un movimiento en el fiordo. Varios cuerpos blancos y azulados se deslizaban por las aguas transparentes. Medían aproximadamente entre tres y cinco metros de largo y producían sonidos melódicos.

Cuando uno de ellos emergió y volvió a desaparecer entre las olas con un elegante movimiento, Hanna vio una amplia aleta caudal marcada en el centro que le recordó a una hoja de ginkgo. No había duda, ¡eran ballenas!

Hanna contuvo el aliento. Aquella visión inesperada le aceleró el corazón. En viajes anteriores ya había visto animales como aquellos de cerca, pero pocas veces se había emocionado tanto. La elegancia de aquellas inteligentes criaturas, cuyos rostros

sonrientes las hacían parecer humanas, le hizo pensar en ángeles acuáticos.

—Son belugas —oyó decir en voz baja a Kåre, que se había colocado a su lado—. También se les llama los «canarios del mar» por su canto.

Hanna parpadeó para secar una lágrima. Kåre carraspeó.

—A pesar de que he visto ballenas muchas veces, siempre es una experiencia especial.

Hanna asintió en silencio. Cogió a Kåre de la mano sin pensarlo. Él apretó sus dedos con fuerza. Hanna sintió calor

en su interior.

31

Isla del Oso, junio de 1907

Cuatro horas después de haber marchado hacia los acantilados de las aves, Emilie y William regresaron a la playa ante la que estaba fondeado el *Isflak*. Mientras que William llevaba en la mochila el botín de huevos y embriones, plumas,

material de nido, egagrópilas y muestras de excrementos que había reunido para su colección ornitológica, el cuaderno de dibujo de Emilie contaba ahora con unos cuantos bocetos que había hecho de los habitantes que incubaban huevos en las rocas y de un zorro polar que saqueaba los nidos. Además, había recogido algunos fragmentos de roca con plantas fósiles. En vista de la árida meseta, en la que apenas crecía nada, le resultaba difícil imaginarse la isla reverdecida. Sin embargo, las hojas y hierbas

fosilizadas que había encontrado dejaban claro que millones de años atrás la isla del Oso debía de haber albergado una flora muy variada.

—¿Qué huesos son esos? — preguntó Emilie, señalando uno de los esqueletos descompuestos que sobresalían del aluvión en una parte de la orilla.

—Es muy probable que sean de morsa —respondió William—. Podrían encajar por el tamaño.

Emilie se detuvo y miró a su alrededor.

—Es un auténtico cementerio de morsas. ¡Deben de ser los restos de cientos de ellas! ¿Qué les habrá sucedido?

William torció el gesto.

—Me temo que son los testigos silenciosos de una carnicería que tuvo lugar aquí en algún momento.

—¿Quieres decir que han sido personas las que las han matado?

William asintió.

—Antes la isla del Oso, al igual que todo el Ártico, estaba llena de morsas. Hasta que se empezaron a cazar por el marfil

de sus colmillos.

— Cuando se habla de marfil solo pienso en elefantes — dijo Emilie—. Nunca se me había ocurrido que se cazaran morsas por ese motivo. Hasta ahora solo sabía que eran importantes para los esquimales y otros habitantes del Ártico. Y estos utilizan prácticamente todas las partes de su cuerpo. Es decir, la carne y las entrañas como alimento, la grasa y el sebo para las lámparas, las pieles para la ropa y los kayaks, los huesos para fabricar herramientas y armas, los tendones como

cuerdas, e incluso...

Emilie paró. ¿Podía permitirse un hombre asombrarse por algo así? Miró insegura a William y murmuró:

—Ehm... todo esto ya me fascinaba desde niño. Es decir, ehh... quiero decir, que los pueblos primitivos siempre le encuentran uso a todo y no tiran nada.

William la miró con ojos radiantes.

— ¡Lo entiendo perfectamente! A mí me atraían sobre todo los indios de Norteamérica. Siempre me

impresionó mucho que a los animales que cazaban los consideraran hermanos y solo mataran tantos como necesitaran para vivir.

—Y aprovechaban todas las partes del búfalo, ¿verdad? — preguntó Emilie.

William asintió.

—Al contrario que los blancos, supuestamente tan civilizados. — Señaló los huesos —. Esto podría ser obra de Steven Bennet, un compatriota mío que alrededor del 1600 dirigió una expedición al océano Ártico. En sus

anotaciones se jactaba de que él y sus hombres habían matado cerca de mil morsas en siete horas en la costa sur de la isla del Oso. Y desde luego no era el único que celebraba semejantes matanzas. No es de extrañar que con el paso del tiempo los animales supervivientes se hayan retirado a zonas menos accesibles más al norte.

—Es repugnante, los pobres ani... —exclamó Emilie, pero se detuvo enseguida—. Ehh... quiero decir, qué poca deportividad. No hace falta ser

muy hábil cazando para asesinar a animales tumbados pacíficamente.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo William y siguió caminando—. Tampoco entiendo que a alguien le gusten semejantes baños de sangre.

Emilie avanzó hacia él. En su presencia se sentía tan despreocupada que a veces corría el riesgo de olvidar su falsa identidad y delatarse. William le recordaba a su hermano Max. Tenía un humor similar, era capaz de reírse de sí mismo y se interesaba

sinceramente por otras personas. Con él nunca tenía la sensación de tener que justificarse o avergonzarse por sus errores.

Rodearon un gran bloque de piedra y vieron a Beat Späni, Antonio, Leonid y Arne.

— ¡Llegáis justo a tiempo! — exclamó el suizo, haciéndoles señas con un arma.

Emilie vio varios fusiles en el suelo.

— Arne nos ha organizado un pequeño entrenamiento de tiro — explicó Beat Späni—. Quiere asegurarse de que en caso de

emergencia seamos capaces de defendernos contra los osos polares.

Arne había colocado varias latas de conserva vacías sobre un grueso tronco en la orilla a un par de metros del grupo. Se acercó a ellos y gruñó:

—Yo, en vuestro lugar, me lo tomaría en serio si no queréis acabar devorados por los osos. Si tenéis que pensar cómo funciona un arma cuando os estén atacando, no tendréis muchas posibilidades de sobrevivir.

Beat Späni le dio una

palmadita en el hombro. Emilie vio que Arne se ponía tenso y entrecerraba los ojos. No le habría sorprendido que apartara la mano del suizo de un manotazo. Este no pareció darse cuenta de nada. Con gesto alegre dijo:

— ¡No te enfades, jefe!

Empuñó el arma y disparó todas las latas una tras otra, que cayeron sobre la playa rocosa con un fuerte ruido.

Emilie se estremeció y se llevó involuntariamente las manos a los oídos, pero en el último momento se lo pensó mejor y se

colocó bien el sombrero. No era la única a la que había asustado el estallido.

Antonio abrió los ojos como platos y exclamó:

— *Per l'amor del cielo!*

A Leonid, que miraba ausente hacia el infinito, el ruido pareció sacarlo de su ensimismamiento. Se frotó los ojos y bostezó profusamente.

Arne se acercó en silencio al tronco y volvió a colocar las latas.

— ¡Bravo! — exclamó William, aplaudiendo al suizo—. ¡Tiene usted buen ojo y pulso firme!

— Oh, seguro que no me va a la zaga — respondió Beat Späni y le tendió el arma a William.

Mientras Emilie lo observaba disparar y admiraba sus ágiles movimientos, que hacían que aquello pareciera un juego, luchaba contra su creciente pánico. No tenía ni idea de cómo superar esa tarea. Una cosa era hablar de las características técnicas de las armas con cierta credibilidad, pero manejarlas era algo completamente diferente.

— *Non posso sparare!* — dijo Antonio cuando Arne le hizo

entender con un gesto de la cabeza que era su turno.

—No sabe disparar —tradujo Beat Späni.

Arne frunció el ceño.

—Entonces tendrá que aprender.

Le tendió una escopeta a Antonio. Antonio dio un paso atrás y movió las manos en señal de rechazo.

—*No, no! Sono pacifista!*

—Explíquele por favor que no tendrá que disparar a personas, sino a osos —le dijo Arne a Beat Späni.

Este comenzó a convencer al

italiano, que apretó los labios y cruzó los brazos en el pecho. Emilie estaba segura de que ni siquiera estaba escuchando. Parecía un niño tozudo que estaría de morros hasta conseguir lo que quería.

Mientras tanto Arne se había vuelto hacia Leonid y le había dado el arma. Este la cogió de buena gana, la encaró con cierta torpeza, tardó mucho en apuntar y disparó. El tiro falló. Leonid se encogió de hombros y volvió a probar. Después de una media docena de intentos fallidos, le cogió el truco y dio a

una lata.

Beat Späni dejó a Antonio donde estaba y se acercó a Arne.

—Me temo que no soy capaz de hacer cambiar de opinión a nuestro amigo italiano.

Arne se encogió de hombros.

—Bueno, no podemos obligarlo. Será él quien corra el riesgo.

Se dirigió a todos y explicó:

—Normalmente los osos evitan a los humanos. Sin embargo, si se los provoca o tienen mucha hambre, pueden atacar. Lo hacen a gran velocidad. Y a cuatro patas, no

sobre las patas traseras. Si un oso se os acerca con las orejas levantadas y la cabeza erguida, será más curioso que agresivo.

—Siempre había creído que los osos que se levantaban sobre las patas traseras pretendían impresionar a su enemigo —dijo William.

Arne negó con la cabeza.

—No, lo hacen para tener una idea general de la situación... Entonces, ¿qué hacer si os ataca un oso? ¡Tened claro que el primer disparo debe ser mortífero! Es difícil dar en el corazón o los pulmones del oso

polar y causarle una herida mortal, ya que su tórax se estrecha hacia la base del cuello y está protegido por unos hombros fuertes.

—Supongo que debemos darle en la cabeza, ¿no? — preguntó William.

Arne asintió.

—Exacto. Parece fácil, pero no lo es. Al fin y al cabo el cerebro de un oso tiene aproximadamente el tamaño de una manzana. Por eso hay que esperar lo máximo posible hasta disparar. Y recargar el arma rápidamente para poder

disparar enseguida otra vez. —
Se volvió hacia Emilie—.
Bueno, ahora le toca a Max.

Emilie tragó saliva y carraspeó.

—Yo... ehh... bueno... nunca antes he disparado...

—Pues ya va siendo hora — dijo Arne.

Antes de que ella pudiera objetar algo, prosiguió dirigiéndose a William y al suizo:

—¿Podría pedir a los señores que cacen un par de patos havelda para la cena de hoy? Media milla playa abajo hay

una pequeña colonia.

—Una idea fenomenal —
exclamó Beat Späni
relamiéndose—. Después de mi
cura de ayuno involuntaria de
los últimos días, ¡un crujiente
asado de ave es justo lo que
necesito!

Se echó el arma al hombro y le
dijo a William:

—¿Viene?

—Por supuesto, encantado —
respondió este, hizo un gesto a
Emilie para despedirse y siguió
al suizo.

Arne les dio a entender con
gestos a Leonid y a Antonio

que fueran a buscar leña para una hoguera. Después de que ellos también se hubieran alejado, dijo a Emilie:

—Bueno, pongámonos en ello.

Emilie se alegraba de no tener público en sus primeros intentos de tiro. Aunque habría preferido como profesor a Beat Späni o a William. Soportaba mejor las lecciones paterno-joviales o las bromitas que el carácter cerrado de aquel vikingo al que no acababa de entender. Estaba sorprendida de que Arne se tomara el

trabajo de enseñarle. A juzgar por las miradas sombrías que le dirigía, había esperado que delegara la tarea en otro. Se centró, cogió un arma y preguntó:

—¿Qué tengo que hacer?

—Eso —Arne hizo un gesto con la cabeza hacia el arma— todavía no lo necesitamos.

—¿Ah, no? ¿Y cómo voy a aprender a disparar entonces?

—dijo Emilie sin pensarlo.

Arne ignoró su comentario y dijo:

—Lo primero es que cojas una buena postura y encuentres

el equilibrio.

Se colocó en paralelo al tronco de las latas, con los pies separados más o menos alineados con los hombros, las rodillas ligeramente flexionadas. Los brazos flojos, las manos relajadas. Emilie lo miró brevemente y lo imitó.

— Cierra los ojos — dijo Arne —. Para saber si estás en equilibrio, lo mejor es fijarte en los pies. Tu peso debe estar repartido a partes iguales en ambos lados.

Emilie siguió sus indicaciones y corrigió su postura. Respiró

hondo y se concentró en sus piernas y sus pies.

—Disparar solo es cuestión de habilidad y manejo perfecto del arma. Para ser un buen tirador hay que practicar mucho. Es imposible alcanzar la verdadera maestría con adiestramiento y machaque, como es habitual entre vosotros.

Emilie parpadeó y quiso comentar que sus aspiraciones no eran tan altas, pero Arne siguió hablando:

—Se trata de dominar con fluidez todos los procesos, desde la postura equilibrada

hasta la posición de descanso después de haber disparado. Para ello es necesario prepararse mentalmente. Los movimientos innecesarios conducen a cometer errores. El cuerpo solo podrá moverse con precisión si las distracciones no lo impiden, y así el disparo alcanzará su objetivo.

Emilie abrió los ojos y miró a Arne. Aparte del hecho de que nunca había hablado tanto con ella, su digresión de tintes filosóficos la desconcertó. Sin girar la cabeza hacia ella, dijo en voz baja:

—Nunca deberían sacarse conclusiones demasiado rápidas sobre el interior de una persona juzgando solo su exterior.

Emilie se mordió el labio y se sintió como cuando de pequeña la pillaban con las manos en la masa birlando algo de la despensa o gastándole una broma a su hermano mayor. Le resultó embarazoso y también algo inquietante que Arne hubiera adivinado sus pensamientos con tanta precisión. ¿O acaso era tan evidente?

Arne cogió dos armas y le dio

una.

—Ahora practicaremos la posición de tiro. Para ello tendrás que encontrar tu punto cero.

Emilie lo miró confusa.

—¿Punto cero?

—Imagina un péndulo sujeto a un cordón —le pidió Arne—. Si se empuja, se balanceará un rato hasta que en algún momento se quede quieto. En ese momento las fuerzas que actúan sobre el péndulo están en equilibrio. Ese es el punto cero. Para un tirador, es el lugar al que apunta cuando está en

una posición de tiro óptima sin esfuerzo, presión ni tensión.

—¿Por qué es tan importante el punto cero? —preguntó Emilie.

—Porque, al apretar el gatillo, la tensión del cuerpo se relaja. Eso hace que el arma apunte hacia el punto cero. Y si este no está dirigido hacia el objetivo, se falla sin saber muchas veces por qué.

Arne inclinó el cuerpo ligeramente hacia delante, apoyó el peso sobre el pie izquierdo y levantó el arma. Se la colocó contra el hombro

derecho, apoyó la mejilla en la caja del fusil, apuntó hacia una lata y disparó. Amortiguó el retroceso con un movimiento elástico y regresó inmediatamente a la posición inicial. Parecía fácil.

— ¡Y ahora tú! — dijo, apartando el arma.

Una vez Emilie encaró el arma y apuntó a una de las latas, Arne le pidió que cerrara los ojos y los abriera un par de segundos después.

— ¿A dónde estás apuntando ahora? — preguntó.

Emilie se quedó de piedra. La

lata ya no estaba en el punto de mira, sino a casi un palmo de distancia.

—Lo ves, ¡ese es tu punto cero! —explicó Arne—. Ahora puedes corregir tu posición para que coincida con el objetivo. Y asegúrate siempre de no tensarte.

«Es más fácil decirlo que hacerlo», pensó Emilie, que había contenido la respiración involuntariamente y se aferraba al arma con las manos rígidas.

—Tienes que encajar bien la caja en el hombro —dijo Arne—. Si no, correrás el riesgo de

que el retroceso te destruya la clavícula.

Emilie cerró un momento los ojos, recapituló la sucesión de movimientos y adoptó de nuevo la posición de tiro. Se obligó a respirar profundamente, a sostener recta el arma y a concentrarse en su objetivo. El sonido del agua entre los guijarros de la orilla, los gritos de las aves en las rocas y el silbido del viento parecían llegarle amortiguados. Las rodillas le dejaron de temblar. El latido del corazón se le ralentizó. Se tranquilizó por

completo. Un fuerte estallido la hizo estremecerse. La lata a la que había apuntado ya no estaba en su sitio.

— ¡Muy bien! — dijo Arne—. Así es como tiene que ser. Si te has asustado, es que no has desviado el arma en el último momento.

Emilie asintió y contempló en silencio el hueco sobre el tronco. En lo más profundo de su ser surgió un grito de júbilo que se extendió lentamente por su cuerpo. ¡Había dado en el blanco! ¡A la primera! ¡Y Arne la había elogiado!

Spitsbergen, julio de 2013

Unas horas después de su excursión, Hanna y Kåre estaban sentados con Leif y Line alrededor de una pequeña hoguera, asaban salchichas clavadas en ramas y bebían cerveza Macks Isbjørn de latas en las que había impreso un oso

polar. El cielo se extendía sobre ellos con un azul intenso, el sol se elevaba sobre las colinas y hacía brillar la roca rojiza. Una suave brisa traía los gritos de la colonia de aves desde el acantilado de la otra orilla.

De pronto la tristeza se apoderó de Hanna. A pesar del calor de las llamas y las cálidas mantas, estaba helada. Era un frío que anidaba en su interior. Hacía mucho que no lo sentía. Eran el olor a grasa quemada, el siseo con el que caía al fuego y la imagen de las salchichas en los palos lo que había

desencadenado el temblor y la había retrotraído a la infancia. A una de las innumerables fogatas en los campamentos de verano en los que solía pasar las vacaciones de verano tras la separación de sus padres, que se había producido cuando ella tenía diez años. No entendía a los otros niños que venían de familias intactas. No entendía por qué participaban voluntariamente en campamentos de verano y no viajaban con sus padres. Hanna habría dado cualquier cosa por poder hacerlo. Aunque en

realidad nunca había experimentado qué se sentía al vivir en una familia completa. Desde que tenía memoria, su padre se había ido retrayendo del día a día y se había consagrado a su carrera como directivo. Los últimos años antes de la separación, su presencia en casa se había caracterizado por las peleas a voz en grito seguidas de días de gélido silencio. En lo más profundo de su corazón, Hanna se había sentido aliviada al anunciarle su madre que ya no aguantaba más y que había

solicitado el divorcio.

Hanna se había imaginado de color de rosa su futura convivencia como madre e hija. Sin preocupaciones, armónica y pacífica. Tanto más desconcertada se había sentido al comprobar que su madre no quería ocuparse de ella. Dora Vogel no tenía intención alguna de hipotecar su recién adquirida libertad con la crianza de una hija. Una hija que además había sido quien la había metido en aquel miserable matrimonio que había durado diez años. Hanna siempre había

sospechado que ella había sido el motivo por el que se habían casado, ya que sus padres se habían conocido apenas un año antes de que naciera. Le dolió mucho tener que enfrentarse tan crudamente al hecho de ser un producto no deseado de la casualidad. Hanna había sentido que su madre se mofaba de ella al asegurarle que naturalmente «la quería mucho». ¿De qué le servía ese supuesto amor si se deshacía de ella como de un perro molesto y la enviaba a un internado? Y ni siquiera pasaba con ella las

vacaciones muchas veces, sino que la mandaba al campamento de verano y más adelante a cursos de idiomas en el extranjero.

—¿Estás bien? —se abrió paso la voz de Kåre en los pensamientos de Hanna—. Pareces triste.

Hanna se asustó. Constató aliviada que Leif y Line estaban enfrascados en una conversación en noruego, y esperaba que no hubieran notado su cambio de humor. Su primer impulso fue negar la observación de Kåre y pensar

una excusa inofensiva que explicara su gesto serio. Pero, al ver en sus ojos auténtica preocupación, dijo:

—Bah, yo tampoco sé qué me pasa. ¡No tiene nada que ver con este momento! Es solo que... Acaba de venirme un recuerdo de mi juventud y... — Enmudeció y se encogió de hombros.

—¿No fue una buena época?
—preguntó Kåre en voz baja.

Hanna negó con la cabeza. Se le hizo un nudo en la garganta. Si seguía hablando se echaría a llorar.

—Hace dos años me pasó algo similar —dijo Kåre—. Cuando mi hermana y su hija aparecieron en mi vida. Más bien cuando se marcharon de nuevo. Entonces los viejos recuerdos me asaltaban constantemente y me catapultaban a situaciones que hacía mucho que había olvidado... no, más bien reprimido. Al principio me pareció horrible. No quería recordar una época que había sido tan gris y dolorosa para mí. Pero entonces me di cuenta de que no podía seguir

engañándome, eso ya no tenía nada que ver conmigo ni con mi vida.

—¿A eso se refería Line cuando ha dicho hoy al mediodía que parecías otro? — preguntó Hanna.

—Sí, eso creo — respondió Kåre.

Hanna se ciñó la manta. Sin mirarlo, preguntó a media voz:

—¿Qué le pasó a tu familia?

—Uf, muchas cosas — empezó Kåre—. Lo resumiré: mi padre tenía principios y prejuicios muy fuertes por los que sacrificó la felicidad de mi

hermana al destruir su relación con un hombre al que no aceptaba. Y eso también rompió finalmente su matrimonio con nuestra madre.

—¡Suena horrible! —dijo Hanna, volviendo la cabeza hacia él.

—Lo fue. Sin embargo, lo peor fue que no puso las cartas sobre la mesa, sino que hizo uso de manipulaciones indescriptibles para lograr sus objetivos. Y estaba completamente convencido de que hacía lo mejor para su familia.

—Bueno, mis padres por lo menos fueron lo bastante honestos para no engañarme — dijo Hanna—. Después de divorciarse de mi padre, mi madre me explicó sin rodeos que a partir de entonces no habría mucho sitio para mí en su vida. Creía que tenía que realizarse. Y no quería que yo un día me sintiera culpable por habérselo impedido. Por eso me envió a un internado.

A medida que hablaba, Hanna sintió que la inundaba una ola de rabia y dolor tan fuerte como en la entrada del

internado, cuando seguía con la mirada el taxi en el que la había llevado su madre y que la llevaría al aeropuerto más cercano para escapar a la India.

—Supongo que tu padre tampoco estuvo a tu lado, ¿no?

—dijo Kåre, afirmando más que preguntando.

Hanna negó con la cabeza.

—¿Cómo fue en tu caso?

—Yo ya era mayor de edad cuando mi madre se marchó. La entendí y nunca le guardé rencor. Y mi padre, en el fondo, me daba pena. Pero entonces decidí que nunca me casaría ni

tendría hijos. Todo aquello me quitó de la cabeza la idea de que una relación pudiera durar y ser feliz. Y el destino de mi hermana me reafirmó en la convicción de que el amor es una fuerza destructora a la que no quería entregarme.

—En mi caso fue exactamente lo contrario —dijo Hanna—. Creo que quería demostrar que un matrimonio puede salir bien. Y que podía ser una buena madre a pesar de mis experiencias negativas. —Tras un breve silencio prosiguió—: Posiblemente por eso cerré los

ojos durante tanto tiempo al hecho de que la relación entre Thorsten y yo iba cuesta abajo. Sencillamente no quería aceptar que yo también había fracasado.

—Suenas como si sintieras que tú eras la única responsable — dijo Kåre.

Hanna lo miró. En ese momento se dio cuenta de que había dado en el clavo. Al igual que otros se dedicaban a su profesión, a sus obligaciones o a perfeccionar un talento especial, ella se había consagrado en cuerpo y alma al proyecto «Familia».

—Es increíble cómo nos domina el pasado y lo mucho que nos marca la infancia —murmuró.

—Sí, pero si nos damos cuenta, tenemos la oportunidad de liberarnos al menos en parte —dijo Kåre sonriéndole.

Hanna bajó la mirada confundida. A excepción de Heiko, nadie sabía lo mucho que había sufrido por ser una carga para sus padres. Para ella era un defecto que debía ocultar a los demás. Ni siquiera se lo había confiado a Thorsten. Había hecho todo lo posible

por olvidar aquel capítulo tan doloroso. Y allí estaba ahora, hablándolo con un hombre al que apenas conocía. ¿Lo hacía porque no volvería a verlo? Como hacían algunos viajeros en el tren, que abrían su corazón a extraños y les contaban su vida sabiendo que nunca más volverían a encontrarse. Hanna escuchó en su interior. No, no era eso. Todo lo contrario. Se le encogió el estómago al pensar que pronto tendría que despedirse de Kåre y volver a Alemania.

—¿Queréis otra cerveza? — preguntó Leif, levantándose.

—Sí, por favor — respondieron Hanna y Kåre al unísono y le dieron las latas vacías.

Mientras su marido se dirigía a la tienda de la cocina, Line se acercó a ellos.

—Bueno, ya estamos con vosotros de nuevo. —Sonrió a modo de disculpa—. Leif y yo no nos poníamos de acuerdo sobre cómo acometer la próxima serie de experimentos. Me temo que a veces los dos somos bastante cabezotas.

—No tenía la impresión de que estuvierais discutiendo — comentó Kåre.

Line se rio entre dientes.

—No, cuando nos tiramos los trastos a la cabeza sonamos diferente.

—¿No es difícil? —preguntó Hanna—. Trabajar juntos siendo pareja, quiero decir.

—Bueno, a veces sí. Pero la verdad es que a nosotros nos funciona bastante bien — respondió Line.

—Creo que sois una excepción —dijo Kåre—. Desde luego yo no conozco a nadie

aparte de vosotros a quien le resulte tan bien. Y en el mundo de la investigación es especialmente raro.

Hanna asintió.

—Me lo creo. Seguro que existe el riesgo de entrar antes o después en el juego de la competitividad —dijo—. Las diferencias de opiniones ocasionales son inevitables. Pero estoy segura de que no muchos consiguen que su relación no sufra demasiado.

—Sí, es probable que eso sea cierto —respondió Line—. Pero en la familia de Leif ya es

tradición, los matrimonios siempre han colaborado muy estrechamente. —Arqueó las cejas—. Qué curioso, ahora que lo digo me doy cuenta de que Spitsbergen siempre ha tenido mucha importancia para todos ellos.

—¿Para quién ha tenido Spitsbergen mucha importancia? —preguntó Leif, que acababa de llegar con las latas de cerveza.

—Para tus familiares por parte de madre —respondió Line—. ¿O me equivoco?

Leif repartió la cerveza y se

sentó junto a su mujer.

—No, efectivamente nuestra familia ha sucumbido al virus del Ártico desde hace generaciones —dijo con una sonrisa ladeada—. Y eso que no es del norte de Noruega, sino de Ålesund. —Se dirigió a Hanna—. Es una preciosa ciudad en la costa oeste, no muy lejos de donde viene la madre de Kåre.

—No tenía ni idea —dijo Kåre—. Siempre había pensado que eras de Tromsø.

—Es que también es así —respondió Leif—. Mi madre se

mudó allí a principios de los cincuenta. Pasó la guerra en Ålesund con sus padres. Después ayudó a su padre a volver a levantar el negocio que la familia llevaba en verano antes de que llegaran los nazis. Una especie de agencia de viajes que organizaba cruceros al océano Ártico.

—Déjame adivinar. Conoció a tu padre y se quedó allí —dijo Kåre.

Leif asintió.

—Sí, él trabajaba en el Observatorio Geofísico. A mi madre se le ocurrió la idea de

ofrecer viajes especiales en invierno para ver las auroras boreales y fue allí a pedir información.

—A tu padre —añadió Line, apoyándose en él.

—El mundo científico en el que la introdujo la entusiasmó, y pasaba allí cada minuto que tenía libre. Mi padre a su vez estaba impresionado por su capacidad para entender lo que le explicaba y le enseñó todo lo que sabía. Así no solo se hicieron pareja, sino que con el tiempo también se convirtieron en un equipo de investigadores

muy bien coordinado —contó Leif.

Line dirigió a su marido una mirada enamorada y le sonrió.

—Así que, como veis, ya es tradición.

Leif la rodeó con el brazo.

—Quién sabe si Bengt la continuará.

—Ya empieza a ser hora —dijo Line—. Pronto cumplirá los treinta.

Hanna miró disimuladamente a Kåre. ¿Lamentaría no haber formado una familia y no haber tenido hijos propios? Ella no podía imaginar la vida sin Mia y

Lukas. A pesar de que cada vez eran más independientes y la necesitaban menos que antes, Hanna, al contrario que su propia madre, necesitaba transmitirles que siempre estaría a su lado.

«¿Y si no es lo que quieren? —intervino su voz crítica interior—. ¿Y si lo consideran una intromisión indeseada? No quiero agobiarlos —replicó—. Sé muy bien que tienen que encontrar su propio camino. Pero está bien ayudarlos o simplemente escucharlos cuando están confusos o tristes.

Tal y como me habría gustado a mí.»

— ¿Tienes hijos?

La pregunta de Line devolvió a Hanna al campamento.

— Sí, dos. Una hija y un hijo.

Mientras lo decía, una intensa añoranza de los dos se apoderó de ella.

— Por cierto. ¿Tenéis internet aquí? Me gustaría darles señales de vida — preguntó.

«Y ojalá que ellos me hayan escrito», añadió en silencio. De repente le resultaba insoportable estar a miles de kilómetros de ellos sin saber si

estaban bien.

Leif negó con la cabeza.

—No, lo siento. Tampoco tenemos cobertura. Solo un radioteléfono para emergencias.

Kåre se inclinó hacia Hanna y dijo:

—No te preocupes. Estoy seguro de que tus hijos están bien. Y mañana, en Ålesund, tendrás wifi.

Hanna parpadeó y farfulló un «gracias» en voz baja. No estaba acostumbrada a que la trataran con tanta atención y cuidado. Ese siempre había sido su papel. Era agradable. Hanna

ya no estaba helada. El interés de Kåre había ahuyentado el frío.

Svalbard, junio de 1907

El *Isflak* abandonó la ensenada, cogió velocidad y navegó hacia el norte a lo largo de la costa este de la isla del Oso. La tormenta que los había obligado a hacer una parada de dos días había amainado hasta convertirse en un viento fresco.

Los llevaba con rapidez sobre el agua, que parecía gris bajo el cielo nublado.

Después de que Emilie, en la cubierta trasera, perdiera de vista la línea de costa con sus acantilados roídos por el mar, buscó un rincón protegido del viento entre dos toneles de agua. Pasaba el menor tiempo posible en el interior del barco. A pesar de que fuera hacía frío, mientras no lloviera a cántaros evitaba aquellos espacios estrechos escasamente iluminados en los que se estancaba el aire viciado por

varios olores desagradables. Emilie se acuclilló en el suelo, sacó del bolsillo de su chaqueta la guía de viaje Meyer, pasó las páginas hasta poco antes de la descripción de Islandia y comenzó a prepararse para el destino de su viaje.

El archipiélago de Spitsbergen está situado en el océano Glacial a aproximadamente 750 km (más o menos de Berlín a Basilea) del cabo Norte. Deberá equiparse con ropas de abrigo y

una manta de viaje, ya que las temperaturas aquí descienden en ocasiones prácticamente hasta los cero grados incluso en pleno verano; para las excursiones será necesario un calzado robusto y polainas impermeables o botas de cazador altas, también se recomiendan gafas de sol para los ojos sensibles.

Emilie frunció el ceño y repasó mentalmente su vestuario. No había metido en

el equipaje polainas impermeables y tampoco tenía gafas de sol. Lo cierto es que apenas las echaría de menos, al fin y al cabo solo pasaría un par de días en un fiordo del archipiélago y no habría tiempo para excursiones largas o para cruzar glaciares. «En realidad es una pena —pensó—. ¿Por qué soy precisamente yo la única que debo volver antes de tiempo sin poder participar en la expedición? —se preguntó, e inmediatamente se respondió a sí misma—: porque el profesor de Max no podía correr el

riesgo de exponer a uno de sus estudiantes a semejante aventura, que ciertamente no sería un paseo.» Al fin y al cabo era responsable de un menor de edad. Además Max debía llegar a Berlín a tiempo para el inicio del siguiente semestre.

Emilie suspiró y siguió leyendo:

El clima es notablemente más templado que en latitudes mucho más septentrionales de Norteamérica, algo que

puede atribuirse a la corriente del Golfo. No son tanto las estaciones sino los vientos los que determinan la temperatura. Nieva todos los meses; el clima es inestable, la temperatura solamente es regular en verano. El clima de verano es sano, el aire es extraordinariamente puro y se caracteriza por la ausencia total de gérmenes, de manera que los cadáveres de animales

no se descomponen, sino que se secan.

La flora es más similar a la de Siberia y Groenlandia que a la de Laponia. Se podría decir que la lengua de tierra de Adventbai es el jardín botánico de Spitsbergen, cuyo mantillo en julio está cubierto de plantas en flor; se ruega encarecidamente la mayor consideración, ya que de lo contrario existe el riesgo de erradicarlas. (Arrancarlas con la raíz

es inútil, ya que las plantas árticas no crecen en climas más templados.)

La presencia del reino animal es la siguiente: renos (aún bastante numerosos), osos polares (más en la zona este), zorros árticos y leminos (poco comunes). (No existe ninguna ley que limite la caza.) Las costas son ricas en morsas y focas (las primeras son más abundantes en la zona este). En el oeste

había antes una gran presencia de ballenas, cuyo número, sin embargo, ha descendido bruscamente debido a su persecución.

Actualmente en sus costas se caza sobre todo una especie de tiburón (*Seymnus borealis*). Se conocen 28 especies de aves, entre ellos la perdiz nival y el eider.

Emilie interrumpió de nuevo la lectura y sonrió. William estaría en su elemento. Gracias

al entusiasmo con el que había hablado en la isla del Oso sobre sus observaciones y sus hallazgos, se había ganado aún más sus simpatías. Le gustaba que no ocultara su pasión y no le importara en absoluto si resultaba poco masculino.

Cuando Emilie se disponía a seguir leyendo, oyó un chillido penetrante. Se quedó petrificada. Sonaba como los gritos de las gaviotas. No podía ser. Spitsbergen aún estaba demasiado lejos. Desde donde estaba no podía ver nada, así que se levantó y contuvo el

aliento. A unos metros de distancia se alzaba un iceberg del tamaño de un edificio de tres pisos con forma de pirámide. Relucía en tonos verdeazulados y era casi transparente. Unas cuantas gaviotas marfil, asustadas por la aparición del barco, aletearon nerviosas a su alrededor antes de volver a posarse sobre su isla flotante.

—Viene de un glaciar de Spitsbergen —oyó decir a una voz a su espalda.

Arne, que hasta entonces había estado en la caseta del

timón con el práctico y el capitán, se había acercado a ella.

—¿Cómo lo sabes? — preguntó Emilie.

—Por el color.

—Me cuesta creer que solo estemos viendo aproximadamente una octava parte del iceberg completo — dijo Emilie.

Arne se encogió de hombros.

—No tenía ni idea de lo impresionantes que son estos colosos — añadió Emilie.

—Sobre todo son peligrosos — masculló Arne—. Hay que acercarse a ellos con el debido

respeto. Un choque puede tener consecuencias devastadoras. Más de un barco ha zozobrado porque el capitán no mantuvo suficiente distancia.

Emilie se inclinó sobre la barandilla y trató de distinguir la verdadera dimensión del monstruo de hielo bajo el agua. La visibilidad era muy limitada debido a la cantidad de partículas de plancton que hacían del océano Ártico unas aguas tan nutritivas. Se incorporó y se dirigió a Arne:

— ¡Los glaciares de los que se desprenden semejantes

fragmentos gigantes deben de ser enormes!

Puso cara de pocos amigos. La dejó allí con un escueto «Pronto lo verás» y se marchó caminando pesadamente.

— Viejo cascarrabias — murmuró Emilie y volvió a dedicarse a contemplar el coloso azul que ya había avanzado un buen trecho.

¿Por qué era Arne tan reservado y desagradable? Había breves momentos en los que resultaba más accesible. Pero entonces, cada vez que ella, William o Beat Späni

intentaban charlar con él, volvía una vez más a su silencio malhumorado, como si hubiera hecho un voto. ¿Pertenería a una hermandad oculta que consideraba indigno tratar con extranjeros más allá de lo imprescindible? Emilie imaginó la bóveda de un castillo iluminada por antorchas en la que los autoproclamados descendientes de los vikingos llevaban a cabo misteriosos rituales y trazaban planes para recuperar el poder en el norte de Europa.

Una fuerte sirena la sacó de

sus fantasías. Un gran vapor se acercaba desde el oeste. Emilie vio en su popa el pabellón negro, blanco y rojo de su patria de origen y poco después pudo descifrar el nombre de la embarcación: *Grosser Kurfürst*.

—Ah, un vapor correo de la Norddeutscher Lloyd —dijo Beat Späni, al que la señal repetida del silbato de vapor había atraído a la cubierta—. Desde hace poco ofrecen también excursiones al Ártico desde Bremerhaven hasta Spitsbergen pasando por Edimburgo.

Poco después también se unió William a ellos. En el puente del barco de pasajeros apareció un hombre de uniforme que sostenía una bocina y gritaba algo en su dirección. Emilie no entendió lo que decía, pero el capitán del *Isflak*, que había salido de la caseta del timón, dio la orden de frenar el motor y acercarse al costado del vapor. Lanzaron al agua una barcaza con la que cruzaron tres hombres. Dos de ellos ascendieron poco después la escalerilla, el tercero ató varios petates y grandes cajas al cabo

de la polea, con la que los dos marineros los subieron a bordo.

— ¡No me lo puedo creer! — exclamó Beat Späni—. ¡Pero si es el oficial que nos faltaba!

Saludó con la cabeza al más joven de los recién llegados, que llevaba una guerrera azul con divisa respuntada en rojo y una gorra de plato. Rondaría los treinta años, era de constitución musculosa, llevaba bigote con los extremos retorcidos hacia arriba y el pelo oscuro corto. Su acompañante era considerablemente mayor. También llevaba uniforme y

bonete, como se conocía en el lenguaje popular al gorro de faena sin visera que llevaba la tropa. El capitán del *Isflak* se acercó a él y le tendió la mano. El joven se quedó inmóvil, dio un paso adelante, se puso firme, golpeó los talones de sus botas y dijo en voz alta:

— ¡Alférez Poske! — Señaló a su acompañante—. Y este es el sargento Kuhn.

— Oh, nuestro cumplido capitán acaba de meter la pata — dijo Beat Späni a media voz.

William arqueó las cejas con gesto interrogante.

—Bueno, no se ha dado cuenta de cuál de ellos tenía rango superior y ha saludado primero al subalterno.

William se encogió de hombros.

—Supongo que le habrá parecido apropiado mostrar deferencia al mayor.

—Puede ser, pero el alférez ya no puede ni verlo.

—Sí, parece muy enfadado —dijo William con una sonrisa burlona—. Es probable que ahora tenga ganas de retar al capitán a un duelo.

—¡Oh, no! —le contradijo el

suizo—. Seguro que a sus ojos el hombre no es digno de ello.

William torció el gesto.

—No tengo ni idea de todo eso. De todas formas nunca he entendido por qué hay gente que cree que debe enfrentarse a muerte por cualquier nimiedad.

Emilie solo escuchaba a ambos a medias. Desde que el alférez había dicho su nombre, trataba febrilmente de averiguar por qué le resultaba tan familiar. Al hombre no lo había visto en su vida. Y, por lo que recordaba, tampoco conocía a ninguna otra persona con ese

apellido. Su hermano Max no había sabido decirle cómo se llamaba el jefe de la expedición, en la que de todos modos no participaría. Así que él tampoco lo había nombrado. Mientras aún le daba vueltas a si había visto su nombre en un artículo del periódico o lo había oído en una conversación, Poske se acercó a su pequeño grupo y los examinó de arriba abajo.

El suizo saludó con el sombrero.

—Con permiso, Beat Späni, geólogo de Basilea. Estoy seguro de que hablo en nombre

de todos al expresar mi alegría por el hecho de que haya logrado encontrarnos. Al no verle en Tromsø, nos preocupamos. Pero ya estamos todos y podemos emprender la aventura con optimismo.

William y Emilie se miraron disimuladamente. La rimbombante forma de hablar del suizo era siempre una fuente de diversión para los dos.

El alférez lo miró con frialdad y preguntó:

— ¿Por lo tanto son miembros de la misión Spitsbergen? —
Miró a su alrededor como

buscando—. ¿Dónde están los demás?

Sonaba disgustado. ¿Habría esperado el alférez Poske todo un comité de bienvenida, con redoble de tambores, trompetas y salvas incluidas? Emilie bajó la mirada y esperó poder controlar el tembleque de las comisuras de su boca.

—El fotógrafo y el meteorólogo están abajo — respondió Beat Späni. Señaló a William—. Este es el señor Lewis de Gran Bretaña, de profesión ornitólogo.

—Un inglés, vaya, vaya —

dijo el alférez con gesto de desprecio, ignoró la mano que le tendía William y se volvió hacia Emilie.

—¿Acierto al suponer que es usted Max Berghoff?

—Ehh, sí... —balbuceó Emilie.

—¡Ottokar Poske! —dijo, estrechándole firmemente la mano—. Es un extraordinario placer conocerlo. Su padre le envía saludos.

—¿Mi padre?

—Sí, ha apoyado generosamente nuestra empresa. Poco antes de partir me

presenté ante él para agradecerse personalmente. ¡Un hombre de visión! Enseguida comprendió el progreso que supone la investigación climática en el Ártico.

«Y lo útil que sería contratar a alguien que vigilara a Max», añadió Emilie para sí. Su padre realmente no había dejado nada al azar. Primero se había ocupado de que el profesor de Max lo «escogiera» para viajar al Ártico en nombre de la universidad. Y ahora le hacía saber que a miles de kilómetros

de casa también estaba vigilado. No dudaba de que su padre había pedido a Ottokar Poske que le echara un ojo a su hijo menor y se ocupara de que no avergonzara a la familia.

Miró fijamente al alférez. ¡Claro! Ahora sabía de qué conocía el nombre. Abrió los ojos como platos, el estómago se le encogió. Le costó mucho no gritar. Ottokar Poske era el prometedor muchacho del que su padre había hablado a tía Fanny en aquella carta. Su candidato a yerno. El motivo por el que se habían marchado

precipitadamente de Berlín.

—Por desgracia no conseguí ver a su hermana cuando paré en la capital de camino a Bremerhaven —oyó que seguía diciendo.

Se mordió la lengua y se obligó a adoptar un tono casual.

—Sí, en estos momentos Emilie está de viaje con nuestra tía.

—Bueno, estoy seguro de que cuando regrese podré verla.

Saludó a Emilie con la cabeza, hizo un gesto al sargento para que lo siguiera y entró en el

barco.

—Siento lástima por tu hermana —susurró William.

—Y que lo digas —respondió Emilie—. ¡Qué tipo tan impertinente y arrogante! ¿Qué se ha creído para tratarte con tanto desprecio?

William se encogió de hombros.

—En fin, para los nacionalistas acérrimos como él los ingleses somos un fastidio. Pero en realidad es algo bueno. Así puedo estar seguro de que me dejará en paz.

Emilie contuvo un suspiro.

Ojalá hubiera podido decir lo mismo en su caso. Intuía que sucedería todo lo contrario. Los siguientes días prometían ser duros.

Spitsbergen, julio de 2013

—¿No puedes dormir? — preguntó Kåre con la voz apagada.

Hanna negó con la cabeza. Después de dar vueltas durante una hora en uno de los dos estrechos catres de la tienda de invitados, poco antes de

medianoche se había vuelto a levantar y había salido fuera. Kåre estaba sentado en una silla plegable en el centro del campamento. Había un arma a su alcance apoyada sobre una piedra grande.

—¿Demasiada luz? — preguntó Kåre.

Hanna asintió.

—En el hotel podía tapar la ventana casi por completo — dijo en voz baja—. Pero aquí no tengo en absoluto la sensación de que sea de noche. —Acercó otra silla y se sentó junto a Kåre—. En realidad

debería estar cansada. Pero mi cuerpo tiene una opinión diferente al respecto. Me siento completamente despierta.

—A mí me pasa lo mismo — dijo Kåre—. Por eso me he encargado de la primera guardia de osos.

Hanna miró la tienda de Leif y Line.

—¿Significa eso que ellos nunca pueden irse a dormir juntos cuando están solos? — no pudo evitar preguntar.

Kåre la miró divertido.

—No es aconsejable — respondió—. Por eso les gusta

tanto recibir visitas —añadió, guiñándole un ojo.

Hanna tragó saliva y sintió que se sonrojaba. ¡Qué vergüenza!

—Ehh, no me refería a... bueno, no quiero que pienses...

Kåre sonrió.

—No te preocupes.

Hanna se apresuró en cambiar de tema.

—¿Se acostumbra uno con el tiempo a la luz del sol permanente?

—No realmente —respondió Kåre—. Al menos yo no. Pero tampoco me molesta

especialmente. Para mí es mucho peor el invierno. La oscuridad a veces me hace polvo.

Permanecieron en silencio y disfrutaron de la magia de la medianoche. No había ni pizca de viento. El agua se extendía lisa ante ellos y relucía en tonos plateados. No se oía ni un ruido, el silencio era total. Al norte, el sol estaba sumergido en la neblina que flotaba sobre el mar en la salida del fiordo y hacía que la bruma reluciera en tonos dorados. Hanna se sumió en un estado meditativo. La

claridad de la noche tenía cierta solemnidad, confería a todas las cosas una suavidad que la extasiaba. Hanna se sentía cautiva en un sueño del que no quería despertar. Era uno de esos raros momentos en los que se sentía en armonía consigo misma y con su entorno, no echaba nada en falta, no pensaba en nada, no hacía planes. ¿Sería en uno de aquellos momentos cuando el Fausto de Goethe exclamó: «Detente, eres tan bello»?

Hanna no habría sabido decir cuánto tiempo llevaba allí

sentada cuando Kåre dijo en voz baja:

—Estoy infinitamente agradecido por estar viviendo este momento.

Hanna volvió la cabeza hacia él y lo miró con gesto interrogante. Él le devolvió la mirada y continuó:

—Estar aquí sentado contigo y sentir una felicidad indescriptible. Cuántas veces me habré preguntado si algún día conocería a alguien con quien pudiera compartir de verdad un momento así...

Hanna asintió.

—Alguien con el que sintiera que no es necesario explicar nada, que no es necesario asegurarse mutuamente que se siente lo mismo. Porque en lo más profundo de mi ser lo sabría.

Se levantaron al mismo tiempo, como movidos por unos hilos invisibles. Kåre tomó las manos de Hanna y las acercó una tras otra a sus labios. La tierna caricia le hizo sentir un agradable escalofrío. Cerró los ojos y se acercó más a Kåre. Aspiró profundamente su aroma acre. Él se inclinó hacia

ella y le besó sucesivamente las sienes y la barbilla antes de que sus labios rozaran su comisura izquierda. Hanna ya no pudo aguantar más. Le rodeó la cara con las dos manos y lo acercó suavemente hacia sí. Sus alientos se mezclaron. Abrió los labios y dejó que la punta de su lengua recorriera los labios de él. Kåre la rodeó con el brazo y la apretó contra sí. Sus bocas se fundieron. Lo único que había en el mundo era el calor de su cuerpo, el sabor de su boca y el rápido latido de su propio corazón, que le golpeaba

violentamente las costillas. Le temblaron las rodillas. Se apoyó con más fuerza en el brazo de Kåre y tuvo una sensación de protección que no sospechaba haber echado tanto de menos.

Cuando se separaron, Kåre preguntó en voz baja:

—¿Qué te parece si nos marchamos a Ny Ålesund ya? Así tendremos más tiempo allí.

Hanna sonrió con gesto soñador y se perdió en el azul claro de sus ojos, que le recordaban el color del mar cerca de los arrecifes de coral. Además, no resultaban fríos,

sino que irradiaban la misma calidez que el carácter de su dedicado y cariñoso dueño.

— Encantada — respondió.

Se alegraba de que no comentara lo que había sucedido, que no dijera nada que estropeará la magia. La naturalidad con la que planeó las siguientes horas que pasarían juntos acentuó la felicidad de Hanna. Años atrás se habría sentido insegura. Habría buscado certezas, cumplidos. Kåre no tenía que prometerle nada, no tenía que darle explicaciones. Sentía una

seguridad que no precisaba palabras.

Kåre miró su reloj.

—Bien, de todos modos mi guardia se acabará enseguida.

Media hora después empujaron al agua una de las dos zódiacs amarradas en la orilla y se despidieron con la mano de Line, que había ocupado el puesto de Kåre junto al arma. Atravesaron el estrecho de Sörgattet y pasaron junto a la isla de Amsterdamøya, en la que los balleneros holandeses fundaron

el asentamiento de Smeerenburg en el siglo XVII; nombre que no significaba otra cosa que «ciudad de la grasa», ya que allí se producía aceite de pescado a partir de la grasa de las ballenas.

Hanna y Kåre decidieron no desembarcar, también dejaron a la izquierda la islita de Ytre Norskøya, con los restos del horno circular para el aceite de ballena, y, más adelante, Kennedybukta, donde la Likneset, la «lengua de tierra de los cadáveres», albergaba el mayor cementerio de Svalbard,

con más de doscientas tumbas, en el que los balleneros enterraban en su día a los compañeros muertos. Este lugar histórico era uno de los ocho puntos del archipiélago que desde 2010 estaban completamente vetados a los visitantes para protegerlos; una medida que le pareció lógica a Hanna en vista del creciente turismo.

Después de pasar la entrada al fiordo de Magdalenen, Kåre dirigió la lancha hacia el sur y siguió las franjas costeras salvajes e inhóspitas a las que

los pescadores del Ártico conocían como «los siete icebergs», por los siete grandes glaciares que descendían al mar entre las montañas. Siguieron a toda velocidad respetando la distancia a los escarpados despeñaderos. Una fuerte brisa soplabá desde el mar abierto, que hacía que la sensación de frío fuera mayor que los tres grados Celsius que marcaba el termómetro del salpicadero. Hanna permaneció junto a Kåre, que la rodeaba con un brazo y con la otra mano manejaba el timón. El ruido del

motor se mezclaba con el rugido del viento, y no se oía nada más. Sobre ellos un par de gaviotas volaban en círculos en silencio y una foca barbuda que pasaba sobre un pequeño témpano de hielo levantó pesadamente la cabeza, los observó un instante y volvió a abandonarse al sueño. Hanna se arrimó a Kåre. Un estallido la hizo estremecerse.

—¿Eso ha sido un disparo? — preguntó.

Kåre negó con la cabeza y señaló con la barbilla el abrupto frente del glaciar ante el que

estaban navegando. A unos cincuenta metros de ellos se desprendió una gruesa capa de hielo que cayó al agua como a cámara lenta e impactó contra la superficie con gran estruendo. El eco retumbó en el aire. Poco después las olas que había provocado el enorme fragmento al sumergirse balancearon violentamente la zódiac.

—Increíble, ¡acabo de ver un glaciar derrumbarse! —exclamó Hanna y miró a Kåre radiante. Se golpeó la frente con la palma de la mano—. Mierda, me he

olvidado completamente de hacer fotos.

—No te preocupes, seguro que verás más derrumbamientos —dijo Kåre—. Podrías grabar el parto de un iceberg y colgarlo en tu blog. Es aún más impresionante que las fotos.

—Gracias por recordármelo —murmuró Hanna—. Tengo que publicar algo más en el blog urgentemente. Y sobre todo escribir el artículo para la revista.

Consciente de su culpa, tuvo que reconocerse a sí misma que en las últimas veinticuatro

horas apenas había pensado en su encargo. Su actitud no era precisamente profesional.

— Seguro que después encontramos un rincón tranquilo donde puedas trabajar sin que te molesten — dijo Kåre.

Cinco horas más tarde, pronto por la mañana, Hanna estaba sentada en una esquina del comedor de Ny Ålesund. Las ventanas hasta el suelo ofrecían una amplia vista del fiordo de Kongs. La sala, inundada de luz, estaba casi

desierta. Al entrar, Hanna se había cruzado con un grupo de hombres y mujeres que hablaban en francés, alemán e inglés al mismo tiempo. En una mesa cerca del muy bien surtido bufet dos chinos medio dormidos bebían té y devoraban raciones enormes de huevos con tocino.

Después de publicar varias fotos de la excursión por el fiordo de Raud y del viaje en zódiac y comentarlas, Hanna empezó a escribir una nueva entrada de «El blog helado de Hanna»:

Ny Ålesund -
Spitsbergen

Ya estoy en el fiordo de Kongs (es decir, «el fiordo del rey» o Kings Bay), en la costa oeste de la isla, exactamente en Ny Ålesund, el asentamiento más septentrional del mundo. Sí, la lista de los superlativos septentrionales es cada vez más larga... ;) Me encuentro a 79 grados norte, así que ¡«solo» estoy a once grados de

latitud de distancia del Polo Norte! (Para que os hagáis una idea: Múnich está en el paralelo 48° N, Berlín en el 52° N.)

Las atracciones creadas por el hombre se enumeran rápidamente: en primer lugar las preciosas casitas de madera de colores de los diferentes países, que se reconocen por los símbolos típicos. Así, la casa de los investigadores chinos está custodiada por dos leones de la

suerte, los indios han adornado la puerta con una imagen del dios elefante y en un rincón de la estación alemana Koldewey habita un gnomo de jardín bizco (¡!).

En la orilla, una vieja locomotora de vapor con un par de vagones abiertos, que en el pasado transportaba carbón de la entrada de la galería al embarcadero, recuerda la época de la minería, que en Ny

Ålesund terminó en los años sesenta después de un terrible accidente.

También puede admirarse un vestigio del antiguo espíritu aventurero en forma de un mástil para dirigibles que ya tiene casi noventa años. Desde aquí despegó en 1926 con el dirigible *Norge* Roald Amundsen, a quien hay dedicado un busto gigante, cuando voló sobre el Polo Norte y continuó hasta Alaska.

El intento del italiano Umberto Nobile, que quiso imitarlo dos años después, acabó en desastre. Al intentar localizarlos y salvarlos, Amundsen, entre otros, perdió la vida.

El ruido de sillas arrastradas y de vajilla hizo que Hanna levantara la mirada. Kåre había entrado con otro hombre y se había sentado a un par de mesas de distancia. La saludó con una sonrisa amable, formó en silencio las palabras «hasta

ahora» y se dirigió de nuevo a su acompañante, que le hablaba con gesto serio. Debía de ser el compañero del Instituto Ártico con el que más adelante irían a un laboratorio gestionado por los noruegos. Hanna se terminó la taza de café y siguió escribiendo:

En rigor, este lugar es una estación de investigación: las únicas personas que pasan aquí periodos largos de tiempo son científicos y el personal de la empresa

Kings Bay A S, a la que pertenece todo el pueblo y que lo organiza como si fuera una empresa. Se ocupa de los vuelos, alquila habitaciones, mantiene los edificios de la estación, regenta la tienda de *souvenirs* y la oficina de correos, se encarga de la manutención y de despejar la nieve en invierno. Hay un comedor central para toda la comunidad que está abierto las

veinticuatro horas del día. En el salón contiguo hay fiesta los fines de semana. Para ello, en verano las ventanas se oscurecen con pesadas cortinas; y es que, ¿a quién le gusta estar de fiesta en pleno día, aunque sean altas horas de la noche?

Hanna se distrajo de nuevo porque el icono del sobre le avisó de que tenía un nuevo e-mail. Heiko le había escrito:

Buenos días, querida
Hanna:

Y yo que siempre había
pensado que era
madrugador... ;-)

Solo quería que
supieras lo mucho que
me han impresionado tus
fotos de ese paisaje
único. Acompañadas de
tus descripciones
resultan muy atractivas;
ahora mismo me
encantaría reservar un
viaje al norte... De todas
formas, las que más me
han gustado son las que

te ha sacado. Si no lo supiera, jamás habría dicho que estuvieras digiriendo una dolorosa separación. La verdad es que pareces muy feliz y relajada, ¡y realmente espero que sea así como te sientes!

Que empieces bien este nuevo día de imágenes y experiencias preciosas.

Un abrazo,

HEIKO

P. D.: ¿¿¿Quién es???

¿¿¿Me lo dirás???

¿Es él

quien hace que te brillen
así los ojos?

Hanna apoyó el codo sobre la mesa, reclinó la cabeza en la mano y miró el e-mail. Ay, Heiko, pensó sonriendo para sí. ¡Qué bien la conocía! ¿Qué opinaría de Kåre? Su mirada vagó hasta la mesa en la que estaba sentado. Apenas podía creer lo familiar que le resultaba ya su silueta, y que, sin embargo, acelerara su corazón como cuando uno recibe una agradable sorpresa. Escuchó a su interior. La sensación era

diferente al cosquilleo agrídulce que le provocaba Thorsten en los primeros meses de su relación, o que había sentido solo con pensar en él. Aquella felicidad embriagadora en la que se había sumergido, que hacía desaparecer todo lo demás. Al echar la vista atrás, Hanna tenía la impresión de haberse enamorado más de las sensaciones que despertaba en ella que del propio Thorsten.

Al mismo tiempo, una y otra vez la habían invadido momentos de profunda duda en los que se preguntaba temerosa

cuándo se daría cuenta él de que ella no estaba a su altura, lo que la había llevado a mostrar lo mejor de sí misma, satisfacer todos sus deseos y evitar temas que lo disgustaran. Había ignorado a propósito la pequeña voz que le reprochaba que cediera y no fuera sincera. El miedo a que el interés de Thorsten por ella se desvaneciera si ella presentaba una imagen no embellecida era más fuerte.

La tensión que le hacía sentir Kåre era diferente. Era como si hiciera vibrar algo en ella que la

completaba. El acorde que faltaba en su partitura para redondear la armonía de su melodía.

Sí, a Heiko le gustaría, se respondió a sí misma. Y Kåre también se entendería muy bien con él. «¿Se conocerán algún día?», se preguntó Hanna. Se incorporó, cerró el puño derecho y lo apretó. ¿Por qué no? No tenía ni idea de cómo sería su vida a partir de entonces. Pero en ese momento tenía la certeza absoluta de que Kåre sería una parte importante de ella.

35

*A bordo del Isflak, junio de
1907*

Ottokar Poske llevaba en el equipaje dos cartas para Emilie, que le entregó antes de ir bajo cubierta con el sargento Kuhn para examinar el aparato telegráfico de Antonio. Los padres de Emilie y Friedrich le

habían dado al alférez las cartas para ella o, mejor dicho, para Max durante su visita a Elberfeld. Emilie estaba asombrada de que su hermano mayor se hubiera tomado el tiempo de escribir a Max. No sabía que mantuvieran correspondencia. Friedrich tenía cosas más importantes que hacer, como había aclarado inequívocamente repetidas veces en el pasado. Su tiempo era demasiado valioso para enviar cartas a su malogrado hermano o leer las descripciones que él hacía de

una vida que a ojos de Friedrich era intrascendente y no ofrecía nada interesante.

Después de retirarse a su escondite entre los toneles de agua para poder leer sin ser molestada, Emilie leyó primero por encima las líneas de su madre, en las que transmitía su preocupación por la frágil salud de su hijo menor, y las enérgicas palabras de aliento y advertencias de Gustav Berghoff. A continuación abrió el sobre de la segunda carta.

Elberfeld, junio de 1907

¡Querido Max!

Cuando leas esta carta seguramente casi habrás llegado al destino de tu viaje, el lugar en el que te espera una misión secreta. ¡¡¡Lo que sigue no puede hacerse público de ningún modo!!! Lo mejor será que quemes este papel después de leerlo. No nos interesa tener cómplices. ¡¡¡Lo que necesitamos es máxima discreción para no poner en peligro nuestra

empresa!!!

Emilie frunció el ceño. Parecía una cita de una novela de detectives. ¿Realmente había sido su hermano Friedrich quien había escrito aquello? No era nada propio de él perderse en alusiones azarosas y no ir al grano sin rodeos. ¿Qué empresa podía ser tan importante? Emilie siguió leyendo:

Como seguramente sabes, Spitsbergen es tierra de nadie. Ningún

estado ha reclamado hasta ahora derechos sobre el territorio ni los recursos naturales que contiene. Aquí rige la ley de «el que da primero, da dos veces». Ha llegado a mis oídos que en una península de Kings Bay se ha encontrado mármol, al parecer en cantidades considerables. ¡Averigua por favor si es cierto y señala en un mapa el lugar donde se halla para que pueda reclamar derechos sobre

ello en la próxima oportunidad que se me presente!

Mi intención es extraer el mármol, transportarlo por mar a Alemania y venderlo como material de construcción para edificios y monumentos nacionales; especialmente para los pedestales de las estatuas y los bustos de nuestro venerado emperador. No es ningún secreto que Guillermo II profesa un profundo amor a los

noruegos. Hace poco ha declarado:

«Unos hilos mágicos me unen a esa nación. Es la nación que ha salido adelante con sus propias fuerzas en la lucha constante contra los elementos; la nación que ha plasmado en sus sagas y en su mitología las más hermosas virtudes: la lealtad vasalla y la lealtad al rey. Estas virtudes son en gran medida características de los germanos, que

consideraban que la lealtad de los vasallos para con el rey y la lealtad del rey para con los vasallos eran las cualidades más valiosas.»

Te ofrezco a ti, Max, la oportunidad de probar que eres un digno miembro de nuestra familia y de demostrar a nuestro padre que llevas un auténtico Berghoff en tu interior. ¡Cuento contigo! Si nuestra empresa tuviera éxito, me plantearía involucrarte

en el negocio como socio menor.

Así que ¡esfuérzate al máximo!

Con el deseo de que tengas mucho éxito, te saluda tu

FRIEDRICH

Emilie miró fijamente la carta y resopló indignada. ¡Con cuánta autosuficiencia se tomaba la libertad de pedir aquello! Se alegraba de que Max nunca llegara a ver esa carta. Le habría dolido, le habría desconcertado y habría tenido

el efecto contrario al que buscaba Friedrich. Bueno, cumpliría con el deseo de su hermano mayor y buscaría el mármol. A pesar de que su idea de negocio le pareciera ridícula. Pero posiblemente tuviera éxito, ya que muchos de los súbditos del emperador compartían su pasión por Noruega.

Cuando Emilie dobló la hoja para volver a meterla en el sobre, vio un par de líneas en el reverso. Eran de su cuñada Klothilde pidiendo a Max que cazara un oso polar, ya que su

piel quedaría muy bien delante de la chimenea de su saloncito. Emilie no daba crédito. Aquello no tenía fin. Al parecer toda la familia se había confabulado para hacer de Max un tipo duro.

Unas horas después de haber recibido a Ottokar Poske y al sargento Kuhn a bordo, avistaron Spitsbergen. Pronto estuvieron tan cerca de la costa que Emilie, que estaba en la proa con William y Beat Späni, distinguió entre las oscuras paredes de roca de los

acantilados los glaciares que se ensanchaban y desembocaban en el mar.

—Así que aquí es donde se forman los icebergs —dijo Emilie, dejando vagar la mirada sobre las zonas de fractura de los glaciares, que brillaban en tonos azules.

Beat Späni se dirigió a William.

—Un tocayo y compatriota suyo describió la formación de un iceberg de forma sensacional.

—¿Se refiere a William Scoresby? —preguntó William.

El suizo asintió.

— En una ocasión observó de cerca cómo una masa de hielo del tamaño de una catedral se precipitaba al agua desde una altura de cuatrocientos pies.

— ¡Increíble! — exclamó Emilie, arqueando las cejas.

Se imaginó una catedral de Colonia de hielo azul sumergiéndose en el mar.

— En presencia de semejantes fuerzas de la naturaleza uno se siente una hormiga — dijo William.

Entretanto el *Isflak* navegaba a lo largo de la costa occidental

de Spitsbergen. Al oeste estaba Prins Karls Forland, una isla de aproximadamente noventa kilómetros de largo. El estrecho de Forland por el que navegaban no era lo bastante profundo para los grandes vapores con mucho calado. Debían tomar la ruta por mar abierto para llegar al norte del archipiélago y se perdían así la vista de los cientos de focas que descansaban en la costa oriental de la isla, protegida del viento.

Poco antes de llegar al final de la vía navegable, el capitán redujo la velocidad.

—¿Por qué nos detenemos?
—preguntó William—. Aún
estamos muy lejos de Kings
Bay.

Emilie se encogió de
hombros. Miró a su alrededor y
vio que uno de los marineros
preparaba un bote auxiliar para
bajarlo al agua. El otro
arrastraba varias cajas y barriles
hasta la barandilla. Arne, que
acababa de subir por la escotilla,
también se acercó a la borda.
Llevaba su arma al hombro y su
petate a rebosar.

—Ah, ha llegado la hora de la
primera despedida —exclamó

Beat Späni—. Nuestro vikingo nos abandona para dedicarse a su verdadera profesión.

—¿A qué se refiere? — preguntó William.

—Bueno, si lo he entendido bien, durante los próximos meses se dedicará a la caza siguiendo la pista de animales de pieles nobles. En invierno son especialmente impermeables y valiosas.

Emilie se quedó cortada. Había olvidado que Arne desembarcaría antes.

—¡Ah, pues claro! — exclamó William, dándose golpecitos en

la frente—. Se me había olvidado por completo. En realidad es una pena, me había acostumbrado a este gruñón. — Se inclinó hacia Emilie y susurró—. Además habría sido divertido observar cómo intercambiaba golpes con el resolute alférez.

Emilie se obligó a esbozar una sonrisa cómplice mientras se preguntaba por qué le dolía despedirse de Arne. ¿Por qué le molestaba no volver a verlo jamás? ¿A aquel hombre reservado cuyas bruscas maneras habrían sido un buen

ejemplo de comportamiento impertinente para cualquier profesor de buenos modales? Un hombre con el que nunca sabía si su actitud grosera se debía a un desprecio generalizado hacia las personas o a una antipatía especial hacia ella. La inquietaba.

Emilie nunca se había preguntado esto acerca de Leonid, que tampoco parecía hacer mucho caso de sus congéneres. El ruso estaba absorto en su propio mundo, envuelto en un grueso manto de melancolía que parecía tan

imposible de atravesar como los arbustos de espinas en el cuento de la Bella Durmiente. Leonid provocaba en Emilie una compasión indefinida. Los posibles motivos de su tristeza ocupaban a veces su imaginación. Para ella no era importante averiguarlos, más bien al contrario, tenía cierto atractivo que el ruso fuera tan misterioso.

— ¡Mirad, ahí hay una cabaña!
— exclamó William y sacó a Emilie de sus cavilaciones.

Miró en la dirección en la que apuntaba su brazo, hacia tierra

firme, y avistó una pequeña choza de madera en una ensenada. Apenas se distinguía del gris de las piedras.

—Puede que allí sea donde se alojará Arne —dijo el suizo.

William sacudió la cabeza.

—¿Realmente se propone invernar aquí? Esa cosa tiene pinta de salir volando con la primera tormenta de nieve.

—Bueno, muchos se han atrevido con esta aventura antes que él —dijo el suizo—. En el siglo XVII los balleneros ingleses establecían aquí su base todo el año. Por eso la bahía se

llama también English Bay, en noruego Engelskbukta.

— ¡No hay nada que usted no sepa! — exclamó Emilie—. Parece una enciclopedia andante.

Entretanto Arne había colocado su petate sobre la barandilla y se acercó a ellos.

— Creo que debo advertiros — dijo con gesto serio—. Opino que no es buena idea llevar a cabo una expedición como la que os proponéis en esta época del año.

Beat Späni lo miró sorprendido.

—¿Y por qué no?

—Porque muchas señales indican que este año el invierno llegará muy pronto. La tormenta que acabamos de experimentar era un indicio de ello. La ruta hasta el fiordo de Is es muy larga, e incluso con buen tiempo puede ser agotadora. Si se levanta niebla o se producen tormentas de nieve enseguida se vuelve intransitable —explicó Arne—. Especialmente para excursionistas poco experimentados —añadió, mirando de reojo a Emilie.

Emilie se cruzó de brazos y le dirigió una mirada huraña. No, no lo echaría de menos, ¿cómo había podido creerlo siquiera un instante? ¡Qué sabelotodo tan engreído!

—Como Leonid o Antonio —prosiguió Arne después de una breve pausa—. Dudo mucho de que esos dos estén a la altura de las exigencias.

Emilie apartó rápidamente la mirada. Qué estúpida había sido al sentirse aludida por su comentario. Ella ni siquiera participaría en la expedición. ¡Esperaba no haberse

sonrojado! Aparentó que estaba completamente cautivada por un grupo de alcatraces que volaban en círculos cerca del barco y buscaban peces. Las aves, del tamaño de un ganso, se precipitaban hacia el agua y se sumergían en las olas a toda velocidad con las alas pegadas al cuerpo y las cabezas estiradas para salir del agua pocos segundos después.

—He intentado explicarle al alférez que sería sensato acortar la expedición —dijo Arne—. Los experimentos con el globo meteorológico también podrían

llevarse a cabo perfectamente en una montaña de Kings Bay. Y la búsqueda de una ubicación adecuada para una estación de medición permanente en la costa debería posponerse hasta el año que viene. —Hizo un gesto de incredulidad—. Ha sido como si de pronto estuviera hablando en chino.

El suizo se echó a reír.

—Oh, me creo perfectamente que haya hecho oídos sordos a sus comentarios.

Arne gruñó algo incomprensible.

—¿Estoy en lo cierto al

suponer que el alférez Poske no ha permitido que se ordene un cambio de planes a causa del clima? —preguntó Beat Späni.

Antes de que Arne pudiera responder, una voz graznó tras ellos:

— ¡Cómo se le ocurre cuestionar mi autoridad a mis espaldas! ¡Haga el favor de no entrometerse en los asuntos ajenos!

Ottokar Poske, que había subido a la cubierta con el sargento Kuhn a remolque, se plantó delante de Arne, hinchó el pecho y lo fulminó con la

mirada. Arne, que le sacaba una cabeza al alférez, le devolvió la mirada impasible. Parecía relajado, lo que azuzó la rabia del otro. A Poske se le hinchó una vena en la sien, se le enrojeció la cara, cerró los puños. A Emilie le recordaron a dos niños que jugaban a pasar el mayor tiempo posible sin parpadear.

—A esto me refería antes —le susurró William al oído a Emilie—. ¿No es divertido observarlos?

Arne se encogió levemente de hombros.

— En fin, tiene razón, no es de mi incumbencia. Usted es el responsable.

Se volvió hacia el capitán, que en ese momento salía de la caseta del timón con el práctico. Los tres se estrecharon las manos, se dieron palmadas en la espalda y se dijeron una y otra vez:

— *Lykke til!* Vi sees neste år!
¡Mucha suerte! ¡Nos vemos el año que viene!

— ¿No deberíamos despedirnos nosotros también?
— preguntó Emilie con la esperanza de que pareciera un

comentario casual.

— ¡Pues claro! — exclamó Beat Späni—. Dónde me habré dejado los modales.

Se acercó a Arne, William y Emilie lo siguieron. El alférez puso mala cara, pero renunció a hacer comentario alguno. El suizo se colocó frente a Arne, saludó con el sombrero y dijo:

— Permítame que, en nombre de nuestro pequeño grupo, le dé las gracias por su ayuda y le desee lo mejor para el futuro. ¡Que sobreviva sano y salvo a los meses de oscuridad y frío, y que en primavera regrese a la

civilización con un abundante botín! —Agarró la mano de Arne, la estrechó enérgicamente y exclamó—. ¡Es usted un gran tipo!

Arne lo miró sorprendido, respondió a su apretón de manos y saludó con la cabeza a William. Al dirigirse hacia la borda, pasó muy cerca de Emilie. Antes de que esta pudiera tenderle la mano y despedirse, se inclinó como de pasada hacia su oreja y susurró:

— ¡Cuídate!

A Emilie se le encogió el estómago. Su voz había sonado

muy diferente. No bronca o desagradable como de costumbre. Sino cálida y sensible. Inmediatamente después saltó por encima de la borda y descendió la escalerilla hasta el bote auxiliar, en el que ya se encontraba uno de los marineros, que lo llevaría a remo hasta la bahía. Emilie se apoyó en la barandilla y miró hacia abajo. Arne levantó la cabeza. Sus miradas se cruzaron. Antes de que Emilie pudiera decir nada, saltó al bote, lo apartó del costado del barco y ya no volvió a volverse

hacia ella.

Los talones de unas botas golpeados uno contra otro estremecieron a Emilie. El sargento Kuhn se había cuadrado ante el alférez. Junto a él, Antonio saltaba de una pierna a otra con gesto radiante.

— *La macchina funziona! Possiamo telegrafare!*

— Ah, nuestro manitas italiano por fin ha puesto en marcha su aparato telegráfico — dijo Beat Späni.

El sargento lo ignoraba. Para él solo parecía existir Ottokar Poske. Emilie le oyó hablar por

primera vez desde que habían subido a bordo. Las palabras salieron disparadas de su boca como salvas de un arma:

—A la orden de usted: máquina funciona correctamente. Primera señal de morse recibida. Mala recepción bajo cubierta. Mensaje incompleto.

Golpeó los talones de nuevo y le tendió una nota al alférez. Este la miró con el ceño fruncido y se la pasó al capitán.

—Parece una orden de búsqueda de la policía. No nos incumbe.

El capitán leyó las escasas palabras, se encogió de hombros, arrugó el papel y lo lanzó por la borda. El viento lo levantó y lo devolvió a la cubierta. Emilie se agachó sin pensarlo, lo recogió y lo alisó. El mensaje entrecortado decía lo siguiente:

¡A todas las naves! ¡A
??? ción! ¡Búsqueda +++
??? bus ??? urgen ??? ma
??? b +++ di ??? ero ? E
??? +++ ??? dentid ???
falsa ??? sospe ??? hui???
+++ visto por úl ??? el

?? de junio en ??? +++
pist ??? a ???licía ?
tromsø +++
¡recompensa!

¿Era eso lo que se sentía cuando se le helaba a uno la sangre en las venas? Emilie se apoyó en la barandilla y trató de respirar. Pensaba a toda velocidad. Por fin había sucedido la catástrofe. Seguro que el telegrama se refería a ella, de eso no tenía ninguna duda. ¡La buscaba la policía! Veía manchas oscuras, le temblaban las rodillas y el corazón parecía

querer salirsele del pecho.

36

*Ny Ålesund - Spitsbergen, julio
de 2013*

El compañero de Kåre, un físico atmosférico, respondía al estereotipo que Hanna tenía de los noruegos. No era por su aspecto. Sven Birkedal era de altura media, tenía el pelo oscuro y era de constitución

fina. Eran sus maneras reservadas y los monosílabos con los que se dirigía a Hanna.

—No te lo tomes como algo personal —le dijo Kåre al oído cuando salieron del comedor de la mano y caminaron detrás de Sven hacia los pies de la montaña Zeppelinfjellet, sobre la que el Instituto Ártico de Tromsø operaba una estación de investigación. Kåre llevaba consigo un nuevo aparato de medición con el que debía sustituir un modelo antiguo.

»En general Sven no se entiende muy bien con la gente.

Prefiere sus instrumentos y sus datos. A veces tengo la sospecha de que es como un cyborg. Parece sobrevivir sin dormir apenas, por lo que sé no tiene familia, también trabaja en festivales, durante las vacaciones visita otras estaciones científicas y considera la ingesta de alimentos un mal necesario para mantener el motor en marcha. —Torció el gesto—. Una vez lo invité a comer con Leif y Line y me trabajé un menú de tres platos. Pero la verdad es que podría haber servido pizza congelada o raviolis de lata.

Pidió *ketchup* antes de dar el primer bocado, imagínate. «Para que pase mejor», nos explicó —dijo Kåre y se estremeció.

Hanna se rio entre dientes. Se imaginaba perfectamente lo horrorizado que se habría sentido al tratar el otro a patadas sus habilidades culinarias.

—Sospecho que es ligeramente autista —prosiguió Kåre en voz baja—. No es en absoluto su intención ofender a la gente. Sencillamente vive en su propio universo. Pero es un

científico brillante.

La cabina roja de un funicular los llevó hasta el edificio de la estación, situada a unos quinientos metros de altura en la montaña Zeppelin, donde los noruegos medían veinticuatro horas al día la concentración de dióxido de carbono en el aire desde finales de los ochenta. Al llegar arriba, Sven, que no había dicho ni una sola palabra en todo el trayecto, se dirigió a Hanna y, en tono de portavoz de prensa, anunció:

—Este laboratorio tiene una importancia capital para la

vigilancia de la atmósfera. Los datos que se recogen permiten analizar con información fundada los cambios en el ozono de la estratosfera, la intensidad de los rayos UV y la creciente concentración de sustancias nocivas en el aire. Se puede decir sin exagerar que se trata de uno de los puntos de referencia más importantes para el control del clima a nivel mundial.

—¿Y qué distingue exactamente a este lugar? — preguntó Hanna.

—Estamos tan lejos de la

civilización que las fuentes de contaminación prácticamente no afectan la investigación — respondió Sven—. Así, por ejemplo, podemos identificar con exactitud indicios del drástico incremento en los niveles de dióxido de carbono.

Kåre asintió y añadió:

—Además, se mide la concentración en el aire de muchas otras sustancias conocidas como gases invernadero, entre otros el metano, el monóxido de carbono o el clorofluorocarburo, es decir,

CFC. Asimismo, se investiga el tamaño y la distribución de las partículas en la atmósfera, así como distintas partículas anorgánicas como por ejemplo el mercurio. También se analiza el contenido de las precipitaciones.

—¿Y qué hay de las emisiones causadas por las calefacciones, los trineos a motor y los barcos? —preguntó Hanna y señaló hacia abajo, a las casas de la bahía.

—La estación está casi siempre por encima de la capa inversora —dijo Kåre—. Eso significa

que las sustancias nocivas generadas en el pueblo normalmente no llegan hasta aquí arriba y por lo tanto no...

—Olvidas a los turistas en verano —lo interrumpió Sven—. Cuando atraca aquí un crucero gigante de esos, de pronto tenemos veinte veces más turistas que investigadores.

—Cierto —dijo Kåre—. Es algo que tiendo a olvidar. —Prosiguió dirigiéndose a Hanna—: Un barco de pasajeros como esos puede producir más emisiones en un solo día que la central alimentada con diésel

para el suministro del pueblo en todo un año.

— Y eso dificulta el análisis de nuestros datos — gruñó Sven y siguió hacia la entrada del edificio.

Kåre se acercó a Hanna, que se había vuelto hacia el fiordo y disfrutaba de la vista. Una vez más estaba asombrada por lo transparente que era el aire, que hacía que todo pareciera estar más cerca: las cumbres de las montañas que se alzaban al este al final del brazo de mar tras dos impresionantes glaciares, o una isla situada entre Ny

Ålesund y la otra orilla. Todo parecía estar a tiro de piedra.

—Desde aquí arriba es especialmente fácil observar las consecuencias del cambio climático —dijo Kåre—. Esa isla de ahí se llama Blomstrandhalvøya, es decir, la península de Blomstrand. Cuando se cartografió esta zona hace unos cien años, aún se pensaba que estaba unida al continente que se ve detrás. Pero no era más que la masa del hielo del glaciar de Blomstrand, que con el tiempo se ha reducido considerablemente.

—¿Vienes? —gritó Sven.
Sonaba impaciente.

Kåre sonrió a Hanna a modo de disculpa.

—Será mejor que le monte cuanto antes su nuevo juguete. Apenas puede esperar a probar por fin el instrumento de medición que he traído. Me daré prisa. Si te apetece, después podemos hacer una pequeña excursión por el glaciar y volver al pueblo a pie.

—Me encantaría. Te espero aquí fuera —dijo Hanna—. Estas vistas son sencillamente impresionantes. Haré un par de

fotos.

Kåre le cogió la cara con las manos y la besó tiernamente en los labios. Hanna resistió la tentación de abrazarse a él.

— Ve, si no, no te soltaré — susurró.

Le habría gustado repantingarse con él en el banco que había pegado a la pared del laboratorio besándose como adolescentes.

Kåre le dio un beso más, le acarició la mejilla y desapareció en el interior de la estación. Hanna lo siguió con la mirada. Le vino a la mente una cita de

Ernst Bloch, cuya filosofía utópica la entusiasmaba en su época de estudiante: «El amor es un viaje a una vida completamente nueva.» Una idea emocionante. En pocos días había llegado a otro punto de inflexión. Cerró los ojos, abrió mentalmente el cuaderno de los balances y respondió a las preguntas:

1. Fecha y motivo de la nota

martes, 9 de julio de 2013

2. ¿En qué situación

estoy?

a) En mi vida privada
En los inicios de un
nuevo amor

b) Colegio / estudios
/ profesión

En los inicios de una
nueva carrera como
periodista

3. ¿Grado de
satisfacción en una escala
de 0 a 10?

10

4. ¿Me gustaría cambiar
algo?

a) No

b) Sí:

Si es así, ¿qué exactamente?

5. ¿Qué puedo hacer para lograrlo?

¿Dónde me veo dentro de cinco años?

Hanna abrió los ojos. No quería responder a la última pregunta. No quería estropear la felicidad del momento, aquella magia que se desvanecería si la lastraba con imágenes del futuro.

Respiró profundamente y dejó vagar la mirada sobre el paisaje. En una descripción de

Spitsbergen, Hanna había leído que la naturaleza del archipiélago lo transportaba a uno como en una máquina del tiempo más de doce mil años atrás, al pasado de Europa Central, exactamente al final de la Edad de Hielo. En vista del retroceso de los glaciares, las morrenas recientes con su gran cantidad de rocalla, las superficies cubiertas de gravilla y la tundra sobre el permafrost, comprendió la referencia. Más o menos ese aspecto había debido de tener en su día la región prealpina y otras zonas que

hubieran pasado siglos bajo una capa maciza de hielo. ¿Cuánto tardarían las morrenas terminales en transformarse en colinas verdecidas?

Kåre salió un cuarto de hora después. Levantó dos bastones en el aire y exclamó:

— Ya podemos irnos. También he cogido suelas con clavos para los zapatos.

Después de equiparse de forma apropiada para el glaciar, rodearon la estación y comenzaron a descender por la parte trasera hacia el Vestre Lovénbreen, que cubría una

depresión entre varias montañas. Este glaciar también llegaba al litoral hasta pocas décadas atrás. Al igual que sus vecinos, ahora no dejaba de disminuir. A lo largo del camino las zonas de nieve se alternaban con grava, en un punto tuvieron que saltar un arroyo de deshielo, y Hanna se detenía una y otra vez para sacar fotos. Cuando alcanzaron el borde del glaciar, Kåre le tocó el brazo, se llevó un dedo a la boca y señaló con la otra mano una llanura de lodo que se extendía junto a la zona de

grava. A unos veinte metros de ellos había dos renos que habían girado las cabezas hacia ellos. No parecían asustados, al contrario, se acercaron un poco y los examinaron con sus grandes ojos negros. Eran bastante más pequeños que los renos que Hanna había visto hasta entonces en zoos y documentales de animales. Estos tenían piernas cortas y fuertes, un cuerpo compacto y la cabeza rechoncha.

—Qué monos —susurró Hanna.

—Sí, los renos de Spitsbergen

son especiales —respondió Kåre—. Una subespecie propia que solo vive aquí y que se ha adaptado a las circunstancias extremas. Al contrario que sus congéneres del continente, apenas migran ya que aquí no hay pastos de verano e invierno. Además, no viven en grandes manadas, sino que se reparten por el archipiélago en solitario o en pequeñas familias.

—¿Encuentran suficiente comida aquí? —preguntó Hanna—. Por lo que sé, los renos se alimentan sobre todo de líquenes, ¿no?

—Sí, normalmente sí. Sin embargo, aquí devoran todo lo que tenga raíces y hojas o briznas. En verano recorren los altiplanos pastando casi ininterrumpidamente. Por eso también se los conoce como los «aspiradores de la tundra» — explicó con un guiño.

—Pero el verano es cortísimo, ¿qué hacen los pobres en el invierno eterno? —preguntó Hanna.

—La peor época es la primavera, cuando las reservas de grasa se han consumido y el deshielo seguido de heladas

cubre la tundra con una capa de hielo impenetrable. Es entonces cuando muchos animales mueren de hambre.

Después de que Hanna los inmortalizara con la cámara, Kåre y ella siguieron bajando hacia la orilla del fiordo. En algunas zonas avanzaban muy lentamente. En la gravilla suelta debían prestar una atención extrema para no perder el equilibrio o torcerse un tobillo. El sol ya estaba muy al sur y caía con fuerza sobre ellos. Hacía tiempo que Kåre y Hanna se habían abierto las

cremalleras de sus anoraks y se habían deshecho de los gorros. El esfuerzo que exigía la caminata sobre el terreno irregular, no solo físico sino también de concentración, hacía que Hanna sudara aún más.

Al inclinarse sobre un fósil que había descubierto entre dos fragmentos de roca, resbaló. Para no caerse, pisó una ranura llena de nieve. Fue un paso en falso. Braceó, perdió el equilibrio y se precipitó de espaldas hacia una gruta. Chilló y al mismo tiempo oyó que Kåre gritaba asustado su

nombre. Esperando un doloroso golpe contra rocas puntiagudas, cerró los ojos con fuerza. Aterrizó con un ruido sordo sobre algo blando. Suspiró sorprendida. ¿Qué había frenado su caída? Abrió cuidadosamente los ojos. Apenas veía nada en la penumbra de la estrecha cavidad en la que se encontraba. Parpadeó varias veces para acostumbrarse a la oscuridad, giró la cabeza y gritó con todas sus fuerzas. ¡Junto a ella había una mano!

—¿Hanna?

Oyó la voz de Kåre en la distancia. La sangre latía en los oídos y amortiguaba cualquier sonido. Hanna se puso tensa y palpó debajo de sí misma con cuidado. Sus dedos tocaron un tejido grueso. Se volvió tanto como le fue posible en aquel espacio tan estrecho. Dos cuencas vacías la miraban fijamente. A Hanna se le escapó un graznido de horror. ¡Había caído sobre un cadáver!

*Kings Bay - Svalbard, junio de
1907*

«¡No te desmayes ahora, por Dios!», se suplicó Emilie a sí misma mirando fijamente la nota, cuyos huecos entre las letras se habían rellenoado como por arte de magia en su cabeza formando el siguiente mensaje:

¡A todas las naves!
¡Atención! ¡Búsqueda
policial! Se busca
urgentemente:
Maximilian Berghoff,
estudiante soltero de
Berlín. Identidad falsa.
Sospechoso de huida.
Visto por última vez el
??? de junio en Saßnitz.
Pistas a la policía de
Tromsø. ¡Recompensa!

Miró a los demás de reojo.
¿Había despertado sospechas su
comportamiento? No, nadie le
prestaba atención ni hacía

amago de acercarse a ella. Beat Späni había logrado entablar una conversación sobre el arte del morse con el sargento, tan parco en palabras. El hombre pareció florecer, y lo informó encantado. Al parecer durante el servicio militar activo había pertenecido a un batallón de telegrafía y los conocimientos que había adquirido allí eran el principal motivo por el que el alférez Poske lo había contratado para la expedición.

William estaba al otro lado de la cubierta con sus prismáticos y observaba las aves que

anidaban en las rocas de Prins Karls Forland. El alférez Poske había regresado al interior del barco con Antonio, el capitán charlaba con el práctico junto al mástil de proa y esperaba la vuelta del marinero que había llevado a Arne a remo a la orilla de la bahía.

El corazón de Emilie se sosegó. Incluso aunque en casa ya se hubieran dado cuenta de que había viajado al norte en lugar de su hermano y hubieran pedido a la policía que la encontrara, a bordo del *Isflak* nadie sabía nada.

«Ahora debes mantener la calma —se advirtió—. ¿Quién dice que la policía te esté buscando a ti? Pensándolo bien, es más bien improbable.» Emilie se enfrascó de nuevo en la transcripción del mensaje en morse incompleto. Estaba dirigido «a todas las naves». ¡No concretamente a esta! ¿Y por qué tendría que mencionarse expresamente el estado civil de la persona buscada o suponer que era una fugitiva? Había muchas formas posibles de completar las letras que faltaban, tantas como

diferentes contenidos del mensaje. Cuanto más observaba el telegrama, menos plausible le parecía su primera interpretación. No tenía sentido preocuparse innecesariamente. En ese momento no podía averiguar a qué venía aquella búsqueda. Respiró hondo, se metió el papel en el bolsillo de la chaqueta y se acercó a ayudar al marinero, que entretanto había regresado al barco e izaba a bordo el bote auxiliar con ayuda de la polea.

El *Isflak* siguió navegando hacia el norte, rodeó la península de Brøgger, bautizada en honor al minero Waldemar Christopher Brøgger, y se adentró en Kings Bay. Echaron anclas delante de una extensa ensenada frente a una península que nacía en la costa norte. Unas escarpadas montañas con cumbres y crestas cubiertas por la nieve se alzaban detrás de la amplia playa, en la que Emilie divisó el destino de su viaje: una pequeña cabaña de madera. En medio de aquel paisaje

primitivo de cantos rodados y hielo, parecía extrañamente perdida y desprotegida. La imagen emocionó a Emilie. Una porción diminuta de civilización humana, un intento aparentemente obstinado de crear un hogar en aquel paisaje inhóspito.

William tenía razón, parecía una locura querer pasar el invierno ártico voluntariamente en una cabañita como esa. Azotado por el viento, amenazado por los osos polares y el escorbuto, sin posibilidad de acudir a un médico en caso

de urgencia; y todo ello a solas en la oscuridad. Sería necesaria una salud mental de hierro para no perder el juicio en esas circunstancias. Emilie pensó en Arne. ¿Qué le atraería de la soledad? ¿Las ganas de aventura? ¿O el desprecio a las personas? ¿Acaso no tenía una familia que se preocupara por él? ¿Una esposa que lo esperara? ¿O era tan pobre que debía abandonar a su amada durante meses para ganarse la vida como trampero?

El traqueteo de la cadena del ancla interrumpió las

cavilaciones de Emilie y desencadenó una gran actividad. Los dos marineros lanzaron los botes auxiliares al agua y comenzaron a subir a cubierta y cargar el equipo de la expedición y las provisiones. Los pasajeros empaquetaron sus cosas, guardaron en un depósito lo que no necesitarían durante el trayecto y se aseguraron de que no olvidaban nada importante. Algunos aprovecharon la última oportunidad de enviar cartas y postales a casa. El *Isflak* las entregaría en el fiordo de Is,

donde esperaría a los miembros de la expedición, a un vapor de turistas o a un barco pesquero, para que las llevaran a Tromsø. Emilie también se sentó a la mesa de la cámara y escribió unas líneas a sus padres.

Spitsbergen, junio de 1907

Querida madre,
querido padre:

El final de mi viaje ártico se acerca y debo reconocer que lo lamento profundamente. Sobre todo desde la

llegada del alférez Poske, que guiará la auténtica expedición. ¡Cómo me gustaría participar en ella! Además de la valiosa experiencia que se reúne en este tipo de empresas, aprendería mucho de este hombre ambicioso y decidido que en poco tiempo se ha convertido en un magnífico ejemplo para mí.

Emilie se detuvo. ¿Sería demasiado? ¡Bah! En primer lugar, era cierto que le habría

gustado quedarse más tiempo en Spitsbergen. Y, en segundo lugar, no estaba mal que sus padres pensaran que Max admiraba a un hombre como Ottokar. Al fin y al cabo ya opinaban que sería el esposo adecuado para su hija. Emilie torció el gesto y siguió escribiendo:

Así que en pocos minutos pondré el pie en el reino de los osos polares. El nombre «Ártico», que deriva de la palabra griega para

oso, *arktos*, adquiere en Spitsbergen un doble significado. En realidad se acuñó en referencia a la constelación de la Osa Mayor, que más allá del círculo polar nunca se oculta tras el horizonte. A ella le debe su nombre la región que se extiende bajo ella. La probabilidad de encontrarse con uno de los miles de osos polares que viven en Svalbard es especialmente alta en verano porque no hay

banquisa y la superficie por la que pueden moverse los animales es menor. Así que confío en poder cumplir con el favor que me pidió Klothilde y cazar el *souvenir* que desea.

Emilie sonrió burlona. Se imaginaba vívidamente a sus padres reaccionando a esta vena marcial que su hijo menor había adoptado de repente: la madre con un ligero disgusto que jamás admitiría, y el padre con alivio porque el hijo pusilánime

finalmente se había curtido y se había deshecho de sus remilgos. Menos mal que nunca se enterarían de que no tenía ninguna intención de cazar un oso polar por sí misma. Al fin y al cabo había muchos comerciantes de pieles a los que podría comprar una piel de camino de vuelta a Alemania.

Salud por favor de mi parte a Klothilde y por supuesto también a Friedrich. Por cierto, ¡debe saber que puede confiar plenamente en

mí! Por desgracia hoy debo ser breve y por eso no puedo escribirles una carta a ellos.

¡Espero que estéis todos bien! ¿Qué sabéis de Emilie?

Afectuosamente,

Vuestro MAXIMILIAN

Escribió la dirección en la carta y subió a la cubierta, donde poco a poco se reunían todos los pasajeros y la tripulación. Antes de las despedidas, el alférez Poske les

pidió que se colocaran delante del mástil de proa y encargó a Leonid que tomara una fotografía del grupo. Cuando se dio cuenta de que al parecer no entendía el alemán, se le formó una arruga en la frente.

— ¡Qué fastidio! Había pedido expresamente un fotógrafo que hablara alemán — dijo —. Dado que el dueño de la agencia es de origen silesio, supuse que no sería un problema. Bueno, así tendrá que ser.

Indicó con gestos a Leonid lo que se esperaba de él. El

sargento Kuhn acercó una caja identificada con un letrero de latón como propiedad de la «Agencia de fotografía Carl Oswald Bulla, San Petersburgo». En ella había un trípode, una cámara de fuelle con forma de caja y un moderno aparato de carrete que podía llevarse colgado del cuello con una cinta. El ruso no dio señal alguna de querer ayudar a colocar el trípode. Observaba al sargento con los hombros caídos y una vez más a Emilie le recordó a un oso triste.

—No puedo evitarlo —le dijo en voz baja a William, que estaba junto a ella en la última fila—. Tengo la impresión de que es la primera vez que Leonid ve esta caja y su contenido y de que no tiene ni idea de qué hacer con todo ello.

William se encogió de hombros y se dispuso a replicar.

—*Scusi, per favore!* — exclamó Antonio, se abrió paso junto a ellos, corrió hacia el sargento Kuhn y se arrodilló ante la caja—. *Che bella macchina fotografica!*

Cogió la cámara pequeña con gesto reverente y la examinó por todos lados. Mientras tanto el sargento Kuhn atornillaba la cámara de fuelle al trípode. Cuando terminó, se apartó e indicó a Leonid con un gesto de la mano que empezara con las fotografías.

Antonio dejó la cámara, se levantó y dirigió su atención a la cámara grande, que aumentó su entusiasmo y lo llevó a exclamar cosas como «*Molto speciale!*» y «*Che bel modello!*». Finalmente se volvió hacia Leonid, señaló

alternativamente el aparato y a sí mismo y lo miró con gesto de súplica. El ruso se encogió de hombros, asintió apáticamente y le hizo un gesto cansado de invitación. Antonio se colocó tras el trípode con una sonrisa tan amplia como si hubiera ganado el mayor premio de la lotería y se preparó para la primera instantánea.

Después de que las imágenes se guardaran en la caja, el alférez Poske se colocó ante el grupo, hinchó el pecho, se retorció hacia arriba las puntas del bigote y anunció en voz alta:

— ¡Señores! Este es el inicio de una importante misión. Me llena de orgullo tener el honor de dirigirla. Tanto más por contar esta con el beneplácito expreso del emperador alemán.

— Escuchad, escuchad — musitó William—. Si realmente le importara tanto al emperador, habría financiado la misión como es debido y no habría puesto al obediente alférez en el apuro de emprender la marcha con gentuza dudosa de todos los rincones del mundo que difícilmente compartirán su

entusiasmo por Su Majestad.

— ¡Pst! — hizo Emilie, dando un codazo a William en el costado mientras le daba la razón en silencio. Era gracioso que únicamente hubiera un alemán más aparte del sargento entre los que escuchaban a Poske, y que este ni siquiera fuera un hombre. ¿Cómo reaccionaría el alférez si lo supiera? Posiblemente se lo tomaría como una afrenta personal y se sentiría herido en su honor de soldado, significara eso lo que significara para él. Entretanto Poske había

proseguido con su discurso y decía:

—El Observatorio Meteorológico Lindenberg, que ha auspiciado esta expedición, fue inaugurado por el mismísimo emperador Guillermo II hace dos años, que apoya fervorosamente la investigación de las corrientes y las condiciones climáticas de la región ártica, y en especial de la costa occidental de Spitsbergen, para favorecer así las circunstancias necesarias para futuros vuelos al Polo Norte. Al fin y al cabo es un gran

promotor de los avances técnicos y está profundamente interesado en la exploración de...

Emilie oyó un leve resoplido que la distrajo. Por el rabillo del ojo vio que William hacía grandes esfuerzos por contener un ataque de risa. Le pisó el pie. A ella le resultaba más fácil mantener la compostura, ya que el estilo pomposo y el tono patético con el que Ottokar Poske pronunciaba su discurso le eran de sobra conocidos. Podría ser su hermano Friedrich quien estuviera allí

ante ellos. Ambos se entenderían a la perfección; o competirían ferozmente por ver quién profesaba más lealtad al emperador. Al imaginar a Friedrich y al alférez intentando superarse mutuamente en retórica patriota y pavoneándose como gallos de un lado a otro, el gesto estoico de Emilie se contrajo. ¡No debía mirar a William! Su mirada divertida y centelleante la contagiaría y se echaría a reír a carcajadas. Miró fijamente un punto detrás de la cabeza de Poske y se obligó a resolver

complicados ejercicios de cálculo, un remedio probado contra los ataques de risa indeseados.

El alférez finalizó su arenga poco después y dio orden de abandonar el barco. Los dos marineros tuvieron que remar a la orilla y regresar varias veces hasta que todo el equipaje, las cajas, los sacos y las cestas estuvieron en tierra. Finalmente llevaron a los pasajeros. El capitán se despidió con un firme apretón de manos de Emilie, que fue una de las últimas en desembarcar, y le

agradeció su valiosa ayuda.

—Puede que nos volvamos a ver cuando el barco de suministro te recoja y te lleve a Tromsø. También hará escala en el fiordo de Is, donde nosotros anclaremos de tres a cuatro semanas para esperar a los demás —dijo.

—¿Qué haréis allí todo ese tiempo? —preguntó Emilie.

No podía imaginar que el capitán pudiera pasar tres semanas tumbado a la bartola.

—Saldremos de caza —respondió—. Es una forma de ganarse un buen sobresueldo. A

los comerciantes de Tromsø, mejor dicho, a los viajeros de vacaciones les encantan las cornamentas de reno, las pieles de foca y oso polar, los colmillos de morsa y las aves disecadas.

Le hizo un gesto con la cabeza, se llevó una mano al gorro y caminó pesadamente hacia el timón. Emilie pasó por encima de la barandilla e hizo que la llevaran a remo a la bahía. En la playa se amontonaban los bultos. El alférez Poske ladraba escuetas órdenes indicando quién debía llevar qué a dónde.

A excepción del sargento, nadie hacía amago de obedecer sus instrucciones. William estaba absorto observando una madre eider que pasaba nadando por el fiordo con sus crías. Leonid probablemente estuviera en la cabaña. Antonio estaba sentado en una roca, pálido, y gimoteaba en voz baja. Al parecer estaba afectado por la corta travesía. Beat Späni le daba palmaditas de consuelo en el hombro. Cuando el alférez abrió la boca para dar otra orden, el suizo se acercó a él y dijo:

— Querido, no estamos en un cuartel. ¡Haría bien en moderar su tono! Un poquito de amabilidad no estaría mal.

Ottokar Poske puso cara de desprecio y siseó:

— ¡Malditos civiles! — Agarró una caja y marchó hacia la choza.

Beat Späni lo siguió con la mirada y murmuró:

— Todavía la vamos a tener.

— ¿A qué se refiere? — preguntó Emilie.

— Tendremos problemas con él. A juzgar por cómo se las da. Bueno, esperemos que entre

pronto en razón y no insista en tratarnos como a subalternos.

Emilie se encogió de hombros, levantó un barril con arenque en escabeche, echó un último vistazo al *Isflak*, que se alejaba, y siguió al alférez.

Las siguientes dos horas las dedicaron a llevar el equipaje a la cabaña, montar una tienda de campaña, reunir leña, encender el fuego, preparar comida, recoger agua de un arroyo glaciario y acomodarse.

—¿Dónde se han metido nuestro suizo y Leonid? —

preguntó William, buscando a su alrededor. Junto con Emilie, acababa de instalar tres catres en la tienda y los había acolchado con pieles, ya que las dos camas dobles de la cabaña solo ofrecían sitio para cuatro personas. Por la puerta de la choza salían ruidos y un aroma a pan tostado. El sargento Kuhn se había hecho cargo del primer turno de cocina y trajinaba armando escándalo. El alférez Poske estaba sentado en un tronco de árbol colocado ante una de las paredes de la choza a modo de banco y

limpiaba su arma. Antonio buscaba tablones adecuados para construir una base para su aparato telegráfico entre las tablas de madera de barcos accidentados que habían sido arrastrados a la orilla a lo largo de los siglos.

— Buena pregunta — respondió Emilie—. No sabría decir cuándo los he visto por última vez.

William echó un vistazo a la cabaña y negó con la cabeza.

— No, dentro tampoco están.

— ¿Quién no está dentro? — quiso saber el alférez Poske.

—Beat Späni y el ruso —
respondió Emilie.

—¿No se les había encargado
que buscaran leña?

—No, de eso me había
encargado yo —dijo ella y
arqueó las cejas—. Para
entonces, de hecho, ya habían
desaparecido.

El alférez apartó su arma y se
puso en pie. Se le formó una
arruga de enfado en la frente.

—¡Es un motín! —dijo con
tono frío—. Ha llegado el
momento de apretarles las
tuercas. —Miró a Emilie a los
ojos—. Usted está expresamente

excluido de esto. He comprobado con satisfacción que no da usted el menor motivo de queja. Al contrario, es serio, ayuda y cumple diligentemente con sus tareas. Su padre parece ser muy exigente. Estoy seguro de que se sentiría orgulloso de usted si pudiera verlo en este momento.

Ottokar Poske le hizo un gesto con la cabeza y desapareció en la cabaña. William imitó un saludo militar y dijo con tono burlón:

—Solicito permiso para transmitirle mis felicitaciones.

¡Es un honor para mí poder servir junto a un camarada alabado por las más altas autoridades!

Emilie puso los ojos en blanco e hizo un gesto de rechazo con la mano. Los elogios de Poske le habían provocado sentimientos encontrados. Por una parte, y para su asombro, se sentía halagada. ¡Su actuación había convencido al prototipo del hombre alemán severo! Destacar a ojos de Ottokar Poske en su papel de hombre era un buen espaldarazo. Al

mismo tiempo, la molestaba su actitud despectiva.

En lo más profundo de su subconsciente sentía además un malestar difuso provocado por la desaparición del suizo y de Leonid. Al igual que en Saßnitz, cuando había estado preocupada por Max, un mal presentimiento se apoderó de ella.

*Ny Ålesund - Spitsbergen, julio
de 2013*

—Hanna, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño?

La cabeza de Kåre asomó al borde de la grieta. Hanna no podía distinguir su rostro a contraluz. Sonaba preocupado. Extendió un brazo hacia ella.

—¿Puedes cogerte de mi mano?

Hanna quería responderle, asegurarle que estaba ilesa. No era capaz de producir ningún sonido. Comprendió por qué se decía que «el miedo paraliza»: la expresión describía su estado con bastante precisión.

—¡¿Hanna?! — Kåre se inclinó más hacia ella.

«Venga, cógete de su mano», se ordenó Hanna. Levantó el brazo como a cámara lenta, agarró la mano de Kåre y sintió que la sacaba del agujero de un fuerte tirón. La puso en pie con

cuidado, le agarró por los hombros y la observó con atención.

—¿Te duele algo? Puede que hayas sufrido una conmoción.

Hanna negó con la cabeza.

—Dios mío, ¡estás temblando!
—exclamó Kåre—. Será el *shock*.

La abrazó con fuerza. En ese momento Hanna se dio cuenta de que tiritaba como si estuviese helada de frío. El contacto y el calor de su cuerpo relajaron su entumecimiento.

—Ha... ha... un mu... — balbuceó después de un rato.

Los dientes le chocaban con tanta fuerza que apenas conseguía pronunciar una sola palabra.

—Está bien, está bien — murmuró Kåre y le acarició la espalda.

—¡No, no está bien! — consiguió decir Hanna.

—Entonces, ¿estás herida?
Hanna respiró hondo. El castañeteo de dientes cesó.

—No, yo no. ¡Pero ahí abajo hay un muerto!

Kåre se apartó de ella y la miró sorprendido.

—¿Un cadáver? ¿Aquí?

«Seguramente cree que soy una exagerada —pensó Hanna—. Si yo fuera él, es probable que pensara lo mismo.»

—Compruébalo tú mismo —le dijo.

Kåre se acercó con cuidado al borde de la grieta y miró dentro.

—¡No puede ser! —exclamó—. ¿Cómo ha llegado ahí?

—Y sobre todo: ¿cómo ha muerto? —dijo Hanna, agachándose también sobre la grieta—. ¡Puede que lo hayan asesinado!

No pudo evitar imaginar al

huraño colega de Kåre, Sven, golpeando con una pala en la cabeza a un turista que se hubiera acercado sin permiso a la estación científica y lo hubiera molestado, y deshaciéndose después del cadáver en la grieta, que en invierno se habría cubierto de nieve.

—Bueno, me cuesta imaginar que haya sido así —respondió Kåre—. Aquí prácticamente no hay criminalidad. Los únicos asesinatos que han tenido que investigarse en las últimas décadas han sido los de osos

polares. Si se ha disparado a un oso, se debe demostrar al *sysselemand* que ha sido en legítima defensa. De lo contrario se deben pagar multas muy elevadas.

Hanna cruzó los brazos y se abrazó. Se avergonzaba de haber creído capaz de semejante crimen a un conocido de Kåre. Solo por ser un poco extraño y excéntrico.

—¿Será un turista que ha sufrido un accidente? ¿O un científico? —reflexionó en voz alta.

—Mmmh, puede ser —dijo

Kåre—. Pero si hubiera desaparecido alguien últimamente nos habríamos enterado. Sería la comidilla en Ny Ålesund. Al fin y al cabo aquí muy pocas veces suceden cosas extraordinarias.

—Si viajaba solo pasaría un tiempo antes de que alguien lo echara en falta —comentó Hanna.

—Claro. Pero sea como sea debemos avisar a la policía enseguida.

—¿Hay policías aquí? —preguntó Hanna.

Kåre asintió.

—El *sysselmann* también es el jefe de policía.

Sacó su teléfono del bolsillo de la chaqueta, marcó un número y dijo algo en noruego. Al parecer su mensaje fue recibido con escepticismo, ya que Hanna lo oyó hablar con insistencia:

—*Ja, et lik! Uten tvil, en død! Jeg er sikker på!*

Se volvió hacia Hanna y puso los ojos en blanco. Finalmente cortó la conversación y dijo:

—Al principio creyeron que era una broma pesada. Pero van a enviar a un par de agentes con

el helicóptero desde Longyearbyen. Debemos quedarnos aquí, no tocar nada y ocuparnos de que no se acerque nadie. —Esbozó una sonrisa ladeada—. Sobre todo zorros u osos hambrientos.

Hanna se estremeció. Volvió a ponerse el gorro y se acurrucó en su anorak. A medida que el *shock* cedía, volvía el frío. Pateó con las piernas y se frotó los brazos para entrar en calor.

Kåre guardó el teléfono, abrió su mochila y sacó un termo y dos vasos de latón.

—Creo que un café caliente

nos sentará bien —dijo,
abriendo la tapa.

—Eres maravilloso —dijo
Hanna—. Justo estaba
pensando en lo bien que me
sentaría beber algo caliente.

Kåre le tendió un vaso lleno y
se inclinó de nuevo sobre la
mochila.

—¿Y quizás algo más fuerte
para el susto? —preguntó y le
tendió una botellita con un
líquido dorado después de
haberle quitado el corcho.
Hanna lo cogió y lo olfateó.
Percibió un fino aroma a miel,
canela y clavo.

—Mmmh, huele bien —dijo
—. ¿Qué es?

—Un licor de miel que lleva el bonito nombre de «garra de oso» —respondió Kåre—. Lo ha hecho mi madre. Siguiendo una antigua receta de Prusia Oriental.

Hanna lo miró asombrado.

—¿Y cómo ha dado tu madre con una receta de allí?

—Durante la guerra vivió algunos años en una granja en Masuria —explicó y sonrió al ver la expresión incrédula de Hanna—. Mi madre ha tenido una vida bastante agitada.

Algún día debería reuniros. Su historia merece la pena de ser contada. Y creo que tú serías la persona perfecta para hacerlo.

Kåre extendió su vaso. Hanna brindó con él y no pudo evitar reír entre dientes. Allí estaba, en medio de la naturaleza, rodeada de rocas prehistóricas, a menos de dos metros de distancia de un cadáver, esperando a la policía, charlando sobre recetas de licores y permitiéndose beberlos a plena luz del día.

—No había sido así como había imaginado nuestra excursión —dijo Kåre con una

media sonrisa—. Siento que...

— ¡Tranquilo! —lo interrumpió Hanna—. En los últimos dos días he vivido más emociones que en los últimos diez años.

Media hora escasa después, el fuerte ruido de un motor anunció que el helicóptero se aproximaba. Aterrizó a cierta distancia de ellos.

Los rotores aún giraban cuando una mujer joven se bajó de un salto. La gorra azul que llevaba tenía un emblema dorado con un león. En la parte

trasera de su chaqueta se leía *Politiet*. La seguían dos hombres que cargaban con una camilla.

—*Hei!* —saludó, y dijo algo en noruego que Hanna no entendió. Kåre le respondió señalando a Hanna. La joven se dirigió a ella y le preguntó en inglés fluido—: ¿Así que te has tropezado con el muerto?

—Más bien he caído sobre él —respondió Hanna, estremeciéndose ligeramente al recordar la caída y el aterrizaje sobre aquel cuerpo horripilante.

—Bueno, pues echemos un vistazo —dijo la policía, sacó una linterna de su cinturón e iluminó la grieta.

Sus compañeros llegaron y dejaron la camilla en el suelo. Uno de ellos hizo fotos del cadáver y del lugar en el que lo habían encontrado, el otro preparó las correas con las que rescatarían al muerto de la fosa.

—¿Hay algún desaparecido? —preguntó Kåre cuando la joven se hizo a un lado y dejó sitio para que los hombres recuperaran el cadáver.

—No, no hemos recibido

ninguna denuncia. Por eso al principio no creíamos lo que nos contabas.

Poco después supieron por qué nadie había denunciado la desaparición de ningún turista o investigador. Después de que los dos hombres hubieran colocado el cadáver sobre la camilla, la policía le echó un primer vistazo.

—Este lleva una buena temporada ahí abajo —exclamó.

Hanna y Kåre se acercaron a la camilla. No hacía falta ser forense para confirmar la suposición. Las ropas del

muerto —una chaqueta con capucha forrada de piel, pantalones de algodón recio y botas de piel— le recordaron a Hanna las viejas fotografías de sus abuelos. Se vestían de forma similar cuando iban a esquiar a los Alpes. Pero sobre todo era el rostro lo que excluía la posibilidad de que se tratara de alguien muerto recientemente: estaba demacrado, y la piel, de tono marrón oscuro, parecía cuero tensado sobre la frente y los pómulos.

—Todo parece indicar que habéis encontrado una momia

de glaciación —dijo la policía—. Hasta hace un par de años el Vestre Lovénbreen aún llegaba hasta aquí. Es muy posible que este hombre lleve aquí siglos. O incluso más. Los patólogos de Tromsø lo averiguarán.

Hizo una señal a sus compañeros para que llevaran la camilla al helicóptero. Hanna los siguió con la mirada y se volvió hacia Kåre.

—¿Así que está liofilizado?

—Sí, en este clima tan frío con bajas presiones y ambiente seco, apenas tienen lugar procesos de descomposición. Por eso aquí

los cadáveres de personas o animales no se pudren. Y como este hombre estaba rodeado de hielo, los animales tampoco lo encontraron y se ha conservado bien.

—¿Cómo habrá muerto? — preguntó Hanna.

Kåre se encogió de hombros.

—Pudo ser víctima de un crimen, por supuesto, pero posiblemente le sucedió lo mismo que a ti.

—¿Quieres decir que sencillamente tuvo mala suerte y cayó mal?

—Sí, podría ser. Quizá se

rompió el cuello. O el golpe lo hirió de tal gravedad que no pudo salir por sí mismo de ahí y...

—¡Para, por favor! —dijo Hanna—. ¡Qué imagen tan horrible! Encontrarse de un momento a otro tirado ahí abajo, impotente, completamente solo en medio de la nada, sin nadie que pueda salvarte... Y en algún momento darte cuenta de que has caído en tu propia tumba.

—Una situación terrible, sí —dijo Kåre—. Esperemos que muriera en el acto.

Después de que la policía tomara los datos de Hanna y Kåre, siguió a los dos hombres hacia el helicóptero, que estaba listo para marcharse. Se montó, se despidió de ellos con la mano y le hizo una señal al piloto para que despegara.

Poco después el pedregal volvía a estar desierto. Nada hacía suponer que la policía acabara de estar allí. Ningún sonido humano perturbaba el silencio.

—Ha sido como una aparición —dijo Hanna—. Me resulta difícil creer lo que

acabamos de vivir.

Kåre rio entre dientes.

—Cierto, uno no encuentra una momia en el hielo todos los días.

—Me encantaría saber quién era el muerto y qué hacía aquí —dijo Hanna.

—Te entiendo perfectamente. Huele a una historia interesante. Serías una periodista muy rara si no quisieras llegar al fondo del asunto.

Hanna lo miró radiante.

—¿Te apetecería investigar el misterio conmigo?

Kåre le devolvió la sonrisa.

— ¡Vaya una pregunta! ¡Me encantaría!

39

*Kings Bay - Svalbard, junio de
1907*

— ¡Ah, llego justo a tiempo!
¡Tengo un hambre voraz!

Emilie, que estaba sentada de espaldas a la puerta, casi dejó caer la cuchara del susto al oír la

voz familiar del suizo tras ella. Se volvió. Este sonreía desde la entrada de la pequeña cabaña, que consistía en una única habitación, y saludó con la cabeza a los cinco que estaban reunidos a la mesa. El sargento Kuhn la había colocado en medio y la había alargado con dos tablones para que hubiera sitio para siete. En el centro había una gran cazuela de *gulasch*, una cesta con rebanadas de pan y dos platos vacíos.

—¿Dónde demonios se había metido? —preguntó Ottokar Poske con tono autoritario—.

¿Cómo se le ocurre marcharse a hurtadillas sin decir nada a nadie?

Beat Späni entrecerró los ojos.

—En primer lugar, no me he marchado a hurtadillas. Y, en segundo lugar, ¿desde cuándo tengo que rendir cuentas a nadie sobre a dónde voy o dejo de ir?

El alférez se levantó y se plantó delante del suizo.

—¡Desde que se encuentra usted bajo mi mando! Aquí el responsable soy yo. Si todo el mundo hiciera aquí lo que le place, pronto reinaría el caos.

Además, es demasiado peligroso. Si le hubiera sucedido algo, no habríamos sabido dónde buscarlo.

Por mucho que la sacara de quicio, en ese caso Emilie tuvo que darle la razón al alférez. La excursión en solitario del suizo había sido realmente irresponsable. Este se encogió de hombros y dijo:

—Lo siento, no volverá a suceder. —Se sentó en el banco bajo la única ventana. Ottokar Poske le dirigió una mirada furiosa, pero zanjó el tema y regresó a su sitio.

—¿Dónde está Leonid? —
preguntó William
adelantándose a Emilie, que
también quería preguntar a Beat
Späni por el ruso.

—¿Por qué? ¿Es que no está
aquí? —quiso saber Beat Späni
—. Conmigo desde luego no ha
venido.

—Lo que yo decía, caos
absoluto —gruñó el alférez—.
Bueno, si no aparece por sí
solo, no desperdiciaremos
nuestro valioso tiempo
buscándolo. —Levantó la voz
—: ¡Y eso va para todos! Si
alguien se aleja sin permiso de la

trop... ehh, del grupo, ¡que no cuente con ayuda en caso de emergencia!

William se sentó completamente erguido y preguntó en tono decidido:

—Solicito permiso para ausentarme con el objetivo de explorar la avifauna de la península.

Ottokar Poske lo miró desconfiado.

William no se inmutó.

—¿O acaso se requiere mi presencia aquí? ¡En ese caso quedo a su disposición, naturalmente!

—No, no tengo nada en contra —dijo el alférez—. No necesitamos su ayuda para los primeros experimentos con la cometa meteorológica.

—Me gustaría acompañar a William —dijo Emilie—. Estoy seguro de que podré añadir valiosos ejemplares a la colección que estoy reuniendo para mi profesor.

Poske asintió.

—Por supuesto. Para eso está aquí. ¡Su sentido de la responsabilidad es intachable!

Emilie se felicitó por su don de la oportunidad, que le había

permitido cazar la ocasión al vuelo. Aquella debía de ser la península en la que su hermano Friedrich suponía que se encontraba el yacimiento de mármol que quería que Max investigara.

—¿Hay algún bote con el que podamos llegar hasta allí? —le preguntó William.

—Sí, he descubierto uno en el cobertizo de las provisiones que hay detrás de la cabaña. Vayamos a ver si es apto para navegar.

Media hora después ambos

remaban uno junto al otro en el banco de un pequeño bote de madera. Al principio Emilie no conseguía llevar el mismo ritmo que William. O sumergía el remo a demasiada profundidad en el agua y le costaba sacarlo, o únicamente acariciaba la superficie, casi perdía el equilibrio por no encontrar resistencia y salpicaba gotas frías que les mojaban la cara. William se lo tomaba con calma, corregía pacientemente su técnica y su postura, y reía cuando Emilie provocaba otro frío chaparrón.

—Siento ser tan torpe —dijo ella—. Pero hasta ahora nunca había tenido la oportunidad de remar.

«Espero que no indague más —pensó Emilie—. Seguro que a sus ojos es extraño que un joven que vive en una zona con agua abundante no se haya sentado nunca en un bote de remos, aunque solo sea por placer. ¡Cómo odio tener que mentir! Al menos solo le he engañado en parte», se tranquilizó Emilie. Habría tenido innumerables oportunidades de remar.

Recordó las excursiones de domingo de su infancia a uno de los numerosos embalses de Bergisches Land, durante las cuales la familia a menudo había solido alquilar un bote para navegar por el pantano. Una norma no escrita establecía que las damas se dejaran llevar por los amos y señores de la creación. Los repetidos ruegos de Emilie para que también le permitieran remar a ella eran tachados de ocurrencias absurdas y se rechazaban sin discusión.

Al rato Emilie le había cogido

el truco y remaba al compás de William. El bote cogió velocidad hasta surcar las pequeñas olas encrespadas que el viento levantaba en el fiordo.

— ¡Es divertido! — exclamó Emilie, mirando radiante a William.

— Aprendes rápido — respondió él—. Encajarías bien en nuestro equipo de remo. — Carraspeó y prosiguió en tono casual—: ¿Te apetecería venir a Inglaterra alguna vez? Creo que te gustaría.

— ¡Oh, sí, desde luego! — no pudo evitar decir Emilie, que

pensaba en el entusiasmo con el que su tía Fanny hablaba de Londres. Antes de que William pudiera responder y ponerla en evidencia con una invitación, añadió rápidamente—: Ehh, quiero decir, me encantaría ir alguna vez. Si tuviera ocasión. Por desgracia mis estudios no me dejan mucho tiempo. Mi padre espera que saque las mejores notas posibles. Y eso significa que en vacaciones tampoco hago otra cosa que estudiar, estudiar y estudiar.

—Entiendo —dijo William—. Yo también podría hablar largo

y tendido de las expectativas de los padres. —Esbozó una sonrisa ladeada.

Emilie se alegraba de que no siguiera indagando. Contuvo un suspiro. «Si realmente fuera Max, seguro que podría ir a Inglaterra —pensó—. Nuestro padre apoyaría cualquier cosa que lo hiciera más independiente.» Consideraría incluso un viaje al *British Empire*, hacia el que tanto recelo sentía.

Siguieron remando en silencio. Emilie disfrutaba del movimiento constante, que

activaba su circulación y le permitía sentir su cuerpo. Alcanzaron su destino mucho antes de lo que ella habría deseado. Al contrario que el continente que la rodeaba, la península no tenía montañas altas. Una colina de unos cuatrocientos metros de altura era la mayor elevación en aquella tundra pelada en la que aún quedaban restos de nieve en pequeñas depresiones aquí y allá. Al norte relucían las estribaciones de un glaciar.

Después de arrastrar el bote hasta la orilla, se echaron las

mochilas al hombro y caminaron a lo largo de la línea de agua. Correlimos castaños grisáceos, de vientres claros y patas amarillas, hurgaban en el agua estancada en busca de cangrejos; charranes árticos, con sus característicos picos rojos y coronillas negras, volaban en círculos sobre el fiordo; y unos cuantos colimbo chicos desaparecían una y otra vez entre las olas a la caza de peces.

—Busquemos nidos —dijo William un rato después, y giró hacia el interior de la península apartándose de la playa.

Camínaron despacio a través del karst escasamente verdecido. Emilie se detenía constantemente para inclinarse sobre las flores amarillas del árnica de hojas estrechas, los cálices azules de las gencianas enanas o los diferentes tipos de saxífragas y arenarias que crecían entre las piedras. Cada vez que encontraba una planta nueva, arrancaba un par de tallos y los metía en un recipiente metálico que llevaba sujeto al cinturón. Más adelante prensaría y secaría las flores. William recogía plumas,

esqueletos de aves y cáscaras de huevos. Aparte del trino de una bandada de escribanos nivales que volaba sobre ellos, solo se oía el suave murmullo del viento y los riachuelos de agua de deshielo.

Unos chillidos hicieron levantar la mirada a Emilie, que examinaba el suelo concentrada. William por poco no había pisado un nido muy bien camuflado en el que incubaba un págalo rabero, que saltó al acercarse él demasiado. Temiendo por sus crías, el ave atacó y se precipitó a gran

velocidad sobre el intruso. Emilie contuvo la respiración asustada. William levantó los brazos sobre la cabeza para protegerse. Poco antes de alcanzarlo, el pájaro viró en el último momento y ascendió bruscamente. Emilie siguió el elegante vuelo del ave delgada con plumas de cola llamativamente largas, que inició otro ataque aparente. William se apresuró a alejarse del nido. Se pasó la mano por la frente.

— ¡Qué bicho tan valiente!

— Sí, asombrosamente osado

—dijo Emilie—. ¡Una auténtica
lucha entre David y Goliat!

William sonrió.

—Alegrémonos de que no
fuera un charrán. Esos sí que se
lo toman en serio. Primero
intentan ahuyentar a los
ladrones de nidos con chillidos
estridentes. Si no se alejan a la
suficiente velocidad, son
víctimas de sus puntiagudos
picos, con los que atacan
preferiblemente en la cabeza, ya
que en general se trata de la
parte superior de los animales.
Si nada de esto funciona,
disparan excrementos sobre el

intruso con una puntería asombrosa.

Siguieron hacia el punto más alto. El corte de una roca con vetas rojizas captó la atención de Emilie. Brillaba al sol. ¿Eso era mármol? Emilie se acercó. La piedra tenía una textura cristalina. No era tan fino como el famoso mármol de Carrara, pero era muy compacto y liso.

—¿Dónde te has metido? — gritó William, que casi había llegado a la cima de la colina—. ¿Has descubierto algo interesante?

—Bah, nada especial —

respondió Emilie. Recogió rápidamente un fragmento de roca, lo metió en la mochila y siguió a William.

Desde el alto tenían una amplia vista sobre la península, el fiordo y la orilla. Al este destacaban tres macizos de roca de forma similar que se alzaban sobre empinadas laderas pedregosas.

—Mira eso, ¿qué será? — preguntó Emilie, señalando una delicada figura cuadrada que flotaba sobre la orilla de enfrente.

William miró a través de los

prismáticos.

—Es una cometa meteorológica. El alférez Poske ya ha dicho que hoy quería hacer las primeras pruebas con ella. —Le tendió los prismáticos a Emilie—. En su interior se pueden colocar aparatos con mecanismos que indican por ejemplo la presión atmosférica, la temperatura y la velocidad del viento.

Emilie observó la cometa, formada por dos cuadrados revestidos con tela y sujetos a un cable metálico.

—Parece muy frágil.

—Sí, esos cacharros se estropean con frecuencia —dijo William—. Aunque parece que esta de ahí es una de esas nuevas cometas con protección.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Emilie.

—En los modelos antiguos el armazón era exterior. En este va dentro y además está fabricado con bambú. Por lo que sé, ahora las piezas de unión y las bisagras son metálicas. Y pueden recogerse como un paraguas.

—Muy práctico —dijo Emilie.

—¡Exacto! Pueden plegarse de forma sencilla y compacta. Además son más fáciles de reparar. Ambas características son muy útiles si se quieren utilizar en expediciones.

—Fascinante —dijo Emilie contemplando el lento ascenso de la cometa—. ¿Cómo sería volar en una de esas? ¡Imagino que sería maravilloso!

William la miró con los ojos brillantes.

—¡Oh, estoy completamente de acuerdo!

—Pero lo más bonito sería sin duda poder flotar por los aires

sin ayuda, como un pájaro — dijo Emilie, señalando una gaviota que volaba en círculos sobre ellos.

—Claro. Pero mientras no nos crezcan alas... —William se encogió de hombros—. Por eso me alegro de haber vivido en una época en la que finalmente se están inventando aparatos con los que es posible volar.

—¿Te refieres a los globos cautivos o los dirigibles? —preguntó Emilie.

William asintió.

—También. Pero los aviones me resultan aún más atractivos.

Estoy decidido a probar a viajar en uno de ellos dentro de poco.

—¿Cómo lo harás? —quiso saber Emilie.

—Ya veremos. Aún no tengo un plan definido. Alliott Roe, un compatriota mío, está construyendo un triplano motorizado. Y los hermanos Wright, de América, ya han avanzado mucho en el desarrollo de su aeroplano. Solo es cuestión de tiempo que se pueda volar en él.

—¿Y te atreverías? —preguntó Emilie—. Esos cacharros aún me resultan

demasiado sospechosos.

— Oh, lo más probable es que pase mucho miedo. Pero nunca me perdonaría no haberlo intentado. De niño ya soñaba con ello — respondió William.

— ¿Por eso te interesan tanto las aves?

William asintió.

— ¡Espero que tu sueño se haga realidad! — dijo Emilie.

— Gracias — dijo William—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu sueño?

Emilie reflexionó brevemente.

— Ah, a mí me bastaría con poder decidir cómo vivir mi vida.

William la miró a los ojos.

—¿Dices que eso te bastaría?
No te enfades, pero muy pocas personas consiguen hacer ese sueño realidad.

Emilie arrugó la frente.

—¿En serio?

—Naturalmente depende de las expectativas que tengas — respondió William—. Pero entiendo perfectamente a qué te refieres. —Había adoptado un tono serio—. A menudo pienso en una cita de Rousseau. Una vez dijo: «La libertad del hombre no consiste en hacer lo que se quiere, sino en no tener

que hacer lo que no se quiere.»

—Sí, ya has mencionado un par de veces que estás sometido a ciertas presiones —dijo Emilie.

William esbozó una mueca.

—No lo sabes tú bien. Como muchos otros.

—¿Y debes tener en cuenta a tu familia y temes perderla si sigues tu camino? —preguntó Emilie.

William asintió.

—¡Inconcebible! Solo pensarlo ya me da miedo. Me temo que soy demasiado cobarde para hacerlo.

—Por desgracia yo también —dijo Emilie—. Pero de todos modos sería imposible porque mi situación es dif... —Se detuvo y se mordió la lengua. Maldita sea, había estado a punto de delatarse. ¡Debía estar más atenta!

William no se había dado cuenta de nada. Sonrió compungido y dijo:

—Siempre se dice que somos el sexo fuerte. No sé qué opinarás tú. Pero a veces tengo la sensación de que las mujeres lo tienen más fácil. Deben cargar con menos

responsabilidad. Naturalmente también deben cumplir con ciertas expectativas y no pueden permitirse ningún tropiezo. Pero en general no se les exige tanto.

—Bueno, no sé yo —replicó Emilie—. Yo creo que a mí... —tosió, carraspeó y prosiguió— a Emilie, mi hermana, se le exige mucho.

—Posiblemente sea cierto —dijo William—. Siempre nos gusta pensar que la vida de los demás es más fácil.

Permanecieron unos instantes en silencio. El calor del sol, que

les daba en la cara, contrastaba con el aire frío, cuya temperatura apenas superaba los cero grados a pesar de la claridad ininterrumpida y lo avanzado que estaba el verano.

—¿A qué te referías cuando has dicho que tu situación es diferente? —quiso saber William, escrutándola con la mirada.

Emilie se puso tensa. ¿Sospecharía algo? ¿Cómo reaccionaría si se enterara de que era una mujer? No habría sabido decirlo.

—Ah, nada, nada —dijo

Emilie y se volvió rápidamente para marcharse—. Deberíamos regresar. De lo contrario tendremos problemas con nuestro severo alférez.

William pareció querer decir algo, pero cambió de opinión y la siguió en silencio de vuelta a la playa.

—¿Oyes eso? —preguntó Emilie cuando estaban ya a pocos pasos de su bote. Se detuvo y escuchó con atención. William la imitó.

—Ahí está otra vez —dijo ella.

—Tienes razón, son aullidos

—comentó William—. Suena como el perro de mi padre cuando se le deja solo demasiado tiempo.

—Mmmh, pero ¿cómo iba a llegar un perro hasta aquí?

William se encogió de hombros.

—Vayamos a ver.

Avanzaron con cuidado. Los aullidos eran cada vez más fuertes. Una cabeza blanquinegra se asomó al borde del costado del bote.

—¡Efectivamente, es un perro! —exclamó Emilie.

—Más bien el fantasma de un

perro —dijo William—. Está en los huesos.

Emilie se agachó junto al bote y observó al animalito que había dentro, que estaba hecho una lástima. Medía aproximadamente medio metro y su cuerpo era compacto. El pecho y el vientre eran blancos, el lomo gris oscuro, al igual que el rabo en forma de hoz. Sus orejas peludas estaban muy juntas y tenían forma de triángulos. Emilie extendió cuidadosamente una mano y murmuró palabras tranquilizadoras. El perro abrió

sus ojos almendrados, algo oblicuos, y parpadeó. Le tocó el pelo, que tenía dos capas. Bajo el recio pelaje crecía una fina capa de vello fino y suave.

— Está herido — dijo William, que también se había inclinado sobre el bote y señalaba una de las patas traseras. Estaba hinchada—. Supongo que es un perro de trineo abandonado porque la herida le impedía mantener el ritmo.

— ¡Qué crueldad! — dijo Emilie, se incorporó y frunció el ceño—. Pero ¿quién viaja por aquí en trineo?

— Buena pregunta —
respondió William—. Hay
varias posibilidades. Al fin y al
cabo no somos los únicos que
recorren Spitsbergen estos días.
En Cross Bay habrá gente, por
ejemplo. Está justo al lado de
Kings Bay, podría decirse que a
la vuelta de la esquina. Sé que
Alberto de Mónaco comenzó a
cartografiar ese fiordo el año
pasado y que se proponía
terminar su trabajo este verano.

— Ahora que lo dices, tienes
razón — Emilie asintió—. Lo leí
en alguna parte y lo recuerdo
porque ese príncipe me parece

muy peculiar. Durante sus largos viajes lejos de su país despacha los asuntos de gobierno mediante un aparato telegráfico.

William sonrió.

—Muy avanzado por su parte. Antonio debería emigrar a Mónaco. Seguro que se sentiría a gusto gobernado por un soberano tan abierto a las nuevas tecnologías.

—Sí, el príncipe es un gran promotor de la ciencia —dijo Emilie—. En sus viajes al Ártico siempre se lleva consigo a diferentes investigadores para

darles la oportunidad de continuar sus estudios. Es muy posible que en esta ocasión haya viajado con alguien que quisiera adentrarse en los glaciares interiores de la costa oriental y septentrional con un trineo de perros.

Volvió a inclinarse sobre el animal, que permanecía inmóvil. Solo el débil movimiento de su tórax indicaba que aún vivía. «Qué martirio debe de haber sufrido —pensó Emilie—. Primero se hiera. Pero la persona para la que ha llevado pesadas cargas y

por la que se ha matado a trabajar no lo cuida, sino que lo abandona y sigue su camino sin más. Y este valiente no se rinde, sino que se arrastra con sus últimas fuerzas. ¿Habrá olido nuestro rastro y por eso habrá llegado hasta aquí?» Acarició la cabeza del perro.

—Una buena decisión —dijo en voz baja—. Yo cuidaré de ti.

*Ny Ålesund - Spitsbergen, julio
de 2013*

Después de regresar a Ny Ålesund, Hanna y Kåre se dirigieron al edificio Evenstad, inaugurado en 2005 por Kings Bay A S en las afueras de la población como alojamiento para huéspedes. Kåre había

reservado dos habitaciones y Hanna le estaba profundamente agradecida. La idea de una ducha caliente y una cama le habían dado fuerzas para soportar el camino de vuelta. Estaba tan agotada que habría podido quedarse dormida de pie. Kåre la había ayudado y la había conducido con cuidado a través de los pedregales.

—Ya casi estamos —dijo, señalando una casa alargada de madera pintada en tonos ocre.

Hanna levantó la cabeza y suspiró aliviada.

—¡Gracias! No habría

aguantado mucho más.

—Has sido muy valiente — dijo Kåre—. Sobre todo teniendo en cuenta que en las últimas veinticuatro horas apenas has dormido.

—Por cierto, ¿qué hora es? — preguntó Hanna—. He perdido completamente la noción del tiempo.

—No me extraña, hemos convertido la noche en el día — dijo Kåre y miró el reloj—. La una del mediodía.

Hanna bostezó con ganas, se llevó rápidamente la mano a la boca y sonrió avergonzada.

— ¡A la cama inmediatamente!
— dijo Kåre.

— No, no, estoy bien — dijo
Hanna.

Kåre negó con la cabeza.

— ¡Nada de rechistar! Sobre
todo después de una noche en
vela y toda esta agitación.

— Tienes razón. ¿Tú no estás
cansado?

— ¡Y tanto! — respondió Kåre
—. Pero tengo que cumplir con
un par de formalidades. ¿Nos
vemos más tarde para cenar?
¿Hacia las siete?

— ¡Buena idea! ¿Llamarás a la
puerta por si no oigo el

despertador?

Kåre asintió.

—Hasta luego. Que sueñes con cosas bonitas.

Hanna se durmió en cuanto se acurrucó bajo la manta de la estrecha cama que había en su habitacioncita del primer piso del Evenstad, amueblada de forma sencilla y funcional. Cuando volvió a abrir los ojos, se sentía descansada y en forma. Hacía mucho tiempo que no había dormido tan profundamente. Echó un vistazo a la pantalla de su

teléfono y vio que había dormido cerca de seis horas. Eran casi las siete, así que era hora de vestirse para cenar con Kåre.

Cuando abrió la puerta de su habitación diez minutos después, él salía al pasillo al mismo tiempo. Al verlo se le aceleró el corazón. Tenía la sensación de estar viéndolo por primera vez. El hambre que había sentido hasta entonces se desvaneció y dio paso a un deseo que le recorrió todo el cuerpo.

El rostro de Kåre se iluminó

al verla.

— ¿Has dormido bien?

Hanna asintió en silencio y se acercó a él. De pronto se sentía tímida, pero al mismo tiempo tan nerviosa como si estuviera a punto de presentarse a un examen. Se olvidó de respirar. Kåre la miró fijamente durante un largo rato. En sus ojos veía la solemnidad y la agitación que también se habían apoderado de ella. Y también una pregunta a la que respondió afirmativamente en silencio con un parpadeo. Él la tomó de la mano y la llevó a su dormitorio.

Cuando se detuvo junto a la cama, Hanna le pisó el pie sin querer. Sintió que se sonrojaba y masculló una disculpa. Se sentía torpe. Le sobrevinieron miles de preguntas y miedos. «¿Seré capaz aún de abrirme y entregarme a un desconocido? ¿Y si mi cuerpo le da asco? ¿Las estrías y los michelines? Mi pecho tampoco es precisamente firme ya... ¿Y si le decepcionan mis habilidades amorosas? Seguro que me muevo con torpeza. No he practicado mucho estos últimos años.»

Kåre levantó una mano y le

colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Le deslizó las yemas de sus dedos por el cuello, le colocó la mano en la nuca y comenzó a cubrirle la cara de besos tiernos. Hanna tuvo la sensación de que sus labios le arrancaban las dudas como si fueran flores marchitas, y dejaban sitio para los capullos que dormían en su interior y ahora despertaban. Una profunda tranquilidad se adueñó de ella. Sus manos agarraron el cierre de la cremallera de su chaqueta como por sí solas, la abrieron y se

apoyaron sobre su pecho. Sintió el latido de su corazón, se arrimó a él y le buscó los labios con la boca. Él respondió a su beso con cuidado, como si tuviera miedo de romper algo.

«Está tan nervioso como yo», pensó Hanna. La idea la conmovió y ahuyentó definitivamente las preguntas temerosas de si sería suficiente para él o «lo» haría bien. Se abrazó a él y se abandonó a las decisiones del director al que durante tanto tiempo había ignorado: su corazón. Dejó de pensar. Recordó una estrofa de

un poema de Ingeborg Bachmann, *Explícame, amor*. No habría creído que aquellos versos que había memorizado de joven y a menudo se había repetido a modo de mantra aún pudieran seguir vigentes:

Explícame, amor, lo que no sé explicar:

¿trataré durante este tiempo corto y hostil

únicamente con pensamientos y solo yo

no conoceré ni haré nada afectuoso?

¿Tiene uno que pensar?

¿No le echarán de menos? 6

En el mundo ya solo existía el aroma de Kåre, el calor de su cuerpo, los músculos que sentía bajo su piel, el vello de su pecho, el agradable murmullo que revelaba su creciente excitación, el sabor de sus besos, que cada vez eran más exigentes y desataban el deseo de Hanna. Se sentía en un estado de embriaguez que no nublaban sus sentidos, sino que los aguzaba. Cuando sintió a

Kåre dentro, cerró los ojos y se abandonó al ritmo al que se entregaron juntos como si sus cuerpos se conocieran desde hacía tiempo.

—Así que esto es lo que se siente —musitó Kåre sin aliento cuando se separaron un rato después.

La miró asombrado, feliz, satisfecho, como un niño que hubiera dado sus primeros pasos.

—Cuando llegas a casa —continuó—. Cuando por fin sabes cuál es tu lugar.

Hanna sonrió. Le hablaba con

el corazón. Ella tampoco habría creído posible que le pasara aquello. ¡Que les pasara aquello! La naturalidad con la que el «yo» y el «tú» se convertían en un «nosotros» sin necesidad de buscar una explicación. «Es la felicidad absoluta —pensó—. Poder aceptar el regalo del amor sin reservas, pero seguir siendo uno mismo. Sentir una libertad infinita en el momento de unirse a otro.»

*Kings Bay - Svalbard, junio de
1907*

Emilie sacó al perro del bote con cuidado, lo llevó a la cabaña y lo acostó en un rincón sobre un saco de patatas vacío. William llevó el bote de vuelta al cobertizo. Los demás seguían ocupados con la cometa

meteorológica. Cuando caminaba desde la orilla, Emilie había visto que habían unido varias cajas revestidas de lino y las habían izado como una cadena. Emilie le dio al perro un poco de agua y examinó su pata trasera hinchada. Tenía un profundo corte infectado.

—Pobrecito —susurró—. Seguro que te duele muchísimo.

El perro lloriqueaba en voz baja. Había cerrado los ojos y respiraba superficialmente. Emilie se levantó y se puso a buscar un botiquín. William entró.

—¿Puedo ayudarte?

—Sí, necesito algo para desinfectar y vendar. ¿Sabes dónde están guardados los medicamentos?

—Por desgracia, no. Pero podrías utilizar aguardiente para limpiar la herida.

Emilie negó con la cabeza.

—Sería una buena idea. Pero ya no nos queda. Parece que el ruso acabó con las provisiones durante la travesía. O eso dijo el capitán cuando el alférez Poske le preguntó.

William sonrió.

—Sí, Leonid tenía una sed

notable. Y eso que nunca parecía borracho. — Reflexionó un instante—. Lo mejor será que preguntemos por el botiquín al sargento. Es el responsable del equipo de la expedición.

— Buena idea — dijo Emilie.

En la puerta casi chocó con Ottokar Poske. Antonio y el sargento entraron en la cabaña tras él con las cometas plegadas y otros aparatos de medición.

— ¿Qué es una buena idea? — preguntó el alférez.

— Necesito yodo y vendas, y quería pedirle al sargento Kuhn

que me diera un poco de cada.

Poske la miró alarmado.

—¿Se ha hecho daño?

—Yo no, él —respondió Emilie, se hizo a un lado y señaló al perro.

El gesto del alférez se ensombreció.

—¿De dónde ha salido este?

—Lo hemos encontrado en la península. Mejor dicho, nos ha encontrado él —dijo Emilie—. Se ha arrastrado hasta nuestro bote con las últimas fuerzas que le quedaban.

Ottokar Poske lanzó una mirada de desprecio al perro, se

volvió hacia el sargento Kuhn y dijo escuetamente:

— ¡Sáquelo y dele el tiro de gracia!

Emilie se quedó petrificada. Debía de haber entendido mal. Cuando el sargento obedeció la orden y se acercó al protegido de Emilie, esta se colocó delante de él con las piernas abiertas, se cruzó de brazos y dijo:

— ¡Ni un paso más! ¡Nadie va a tocar a este animal!

Poske arqueó las cejas.

— ¡Déjese de sentimentalismos! ¿Adónde vamos a llegar, desperdiciando

valiosos medicamentos con un perro? ¿Quiere ser usted responsable de que no podamos tratar a un herido en caso de emergencia? Además, este animal está más muerto que vivo. Será mejor liberarlo de su sufrimiento.

«Quizá tenga razón — susurró una vocecita dentro de Emilie—. Quizá solo estés prolongando la tortura de la pobre criatura, en lugar de aliviarla. Debo intentarlo — objetó—. Se merece que alguien luche por su vida.»

—¿Trataría así a sus soldados

si cayeran heridos en combate?
—preguntó. Su voz sonaba fría
y tranquila.

El alférez la miró furioso.

—¡Cómo se atreve a hacer
semejantes comparaciones!
¡Como si un animal estuviera a
la altura de un ser humano, o
incluso de un soldado!

Emilie le sostuvo la mirada.

—Dado que en Spitsbergen
no hay perros salvajes, ha sido
abandonado porque su herida
le impide acarrear peso o tirar
de un trineo. Seguro que sirvió
a su dueño con lealtad. Tal y
como espera usted de sus

hombres. En mi opinión, la lealtad debe ir en ambas direcciones, de manera que el superior también les debe lealtad a sus subordinados.

—Sin embargo, el perro no le pertenece.

—De todas maneras me siento responsable de él. Me ha pedido ayuda. ¡De ningún modo lo dejaré en la estacada!

—Bien rugido, fiera —dijo William en voz baja.

La arruga iracunda en la frente del alférez se hizo más profunda. Antes de que pudiera replicar, Emilie se dirigió al

sargento:

—Me las arreglaré sin sus medicinas. —Se volvió hacia William—. Asegúrate de que nadie le haga daño. Buscaré hierbas curativas con las que tratar la herida. En la tundra pantanosa debería crecer potentilla, una planta hemostática, y seguro que también hay musgos de turbera, que tienen propiedades antisépticas.

Emilie dio las gracias en silencio a su abuela paterna, que disponía de profundos conocimientos sobre plantas.

Conocía la planta adecuada para cualquier enfermedad, y elaboraba muchos de los antiguos remedios caseros ella misma. Emilie admiraba su sabiduría, aunque a ojos de Irmhild Berghoff esos conocimientos eran sospechosos y en el pasado habrían llevado a la anciana a la hoguera por bruja. La madre de su esposo avergonzaba a Irmhild debido a sus orígenes humildes y su actitud nada ambiciosa, y al mismo tiempo la inquietaba ligeramente por su profunda sabiduría, que no

podía adquirirse leyendo libros ingeniosos.

Emilie se echó la mochila al hombro y pasó junto a Ottokar Poske con la cabeza alta. Él levantó la mano. Emilie se puso tensa. ¿La retendría y le prohibiría salir de la cabaña? Apretó los dientes. No lo toleraría. Al fin y al cabo no pertenecía al grupo de la excursión y no estaba a sus órdenes.

—Quédese. No tiene ningún sentido que pase horas vagando por la zona para no encontrar nada, perderse o cruzarse con

un oso —gruñó, e hizo un gesto con la cabeza al sargento—. Dele lo que necesita.

Emilie se relajó y contuvo una sonrisa triunfante. Le había sentado bien expresar su opinión tan directa y claramente. Y además había logrado lo que quería.

—Se lo agradezco —dijo, y siguió al sargento Kuhn, que ya se dirigía a la puerta para sacar el botiquín de una de las cajas apiladas fuera. A continuación la ayudó a limpiar y vendar el corte. Emilie se lo agradeció mucho. En teoría sabía lo que

se debía hacer, pero nunca había tenido que curar una herida tan grave. Su única experiencia en ese campo eran los roces y rasguños que se hacía su hermano Max de niño al escalar o correr. El perro parecía notar que querían ayudarlo, ya que soportó el doloroso procedimiento sin queja alguna. Aunque quizás estaba demasiado cansado para levantarse o sacudirse sus manos de encima.

Mientras le trataban la pata, entró Beat Späni, que se había ausentado un par de horas —

esta vez con permiso del alférez — para explorar las características geológicas del entorno. Al parecer estaba firmemente decidido a aprovechar al máximo su corta estancia en la ensenada.

— ¿Y bien, ha sido interesante su excursión? — preguntó William, tendiéndole una taza con té de menta caliente.

El suizo asintió. Estaba cubierto de polvo y de un humor inmejorable.

— ¡Sí, ha sido estupenda! Es una lástima que nos vayamos tan pronto de aquí. — Se inclinó

hacia Ottokar Poske—. No me malinterprete. Ardo en deseos de inspeccionar las formaciones rocosas que nos esperan en el camino. Pero aquí también hay mucho por descubrir.

—¿Qué busca exactamente?

—preguntó el alférez.

—Bah, nada en concreto —respondió Beat Späni—. Me interesa el desarrollo geológico del archipiélago en general, que se extiende desde los inicios del Proterozoico hasta el Terciario. Y dado que aquí la vegetación es tan escasa, la historia de la Tierra se presenta prácticamente

como un libro abierto. Las montañas que tenemos detrás, por ejemplo, están formadas por un mosaico de zócalo, roca permo-carbonífera y piedra arenisca del Terciario temprano. ¡Una combinación única!

Se dejó caer sobre un taburete, sacó un gran pañuelo a cuadros rojos y blancos de un bolsillo de su chaqueta y se lo pasó por la cara. Emilie lo miró. No podía evitar tener la impresión de que había evitado la pregunta del alférez. Se dio cuenta de que no sabía por encargo de quién o con qué

objetivo participaba en la expedición, o si se entregaba a su afición científica por su cuenta, como William. Beat Späni se volvió hacia ella y vio al perro.

— ¡Anda, tú! ¿De dónde ha salido ese? ¡Qué cosa más peculiar!

— ¿A qué se refiere? — preguntó Emilie.

— Bueno, si no me equivoco, se trata de un husky — respondió—. Hasta ahora solo había visto un par de ejemplares de esta raza. Y fue en Alaska. En realidad estos perros

provienen de Siberia, donde han servido durante siglos a los pueblos nómadas como perros cazadores y de trineo.

—¿Ha estado usted en Alaska? ¿Con los buscadores de oro? —preguntó Emilie y trató de imaginar al suizo malviviendo y matándose a trabajar en uno de aquellos campamentos primitivos que crecían como setas en la vastedad inhóspita de Norteamérica, y que atraían a cientos de buscadores de fortuna, aventureros y timadores sospechosos de todo

el mundo que soñaban con hacerse ricos. Dos muchachos jóvenes que trabajaban en la fábrica de su padre también habían respondido a la llamada del oro unos años atrás y habían emigrado a Alaska. ¿Qué habría sido de ellos?

—No, no, eso no es lo mío —respondió Beat Späni con una sonrisa—. Fui allí a profundizar en mis conocimientos sobre el desarrollo terrestre. Desde el punto de vista geológico, Alaska es un territorio joven que durante la última glaciación aún estaba unido a Siberia. Está

formado por más de cincuenta bloques de corteza terrestre diferentes originarios de zonas muy apartadas de la Tierra. Durante mi viaje también visité Nome, una ciudad de buscadores de oro en la costa del mar de Bering. Allí el clima era muy similar al de aquí, y los trineos de perros son el principal medio de transporte.

—¿Dice que este perro es un husky? —preguntó William—. ¿Sabe de dónde viene el nombre? En inglés esa palabra tiene varios significados: primero, reseco; segundo,

ronco; y tercero, fornido.

—Sí, el nombre es originario de su patria. He oído que bautizaron así a estos perros por su voz ronca —respondió el suizo—. Pero como son muy fuertes y resistentes, también podría ser por eso. Un animal bien entrenado puede arrastrar hasta nueve veces su peso durante horas. —Observó al perro—. Aunque para este de aquí el primer significado es el más adecuado por el momento. No es más que una sombra de sí mismo.

—¡Ni siquiera eso! —dijo

Emilie, que seguía arrodillada junto al husky y le acariciaba el cuello. Temiéndose otra advertencia de que estaba perdiendo el tiempo, levantó firme la cabeza—. Conseguiré que se recupere.

Beat Späni asintió.

—Los huskys son resistentes. Son más pequeños y delicados que la mayoría de los perros de trineo, pero no deben subestimarse.

La hora de la despedida llegó al mediodía siguiente. Después de haber construido una caseta

estable para el aparato telegráfico de Antonio en una pequeña elevación, ya no había nada que retuviera en Kings Bay a los miembros de la expedición. Ottokar Poske insistía en que se marcharan lo antes posible. Emilie suponía que habría preferido cortarse la lengua antes que reconocer que lo que lo empujaba a apresurarse era la advertencia de Arne acerca del mal tiempo. Tanto William como Beat Späni habrían celebrado quedarse un par de días más en el fiordo y dedicarse a sus respectivos

intereses científicos, sobre todo porque el sol brillaba casi ininterrumpidamente en un cielo despejado, contradiciendo el pronóstico de Arne. Antonio era el único que estaba deseando ponerse en camino para probar su aparato de morse móvil. Su objetivo era dar a futuras expediciones la oportunidad de enviar y recibir mensajes también lejos de ubicaciones fijas o asentamientos humanos. El Observatorio Lindenberg tenía la intención de establecer una estación meteorológica

permanente en Kings Bay, así como uno o dos puestos más a lo largo de la costa occidental en los que pudieran izarse las cometas y transmitir por radio los datos recogidos. El italiano debía buscar las ubicaciones apropiadas.

—¿Y qué pasa con Leonid? — preguntó Emilie cuando el grupo se reunió ante la cabaña después de comer, se repartió el equipaje en las mochilas y se comprobó el equipo una última vez.

El alférez se encogió de hombros.

—Al parecer ha decidido seguir su propio camino y romper así el contrato que su agencia había firmado con nosotros. No veo ningún motivo para darle demasiadas vueltas a lo que le ha sucedido. Tendrá suerte si su comportamiento no le acarrea consecuencias legales.

—Pero ¿y si se ha perdido o está herido en algún lugar y necesita ayuda?

—No es problema mío —respondió Ottokar Poske—. Tendría que haberse quedado aquí.

Emilie frunció el ceño y se dispuso a replicar.

El alférez levantó la mano y dijo en tono menos severo:

—El hecho de que se preocupe por él dice mucho en favor de su desarrollado sentido de la responsabilidad. Pero no debería exagerar. Al fin y al cabo el hombre es adulto y debería saber lo que hace. No puede esperar que dejemos de lado nuestra misión por él.

Beat Späni se acercó a ellos y le puso una mano en el hombro a Emilie.

—No se preocupe demasiado,

mi joven amigo. No era fácil adivinar las intenciones de nuestro melancólico ruso. Quién sabe qué lo había traído hasta aquí realmente.

—Quizá se haya acercado a Cross Bay con la esperanza de que el príncipe Alberto lo agasaje con bebidas espirituosas —le susurró William a Emilie al oído mientras el alférez respondía al suizo:

—Tiene usted toda la razón. Como fotógrafo desde luego no valía nada. —Hizo un gesto hacia Antonio—. Por suerte el señor Lancetta será un sustituto

de igual valía. Estoy extremadamente agradecido de que documente nuestra expedición.

Ottokar Poske tendió la mano a Emilie.

—Le deseo un buen viaje a casa. El barco que lo llevará a Tromsø debería llegar en las próximas veinticuatro horas. Salude a su padre de mi parte, por favor. Lo visitaré a él y a su familia en cuanto regrese a Alemania. Espero poder conocer entonces a su hermana.

—Bajó la voz—. Confío en que pronto podamos establecer

lazos familiares.

Emilie tragó saliva y contuvo el comentario mordaz que tenía en la punta de la lengua. Le habría gustado bajarle los humos al alférez y la rebotante seguridad en sí mismo. Le indignaba la naturalidad con la que daba por hecho que su petición sería aceptada. Al mismo tiempo se alegraba de poder conocer la verdadera mentalidad de este hombre, que sin duda compartía con muchos otros. Era impagable poder informarse de primera mano acerca de las ideas de Poske.

Que creyera que sería fácil conquistar a la hijita de los Berghoff. Ni siquiera se lo podía tomar a mal después de que su padre ya le hubiera dado a entender que estaba de acuerdo. Ya verían esos dos lo que era bueno. No tenía intención de permitir sin protestar que la obligaran a casarse con un hombre hacia el que no se sentía atraída ni lo más mínimo.

Le estrechó la mano con fuerza.

—Se lo agradezco. Ha sido un honor conocerlo y estoy

deseando volver a verlo en nuestro hogar.

Le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y se volvió rápidamente hacia Beat Späni. No habría podido ser más hipócrita. Después de despedirse del suizo, que con su jovial verborrea puso a prueba una vez más el dominio de sí misma, se acercó a William, que se había apartado un poco y contemplaba la escena visiblemente divertido.

—Deberías avisar a tu hermana —dijo en voz baja, mirando a Ottokar Poske—. Si

se parece a ti en lo más mínimo, será muy desgraciada como esposa de este tipo tan impertinente y autocomplaciente.

—Lo mismo creo yo —dijo Emilie—. Pero no le resultará fácil rechazar a este pretendiente. Mi padre tiene al alférez en muy buena consideración.

William torció el gesto.

—Bueno, esperemos que aparte de sí este cáliz y encuentre a otro pretendiente que sea mejor para ella y también satisfaga a vuestro

padre.

— ¡Dios te oiga! — dijo Emilie.

Le tendió la mano a William.

— ¡Ha sido un verdadero placer viajar contigo!

William le devolvió un apretón de manos largo y firme.

— ¡Lo mismo digo! No diré adiós o *good bye*, sino «*auf Wiedersehen!*». Siempre me ha gustado que los alemanes, al despedirse, expresen el deseo o la esperanza de volver a verse.

Emilie sonrió.

— Sí, los franceses también hacen lo propio con su «*au*

revoir». Es una idea bonita.

— Al hilo de esto: espero que volvamos a encontrarnos, y entonces quiz... — William enmudeció, se puso rojo, se volvió bruscamente y corrió tras los demás, que ya se habían puesto en marcha. Emilie lo siguió asombrada con la mirada. ¿Qué había querido decir? ¿Por qué no se había atrevido a terminar la frase? ¿Y cómo se proponía volver a verla si ni siquiera habían intercambiado sus direcciones? Bueno, para ella era mejor así. No podía plantearse viajar a Inglaterra

haciéndose pasar por Max. Y la correspondencia con William una vez hubiera vuelto a su antigua vida solo podía provocar situaciones comprometidas. Por mucho que lamentara perder el contacto con esa persona tan simpática, era parte de una aventura de la que no podía quedar rastro una vez finalizara.

Emilie dirigió una última mirada al pequeño grupo, que se dirigía hacia la falda de las montañas, antes de regresar a la cabaña y echar un vistazo a su

paciente. El perro dormía. Su respiración ya no era tan superficial, sino profunda y regular. Emilie añadió un par de leños a la pequeña estufa de hierro fundido y puso una cazuela de agua a calentar. Se proponía cocinar una papilla de avena y pedacitos de carne con la que alimentaría al husky cuando despertara. A continuación prensaría las plantas que había reunido en la península. Abrió la mochila, que estaba junto al hogar, y sacó la lata metálica. Había unas migas duras pegadas al

recipiente. Emilie frunció el ceño y vació completamente la mochila. El fragmento de mármol había desaparecido. Se había convertido en un montón de arena gruesa.

Emilie contempló atónita la idea de negocio de su hermano mayor literalmente desmenuzada. Al parecer, la roca, supuestamente dura, únicamente se mantenía unida debido al permafrost. El calor de la estufa lo había derretido y había hecho que se desintegrara. «Friedrich estará muy decepcionado —pensó Emilie

— . Esta vez no habrá suerte con el “mármol nórdico para monumentos alemanes”.» Sin embargo, debería estar agradecido por haberse enterado a tiempo de la mala calidad de la piedra y no haber invertido en una empresa condenada al fracaso. Aunque se habría merecido aquel revés. Emilie rio entre dientes al imaginarse el rostro perplejo de Friedrich al recibir un cargamento de migajas rojizas. La idea era tentadora. «No seas infantil —se reprendió—. Es mucho mejor que Max

demuestre su competencia y su previsión.» Emilie metió la arena de mármol en la lata vacía y volvió a guardarla en la mochila.

*Ny Ålesund - Spitsbergen, julio
de 2013*

Hanna se despertó y abrió los ojos. Estaba acurrucada muy cerca de Kåre en su estrecha cama. Tenía la cabeza apoyada en su pecho, uno de sus brazos le rodeaba el tronco, que se hinchaba y deshinchaba de

manera apenas perceptible. Se separó de él con cuidado, apoyó el codo derecho, reposó la mejilla en la mano y lo observó dormir. Su pelo rubio revuelto estaba atravesado por pequeños mechones aclarados por el sol. Tenía finas arruguitas en las cuencas de los ojos y las comisuras de la boca; de las mejillas morenas y la barbilla brotaban pelos de barba. Incluso dormido, Kåre irradiaba esa mezcla de tranquilidad, picardía y claridad que tanto le había gustado desde el primer momento.

¿Cuándo había sido la última vez que se había dormido en los brazos de un hombre? ¿Y que se había despertado aún en ellos? ¿Cuándo había sido la última vez que había pasado la noche con otra persona en tan poco espacio sin sentirse agotada al día siguiente? Hanna no lo recordaba. Para lograr un descanso reparador, Thorsten necesitaba mucho espacio y libertad de movimientos; como mucho soportaba que Hanna le pusiera una mano sobre la tripa o la espalda mientras dormían. Tampoco le gustaba compartir

la manta, sin importar su tamaño. Temía tener que pelearse por la noche para repartírsela, enfriarse y sufrir otros molestos efectos secundarios. Cuando los niños eran pequeños y de vez en cuando se deslizaban en la cama de sus padres porque tenían pesadillas o miedo de los monstruos, Thorsten solía trasladarse al sofá de su despacho refunfuñando. Hanna, en cambio, se alegraba en secreto de las visitas de Mia y Lukas y siempre había disfrutado de aquellas noches

envuelta en el olor y el calor de sus hijos.

Al mirar a Kåre, Hanna sintió una oleada de ternura mezclada con el recuerdo de los momentos de lujuria que le habían proporcionado sus caricias unas horas antes. Se volvió con cuidado hacia la mesilla y miró el reloj. Eran casi las cuatro de la mañana. A través de las rendijas de las persianas entraban brillantes puntos de luz. Seguía haciendo buen tiempo. Hanna ya no aguantaba en la cama. Se levantó en silencio, se vistió y

salió de la habitación.

Media hora después regresó con una gran bandeja que había llenado con una selección de panecillos y bollería, queso, jamón y pescado ahumado, huevos cocidos, yogur con frutos rojos y un termo de café en el bufet del comedor, que estaba abierto las veinticuatro horas del día. Kåre ya estaba despierto y estaba sentado en la cama con la espalda apoyada en la pared. Al ver a Hanna en la puerta, se le iluminaron los ojos.

—Tenía miedo de que todo

hubiera sido un sueño.

Hanna sonrió, dejó la bandeja sobre la mesa que había entre la cama y la ventana y le tendió a Kåre una taza de café.

— ¡Y ahora me traes un magnífico desayuno a la cama! — dijo —. Ahora estoy seguro de que estoy soñando.

Hanna se sentó frente a él y sonrió con picardía.

— Entonces puedo llevarme la bandeja, ¿no?

— ¡Oh, no! — exclamó Kåre y suplicó como jugando con los brazos extendidos—. Tengo el estómago tan vacío como el

cauce de un río seco.

—No me extraña, ayer nos saltamos la cena —dijo Hanna, mirándolo fijamente a los ojos. Kåre dejó el café a un lado, se inclinó hacia ella y la besó en la boca. Cuando se separaron, él puso un gesto de disculpa.

—Para mí es un misterio eso que se dice siempre de que los amantes podrían alimentarse del aire y del amor. Me temo que yo estoy hecho de otra pasta.

Hanna rio y le tendió la cesta de los panecillos.

—Me alegro, porque a mí me pasa lo mismo. Podría comerme

un elefante.

Después de recuperar fuerzas, salieron con la zódiac que habían tomado prestada de Leif y Line a dar una vuelta por el fiordo de Kongs. Su primer destino era el despeñadero de Kongsbreen, en el extremo oriental del brazo de mar, en el que se unían los glaciares vecinos de Kronebreen y Kongsvegen. Kåre señaló tres cumbres que se alzaban detrás. Sus triángulos recordaron a Hanna tres pirámides.

—Te presento a Svea, Dana y

Nora, que representan a Suecia, Dinamarca y Noruega.

—Durante la excursión de ayer me llamaron la atención varias veces —dijo Hanna—. Otra de esas imágenes que evocan la palabra «majestuoso».

Kåre le guiñó un ojo.

—Por eso se llaman Tre Kroner, es decir, las tres coronas.

Para su satisfacción, el pronóstico de que Hanna aún tendría muchas oportunidades de sacar fotos y vídeos de glaciares pariendo resultó ser cierto. Kåre condujo la lancha a

una distancia prudencial de la fachada, de unos cincuenta metros de altura, cuyos cantos de hielo relucían al sol como piedras preciosas de los más diversos tonos azules. Se oían crujidos y chasquidos continuos, interrumpidos de vez en cuando por un estruendo atronador cuando un gran fragmento de hielo se desprendía y caía al agua. Con los ojos y los oídos tapados también se habría percibido la cercanía al glaciar. El aire era notablemente más frío y le dio a Hanna una idea de lo que se

sentiría cuando el breve verano terminara en Svalbard y la nieve y el hielo volvieran a tomar el mando.

—Asegúrate de dejar un par de bytes libres en la tarjeta de memoria —dijo Kåre en tono de burla cariñosa al ver que Hanna, con las mejillas enrojecidas y los ojos brillantes, contemplaba por cuarta vez el impresionante espectáculo del nacimiento de un iceberg apretando el disparador sin cesar—. Aún te esperan más escenas que merecen ser fotografiadas.

Hanna se colocó detrás de la oreja un mechón de pelo que el viento le soplaba en la cara cada vez con más fuerza y le sonrió.

—Creo que soy adicta a los glaciares. Podría contemplar este espectáculo durante horas sin aburrirme. —Se metió la cámara en el bolsillo y abrazó a Kåre—. Pero conozco el remedio.

Kåre la atrajo hacia sí y la besó.

—¿Te refieres a este?

Hanna asintió y volvió a buscar sus labios. El agradable cosquilleo que le recorrió la

espalda evocó el recuerdo de la noche anterior. La certeza de que habría muchas más como esa hizo que Hanna se sintiera felizmente agradecida.

El viaje continuó junto al archipiélago de Lovénøyane, una reserva natural —al igual que otras zonas del fiordo— que no podía pisarse durante el periodo de reproducción entre mediados de mayo y mediados de agosto. Kåre se había llevado un telescopio con el que Hanna observó los acantilados de las islitas, en los que anidaban gaviones, gaviotas marfil,

eíderes, ánsares piquicortos y otras especies de aves. En las grietas de las rocas y en los salientes proliferaban matorrales de hierbas y flores.

—Estoy sorprendida de lo exuberante que es la vegetación aquí —dijo Hanna.

—Es gracias a las aves —explicó Kåre—. Abonan las rocas desde hace siglos. Si sumas eso a la ubicación relativamente protegida de las islas y de la bomba de calor atlántica que es la corriente del Golfo, las condiciones son óptimas para las plantas.

—Y yo que pensaba que aquí arriba no habría más que hielo y nieve.

—Huy, de eso también hay por aquí. Vuelve dentro de un par de meses, cuando aúllen las tormentas de nieve. Entonces casi nada recordará ya a este idílico escenario. —Sonrió y continuó—: Pero ya basta de maravillas de la naturaleza. Quiero que veas otro aspecto de la historia de este fiordo. De la época en la que pasaban por aquí pioneros y aventureros de todo tipo.

—¿Te refieres a los intentos

de volar al Polo Norte desde aquí? He visto el mástil para el dirigible de Amundsen desde la distancia.

—No, y tampoco a la mina de carbón —respondió Kåre. Señaló Blomstrandhaløya, la isla a la que se acercaban—. Se trata de un capítulo aún más extravagante.

—Quizás el muerto desconocido sea de esa época —dijo Hanna pensativa—. Su ropa era muy anticuada.

—Puede ser. Pero no sabremos más hasta que la policía cierre la investigación.

Antes no desvelarán ninguna información.

—Lo sé. Me saca de quicio — respondió Hanna—. Es un misterio en toda regla. ¿Cuánto crees que tendremos que esperar?

—Mmmm, es difícil de decir. Como no se trata de un caso actual, seguro que en Tromsø no le dan mucha prioridad. Por otro lado el hallazgo será una sensación. Lo mejor será que mañana llame al departamento de patología y pregunte. — Sonrió y dijo—: Bueno, ya hemos llegado.

Dejó que la lancha neumática se deslizara por la playa y tendió la mano a Hanna para ayudarla a bajar. Cuando ella intentó agarrarla, le rodeó la cintura con el brazo y la levantó.

Hanna se rio entre dientes y sintió que se sonrojaba.

— ¡Estás loco!

Kåre la miró radiante, dio una vuelta sobre sí mismo con ella y la dejó en el suelo con cuidado.

— Tenía que hacerlo. ¡Si no habría explotado de felicidad!

Caminaron de la mano hacia dos cabañas inclinadas por el

viento que había cerca de ellos en la pendiente de la orilla. Justo al lado del agua estaban los restos oxidados de una grúa de carga y varios vagones de transporte volcados.

—Ahora sí que tengo curiosidad por saber qué se extraía aquí —dijo Hanna—. Habría apostado por el carbón...

Kåre se detuvo, hinchó el pecho y dijo con el estilo teatral de un charlatán:

—¡Estimada visitante! Sígame a través de los años hasta la época de 1900, la «era

Klondike» de Spitsbergen, y permítame presentarle a uno de los pioneros más ambiguos de su tiempo: el inglés Ernest Mansfield. Durante años recorrió la costa occidental de Svalbard por encargo de una empresa minera para buscar recursos naturales. Una y otra vez afirmaba haber encontrado carbón y minerales como el cinc, la calcopirita, el asbesto y el hierro. Sin embargo, su mayor sueño jamás se cumplió: nunca encontró oro.

Kåre hizo una pausa intencionada, levantó el dedo

índice, alzó las cejas significativamente y continuó hablando:

—Pero en 1911 todo cambió. Al investigar esta isla, ¡Mansfield constató que estaba formada prácticamente de mármol puro! Regresó rápidamente a su patria entusiasmado, fundó la Marble Mining Company y convenció a numerosos inversores para que destinaran dinero a su ambicioso proyecto: la extracción de mármol ártico.

Kåre hizo un gesto circular con el brazo.

—Estamos en Ny London, donde en su día setenta hombres vivieron y trabajaron para hacer realidad esta visión. Si hace el favor de seguirme hasta la cantera.

A Hanna se le escapó una risita y lo siguió. Kåre se detuvo unos metros más adelante frente a una pequeña hondonada. Sobre ella se encontraban los restos de la antigua nave del taller, con las calderas de una máquina de vapor gigante; por todas partes había piezas de máquinas, una carretilla de madera, vasos y

otros utensilios, testigos del día a día de los trabajadores.

Hanna miró a su alrededor sacudiendo la cabeza.

—Ehh, no quiero ser aguafiestas. Pero no parece que aquí se extrajera mármol a gran escala. Me imaginaba las canteras algo diferentes.

Kåre puso un gesto de cómica desesperación.

—*Midt i blinken!* Es lo que decimos los noruegos cuando alguien da en el clavo. Mister Mansfield era muchas cosas, pero ciertamente no era experto en geología. Y no le pareció

importante dejarse aconsejar por un especialista. De lo contrario habría ahorrado a sus inversores y a sí mismo mucho tiempo y dinero.

—¿Qué sucedió? —preguntó Hanna.

—Bueno, después de sacarle los cuartos a suficiente gente gracias a su entusiasmo y su elocuencia, trajo máquinas y aparatos, construyó viviendas y talleres, levantó un pequeño puerto de carga y se puso a trabajar con mucha energía. Finalmente el primer barco con placas de mármol salió del

fiordo de Kongs hacia Londres. Pero cuanto más subía la temperatura, más evidente era que la piedra era de baja calidad. Se derretía y se desmenuzaba, y con ella el sueño de Mansfield de una fuente de mármol prácticamente inagotable.

— ¡Madre mía! — exclamó Hanna—. ¡Pobre hombre! Posiblemente era un insensato. ¿Cómo puede uno precipitarse así a lo loco?

— Ya, bueno, quizá no habría llegado tan lejos si sus inversores hubieran sido más críticos y hubieran querido ver

muestras primero. Pero probablemente estuvieran hechos de la misma pasta que la gente que cae en las promesas de los especuladores, a pesar de que a ojos de personas más escépticas sean completamente inverosímiles.

—Sí, es posible. La codicia ciega —respondió Hanna—. Pero, a pesar de todo, ese tal Mansfield me da pena. Al fin y al cabo no vendió promesas vacías en las que él mismo no creía, sino que estaba convencido y se implicó.

Kåre asintió.

—Para sus inversores era un timador, pero, gracias a su generosidad y su bondad, gozaba de mucha popularidad entre sus trabajadores y los tramperos que vigilaban las instalaciones en invierno. Creo que era un soñador al que le importaba menos el dinero que los descubrimientos que causaban sensación.

Un timbre interrumpió la conversación.

—¿Es ese tu móvil? — preguntó Hanna.

—No, el mío no suena así.

Hanna sacó su teléfono del

bolsillo de la chaqueta. Le estaban llamando.

—Perdona, es que aún no lo había oído sonar —explicó y miró la pantalla. Era el número de Mia. A Hanna se le aceleró el corazón. Una llamada de su hija solo podía significar malas noticias. Se llevó el teléfono a la oreja y contestó.

—¡Mamá! —sollozó Mia—. ¡Gracias a Dios!

—Mia, hija, ¿qué ha pasado?

—Papá... está... está en coma —balbuceó Mia.

43

*Kings Bay - Svalbard, julio de
1907*

Después de poner las flores, las hierbas y las briznas en la prensa para plantas que Max había construido con dos tablillas de madera y varios pliegos gruesos de papel sujetos con tornillos en las esquinas,

Emilie se entretuvo dibujando al perro dormido, que después de un rato se movió, abrió los ojos y levantó la cabeza cansado.

—¡Madre mía, por fin! — exclamó Emilie aliviada—. ¿Ya te encuentras mejor?

Dejó a un lado el bloc de dibujo y se arrodilló junto a su lecho. Cogió la cazuela con la papilla, que se había enfriado, mojó el índice y lo sostuvo frente al hocico del husky. Este lo olfateó y lo lamió. Después de un par de bocados, que ella le puso en el morro, volvió a

bajar la cabeza. Emilie lo acarició y susurró:

—Pronto recuperarás fuerzas, ya lo verás. ¡Duerme tranquilo!

Cuando el perro se hubo dormido de nuevo, Emilie salió de la cabaña y miró hacia el oeste, hacia la salida del fiordo. ¿La recogerían hoy? El agua se extendía solitaria ante ella. Solo retozaban un par de eíderes y una bandada de barnaclas cariblancas, también conocidas como gansos monja por su coronilla, su nuca y su cuello negros, que recordaban al atuendo tradicional de las

órdenes católicas femeninas. Emilie cerró los ojos y escuchó concentrada. No, tampoco oía el ruido de ningún motor que anunciara que el barco se aproximaba. Solo el suave silbido del viento y los chillidos de las aves que anidaban en los acantilados que había tras ella.

Se volvió encogiéndose de hombros. No tenía nada en contra de que el barco se tomara su tiempo y prolongara inesperadamente su viaje. Y le concediera además la posibilidad de decidir por sí

misma lo que quería hacer. Emilie se quedó de piedra. En ese momento se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que estaba completamente sola, que no había nadie en absoluto cerca de ella. Al menos ningún ser humano. Para convencerse de ello, gritó en voz alta:

— ¡Hoooolaaa!

Las laderas de las montañas le devolvieron el eco, que quedó suspendido en el aire una fracción de segundo y se desvaneció. Emilie aplaudió y se echó a reír. Corrió loca de

alegría hacia el agua e hizo rebotar piedras planas en la superficie. ¡Cuánto tiempo había pasado desde que competía con su hermano menor a ver quién lograba que su piedra rebotara el mayor número de veces! Para su madre aquel divertimento inofensivo también entraba en la categoría de «conducta inadecuada» y le había sido prohibido con la advertencia de que debía dejar de comportarse como un niño de la calle.

Emilie había perdido práctica, pero tras un par de intentos los

guijarros botaban de cuatro a cinco veces antes de sumergirse. Al pensar en los gestos severos de sus padres y de la abuela Hedwig, que habrían aprovechado su alborozo para dedicarle unas «serias palabras», hizo que Emilie entonara una canción que recordaba a menudo cuando se sentía coartada o la reprendían. Le sentó bien cantarla a los cuatro vientos:

*Las ideas son libres,
¿quién podría
adivinarlas?*

*Huyen y vuelan
como sombras
nocturnas.*

*Nadie puede
conocerlas,
ni los cazadores
cazarlas*

*con pólvora y plomo:
¡las ideas son libres!
Pienso lo que quiero
y lo que me place,
pero todo en silencio,
como es debido.*

*Mis deseos y anhelos
no pueden prohibirse
porque es así:
¡las ideas son libres!*

*Y si me encierran
en la prisión más
oscura,
será inútil,
no servirá de nada.
Ya que mis ideas
atraviesan muros
y barreras:
¡las ideas son libres!*

Se detuvo sin aliento. Allí sus ideas no eran lo único libre. Miró a su alrededor. «¡Aquí soy libre!», pensó y lanzó un grito de júbilo. ¡Qué sensación tan embriagadora! Una

situación extraña, algo inquietante, pero sobre todo emocionante y feliz. Ya no debía tener cuidado de que alguien descubriera su verdadera identidad. No había nadie que observara su comportamiento y pudiera criticarlo, todas las normas y los valores que solían regir su vida habían perdido su vigencia por el momento.

«Así debió de sentirse Robinson Crusoe —pensó Emilie—. Bueno, no exactamente. Al contrario que tú, él no tenía la certeza de que

algún día abandonaría la isla, y vivió durante décadas como ermitaño antes de conocer a Viernes. Además, yo también tengo un Viernes. Mejor dicho, un Sábado, ya que fue ese día cuando William y yo encontramos al perro. Pero no lo llamaré Sábado, necesita un nombre nórdico.» Sonrió para sí y regresó a la cabaña. Sobre la balda atornillada junto a la ventana, junto a un par de libros que habían dejado allí visitantes anteriores, había descubierto un *Almanakk for Norge* del año anterior. Además

de tablas meteorológicas y astrológicas, datos sobre la salida y la puesta del sol y textos cuyo contenido era un misterio para Emilie, incluía un calendario. Lo abrió, consultó cómo se decía sábado en noruego y anunció al perro, que parpadeaba cansado:

—¡A partir de hoy serás *Lørdag!*

El husky reaccionó bostezando con ganas.

—Tienes razón —dijo Emilie—. A mí también me vendría bien dormir un ratito. Pero antes me daré un baño caliente.

Le llevó un rato calentar suficiente agua en dos cazuelas para llenar hasta la mitad una tina que había encontrado en el cobertizo de las provisiones. La ilusión por lavarse a fondo crecía con cada cazuela de agua que vertía. La cabaña estaba llena de denso vapor cuando Emilie se desvistió por fin y se sumergió en el agua con un agradable «¡ahh!». Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que echaba de menos poder lavarse generosamente. Parecía haber pasado una eternidad desde su

último baño en el vapor de pasajeros de la HAPAG. Desde entonces se había limitado a lavados de gato más o menos fugaces, siempre con miedo de que la sorprendieran en una situación comprometida y la desenmascararan. Se enjabonó de pies a cabeza y disfrutó del aroma a limpieza que la envolvía.

A continuación aprovechó la oportunidad para lavar su ropa interior, los calcetines y la tela con la que se vendaba el pecho. Mientras lo hacía, trazó planes para el tiempo que aún pasaría

allí. Las numerosas páginas vacías de su bloc esperaban a ser llenadas con dibujos de plantas árticas, de fósiles demasiado grandes para llevárselos consigo, y de los habitantes alados de las rocas. Además, tampoco estaría mal ampliar su colección de conchas y caparazones, cáscaras de huevo vacías, plumas y esqueletos de aves muertas. Era importante que Max pudiera presentar a su profesor un botín abundante.

Antes de tumbarse, Emilie cerró la contraventana y metió un par de leños gruesos en la

estufa. Se acurrucó cómodamente bajo la manta y se durmió inmediatamente.

Un fuerte ruido la arrancó de un sueño que la había llevado a la playa de Robinson Crusoe, mejor dicho, a los grabados al acero coloreados que ilustraban la edición de la novela de Daniel Defoe que había en la biblioteca de sus padres. De niña solía gustarle contemplar las representaciones, que daban alas a su imaginación y ahora se habían deslizado en sus sueños a modo de escenario. Emilie

parpadeó y distinguió al perro en la penumbra, que había abandonado su lecho y había volcado de la mesa el cazo con la papilla de avena y carne para saciar su hambre.

— ¡Oh, *Lørdag*, qué bien! — exclamó y se incorporó—. ¡Ya estás en pie!

El husky cojeó hacia ella, le puso la cabeza en el regazo y levantó la mirada. Emilie le acarició entre las orejas. Estaba aliviada y profundamente agradecida de que su protegido estuviera mejor y de que las palabras de mal agüero de

Ottokar Poske, que había profetizado su muerte, no se hubieran cumplido.

Se levantó, abrió la contraventana y cogió el reloj. Se había parado. Emilie se había olvidado por completo de darle cuerda. ¿Qué hora sería? ¿Cuánto tiempo habría dormido? La colada, que había colgado de un cordón atravesando la habitación, estaba seca. El fuego de la estufa se había reducido a un montoncito de brasas, que avivó con leños nuevos. Después salió. El cielo estaba

brumoso. Era difícil distinguir la posición exacta del sol. Emilie no estaba segura de si era luz vespertina o matutina. «Posiblemente sea esta última —pensó—. Debo de haber dormido unas diez horas. Me siento descansada, y los progresos de *Lørdag* parecen indicar lo mismo.

Seguía sin haber ni rastro del barco que debía recogerla. Emilie siguió el vuelo de una gaviota y deseó poder flotar en el aire como ella. «Me acercaría a ver cuánto han avanzado William y los demás en su

marcha hacia el fiordo de Is — pensó—. Y a ver qué está haciendo Arne en su ensenada. Sobre todo buscaría a Leonid.» Su desaparición inquietaba a Emilie. Siguiendo un impulso, se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta, sacó el telegrama que tanto la había preocupado un par de días atrás y observó con atención el texto incompleto.

¡A todas las naves! ¡A
??? ción! ¡Búsqueda +++
??? bus ??? urgen ??? ma
??? b +++ di ??? ero ? e
??? +++ ??? dentid ???

falsa ??? sospe ??? hui???

+++ visto por úl ??? el

??? de junio en ??? +++

pist ??? a ???licía ?

tromsø +++

¡recompensa!

¿Se referiría al ruso? De pronto esta posibilidad le parecía plausible. Su carácter cerrado, su evidente desconocimiento de la fotografía y su huida furtiva le hacían parecer extremadamente sospechoso. Emilie entrecerró los ojos. ¿Sería un disidente quizás? A mediados de mayo

había aparecido en los periódicos una conspiración militar contra el zar Nicolás II y sus herederos. El golpe había fracasado y muchos de los implicados habían sido detenidos. Sin embargo, algunos conspiradores habían logrado pasar a la clandestinidad y escapar de las detenciones. ¿Sería Leonid uno de ellos? Entonces el texto completo podría ser el siguiente:

¡A todas las naves!
¡Atención! +++

¡Búsqueda policial! +++
Se busca urgentemente:
Leonid Ladna +++
implicado en el golpe de
mayo +++ posible
disidente en paradero
desconocido +++
Identidad falsa +++
sospechoso de huida
+++ visto por última vez
el ??? de junio en
Tromsø +++ pistas a la
policía de Tromsø +++
¡Recompensa!

Emilie regresó a la cabaña y puso agua a calentar para

preparar café. Sus pensamientos regresaron a aquel día en el que Beat Späni les había presentado al ruso poco antes de que el *Isflak* zarpara. Había dicho que lo había pillado en el puerto y había tenido la impresión de que no sabía muy bien dónde ir. Ahora estaba segura de que se había tratado de un malentendido. ¿Qué habría pasado con el auténtico fotógrafo? Emilie no creía que Leonid se hubiera hecho pasar por él a propósito. Tampoco habría podido; solo habían logrado entenderse con él

mediante gestos. Se imaginó al ruso huyendo por Tromsø de los agentes del zar que lo habían encontrado en Noruega y llegando finalmente al muelle, a un callejón sin salida. Justo en ese momento, cuando más lo necesitaba, había aparecido el suizo, lo había tomado por el fotógrafo de San Petersburgo, que se había retrasado, y se lo había llevado sin más a bordo del *Isflak*. Se imaginó vívidamente la rabia y la decepción de los agentes, que habían visto cómo su presa escapaba en el último momento

y habían involucrado entonces a la policía noruega.

Pero ¿por qué había vuelto a desaparecer allí, en Kings Bay? Quizá las sospechas de William fueran ciertas. Quizás el ruso efectivamente se dirigiera a la vecina Cross Bay, donde estaba fondeado el barco de Alberto de Mónaco. Pero no porque se les hubieran terminado las existencias de aguardiente y Leonid quisiera reabastecerse allí, sino porque quería pedir asilo al príncipe.

—Me temo que nunca lo sabremos —le dijo Emilie al

perro, que la observaba atentamente desde su lecho. Se preparó una taza de café, se cortó una rebanada de pan de la última hogaza que le habían dejado y abrió una lata de carne en conserva, cuyo contenido se repartió con *Lørdag*.

El barco de suministro tampoco llegó al día siguiente. Aunque Emilie no habría sabido decir cuántos días habían transcurrido desde que los demás se habían marchado. ¿Eran tres o cuatro? La claridad permanente y el cielo cubierto,

que dificultaba ubicar la posición del sol, le habían arrebatado la noción del tiempo. Había decidido no dar cuerda a su reloj. Dejar pasar la vida sin planes y seguir únicamente sus deseos la sumía en un estado de ensimismamiento y satisfacción desconocido. Comía cuando tenía hambre, se acostaba cuando estaba cansada y no se preocupaba por el futuro.

Lørdag cada vez estaba más fuerte. Su herida se curaba, su pelaje comenzaba a brillar y sus flancos ya no estaban tan

hundidos. Acompañaba a Emilie en sus largas excursiones por la playa, durante las cuales buscaba fósiles y recogía conchas y fragmentos de coral petrificados de la época en que el archipiélago había estado situado bajo un mar tropical cerca del ecuador. El perro perseguía a los patos o se tumbaba a los pies de Emilie cuando esta se sentaba en una roca envuelta en una manta y dibujaba. Le habría gustado explorar también las montañas, pero no se atrevía a perder de vista el fiordo por miedo a

perder su medio de transporte.

Aquel idilio paradisiaco terminó bruscamente con la llegada del hielo. Emilie estaba tumbada cómodamente en la cama y leía una novela inglesa que había encontrado en la balda cuando unos crujidos llamaron su atención. Se puso las botas y la chaqueta, salió corriendo y contuvo la respiración. El agua oscura del fiordo estaba cubierta de témpanos blancos que llegaban del mar abierto y chocaban unos con otros produciendo los crujidos. El aire era

notablemente más frío. El viento helador olía a nieve.

Emilie regresó a la cabaña, se dejó caer sobre el banco. Se le encogió el estómago. La predicción meteorológica de Arne se había cumplido: el invierno llegaba especialmente pronto a Spitsbergen este año. El barco no solo se había retrasado un poco, sino que ya no tenía ninguna posibilidad de llegar hasta ella. Al menos por el momento. ¿Habría evitado la temprana banquisa y habría pasado de largo? ¿O estaría atrapado al norte en la isla del

Danés, donde había dejado a un par de reporteros y espectadores que querían asistir al segundo intento del americano Walter Wellman de alcanzar el Polo Norte con un dirigible? Entonces aún había alguna posibilidad de que pasara por allí en cuanto subiera la temperatura. Emilie se llevó la mano al bolsillo, agarró la piedra del agujero y lanzó una plegaría al cielo:

— ¡Por favor, haz que sea lo segundo! ¡Haz que el verano no haya terminado aún!

Para dominar el pánico que

crecía en su interior, se levantó y examinó las provisiones. Según una ley no escrita de Spitsbergen, en una cabaña siempre había que dejar comida y otros objetos necesarios para la supervivencia, como por ejemplo leña, cerillas y aceite para las lámparas, con el objetivo de dar una buena bienvenida al próximo que buscara refugio en ella y proporcionarle lo básico. Además, el alférez Poske había dejado provisiones de alimentos imperecederos como azúcar, miel, harina, fideos,

lentejas, copos de avena, cebollas secas, sal, té y varias latas de carne adobada y verduras en conserva. El Observatorio Lindenberg tenía intención de enviar a Kings Bay la primavera siguiente a un par de hombres que construyeran más alojamiento para la plantilla de la estación meteorológica antes de que los investigadores llegaran de Alemania. Se le había encargado al alférez que a la vuelta buscara trabajadores en Tromsø.

Las estanterías llenas del cobertizo tras la cabaña

tranquilizaron un poco a Emilie. No moriría de hambre durante las próximas semanas. ¿Y el escorbuto?, le susurró la voz de la preocupación. Estos manjares no son especialmente ricos en vitaminas. Emilie respiró hondo y apartó esa idea de su mente. Todavía estaba a principios de julio. Demasiado pronto para perder la esperanza de que el hielo se derritiera. Demasiado pronto para resignarse y enfrentarse a una invernación. Emilie se estremeció solo de pensar en aguantar sola durante meses en

la gélida oscuridad. «¡No pienses en ello!», se ordenó. Cerró enérgicamente la puerta de la despensa y salió a reponer las existencias de leña.

El movimiento al aire fresco y el esfuerzo físico terminaron de ahuyentar sus miedos. Unas horas más tarde, sentada ante un plato de sopa caliente, a Emilie la prolongación involuntaria de su aventura ártica ya no le resultaba amenazante sino atractiva. Se abalanzó con gran apetito sobre la comida, que le supo aún mejor por haberla preparado ella misma. Su obra

no podía compararse con las habilidades culinarias de Else. La cocinera de sus padres posiblemente habría tirado esa sopa con fideos arrugando la nariz. Sin embargo, Emilie estaba muy orgullosa. La cocina no formaba parte del plan de estudios del colegio para hijas de la alta sociedad, de las que se esperaba que en su futuro hogar como mucho determinaran lo que se comería algunos días de la semana o acordaran con su cocinera el menú de las ocasiones especiales. En cambio, colocarse

personalmente ante los fogones no entraba en su plan de vida. Las asignaturas como alemán o religión tenían un papel fundamental en el plan de estudios, con el objetivo de formar a las muchachas en los ámbitos ético y moral. El canto, la caligrafía y el dibujo debían servir para refinar su juicio estético y su gusto.

Sin embargo, en los últimos tiempos se estaban haciendo esfuerzos por fomentar no solo el sentimiento, sino también el conocimiento entre las mujeres, tal y como había anunciado en

marzo el ministro prusiano de Cultura Konrad von Studt. Con este propósito, las niñas en el futuro no solo recibirían clases de cálculo, sino también de matemáticas, así como de gramática. La abuela Hedwig había tachado esas intenciones de fruslerías modernas que no podían traer nada bueno. Y eso a pesar de que el ministro había subrayado expresamente que «la formación intelectual de ningún modo debe perjudicar al tesoro de la pureza de corazón y la profunda sensibilidad de nuestras mujeres

y niñas, que el pueblo alemán siempre ha tenido en gran estima».

Emilie puso un gesto de desesperación al recordar la discusión en torno a este tema que había tenido lugar en la mesa familiar de los domingos. Habría dado cualquier cosa por haber podido ocupar su tiempo escolar en cosas más útiles que bordar pañuelos, aprender de memoria baladas eternas o copiar con buena caligrafía tratados edificantes. Nada de todo aquello le servía allí. Su antigua compañera Paula, que

había sido la única en acceder a la educación superior después del colegio, había afirmado acertada e irónicamente una vez: «En este lugar no nos inculcan precisamente más conocimientos de los debidos. Sin embargo, eso tiene la ventaja de que más adelante nuestra inteligencia seguirá intacta.»

Lørdag, que dormitaba en su lecho, levantó la cabeza de pronto y aguzó el oído. Emilie dejó caer la cuchara.

—¿Qué te pasa? —preguntó—. ¿Viene alguien?

Había averiguado enseguida que el perro rara vez ladraba. Cuando se sentía solo o inquieto, lloraba. Su dueño no había perdido un perro guardián que hiciera ruido cuando se acercaba un extraño o un animal peligroso. Pero su comportamiento indicaba que estaba sucediendo algo. Emilie se levantó y miró por la ventana. Una figura se acercaba desde las montañas. Se le aceleró el corazón. ¿Sería Arne? «No seas tonta — se reprendió —. ¿Por qué vendría aquí? Tampoco puede ser Leonid. Esa

persona es mucho más pequeña que él.» Emilie entrecerró los ojos para ver mejor al hombre.

Era un desconocido. Vestía pantalones de cuero, una chaqueta forrada y botas gruesas. Llevaba el gorro de piel calado en su rostro barbudo. ¿Sería quizá la avanzadilla de una tropa de búsqueda que debía ponerla a salvo? No, había pasado muy poco tiempo para eso. Nadie la habría echado en falta todavía ni habría nadie preocupado por si el barco podría recogerla o no.

El hombre se detuvo a unos

treinta metros de ella, cerca de la caseta telegráfica. Parecía sorprendido y se balanceó de una pierna a otra antes de rodear la cabaña recorriendo un amplio círculo. Se detenía una y otra vez, se protegía los ojos y miraba fijamente hacia ella.

—¿Por qué no se acerca? — preguntó Emilie—. ¿Tú qué crees, *Lørdag*, deberíamos invitarlo a entrar? Creo que es lo que suele hacerse en regiones tan apartadas.

Los recuerdos de las historias del Lejano Oeste que tanto le había gustado leer de niña se

mezclaron con los reportajes de viajeros en países exóticos que daban cuenta de la hospitalidad de la población local, por muy pobre que fuera.

Emilie salió a la puerta y buscó al extraño con la mirada. Cuando apareció en su campo de visión, avanzó un par de pasos en su dirección, levantó la mano y lo saludó. Él no le devolvió el saludo. Por lo que pudo distinguir en la distancia, puso un gesto furioso, por no decir iracundo. Una de sus mejillas estaba atravesada por una profunda cicatriz, que le

hacía parecer aún más salvaje. Se volvió y salió corriendo hacia las montañas. Emilie lo siguió desconcertada con la mirada. Rechazó inmediatamente el impulso de salir corriendo tras él, invitarlo y pedirle consejo sobre qué hacer en su situación. Irradiaba cierto aire inquietante, por no decir amenazador. Se alegraba de que se hubiera marchado por donde había venido.

Se volvió y se disponía a cerrar la puerta tras de sí cuando un estallido desgarró el silencio. El eco rebotó en las

rocas y resonó varias veces. Emilie se estremeció. El perro corrió hacia ella y comenzó a llorar. ¡Eso había sido un disparo! Emilie se deslizó rápidamente hasta la esquina de la cabaña y oteó con cuidado el lugar donde había visto al extraño por última vez. Estaba desierto. Debía de haber seguido corriendo. Otros dos disparos resonaron en el fiordo. Emilie escuchó atentamente conteniendo la respiración. Percibió el ruido de piedras resbalando y rodando. Al parecer el hombre corría a

través de una pedrera. Los pasos se alejaron. Sus temores de que el desconocido cambiara de opinión y regresara no se cumplieron. Suspiró y se secó las palmas húmedas de las manos en el pantalón.

—Seguro que hay una explicación completamente inocente para esos disparos —le dijo a *Lørdag*, que tenía la cabeza inclinada y levantaba la mirada hacia ella—. Quizá tenía ganas de comer pato asado.

El perro se rascó el cuello con una pata trasera y regresó a la cabaña. Emilie lo siguió. El

malestar que le había provocado la aparición del hombre de la cicatriz no desaparecía. ¿Qué lo habría llevado hasta allí? ¿Y por qué había dado media vuelta tan cerca de su destino? «Porque yo estoy aquí —se respondió a sí misma—. Es evidente que no se lo esperaba. Así que quería utilizar la cabaña, pero él solo. ¿Por qué? —En aquel páramo, cualquiera se alegraría de tener compañía—. Bueno, no si se trata de Arne —pensó—. Pero es un caso particular, no cuenta. —Frunció el ceño y recorrió la

pequeña estancia con la mirada —. ¿Por qué es tan importante estar solo en la cabaña? ¿Para buscar algo sin ser molestado quizá? Pero ¿qué?»

—Averigüémoslo —dijo Emilie en voz alta.

*Ny Ålesund - Spitsbergen, julio
de 2013*

—Mia, por favor, tranquilízate —dijo Hanna, apretando el teléfono contra la oreja—. ¿Qué ha pasado exactamente?

—No lo sé —exclamó Mia entre sollozos—. Pero es... muy

grave y... Mamá, ¿y si se muere?

La desesperación en su voz le hizo un nudo en la garganta a Hanna. Podía imaginar perfectamente por lo que estaba pasando su hija. Aparte del miedo a perder a su padre, seguro que se estaba haciendo terribles reproches por haber rechazado con dureza su propuesta de visitarle a él y a Biggi durante las vacaciones y por haber terminado a malas con él.

—¿Puedes venir? —preguntó Mia en voz baja.

—Sí, claro —respondió

Hanna automáticamente—. Pero ¿a dónde? ¿Thorsten sigue en Sudáfrica? ¿Desde dónde me llamas?

—No, lo han traído en avión. A Murnau. A urgencias — explicó Mia con la voz entrecortada—. Yo salgo enseguida para allá. Todavía estoy en Freising. —Se echó a llorar de nuevo.

—Bien —dijo Hanna—. Intentaré conseguir un vuelo lo antes posible. Dame el teléfono del hospital y el nombre del médico responsable. Yo me encargo.

Al otro lado de la línea se oyó un suspiro de alivio.

—Gracias, mamá —dijo Mia en voz baja—. Siento haberme puesto tan histérica... Pero es que...

—No tienes por qué disculparte. Debe de haber sido muy duro para ti. Siento que te hayan informado a ti primero. Te avisaré en cuanto sepa cuándo llegaré a Murnau.

—¡Me alegro mucho de que vengas! —susurró Mia y colgó.

Hanna dejó caer la mano del teléfono y lo miró fijamente con el ceño fruncido. La

llamada había sido surrealista. Le resultaba difícil creer lo que acababa de oír. Mia parecía estar muy cerca. Y, sin embargo, Hanna tenía la sensación de haber recibido un mensaje desde la luna o desde otro astro muy lejano.

— ¿Malas noticias? — preguntó Kåre, tocándole suavemente el brazo. Hanna se volvió hacia él.

— Me temo que sí. Era mi hija. Al parecer su padre ha sufrido un grave accidente y está en coma.

— Oh, es terrible. ¿Sabes qué

le ha pasado?

—No. Mia no ha sabido decírmelo. Supongo que tendrá la columna afectada. Lo han llevado a un hospital cerca de Múnich especializado en lesiones de médula.

Kåre contuvo la respiración.

—No suena bien.

Hanna asintió.

—Tengo que regresar a Alemania enseguida.

—Claro —dijo Kåre, miró el reloj, sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta e hizo dos llamadas breves en noruego.

»Hemos tenido suerte. Bengt está aquí y puede llevarte a Tromsø. Te he reservado un billete en el vuelo de la tarde de SAS a Oslo, donde tienes conexión directa a Copenhague y de allí a Múnich. A las nueve y media de la noche estarás allí.

Hanna lo miró y trató de encontrar las palabras.

—Es... no sé cómo... ¡Gracias! Eres el mejor.

Kåre hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Venga, en marcha. Bengt nos espera en el aeródromo.

—¿Cómo sabías que estaba en

Ny Ålesund? —preguntó
Hanna.

—No lo sabía al cien por cien.
Pero era muy probable porque
en verano a menudo trae a
investigadores y estudiantes.

Menos de una hora después
estaban ante el pequeño
hidroavión en la pista de
despegue de Hamnerabben, el
aeropuerto de Kings Bay A S
situado al oeste de Ny Ålesund.
Bengt había colocado el
equipaje de Hanna en la zona
de carga y había entrado en la
cabina. Se despidió de Kåre con

la mano.

—Nos vemos. Como mucho, cuando mis padres hayan vuelto a Tromsø.

—Por supuesto —respondió Kåre—. Os debo una cena como mínimo.

Se volvió hacia Hanna y le cogió las manos. En ese momento ella se dio cuenta de que él no la acompañaría. De que aquello era una despedida. No quería alejarse de él. Quería quedarse. Le habría gustado agarrarse a él y no soltarlo nunca. Volvía a sentirse como la niña pequeña abandonada en la

puerta del internado. Una ola de recuerdos de intensidad insospechada se abalanzó sobre ella junto con el dolor que sentía.

—Odio las despedidas —dijo en voz baja. Tenía la voz ronca.

—Yo también —respondió Kåre, mirándola a los ojos—. Esto es nuevo para mí. Hasta ahora me las arreglaba para que no me resultara especialmente difícil. Pero contigo es diferente.

Hanna sintió una punzada al oír la tristeza de su voz, pero al mismo tiempo se consoló. ¡No

la estaba abandonando!
Aquello no era una repetición
de las escenas de separación del
pasado. Le apretó las manos y
dijo:

— ¡Esto no es el final! No
importa lo que pase. Ahora
formas parte de mi vida.

A Kåre se le humedecieron los
ojos. Acercó a Hanna hacia él y
le susurró al oído:

— Es lo más bonito que me ha
dicho nadie jamás.

Cuando el avión inició la
aproximación al aeropuerto
Franz-Josef-Strauß, el sol se

ponía y bañaba en brillantes tonos de rojo el velo de nubecillas que el viento *foehn* traía de los Alpes. «En Spitsbergen ahora es completamente de día», pensó Hanna, y se preguntó qué estaría haciendo Kåre en aquel momento. Probablemente estaba reunido con compañeros discutiendo algún proyecto. O acabando el día con una cervecita. Cómo le habría gustado estar sentada junto a él en ese instante, oír su voz y mirarlo a los ojos. Lo echaba de menos con una intensidad que

la asombraba. Hanna apartó la mirada de la ventanilla y centró sus pensamientos en las horas siguientes.

Había llamado a la clínica de Murnau desde Tromsø y se había enterado de que una rápida maniobra de giro mientras navegaban había lanzado a Thorsten por la borda y le había dañado gravemente la columna. Al llegar a Alemania le habían inducido un coma artificial para estabilizarlo y poder examinar minuciosamente los daños en la columna. El diagnóstico exacto

se determinaría a lo largo de los siguientes días. La médica con la que había hablado Hanna no había ocultado la gravedad de la situación, pero había recalcado expresamente que era demasiado pronto para ponerse en lo peor, fuera eso lo que fuera.

Después Hanna había llamado a su hija y la había convencido de que no viajara apresuradamente a Murnau. Mia no podría hacer nada allí, y se volvería innecesariamente loca teniendo que pasar horas sola en la sala de espera del

hospital. En cambio, Hanna le había propuesto recogerla en Múnich e ir donde Thorsten con ella la mañana siguiente.

Hanna recorrió como en trance los pasillos acristalados de la terminal de llegadas, fuertemente iluminada, hasta la sala con las cintas de equipajes. Le resultaba difícil creer que apenas hubiera pasado una semana desde que se había marchado al norte. Habían sucedido muchas cosas en los últimos días. Hanna no pudo evitar pensar en los túneles del tiempo de las películas y series

de ciencia ficción que su hijo Lukas veía de adolescente. Tenía la sensación de haber caído por un agujero de aquellos y haber aterrizado en un mundo paralelo en el que siempre brillaba el sol y los acontecimientos se precipitaban a un ritmo aparentemente comprimido, mientras que al otro lado todo había seguido su curso tranquilo.

Al ver a Mia, la sensación de irrealidad se desvaneció. El olor familiar de su hija y el contacto de sus brazos, que se le echaron al cuello, trajeron a Hanna de

vuelta al presente.

—¡Me alegro tanto de que estés aquí, mamá! —exclamó Mia.

—Yo también, cariño —respondió Hanna acariciándole la cabeza. Se soltó de ella y cogió su maleta—. Venga, vamos a casa.

Mia la miró con gesto interrogante.

—¿Por qué a casa? ¿No vamos directamente a Murnau?

—No, yo creo que es más sensato ir mañana pronto por la mañana —dijo Hanna—. Hoy llegaríamos muy tarde y

tendríamos que buscar un hotel en plena noche. Además ya no podríamos hablar con ningún médico y...

Mia frunció el ceño y abrió la boca para replicar. Hanna levantó la mano y prosiguió:

— Gracias a Dios tu padre está estable por el momento. Y así podremos llevarle ropa y otras cosas de casa que quizá necesite más adelante.

Mira relajó el gesto.

— Cierto, no había pensado en ello. Y seguro que tú también necesitas ropa limpia.

Hanna asintió. Se alegró de

que Mia no insistiera en ir a la clínica inmediatamente. Esperaba para una discusión más larga.

—La verdad es que me alegro de que no vayamos hasta mañana —dijo Mia en voz baja—. Después del día de hoy, estoy deseando dormir en mi cama.

Se agarró del brazo de Hanna con una sonrisa tímida.

—Es un poco infantil, ¿no? Pero pensar en mi antigua habitación en cierto modo me consuela. —Apretó el brazo de Hanna—. Gracias por haberla

dejado como estaba.

La mañana siguiente, después de desayunar temprano, salieron con el coche en dirección sur hacia los Alpes Báváros y llegaron a Murnau hacia las diez. Las amplias instalaciones, en las que a finales de los años sesenta se había inaugurado el primer servicio especializado en el tratamiento de lesiones de médula de Alemania, estaban situadas en un parque a las afueras de la población. A lo largo de las décadas se había

ampliado constantemente y se había convertido en un centro de traumatología de referencia. El complejo de edificios blancos con grandes ventanales y estructuras de acero y cristal le recordó a Hanna a una estación espacial futurista; una impresión que se acentuó en el enorme vestíbulo de varios pisos de altura.

De camino al mostrador de información, Mia se detuvo bruscamente.

—¿Qué sucede? —preguntó Hanna.

—¿Estará esa tal Biggi ahí

dentro?

Hanna se quedó inmóvil. Había evitado hacerse esa pregunta. Levantó los hombros.

—Ni idea. La médica con la que hablé ayer no mencionó si Thorsten había llegado solo o acompañado.

A Hanna le resultaba incómoda la idea de encontrarse con la amante de su marido. ¿Cómo se comportaba una en una situación así?

—¡No quiero ver a esa idiota!
—dijo Mia con gesto furioso—. Ella ha metido a papá en todo

esto.

—Bueno, bueno —dijo Hanna—. No exager...

—Es cierto —la interrumpió Mia—. Si no hubiera sido por esa desgraciada, nunca se le habría ocurrido dar la vuelta al mundo en barco.

Hanna se obligó a mantener la calma.

—Mia, cariño, te entiendo perfectamente. Pero prométeme que no te pondrás grosera si nos la encontramos. Seguro que para ella todo esto tampoco es fácil y...

—¡Mamá! —exclamó Mia con

los brazos en jarras—. ¿Cómo puedes estar tan tranquila? Tú deberías ser la que odiaras a esa fresca. ¿Ya lo has olvidado? ¡Fue ella quien te quitó a papá!

Hanna contuvo un suspiro.

—Puede ser. Pero solo lo conseguí porque Thorsten quiso. Él decidió dejarme.

Mia se puso de morros.

—Cielo, no nos peleemos — dijo Hanna—. ¡No es el momento!

Mia tragó saliva y asintió.

—Perdona. Tienes razón.

Pocos minutos después supieron que se habían

preocupado por nada. Cuando Hanna preguntó por Birgit Schulze en la recepción de la unidad de cuidados intensivos, nadie parecía haber oído ese nombre. Nadie acompañaba al señor Keller cuando había ingresado. Y desde entonces nadie había preguntado por él. Hanna y Mia eran las primeras que lo visitaban.

—¿Es usted la señora Keller?

Hanna se volvió y se vio frente a una mujer corpulenta que llevaba una bata blanca. Una plaquita con su nombre la identificaba como la doctora

Ingrid Lange.

—Sí —respondió Hanna—. Vengo a ver a mi marido.

—Por supuesto —dijo la médica y le tendió la mano—. Hablamos ayer. Soy su médica y...

Mia dio un paso al frente.

—¿Cómo está mi padre? ¿Sabe ya si sobrevivi...?

Hanna sonrió a modo de disculpa.

—Esta es mi hija Mia.

La doctora Lange estrechó la mano a Mia e hizo un gesto de asentimiento a Hanna.

—Las llevaré con él. Por

desgracia aún no sabemos exactamente cómo está —dijo y avanzó por el pasillo delante de ellas. Hanna rodeó con el brazo a Mia, que había palidecido. Siguieron a la médica a través de dos puertas automáticas hasta un vestíbulo. Detrás de un cristal había una cama de barandillas altas en la que había una figura apenas visible.

La doctora Lange se volvió hacia Hanna y Mia:

—Lo hemos tumbado en una posición estable para evitar más movimientos de la columna.

Mia apoyó la frente en el

cristal y sollozó. Hanna se acercó a ella, la rodeó con el brazo y buscó la mirada de la médica.

—¿Qué puede decirnos por ahora?

—Suponemos que se ha roto una o dos vértebras en la zona media de la columna — comenzó a decir la doctora Lange—. Primero comprobaremos si los fragmentos se han desplazado y han dañado la médula espinal. Además, toda la columna se ha comprimido fuertemente, lo que puede haber producido

contusiones en la médula.

—¿Qué significa eso? —la interrumpió Mia—. ¿Se quedará parapléjico?

—Es demasiado pronto para especular —respondió la médica—. En general todas las lesiones de columna que afectan a la médula pueden limitar su funcionamiento y causar parálisis.

Mia se echó a llorar.

—Pero, como ya he dicho, por el momento no podemos afirmar nada concreto — prosiguió la médica—. Ahora tenemos que llevar a cabo varias

pruebas. Solo podremos hacernos una idea general de la situación con más radiografías y un escáner. Más adelante haremos una resonancia magnética, así como exámenes neurológicos exhaustivos para poder establecer un diagn...

—Todo eso suena demasiado técnico —dijo Mia con la voz quebrada—. ¿Cuándo se despertará?

—Entiendo que todo esto impresiona y asusta —dijo la doctora Lange mirando a Mia a los ojos—. Pero debe creerme cuando le digo que su padre en

este momento no sufre ningún dolor y que, gracias a su buena forma física, podremos operarle sin problemas. Después sabremos con más exactitud qué posibilidades tiene de recuperarse completamente. — Se dirigió a Hanna—. Lamento no poder decirles más.

—¿Cuándo le operarán? — preguntó Hanna.

—Esta tarde —respondió la médica, y se despidió—. Les avisaremos en cuanto la operación haya terminado.

—Arriba ese ánimo, cariño — dijo Hanna cuando la doctora

Lange hubo salido de la habitación—. Tu padre es fuerte. Saldrá de esta. Estoy segura.

—¿Cómo puedes decir eso?
—dijo Mia—. ¡Pero si no tienes ni idea!

—Claro que no. Pero está en las mejores manos —respondió Hanna—. Hace décadas que esta clínica está especializada en casos como este y...

—¿Casos como este? —gritó Mia en tono estridente—. ¡Papá no es un caso! Al menos no para mí. Pero puede que tú te alegres de que no se vuelva a

despertar.

Hanna miró a su hija atónita. Le habría gustado darle una bofetada para hacerla entrar en razón. La asustaba una y otra vez lo hiriente que podía ser. Por mucho que comprendiera que Mia temía por su padre, a veces le resultaba difícil mantenerse serena y atenta.

*Kings Bay - Svalbard, julio de
1907*

A Emilie no le llevó mucho tiempo registrar sistemáticamente todos los rincones de la cabaña y la despensa. Ni bajo las camas, ni en las estanterías, en las cajas y toneles, en el arcón bajo el

banco, ni en el cajón de la mesa encontró nada especialmente valioso o que contuviera información interesante, secreta o explosiva que explicara por qué el desconocido había emprendido esa larga caminata. Emilie se sentó en una silla y miró a *Lørdag*, que estaba tumbado en su esquina.

—¿Dónde esconderías algo importante para ti?

El perro se levantó, meneó la cola y miró esperanzado hacia la puerta.

—No, nuestro paseo tendrá que esperar un poco aún —dijo

Emilie—. Mmmm, tú probablemente lo enterrarías — siguió reflexionando en silencio —. Pero eso es difícil en la tierra helada.

Miró a su alrededor. ¿Dónde no había buscado todavía? ¡En el suelo! Emilie se levantó, cogió un cucharón, se arrodilló y comenzó a golpear los tablones de madera. Al parecer *Lørdag* tenía la impresión de que se trataba de un juego divertido, ya que se arrastró junto a ella y trató de atrapar la cuchara varias veces. Emilie se rio entre dientes.

—Menos mal que no me ve nadie. Seguramente pensarían que estoy completamente loca.

Un punto bajo una de las dos camas sonó hueco. Emilie tiró del tablón nerviosa. Cedió. Debajo había un hueco. Metió la mano y sacó un papel doblado y un fajo de billetes.

—¡Mira esto! —exclamó y regresó a la mesa. Los billetes eran coronas noruegas. En el papel había dibujado un mapa aproximado de Kings Bay. Varias cruces en la costa sur, en cuya orilla estaba situada la cabaña, despertaron la

curiosidad de Emilie. ¿Qué señalarían? ¿La presencia de recursos naturales?

»Venga, *Lørdag* —dijo—. Vamos a echar un vistazo.

Armada con una pequeña azada, Emilie caminó en dirección a la marca más próxima. Se detuvo a media altura de una colina y comenzó a apartar los guijarros. No tuvo que buscar mucho para descubrir por qué el dibujante del mapa tenía tanto interés en ese punto. Bajo la gravilla apareció una capa oscura de dura roca sedimentaria. Emilie

picó un fragmento y lo observó. No había duda, lo que tenía en la mano era hulla. Metió un par de trozos en su mochila y emprendió el camino de vuelta.

—Tengo la impresión de que por aquí hay vetas abundantes —confió a *Lørdag* sus suposiciones—. Parece que alguien quiere asegurarse los derechos sobre ellas y ha encargado a nuestro inquietante visitante que vigile la zona. Seguro que el fajo de billetes es el pago por ello. O parte de él.

Lørdag le saltó encima y

después echó a correr delante de ella. Cuanto más recuperada tenía la pierna, más necesidad tenía de moverse. A Emilie le costaba seguirlo a través del terreno irregular. Las piedras sueltas cedían una y otra vez bajo sus pies y la hacían resbalar. Continuó lentamente con los ojos pegados al suelo y reflexionó acerca de su hallazgo. Estaba convencida de que el extraño regresaría. Era poco probable que renunciara a su dinero. ¿Habría ido a por refuerzos y se propondría ahuyentarla con violencia? Sin

duda daba por supuesto que era una competidora que también había echado el ojo a los yacimientos de carbón.

Emilie se detuvo. Debía marcharse de allí. ¡Lo antes posible! Pero ¿a dónde? Cross Bay no estaba lejos. Siempre que el hielo aguantara y no se viera obligada a rodear toda la ensenada de Kings Bay. Pero ¿se encontraría allí con Alberto de Mónaco y su gente o se habrían marchado ya? ¿Cómo podría averiguarlo? Su mirada recayó sobre la caseta de la radio que había construido

Antonio. «¡Eso es! —pensó Emilie—. Intentaré establecer contacto con el príncipe. ¡Cómo no se me ha ocurrido antes!»

Animada por la idea que había tenido, aceleró el paso y poco después llegó a su destino. Abrió la tapa que cerraba el cajón, colocado sobre varios postes, y comprobó con alegría que Antonio había atornillado en el interior una placa de esmalte con el alfabeto en morse. Dirigió la mirada hacia el aparato y gritó horrorizada. La bobina del electroimán

estaba destrozada, la antena estaba doblada y el rotor móvil, con cuya palanca se podían marcar puntos y rayas en una tira de papel que pasaba a través de un engranaje, estaba arrancado. El desconocido se había empleado a conciencia. Emilie no dudó un solo segundo de que aquello fuera obra suya. Se llevó la mano al cuello, le faltaba el aire. «¡No entres en pánico! —se advirtió—. No debes precipitarte.»

Su plan de abrirse paso hacia el norte hasta la vecina Cross Bay seguía pareciendo la mejor

solución. Aunque el príncipe Alberto ya se hubiera marchado con su yate, era muy probable que algún otro barco fondeara allí. Según su guía de viajes, la bahía de la Cruz, que era lo que significaba el nombre de aquel brazo de mar, se consideraba una de las ensenadas más bonitas de Spitsbergen, y era un destino habitual de los vapores turísticos. Como había fondeaderos excepcionales y la corriente del Golfo mantenía su desembocadura libre de hielo, el fiordo también solía utilizarse como refugio para barcos que

buscaban protección de las tormentas.

Emilie bajó a la playa y contempló los témpanos que ya cubrían el agua casi por completo. Puso un pie encima con cuidado. Crujió. No, la capa era demasiado fina. Era demasiado arriesgado cruzar el fiordo. Regresó pensativa a la cabaña. ¿Podía arriesgarse a quedarse un día más y ver si la bajada de temperaturas hacía el hielo transitable?

—¿Tú qué crees, *Lørdag*? —le preguntó al perro, que correteaba junto a ella—. Creo

que será lo más sensato. Además es importante que recuperemos fuerzas antes de la excursión y que durmamos bien. Quién sabe cuánto tiempo tardaremos y cuándo será la próxima vez que tengamos un techo sobre nuestras cabezas.

Para no dar al desconocido ningún motivo para perseguirla, Emilie decidió volver a colocar el dinero y el mapa bajó el tablón. Antes de hacerlo hizo una copia del dibujo. No estaría mal saber dónde estaban los yacimientos de carbón y poder decírselo a

Friedrich. Aunque posiblemente nunca tuviera oportunidad de aprovechar la información, le impresionaría que Max hubiera descubierto los filones.

Emilie cerró la contraventana y se tumbó en la cama. El cuerpo le pedía dormir, pero la mente le iba a toda velocidad, dominada por el miedo al desconocido, posiblemente violento, y la incertidumbre de cuándo regresaría y cómo haría para evitarlo. ¿Dónde estaría ahora? Esperaba que hubiera regresado a su cabaña y tardara

mucho tiempo en volver a comprobar si había moros en la costa en Kings Bay. Pero ¿dónde se alojaba? Dado que había venido del este, Emilie supuso que había atravesado la llanura que había tras las montañas. Por lo que sabía, allí detrás, tanto en el fiordo de Wood como en el fiordo de Wijde había varias cabañas de cazadores. Seguro que se tardaba dos o tres días en llegar allí.

Emilie se volvió y siguió cavilando. ¿Podía aferrarse a la esperanza de que el

desconocido se estuviera dirigiendo hacia allí? ¿O se estaba engañando a sí misma? Emilie se dio la vuelta una vez más y miró con envidia a *Lørdag*, que dormitaba en su lecho. En algún momento cayó en un sueño intranquilo, del que despertó agotada pocas horas después.

Se incorporó asustada, se levantó de la cama apresuradamente y comenzó a meter cosas en su mochila a la escasa luz que entraba por las rendijas de la contraventana. Para no perder tiempo,

renunció a ahuyentar la oscuridad. Las manos le temblaban y agarraban los objetos que tenía alrededor sin orden ni concierto.

Emilie se obligó a respirar profundamente. «Tranquila — se dijo—. ¡No pierdas la cabeza! Piensa en qué necesitas para el camino.» Solo podía llevarse lo más necesario, sobre todo comida. También dos conjuntos de muda y calcetines para cambiarse. Además, una navaja, cerillas, una lona encerada para protegerse de la humedad, vendajes, una cuerda,

un hacha pequeña, una cazuela y un abrelatas.

Muy a su pesar, dejó el botín que había recogido en la isla del Oso y los días anteriores en el fiordo en una caja vacía junto con la prensadora. A continuación inspeccionó sus cosas. Tendría que dejar atrás la mayoría de su ropa y los libros; lo único de lo que no quiso separarse fueron los cuadernos de dibujo.

Por un momento olvidó sus temores. Con una sonrisa pícaro dejó el regalo de Klothilde, *Buenos modales de Emma*

Kallmann, en la balda y se imaginó los rostros desconcertados de futuros visitantes de la cabaña tratando de comprender cómo demonios se le habría ocurrido a alguien llevarse al Ártico unas normas de comportamiento en sociedad y buenas maneras.

Al vestirse, recordó justo a tiempo vendarse el pecho y adoptar de nuevo una imagen masculina convincente; un proceso al que había renunciado los últimos días. Una vez abrigada, Emilie se echó finalmente la mochila al

hombro, cogió un bastón de esquí que había encontrado en el cobertizo y le dijo a *Lørdag*, que meneaba la cola esperanzado:

—¿Estás listo? Pues ya podemos salir de excursión.

Abrió la puerta.

—¡Oh, no!

Emilie miró con los ojos abiertos como platos el blanco impenetrable que rodeaba la cabaña. Mientras dormía el tiempo había cambiado. El aire ya no era tan helador, el viento había amainado y una densa niebla cubría el fiordo. Emilie

corrió hacia la orilla. Antes de alcanzarla, oyó el suave chapoteo de las olas. Se le encogió el estómago. El hielo había desaparecido, a excepción de un par de finos témpanos. Su esperanza de caminar sobre el agua helada para acortar considerablemente el camino a Cross Bay se había frustrado.

Emilie cerró la puerta y se dejó caer pesadamente sobre un taburete. No tenía sentido salir en ese momento. Se desorientaría enseguida y se perdería. La idea de vagar entre la niebla por un terreno

intransitable y quizá caer en las zarpas de un oso polar hambriento no era precisamente atractiva. Prefería atrincherarse en la cabaña y esperar a que la visibilidad volviera a mejorar. Y no era menos probable que el desconocido apareciera allí con aquel tiempo. Él también evitaría el riesgo. «O eso espero», pensó Emilie quitándose la mochila. La dejó lista junto a la puerta y solo se quitó la chaqueta forrada, los guantes y el gorro. Se dejó las botas puestas, porque quería estar preparada para huir en

cualquier momento.

Para no volverse loca con situaciones aterradoras, se obligó a seguir leyendo la novela inglesa. Se sentó en una silla mirando hacia la ventana e interrumpía la lectura cada par de páginas para comprobar si la niebla se aclaraba. Entremedias dejó salir al perro, se ocupó de que el fuego de la estufa no se apagara y cocinó un potaje de lentejas y pescado seco, que condimentó con cebolla seca.

La niebla no parecía tener intención alguna de disiparse. Seguía siendo como una pared

ante la ventana, e impedía a Emilie distinguir a qué altura estaba el sol. La sensación de estar fuera del tiempo y de tener que arreglárselas ella sola, que tan emocionante le había parecido al inicio de su aventura robinsoniana, tenía ahora un matiz amenazador. Cada vez le resultaba más difícil mantener la calma y no entrar en pánico.

Se levantó nerviosa de un salto y recorrió varias veces el diminuto espacio que quedaba libre entre las camas, la mesa y la estufa. Así debían de sentirse

los depredadores dignos de lástima que malvivían en las estrechas jaulas de los zoológicos y paseaban sin cesar de un lado a otro de puro aburrimiento. «¡Maldita niebla!», pensó. Si no se hubiera levantado y no hubiera hecho desaparecer el hielo... Emilie se quedó inmóvil. Pero si en realidad eran buenas noticias. No, ¡eran incluso estupendas! No tendría que caminar durante horas para llegar a Cross Bay. ¡Podía llegar hasta allí en el bote de remos! En cuanto aclarara un poco y

viera más allá de las puntas de sus zapatos. Emilie se sentó aliviada y retomó la novela.

Una vez más fue *Lørdag* quien la avisó. Se despertó bruscamente del sueño en el que había caído agotado después de correr y aguzó el oído. Emilie se puso tensa y apartó el libro. Se levantó, abrió la ventana y sacó la cabeza para oír mejor. Había silencio. Contuvo la respiración. El latido de su corazón le resonaba en los oídos.

¡Ahí! ¡Un crujido! ¿No eran eso piedras rodando? No había

duda, se oían pasos. ¿Sería el desconocido, que regresaba? ¿O sería un excursionista inofensivo? También podía tratarse de un oso polar. En ese caso lo mejor sería quedarse en la cabaña. Emilie vaciló. «Pero si se trata del extraño —pensó—, esta vez no se volverá con las manos vacías. Seguro que da por hecho que sigo aquí. No creo que venga con buenas intenciones. Y si me quedo aquí dentro, estaré atrapada.»

— ¡Vamos! —le dijo a *Lørdag*, se puso rápidamente la chaqueta, el gorro y los

guantes, cogió la mochila y salió de la cabaña. Se acercaban pasos desde la orilla. Emilie tragó saliva. No era buena idea coger ahora el bote y tratar de huir por el agua. Emilie oteó concentrada la niebla y se echó hacia atrás asustada. Una figura borrosa caminaba pesadamente hacia ella. Las rodillas comenzaron a temblarle. «¡Venga! ¡Tienes que salir de aquí!», se ordenó. Las piernas no le obedecían. Un destello seguido de un fuerte estallido le hicieron gritar de espanto. Una bala dio en la pared de la cabaña

a dos palmos de su cabeza.

Los pies de Emilie se pusieron en marcha como por sí mismos y la alejaron de allí. Otro disparo liberó un golpe de adrenalina en sus venas y la empujó hacia las montañas temiendo por su vida. Corrió colina arriba dando bandazos y tropezando, cayó, siguió arrastrándose a cuatro patas, se incorporó y finalmente alcanzó las estribaciones de un glaciar. Se detuvo brevemente y miró a su alrededor. La niebla apenas le permitía ver a dos metros de distancia. *Lørdag* se le pegaba a

las piernas.

—¿Nos sigue? —susurró y escuchó con atención. Oyó gravilla rodando. El ruido se acercaba. Emilie no esperó. Siguió avanzando a toda prisa a lo largo del borde del glaciar y no se detuvo hasta que unas rocas escarpadas se alzaron en la neblina lechosa. Se apretó en un hueco y trató de recuperar el aliento sollozando de miedo. *Lørdag* se colocó a sus pies jadeando. Cuando se le calmó la respiración, aguzó el oído concentrada en la dirección de la que había venido. Un arroyo

de deshielo borbotaba en la distancia. Un pájaro al que había asustado chilló brevemente. Después volvió el silencio. Ningún crujido delator, ninguna piedra que rodara, nada que indicara que el desconocido le pisaba los talones. ¿Habría dejado de seguirla? ¿O habría girado en la dirección equivocada?

Emilie no se atrevía a salir de su escondite. No tenía ni idea de dónde se encontraba exactamente. La idea de correr a los brazos del hombre que quería matarla si seguía

avanzando era demasiado horrible. ¿Quién era aquel monstruo que le había disparado sin titubear? Emilie no recordaba haber pasado tanto miedo jamás. Agarró el «dios de las gallinas». Sus labios pronunciaron como por sí solos una oración que su abuela paterna solía dirigir a menudo a «su» guardiana:

*Santa Bárbara, virgen
santa,
¡te confío mi cuerpo y
mi alma!
Tanto en la vida como*

*en la muerte,
¡ayúdame y dame
suerte!*

De niña pensaba que santa Bárbara era una pariente lejana, por la familiaridad y la viveza con la que su abuela hablaba de la patrona de los mineros, muy venerada en Bergisches Land. A Emilie le impresionaban la firmeza con la que Bárbara se había enfrentado a su padre cuando este había querido casarla con un pagano y su disposición a morir torturada

por su fe. Se acuclilló en el suelo y se abrazó las piernas. *Lørdag* se arrimó a ella. Su calor y su cercanía la consolaron un poco.

Emilie no habría sabido decir cuánto tiempo aguantó entre las rocas. Dio un par de cabezadas, pero inmediatamente se despertaba aterrorizada. No podía quedarse dormida. El riesgo de morir congelada o ser sorprendida por su perseguidor era demasiado grande. La pierna derecha se le entumeció y le hormigueaba. Se levantó con esfuerzo y se balanceó para

restablecer la circulación. Tenía frío. La ropa estaba húmeda. Si se quedaba sentada más tiempo se congelaría. ¡Debía continuar! Salió con cuidado de las rocas. Todo seguía envuelto en la niebla y el silencio. *Lørdag* estaba a su lado relajado.

—¿Tú qué crees? —preguntó en voz baja—. ¿Nos atrevemos?

Lørdag meneó la cola.

—A la cabaña no podemos volver, allí está el loco ese. Lo mejor será que subamos a la cresta de la montaña. Con un poco de suerte allí arriba estará despejado y podremos ver cuál

es la situación.

Sin embargo, por el momento, el mundo seguía consistiendo en una niebla irreal que amortiguaba los sonidos y despertaba en Emilie presentimientos inquietantes. Cuánto habría dado en ese momento por estar sentada en el confortable salón de sus padres, inclinada sobre un aburrido bordado y escuchando un sermón eterno de su hermano Friedrich acerca de un descubrimiento técnico o las novedades de su venerado emperador. Nunca habría

creído que algún día lo echaría de menos. ¿Volvería a vivirlo? Se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y agarró la piedra agujereada. «Ay, Fanny — pensó—. ¿Qué me aconsejarías que hiciera ahora?»

«¡No te rindas!» A Emilie casi le pareció oír la voz de su tía, que no habría permitido que tirara la toalla y perdiera la esperanza. Se secó una lágrima, siguió caminando pesadamente y evitó mirar la niebla. En lugar de eso fijó la mirada en el husky, que corría delante de ella imperturbable y de tanto en

tanto giraba la cabeza hacia ella como para animarla.

Después de lo que pareció una eternidad, comenzó a despejar. Emilie levantó la cabeza y se detuvo. La niebla se había aclarado ante ella y tras un delicado velo relucía en la lejanía una cumbre cubierta de nieve sobre una oscura pared de piedra. Volvió la cabeza. Tras ella se extendía el sombrío mar de niebla, cuyos bordes brillaban plateados. Sobre ella se arqueaba un cielo azul pálido. Respiró profundamente y disfrutó de aquella belleza,

que parecía sobrenatural. Así solía imaginar de niña el paraíso: un lugar lleno de luz, nubecillas esponjosas y un silencio majestuoso.

Prosiguió su camino lentamente. Al este se extendía una amplia meseta acolinada cubierta de musgo y líquen, atravesada por arroyos y charcas. Al fondo se elevaba una cadena de cumbres en la que nacían varios glaciares que desembocaban en la tundra. Emilie se mantuvo junto a la pendiente de la montaña, al otro lado de la cual se

encontraba la costa. De este modo no corría el riesgo de desorientarse. Avanzó bien hasta que llegó a un pequeño desfiladero, horadado en la roca por un riachuelo de deshielo y que la obligó a dar un rodeo hacia el interior. Finalmente encontró un punto en el que pudo cruzar el arroyo con un salto audaz. Se dejó caer agotada sobre una piedra y se quitó la mochila.

—Ven, *Lørdag*. Haremos un descanso.

El perro, que ya se había adelantado unos metros,

regresó y se colocó delante de ella meneando la cola.

—Seguro que tú también tienes hambre —dijo Emilie y rebuscó una lata de carne adobada y una bolsa de pan tostado. Cogió agua del arroyo con la cazuela.

»Ahora estaría bien tomar un té caliente —continuó—. Pero aquí arriba no hay madera. Además el agua tardaría una eternidad en hervir.

Lørdag inclinó la cabeza y le empujó con el hocico la mano que sostenía la lata.

—Sí, enseguida te doy tu

parte.

Después de comer, Emilie se levantó y miró a su alrededor. ¿El rodeo la habría llevado demasiado al norte? Para seguir la línea de la costa en dirección al fiordo de Is debía avanzar hacia el sur.

—No tendrás una brújula por ahí, ¿no? —preguntó Emilie.

Lørdag le saltó encima y le lamió la mejilla.

Emilie lo apartó entre risas. Su mirada recayó sobre un gran arbusto de silene musgo. En el libro de botánica de Max había leído que esa planta herbácea

podía vivir más de cien años y sus raíces podían penetrar hasta un metro en la roca. Como sus flores violeta pálido se formaban sobre todo en el lado sur del arbusto, se la consideraba una planta brújula que servía para orientar a caminantes experimentados.

Emilie prosiguió su camino aliviada y enseguida alcanzó la cresta de la montaña, a través de la cual siguió la línea de la costa hacia el sur. A mano derecha el terreno caía en picado al mar. Se protegió los ojos con la mano y al suroeste vio una isla alargada:

la Prins Karls Forland.

— ¡*Lørdag!* — exclamó con alegría—. ¡Por fin sé dónde estamos! ¡Ya no queda mucho! Casi hemos rodeado la península de Brøgger. Ahí abajo debería estar la English Bay.

Lørdag se quedó quieto y la miró.

— ¿Y por qué me alegro tanto de eso? — continuó Emilie—. Porque ahí es donde está la cabaña de Arne. ¡Ese será nuestro primer refugio!

Sintió un cosquilleo en el estómago. ¿Era el temor a que

Arne la echara de allí porque quería estar tranquilo y no quería saber nada de invitados indeseados? ¿O más bien el recuerdo de la mirada que le había dirigido en su despedida? Había expresado algo que Emilie no lograba identificar y que le provocaba una agitación desconocida. «No son más que imaginaciones tuyas — se reprendió—. Y lo mismo sucede con tu conjetura de que Arne pueda negarnos su ayuda. Puede que sea un tipo raro y gruñón. Pero no es cruel.»

La idea de entrar en calor en

una cabaña bien caldeada, beber café recién hecho y comer algo en condiciones le hizo olvidar todo lo demás. Emilie se dispuso a descender con energías renovadas. Su resistencia se enfrentó a una dura prueba. Desde el glaciar al final de la ensenada llegaba un viento helador que le atravesaba la ropa y la enfriaba. Pero lo peor eran las nubes de polvo que se levantaban del cauce de grava de los ríos de deshielo. Emilie avanzó a duras penas con los párpados semicerrados hasta llegar a la playa. La fuerte

brisa levantaba la espuma de las olas que el mar empujaba hacia la orilla, y la luz del sol la hacía brillar. Impresionada por el espectáculo de las fuerzas de la naturaleza, Emilie se detuvo y trató de imaginar los embates de las olas que recibiría aquella costa durante las tormentas de otoño. *Lørdag* echó a correr hacia la pequeña cabaña, situada en la orilla a unos cientos de metros de ellos. Emilie respiró hondo y lo siguió con el corazón acelerado.

46

Murnau, julio de 2013

—Ay, Heiko —dijo Hanna —. ¿Qué voy a hacer con esta niña?

Le sentaba bien desahogarse con su mejor amigo y oír su voz. Con el teléfono en la oreja, evitó a un ciclista que se acercaba hacia ella por el paseo.

Después de que Mia se hubiera marchado furiosa, Hanna había contenido el impulso de salir tras ella inmediatamente y pedirle cuentas. Estaba harta de estar una y otra vez a merced de los cambios de humor de Mia. Además, sabía por experiencia que después de un arrebató así su hija necesitaba un tiempo antes de estar dispuesta a hablar y a razonar. En lugar de eso, Hanna había ido al Seidlpark, situado cerca de la clínica, y había llamado a Heiko para ponerle al día de lo que había sucedido y pedirle consejo.

—Me temo que en este momento tú no puedes hacer mucho —respondió Heiko—. ¿Quieres que hable yo con ella?

—Gracias, Heiko —dijo Hanna—. Pero creo que Mia ya va siendo mayorcita para saber por sí misma cuándo ha ido demasiado lejos. Si sigue acusando a la gente tan injustamente, a la larga tendrá verdaderos problemas. Corre el riesgo de perder a mucha gente.

—Es cierto. Sobre todo porque no mucha gente es tan indulgente como tú.

—Bueno, al fin y al cabo soy

su madre —comentó Hanna—. ¿Habré hecho algo mal con ella? —añadió en voz baja—. Lukas es muy diferente y...

—¡No, claro que no! —la interrumpió Heiko—. Mia ya era así de pequeña. Recuerdo muy bien lo frustrada que te sentías cuando me hablabas de los ataques de cabezonería que sufría tan a menudo.

—Es verdad. En cierto modo tenía la esperanza de que se le pasara con la edad.

Heiko carraspeó.

—Bueno, ha mejorado mucho. Por lo menos ya no se

tira al suelo dando puñetazos.

Hanna se echó a reír. El humor seco de Heiko siempre conseguía animarla en los momentos tristes y hacía que las cosas no parecieran tan negras.

—Pero ahora en serio —dijo Heiko—. Estoy bastante seguro de que Mia es la que más sufre su irascibilidad. Probablemente ya se está arrepintiendo de haberte acusado de algo tan tonto y le gustaría darse una bofetada. —Antes de que Hanna pudiera decir nada, prosiguió—: Hablando de Lukas. ¿Cómo está? ¿Cómo se

ha tomado las malas noticias?

—Ese es el siguiente problema —respondió Hanna y se dejó caer sobre un banco con un suspiro silencioso. Estaba situado delante de una glorieta en cuyos bordes había ciervos de piedra a los que les había crecido un pelaje de musgo.

»Hace dos días que no consigo hablar con él. No ha respondido a mi último e-mail. Supongo que estará haciendo una excursión de varios días a la Pampa con un par de sus pequeños protegidos. En su último mensaje me dijo que lo

habían enviado a un campamento como acompañante.

—¿Así que todavía no sabe nada? —preguntó Heiko.

—Sí, yo creo que sí. Mia le avisó enseguida después de que la llamaran. Aunque... La verdad es que no sé si Lukas ha leído su mensaje. No consiguió localizarlo por Skype.

—Qué rabia —dijo Heiko—. Pero de todas formas ahora no podría hacer nada. Quizá sea mejor que se entere del accidente de su padre cuando sepáis cómo está Thorsten

realmente y qué pasará de aquí en adelante.

—Eso ya lo había pensado — dijo Hanna—. Me alegro de que estés de acuerdo.

Después de que prometiera a Heiko que lo avisaría en cuanto hubiera noticias y que lo llamaría cuando necesitara alguien que la escuchara para desahogarse, sin importar la hora que fuera, colgaron.

Hanna se levantó y siguió caminando. Heiko también le había preguntado por Kåre y se había alegrado mucho de que Hanna hubiera encontrado un

hombre que la hiciera feliz. No quería saber nada más. Ella esperaba que le preguntara cómo pensaba llevar una relación con un noruego que vivía a más de dos mil kilómetros en avión. O si podía y debía entregarse a un nuevo amor en vista del estado de Thorsten. Sacudió la cabeza con una sonrisa. No, esas no eran las preguntas que haría Heiko. Eran las que haría ella. A Heiko solo le importaba que escuchara a su fuero interno y se diera la oportunidad de llevar una buena vida. «Ojalá fuera tan

fácil», pensó Hanna. Se mareó solo de pensar cómo reaccionarían Mia y también Lukas al hecho de que hubiera otro hombre en la vida de su madre.

Los pensamientos de Hanna vagaron hacia el norte, hacia Kåre, que ese día volvería a Tromsø. ¡Lo echaba tanto de menos! Qué bonito sería pasear con él de la mano por aquel jardín veraniego. El contraste con el paisaje árido y arcaico de Spitsbergen no podría haber sido mayor. En aquel parque diseñado a principios del siglo

anterior por el arquitecto muniqués Emanuel von Seidl había grandes árboles que proporcionaban sombra. Hanna se detuvo ante una enorme haya y levantó la vista hacia la densa corona.

Había creído que Kåre le tomaba el pelo al decirle durante uno de sus paseos que en Svalbard también había árboles. Al mirar ella a su alrededor en busca de algo que se pareciera en lo más mínimo a un árbol, él se había echado a reír con picardía y había señalado una alfombra de hojas

verde oscuro que se extendía a sus pies.

—Reconozco que en lo que respecta al tamaño no puede competir con sus orgullosos parientes de regiones más meridionales —había dicho—. Pero de todas formas el sauce polar sigue siendo un árbol.

Hanna esbozó una sonrisa al recordarlo y siguió su camino. El parque había pasado mucho tiempo en un profundo letargo. Los céspedes y las orillas de los estanques habían crecido demasiado, y las esculturas, los monumentos y los edificios

habían sufrido los estragos del tiempo o se habían desmoronado. En los últimos años una asociación se esforzaba por recuperar el antiguo encanto arrancando malas hierbas, talando árboles enfermos y recortando setos. Además había planes para reconstruir la «Gloriettl», una casita de jardín, y copiar la planta de la villa en la que había vivido Seidl, que había sido derribada en los años setenta. Cuando Hanna llegó a la colina de la Amistad, uno de los lugares preferidos del

arquitecto, los trabajadores estaban renovando la escalera y cambiando las viejas losas de cemento reventadas por escalones de piedra natural.

Subió y contempló un instante la vista de las cordilleras que se alzaban al sur sobre la ondulada región prealpina tras un velo de neblina que centelleaba al sol. Sacó su móvil del bolsillo y estaba a punto de escribir un SMS a Kåre cuando un mensaje de él apareció en la pantalla.

Querida Hanna, estoy

pensando en ti en este momento (la verdad es que pienso en ti todo el rato J). ¿Cómo estás? Desearía poder estar a tu lado. ¡Mucha fuerza y esperanza! Te echo de menos. Un beso en tus maravillosos labios, tu
Kåre

Hanna se apretó el teléfono contra el pecho y cerró los ojos. Las sencillas palabras de Kåre la emocionaban más que cualquier carta de amor llena de cumplidos y piropos. Tenía la

impresión de que estaba tan presente, que casi le parecía estar percibiendo su aroma y su calidez.

—Te quiero —susurró, expresando por primera vez lo que su corazón sabía desde la primera vez que había visto a Kåre.

*English Bay - Svalbard, julio
de 1907*

La cabaña estaba vacía. Desde fuera el postigo de la ventana ya hacía suponer que así era. Emilie había llamado con cuidado a la puerta por si Arne estaba durmiendo. Después de no oír ningún ruido en el

interior y de que no se moviera nada, entró. No había rastro de Arne en el diminuto vestíbulo ni en la estancia trasera. La agitación con la que había anticipado su encuentro con él se había transformado en una decepción difusa. Tenía muchas ganas de ver una cara conocida después de los miedos y los obstáculos que había superado en las últimas horas. Si no tenía suerte, Arne podía haber emprendido una excursión larga para comprobar las trampas y cazar. Se quitó cansada la mochila, acercó un

taburete, serrado a partir de un único tocón , y se dejó caer pesadamente sobre él.

De pronto todas las fuerzas la abandonaron. El esfuerzo de la larga marcha le había hecho mella. Se apoyó exhausta en la pared junto a la puerta. *Lørdag* se acomodó a sus pies, reposó la cabeza sobre las patas delanteras y cerró los ojos. Emilie miró con anhelo la cama en la pared opuesta. Dudaba de que pudiera levantarse o dar un paso nunca más. Sentía las piernas entumecidas, se le había formado una gran ampolla en el

talón izquierdo y le ardían los ojos de la luz permanente y el polvo de la grava.

Dejó vagar la mirada por la cabaña. Era más pequeña que la de Kings Bay y parecía más vieja. El humo había oscurecido la madera, que formaba un atractivo contraste con las pieles de reno de color claro que había sobre la cama y sobre el catre que hacía las veces de banco tras la mesa y bajo la ventana. Sobre la cama había una cornamenta de reno de la que colgaban un gorro, una cartuchera de cuero, una bolsa de tabaco y otros

objetos. En la esquina opuesta al banco había un pequeño fogón, sobre el que varias sartenes, cazuelas y cazos colgaban de la pared con clavos. Sobre un estante estrecho había guardadas un par de tazas, cuencos y platos de hojalata, junto a la caja de puros sin tapa que contenía las cucharas y los tenedores. Había varios cuchillos de diferentes tamaños clavados en un bloque adornado con tallas de diversas cabezas de animales. Junto a la cama había una caja de fruta boca abajo sobre la que se

apilaban algunos libros.

Un chasquido estremeció a Emilie. Después de un momento de susto, se dio cuenta de que no había venido de fuera, sino de un leño de la estufa que había reventado al arder. ¡Por eso hacía un calor tan agradable en la casa! Su decepción por la ausencia de Arne había hecho que no se diera cuenta. Miró hacia el fogón. ¿Qué habría en la cazuela que estaba encima? Un murmullo doloroso en el estómago le recordó a Emilie que había pasado una eternidad

desde la última comida decente que había merecido dicho nombre. Se apoyó y se levantó a duras penas, se tambaleó hasta el fogón y levantó la tapa. Percibió un sabroso aroma. Sin pensarlo cogió un cucharón, llenó un plato y se lo zampó de pie.

Con cada bocado Emilie recuperaba la confianza en sí misma. Arne regresaría pronto. De lo contrario habría apagado cuidadosamente el fuego y no habría dejado una cazuela con comida cocinándose. Se llevó la segunda ración a la mesa y

disfrutó del potaje masticando lentamente. Los trozos de carne tenían un sabor intenso, y no sabía si le recordaban más al pato o al hígado de ternera. Eran magros y muy oscuros, casi negros. Mientras trataba de adivinar qué animal estaba degustando, una cajita que asomaba de debajo de la cama captó su atención. Al revivir su ánimo, también se le había vuelto a despertar la curiosidad.

«Contrólate —le reprendió el censor que llevaba dentro al agacharse hacia la caja—. No puedes husmear entre sus cosas.

Bah, cállate — espetó a la voz que la advertía—. Quiero saber de una vez qué es lo que pasa con este vikingo tan reservado.»

Emilie apartó el plato, se puso la caja delante y la abrió. Contenía varios artículos de periódico recortados, un par de cartas y documentos con sellos de aspecto oficial. Todo en noruego. Emilie maldijo. Con lo agitada que estaba por haber encontrado algo que le desvelara más información sobre Arne, no había pensado que no dominaba su idioma.

Los recortes de los diarios *Nybrot: organ for fisker- og arbeiderbefolkningen* i *Romsdals* y *Søndmørsposten* eran de los últimos tres años. Los primeros artículos se habían publicado en enero de 1904 y al parecer hablaban de un incendio devastador en una ciudad, ya que estaban ilustrados con fotografías de casas carbonizadas en ruinas y calles asoladas. Las noticias de los años siguientes parecían documentar los avances en la reconstrucción de la población. Gracias a los pies de foto Emilie

averiguó que se trataba de Ålesund. Arqueó las cejas con sorpresa. ¿Vendría Arne de esa ciudad de la costa occidental de Noruega que tan rápidamente se había reconstruido después de su destrucción gracias a la ayuda del emperador alemán, entre otros?

Contempló pensativa las fotos. Imaginó vívidamente a Arne luchando incansable contra el fuego que devoraba su casa hasta que por fin tuvo que rendirse y se encontró ante los escombros humeantes de su existencia. Lo vio precipitarse

con temeridad a un edificio en llamas para salvar personas (y se lo imaginó por un instante poniéndolas a salvo en sus fuertes brazos) o vagar por un infierno ardiente, gritando el nombre de sus seres queridos hasta enterarse de que habían caído víctimas del incendio y que los había perdido a todos... «No seas exagerada», se reprendió Emilie, y volvió a meter los recortes de periódico en la caja. Por lo que recordaba de las noticias sobre el incendio en Ålesund, que también había llegado a primera página en

Alemania, como por un milagro solo una anciana había perdido la vida.

Cogió las cartas, que estaban metidas en sus sobres y que, según los matasellos, también eran de los últimos tres años. Todas estaban dirigidas a Arne Koldvik y se habían enviado por correo a Tromsø. Emilie se dio cuenta de que hasta entonces no había sabido cuál era el apellido de su vikingo. El remitente también se apellidaba Koldvik. El nombre de pila estaba abreviado. ¿Qué significaría S.? La caligrafía era

delicada y, a juicio de Emilie, podía deducirse que quien escribía era una mujer. ¿Sería la madre, la hermana, la prometida o la esposa de Arne? Había múltiples posibilidades. Emilie habría dado cualquier cosa por descubrir el misterio. Su curiosidad se enfrentó brevemente a su conciencia, que se alzó con la victoria. Emilie volvió a meter los sobres en la caja, aunque se reconoció a sí misma que no habría resistido la tentación con tanta facilidad si se hubiera tratado de cartas en alemán.

Por último hojeó brevemente los documentos y se detuvo en un papel con una lista de cifras. Estaba encabezada con la palabra *gjeldbevis*. Un tal Peter Brandal figuraba como *kreditor*, y un par de líneas más abajo decía: «*skyldner*, Arne Koldvik».

Emilie se quedó sin respiración. Si no se equivocaba, se trataba de un pagaré. La cantidad prestada a Arne ascendía a ocho mil coronas noruegas, que equivalía aproximadamente a diez mil marcos. Una suma considerable.

En la fábrica de su padre un trabajador cualificado ganaba más o menos de mil doscientos a mil quinientos marcos al año.

¿Para qué necesitaba Arne tanto dinero? Aquí su imaginación tampoco tenía límites. Pero no era completamente descabellado pensar que había perdido su modo de vida en el incendio y que ahora debía buscar otros medios para saldar sus deudas. Así que había estado en lo cierto al suponer que Arne cazaba en Spitsbergen por necesidad económica. Echó un

vistazo a la fecha del pagaré. Se había expedido más de un año antes del incendio. ¿En qué habría invertido Arne el dinero? ¿Se habría construido una casa? ¿Para él y su flamante esposa S.? Emilie examinó los demás documentos para comprobar si entre ellos había alguno que pudiera ser un certificado de matrimonio.

El ruido de pasos que se acercaban interrumpió su búsqueda. Cerró apresuradamente la tapa de la caja, la empujó bajo la cama y se volvió a sentar a la mesa.

Lørdag, que había estado todo ese tiempo profundamente dormido, se animó y corrió hacia la puerta, que se abrió un instante después.

— *Hva i helvete!* — Arne observó atónito al perro—. ¿Qué demonios haces tú aquí?

Lørdag lo olisqueó brevemente, meneó la cola y corrió hacia Emilie. Arne lo siguió con la mirada. Sus ojos se abrieron como platos.

— ¿Tú?

Emilie se levantó. La alegría que sentía por la aparición de Arne se mezcló con

inseguridad. Trató de sondear su rostro. La barba dificultaba interpretar su gesto. ¿Le molestaba que perturbara su tranquilidad? ¿La echaría de allí? Puede que Arne fuera un solitario malhumorado a quien el destino hubiera castigado y amargado. Pero ¿alguien cruel? «¿Estás segura o solo quieres creerlo?», intervino la voz dudosa que llevaba en su interior.

Arne dejó en una esquina de la entrada el arma que llevaba al hombro, lanzó las pieles de varios zorros polares a un cesto

y entró en la estancia.

—Perdona que haya entrado aquí sin... —comenzó a decir Emilie.

Arne sacudió la cabeza como para volver en sí.

—¿No deberías estar en un vapor rumbo al sur?

—Sí, en realidad, sí. Pero el barco de suministro no ha aparecido y...

—¿Eso quiere decir que has pasado varios días completamente solo en Kings Bay?

No, no sonaba enfadado. Más bien preocupado. Emilie sintió

un cosquilleo en el estómago. «¡No le soy indiferente!», dijo con alegría una voz en su interior.

—Sí, estaba solo. Bueno, no del todo. Tenía a *Lørdag* conmigo.

—¿*Lørdag*? —repitió Arne.

Emilie señaló al perro.

—Ajá, ¿y de dónde ha salido este «sábado»? Es un animal muy extraño. Parece un lobo que no ha crecido lo suficiente.

—Es un husky siberiano. Cuando lo encontré estaba gravemente herido. No sé de dónde ha salido exactamente.

Posiblemente alguna expedición lo abandonó porque ya no podía seguir el ritmo.

—Y lo has cuidado hasta que se ha curado —añadió Arne. Se inclinó hacia el perro, que meneaba la cola contento—. Parece una criatura muy confiada. Desde luego no sirve de mucho como perro guardián —afirmó—. No ha dicho ni pío cuando he entrado en la cabaña.

—Sin embargo, es un buen perro de trineo, tiene un sentido de la orientación magnífico y es increíblemente

resistente — dijo Emilie.

Para su sorpresa, su tono era combativo. No dejaría que nadie hablara mal de *Lørdag*.

Arne contrajo las comisuras de los labios.

— Seguro.

Se deshizo de su chaqueta de piel, se pasó las manos por el pelo, que después apuntaba en todas direcciones, y se sentó a la mesa en un taburete. Miró fijamente a Emilie con sus ojos azul grisáceo y frunció el ceño.

— Por cierto, ¿qué ha sido todo ese jaleo? Si no me equivoco, he oído varios

disparos desde esa dirección — dijo haciendo un gesto hacia el norte—. En esta zona el eco llega muy lejos.

Emilie se sentó enfrente de él en el catre.

—No he sido yo, ¡en serio! Por desgracia no tengo arma.

—¿Por desgracia?

La preocupación que expresaba su mirada contrastaba con la severidad con la que hablaba. Emilie se mordió la lengua. No sabía si debía hablarle de la inquietante visita. ¿Pensaría que exageraba y que se preocupaba demasiado? O

que era una cobarde porque sencillamente había salido corriendo sin enfrentarse y luchar con el atacante como un hombre.

—Habría sido muy útil para conseguir carne fresca. Con el tiempo uno acaba cansándose de la salazón —respondió con un tono marcadamente casual para no descubrirse.

Arne señaló el plato de Emilie, en el que aún quedaba un poco del potaje.

—Bueno, entonces espero que la foca te haya gustado.

Emilie se quedó de piedra y

esperó que Arne no notara lo horrorizada que estaba. Intentó no pensar en aquellos graciosos animales cuyos rostros alegres daban la impresión de que estaban siempre de buen humor. Tragó saliva.

—Oh, sí, cocinas realmente bien. Ya me di cuenta en el *Isflak*.

Arne la escrutó con una mirada impenetrable, se levantó, se acercó al fogón y cogió un plato.

—Si que te has servido a gusto —constató al levantar la tapa y meter el cucharón en la

cazuela—. Asombroso.

La sensación inquietante que se había apoderado de Emilie durante los últimos minutos bajo su intensa mirada se acentuó. Se cruzó de brazos, se apoyó en la pared y estiró las piernas. «No seas descarada», le pareció oír decir a la voz severa de la abuela Hedwig. Emilie abrió un poco más las piernas. La mala conciencia por haberse servido de la comida de Arne sin preguntar se transformó en despecho. No le importaba que la considerara maleducada y desvergonzada.

—¿Quieres repetir? —
preguntó Arne.

Lo miró sorprendida. ¿Por qué era tan condenadamente difícil adivinar lo que pensaba este hombre? ¿Y por qué le resultaba tan importante?

—No, gracias, estoy lleno. Pero ¿tienes algo para *Lørdag*?

Arne dejó el plato en la mesa, salió al vestíbulo y regresó con un gran pedazo de carne que le tendió al perro. *Lørdag* lo pescó y se retiró a su rincón, donde se abalanzó sobre él con ansias.

—Muchas gracias —dijo

Emilie—. El pobre tampoco se había metido nada decente a la boca en mucho tiempo.

—Tú también has debido de oír los disparos —dijo Arne, y se sentó.

Emilie decidió hacer un esfuerzo. Los motivos para ocultarle lo que había sucedido en Kings Bay ahora le parecían infantiles. Se incorporó y lo miró a los ojos.

—Sí, los he oído —dijo—. Y no solo eso. También he visto a los tiradores.

—¿Eran varios? —preguntó él.

Emilie asintió.

— Cuando vi al primero pensé que se trataba de un trampero.

— Señaló la entrada con la cabeza—. Alguien que disparara a zorros polares, por ejemplo.

— A los zorros no se les dispara —gruñó Arne—. Los agujeros en la piel disminuyen su valor.

Emilie se dio una patada mental en la espinilla. Debía dejar de parlotear sin pensar y de ponerse en evidencia como una persona completamente ingenua.

—¿Y el otro? —siguió preguntando Arne.

—No he podido verlo bien porque había una niebla muy densa. Pero creo que ha llegado en bote. Se acercaba a la cabaña desde la orilla.

—¿Y a qué ha disparado? —preguntó Arne—. ¿Había niebla además? —Alzó las cejas—. Qué extraño.

—Bueno, ehh, me temo que quería matarme —dijo Emilie en voz baja.

—¿Qué? ¿Te ha disparado a ti?

—Sí, sin duda. No son

imaginaciones mías. Al fallar el primer disparo incluso me ha perseguido un rato. Supongo que la niebla me ha salvado la vida.

Arne la miró fijamente.

—Pero ¿por qué?

—Ni idea. No creo que fuera algo personal.

—Oh, qué tranquilizador — dijo Arne en tono sarcástico—. ¿Y qué crees que lo ha empujado a hacerlo?

—Sospecho que le ha molestado que hubiera alguien en la cabaña.

Emilie sintió una secreta

satisfacción al ver a Arne tan confundido. Disfrutaba relatando tan fríamente los momentos más terribles de su vida y percibiendo que lo desconcertaba. Por una vez se merecía vivir en sus propias carnes lo que se sentía al no saber qué pensar de alguien.

Arne se disponía a hacer un comentario, pero cambió de idea, comió otro par de cucharadas en silencio y después preguntó:

—¿Y puedo saber qué te propones ahora?

Emilie se encogió de hombros

y comentó sin darle importancia:

—Me dirijo al fiordo de Is y al *Isflak*. O a otro barco que pueda llevarme a Tromsø.

Arne la miró sorprendido.

—¿Quieres llegar al fiordo de Is tú solo? Justo cuando empezaba a pensar que eras un tipo listo. ¡Esa idea no es nada inteligente!

—¿Tienes alguna mejor? Tengo que llegar allí de algún modo —replicó Emilie.

—No caminarás hasta allí solo. ¡Es demasiado peligroso!

—Arne la miró con seriedad.

—Bueno, aquí no puedo quedarme —dijo Emilie.

—No, claro que no —respondió Arne—. Yo te llevaré —prosiguió, y levantó la mano cuando Emilie se disponía a protestar—. No, no, nada de rechistar. —Señaló el catre—. Y ahora acuéstate. Tienes pinta de estar a punto de caerte redondo en cualquier momento.

Emilie puso cara de disgusto.

—Primera regla en la naturaleza: conoce tus límites y respétalos. No hacerlo sería de una inconsciencia mortal —dijo Arne.

Emilie evitó su mirada y tragó saliva. Ahora probablemente volvía a considerarla un muchacho estúpido que actuaba sin pensar. Arne se levantó.

—Entretanto me ocuparé del bote. Tiene una pequeña fuga.

—¿Iremos en bote? — preguntó Emilie.

Sintió una oleada de alivio y se reconoció a sí misma lo poco que la atraía la perspectiva de caminar durante días.

—Sí, será mucho más rápido. Y cuanto antes regrese aquí y pueda continuar con mi trabajo, mejor.

«Aquí está otra vez el gruñón que conocía», pensó Emilie. El comentario sarcástico que tenía en la punta de la lengua se desvaneció. Se dejó caer sobre el lecho como si el cuerpo le pesara una tonelada y cerró los ojos. Se sintió completamente a salvo. Notó que le quitaban las botas y extendían una cálida manta sobre ella; entonces cayó en un profundo sueño.

Murnau, julio de 2013

Las horas de espera se alargaron y pusieron a prueba la paciencia de Hanna. Mia se había retirado de morros en algún rincón del complicado entramado del hospital. Hanna no la había visto desde su desplante. Al volver del

Seidlpark la había buscado en vano en la sala de espera de la unidad de cuidados intensivos, y después había ido a la cafetería, que también estaba situada en la tercera planta del edificio. Se había sentado en una mesa frente a uno de los grandes ventanales con un sándwich y un zumo de manzana y había devuelto la llamada a Manuela Kastner, que le había dejado un mensaje en el contestador.

La redactora jefe de la revista había elogiado el artículo tan ilustrativo sobre Spitsbergen y

las impresionantes fotos de Hanna, y le había prometido más encargos en un futuro próximo. Al explicarle Hanna su situación actual y darle largas por un tiempo indefinido, la señora Kastner había parecido sinceramente decepcionada y le había pedido que se pusiera en contacto con ella en cuanto estuviera preparada para trabajar. A Hanna le sentaba bien saber que después de tantos años de abstinencia profesional no había olvidado el oficio y que podría construir una nueva vida a partir de él.

Después de reponer fuerzas, Hanna regresó a la unidad de cuidados intensivos y se enteró de que acababan de llevar a Thorsten a la sala de operaciones. La enfermera no supo decirle cuánto duraría la intervención, pero suponía que serían varias horas. Hanna le dio las gracias y pensó a qué dedicaría ese tiempo. El teléfono le vibró en el bolsillo de la chaqueta. Salió rápidamente de la unidad de cuidados intensivos y cogió la llamada.

— ¡Hola, mamá!

—¿Lukas? —exclamó Hanna incrédula.

—Sí. Acabo de aterrizar y enseguida estaré con vosotras.

—¿Cómo? ¿Aterrizar? No entiendo... ¿Dónde estás?

—En Múnich. En el aeropuerto.

—Pero... no puede ser... quiero decir...

—Cuando recibí el mensaje de Mia me puse inmediatamente en camino —explicó Lukas.

—¿Sin avisar? ¡He intentado localizarte! ¿Por qué no me has llamado?

—Porque habrías intentado

disuadirme —respondió Lukas—. No quería discutir contigo. Sé que lo haces con la mejor intención. No quieres que me preocupe y tienes miedo de que no sepa lidiar con cambios dolorosos. Pero ya no soy un niño. Además, me resultaría insoportable estar a miles de kilómetros de vosotros precisamente ahora.

—Lo entiendo. Pero el vuelo debe de haberte costado una fortuna...

—No ha sido barato, desde luego —la interrumpió Lukas—. Pero he tenido suerte y he

podido conseguir un billete devuelto. Ha sido mucho más barato que un vuelo regular.

—¿Y tu trabajo? —insistió Hanna—. ¿Pueden prescindir de ti avisándoles con tan poca antelación?

—Tendrán que hacerlo. Además han sido muy comprensivos. Les habría sorprendido que no quisiera volver a casa en esta situación.

—¿Y qué pasará...? Quiero decir... ¿Volverás más adelante? —preguntó Hanna.

—¡Mamá, por favor! No le des tantas vueltas. ¡Lo tengo

todo controlado!

—Perdona —musitó Hanna.

Lukas tenía razón. Debía aprender lo antes posible que él era responsable de sí mismo, aunque de vez en cuando opinara que cometía errores. Así era la vida. Y, si lo pensaba detenidamente, comprendía muy bien sus argumentos. Se notaba que lo había pensado bien.

—No hace falta que te disculpes —dijo Lukas, y tras una brevísima pausa continuó con la voz entrecortada—: ¿Cómo está papá?

—Aún no lo sabemos realmente. Lo están operando. Pero está estable.

—Ajá, entiendo. Bueno, no, en realidad no. Todavía no he entendido qué significa exactamente eso de «estable». Es tan vago como cuando se dice «de acuerdo con las circunstancias».

—Sé muy bien a qué te refieres —dijo Hanna—. Pero una cosa es segura: la vida de tu padre no está en peligro. Y eso es lo más importante.

—Gracias, mamá. Bien dicho. —Sonaba aliviado—. En fin,

ahora cogeré un cercanías a la estación central y en dos horas debería estar allí. Porque Mia está contigo, ¿no?

—Sí, bueno, en este mo... — Hanna se detuvo y decidió no hablarle a Lukas de su pelea—. ¡Tenemos muchas ganas de verte! —añadió rápidamente—. Aún no puedo creer que estés en Alemania de nuevo.

Después de colgar, Hanna escribió un mensaje a Mia en el que le avisaba de la llegada de su hermano y le pedía que dejara de estar de morros. Su llamamiento a «estar todos

unidos» surtió efecto. Dos minutos después de que enviara el mensaje, Mia apareció en el gran vestíbulo de la tercera planta, donde Hanna la esperaba. Tenía los ojos rojos y un poco hinchados. Se detuvo delante de Hanna con gesto compungido. Heiko tenía toda la razón, pensó. «Mia es la que más se castiga por su comportamiento.»

—Olvídalo —dijo antes de que su hija pudiera abrir la boca.

Mia la miró sorprendida.

—¿No hay sermón?

—No, creo que ya te lo has echado tú misma.

—¡Ay, mamá! —exclamó Mia, echándose a sus brazos—. ¿Cómo es posible que me sigas queriendo?

—Mi pequeña boba —murmuró Hanna al oído a su hija—. ¿Cómo podría dejar de hacerlo?

Cinco horas más tarde, Hanna, Mia y Lukas estaban sentados en una mesita circular en la consulta de la doctora Ingrid Lange. Hanna observó a sus hijos. Apenas se parecían el

uno al otro. Mia tenía las extremidades largas, los rizos oscuros y los ojos castaños de su padre, mientras que su hermano había heredado de Hanna la estatura algo reducida y la tendencia a las pecas. Sin embargo, su cabello era más bien rubio rojizo y tenía los ojos verde oscuro.

Mia se tironeaba nerviosa de la oreja, Lukas se movía inquieto en su asiento y Hanna se aferraba a los reposabrazos de su silla cuando la médica, que acababa de dar instrucciones a una enfermera,

entró en la habitación y se sentó también.

—Este es mi hijo Lukas — tomó Hanna la palabra—. Aún no lo conoce, acaba de llegar.

Lukas se levantó a medias de la silla y estrechó la mano a la doctora Lange. Estaba moreno y más musculoso de lo que Hanna recordaba. Pero sobre todo más maduro, aunque Hanna no habría sabido decir por qué tenía esa impresión. ¿Sería el gesto decidido en torno a su boca y sus ojos, que miraban despiertos y atentos todo lo que los rodeaba? ¿O

serían imaginaciones tuyas? Al fin y al cabo solo llevaba unas pocas semanas en Bolivia. Por otro lado una experiencia completamente nueva y un entorno desconocido podían dar lugar a grandes cambios; no pudo evitar pensar en los días que había pasado en Spitsbergen.

Las palabras de la médica, que había comenzado a informarles de la operación, la sacaron de sus pensamientos.

—... mis colegas y yo hemos determinado que algunos cordones nerviosos en la zona

del pecho de la columna estaban gravemente dañados. Los hemos unido. Pero ahora habrá que esperar a ver si se regeneran.

Mia, Lukas y Hanna se miraron confusos.

—¿Así que nuestro padre podría quedar paralítico? — preguntó Mia, expresando el temor que todos sentían.

—El riesgo existe, no quiero engañarlos —respondió la doctora Lange—. Pero las posibilidades de que se recupere completamente son grandes. De todos modos será un proceso

lento.

—¿Qué quiere decir con «grandes» y «lento»? —quiso saber Lukas.

—Les ruego que no esperen de mí que les dé porcentajes, como tanto les gusta hacer en las películas —dijo la médica con gesto de disgusto—. No me gusta dar cifras. En cuanto su padre despierte podremos comenzar con más pruebas y determinar el alcance de la parálisis y la gravedad de los daños. Entonces podremos hablar de las medidas que será necesario tomar a partir de

ahora.

—¿Cuándo se espera que despierte? —preguntó Hanna.

—No puedo decirlo con exactitud. Como pronto a lo largo del día de mañana. Así que yo les propondría que se fueran a casa. Les avisaremos en cuanto puedan hablar con él —dijo la doctora Lange.

—¿No tendría más sentido que pasáramos la noche en Freising? —preguntó Mia en cuanto salieron de la sala—. Está mucho más cerca que Sulzbach. Y mañana podremos llegar antes.

—Mmmm, suena razonable, pero... —comenzó a decir Hanna.

Mia prosiguió con empeño.

—Lukas podría dormir conmigo. Y tú podrías reservar una habitación. Justo al lado de mi casa hay una pensión muy agradable en la que podrías alojarte a buen precio.

—En principio es una buena idea —dijo Lukas—. Pero la verdad es que a mí me vendría mejor que fuéramos a casa. Apenas he traído ropa.

Hanna asintió.

—Propongo que hoy

vayamos a casa. Todavía no sabemos si Thorsten se despertará mañana. Los próximos días buscaremos alojamiento por la zona para no tener que ir y venir. Porque si hay atasco en la autopista, también puede llevarnos mucho tiempo llegar a Freising.

Sentada con sus dos hijos en la terraza de su casa, Hanna tuvo la extraña sensación de estar viviéndolo todo a través de un cristal. No, no era del todo cierto. Tenía los sentidos aguzados y lo percibía todo

con mucha intensidad. Olía el aroma del heno recién segado, traído de los campos por una brisa templada, oía los trinos de las golondrinas, que surcaban el aire a la caza de mosquitos, y sentía el calor del sol, muy bajo ya, en la piel desnuda de los antebrazos. Al mismo tiempo percibía la escena como desde una perspectiva de espectadora, como una desconocida a la que se tomaba erróneamente por un miembro de la familia y que representaba su papel como por arte de magia sin llamar la atención. Todo le resultaba

muy familiar y al mismo tiempo tan lejano como si echara la vista atrás a un tiempo pasado.

Miró el sitio vacío de Thorsten delante de ella. Cuántas veces lo había esperado allí sentada con Mia y Lukas en verano con la cena preparada mientras él hacía horas extra. Sobre todo para su hija era importante que estuvieran los cuatro reunidos a la mesa antes de empezar a comer. Hanna aguzó el oído hacia la casa involuntariamente y casi esperó oír su voz exclamando el típico «Hola, familia. ¿Qué delicia

tenemos hoy para cenar?», antes de salir a la terraza deshaciéndose de la americana y soltándose la corbata por el camino. Al rodear la mesa, solía alborotarle el pelo a Lukas, abrazar a Mia y dar un beso fugaz en los labios a Hanna, para después sentarse y contar graciosas anécdotas de lo que le había pasado ese día en la empresa o visitando a algún cliente.

—¿Mamá? ¿Tú también quieres chutney?

La pregunta de Mia la devolvió a la realidad. Asintió y

cogió el frasco con la salsa picante y ácida de manzana y cebolla que había preparado en conserva un par de semanas atrás con una receta nueva. De camino a Sulzbach-Rosenberg habían parado en un puesto de carretera y habían comprado un pollo asado, que ahora estaban comiendo con ensalada. Todo ello acompañado con cerveza local Sperber.

—Ay, cómo echaba esto de menos —dijo Lukas después del primer trago, y se limpió la espuma de la boca—. En ningún lado se hace como aquí.

—Podrías rodar un anuncio de Sperber —comentó Mia con una sonrisa burlona—. Resultas muy convincente.

—Bueno, es que es verdad —respondió Lukas, y dio un mordisco a un muslo de pollo con visible apetito.

Mia miró fijamente a su hermano.

—Mamá, ¿no crees que Lukas se ha puesto muy guapo?

Lukas la miró con fingida indignación.

—¿Significa eso que antes no lo era?

—Guapo en plan niño, sí.

Pero ahora... Seguro que vuelves locas a las chicas.

Lukas puso los ojos en blanco y siguió comiendo en silencio.

—Venga, cuéntanos —insistió Mia—. ¿Tienes por ahí alguien especial?

Lukas la miró un momento en silencio, asintió y dijo:

—De hecho, son tres. Savina, Yolanda y Josefa.

—Nah, ¿en serio? —Mia lo miró escéptica.

—¿No me crees? —Lukas se encogió de hombros—. Mira, ¡compruébalo tú misma!

Con la mano que tenía libre

sacó su teléfono del bolsillo, tocó un par de veces la pantalla y se lo sostuvo a su hermana. Hanna se inclinó curiosa sobre la mesa para ver algo. Se echó a reír entre dientes. En la pantalla había tres niñas pequeñas sonrientes con algunos dientes caídos y gomas de colores en el pelo que como mucho tendrían ocho años.

—Qué tonto que eres — resopló Mia, dejándose caer en la silla.

Hanna se alegró de que tuvieran ese fugaz momento de despreocupación en el que

ambos pudieran olvidar el temor por su padre y la pregunta de qué pasaría con la familia. Como si le hubiera leído el pensamiento, Lukas se volvió hacia ella y preguntó:

—Para ti tiene que estar siendo especialmente difícil, ¿no?

Hanna lo miró y se dispuso a quitar hierro al asunto. Lukas se le adelantó.

—Si lo he entendido bien, papá te dejó tirada sin más y se largó con esa tal Biggi. Y lo siguiente que has sabido de él es que estaba en el hospital. Y

naturalmente se espera que cuides de él. Al fin y al cabo eres su mujer. Y esa tal Biggi se ha esfumado. —Lukas la miró a los ojos pensativo—. Si yo estuviera en tu lugar, todo esto me resultaría insufrible.

Hanna le devolvió la mirada. «Realmente se ha hecho adulto en este poco tiempo», pensó poniéndole la mano en el brazo.

—Gracias. Por supuesto que no es fácil. Mmh... pero si os soy sincera... creo que todavía no he reflexionado mucho acerca de cómo me siento.

—Me lo imaginaba —

comentó Lukas—. ¿Es cosa de madres o es simplemente que tú eres así?

—¿De qué habláis? — preguntó Mia, mirándolos alternativamente desconcertada.

—De que mamá reprime sus propios sentimientos en cuanto alguien cercano necesita apoyo emocional. —Lukas miró a su hermana—. ¿No te has dado cuenta?

Hanna vio que Mia se mordía el labio y se sonrojaba.

—De una cosa estoy segura — dijo Hanna rápidamente—. Estoy muy, muy contenta de

que estemos los tres juntos sentados aquí.

Lukas la miró fijamente y dijo en tono de burla cariñosa.

—¿Ves? Acabas de hacerlo otra vez.

*Costa occidental - Svalbard,
julio de 1907*

El aroma a café recién hecho despertó a Emilie. Se puso de espaldas, se frotó los ojos y estiró las extremidades. Un tirón en las pantorrillas le recordó la caminata, que le había provocado unas fuertes

agujetas. Algo húmedo se frotaba contra su mejilla. *Lørdag* estaba junto al catre y empujaba con el hocico. Emilie lo acarició y se incorporó. Delante de ella en la mesa había una taza humeante. La cogió, bebió un trago y esbozó una sonrisa. Exactamente como le gustaba. Se pasó la lengua por los labios satisfecha y se recostó sujetando la taza con ambas manos.

—Un poco de leche y una cucharada de azúcar, ¿verdad?

Arne estaba en la puerta con leña de deriva bajo el brazo. Sin

esperar una respuesta, se acercó a la estufa y echó un par de leños al fuego. A continuación cogió una sartén abollada que colgaba de la pared, echó una cucharada de manteca de un bote de loza, tostó en ella cereales triturados, los disolvió en agua y leche condensada y lo coció todo hasta formar una mezcla espesa. Emilie observó sus movimientos medidos, que evidentemente ejecutaba a menudo. Arne irradiaba tranquilidad y al mismo tiempo una energía con semejante presencia que Emilie creía

sentirla físicamente.

—¿Dulce o salado? — preguntó un rato después sin volverse.

—Dulce —respondió, y se quedó helada.

¿Sería esa una de esas cosas que delatarían su feminidad? ¿Debería haber pedido un plato salado? Emilie conocía a muchos hombres que eran extremadamente golosos. En especial su hermano Friedrich, que nunca se cansaba de echar pestes sobre el comportamiento afeminado de otras personas de su mismo sexo en general y de

su hermano Max en particular. En las comidas familiares acostumbraba a acabar con minuciosidad prusiana con los postres, las tartas y los pasteles que preparaba la cocinera de sus padres. También robaba regularmente los bombones a su esposa; un hecho que había salido a la luz después de que esta acusara erróneamente a su doncella del hurto y a continuación su suegra la advirtiera del gusto por lo dulce de su esposo, que desde niño había sido incapaz de resistirse a golosinas de todo tipo.

—Bien, yo también lo prefiero al despertar — respondió Arne, abriendo una bolsa de lino y esparciendo un puñado de pasas sobre las gachas. Después de aderezarlo con una pizca de sal y un poco de miel, llevó la sartén a la mesa y repartió la comida en dos platos.

—¿Dónde has aprendido a cocinar tan bien? —preguntó Emilie después de probar el primer bocado—. ¡Está exquisito! ¿Te enseñó tu madre?

—No, mi padre —respondió

Arne—. Con catorce años ya embarqué con él hacia el océano Glacial a pescar y cazar focas. Los viajes a menudo duraban semanas y había que aprender a alimentarse uno mismo.

Emilie asintió. Su respuesta la había sorprendido. Esperaba un silencio malhumorado. En lugar de eso por primera vez le había contado algo personal.

—Deberíamos marcharnos lo antes posible —dijo Arne antes de que Emilie pudiera hacer más preguntas—. El viento está cambiando.

—Ajá. ¿Y qué significa eso?

—Qué las temperaturas están bajando de nuevo. Quizás incluso nieve.

—¿Nevar en julio? — preguntó Emilie sorprendida.

Arne se encogió de hombros y siguió comiendo.

Media hora después izó una pequeña vela y condujo el estrecho bote que había reparado mientras Emilie dormía fuera de la ensenada, hacia el estrecho de Forland. Emilie estaba acucillada junto a *Lørdag* en la proa y entrecerraba los ojos, que le

lagrimeaban por la brisa cortante. Esperaba que Arne se negara a llevar a bordo al perro, y estaba preparada para una discusión acalorada. Pero cuando *Lørdag* había saltado al bote en la orilla antes que ellos, Arne había comentado de pasada:

—No te preocupes, en el bote hay sitio para todos. Iremos algo estrechos, pero iremos bien.

Su sorpresa debía de haber sido evidente, porque la había mirado de reojo y había dicho:

—¿Me crees capaz de ser tan

cruel como para exigirte que abandones a tu amigo?

Emilie se había sentido descubierta y al mismo tiempo conmovida. Apenas había podido creer que le resultara evidente considerar a un perro un amigo. La había hecho muy feliz. Sin embargo, le resultaba algo inquietante su habilidad para interpretarla como un libro abierto. Para no seguir dando vueltas al asunto, se volvió hacia Arne y preguntó:

—¿Tu padre sigue saliendo a la mar?

Arne negó con la cabeza.

—Se ahogó. Igual que mi hermano.

—Oh, qué horror —se le escapó a Emilie.

Maldita sea, solo quería iniciar una conversación inocente y directamente había tratado un tema que debía de ser muy doloroso para él.

—Les pasa a muchos. En el lugar de donde vengo apenas hay familias en las que nadie haya sucumbido al mar —dijo Arne.

—Entiendo. Por eso cazas en tierra como tramp...

Emilie se interrumpió. Sintió

que la cara se le ponía como un tomate. ¡No podía ser verdad! Ahora parecía que lo consideraba un cobarde. Qué mosca le había picado. Iba de una metedura de pata a la siguiente.

—Ehhh, no quería decir... No quería implicar que tú... Naturalmente no creo que tú... eh, bueno... Quería decir que... Una vida así en el desierto helado es tanto o más peligrosa que... —balbuceó, volviéndose rápidamente hacia delante. La voz le falló de pura vergüenza y rabia hacia sí misma.

Un sonido que no había oído nunca antes resonó a su espalda. Arne se estaba riendo. Era una risa sincera, de corazón. Sin burla o resquemor. Emilie lo miró insegura. *Lørdag* levantó la cabeza y comenzó a llorar. Eso contribuyó al divertimento de Arne. Emilie sintió un borboteo que desembocó en un ataque de risa liberador.

Arne se llevó la mano al costado y jadeó:

—Eres la criatura más extraña que he conocido jamás.

Emilie rio y replicó:

—Pues vaya dos patas para un

banco.

Arne señaló a *Lørdag*.

—Y para colmo este perro chiflado. Parece que nos considera su manada. ¿No son los lobos los que aúllan para fortalecer la unión del grupo?

Una ráfaga de viento atrapó la vela y no le arrebató la caña del timón a Arne por un pelo. Este la agarró con ambas manos y se apoyó contra el viento para mantener el curso. Cuando volvió a avanzar con regularidad, Emilie carraspeó y dijo:

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿Serviría de algo que intentara impedírtelo?

Emilie sonrió y levantó ligeramente los hombros.

—Pregunta tranquilo. Al fin y al cabo es cosa mía si te respondo o no —dijo Arne.

El brillo cálido de sus ojos desmintió el tono gruñón de su voz.

—¿Cómo es invernar aquí, completamente solo en una oscuridad y un frío helador que duran meses? —empezó diciendo Emilie, y después añadió—. Supongo que no es el primer invierno que pasas en

Spitsbergen, ¿no?

—No, este será el tercero —
respondió Arne.

La miró pensativo.

—Mmmh, ¿cómo es una
noche polar? Es difícil
describirlo. Probablemente es
diferente para cada uno.

Se detuvo. Emilie ya creía que
quería despachar la pregunta
con aquella generalidad vacía
cuando continuó hablando:

—Creo que es comparable a
una estancia larga en el desierto.
No me refiero a los peligros, el
entorno hostil y las condiciones
extremas. Sino al estar atrapado

con uno mismo, enfrentarse sin paliativos al yo, a los demonios propios. Pero también a la oportunidad única de descubrir en uno mismo habilidades y características insospechadas. Y a tener claro lo que es realmente importante para uno.

—Supongo que más de uno sucumbirá y se volverá loco — dijo Emilie.

Arne asintió con una sonrisa de aprobación.

—Sí, eso sucede. Y no son necesariamente los supuestos débiles o los de apariencia insegura los que pierden la

cabeza.

— Oh, desde luego, eso me lo creo. Piensa en nuestro riguroso alférez Poske. No duraría ni tres semanas. — Emilie sonrió con malicia—. No tendría a nadie a quien impartir órdenes en kilómetros a la redonda. Nadie a quien imponer sus ademanes militares ni a quien poner de los nervios.

— La desesperación posiblemente lo llevara a hacer maniobras con las focas y a poner a las gaviotas a volar en formación — dijo Arne.

— Y por las mañanas y por las

noches todas tendrían que acudir a pasar revista — prolongó Emilie la fantasía.

Se miraron y se echaron a reír de nuevo.

Arne se detuvo en seco, se protegió los ojos con la mano y oteó la costa. Emilie siguió su mirada. A lo largo de la amplia playa había repartidos una docena de hombres trajinando con grandes montones informes.

—¿Ese moreno pequeño de ahí delante no es el italiano? — preguntó Arne, señalando a un hombre algo apartado de los

demás, sentado en un tronco de árbol en una lengua de tierra que se adentraba en el brazo de mar.

— ¡Cierto, ese es Antonio! — exclamó Emilie—. ¿Qué está haciendo aquí? ¿Y dónde están William, Beat Späni y los demás? No los veo entre los demás hombres. ¿Quién es esa gente?

— Cazadores de morsas. Posiblemente de Noruega. O al menos eso creo, porque el pasado verano ya hubo marinos noruegos por aquí — respondió Arne.

Emilie entrecerró los ojos. Efectivamente lo que habían tirado en la orilla eran cuerpos inertes de animales.

—Lo mejor será que les preguntemos dónde están el alférez y los demás —propuso Arne—. Si a Poske aún le queda un mínimo de sensatez, dará por finalizada la expedición aquí y continuará hasta el fiordo de Is en bote. Entonces podrías unirte a ellos.

Emilie asintió y apartó el rostro rápidamente. Le dolió que Arne quisiera librarse de ella de forma tan evidente.

«¿Qué esperabas? —intervino su voz crítica—. Claro que quiere volver lo antes posible a su cabaña, antes de que empiece a nevar o la banquisa cierre la entrada a su ensenada. ¿Por qué querría pasar más tiempo del necesario con un mocoso al que como máximo consideraba gracioso? No te aferres a fantasías románticas que jamás se harán realidad. ¡Piensa en la señorita Bühring!», se advirtió.

El recuerdo de la jovencita que había emprendido un viaje al norte con sus padres en un crucero y se había prendado de

su compañero de mesa, el presunto estudiante Max, la desilusionó. La idea de que lo mejor para su admiradora era que sus caminos se separaran ahora la afectaba a ella misma. Era bueno que la despedida definitiva de Arne fuera inminente y que no tuviera más ocasiones de quedar en ridículo.

Cuanto más se acercaban a la orilla, más penetrante se hacía un hedor acre que dejó a Emilie sin aliento. Era una mezcla del olor dulzón a sangre, putrefacción, aceite rancio y grasa quemada. Luchó contra

las náuseas, se tapó la nariz y trató de respirar lo más superficialmente posible.

—¿Qué demonios es eso? — preguntó entre jadeos.

—Aquí se cuece aceite de ballena —respondió Arne—. Ahí atrás hay dos hornos.

Emilie dejó vagar la mirada por la bahía y descubrió dos fogones circulares de piedra sobre los que colgaban calderos inmensos. Estos despedían densas nubes de humo que extendían el hedor infernal.

—¿Cómo lo soportan los trabajadores?

—Por muy increíble que parezca, se acostumbran — respondió Arne—. Al menos la mayoría de ellos. —Torció el gesto—. Sin embargo, no creo que yo pudiera.

—Yo tampoco —dijo Emilie—. Y es posible que estemos teniendo suerte porque el viento sopla con fuerza. No quiero ni imaginarme cómo debe de oler aquí un día de calma chicha.

Arne dejó que el bote se deslizara por la gravilla, se bajó de un salto y lo adentró en la orilla después de que Emilie y

Lørdag lo siguieran. Se acercó a tres hombres que despellejaban una morsa a pocos pasos de distancia, recortaban la capa de grasa que había debajo y lanzaban los pedazos a grandes cubas. Estaban manchados de sangre y grasa de los pies a la cabeza, y evocaron en Emilie las imágenes de monstruos del infierno que había visto en pinturas medievales. De niña había sentido escalofríos al observar a los espantosos ayudantes del diablo, que el día del Juicio Final arrastraban a los pecadores al purgatorio. Los

utensilios con forma de pala con los que los trabajadores arremetían contra las morsas también habrían podido servir como instrumento de tortura en manos de los siervos satánicos.

Emilie se apresuró a distanciarse de la zona de la matanza y se dirigió hacia Antonio, que estaba sentado en un tronco de árbol en dirección al estrecho de Forland inclinado sobre un libro. Había escogido bien el lugar. La humareda de los hornos y el olor a putrefacción eran menos intensos gracias al viento, que

soplaba allí con más fuerza. Cuando Emilie estuvo justo a su lado, el italiano levantó por fin la cabeza y gritó sorprendido. Su rostro esbozó un gesto radiante. Dejó el libro a un lado, se levantó y estrechó enérgicamente la mano de Emilie. Al mismo tiempo exclamaba una y otra vez:

— *Che sorpresa! Sono contento di vederti!*

Emilie le sonrió. Le hizo ilusión que se alegrara sinceramente de verla. Tanto más lamentable era no tener la posibilidad de conversar con él

y averiguar qué les había pasado a él y a los demás en los últimos días.

— ¿William? ¿Alférez Poske? ¿Beat Späni? — preguntó buscando con la mirada a su alrededor.

— *No, gli altri non sono qui.*

Antonio sacudió enérgicamente la cabeza y señaló las montañas que rodeaban la ensenada. Emilie asintió. Por el momento tendría que darse por satisfecha con la información de que al parecer los demás miembros de la expedición estaban de camino

por el interior. A su pesar, era una incógnita qué se proponían allí, cuándo regresarían y por qué Antonio no había ido con ellos. Este volvió a sentarse y se enfrascó en la lectura.

Emilie se sentó en una roca, observó a *Lørdag* perseguir a las gaviotas que se peleaban por los restos de la matanza, y miró de reojo una y otra vez en dirección a Arne, que conversaba acaloradamente con los trabajadores. Un rato después se acercó a ella.

—Me temo que he sobrestimado la inteligencia del

alférez — gruñó.

— Antonio ya me ha dado a entender que está con los demás en las montañas — dijo Emilie.

— Exacto. Y eso a pesar de que los cazadores le han dicho que corren peligro de verse sorprendidos por una tormenta de nieve. Solo podemos esperar que el grupo regrese en las próximas horas.

— ¿Cuándo se han marchado? ¿Y qué los había traído hasta aquí? Yo suponía que recorrerían todo el camino hasta el fiordo de Is a través de la meseta o siguiendo las crestas

de las montañas.

—Si esos hombres lo han entendido bien, fue Antonio quien insistió. Enseguida se dio cuenta de que allí arriba sería difícil instalar estaciones de radio permanentes que pudieran utilizarse todo el año. Por eso querían comprobar si esta ensenada, que está relativamente bien protegida, podía servir como ubicación.

—¿Y entonces por qué no están aquí los demás?

—Porque ese soldado testarudo considera que es su obligación continuar con lo

que él llama su misión, cueste lo que cueste.

—Seguramente siente que sería un fracaso no seguir a pies juntillas el plan original — comentó Emilie—. Sin importar lo descabellado que sea.

—Yo no habría sabido expresarlo mejor —dijo Arne.

—¿Y qué hacemos ahora? — preguntó Emilie—. Quiero decir, ¿cómo llego yo al fiordo de Is?

—Los cazadores esperan mañana a más tardar el barco pesquero, que les traerá más presas. Podrás ir en él. Con

Antonio. Y con los demás si han regresado de su excursión para entonces —respondió.

Emilie asintió y miró a los trabajadores. Por primera vez desde que había salido de Alemania tuvo una sensación desagradable al pensar en estar sola entre tantos hombres. ¿Y si aquellos tipos rudos descubrían que era una mujer? ¿Y si los temores de Max eran justificados? «Ya basta —se ordenó—. Solo porque estos cazadores tengan un aspecto tan repugnante no quiere decir que sean bárbaros indecentes. ¿Y

por qué iban a descubrir precisamente tu disfraz? ¿Y si lo que les apetece es un muchacho joven?»», susurró la voz dudosa que llevaba en su interior. Emilie recordó las insinuaciones murmuradas tras los abanicos acerca de sucesos repugnantes entre soldados, prisioneros, marinos y otros grupos de hombres que pasaban largas temporadas sin compañía femenina.

Se levantó.

— Muchas gracias por traerme hasta aquí. — Le tendió la mano derecha—. ¡Buena caza! Es lo

que se dice en nuestro país para desear suerte y un botín abundante a un cazador.

— Gracias — respondió Arne —. Pero ya tendremos tiempo para las despedidas.

Emilie arqueó las cejas con gesto interrogante.

— ¿No querías regresar lo antes posible?

Arne se encogió de hombros.

— He cambiado de idea. No puedo dejarte aquí... quiero decir que prefiero asegurarme de que esta vez te recogen y por fin puedes poner rumbo a casa. Me imagino que tus padres

empezarán a estar preocupados después de tanto tiempo sin saber de ti —dijo y se alejó caminando pesadamente.

Emilie frunció el ceño. ¿Habría percibido su miedo? ¿Por qué de pronto se sentía responsable de ella? ¿La consideraba un muchachito indefenso? Lo siguió con la mirada debatiéndose entre la alegría porque Arne cuidara de ella y la sospecha de que no la tomaba en serio.

Murnau, julio de 2013

Hacia las diez de la noche Hanna estaba repantigada en uno de los dos sofás del salón, donde había decidido dormir. La cama conyugal que compartían Thorsten y ella seguía siendo territorio minado. No se sentía cómoda pasando la

noche en ella. Lukas y Mia se habían retirado a sus habitaciones. Fuera, la luz era crepuscular. Hacía media hora larga que el sol se había puesto, el jardín y la terraza delante de la ventana estaban en penumbra. La única fuente de luz de la habitación era la pantalla del portátil de Hanna, que se había colocado sobre los muslos.

—Tienes aspecto de estar agotada —dijo Kåre después de haberse saludado ambos por Skype.

Hanna sonrió y movió el

aparato para poder mirarlo más o menos a los ojos.

—Sí, ha sido un día largo — respondió con una sonrisa—. Oye, ¿eso es el Prestvannet? — preguntó, inclinándose para ver con más detalle el fondo sobre el que flotaba la cabeza de Kåre.

La cabeza desapareció y descubrió la vista del lago liso junto al que habían paseado Hanna y Kåre su primera noche en Tromsø. Un par de nubecillas de color burdeos se reflejaban en el agua oscura, y los mosquitos bailaban a la luz del sol bajo, que hacia

medianoche se pondría durante dos horas. En cambio, en Spitsbergen, seguiría sin desaparecer tras el horizonte. Allí no habría oscuridad hasta mediados de agosto.

—Efectivamente. Estoy sentado en nuestra pasarela de madera —dijo Kåre y apareció de nuevo en pantalla—. Así tengo la sensación de estar un poco más cerca de ti.

—Ay, cuánto daría por estar sentada junto a ti ahora mismo —suspiró Hanna.

—Lo sé. Si pudiera hacer magia... —Kåre levantó los

hombros con una sonrisa de lamento.

Hanna tragó saliva. La añoranza se apoderó de ella con tanta fuerza que le cerró un nudo en la garganta. Otra palabra cariñosa y se echaría a llorar.

—Oye, tengo noticias del muerto que encontramos en el hielo —dijo Kåre en tono marcadamente animado—. Esta tarde he hablado por teléfono con el departamento de patología.

—¿Y qué te han dicho? —preguntó Hanna, contenta por

haber cambiado de tema—. ¿Ya saben desde cuándo está ahí?

—Todavía no lo saben con exactitud. Pero están seguros de que son al menos cien años.

—Es increíble que haya pasado tanto tiempo sin que lo hayan descubierto.

—Es que el glaciar bajo el que estaba sepultado se ha retirado tanto en los últimos años que su grieta ha quedado al descubierto —dijo Kåre.

—Lo sé. Pero seguro que en su día lo buscaron cuando desapareció.

—Bueno, puede que no.

Sobre todo si es cierta tu teoría del crimen —comentó Kåre—. En ese caso sería el escondite perfecto para hacer desaparecer un cadáver. —Sonrió con picardía—. En cualquier caso es una momia muy misteriosa. Resulta que llevaba un montón de dinero consigo.

—¿Dinero? ¿Qué querría hacer con él? No creo que hace cien años se pudiera comprar nada en el fiordo de Kongs.

—No, la gente no iba allí precisamente de compras —dijo Kåre escueto.

La idea hizo reír a Hanna.

—¿Se sabe ya de dónde era el hombre? ¿Era noruego? — preguntó.

Kåre negó con la cabeza.

—Me temo que tendremos que tener un poco de paciencia hasta que los patólogos terminen de examinarlo y desvelen más detalles. Hablando de examinar. ¿Sabes algo más del hospital?

Hanna negó con la cabeza.

—Para eso también tendremos que esperar. —Carraspeó—. Pero no hablemos del tema. No es el momento.

—Yo creo que sí —la

contradijo Kåre—. Thorsten forma parte de tu vida. Aunque solo sea por los hijos que tenéis en común. Sería una estupidez obviarlo y hacer como si esa parte de ti no existiera.

—Pero ¿no te molesta? Quiero decir...

—No —dijo sencillamente Kåre—. Sé lo que siento por ti. Eso no cambiará aunque quizá tengas que tomar decisiones que sean dolorosas tanto para mí como para nosotros dos.

Hanna parpadeó para secar una lágrima.

—No sé qué decir...

—No digas nada. Confía en tu corazón y todo saldrá bien.

El pronóstico de la doctora Lange resultó ser exacto. Al mediodía del día siguiente recibieron una llamada desde Murnau diciendo que Thorsten estaba consciente y se podía hablar con él. Hanna, Mia y Lukas salieron de inmediato y tres horas escasas después llegaron al hospital. Thorsten estaba en una sala de reanimación y les sonreía con gesto apagado. A primera vista tenía un aspecto saludable

gracias a su piel morena y el pelo aclarado por el sol. Los tubos que lo conectaban a un catéter y un goteo desmentían esta impresión. Las profundas ojeras y la debilidad que irradiaba su cuerpo inmóvil revelaban lo fatigado que estaba.

— ¡Papá! — exclamó Mia, corrió hacia él, se arrodilló junto a la cama y sollozó—: ¡Tenía tanto miedo de lo que pudiera pasarte!

Hanna vio por el rabillo del ojo que Lukas estaba tenso. Desde siempre le había

resultado incómoda la actitud teatral de su hermana, que a su vez solía reprocharle frialdad cuando a sus ojos reaccionaba con demasiada contención a acontecimientos emocionantes.

—Habéis venido todos —susurró Thorsten, mirando incrédulo a Lukas.

—Claro —dijo este acercándose a la cama. Mia se levantó y se dejó caer sobre una silla.

Thorsten buscó la mirada de Hanna y se dispuso a hacer un comentario. Para alivio de ella en ese momento entró la

médica. Sostenía una carpeta con sujetapapeles en el brazo.

—Ah, señora Keller, ya está aquí —dijo, y le estrechó la mano a Hanna—. Es muy oportuno, porque quería explicarle brevemente a su marido lo que le espera en los próximos días.

—¿Cómo estoy? —preguntó Thorsten.

La doctora Lange sonrió.

—Mejor de lo que esperábamos. Me alegra informarle de que ha salido relativamente bien librado del accidente. Tiene la médula

dañada, pero podemos descartar una paraplejia completa.

Mia se incorporó.

—¿A qué se refiere? A mí eso no me suena tranquilizador.

—Su padre está parcialmente paralizado. Eso significa que pueden producirse diversos problemas en las funciones motoras y sensitivas por debajo de la lesión, es decir, dificultades para caminar, debilidad en las extremidades o hemiplejia —respondió la médica.

Mia se levantó de un salto y puso cara de asustada.

—Pero eso es horrible. ¿Cómo puede decir que ha salido bien librado?

—Mia, por favor, contrólate —dijo Hanna. Se acercó a ella y la rodeó con el brazo.

La doctora Lange sonrió a Hanna con una sonrisa imperceptible y prosiguió dirigiéndose a Thorsten:

—La operación ha reducido la presión sobre la médula. Ahora comienza la fase de estabilización. Durante los próximos días recibirá un preparado de cortisona en dosis altas que reducirá la inflamación

y un medicamento que disminuirá el riesgo de una trombosis, es decir, la formación de coágulos. Además, iniciaremos un programa temprano de movimientos cuidadosos para prevenir el entumecimiento de las extremidades y articulaciones paralizadas. Más adelante vendrá la verdadera rehabilitación.

—¿Cuándo podré volver a caminar? —preguntó Thorsten. Sonaba impaciente.

Hanna puso los ojos en blanco mentalmente. «¿Creerá

que está en un taller en el que las piezas estropeadas se reparan o se sustituyen por una nueva, como en los coches?»

La médica no se puso nerviosa.

—El primer objetivo de su programa de movimientos será fortalecer su cuerpo para que sea lo más independiente posible y pueda llevar a cabo actividades como ir en silla de ruedas, cambiar de asiento o ir a la cama sin ayuda. Como ya he dicho, comenzaremos con la fisioterapia lo antes posible. Y cuando la fase de estabilización

haya finalizado...

Thorsten abrió la boca. La doctora Lange levantó las manos.

—No trate de sonsacarme una fecha, por favor. En este punto es imposible saber cuánto durará esta fase.

Thorsten asintió y renunció a hacer cualquier comentario.

—¿Qué sucederá durante la rehabilitación? —preguntó Lukas, adelantándose a Hanna.

La médica se volvió hacia él.

—El objetivo a largo plazo es restablecer por completo el funcionamiento del aparato

motriz. Nuestro hospital ofrece un amplio abanico de tratamientos, desde fisioterapia y ergoterapia hasta baños medicinales y masajes, pasando por entrenamiento deportivo en la cinta de correr, en las barras paralelas o con el andador. —Se dirigió de nuevo a Thorsten—. Pero por ahora tiene que descansar. Mañana hablaremos de los siguientes pasos.

Hizo un gesto a todos los presentes y salió. Se detuvo en la puerta y dijo:

—Sé que están pasando por

un momento difícil. Pero no están solos. Si tienen preguntas, pueden dirigirse a nosotros en cualquier momento. También contamos con un buen servicio de psicología.

Después de que saliera de la habitación, Mia dijo alterada:

—Papá no necesita ningún loquero.

—No, cariño —dijo Thorsten sonriéndole—. Mientras estéis a mi lado, tengo toda la energía necesaria para superarlo.

Volvió a buscar la mirada de Hanna. Ella miró hacia el suelo. Lukas acercó una segunda silla

a la cama.

—Dime, papá, ¿qué pasa con esa tal Biggi? ¿Por qué no está aquí?

Mia lo fulminó con la mirada.

—¿A qué viene eso? ¿A quién le importa Biggi? ¡Lo más importante es que papá vuelve a estar con nosotros!

—A veces eres realmente obtusa —replicó Lukas—. Papá lo dejó todo por esa mujer, ¿ya lo has olvidado? Así que creo que no está de más preguntar qué...

—¿Es que preferirías que estuviera aquí? —gritó Mia.

—No os peleéis, por favor — les pidió Thorsten con voz débil—. Sed buenos y dejadme a solas un momento con vuestra madre.

Ambos se levantaron solícitos. Lukas apretó el brazo a Hanna al salir. Ella suspiró en silencio. Le habría gustado posponer un poco más la conversación que tendría lugar a continuación. «Bueno, cuanto antes mejor», se dijo para animarse, y se acercó a los pies de la cama.

—Hanna, quiero discul... — empezó a decir Thorsten.

Ella levantó una mano.

—No, espera. A mí también me interesa mucho saber qué ha pasado con Biggi. ¿Por qué no te ha acompañado?

—Bah, habría sido demasiado complicado.

—¿Complicado? ¿Qué habría sido tan complicado, si puede saberse?

—Ehh... todo tuvo que hacerse muy rápido... y sencillamente no salió así — titubeó.

Hanna levantó las cejas.

—Tuviste un accidente que casi te cuesta la vida, ¿y el

nuevo amor de tu vida no hizo todo lo posible por estar a tu lado?

—Fui yo el que no quiso. ¿De qué habría servido que...?

Hanna entrecerró los ojos.

—No te esfuerces. Lo entiendo. Te mandó a paseo.

Thorsten se dispuso a replicar.

—Ni lo intentes. A mí no puedes engañarme —dijo Hanna—. Es evidente que Biggi no quería atarse a un hombre que quizá pasara el resto de su vida en silla de ruedas. Probablemente se sienta demasiado joven para eso.

Thorsten asintió.

—Sí, has dado en el clavo una vez más. Siempre he admirado eso de ti. Tu habilidad para leer a la gente. Y tu empatía.

Hanna se tragó el comentario irónico de que era la primera vez que oía hablar de esa supuesta admiración.

Thorsten la miró a los ojos y puso gesto arrepentido.

—Como puedes ver, he recibido mi castigo por comportarme como un idiota. Creo que entiendo perfectamente por lo que pasaste cuando me marché.

Hanna frunció el ceño. ¿Lo decía en serio? ¿Creía realmente que las calabazas de aquella mujer joven con la que había tenido un lío fugaz se parecían lo más mínimo a su comportamiento?

— Debía de estar completamente ciego — continuó Thorsten.

— ¿Por creer que podrías empezar de nuevo con Biggi? — dijo Hanna.

Thorsten hizo una mueca,
— Me... me hizo entender claramente hasta dónde llegaba la diversión para ella. — La miró

con una sonrisa de resignación.

Hanna se quedó sin aliento al comprender que al parecer esperaba compasión por su parte.

—Naturalmente esta lección ha sido más que merecida —añadió rápidamente—. Sé que te he hecho mucho daño.

Levantó la mano con gran esfuerzo y se la tendió a Hanna. Esta no hizo amago alguno de tomársela, sino que miró fijamente a Thorsten conteniendo la respiración. ¿Qué sería lo siguiente? No le habría sorprendido que un

asistente de producción
asomara la cabeza por la puerta
y le dijera que se había
confundido de habitación y
que había entrado por descuido
en el set de una telenovela.
¿Diría el guión que ahora debía
echarse sobre el pecho de
Thorsten con un emocionado
«te perdono» y garantizarle su
amor inquebrantable? ¿Y que
citara también la famosa
fórmula de «en lo bueno y en lo
malo»?

—Por eso estoy tan feliz de
que estés aquí —prosiguió
Thorsten—. Reconozco que el

desplante de Biggi me dolió mucho. Pero ahora le estoy agradecido. Porque así me he dado cuenta a tiempo de cuál es realmente mi sitio. Y es contigo. Y con los niños.

Volvió a recostarse agotado en la almohada, cerró los ojos y se quedó dormido. Hanna lo observaba atónita. Para él no parecía haber ni la más mínima duda de que lo perdonaría y cuidaría de él. «¿Por qué no iba a pensarlo? —intervino su voz analítica—. Hace solo tres semanas habrías hecho exactamente eso sin rechistar y

te habrías convencido a ti misma de que Thorsten realmente se cree los disparates que acaba de soltar. Aunque sospecharas que a él mismo nunca se le habría ocurrido anteponer su matrimonio y su familia a una vida de aventuras junto a una mujer joven y atractiva.»

51

*Costa occidental - Svalbard,
julio de 1907*

Emilie se distrajo buscando fósiles y plantas en la playa y las pedreras de las laderas de las montañas para compensar en parte la pérdida de la colección que había dejado en la cabaña al huir de Kings Bay. No quería

que Max tuviera que presentarse ante su profesor con las manos vacías.

El tiempo empeoraba a ojos vista. Un fuerte viento del noreste soplaba desde la meseta y traía nubes oscuras que ocultaban el sol y conferían al paisaje el aire de un sombrío dibujo a tinta china.

Entretanto los cazadores habían terminado de extraer la grasa de las morsas y de llevarla hasta los hornos, donde cuatro hombres la cocían. El resto se había retirado a una cabaña inclinada por el viento situada

cerca de ambos calderos de aceite. A diferencia de las casas que había visto en Spitsbergen hasta entonces, esta tenía chimenea de piedra, lo que indicaba que la habían construido en su día los pomor, miembros de un pueblo cazador del norte de Rusia. Los trabajadores habían levantado un refugio provisional junto a la cabaña, y algunos dormían bajo tres botes boca abajo alineados en la orilla.

Emilie se mantuvo alejada del campamento de los productores de aceite de ballena. No tanto

por timidez hacia los tipos salvajes, sino sobre todo por el hedor. Arne parecía ser más insensible a él de lo que había asegurado, ya que había aceptado la invitación de los hombres y estaba comiendo carne de morsa asada con ellos. A Emilie le dio la vuelta el estómago solo de pensar en comer esa dudosa especialidad estrechamente rodeada por tipos malolientes.

Se avergonzaba un poco de sus reservas. Al fin y al cabo alguien debía hacer ese trabajo. Por su hermano Friedrich sabía

que sin el aceite de ballena o de foca no solo estarían paradas las máquinas de la fábrica de su padre. Era indispensable para toda la industria del imperio, que se expandía a gran velocidad. Las máquinas modernas, que en su mayor parte ya no se fabricaban con madera sino con metal, precisaban de lubricante de alta calidad para evitar el recalentamiento y un desgaste rápido. En lo que respectaba a calidad y costes, las grasas vegetales no podían competir con el aceite de ballena.

Además, un nuevo proceso permitía solidificarlo, hacerlo inodoro y transformarlo en jabón. El subproducto resultante, la glicerina, se utilizaba para la elaboración de pinturas y esmaltes. Y también era la base para un explosivo muy potente, algo muy celebrado por Friedrich con vistas a futuras acciones militares.

Emilie estaba investigando un fragmento de roca en el que había quedado atrapado un animal de tipo anfibio. Estaba perfectamente conservado, con

huesos y dentadura claramente visibles. El estallido de un disparo la sacó de su contemplación. Un segundo tiro sacó a Arne y a los productores de aceite de la cabaña. Antonio, que se había echado en el bote de Arne con su saco de dormir, asomó la cabeza medio dormido. Todos miraron hacia las montañas, de donde habían venido los tiros. Emilie corrió hacia Arne.

—Eso seguro que es de los nuestros, ¿no?

—Es muy posible. La dirección coincide. —Arne

frunció el ceño—. Pero ¿qué hacen disparando por ahí? Deberían estar viniendo hacia aquí. No es el momento de cazar.

— ¡Mira, ahí! — exclamó Emilie y señaló una bola de luz roja que se alzaba sobre el acantilado.

— ¡Maldita sea! — gruñó Arne—. Lo que nos faltaba.

— ¿Por qué? ¿Qué significa?

— Es una señal de emergencia.

Emilie contuvo la respiración.

— ¿Crees que les ha sucedido algo a William y a los demás?

¿Eran imaginaciones tuyas o

lo había visto estremecerse ligeramente al mencionar ella el nombre de William?

Arne se encogió levemente de hombros.

—Es probable que solo se hayan perdido.

—Pero ¿y si alguno está herido? ¡Debemos salir inmediatamente a buscarlos!

Emilie daba por hecho que Arne se negaría. Al fin y al cabo no había ocultado su antipatía hacia el alférez, y seguramente no veía por qué debía ayudarlo, sobre todo porque Ottokar Poske se había puesto en

marcha a pesar de todos los consejos y advertencias posibles. Y al parecer tampoco sentía demasiada simpatía por William. Mientras buscaba febrilmente un argumento con el que convencer a Arne, este dijo:

— Sí, debemos hacerlo.

— Oh — exclamó Emilie.

— No me mires tan sorprendido — refunfuñó Arne —. Aquí hay una ley no escrita que dice que debe ayudarse a otros en apuros. Sin importar la relación y la opinión personal hacia ellos.

Emilie suspiró aliviada.

—¿Deberíamos pedir a un par de los trabajadores que nos acompañaran? —preguntó.

Arne negó con la cabeza.

—No conocen el terreno y tampoco están equipados para caminatas largas. No nos serían de ninguna ayuda, más bien al contrario. —Hizo un gesto con la cabeza hacia Antonio—. Y lo mismo sucede con este. Los cazadores me han contado que estaba completamente exhausto cuando llegó. Puede que por eso se quedara aquí.

—De acuerdo, pero nos

llevaremos a *Lørdag* —dijo Emilie—. Me fue de gran ayuda para llegar hasta ti.

—Sí, estoy seguro. Si los huskys son perros de trineo como dices, se orientan especialmente bien y son muy independientes. Muchas veces saben mejor por dónde ir que los humanos.

La marcha fue agotadora. El ascenso por el cauce del arroyo de deshielo, seco en su mayor parte, fue duro pero no muy complicado. Sin embargo, el

viento en la meseta era tan fuerte que tenían que apoyarse hacia delante con todas sus fuerzas y abrirse camino paso a paso. Además, la ventisca que se había levantado les cerraba la vista. Emilie comprendió enseguida por qué allí se corría el riesgo de desorientarse completamente. Seguía a Arne con los párpados medio cerrados, y si hubieran caminado en círculos, no se habría dado cuenta. Él parecía estar seguro de lo que hacía. La precedía inalterable con paso pesado como si siguiera una

cuerda tensa que lo condujera directamente a su destino.

Lørdag trotaba junto a Emilie. De pronto se detuvo y ladró brevemente. Aguzó el oído hacia delante con la cabeza levantada. Mientras Emilie se preguntaba a qué se debería el extraño comportamiento del perro, al que nunca antes había oído ladrar, Arne se volvió hacia ellos.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

Emilie levantó la mirada, la dirigió hacia él y se quedó sin aliento.

A unos diez metros de ellos

había un oso polar gigante. La piel de su pecho y su vientre estaba teñida de rojo. «Está herido —pensó Emilie—. Seguramente por los dos disparos que hemos oído antes.» El animal abrió la boca y descubrió una dentadura terrorífica. Emilie se quedó paralizada. Antes de poder responder a la pregunta de Arne y avisarlo, el oso se dejó caer sobre las patas delanteras y se abalanzó hacia ellos a grandes saltos. Emilie vio que Arne se volvía. Gritó horrorizado. Tuvo el tiempo justo de

levantar los brazos antes de que el monstruo blanco saltara sobre él y lo sepultara. Perdieron el equilibrio y rodaron un tramo ladera abajo.

— ¡Arne!

Su propio grito penetró en el oído de Emilie y la sacó de su ensimismamiento. Sin pensarlo, se acercó a ellos de un salto y cogió el arma que Arne había perdido en la caída. Este estaba inmóvil boca abajo. El oso se incorporó, se sacudió, se volvió hacia ella y profirió un rugido escalofriante.

Emilie levantó el arma. Le

temblaban las manos. La imagen del depredador furioso, al que el dolor parecía haber vuelto loco, la atemorizó y la asustó. Le habría gustado tirar el arma y huir. Pero el temor por Arne, que estaba completamente a merced del oso, se impuso. El miedo por el hombre hacia el que sentía mucho más que lo que había estado dispuesta a reconocer hasta ese instante. Lo percibió con tal claridad, que todo lo demás pasó a un segundo plano.

«Debes permanecer

tranquila», se ordenó. Le sobrevinieron fragmentos de los consejos que Arne les había dado a ella y a los demás durante los ejercicios de tiro en la isla del Oso: ¡el primer disparo debe ser mortal! ¡Tiene que darle en la cabeza! Es difícil, porque el cerebro de un oso solo tiene el tamaño de una manzana. ¡Hay que esperar lo más posible para disparar!

El oso se sacudió, resopló y se dispuso a atacar de nuevo. Emilie respiró hondo. Le quitó el seguro a la escopeta. El pánico dio paso a la ira

acompañada de frialdad. Apuntó. «¡No me lo arrebatrás!», pensó, y disparó en el momento en que el oso se colocaba sobre Arne y levantaba la zarpa para despedazar a su víctima. Se detuvo como congelado y giró lentamente la cabeza hacia ella. A Emilie el corazón le latía contra las costillas. ¿Había fallado? ¿Se abalanzaría ahora sobre ella? Vio un agujero negro en su frente. El animal se desmoronó en silencio y se quedó inmóvil.

Justo después Emilie estaba

arrodillada junto a Arne. Sacó el cuchillo de la vaina que él llevaba en el cinturón, cortó las correas de la mochila, se la quitó y lo puso de espaldas con cuidado. Tenía los ojos cerrados. El oso le había desgarrado la chaqueta en el hombro izquierdo. Estaba empapada de sangre.

—Arne, ¿me oyes? —exclamó Emilie con voz ronca y se inclinó sobre su rostro. Sostuvo la oreja sobre su boca. ¿Respiraba? Era imposible saberlo. Las ráfagas de viento eran demasiado fuertes. Emilie

se quitó un guante y puso los dedos en el cuello de Arne. Un pulso débil le reveló que su corazón aún latía. Lágrimas de alivio le rodaron por las mejillas.

«No es momento de sentimentalismos —se advirtió—. Debes detener la hemorragia y asegurarte de que Arne no sufre una hipotermia.» Se incorporó y miró a su alrededor. El oso estaba a unos metros de ellos junto a una roca. Las manos de Emilie, como si siguieran automáticamente unas

instrucciones para situaciones como aquella, le quitaron su propia mochila y soltaron las lonas que se había llevado para protegerse de la humedad. Ató uno de los extremos a la roca y extendió la tela sobre el oso. A continuación agarró a Arne por debajo de los brazos, lo arrastró hacia el animal haciendo uso de todas sus fuerzas, lo apoyó en su costado en posición semi erguida y sujetó el extremo inferior de la lona al suelo. Era un refugio ventoso, pero al menos ofrecía un poco de calor y protección contra la

tormenta. *Lørdag* asomó el hocico y lamió la mejilla a Emilie.

—Ay, *Lørdag*, no serás un médico hechizado, ¿no? ¿Debería besarte para revertir el encantamiento?

El perro meneó la cola.

—Pero también puedes ayudar así —dijo Emilie dando palmaditas en la pierna de Arne—. Ven, recuéstate aquí. Podrás darle algo de calor.

Lørdag se acurrucó obediente sobre las pantorrillas de Arne y observó atento a Emilie.

—Bueno, lo primero será

liberar el hombro herido —le explicó.

Cogió el cuchillo y cortó la manga izquierda de la chaqueta de Arne. Sintió náuseas al ver la cantidad de sangre y la carne desgarrada bajo la que brillaban un trozo de hueso blanquecino.

—¡Contrólate! —se dijo a media voz—. ¡Haz algo! De lo contrario se desangrará.

Esas palabras duras surtieron efecto. La sensación de mareo desapareció. Emilie rebuscó en su mochila y sacó ropa interior, la cuerda, calcetines y una cajita de hojalata que contenía un

frasco con tintura de yodo, dos vendas de gasa y una compresa con relleno de algodón. Torció el gesto decepcionada.

—Esto no nos servirá de mucho —le dijo a *Lørdag*—. La herida es demasiado profunda. Hay que coserla.

Emilie investigó el contenido de la mochila de Arne y entre prendas de ropa, una petaca con aguardiente, cartuchos y una bolsa con carne seca laminada, encontró una lata con una bobina de hilo y un paquetito de agujas.

—¡Quién lo iba a decir!

Desinfectó la aguja y un trozo de hilo con el alcohol y secó la sangre con una camiseta interior lo mejor que pudo. Comprobó aliviada que la mayor parte del hombro solo tenía rasguños superficiales. La herida más grave era un corte profundo pero bastante limpio en la parte superior del brazo, posiblemente abierta por una garra del oso. Después de aplicar un par de gotas de yodo alrededor de la herida, enhebró el hilo y respiró hondo.

Recordó a su profesora de labores. ¿Habría imaginado ella

lo apropiado que sería en aquel momento el dicho que tanto le gustaba citar: *non scholae, sed vitae discimus*, es decir, «no aprendemos para la escuela, sino para la vida»?

—Creo que lo más acertado será una costura de punto festón —le dijo a *Lørdag*, y murmuró suplicante—: ¡Santa Bárbara, ayúdame!

Clavó la aguja en perpendicular a uno de los bordes de la herida y pasó el hilo sobre la trayectoria de la herida de vuelta al punto inicial, donde lo anudó con el extremo

que colgaba. Arne gimió y se movió. Emilie se detuvo y le acarició la frente.

—Aguanta, enseguida habré terminado.

Hizo otros tres nudos tan rápido como pudo. Arne volvió a caer inconsciente. Emilie no quiso ni imaginar los terribles dolores que le estaba causando. Cada puntada le suponía un gran esfuerzo. Solo fue capaz de terminar su labor porque sabía que, si le ahorra la tortura, aquello podía costarle la vida. Cuando por fin apartó la aguja y cogió las vendas,

estaba empapada en sudor.

Los párpados de Arne aletearon. Volvía en sí. Emilie le acarició la frente. Él murmuró algo. Se inclinó más hacia él para entender lo que decía.

—Has sido muy valiente, pequeña.

A Emilie se le cayeron las vendas de la mano. Levantó la mirada. Sus ojos expresaban pleno agradecimiento. Y algo que iba más allá.

El corazón le dio un vuelco. El impulso de fingir que no entendía nada y negar lo que él había descubierto se

desvaneció.

— ¿Cuánto hace que lo sabes?

— Lo sospeché enseguida.

— ¿Qué fue lo que me delató?

— Cuando te curé las manos en el *Isflak* —respondió él—. Una piel tan suave...

Buscó la mano de Emilie y la apretó débilmente. La caricia la atravesó como un relámpago. Con la otra mano le acarició la mejilla.

— Pero ¿por qué nunca dijiste nada? —preguntó ella.

— No quería ofenderte —murmuró—. Y no quería entrometerme entre tú y

William...

Le temblaba la voz, cada vez hablaba más bajo y apenas se le entendía.

—No sigas hablando. Tienes que conservar las fuerzas —dijo Emilie.

Se apresuró a vendarle el brazo y a cubrirlo con prendas de ropa limpias. La cabeza de Arne cayó hacia un lado. Ella se sentó de manera que pudiera recostarlo en su regazo.

—Querido mío, aguanta —suplicó en voz baja—. No puedes abandonarme, ahora que por fin sé que eres tú a

quién he estado esperando siempre.

Arne no se movió. Tenía los ojos cerrados. Nada indicaba que hubiera oído sus palabras. Emilie observó preocupada su rostro lívido, sobre el que se había formado una fina película de sudor. El miedo por él volvió a apoderarse de ella. No aguantaría mucho en aquel refugio provisional. Y ella tampoco. *Lørdag* era el único al que el viento helado no parecía hacerle nada.

¿Qué opciones tenía para poner a Arne a salvo? No

podría cargar con él durante kilómetros. ¿Debía probar a arrastrarlo tras ella en la lona? «Si hubiera suficiente nieve podría funcionar —pensó—. Pero sobre esta grava puntiaguda no daremos ni diez pasos.»

Voces y pasos que se acercaban interrumpieron las reflexiones de Emilie. Oteó fuera de la lona y vio tres figuras que caminaban pesadamente más allá de su refugio. Parpadeó. No, no era un espejismo. Se levantó rápidamente, saludó con los

brazos estirados y gritó lo más fuerte que pudo:

— ¡Hola!

Los tres hombres se detuvieron, y un instante después William, el alférez Poske y el sargento Kuhn la rodeaban y la miraban sorprendidos. Antes de que pudieran hacer las preguntas que evidentemente tenían en la punta de la lengua, Emilie dijo:

— Hemos visto la bengala de señalización y hemos salido a buscaros. Algún imbécil ha disparado a un oso polar. Nos ha atacado y ha herido

gravemente a Arne. Tenemos que llevarlo lo antes posible a la ensenada con los cazadores de morsas. De lo contrario morirá.

Murnau, julio de 2013

—¿Os habéis reconciliado? — preguntó Mia cuando Hanna salió de la sala de reanimación y se acercó a sus hijos, que la esperaban junto a la puerta.

—¿Reconciliado? No nos habíamos peleado —respondió Hanna. Al ver que Mia abría la

boca, levantó una mano—. Ya sé a qué te refieres.

Señaló en dirección a la entrada.

—Vayamos a algún sitio en el que podamos hablar tranquilamente.

—Podríamos ir al lago Staffelsee. Allí hay un bar agradable con terraza — propuso Lukas.

—Ay, sí, tengo un hambre que me muero —dijo Mia.

—Buena idea, a mí también me vendría bien una pausa para el almuerzo —dijo Hanna.

La terraza resultó pertenecer a

un local construido en 1911 según los planos del arquitecto Emanuel von Seidl en una parcela en la orilla, justo al lado de un embarcadero y una playa. Hacía plena justicia a su nombre, Mirador de los Alpes. Los montes de Wetterstein se alzaban sobre el lago y ofrecían una vista magnífica que en esa cálida tarde de verano había atraído a numerosos excursionistas. Mientras que en el restaurante se servía una cocina más elaborada, fuera había un autoservicio en el que se podían degustar platos

típicos bávaros. Mia guardó tres sitios en una de las mesas largas, Lukas se colocó en la zona de bebidas y Hanna pidió en la zona de barbacoa una ración grande de costillas y pescado en espetón, y, de guarnición, ensalada de patata y pepino y *pretzel* recién horneados.

—Bueno, ¿y qué ha dicho papá? —preguntó Lukas después de haber calmado un poco el hambre—. ¿Por qué no lo ha acompañado Biggi?

—Seguirá dando la vuelta al mundo sin él —respondió Hanna.

—Me lo imaginaba. O sea, que lo ha dejado plantado — constató.

Hanna asintió.

—¿Y qué pasará ahora? — quiso saber Mia—. Contigo y papá, quiero decir.

—Bueno, a vuestro padre le gustaría que sencillamente olvidáramos los últimos meses e hiciéramos como que nunca me hubiera engañado. Opina que ya ha pagado suficiente por su infidelidad porque ha sufrido este grave accidente y además Biggi lo ha dejado. Da por hecho que volvemos a ser una

familia feliz.

—¿Y tú no estás de acuerdo?

—preguntó Mia.

Hanna miró a su hija a los ojos.

—¿Qué pensarías tú en mi lugar?

Mia se disponía a replicar rápidamente, pero se detuvo, bajó la mirada y reflexionó. Hanna se dio cuenta de que Lukas observaba atento a su hermana. Posiblemente se temía que Mia saliera con uno de sus arrebatos temperamentales; que, como de costumbre, se pusiera del lado de su padre y exigiera a

su madre con patetismo teatral que lo perdonara y le diera una segunda oportunidad. Hanna también contaba con ello y se preparó para mazazos morales del estilo de «Ahora debes estar junto a papá y no puedes dejarlo en la estacada en esta situación tan difícil».

—Si yo estuviera en tu lugar pensaría que tiene mucho morro —dijo Mia en voz baja—. No me resulta fácil decirlo, pero papá la ha cagado del todo. Y si ahora cree en serio que podemos seguir como hasta entonces... —Mia se

interrumpió y sacudió la cabeza desconcertada—. Sinceramente, es lamentable. ¿Cómo puede ser tan egoísta?

Hanna intercambió una mirada rápida con Lukas. En sus ojos vio reflejada su propia sorpresa por la respuesta de Mia. Esta frunció el ceño y prosiguió:

—Ya sé lo que estáis pensando. Pero no estoy tan ciega, y tampoco soy tan parcial. Claro que me gustaría que todo volviera a la normalidad. Pero si papá realmente está actuando con

tanta ignorancia, entiendo perfectamente que mamá no quiera tener nada más que ver con él.

—Significa mucho para mí que pienses así —dijo Hanna, apretando la mano de Mia—. No diré que vuestro padre ha sido el único responsable de que nuestra relación se fuera a pique. Siempre hacen falta dos para eso. Durante demasiado tiempo no he querido reconocer que llevábamos muchos años con vidas paralelas. Por comodidad o por miedo a las consecuencias,

reprimía mi insatisfacción, mis deseos y mi idea de una vida plena.

—¿Así que podría decirse que Biggi ha sido una especie de catalizador que ha desencadenado un proceso pendiente desde hace tiempo? —preguntó Lukas.

Hanna se quedó atónita.

—Nunca lo había visto de esa manera. Pero es muy acertado.

Cogió su vaso de cerveza de trigo y lo extendió hacia Mia y Lukas.

—Qué dos hijos tan maravillosos tengo. ¡Solo por

eso siempre le estaré agradecida a vuestro padre!

Brindaron todos.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—preguntó Mia.

—En primer lugar es importante para mí que Thorsten reciba el mejor tratamiento posible —empezó a decir Hanna—. En la clínica está en buenas manos, desde luego, pero más adelante, cuando ya no esté ingresado, necesitará una rehabilitación muy costosa, si he entendido bien a la doctora Lange. Tendremos que pensar cómo lo

financiamos.

—¿Eso no lo cubrirá el seguro? —preguntó Lukas.

—Eso espero. Una parte desde luego. Pero no tengo ni idea de hasta dónde alcanzan las prestaciones.

—Eso puede ser carísimo —comentó Mia—. Pero tendréis algo ahorrado, ¿no?

—Sí. Claro que Thorsten se ha gastado la mitad en su vuelta al mundo.

—¿Qué? —exclamó Mia—. Esto cada vez se pone mejor.

Al mismo tiempo Lukas preguntó:

—¿Hay alguna posibilidad de recuperar al menos parte del importe?

Hanna negó con la cabeza.

—Me temo que no. Por supuesto, lo comprobaré. Pero no me hago demasiadas ilusiones.

—Papá no puede exigir de ninguna manera que mamá gaste su mitad de los ahorros en su tratamiento —dijo Mia.

Hanna se encogió de hombros.

—No creo que haya pensado en ello todavía.

«Y tampoco lo hará —añadió

en silencio—. A sus ojos es su dinero, ya que la mayor parte procede de sus ingresos, a excepción de los primeros años de nuestro matrimonio. Nunca ha considerado que llevar la casa y educar a los niños fuera un trabajo equivalente. Así que creerá que es legítimo que se gaste en él.»

—En caso de necesidad podríais vender la casa —dijo Lukas.

Hanna levantó las cejas. Mia lo miró atónita.

—¿Quieres malvender nuestro hogar? ¿Es que no

significa nada para ti?

—Claro que sí. Mucho, de hecho. Pero no es más que una casa. El recuerdo de los años que hemos pasado en ella permanecerá, nadie podrá quitárnoslo.

Hanna lo observó. Casi la asustaba un poco lo sereno y sensato que era. Él sonrió.

—¡Deberíais veros las caras! Me miráis como si de pronto me hubiera convertido en un zombi. Pero solo pensaba en mis niños de Bolivia, que se dan por satisfechos con un techo más o menos impermeable

sobre sus cabezas.

Mia puso los ojos en blanco.

— ¡No me vengas con esas comparaciones!

— Solo quería decir que me he dado cuenta de lo poco que se necesita para ser feliz — dijo Lukas—. No estoy diciendo que yo también pudiera vivir así. ¿Cómo iba a saberlo? ¡No lo he probado nunca!

— Cariños míos — intervino Hanna—. No nos peleemos por cosas que ni siquiera tenemos que decidir ahora.

— Tienes razón — dijo Mia—. Además aún no nos has dicho

qué plan tienes. ¿Tienes algún encargo nuevo de la revista?

—Lo cierto es que la redactora jefe me ha preguntado. Por el momento le he dado largas porque quería esperar a saber cuál era el pronóstico de Thorsten. Pero desde luego me gustaría seguir trabajando para ellos o para otras editoriales. Se me había olvidado por completo lo mucho que me divierte.

—Se notaba en las entradas de tu blog —dijo Lukas—. Debo reconocer que no tenía ni idea de lo bien que escribes.

—Lo mismo me ha pasado a mí — comentó Mia.

Hanna sintió que se sonrojaba.

—Me estáis abochornando — musitó.

—Si pudieras elegir, ¿a qué país irías para tu próximo reportaje? — preguntó Mia.

—Vente a Bolivia — propuso Lukas—. Aún queda mucho por descubrir.

—Suenas tentador — respondió Hanna—. Sobre todo me interesaría ver cómo vives allí. Pero si pudiera elegir libremente, volvería a Noruega.

Mia y Lukas la miraron confusos.

—Con tanto follón no os he hablado de mi espectacular hallazgo —prosiguió Hanna—. Imaginaos, en una grieta de un glaciar encontré el cadáver momificado de un hombre que llevaba ahí más de cien años.

—¡Qué pasada! —exclamó Mia.

—Exacto. Y me gustaría mucho llegar al fondo del misterio.

—Vaya, eso tienes que hacerlo —dijo Lukas—. Si ahí no hay un reportaje, ¡no sé dónde lo

habrá! — Señaló las costillas que habían sobrado—. ¿Queréis más?

Mia y Hanna negaron con la cabeza. Él se acercó el plato y mordisqueó la carne de los huesos.

Tras un breve silencio, Mia se dirigió a Hanna.

—¿Cuándo se lo dirás a papá? Me refiero a que tú no...

—Pronto —dijo Hanna—. No me parece correcto dejarle creer que todo sigue siendo como antes.

—Pero ¿y si eso lo hace empeorar? —preguntó Mia,

expresando las reservas que también preocupaban a Hanna —. Siempre se insiste mucho en lo importante que es el apoyo emocional de la familia y los amigos en procesos de curación tan largos —añadió.

Lukas dejó el hueso roído, se limpió los dedos con una servilleta de papel y miró a su hermana.

—Es posible. Pero ¿crees que mamá debería pasar semanas o meses pretendiendo que todo va bien? ¡No puedes exigirle eso!

—No lo estoy haciendo —

bufó Mia—. Solo quería advertirle de que la verdad sin rodeos podría tener efectos nega...

—¿Y cómo sería la verdad con rodeos? —la interrumpió Lukas—. ¿A pedacitos? ¿O con insinuaciones ambiguas? ¿De qué serviría eso, aparte de para generar malentendidos?

Mia apoyó la cabeza en una mano y suspiró.

—Ay, ¡por qué tiene que ser todo tan complicado!

—En realidad no lo es —dijo Lukas—. Lo cierto es que a papá no le ha importado una

mierda cómo lleva mamá, y nosotros dos, que desapareciera de nuestras vidas de un día para otro. Y mamá, en cambio, no se propone eso en absoluto.

—No, ¡por supuesto que no!
—confirmó Hanna—. Y tampoco os dejaré solos con todo el marrón, lo prometo. Pero no mentiré ni engañaré a Thorsten. No lo aguantaría. Ahora necesitamos todas nuestras fuerzas para lidiar con la situación y apoyar a vuestro padre lo mejor posible. Y para continuar con nuestras propias vidas.

53

Mar de Barents, julio de 1907

El camino de vuelta a la bahía de los productores de aceite de ballena le pareció más corto que la ida a Emilie, ya que la preocupación por Arne y el fuerte viento, que ahora les soplaban de espaldas, le aligeraban el paso. Ella abría la

comitiva con *Lørdag*, *Ottokar Poske* y el sargento Kuhn la seguían con Arne, al que llevaban sobre la lona. William iba el último con la piel del oso polar, al que había despellejado según las reglas de caza mientras los demás fabricaban la camilla improvisada.

Sin entenderlo y casi indignado, William había rechazado la pretensión de Emilie de no hacer el esfuerzo y dejar allí el cadáver gigante. Como cazador apasionado, le resultaba inconcebible no llevarse semejante trofeo. Sobre

todo porque en su opinión Emilie había logrado un auténtico disparo magistral que podría servir de ejemplo a más de uno, tal y como había añadido con una elocuente mirada de reojo hacia el alférez. Al ponerse este rojo, se había desenmascarado como el tirador que había disparado dos veces al animal sin acabar con él. Ahora obedecía extrañamente apocado las instrucciones de Emilie, que había asumido el mando sin dudarle y dirigía al grupo hacia la playa con seguridad.

—¿Dónde se ha metido Beat Späni? —le preguntó a William después de acostar a Arne en uno de los botes—. Pensaba que estaba con vosotros.

—No, nuestro suizo se marchó a otra de sus excursiones poco después de que llegáramos donde los cazadores de morsas. Sin avisar a Poske. Entonces nos pusimos en marcha sin él. —Miró a su alrededor—. Lo cierto es que supuse que habría regresado hace tiempo.

—Quizá se haya marchado con uno de los botes —dijo el

sargento Kuhn, que se había acercado a ellos—. Los productores de aceite dicen que han perdido uno. Pensaban que no lo habían amarrado bien y que la marea se lo había llevado. Pero es muy posible que lo haya cogido el suizo.

—A saber —comentó William, encogiéndose de hombros—. Deberíamos partir hacia el fiordo de Is lo antes posible.

—¡Desde luego! —dijo Emilie y lo siguió hacia el bote en el que estaba tumbado Arne. Seguía inconsciente. Comprobó

muy preocupada que tenía fiebre. Le ciñó al cuerpo la manta que el sargento había extendido sobre él y le indicó a *Lørdag* que se tumbara a su lado.

El alférez se acercó a ellos con Antonio, al que había recogido de su tronco apartado, y ayudó a empujar el bote hacia el agua. Después de que todos tomaran asiento y les dieran las gracias a los cazadores de morsas por su ayuda, Poske y el sargento Kuhn se colocaron a los remos e hicieron avanzar al bote hacia el estrecho de Forland.

Pocas horas después llegaron al fiordo de Is, donde los recogió el *Isflak*. Emilie apenas se enteró del viaje a Tromsø. Lo pasó en su mayor parte bajo cubierta, donde veló incansable el lecho de Arne, a quien el capitán había cedido su camarote y su cama. Le rompía el corazón ver tan pálido y débil al hombre que amaba. Le costaba reprimir la necesidad de cogerlo de la mano o de acariciarlo. Pero, por mucho que lo deseara, no podía arriesgarse a salirse de su papel.

Apenas veía a *Lørdag*. Como

en el casco del barco aullaba sin cesar, lo había llevado arriba, donde sostenía el hocico contra el viento visiblemente aliviado. Pasar mucho tiempo en espacios cerrados no era lo suyo.

En cambio William le hacía compañía a menudo, algo por lo que le estaba muy agradecida. Una y otra vez lograba contagiarle su optimismo y distraerla de pensamientos inquietantes.

En su opinión, era completamente impensable que una herida, por muy profunda

que fuera, acabara con un descendiente de los rudos vikingos.

—Imagina las risas que provocaría el pobre desgraciado en el reino de Odín —le había comentado con un guiño a Emilie al expresar ella en una ocasión su preocupación por la prolongada inconsciencia de Arne—. Ya solo por eso nunca se permitiría aparecer por allí tan pronto.

El sargento Kuhn, que examinaba regularmente la herida de Arne y le cambiaba el vendaje, estaba satisfecho con el

proceso de curación. Estaba impresionado por la habilidad para coser de Emilie y la cautela con la que lo había desinfectado todo. Hasta el momento no se había producido ninguna infección ni tampoco una septicemia. Para el soldado, que había visto y cuidado a muchos heridos, seguía siendo un misterio que el paciente aún no se hubiera despertado después de dos días sin fiebre.

Arne despertó por fin poco antes de que entraran en el estrecho de Tromsø. Emilie había salido del camarote para

una comida apresurada. Al regresar, vio a Arne en su catre apoyado en unos cojines comiendo gachas de avena con visible apetito. Ya no tenía la cara pálida, sino que había recuperado algo de color. El sargento Kuhn, que había relevado a Emilie junto al lecho del enfermo, le hizo un gesto con la cabeza.

—Nuestro paciente ya se encuentra mucho mejor. Siempre se dice que el sueño es la mejor medicina. En este caso parece que es cierto.

—¡Gracias a Dios! —exclamó

Emilie, y se contuvo justo a tiempo para no arrodillarse junto al catre de Arne y abrazarlo.

»¿Cómo te encuentras? —le preguntó en cambio, buscando su mirada.

—Bien, gracias —respondió, mirándola fugazmente.

La decepción que sintió por su evasiva se mezcló con emoción. «Le preocupa que me delate —pensó Emilie—. Qué cuidadoso por su parte. Seguro que espera con tanta ansiedad como yo un momento en el que podamos hablar sin que nos

molesten. En Tromsø, a más tardar, tendremos ocasión.» Para no abochornarlo más, salió del camarote y subió a cubierta para ver la entrada al puerto del *Isflak*.

Después de que se echara el ancla y los botes auxiliares fueran lanzados al agua, William y el sargento Kuhn ayudaron al italiano a descender por el costado y llegar sano y salvo a bordo de la barca. El alférez Poske los siguió y advirtió a Emilie, que buscaba a Arne, que no se entretuviera. Finalmente llamó nerviosa a

Lørdag, se lo subió a los hombros, le agarró las patas con una mano y descendió. ¿Dónde se había metido Arne? En cuanto tomó asiento en el bote, el marinero se puso en marcha.

—¿Qué pasa con Arne? — preguntó—. ¿No viene con nosotros?

—No, el capitán se lo lleva a su casa —respondió el marinero señalando el otro bote, al que en ese momento bajaban a Arne con la polea. Emilie levantó el brazo sin pensar y se despidió de él. Sus miradas se encontraron. A Emilie se le

encogió el estómago. ¿Eran imaginaciones suyas o la mirada de Arne realmente era de rechazo? Le hizo una pregunta en silencio, le suplicó una señal de que se equivocaba. Él apartó la cara con gesto impasible y se sentó en la popa del bote de espaldas a ella.

—¿Dónde vive el capitán? — preguntó Emilie.

El marinero se encogió de hombros e hizo un gesto vago hacia las afueras de la ciudad.

—Casi podría parecer que no quieren que encontremos a Arne —susurró William, que

estaba sentado a su lado.

— Sí, ¿verdad? — dijo Emilie.

Se alegraba de no ser la única a la que le parecía extraño que el capitán actuara tan furtivamente y que el marinero se negara a dar información concreta sin una explicación. Se guardó para sí que lo que más le dolía era que Arne hubiera recaído inexplicablemente en la actitud reservada que había mostrado hacia ella al principio.

— En fin, nuestro vikingo es y seguirá siendo un misterio — afirmó William con una sonrisa maliciosa.

Emilie se obligó a sonreír y apartó la cara. Las noches en vela, la preocupación constante por Arne y el miedo a no volver a verlo la habían desmoralizado. Luchó contra las lágrimas y pretendió estar fascinada por la vista de la ciudad, que se acercaba con cada golpe de remo. Le habría gustado echarse a los brazos de William, desvelarle su secreto y pedirle que la ayudara a encontrar a Arne.

—En realidad yo tampoco estoy para muchas risas —dijo William en voz baja—. Nuestra

aventura se acerca irremediablemente a su final. Aunque me alegro mucho de que nos hayamos reencontrado. Pero mañana o pasado mañana a más tardar tendremos que despedirnos definitivamente.

La tristeza sincera de su voz emocionó a Emilie. En ese momento fue plenamente consciente por primera vez de que William se había convertido en un verdadero amigo.

—A mí tampoco me apetece regresar a casa —dijo.

Él le buscó la mirada.

—Fuguémonos. Podríamos colarnos en un vapor como polizones y viajar a América. O enrolarnos en un carguero ruso. Nunca he estado en el país de los zares. Y quién sabe cuánto durará.

Emilie se echó a reír imaginándose a los dos cruzar el Atlántico escondidos entre toneles y sacos o matándose a trabajar como grumetes.

—Siempre consigues animarme. Me gusta eso de ti.

William frunció el ceño y se dispuso a replicar.

—Bueno, ya hemos llegado —

exclamó el marinero, acercó el bote lateralmente al muro del muelle y lo amarró a un poste con un cabo. Después de que sus pasajeros desembarcaran, volvió a zarpar de inmediato.

»Traeré vuestro equipaje más tarde —gritó—. Volvéis a alojarnos en el Grand Hôtel, ¿verdad?

William asintió y dijo a Emilie:

—No debería haber ningún problema para alojarte allí también.

Se miró de arriba abajo. Llevaba los pantalones y la

chaqueta destrozados y sucios de polvo de grava, hollín y manchas marrón rojizo causadas por la sangre de Arne. Si a eso le sumaba el cabello apelmazado por el aire salino del mar, la piel quemada por el sol y las manos callosas con uñas que pedían a gritos que las lavaran, seguro que la imagen que ofrecía habría hecho a su madre sacar sus sales con gesto indignado.

—No tengo pinta de Grand Hôtel precisamente. Más bien de cueva de ladrones. Y como todas mis cosas se han quedado

en Spitsbergen...

—Yo te prestaré algo —
terminó William su frase—. Deje una maleta con ropa en el hotel y tengo trajes y camisas más que suficientes. Te quedarán un poco grandes, pero te irán bien.

—¡Gracias! —dijo Emilie.

—Y si necesitas dinero... no tengas reparo en pedírmelo —
prosiguió William—. Estaré encantado de prestarte un poco.

—Me temo que tendré que aceptar tu oferta —respondió—. No llevo ni un solo øre conmigo.

Un golpeteo a su espalda hizo que Emilie se volviera.

—Permítame cubrir sus gastos —dijo el alférez Poske, que había chocado los talones y se había colocado ante ella en posición firme.

—De ningún modo. ¿Por qué iba a hacerlo? No puedo aceptarlo —replicó ella, mirándolo perpleja.

—Se lo pido por favor —insistió—. Permítame darle las gracias con este pequeño gesto. No abandonó a sus compañeros y les salvó la vida, poniéndose usted mismo en

grave peligro.

Se cuadró ante ella y se alejó en dirección al centro de la ciudad. El sargento Kuhn, que había permanecido un paso por detrás del alférez, hizo un gesto con la cabeza a Emilie acompañado de una mirada de reconocimiento y lo siguió. Antonio ya se había adelantado.

—Debe de haberle costado un gran esfuerzo a Poske reconocerlo —dijo William.

—¿Por qué os he salvado la vida?

—El disparo con el que abatiste al oso nos condujo de

nuevo en la dirección correcta —explicó William—. Nos habíamos desviado porque el alférez quería cazar el oso polar a toda costa. Y en la meseta nos desorientamos por completo.

—Por eso lanzasteis la bengala de señalización —dijo Emilie.

—Exacto. Yo también estoy muy agradecido de que Arne y tú reaccionarais tan rápido. Es una verdadera lástima que no pueda darle las gracias en persona.

A Emilie se le encogió el estómago. ¿Dónde estaría

Arne? ¿Qué tal se encontraría? La idea de tener que marcharse de la ciudad sin volver a verlo o al menos saber si estaba bien le parecía insoportable.

De camino al hotel, situado en Storgata 44, hicieron una parada en la oficina de correos, donde Emilie encontró una carta de su tía. Sintió una punzada al ver la caligrafía familiar. La alegría por la carta de Fanny se mezcló con la melancolía de saber que venía de un mundo al que tendría que regresar en pocos días. Mientras

esperaba a William, que quería enviar un telegrama a casa, leyó la carta.

Breslau, 22 de junio de 1907

Querido Max:

Disculpa que hoy solo te envíe unas pocas líneas. Estoy escribiendo un diario de viaje muy detallado que te dejaré leer encantada para que te hagas una idea de las experiencias que hemos vivido tu hermana y yo en las últimas semanas.

Emilie rio entre dientes. Fanny estaba realmente en todo. Gracias a sus anotaciones, podría hablar a sus padres y a otros interesados de forma ilustrativa y detallada acerca del recorrido por las ciudades que supuestamente había visitado con su tía.

Dentro de poco Emilie y yo saldremos hacia Hamburgo, adonde llegaremos a finales de mes, más o menos al mismo tiempo que tú. Nos alojaremos en el

mismo hotel que antes de tu partida. Avísame lo antes posible cuándo y con qué barco llegarás. Emilie y yo estamos ansiosas por saber cómo te ha ido por el Ártico y tenemos muchas ganas de volver a estrecharte pronto en nuestros brazos (esperemos que sano y salvo).

Con mucho cariño,

tu FANNY

Emilie dobló el papel y estaba

a punto de metérselo en el bolsillo cuando de repente se llevó un gran susto. ¿A qué se refería su tía con «a finales de mes»? La fecha no dejaba lugar a dudas: ¡Fanny la esperaba en Hamburgo a finales de junio! Miró inquieta el calendario que colgaba junto a un reloj de pared en la oficina de correos. ¡Llevaba un retraso de dos semanas! Se precipitó hacia el mostrador de telégrafos y le pidió al empleado que transmitiera el siguiente mensaje a Hamburgo:

Llegada del invierno
retrasó salida de
Spitsbergen +++ estoy
bien +++ reservaré
próximo pasaje
disponible +++ aviso
desde el barco +++
saludos, Max.

William estaba en lo cierto al suponer que no habría problemas para que Emilie consiguiera una habitación en el Grand Hôtel. Para su alivio, tampoco tuvieron nada que objetar a que *Lørdag* la acompañara. Cuando el portero

les estaba entregando las llaves a William y a ella, el sargento Kuhn bajó por la escalera.

—Qué bien que les encuentro aquí —dijo—. Me disponía a dejarles un mensaje. El alférez Poske ha reservado una mesa para esta noche en el restaurante del hotel. Espera que le hagan el honor de cenar con nosotros y el señor Lancetta para celebrar el feliz desenlace de nuestro viaje a Spitsbergen y la inminente despedida.

—El honor será nuestro —respondió William en tono marcadamente formal.

— Bien, entonces informaré de que acudirán — dijo el sargento —. Si me disculpan, tengo que ir al puerto a asegurarme de que las cámaras se envían de vuelta a la Agencia de fotografía Carl Oswald Bulla, a San Petersburgo. — Se inclinó ante Emilie—. Además, el alférez me ha encargado que lleve la piel del oso polar al peletero, que la preparará y más tarde la enviará a su casa.

— Oh, qué atento por su parte — dijo Emilie—. Espere un momento, le apuntaré la dirección de mi cuñada. La piel

es para ella.

Después de que el sargento se marchara del vestíbulo del hotel, Emilie puso los ojos en blanco y dijo:

—Vaya, me temo que la cena será más bien estirada.

—Sí, pero difícilmente podemos rechazar la invitación —dijo William.

—Por desgracia tienes razón, se sentiría terriblemente ofendido si le diéramos plantón —respondió Emilie.

—¿Crees que nos retaría a un duelo? —preguntó William, desenvainó una espada

imaginaria y se puso en guardia.

Emilie sonrió burlona.

—No me extrañaría.

—No deberíamos molestarlo
—dijo William, adoptando un
gesto serio—. Aunque solo sea
por tu hermana.

Emilie tragó saliva. Había
olvidado por completo la
intención de Ottokar Poske de
pedir su mano.

—¿Qué te parece si después
nos vamos los dos un poco de
juerga y exploramos la vida
nocturna de Tromsø? —
propuso William.

Emilie levantó los hombros.

Le apetecía más aprovechar el tiempo que le quedaba allí buscando a Arne. No quería ni podía aceptar la idea de no volver a verlo antes de regresar a Alemania. Aunque solo fuera para averiguar si no quería saber nada más de ella. Si era así, quería oírse lo decir en persona.

—Nunca he estado en una auténtica taberna de puerto. Sería un final digno de nuestra aventura —continuó William.

—No estoy seguro —respondió vacilante Emilie.

Se imaginó en tugurios oscuros, atosigada por

prostitutas de atuendo ligero que le ofrecían sus servicios, acompañada por hombres toscos y borrachos de puños ligeros a quienes cualquier excusa les parecía buena para pelearse.

William sonrió.

—Prácticamente puedo oírte pensar. No tengas miedo, no tengo intención de visitar establecimientos de dudosa reputación. Y en estas noches tan claras no corremos peligro de que nos atraquen y nos roben.

Emilie apartó la mirada

avergonzada. Le resultaba embarazoso que hubiera adivinado sus temores.

—Venga, anímate —dijo William.

¿Qué podría suceder?, pensó Emilie. Era mucho mayor el riesgo de reprocharse para siempre haber rechazado la propuesta de William. No podía desaprovechar esa oportunidad única de echar un vistazo a lugares en los que una mujer decente nunca entraría. Efectivamente era un final digno de su aventura personal.

—¡Me apunto! —dijo Emilie,

sintiéndose muy osada.

Tromsø, agosto de 2013

A principios de agosto Hanna estaba de nuevo en un avión rumbo a Noruega. En cuanto se apoyó en el asiento acolchado después de embarcar, la agitación y la tensión de los últimos días desaparecieron. Había supuesto mucho trabajo

organizarlo todo para asegurarse de que Thorsten estuviera bien atendido las siguientes semanas en lo relativo a la rehabilitación. Hanna se había quitado un gran peso de encima al saber pocos días después de la operación que una parálisis permanente en sus piernas estaba descartada. Se recuperaría completamente y volvería a trabajar, aunque tardaría unos meses.

Había convencido a Lukas de que podía regresar a su proyecto de ayuda humanitaria en Bolivia con la conciencia

tranquila. Gracias a Skype y al correo electrónico también podía permanecer en contacto estrecho con su padre desde allí. Mia, cuya rabia hacia Thorsten había desaparecido rápidamente, como era de esperar, había prometido visitarlo a menudo. Y Hanna se había volcado con energía en llevar a cabo las formalidades y en aclarar la situación financiera para poder volar a Tromsø lo antes posible y hacer realidad su propósito de investigar la momia del glaciar. Ocultó a los demás que allí le esperaba un

hombre. Así sería por ahora. Era asunto suyo. No debía rendir cuentas a nadie y así podría decidir por sí misma tranquilamente qué había entre ella y Kåre.

Thorsten había rechazado indignado la propuesta de Hanna de vender la casa de Sulzbach-Rosenberg para pagar los gastos de los tratamientos necesarios y la elevada cuota diaria de la clínica. Sin embargo, se había mostrado de acuerdo con alquilarla temporalmente. Incluso sabiendo que en el futuro viviría solo en ella la

mayor parte del tiempo, no contemplaba renunciar a su hogar. Aunque solo fuera por amor a su jardín. La idea de perderlo parecía resultarle mucho más dolorosa que el final de su matrimonio. Hanna se había sentido sorprendida y aliviada, pero también algo molesta al ver lo rápido que había accedido a su petición de divorcio. Por un lado se alegraba de haberse ahorrado las escenas melodramáticas, pero por otro lado le dolía un poco que él hubiera aceptado sin más su decisión, sin un solo

intento serio de hacerla cambiar de opinión. Tampoco le había preguntado por los motivos.

Al contárselo a Heiko por teléfono, este se había echado a reír.

— ¿Por qué se iba a comportar al final de vuestro matrimonio de forma diferente que en su transcurso? Sinceramente, ¿en algún momento sentiste que Thorsten se interesara realmente por tus necesidades, tus sueños o por lo que esperabas de la vida?

No había necesitado pensarlo mucho para responder

negativamente a su pregunta; un detalle que eliminó el último resquicio de duda que pudiera tener.

Hanna miró por la ventanilla del avión de pasajeros y respiró profundamente. Era curioso lo silenciosa y casualmente que había terminado una relación tan larga. Como si un día desecháramos una prenda de ropa raída que lleváramos mucho tiempo sin ponernos, pero que hubiéramos guardado en el armario por nostalgia, y, al hacerlo, nos preguntáramos por qué no lo habíamos hecho

mucho antes. De pronto se sentía tan ligera y tan libre como si hubiera soltado lastre y pudiera elevarse por los aires sin necesidad de un avión.

Siete horas más tarde saludó con la mano a Kåre, que la esperaba en el vestíbulo de llegadas del aeropuerto Langnes Lufthavn. Dejó su maleta de ruedas y corrió hacia sus brazos extendidos, que la estrecharon con fuerza.

— ¡Cuánto he deseado este momento! — dijo en voz baja.

— Pues anda que yo —

respondió Hanna, se apartó un poco de él y lo besó en la boca.

—Has traído el buen tiempo —dijo Kåre cuando salieron al aparcamiento.

Hanna miró hacia el cielo, atravesado por nubes oscuras que se reflejaban en los charcos sobre el asfalto. De vez en cuando un par de rayos de sol asomaban por pequeños huecos. El viento fresco hizo que se cerrara la cremallera del anorak tiritando de frío. Estaban a doce grados centígrados como máximo. En Murnau los días anteriores a esa

hora de la tarde la temperatura era unos quince grados largos más alta.

—Eres realmente fácil de contentar —dijo—. No quiero ni saber cómo defines el mal tiempo, o incluso el terrible.

Kåre se echó a reír.

—Ha llovido mucho estos últimos días. Así que un descanso siempre es una alegría. —Cargó su equipaje en el maletero del coche—. Y según la predicción del tiempo, mañana volverá a llover, así que quería preguntarte si te apetece hacer una pequeña excursión

ahora mismo. O quizá primero prefieres...

—No —lo interrumpió—. Es una idea magnífica. Después de tanto tiempo sentada me vendrá bien moverme un poco. Y sobre todo el aire fresco. Estos últimos días apenas he salido al exterior.

—Bien —dijo Kåre—. Entonces te enseñaré mi ciudad desde arriba esta vez.

Desde el aeropuerto, situado al oeste de Tromsøya, atravesaron la isla pasando junto al Prestvannet hasta la orilla oriental, al centro de

Tromsø. Desde allí cruzaron el estrecho por un puente en forma de arco con delgadas columnas hacia Tromsdalen, en el continente. Sobre la Catedral del Ártico, cuya arquitectura en forma de témpanos de hielo ya había fascinado a Hanna en su primera visita, se elevaba la montaña de la ciudad. Kåre aparcó el coche delante de la estación del teleférico Fjellheisen y se acercó con Hanna al camino de Solivegen, que conducía a la montaña de Storsteinen dibujando una amplia curva. Primero

atravesaron un luminoso bosque de abedules, que pronto dio paso a arbustos bajos y matas robustas que podían hacer frente al riguroso clima de la meseta.

Una vez llegaron arriba, Kåre extendió sobre una roca plana una pequeña manta que había llevado enrollada bajo el brazo. Se sentaron acurrucados uno junto al otro hacia el fiordo y disfrutaron en silencio durante un par de minutos de la vista de la ciudad, con sus numerosas zonas verdes y las cordilleras que se alzaban tras ella. El

manto de nubes se había abierto, un arcoíris relucía en la distancia y los rayos de sol centelleaban en el agua.

—Tengo la impresión de estar sentada en una postal de un lugar idílico —dijo Hanna después de un rato—. Es tan bonito que parece irreal.

—En realidad deberías estar acostumbrada —comentó Kåre—. Baviera está lleno de rincones pintorescos.

—Es cierto. Pero esto es único. Nunca antes había estado en una ciudad situada en una isla en el mar que al mismo

tiempo estuviera rodeada por montañas cubiertas de nieve — respondió Hanna. — Se arrimó más cerca entre sus brazos—. ¿Así que creciste aquí y nunca has vivido en ningún otro lugar?

—No, y tampoco he sentido nunca la necesidad de mudarme a otra ciudad. En los últimos años he pasado mucho tiempo de viaje en expediciones, pero no me imagino sentirme como en casa en ningún otro lugar. — Giró la cabeza para mirar a Hanna a los ojos—. ¿Te parece raro?

—No, en absoluto. Si uno encuentra un lugar en el que se siente a gusto, ¿por qué iba a abandonarlo?

Kåre sonrió.

—Y cada vez que regreso de un viaje, lo primero que hago es subir aquí arriba.

Hanna sonrió.

—Pues es un honor que también me hayas traído aquí en cuanto he llegado. Me hace muy feliz.

—Tenía muchas ganas —respondió Kåre—. Y ahora tengo curiosidad por saber si te gustará mi casa.

Estaba situada por encima del centro de la ciudad, en Møllenberg, una tranquila calle residencial, y se correspondía con la imagen que tenía Hanna de las casas escandinavas: madera blanqueada, tejado de ripias y postigos verdes en las ventanas, a través de las cuales se veía el interior porque no había cortinas, algo que confería al conjunto un aire invitador que encajaba con su dueño.

Kåre se adelantó a Hanna por el pequeño jardín delantero y abrió la puerta de la casa. En el

pasillo, una escalera a mano izquierda justo al lado del perchero conducía al primer piso. Sobre el zapatero había un teléfono cuyo contestador parpadeaba. Kåre lo miró.

—Perdona, pero tengo que devolver la llamada. Ve echando un vistazo si quieres.

Cogió el teléfono de la base y se retiró a su despacho, situado enfrente del salón al otro lado del pasillo. Hanna se quitó el abrigo y los zapatos y obedeció a Kåre.

El salón estaba inundado de luz gracias a un gran ventanal

que daba al jardín trasero. El papel claro de la pared y los muebles de fresno con finas vetas acentuaban esta impresión. Todo parecía nuevo y poco utilizado. En un extremo de la sala había un sofá y una butaca frente a una chimenea de piedra; en la estantería de la pared de enfrente, además de numerosos libros y discos, había varias fotos enmarcadas. Y un gran tomo con la cubierta hacia delante que llamó la atención a Hanna por su título en alemán: *Antiguas granjas en la Noruega*

de los fiordos. El texto de la solapa le reveló que la fotógrafa Lisa Wagner era originaria de Fráncfort pero ahora vivía en Nordfjordeid.

—Ah, has descubierto el rincón familiar —dijo Kåre, que había terminado de hablar por teléfono y estaba en la puerta del salón.

Hanna se volvió hacia él.

—¿Lisa Wagner es familia tuya? ¿Cómo es eso?... Dame una pista.

Kåre se acercó a ella y cogió una foto enmarcada en la que un grupo de personas delante

de una granja rodeaba a una mujer mayor que miraba erguida y con ojos brillantes en el centro. La señaló con el dedo índice.

—Esta es mi madre Mari. Junto a ella está mi hermana Bente.

Hanna se inclinó sobre la foto.

—Os parecéis mucho.

Kåre asintió y prosiguió:

—La morena delicada que tiene delante es su hija Nora.

—¿La que viaja constantemente entre Oslo y Laponia? —preguntó Hanna.

—Exacto. Y la rubia larguirucha que la rodea con el brazo es su prima Lisa, que vive desde hace tres años en la granja Karlssen. Su madre también era hija de Mari y estuvo casada con un alemán.

—¡Qué interesante! —dijo Hanna—. ¿Cuándo fue eso?

—Durante la guerra. Mi madre se enamoró de un joven soldado alemán destinado en Nordfjordeid.

—Vaya, seguro que no lo tuvo fácil —comentó Hanna—. Me refiero a que seguro que su familia no se alegró mucho,

¿no?

— ¡Y que lo digas! Ese capítulo se silenció completamente. Por eso nosotros tampoco nos enteramos hasta que Lisa salió en busca de sus raíces noruegas. Su madre fue adoptada después de la guerra, pero se lo ocultó a Lisa toda la vida. No se enteró hasta después de su muerte.

— La historia de vuestra familia tiene lo suyo — dijo Hanna—. ¿Y cómo encontró Lisa a sus parientes noruegos?

Kåre sonrió de medio lado y señaló el libro de fotografía.

—Esa fue su excusa para recoger información de los granjeros de la zona sin llamar la atención.

—¿Excusa? —preguntó Hanna extrañada.

—Lisa actuó con mucha cautela. No quería molestar a nadie o abrir viejas heridas. Por eso puso como pretexto que quería fotografiar antiguas granjas.

—Muy inteligente —dijo Hanna—. Sobre todo porque el resultado está ahí. Las fotos son magníficas.

—Sí, a mí también me gusta

mucho el trabajo de Lisa. El cuadro sobre la chimenea también es suyo.

Hanna giró la cabeza y contempló la foto de gran formato que mostraba olas enormes rompiendo contra escarpados acantilados. La luz del sol bajo se refractaba en los miles de perlas de agua de la espuma y daba un aire mágico a la escena.

—Impresionante —dijo Hanna. Titubeó un instante antes de preguntar—: Todo parece muy nuevo aquí dentro. Es la casa de tus padres, ¿no?

¿No heredaste nada?

Kåre sonrió.

—Tendrías que haber visto esto hace dos años. Mi sobrina Nora creyó que acababa de mudarme. Lo cierto es que después de que mi padre muriera lo reformé todo y tiré algunos muebles que estaban completamente deteriorados. Pero aún conservo su escritorio, está en el despacho. Y una bonita cómoda antigua de mi madre arriba en el dormitorio. —Miró pensativo a su alrededor—. Es curioso pensar que durante mucho

tiempo no me di cuenta de lo poco hogareña que era mi casa. Lo único que me importaba era la cocina, prácticamente vivía en ella. Seguramente se debe a que viajaba mucho. —Se encogió de hombros—. Aunque es posible que me escaqueara de acomodarme porque entonces habría sido consciente de lo solo que estaba.

—Pero ¿eso ha cambiado desde que has retomado el contacto con tu hermana y el resto de la familia?

—Exacto. Ahora es importante para mí tener un

hogar agradable al que poder invitarlos. —La tomó de la mano—. Y en el que tú te sientas a gusto. Ven, te enseñaré el resto.

Al final del pasillo estaban la cocina y el comedor, unidos a través de una ventana abierta en la pared. El comedor estaba amueblado con una mesa en la que cabían de seis a ocho personas y un espacioso aparador. Hanna sonrió al ver la cocina.

—A primera vista se nota que aquí vive un entusiasta de la cocina. Está magníficamente

equipada. Y además es acogedora.

—¿A ti también te gusta cocinar? —preguntó él.

—¡Oh, sí, mucho! —respondió.

—¡Qué bien! Si te apetece, mañana podríamos preparar juntos una cena para Leif y Line. Y para Bengt, si es que está en la ciudad.

—Recuerdo que les invitaste —dijo Hanna.

—Sí, a modo de pequeño agradecimiento por su hospitalidad en el campamento de Spitsbergen.

—Sí, fueron muy amables. Me alegro de que podamos corresponderles juntos —dijo Hanna.

Kåre salió de la cocina y condujo a Hanna al primer piso.

—Hay otro motivo para invitarlos. Y tiene que ver con nuestro muerto en el glaciar.

Hanna se paró en la escalera.

—¿Y eso?

—La investigación forense ya ha terminado. El hombre murió porque se partió la nuca al caer en la grieta. Así que puede descartarse la culpa ajena. El

momento exacto de la muerte no puede determinarse así sin más, al menos no con métodos asequibles. Parece que murió entre 1900 y 1910.

—Ajá —dijo Hanna—. ¿Y cómo pueden ayudarnos Leif y Line?

—Un antepasado de Leif viajaba mucho por esa zona en aquella época. Cuando les conté que planeabas escribir un reportaje sobre la momia y querías intentar investigar las circunstancias de su muerte, prometió rebuscar entre los viejos papeles de la familia.

Quizás encuentre algo que te ayude.

—Eso sería fantástico.
¡Muchas gracias! —dijo Hanna.

Kåre abrió una puerta, hizo un gesto invitador con la mano y dijo en tono exageradamente oficial:

—Y aquí pueden ver la central de la unidad operativa «El muerto en el hielo».

Hanna rio entre dientes.

—Suenan genial. Como el título de una novela negra.

Miró a su alrededor y tragó saliva. Era como si ella misma hubiera decorado la habitación

a su gusto. Era cuadrada y el suelo era de parqué oscuro. A la izquierda de la puerta, a los pies de un sofá acolchado que invitaba a pasar horas leyendo cómodamente, había una piel clara de reno. Encima del sofá Hanna vio un póster enmarcado en el que reconoció los glaciares del fiordo de Kongs y las cumbres de las Tre Kroner. Bajo la ventana, frente a la puerta, había un escritorio y una silla giratoria de aspecto cómodo. En la pared de al lado había otra mesa más grande. Sobre ella colgaba una

estantería estrecha y un mapa de Spitsbergen.

—No sé qué... nunca había tenido un... —balbuceó Hanna y sintió la garganta seca.

Kåre señaló la mesa grande.

—Pensé que sería muy práctica para extender el material de investigación. Pero si te molesta... o si prefieres otro cuadro...

—¡No, es absolutamente perfecta!

Rodeó a Kåre con los brazos y lo estrechó con fuerza.

55

Tromsø, julio de 1907

Tal y como se temía Emilie, la cena a la que Ottokar Poske había invitado al grupo reducido de la expedición resultó ser extremadamente tensa. El alférez insistió en dar un discurso en su acostumbrado tono patético,

que acabó con un brindis por el emperador y la patria. No pareció importarle que Antonio y William pudieran sentirse ofendidos. Su actitud arrogante resultaba embarazosa a Emilie. Al ver la sonrisa divertida de William, se relajó. Si él no estaba ofendido, no tenía por qué avergonzarse tanto. Y por suerte Antonio no entendía una sola palabra. El italiano sonreía ausente y era muy posible que estuviera trasteando mentalmente en otro de sus inventos. El sargento Kuhn era el único que escuchaba la

perorata de Poske con gesto concentrado y en algunos momentos expresaba su aprobación asintiendo satisfecho.

En cambio Emilie tuvo que contenerse varias veces para no bostezar con ganas. Lo que al menos tuvo la ventaja de dar cierta credibilidad a su excusa para retirarse a su habitación justo después del postre: que estaba terriblemente cansada y que después de aquellos días agotadores necesitaba volver a dormir toda la noche de un tirón. Poco después William y

ella se deslizaron por la puerta trasera del hotel y pusieron pies en polvorosa riendo traviosos, como dos niños que hubieran hecho novillos o que hubieran escapado felizmente de la vigilancia de una estricta institutriz. *Lørdag* saltaba a su alrededor meneando la cola y exploraba el nuevo entorno olfateando con curiosidad.

En cuanto perdieron de vista el hotel, redujeron el ritmo y pasearon por la ciudad. Emilie se sorprendió buscando con la mirada a Arne y preguntándose por qué no intentaba reunirse

con ella. Al contrario que ella, él sabía dónde encontrarla. ¿Qué había significado aquella última mirada en el bote? ¿Tanto se había equivocado con él? ¿O el afecto que le había mostrado inequívocamente después del ataque del oso polar había desaparecido al curarse? La incertidumbre la torturaba.

William y Emilie se detenían una y otra vez y examinaban las muestras de las tiendas, que no solo exponían sus artículos en los escaparates, sino que a menudo las extendían sobre

mesas ante los establecimientos. Emilie observó asombrada la abundancia casi infinita de pieles, colmillos de morsa, cornamentas de alce y reno, orejas y barbas de ballena, apéndices maxilares de peces espada, fósiles y piedras preciosas, así como de tazas de madera tallada, cuchillos con mangos de concha y bisutería de filigrana de plata, elaborados por los lapones de la zona.

Señaló un broche redondo forjado a partir de docenas de plaquitas.

—Eso me... ehh, quiero decir,

eso le gustaría a mi hermana.

William sacó su monedero.

—Entonces llévaselo de recuerdo. Como ya te he dicho antes, no me importa en absoluto prestarte un poco de dinero.

—Es muy amable por tu parte. Pero no sabría cómo devolvértelo —dijo Emilie y siguió caminando con rapidez antes de que William insistiera con su oferta.

En Storgata, que se extendía de norte a sur, así como en las plazas de mayor tamaño, reinaba una intensa actividad; o

al menos así se lo parecía a Emilie después de la soledad y el silencio de Spitsbergen. Sin embargo, en comparación con el barullo de las grandes avenidas de Berlín, el ambiente ante la catedral de madera y en la plaza del mercado y el ayuntamiento era apacible: damas acicaladas paseaban junto a sus esposos, jóvenes muchachas caminaban cogidas del brazo de a dos o a tres cuchicheando, niños pequeños jugaban al pilla pilla o empujaban aros con bastones, y los perros rodeaban a saltos a

los ciclistas entre ladridos y cazaban gaviotas. William se detuvo ante una fonda en el muelle.

— Este local me lo recomendó uno de los marineros del *Isflak*. Al parecer es una típica taberna de marineros, muy frecuentada por la gente local y los viajeros polares.

Emilie se esforzó por poner un gesto relajado, mientras el corazón se le empezaba a acelerar.

William añadió con un guiño pícaro:

— Y totalmente respetable. De

eso se encarga al parecer la dueña, una viuda resuelta que se hizo cargo del local a la muerte de su marido.

—Bueno, pues para adentro, como se suele decir — respondió Emilie, empujó la puerta y cedió el paso a William con una exagerada reverencia.

Con dos jarras de cerveza que habían pedido en la barra, se sentaron en una pequeña mesa en un rincón desde el que veían toda la sala. *Lørdag* se echó a sus pies y dio una cabezada. Emilie, que a pesar de las afirmaciones de William

esperaba risas cerveceras, vasos pringosos, personajes dudosos, mucho alboroto, balbuceos de borracho y peleas, casi estaba un poco decepcionada por lo limpios que estaban el suelo y el mobiliario y por el discreto comportamiento de los clientes, hombres exclusivamente. Aparte de algunos gritos y risas aislados, el volumen era bajo y el trato amable. El humo de los puros y las pipas, que gozaban de mucha popularidad, enrarecía bastante el aire, pero el ambiente podía haber sido un poco más turbio para el gusto

de Emilie.

— La cerveza, por cierto, es de Mack, una cervecera fundada en Tromsø hace exactamente treinta años por un compatriota tuyo — dijo William después de brindar con ella.

— Entonces después deberíamos tomar algo inglés, un brandy por ejemplo, para regar como es debido nuestra amistad — dijo Emilie, sonriendo a William.

Constató sorprendida que este se sonrojaba y la miraba con timidez, incluso vergüenza.

— ¿He dicho algo malo? —

preguntó.

—No, al contrario. Me alegro de que me consideres tu amigo —dijo William en voz baja.

Parecía debatirse entre seguir hablando o no y la miró directamente a los ojos.

—Me siento halagado de que... —comenzó a decir Emilie, a quien le resultaba algo incómodo que William actuara con tanta solemnidad y seriedad.

Este le puso la mano sobre el antebrazo como de pasada y soltó en susurros:

—Es más que amistad lo que

siento por ti.

Emilie se quedó petrificada. Al parecer su disfraz de hombre y su actuación habían sido mucho peores de lo que esperaba. William ya era el segundo que la descubría.

—Desde cuándo sabes que no soy...

William volvió a interrumpirla.

—Oh, lo sospeché enseguida. Fue entre otras cosas por tu sensibilidad y tu empatía. —Se inclinó, acercándose a ella—. ¿Puedo conservar la esperanza de que mis sentimientos sean

correspondidos?

—Quieres decir que... ehh... eso significa que... te has enamorado... —balbuceó Emilie.

—¿No es evidente? —preguntó William—. Sí, me he enamorado.

—Oh... bueno... me temo... que yo... —Emilie hizo acopio de valor—. Lo siento, pero mi corazón ya pertenece a otro.

William levantó las cejas.

—Me ha llevado mucho tiempo reconocerlo. Pero amo a Arne —continuó.

—¿Arne? —exclamó William.

—Shh, ¡no tan alto! —le pidió

Emilie.

—¿Te refieres a Arne, el vikingo? —insistió William en voz baja.

—Sí, ¿a quién si no? —preguntó Emilie, algo desconcertada por la perplejidad de William.

—¡Pero si a él no le interesan los hombres!

—Bueno, eso espero —respondió Emilie, y miró fijamente a William con los ojos como platos.

—¿Por qué lo esperas? —preguntó desconcertado.

Al mismo tiempo dijo ella:

—¿Quiere eso decir que no te habías dado cuenta de que soy una mujer?

—¿Tú, una mujer? Esto es cada vez... —William miró a Emilie de arriba abajo—. No, no puede ser, me habría...

Se dejó caer sobre el respaldo de la silla sacudiendo la cabeza.

Emilie cogió su jarra de cerveza y bebió un buen trago. «Madre mía —pensó—. ¿Dónde me he metido? ¡William es homosexual! ¡Y se ha enamorado precisamente de mi papel de hombre!» Los recuerdos más diversos se le

agolparon en la mente.

De niña había aceptado sin dudarle la convicción de su católica abuela paterna, que creía que el amor entre personas del mismo sexo era un pecado antinatural y obra del diablo. Aunque por aquel entonces a Emilie eso le decía tan poco como el amor sagrado entre dos cónyuges.

Sus padres, y sobre todo su hermano Friedrich, también compartían ese rechazo, aunque fuera por otros motivos. Compartían la extendida opinión de que los hombres de

tendencias homosexuales tenían un carácter débil y degenerado, y que la mayoría de la sociedad los aislaba con razón.

En el internado, Emilie se había enfrentado por primera vez a una opinión diferente. Una de las profesoras más jóvenes había llamado su atención sobre las investigaciones del jurista Karl Heinrich Ulrich, que partía de la base de una predisposición natural y no patológica que él definía como «alma femenina en un cuerpo masculino». Además les había explicado el origen de

la palabra «homosexual», acuñada pocas décadas atrás por un escritor austriaco basándose en la palabra griega para «igual», *homós*, y la palabra latina para «sexo», *sexus*. La profesora no había ocultado su actitud tolerante, lo que le había reportado una dura reprimenda de la directora, que no quería que sus protegidas oyeran hablar de semejantes temas.

Sin embargo, aquello había despertado irremediablemente el interés de Emilie por ese tabú. Cada vez se topaba con más señales de que esos

«blandengues pervertidos», como los llamaba Friedrich, desempeñaban un papel notable en muchos ámbitos de la sociedad. Incluso en el entorno más cercano del emperador. Recordó fragmentos de conversaciones de varias comidas familiares recientes que giraban en torno al príncipe Eulenburg.

En 1906 un periodista ya había acusado repetidamente a uno de los más íntimos confidentes del emperador —y de su círculo de amigos— de haber desviado a Guillermo II

del rumbo viril de Bismarck, y de haberlo convencido de acobardarse ante el riesgo de una guerra y haber puesto así en peligro el poder y la reputación de Alemania, un despropósito a ojos de los rígidos nacionalistas. Después había iniciado una campaña en contra del confidente de Guillermo en la que lo acusaba de ser homosexual, un comportamiento que la ley consideraba un abuso y que se castigaba con penas de prisión.

El caso también se había discutido en las veladas en casa

de la tía Fanny. Mientras que los diplomáticos del entorno del tío Addy se mostraban preocupados por la reputación del emperador, que también se vería afectado sin remedio por el escándalo inminente, otras voces se habían alzado pidiendo la derogación del desacreditado párrafo 175. La propia Fanny había citado al diputado socialdemócrata Bebel, que había presentado una iniciativa en el Parlamento y al hacerlo había advertido que solo en Berlín se necesitarían dos cárceles más si los

tribunales quisieran juzgar todos los crímenes cometidos según el párrafo 175.

— ¡Max, di algo, por favor!

La voz de William se abrió paso en el torbellino de pensamientos de Emilie. Levantó la mirada y vio dos ojos que reposaban temerosos sobre ella. William estaba pálido y parecía tan vulnerable que sintió una punzada. ¿Acaso pensaba que lo delataría o lo denunciaría a la policía? ¿Tendría miedo de enfrentarse al mismo destino que su escritor favorito, Oscar Wilde?

Este había sido acusado y condenado por haber cometido abusos contra personas del mismo sexo. Después de dos años en el calabozo y de que sus obras fueran proscritas, había caído en desgracia y había muerto solo, sin recursos y lejos de su hogar.

—Perdóname, me ha sorprendido tanto que... — Emilie se detuvo y puso la mano sobre la suya—. ¡No te preocupes, por favor! ¡Mi relación contigo es exactamente la misma que hace cinco minutos!

—No... ¿no te doy asco...? —
comenzó a decir William.

Emilie levantó una mano.

—¡Pues claro que no! ¡No digas eso! ¡Jamás! ¡Lo digo en serio! —Le sonrió y después de una brevísima pausa dijo—: Lo mismo podría preguntarte yo a ti.

William suspiró y se relajó.

—¡Eres realmente maravilloso, Max! —Frunció el ceño y preguntó en voz baja—: ¿Me revelarás tu verdadero nombre?

—Emilie. Estoy aquí en representación de mi hermano

Max, por así decirlo.

— Parece una historia interesante — dijo William. Le tendió la mano—. Creo que es justo que te revele mi nombre completo. Me llamo William Lewis, Earl of Shropshire.

— Oh, ¿eres conde? — exclamó Emilie—. ¿Y por qué nos lo has ocultado?

— Por una vez quería viajar simplemente como William, libre de toda la parafernalia de la nobleza.

Emilie asintió.

— ¡Lo entiendo perfectamente! Has insinuado

varias veces que tus padres tienen grandes esperanzas depositadas en ti.

Y ninguna comprensión hacia sus inclinaciones, añadió en silencio. Porque como hijo único se esperaba que contrajera matrimonio de acuerdo con su nivel social y tuviera un heredero.

William asintió y se levantó.

—Necesito algo más fuerte que la cerveza para el susto. Espero que tengan un aguardiente o un brandy decente.

Emilie asintió y lo siguió con

la mirada hacia la barra. Allí le llamó la atención una figura enorme sentada en un taburete de espaldas a ella. Le resultaba familiar. No, no podía ser cierto, ¿verdad? Emilie no aguantó más en su sitio. Debía cerciorarse. Siguió a William, a quien le estaban sirviendo dos vasos de coñac de color castaño dorado.

—Mira quién está ahí sentado —susurró y le dirigió la mirada hacia el hombre.

—¡Pero si es Leonid! —dijo William—. ¿De dónde habrá salido este de repente?

—Bueno, yo no diría que de repente —intervino el camarero—. Viene todas las noches desde hace unas dos semanas.

Emilie se acercó al ruso.

—¡Buenas noches, señor Ladna!

Leonid se giró lentamente hacia ella y sus ojos tristes la miraron un momento sin entender nada, hasta que exclamó:

—¡Max!

Le dio un golpe en el hombro a Emilie con su zarpa y la miró radiante. Ella se encorvó un poco y contuvo un gemido de

dolor.

—¿Por qué lo llama Ladna?

—preguntó el camarero.

—Porque así fue como se presentó —respondió Emilie—. ¿No es su nombre?

—No, se llama Leonid Aronski.

—Qué extraño. —Emilie se volvió hacia William—. Tú le preguntaste cómo se llamaba.

—Sí, y también oí que decía Ladna.

—Probablemente fue un malentendido —dijo el camarero—. *Ladna* significa «de acuerdo» en ruso.

William se dio un golpe en la frente y sonrió.

—Y ya sé cómo pasó. Creo que Leonid estaba a punto de decir su apellido cuando nuestro suizo propuso que nos dirigiéramos unos a otros por el nombre de pila. Y entonces fue cuando dijo «de acuerdo».

—Pero eso significaría que entiende alemán —comentó Emilie y miró sorprendida a Leonid.

—Mmmm —gruñó este y asintió.

Cogió su vaso, en el que se agitaba un líquido incoloro,

brindó hacia Emilie y volvió a su silencio.

El camarero sonrió burlón.

—No, no es precisamente hablador. Aún no he conseguido saber por qué está aquí. Solo sé que de alguna manera llegó a Spitsbergen. Más bien por casualidad, si lo he entendido bien. —Se encogió de hombros.

—¿Habla ruso? —preguntó Emilie.

—Sí, más o menos. A menudo tenemos clientes rusos, marineros y comerciantes.

—¿Podría decirle al señor

Aronski que nos preocupamos mucho cuando desapareció?

El camarero asintió y habló un momento con Leonid. Después de servir cerveza a dos nuevos clientes, regresó donde Emilie y William.

—Siente mucho que se preocuparan. Ni siquiera desembarcó en Kings Bay, sino que se quedó en el *Isflak* como polizón y en el fiordo de Is se subió a un vapor con el que regresó a Tromsø.

—Pero ¿por qué? —preguntó Emilie.

—Porque no quedaba nada de

beber —respondió el camarero con una sonrisa irónica y se alejó para lavar vasos.

—Resulta que tus sospechas no iban tan desencaminadas —le dijo Emilie a William cuando regresaron a su mesa.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, después de que Leonid desapareciera, tú supusiste que podría haber salido en busca de alcohol.

—Lo recuerdo. Solo que yo pensaba que estaría de camino a Cross Bay para pedirle manutención líquida al príncipe de Mónaco. —Miró a Leonid y

sacudió la cabeza—. ¿Averiguaremos algún día quién es en realidad? No es fotógrafo. Y científico probablemente tampoco.

—Yo sospeché que se trataba de un golpista a la fuga —reconoció Emilie.

William levantó una ceja.

—Una idea interesante. En fin, me temo que nunca conoceremos su verdadera identidad.

—Desde luego no es el único que no es quien dice ser —dijo Emilie—. ¿Acaso hay alguien en nuestro grupo de chiflados

que lo sea?

William rio entre dientes.

—Bueno, yo creo que Antonio, efectivamente, no es más que un meteorólogo obsesionado con la tecnología. Y también me sorprendería que nuestro diligente alférez y su eficiente sargento resultaran tener misterios ocultos.

—Olvidas al suizo —dijo Emilie—. ¿Dónde habrá acabado?

—Cierto, ese también es un enigma y... —William se detuvo y exclamó—: ¡Max! ¿Qué te pasa?

Emilie sintió que empalidecía por completo. Veía puntos negros bailarle en los ojos. Se aferró a la mesa y miró fijamente hacia la puerta. Arne acababa de entrar en el local, enfrascado en una conversación con el hombre inquietante de la cicatriz que había merodeado la cabaña de Kings Bay y había destrozado la radio.

56

Tromsø, agosto de 2013

Kåre se había tomado el día libre después de la llegada de Hanna para poder ayudarla con la investigación. Después de un desayuno copioso, fueron en coche a la clínica universitaria del campus al norte de la ciudad, donde Kåre había

concertado una cita con el encargado del departamento de patología. Este los condujo a un sótano en el que conservaban la momia del hielo en un cajón de cristal. Al ver al muerto que tanto la había asustado al caer en la grieta del glaciar, sintió una mezcla de compasión y recelo. Allí, con sus ropas anticuadas, en el entorno estéril de la sala de azulejos blancos con fríos tubos fluorescentes, parecía fuera de lugar.

—¿Lo enterrarán una vez hayan terminado de

examinarlo? —pronunció la pregunta que le había surgido espontáneamente.

El patólogo la miró desconcertado. Posiblemente esperaba otras preguntas de una reportera en busca de una historia interesante.

—Para serte sincero, no lo sé. Pero no lo creo, al menos no por el momento. Más bien imagino que lo expondrán. Además, un cadáver tan bien conservado tiene un valor incalculable para investigadores árticos, médicos, historiadores y otros científicos.

Hanna asintió y apretó los labios. De pronto le parecía irrespetuoso considerar a aquel muerto un simple objeto de interés e investigación. Por otro lado tenía la sensación de que debía aclarar su muerte, tan solitaria y repentina, y devolverle su identidad si era posible.

—El *sysselmann* de Spitsbergen ordenó que se volviera a rastrear minuciosamente la zona del hallazgo —prosiguió el patólogo—. Al hacerlo encontraron una vieja arma

enterrada bajo la grava. El calibre de los cartuchos que el muerto llevaba en el cinturón encajan. Así que podemos suponer que era suya. Por desgracia aún no nos la han enviado. Parece que los movimientos de piedras la han arañado mucho, de manera que no han podido determinar la marca.

—¿Es un arma de caza? — quiso saber Kåre.

—Por lo que sé, sí.

—¿Un trampero? —preguntó Hanna.

—Mmmm, parece que no —

respondió el patólogo—. Desde luego no un trampero noruego o ruso, que se ganaban la vida cazando focas, zorros y osos y a menudo pasaban meses en la naturaleza. Tenía las manos muy cuidadas, era bastante corpulento y no estaba especialmente en forma. Además, su ropa es de calidad excepcional. Y la chaqueta es de Estados Unidos.

El patólogo se acercó a una mesa en la que había un portátil. Lo encendió e hizo clic sobre una carpeta con imágenes detalladas del muerto y de lo

que llevaba puesto.

—Aquí, ¿lo veis? Esta es la etiqueta del abrigo.

Señaló una etiqueta con una oveja que colgaba de un lazo atado a su barriga.

—Es el logotipo de Brooks Brothers —dijo Kåre—. Sigue existiendo. Una tienda de ropa para caballeros de Nueva York.

—Quizás el muerto fuera un turista americano adinerado —reflexionó Hanna—. Entonces la prensa informaría de ello en su día. Y seguro que hay una denuncia de desaparición.

Kåre se frotó las manos.

—Cada vez entiendo mejor por qué te gusta tu profesión. Ven, sé dónde continuar con nuestra búsqueda.

—Espera —le pidió Hanna, y le preguntó al patólogo—: ¿Sería posible obtener una copia de las fotos? Así podríamos revisarlas tranquilamente más tarde sin tener que seguir robándote tiempo. Quizá se nos ocurra alguna otra cosa que nos ayude.

—Sí, puedo copiártelas —respondió.

—¡Genial, muchas gracias! —dijo Hanna, y rebuscó un cable

de USB en su bandolera para copiar los datos directamente del ordenador a su teléfono.

Kåre y ella salieron del recinto de la universidad y entraron en la ciudad para dirigirse al Instituto Polar. De camino Hanna repasó en su *smartphone* las imágenes de las prendas de ropa y del contenido de los bolsillos de la chaqueta y los pantalones del muerto. Además del fajo de billetes, no llevaba consigo nada especialmente llamativo: cerillas, una nota con un par de líneas y cruces

garabateadas, una navaja sencilla, dos pañuelos de tela, un reloj de bolsillo y un paquete de cartuchos; nada que permitiera sacar conclusiones acerca de su nacionalidad, y mucho menos de su identidad.

El trabajo de Kåre estaba cerca del museo educativo Polaria, en el recinto del Framsender, un edificio de siete plantas que, además del Instituto Polar, albergaba casi veinte instituciones científicas más. Se dirigieron al archivo, que contenía una extensa colección de expedientes y documentos

en torno a la historia de la investigación ártica en general y la de Spitsbergen en particular.

— ¡Jesús, hay un montón! — se le escapó a Hanna, que se asustó al ver los innumerables libros, carpetas, estuches y cajas. Al parecer su consternación fue más que evidente, porque Kåre dijo:

— No te preocupes, solo tendremos que examinar una pequeña parte de todo esto.

Hanna se relajó.

— Es cierto, menos mal. Si los forenses no han metido la pata, se trata de un plazo de diez

años.

—Exacto. Aunque podemos obviar tranquilamente el año 1910. Fue entonces cuando el conde Zeppelin llevó a cabo un gran viaje de exploración al fiordo de Kongs para encontrar un punto de partida apropiado para futuros vuelos en dirigible al Polo Norte. Si nuestro muerto hubiera sido miembro de esa expedición, sin duda habrían notado y denunciado su desaparición. Ya lo he comprobado.

—Si sigues ayudándome tanto, lo siento por tu jefe pero

tendré que contratarte —dijo Hanna, guiñándole un ojo a Kåre—. Vas camino de hacerte imprescindible.

—Ese es mi plan secreto —respondió Kåre. La chispa traviesa que iluminó sus ojos desmintió el tono marcadamente seco de su voz.

Hanna le dio un golpe en broma y dijo:

—Entonces también sabrás cómo averiguar quién anduvo por la zona en los años anteriores a 1910. Si mi teoría del turista americano es cierta, sus compañeros de viaje o la

tripulación tuvieron que darse cuenta de que no regresó de una excursión a tierra.

Kåre inclinó la cabeza pensativo.

—Me temo que las listas de pasajeros y otros documentos de barcos extranjeros son más bien escasos en este archivo. Por aquel entonces Spitsbergen era tierra de nadie, y no hay muchos documentos oficiales relativos al archipiélago.

—¿A qué te refieres con «oficiales»?

—Informes policiales, registros de la propiedad, datos

sobre la población, etcétera.

—Entiendo —dijo Hanna—. Pero quizás alguien denunció su desaparición en Tromsø u organizó una patrulla de búsqueda. Al fin y al cabo la mayoría de expediciones, tramperos, pescadores árticos y otros viajeros que se dirigían a Spitsbergen salían de aquí, ¿no?

Kåre la miró radiante, le hizo un gesto de aprobación con el pulgar y recorrió una de las hileras de estantes hasta que finalmente cogió un archivador y lo llevó a una mesa situada bajo una lámpara delante de las

estanterías.

—Aquí hay recortes de periódicos sobre las expediciones y otros proyectos en el Ártico. Pero también sobre acontecimientos importantes o curiosos en Tromsø.

Se acercó a otro armario y regresó con una caja con la inscripción «1900-1910». En ella había fichas ordenadas por años que contenían notas acerca de los informes oficiales de la policía y otras autoridades que había guardados en varios estuches en el armario.

—Te propongo lo siguiente: yo repaso los artículos de periódico, ya que es probable que la mayoría estén en noruego —dijo Kåre—. Y tú revisas las fichas y te concentras en algunas palabras clave.

Cogió un bloc de notas y un bolígrafo que había en la mesa y elaboró una lista breve:

etterlysning - denuncia de
desaparición

savne - dar por desaparecido

søk / leting - búsqueda

søke / lete (etter) - buscar (a)

forsvinne - desaparecer

spaning o *ettersøkning* -
pesquisas
politi - policía
politidistrikt - comisaría de
policía

Se sentaron uno enfrente del otro en la mesa y pasaron la siguiente hora inclinados sobre la carpeta y la caja prácticamente sin hablar. El silencio solo se veía interrumpido por el suave zumbido de los fluorescentes, el ruido que hacían al pasar las páginas y el leve golpeteo de las

fichas.

— ¡Oh, mira! — dijo Hanna finalmente y le tendió una ficha a Kåre. Era del año 1907 y contenía las palabras *politidistrikt Tromsø* y *etterlysing*.

Kåre se levantó de un salto, fue rápidamente al armario y sacó el estuche correspondiente. Tras una breve búsqueda extrajo un formulario amarillento y lo sostuvo en alto con una sonrisa triunfal.

— Es un telegrama — dijo y lo dejó en la mesa delante de Hanna.

— ¡Está en alemán! — exclamó atónita al leer las primeras palabras: «A todas las naves.»

— No es tan extraño — dijo Kåre—. Por aquel entonces el alemán era la primera lengua extranjera en las escuelas noruegas. Al parecer la pasión del emperador Guillermo II por Escandinavia y sobre todo por Noruega fue contagiosa y provocó una auténtica oleada de viajeros alemanes hacia el norte. — Rio entre dientes—. Pero ¿qué es lo que dice?

Se inclinaron juntos sobre el telegrama:

¡A todas las naves!
¡Atención! +++
¡Búsqueda policial! +++
Se busca urgentemente:
Leonid Aronski +++ El
Ballet Mariinski de San
Petersburgo pide ayuda
+++ Director en
paradero desconocido
+++ posible identidad
falsa +++ sospechoso de
huida +++ visto por
última vez el 15 de junio
en Tromsø +++ pistas a
la policía de Tromsø
+++ ¡Recompensa!

Hanna se recostó en la silla y torció el gesto decepcionada.

—Qué pena, nos hemos alegrado antes de tiempo. Es imposible que este sea nuestro hombre.

Kåre se sentó en el borde de la mesa y sonrió con pena.

—Lo siento.

—Bah, de todas formas es muy interesante —dijo Hanna y prosiguió con espíritu de caza renovado—. ¿Un director de orquesta fugado? ¿Qué historia habrá detrás de esto?

Kåre volvió a leer el texto por encima.

—Creo que acabo de leer algo sobre esto.

Acercó la carpeta, la hojeó y enseñó a Hanna un artículo de periódico. En la imagen que lo encabezaba se veía a un grupo de bailarines y bailarinas en típicas poses de ballet. Del pie de foto dedujo que se trataba del ballet Mariinski de San Petersburgo.

—En junio de 1907 este ballet ruso estaba de gira por Europa y también ofreció una representación en Tromsø; un gran acontecimiento, como diríamos hoy, que tuvo en vilo

a la ciudad durante días —dijo Kåre—. Cuando la compañía se disponía a continuar el viaje, se dieron cuenta de que faltaba el director de orquesta, que también componía piezas. Rápidamente se extendieron las especulaciones más disparatadas sobre los motivos de su desaparición.

Kåre pasó las páginas hasta otro artículo.

—Aquí hay una breve entrevista al empresario del espectáculo, que por un lado se preocupa por el compositor, que al parecer tenía tendencia a

la melancolía...

—¿Es decir, que era depresivo y quizás incluso un suicida en potencia? —lo interrumpió Hanna.

—Es posible. Y por otro lado también expresa su disgusto por la ruptura del contrato por parte del artista.

—Es comprensible —dijo Hanna—. Pero todo esto es un poco extraño, ¿no crees?

—¿A qué te refieres exactamente?

—Hay algo que no encaja. Un compositor deprimido, por el que al parecer hay gente

preocupada, zarpa en un barco cualquiera con un nombre falso y a continuación la policía lo busca como si fuera un criminal con la promesa de una recompensa. Es bastante fuerte.

—Mirado así, sí... pero parece que también hubo una acusación —dijo Kåre—. Un fotógrafo contratado para una expedición a Spitsbergen perdió una gran caja con dos valiosas cámaras junto con sus accesorios justo el día de la desaparición de Aronski. Así que puede que alguien sumara dos más dos y tachán... el

director huido se convirtió en un ladrón a la fuga. Una acusación que el empresario, por cierto, siempre tachó de completamente absurda e insostenible.

—Aronski —murmuró Hanna—. Me suena de algo. Por desgracia los nombres no son lo mío. —Hizo una mueca y se encogió de hombros—. Bueno, no es importante, quizá lo recuerde más tarde. O puede que me esté confundiendo. Sigamos buscando.

—La verdad es que me encantaría —dijo Kåre—. Pero

si queremos hacer la compra y cocinar para nuestros invitados... —Levantó las manos con gesto de disculpa—. Ya sabes que para los noruegos la comida principal es a media tarde.

Hanna miró su reloj. Eran las dos.

—¡Madre mía, el tiempo ha pasado volando! No me había dado cuenta de que ya era tan tarde. —Se levantó—. Mañana seguiré. Ahora ya sé dónde tengo que buscar.

—Y si necesitas ayuda, por ejemplo con los textos en

noruego — dijo Kåre señalando hacia el techo —, mi despacho está solo a dos plantas sobre ti.

Hanna le sonrió.

—Mañana tienes que enseñármelo. Todavía sé muy pocas cosas sobre la vida que llevas aquí.

—Si de mí depende, tendrás muchas oportunidades de conocerla —dijo Kåre, atrayéndola hacia sí—. Y espero que a la inversa también. Me gustaría mucho que me enseñaras pronto tu hogar.

Hanna lo rodeó con los brazos y expresó la felicidad

que sentía con un largo beso. Al mismo tiempo recordó una cita de Ernst Bloch: «El amor es un viaje a una vida completamente nueva.» Lo que antes solamente le había parecido un logrado aforismo, en ese instante se convirtió en la divisa de su experiencia personal.

Tromsø, julio de 1907

Antes de que Emilie pudiera evitarlo, William se levantó de un salto y trató de atraer la mirada de Arne hacia su mesa con gestos. Ella le tiró de la manga y susurró:

—Déjalo, no creo que quiera vernos.

Observó disimuladamente a Arne, que se había recuperado con una rapidez sorprendente. Si bien llevaba el brazo herido en cabestrillo y tenía las mejillas algo hundidas, tenía buen aspecto para un hombre que pocos días antes había estado en cama inconsciente. Le habría gustado meterse debajo de la mesa y esconderse. A la agitación por su aparición inesperada se sumó el miedo. ¿Qué hacía Arne con el tipo de la cicatriz? ¿Al final resultaría que estaba compinchado con él?

—Pero ¿por qué no? — preguntó William—. Además quiero aprovechar la oportunidad para darle las gracias.

Fue *Lørdag* quien llamó la atención de Arne. El perro, que había estado dormitando a los pies de Emilie, corrió hacia la puerta y saludó a Arne meneando la cola. Este se agachó hacia él, le acarició entre las orejas y buscó con la mirada a su alrededor. El tipo de la cicatriz descubrió a Emilie delante de él. Su rostro se ensombreció aún más. Se

precipitó hacia su mesa gritando furioso.

—*Der er tyven! Gi meg pengene mine!*

Emilie se echó hacia atrás y miró fijamente al hombre con los ojos muy abiertos. William puso cara de desconcierto. Arne se acercó rápidamente y preguntó a Emilie:

—¿Por qué cree que eres un ladrón? ¿Y de qué dinero está hablando?

—No tengo ni idea, yo...

El tipo de la cicatriz se inclinó sobre la mesa, agitó iracundo el puño en las narices de Emilie y

la acosó con un torrente de palabras en noruego. Arne lo agarró del hombro con la mano de su brazo sano, lo echó hacia atrás y le hizo una pregunta. El hombre le respondió gesticulando efusivamente, y una y otra vez señalaba acusadoramente a Emilie. Arne se dirigía a él en tono conciliador. Un rato después le dijo a William:

—Pídele una cerveza en la barra para que pueda aclarar con Max lo que sucede.

William abrió la boca para replicar.

Arne negó con la cabeza.

— ¡Sencillamente hazlo!

William asintió, cogió del brazo al de la cicatriz y lo condujo a la barra, en la que Leonid seguía impasible en su taburete y miraba hacia el infinito con melancolía. Echó un vistazo rápido a los dos recién llegados y empujó su vaso hacia el camarero para que se lo rellenara.

Arne se sentó a la mesa con Emilie. Su cercanía le provocó un escalofrío. Sus manos deseaban tocarlo, pero su cabeza le advertía de que se

anduviera con cuidado.

—¿Y bien? —preguntó Arne bruscamente.

Emilie no respondió a su pregunta. Temblando de pura tensión, permaneció sentada en su silla y trató de que su voz no sonara demasiado estridente:

—¿Qué significa esto? ¿De qué conoces a este tipo?

—Apenas lo conozco. Me he tropezado con él un par de veces. Es un trampero que también caza en Spitsbergen. Y es pura casualidad que hayamos entrado aquí a la vez.

Arne escrutó a Emilie con la

mirada. Su gesto de rechazo se suavizó.

— Explícame por favor... — comenzó a decir.

— Apareció en Kings Bay uno de los días en que esperaba sola al barco que debía recogerme. Ya te lo conté. Pareció molestarle mucho que yo estuviera en la cabaña y desapareció inmediatamente. No sin antes destrozar la radio que había construido Antonio. Y disparó tres veces — dijo Emilie a borbotones.

— Mmmh, ¿y el dinero? — insistió Arne—. ¿Qué hay de

eso?

— Naturalmente me pregunté qué buscaba con tanta urgencia en la cabaña — respondió Emilie—. Así que la registré y encontré un escondite en el que había un grueso fajo de dinero.

Arne levantó las cejas.

— Pero no me lo llevé, ¡en serio! — añadió rápidamente Emilie—. ¡Lo juro!

Lo miró insegura y se preparó mentalmente para preguntas desconfiadas.

— Eso ya lo sé — dijo Arne.

Le dirigió una mirada en la que, por primera vez desde

aquel día en la meseta helada, vio brillar una chispa de calidez. Emilie se mareó de puro alivio. Arne estaba de su lado. ¡Y no le era indiferente!

— Poco a poco todo encaja — dijo él.

— ¿Qué te ha contado? — preguntó Emilie haciendo un gesto con la cabeza hacia el trampero, que se apoyaba en la barra con gesto rabioso y miraba fijamente hacia ellos.

— Que hace un par de semanas un hombre en Tromsø le encargó que invernara en Kings Bay y vigilara que nadie

demarcara ciertas zonas —
respondió Arne.

—Pero ¿por qué se ha
comportado de forma tan
hostil? ¿Qué tiene en mi
contra? ¿Qué le he hecho?

—Cree que le arrebataste el
encargo. Y naturalmente eso lo
ha enfurecido mucho.

—No habría tenido más que
preguntarme por qué estaba en
la cabaña. Entonces habría
averiguado enseguida que yo
no tenía intención alguna de...

Arne negó con la cabeza.

—Es evidente que no pensó
en eso. Al ver que estabas en la

cabaña, que debía estar vacía, le entró miedo. Desde luego no parece que sea precisamente valiente —dijo Arne y esbozó una sonrisa imperceptible—. Con esos tres disparos le indicó que algo no iba bien a su cliente, que estaba a pocos kilómetros de allí y debía acudir en su ayuda. Si todo hubiera estado en orden, solo habría tenido que disparar una vez. Cuando regresó a la cabaña un par de días después, habías desaparecido, y contigo el dinero, que era la primera mitad de su sueldo. La segunda mitad

la recibiría al final del invierno. De su cliente tampoco había ni rastro. Como el trampero oyó disparos, ahora cree que lo mataste y te marchaste con el dinero.

—¿Y quién es ese cliente tan misterioso? —preguntó Emilie.

—No sabe cómo se llama. Pero dice que era muy corpulento, llevaba ropa cara, hablaba con un acento extraño y a menudo exclamaba «¡anda tú!» cuando se alteraba o se sorprendía...

—¿«Anda tú»? —lo interrumpió Emilie—. Eso me

resulta muy familiar... ¿No sería Beat Späni? Al fin y al cabo estaba en la costa occidental con Poske y los demás relativamente cerca de Kings Bay y pudo oír perfectamente los disparos.

—Es cierto, yo también los oí —dijo Arne.

—Los productores de aceite de ballena dijeron que les había desaparecido un bote. Pudo haber regresado con él —siguió reflexionando Emilie.

Arne asintió.

—Además la descripción encaja con el suizo.

—¡No puede ser! —soltó Emilie—. Eso significaría que... no, no me lo puedo creer, ¿realmente fue Beat Späni quien intentó matarme? ¿Solo para ahuyentarme de su territorio? ¡Es horrible! —Se hundió y murmuró—. Y yo que durante semanas lo consideré un compañero de viaje simpático, aunque algo excéntrico. Y resulta que es un hombre sin ningún tipo de escrúpulos para conseguir lo que se propone.

—Sea quien sea en realidad, y se proponga lo que se proponga, no es nada personal

en tu contra — comentó Arne.

—Pues vaya consuelo —dijo Emilie.

—Tú misma lo dijiste cuando me lo contaste: el tirador no podía saber a quién estaba disparando. Al fin y al cabo la niebla era tan densa que tú tampoco lo reconociste. Además, él creía, como todos, que tú ya estabas de camino hacia Alemania.

—Aun así. Me asusta pensar lo mucho que podemos equivocarnos con alguien — dijo Emilie estremeciéndose. En ese momento su mirada recayó

en la barra.

—Oh, no —exclamó—. Ahí viene el trampero. Y no parece haberse tranquilizado.

Arne se volvió. El tipo de la cicatriz se acababa de sacudir de encima la mano de William, que había intentado retenerlo, y se dirigía pesadamente hacia ellos.

—*Penger eller politi!* —gruñó.

—Lo siento, no he podido seguir... —dijo William, que lo seguía pisándole los talones.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Emilie a Arne, y se levantó.

—El dinero o la policía —
respondió Arne.

—Cielo santo, ¿qué hago yo
ahora? —exclamó Emilie.

Antes de que Arne pudiera responder, el trampero se abrió paso junto a él, agarró a Emilie por la solapa de su chaqueta con una mano, cerró el otro puño y levantó el brazo para dar un golpe. Arne le atrapó el puño con su brazo sano y lo empujó. El de la cicatriz, ciego de ira, sacó una navaja. Emilie gritó horrorizada. Arne se colocó delante de ella para protegerla.

— ¡Arne, no! — gritó.

El trampero se abalanzó sobre él. Emilie cerró los ojos involuntariamente. Se oyó una maldición colérica. Parpadeó y vio que el atacante se balanceaba en el aire y pataleaba. Tras él vio al ruso, que lo había agarrado por debajo de los brazos y lo había levantado.

Arne cogió a Emilie de la mano y le gritó a William:

— Tenemos que sacar a Max de aquí.

Leonid les hizo un gesto de asentimiento y atravesó la

habitación cargando con el trampero, que protestaba con violencia, entre los aplausos ensordecedores de los demás clientes, que lo habían presenciado todo fascinados. Emilie vio por el rabillo del ojo que una mujer robusta que se había precipitado hacia la barra desde la cocina gritaba algo en tono decidido. Los hombres enmudecieron como niños reprendidos y volvieron a sentarse a sus mesas. Justo después Arne la sacó fuera. Los tres recorrieron apresuradamente las callejuelas

en dirección a la calle principal. *Lørdag* corría delante de ellos visiblemente contento por poder volver a desfogarse a gusto.

—¿Qué hago si ese chiflado pone a la policía tras mi pista? —dijo Emilie entre jadeos.

—Ese sería el menor de tus problemas —respondió Arne—. En primer lugar no tiene pruebas. Ni siquiera hay un cadáver. En segundo lugar, la policía de Tromsø no es responsable de los crímenes que se cometen en Svalbard. Y en tercer lugar, la supuesta víctima

de asesinato no es un noruego.

— Yo también me temo que el peligro real es el propio trampero — dijo William.

— Entonces ya es hora de hacer desaparecer a Max — opinó Arne.

— Estoy de acuerdo — dijo William

— ¿Creéis que debería esconderme hasta que zarpe mi vapor? — preguntó Emilie.

— Demasiado peligroso. El trampero podría dar contigo o esperarte en el puerto — contestó William.

— Tiene razón — dijo Arne—.

No, yo lo decía en sentido literal. Max desaparece y la que aparece es Maxine, o como te llames en realidad.

William silbó con admiración.

— ¡Una idea genial! — Se quedó petrificado —. ¿Por qué sabes que...?

— Me descubrió enseguida — respondió Emilie por Arne.

William tragó saliva, se rascó la cabeza y le dijo a Arne:

— Conseguiré enseguida un vestido y todo lo demás que necesite Emilie. Por suerte aquí las tiendas abren hasta tarde. Y tú la llevarás al hotel.

Se marchó corriendo sin esperar respuesta. Emilie le estaba agradecida por haberle dado la oportunidad de hablar a solas con Arne, aunque fuera brevemente. Durante un instante se preguntó por qué a este no le había sorprendido en absoluto que William también supiera lo de su disfraz.

— Así que te llamas Emilie — constató Arne.

Ella asintió y lo miró insegura. De nuevo actuaba con distancia y frialdad. Emilie se detuvo.

— ¿Qué sucede? — preguntó

él—. No podemos poner en juego nuestra ventaja. Quién sabe cuánto tiempo podrá detener al trampero nuestro amigo el ruso.

—Me da igual —le espetó Emilie obstinada cruzándose de brazos—. No daré un paso más hasta que no me digas qué te he hecho para que me trates tan mal. O para que hagas como si no existiera. No creo que me lo merezca.

Bueno, ya lo había dicho. El corazón le latía contra las costillas. Se obligó a respirar tranquilamente y miró a Arne

directamente a los ojos.

—No, no te lo mereces —dijo él en voz baja—. Pero tampoco te mereces que... —Carraspeó—. Créeme, con William serás mucho más feliz. Hacéis muy buena pareja.

—¿Qué? ¿Cómo se te ocurre que él y...?

—He tenido ocasiones más que suficientes de observaros y escucharos —respondió. En su voz había cierta amargura.

—No entiendo cuándo has...
Arne volvió a interrumpirla.

—Sobre todo durante el viaje desde Spitsbergen hasta aquí.

—Pero si estabas inconsciente... —dijo Emilie y se quedó de piedra—. ¿Significa eso que estabas fingiendo?

Arne apartó la vista avergonzado. Emilie resopló indignada.

—Casi me vuelvo loca de preocupación... y tú... ¡no puedo creerlo!

—Reconozco que no me siento orgulloso de mi comportamiento —dijo Arne—. Pero me pareció lo mejor.

—¿Lo mejor? ¿Para quién?

—Bueno, en caso de duda, para mí. Ya no sirvo para el

amor. Además, no tengo derecho a vincularme a ti y darte esperanzas que nunca podré cumplir. No puedo ofrecerte la vida que merece una mujer como tú.

Emilie abrió la boca. Arne levantó una mano.

—No, no digas nada que puedas lamentar más adelante. Estoy segura de que a raíz de nuestra aventura juntos crees albergar sentimientos profundos hacia mí. Salvar la vida a otra persona crea un vínculo muy fuerte. Pero si miras en tu interior con

sinceridad, comprobarás que no es así y que tu corazón pertenece a William.

— ¡No es cierto! — exclamó Emilie—. ¡No has entendido nada! Aprecio a William, sí. Pero no tiene nada que ver con lo que tú...

Arne negó con la cabeza, la empujó suavemente pero con firmeza hacia el Grand Hôtel, al que ya habían llegado, se volvió y se marchó rápidamente.

— ¡Arne! ¡Espera! — gritó Emilie, y quiso salir corriendo tras él.

— Muy señor mío, disculpe

que me dirija a usted. Pero para mi alivio oigo que es usted alemán —dijo una voz grave detrás de Emilie. Y no cualquier voz. Era la voz de su padre. Se quedó helada. Se volvió lentamente. Gustav Berghoff la saludaba con la mano en el sombrero.

»Permítame que le pida ayuda —prosiguió—. Quería visitar a un conocido que se aloja aquí en el hotel, pero parece que he llegado tarde. Si he entendido bien al portero, parece que se ha marchado con un amigo a un merendero en las afueras. Por

desgracia el buen hombre solo chapurreaba el alemán.

Emilie apenas entendía lo que le decía su padre. Un fuerte zumbido en su oído se tragaba las palabras. Sentía que estaba a punto de desmayarse. Estaba rígida ante él, apenas se atrevía a mirarlo y cada segundo esperaba que la reconociera. *Lørdag* lo olfateó brevemente, meneó la cola y se sentó muy cerca de Emilie. El calor de su cuerpo junto a su pierna le sirvió de apoyo.

— ¿Conoce la ciudad? ¿Podría decirme dónde hay una fonda

de ese tipo? —continuó hablando su padre.

—Que yo sepa, hay dos establecimientos que en verano gozan de mucha popularidad, tanto entre los locales como entre los turistas —se oyó decir Emilie a sí misma, y recordó la página de la guía de viajes que con tanta atención había estudiado antes de llegar a Tromsø por primera vez—. El Alfheim al suroeste de la ciudad, en un precioso bosque de abedules. Y el Charlottenlund, situado en un alto en dirección norte. Desde

allí hay una maravillosa vista del fiordo y los alrededores. Puede llegar a ambos establecimientos en media hora a pie cómodamente.

Gustav Berghoff insinuó una reverencia.

—Muy señor mío, se lo agradezco mucho y le deseo una agradable noche. Si es que puede decirse tal cosa con tanta claridad.

Emilie le devolvió el saludo levantándose el sombrero. Poco a poco fue aceptando que su padre no había sospechado lo más mínimo. En ningún

momento la había escrutado con la mirada ni había hecho notar de alguna otra manera que su aspecto o su voz lo desconcertaran.

Él le hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que tomaré un coche, así llegaré antes a mi destino y podré buscar a mi conocido en ambos sitios en menos tiempo.

—Titubeó—. Puede que incluso lo conozca. Se llama Ottokar Poske.

Emilie contuvo una risita histérica. Hizo como que reflexionaba antes de encogerse

de hombros con gesto de lamento y decir:

—No, lamentablemente no lo conozco. Le deseo mucho éxito en su búsqueda y una estancia agradable en Tromsø.

—Muchas gracias —contestó su padre, se volvió y bajó por Storgata.

Emilie lo siguió con la mirada y se pellizcó con fuerza el antebrazo. No, no era un sueño descabellado. Era su padre. Para su sorpresa, su figura familiar le produjo una emoción que nunca antes había sentido hacia él. Por primera vez le había

pedido consejo, aunque naturalmente él no lo sospechara. Siempre lo había visto actuando de forma resuelta y decidida. Saber que a veces él tampoco sabía qué hacer y también pedía ayuda — aunque solo fueran indicaciones— hacía que lo viera con otros ojos.

No era difícil deducir por qué estaba allí. Después de que ella no llegara a Hamburgo a finales de junio y no hubiera dado señales de vida a su tía hasta hacía unas pocas horas, el intercambio de papeles se

habría descubierto. Emilie evitó imaginarse cómo habrían reaccionado sus padres al confesarles Fanny y Max que Emilie había desaparecido en el Ártico sin dejar rastro. No era de extrañar que su padre se hubiera puesto en camino de inmediato para buscarla personalmente. Se preguntó insegura si su principal motivación habría sido la preocupación por su querida hija o la cólera por las intrigas de sus hijos.

Había sido una suerte que William la hubiera convencido

para ir a la taberna y que ahora pudiera respirar hondo y prepararse para el enfrentamiento con su padre. De lo contrario la habría cogido por sorpresa en su habitación de hotel y no se habría dejado engañar por su mascarada. Al fin y al cabo la había reservado a nombre de Max Berghoff. Como no la había encontrado allí, ahora querría hablar con Ottokar Poske, que al parecer estaba pasando la última noche antes de regresar a Alemania con el sargento Kuhn en un local agradable. Quizá su padre

esperara que su hija también estuviera allí.

—Un penique por tus pensamientos.

Emilie se estremeció. William se había colocado a su lado sin que se diera cuenta. Sobre un brazo llevaba un paquete blando envuelto en papel de seda y en la otra mano llevaba una caja grande.

—¿No es un poco irresponsable estar aquí fuera en medio de la calle? —siguió diciendo, y la miró preocupado—. Tienes aspecto de haber visto a un fantasma.

—Por desgracia no ha sido un fantasma. Sino mi padre, vivito y coleando —respondió Emilie.

58

Tromsø, agosto de 2013

A última hora de la tarde Hanna y Kåre estaban sentados con sus invitados Leif y Line a la mesa del comedor de la casa de Kåre con los platos de postre vacíos, cuya porcelana de color blanco amarillento brillaba a la luz de varias velas. Fuera, la

lluvia que había empezado a caer por la tarde golpeaba los arbustos y los setos del jardín. Bengt seguía en Spitsbergen y muy a su pesar no había podido acompañar a sus padres.

De aperitivo, Kåre había preparado pastelitos de calabacín y patata con dados de salmón a la plancha y una salsa de eneldo y limón. A continuación Hanna había servido escalope de ternera según una antigua receta bávara, en la que la carne se untaba con mostaza por un lado y con salsa de rábano por el otro. Después

se empanaba con huevo y pan rallado y se hacía a la plancha con mantequilla, para finalmente espolvorearlo con queso y gratinarlo en el horno. De acompañamiento habían comido ensalada con tomate y pimiento amarillo. El postre — una mousse ligera de leche batida con frutas frescas salpicada con miel y glaseada en el horno — lo habían preparado Kåre y Hanna juntos.

—Formáis muy buen equipo —dijo Line—. La comida estaba deliciosa.

Su marido asintió, se limpió la

boca con la servilleta y se recostó en la silla con un gruñido de satisfacción.

—Mi abuelo habría dicho ahora: esta ha sido la mejor comida desde que Ålesund ardió.

—Deberíais abrir un restaurante noruego-bávaro —dijo Line—. Tendríais el local abarrotado.

Hanna miró a Kåre, que se había sonrojado.

—Prepararé el café —murmuró, se levantó y salió rápidamente del comedor.

Line sonrió a Hanna.

—Le sienta bien estar contigo. Nunca lo había visto tan feliz.

—Oh, ese mismo cumplido puedes hacérselo también a él

—respondió Hanna en voz baja—. Me resulta difícil creer que todo esto no es un sueño.

Line le apretó suavemente el brazo.

—Me alegro mucho de que os hayáis encontrado el uno al otro.

Hanna le devolvió la sonrisa, que era cálida y sincera. Le resultaba extraño ser el centro de atención. Para disimular su bochorno, le preguntó a Leif:

—¿A qué se refiere esa frase hecha que acabas de citar?

—Sigue siendo muy habitual en Ålesund y en otros lugares de Noruega —respondió—. A pesar de que el incendio que se menciona se produjo hace más de cien años. En 1904 destruyó prácticamente toda la ciudad y fue un acontecimiento tan decisivo que desde entonces se utiliza como punto de referencia.

—¿También afectó a tu familia?

—¡Vaya que sí! —dijo Leif—. El modo de vida de mi abuelo

sucumbió a las llamas en pocas horas. No solo la casa en la que vivía con su madre y sus hermanos menores, sino sobre todo el pequeño astillero que había construido poco antes del incendio.

—Qué horror —dijo Hanna—. Conozco historias de desastres similares en épocas de guerra. Pero que también pueda perderse todo en plena paz... —Enmudeció.

—Sí, fue un golpe muy duro para él.

—¿Era ingeniero? —preguntó Hanna.

—¿Lo dices por el astillero?
—Leif negó con la cabeza—. No, provenía de una familia de pescadores, pero tenía un don para la técnica. Después de que su hermano mayor y su padre se ahogaran en el Ártico y la banquisa probablemente aplastara su barco, mi abuelo, que ya era adolescente, tuvo que encargarse de garantizar el sustento de la familia. Empezó a trabajar para Peter Brandal, un empresario de Ålesund que en aquella época empleaba una flota de cazadores de focas que obtenían generosos botines en

Spitsbergen y Groenlandia. Sin embargo, no conseguía olvidar lo que le había sucedido a su padre, algo que se repetía entre los pescadores con frágiles botes de madera. No quería aceptar que los hombres corrieran un peligro de muerte constante en su trabajo. Cuando tenía unos veinticinco años, decidió construir barcos que pudieran hacer frente al hielo. A Peter Brandal la idea le pareció muy convincente y le dio su apoyo en forma del capital inicial para el astillero.

—No conocía esa historia —

dijo Kåre, que regresaba de la cocina con una bandeja y repartió las tazas, el azucarero y la jarrita de la leche por la mesa.

—Hacía mucho que no la recordaba —dijo Leif—. Las investigaciones de Hanna me han hecho rescatar el recuerdo.

—¿Peter Brandal? ¿No fue él el primero en explotar las minas de carbón en el fiordo de Kongs? —preguntó Kåre.

Sirvió café a todos y volvió a sentarse.

Leif asintió.

—Se aseguró los derechos ya antes de la Primera Guerra

Mundial. Cuando la guerra submarina de los alemanes interrumpió los envíos de carbón británicos que Brandal necesitaba para sus vapores, en 1916 fundó la Kings Bay Kull Company y comenzó la extracción. Al principio el asentamiento minero se llamó incluso Brandal City, antes de que la rebautizaran como Ny Ålesund.

—No he hecho más que preguntarme qué relación habría entre tu ciudad de origen y la pequeña población de Spitsbergen —dijo Hanna.

—Sí, los topónimos de Svalbard son una ciencia en sí misma —comentó Line.

Kåre asintió.

—Y son muy interesantes históricamente, ya que a menudo revelan muchos datos de las circunstancias en las que surgieron. Con esto me refiero a los nombres que hacen referencia a descubridores, investigadores y otros personajes o a características del paisaje, pero sobre todo a denominaciones como bahía de las Preocupaciones, arista del Apuro o arista del Temor, que

describen muy gráficamente lo dura que era la vida allí.

—Algunas montañas, fiordos y poblaciones han sido rebautizados muchas veces, y durante algún tiempo hubo bastante caos —añadió Line.

—No es de extrañar, porque el territorio no pertenecía a nadie. No hubo topónimos estandarizados hasta que el archipiélago estuvo bajo la administración noruega —explicó su marido—. A partir de entonces por lo menos los topónimos noruegos eran obligatorios. Aunque esto no

impidió que otros países que extraían recursos naturales allí siguieran utilizando los suyos...

Hanna se deslizó hacia delante en su silla.

— ¡Recursos naturales! — exclamó levantándose de un salto —. ¡Eso es!

Los demás la miraron sorprendidos.

— Perdonad, os lo enseñaré — dijo y salió corriendo de la habitación para coger su teléfono del bolsillo del abrigo, que estaba colgado en el perchero del pasillo. Abrió nerviosa la carpeta con las

imágenes del departamento de patología, dejó el móvil en la mesa del comedor y señaló la foto de la nota que habían encontrado en uno de los bolsillos de la momia del glaciar.

—Pensaba que eran garabatos sin significado —explicó—. Pero podría ser un boceto del fiordo de Kongs. Y quizá las cruces marcaban yacimientos de carbón.

Kåre, Leif y Line se inclinaron sobre la pantalla.

—Eres increíble —dijo Kåre con los ojos iluminados—.

¡Que me parta un rayo si esto no es un mapa del fiordo de Kongs! —Le guiñó un ojo a Hanna—. Si no me equivoco, en estos casos los alemanes, en lugar de un rayo, dicen que se comerían una escoba.

Line tocó la pantalla del teléfono.

—Hanna tiene razón. Las cruces están situadas con bastante precisión sobre los puntos en los que las minas se adentraron en las vetas.

Leif frunció el ceño y entrecerró ligeramente los ojos.

—¿Tú no estás de acuerdo? —

preguntó Kåre asombrado.

—No, no es eso. Pero ya he visto este dibujo en otra parte. O al menos uno muy parecido.

—¡Ahora que lo dices, es verdad! —exclamó Line—. Estaba en la caja que bajamos del desván. —Se dirigió a Hanna—. Pertenecía al abuelo de Leif y estuvo acumulando polvo durante décadas en nuestro trastero. Cuando nos enteramos de lo que estabas investigando, la buscamos. Sin embargo, no había gran cosa dentro. Una docena de fotos, un par de cartas y documentos.

Y este dibujo que no conseguimos entender.

— Por desgracia nunca sabremos cómo llegó a las manos de mi abuelo — dijo Leif —. Solo sé que vivió un par de años como trampero en Svalbard. No sabía que hubiera tenido algo que ver con la búsqueda de recursos naturales.

— ¿Llegaste a conocer a tu abuelo personalmente? — preguntó Kåre.

— Sí, pero por poco tiempo. Murió cuando yo tenía siete años. Pero mi madre me hablaba mucho de él y de su

vida aventurera.

—¿Qué fue de él después del incendio? —quiso saber Hanna.

—Bueno, al principio fue muy duro, ya que a la pérdida material se sumó una dolorosa decepción. Su prometida, la hija de un farmacéutico, lo dejó porque ya no tenía nada que ofrecerle. Esta traición a su amor lo frustró, de manera que rompió con su vida hasta entonces y se retiró a Spitsbergen firmemente decidido a no tener ninguna otra relación.

—Pobre, es terrible —dijo

Hanna—. Por desgracia hay personas que después de una herida así se despiden del amor para siempre.

59

Tromsø, julio de 1907

—Deberías darte prisa —dijo William, que estaba junto a la ventana y vigilaba la Storgata—. El alférez Poske se acerca al hotel en compañía de un hombre mayor.

Emilie se mordió la lengua. La búsqueda de su padre había

tenido éxito antes de lo que ella esperaba. Solo había pasado una hora escasa desde que se había marchado, tiempo apenas suficiente para cambiarse de ropa y arreglarse de forma más o menos femenina. Y para escribir una carta. Leyó por encima las escasas líneas que había garabateado a toda velocidad en una hoja de su bloc de dibujo:

Querido Arne:

¡Ven a verme lo antes posible! ¡Estás en un grave error! ¡Es a ti a

quien pertenece mi corazón! Sé que ninguna dama que se precie debería expresar algo así con semejante sinceridad. Pero cuando se trata de mi felicidad, me importan un bledo los modales y las buenas maneras. Ahora te toca a ti escuchar en tu interior y sondear tus sentimientos. Si efectivamente estás convencido de que no sientes nada por mí, o no sientes lo suficiente para

querer compartir tu vida conmigo, ¡al menos sé lo bastante hombre para decírmelo a la cara!

Hasta pronto,

tu EMILIE

P. D.: En el dibujo adjunto están marcados los yacimientos de carbón de Kings Bay. Seguro que puedes vender ventajosamente esta información a empresarios interesados para poder saldar así tus

deudas con Peter
Brandal.

Emilie puso la nota con las vetas de carbón marcadas sobre la hoja de papel, lo dobló varias veces y escribió «Arne Koldvik» en la parte exterior.

— ¡Rápido, tienes que marcharte! — le dijo a William.

— ¿No debería quedarme y apoyarte? — preguntó.

— No. Nos saldría el tiro por la culata y todo sería aún peor. Si mi padre me encuentra aquí sola con un hombre... ya me entiendes... — Levantó los

hombros—. Aunque dudo de que eso tenga ya importancia alguna.

William le apretó el brazo.

—En cualquier caso, lo más sensato es no dar a tu padre más munición en tu contra.

Emilie se levantó y le dio la carta.

—Pero puedes hacerme un gran favor. Busca a Arne y dale esto. Quizás haya vuelto a la taberna del puerto. Y si no es así, seguro que allí pueden decirte donde vive el capitán del *Isflak*. Arne está alojado en su casa.

— Así lo haré — dijo William.

— ¿Y podrías llevarte a *Lørdag*, por favor? — le pidió —. Quién sabe cuánto tiempo tendré que quedarme enterrada aquí dentro. Nuestro amigo no está acostumbrado a estar tanto tiempo en espacios cerrados y estaría inquieto.

William asintió. Emilie se agachó hacia el husky, que estaba en una esquina, y dijo:

— *Lørdag*, sé bueno y ve con William.

El perro se levantó, se estiró y trotó hacia la puerta. Miró a Emilie esperanzado.

—No, por desgracia yo no puedo ir.

Emilie abrió un poco la puerta, se aseguró de que aún no había moros en la costa y dejó que William y *Lørdag* salieran. Ya se oían pasos pesados y familiares en la escalera que conducía al segundo piso, en el que se encontraba su habitación.

—Encuéntralo, por favor — susurró antes de volver a cerrar la puerta.

Con un profundo suspiro se volvió hacia el espejo de la cómoda e hizo una mueca

involuntaria de comicidad y desesperación. Parecía un espantapájaros. Tenía la tez morena, su pelo corto estaba atravesado por mechones aclarados por el sol, y el agua salada y el viento le habían secado y cortado los labios. Empolvarse generosamente no había servido de mucho; su rostro se correspondía menos que nunca al ideal femenino que tenían en mente mujeres como su madre o la abuela Hedwig. En cambio de cuello para abajo tenía el aspecto de una institutriz mojigata.

William había entrado en una tienda que vendía ropa de segunda mano y había comprado una falda hasta los tobillos azul oscuro, una blusa blanca de cuello cerrado con mangas abullonadas y una toquilla de lana, y había demostrado tener un asombroso buen ojo para las medidas de Emilie. También le había traído unos botines negros de cordones y una cofia sencilla. Los callos y las cicatrices de sus manos estropeaban su aspecto formal. El hecho de que no llevara

corsé no daba precisamente un toque elegante a su atuendo. Emilie se puso rápidamente unos guantes de ganchillo y se colocó la cofia, que le cubría casi toda la cabeza y le ocultaba el pelo. Finalmente sacó su talismán, la piedra agujereada, del bolsillo de la chaqueta forrada de Max, cogió un pedazo del cordón que ataba el paquete de ropa, atravesó el agujero con él y se lo colgó del cuello como un collar.

La puerta se abrió de golpe. Emilie se puso tensa y se volvió tan dignamente como le fue

posible. Su padre se acercó a ella con una pronunciada arruga de cólera en la frente. Tras él vio al alférez Poske, que miraba por encima del hombro de su padre sin disimular su curiosidad. Gustav Berghoff la miró fijamente, abrió los ojos como platos y se quedó sin respiración.

—¿Eras tú? —dijo en tono apagado.

—Si se refiere al joven al que le ha pedido indicaciones antes —respondió Emilie—, sí, era yo.

El no haber reconocido a su

propia hija disfrazada había dejado a su padre desarmado. Se dejó caer pesadamente sobre la silla de la cómoda. Parecía desconcertado e incapaz de echarle el sermón que sin duda había preparado. Emilie aprovechó la oportunidad y dijo:

— Sé que desaprueba usted completamente mi comportamiento. Pero lo he hecho para ayudar a Max. Y para ahorrarles a usted y a madre un gran sufrimiento. No me gusta decirlo, pero Max se habría visto desbordado por

este viaje. Solo de pensar en los agotadores esfuerzos que supondría, ya se sintió profundamente desesperado. — Se detuvo, lo miró a los ojos y añadió con toda la intención—: Ya sabe, como en la escuela de cadetes.

La alusión al intento de suicidio de su hijo menor por no sentirse a la altura de la instrucción y el duro trato militar hizo que su padre se estremeciera.

«No sabe que Max quiso tirarse del acantilado en Saßnitz. No se lo han dicho»,

constató Emilie. Por un momento no supo si enfadarse con su hermano y con Fanny. Por un lado entendía que Max no hubiera querido parecer un cobarde inútil, pero, por otro lado, a ojos de sus padres probablemente todo aquello parecía así una ocurrencia descarada y una travesura irresponsable.

La severidad abandonó el rostro de Gustav Berghoff y dio paso a la confusión.

—¿Qué he hecho mal con mis hijos? —murmuró, frotándose la frente—. Mi hija arruina su

reputación y arriesga su vida para salvar a su hermano, que no hace más que avergonzar a su familia. ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿Y qué puedo hacer ahora?

Levantó la mirada y se estremeció al ver a Ottokar Poske, que presenciaba los acontecimientos con gesto impasible apoyado en la pared junto a la puerta.

Se había olvidado de él, pensó Emilie. «Debe de parecerle terrible que un desconocido se entere de todo eso. Además, no dice mucho en favor de la

educación del alférez que no se haya retirado discretamente.»

Como si le hubiera leído el pensamiento, Ottokar se apartó de la pared, se cuadró ante Gustav Berghoff y dijo:

—Mi señor, disculpe que haya sido testigo de esta conversación. Su situación no me es indiferente, todo lo contrario, cuenta usted con toda mi compasión.

El padre de Emilie se levantó y abrió la boca. Ottokar levantó una mano y prosiguió:

—Pero puedo ofrecerle más que eso. Ofrezco a su hija mi

mano y una existencia honrosa como mi esposa.

—¿Quiere decir que sigue queriendo... a pesar de todo lo que ha...? —balbuceó Gustav Berghoff.

—Soy plenamente consciente de que me implico en una situación insólita que, sin duda, contraviene las convenciones establecidas y podría provocar extrañeza. Pero lo acepto con gusto, aunque solo sea por respeto a usted. Además, allí donde viviremos nadie se enterará de este episodio nórdico en la vida de su hija.

Gustav Berghoff carraspeó y preguntó:

—¿A qué se refiere con «allí donde viviremos»?

—Tengo intención de probar suerte en los protectorados alemanes y servir a mi emperador en ellos. En las últimas semanas Emilie ha demostrado que sería la mujer indicada para acompañarme. No es remilgada y es perfectamente capaz de echar una mano cuando es necesario.

—Entiendo —dijo su padre y miró al alférez pensativo—. Pero es posible que su

escandaloso pasado salga a la luz algún día y que también ensombrezca su trayectoria. Al fin y al cabo usted también ha participado en la expedición. ¿Cómo actuaría en tal caso?

Emilie se dio cuenta de que el alférez se estremecía y se preguntó si estaría recordando su vergonzoso fracaso como cazador de osos polares o como guía de los científicos, a los que había guiado en la dirección equivocada. Se estiró y anunció:

— Puedo afirmar de mí mismo sin falsa modestia que soy capaz de mantenerme por encima de

rumores de ese tipo.

El cuerpo de Gustav Berghoff se irguió y su rostro adoptó el gesto que Emilie llamaba para sí «de negocios».

—Ya que habla usted con tanta franqueza, permítame hacerle también una pregunta directa: ¿qué espera a cambio de su oferta?

Emilie se puso tensa y miró al alférez, que al igual que su padre había evitado involucrarla en la conversación, aunque solo fuera con una mirada.

—Bueno, estoy seguro de que

su cuñado Adrian von Spilow podría serme de gran ayuda, sobre todo desde su nuevo puesto en la Oficina Imperial de las Colonias. Si le habla bien de mí, seguro que podrá hacer valer sus influencias para poner a mi disposición un puesto adecuado.

Gustav Berghoff entrecerró los ojos. Incluyó la cabeza, respiró profundamente y le tendió la mano al alférez.

—Que así sea.

Ottokar Poske se la estrechó. Una sonrisa de satisfacción se asomó a sus labios. Emilie

sintió que se mareaba.

— ¡Padre! — exclamó suplicante—. No serás capaz de... quiero decir, ¿ni siquiera se me pregunta por mi opinión?

— Hija mía, deberías sentirte muy afortunada — respondió, y, al disponerse ella a replicar, le indicó con un gesto enérgico de la cabeza que se callara—: ¡No digas nada de lo que pudieras arrepentirte más adelante!

Era la segunda vez aquel día que le aconsejaban lo mismo. Emilie tuvo que contenerse para no echarse a gritar.

— Me dirigiré inmediatamente

a la oficina de correos para telegrafiar a mi esposa —le dijo su padre a Ottokar—. Ya es hora de aliviar la terrible incertidumbre y preocupación que ha causado nuestra hija a ella y al resto de la familia —añadió con una severa mirada de reojo hacia su hija—. Estoy muy agradecido porque no solo puedo informarles del final feliz de mi búsqueda, sino también de su petición de mano.

El alférez se inclinó ligeramente y contestó:

—Entretanto me encargaré de reservar billetes y camarotes

para usted y para Emilie en el *Príncipe Bismarck*, que está fondeado en el puerto y en breve zarpará en dirección a la patria.

Emilie pensaba a toda velocidad. ¿Y si William tardaba demasiado tiempo en encontrar a Arne y ella ya no estaba en el hotel cuando él fuera a buscarla? ¿Debía buscarlo ella misma! La idea de marcharse de Tromsø sin volver a verlo le resultaba insoportable.

—Padre, ¿puedo acompañarlo? —preguntó

Emilie, tratando de sonar sumisa—. Me gustaría llevarle algún recuerdo a madre y...

—No, te quedarás aquí. No correré ningún riesgo —respondió—. Después de todo lo que has hecho, ya no me fío de ti.

Gustav Berghoff cogió la ropa de hombre y la caja con las pocas cosas que Emilie llevaba consigo cuando era Max.

—Para que no se te ocurra hacer ninguna tontería —le dijo.

Le hizo un gesto a Ottokar Poske, se dirigió a la puerta,

sacó la llave y le cedió el paso al alférez. Antes de seguirlo, se volvió de nuevo hacia Emilie, se sacó un sobre del bolsillo y se lo entregó a Emilie.

—De tu tía Franziska —dijo, salió de la habitación y cerró desde fuera.

Emilie se abalanzó sobre la puerta con un grito y la golpeó con los puños. «¡Contrólate! — se reprendió—. Ahora tienes que mantener la calma.» Se acercó a la ventana, la abrió y miró hacia abajo. No, era imposible escapar por ahí, un salto desde semejante altura era

una imprudencia mortal, y la fachada lisa no ofrecía ningún apoyo para bajar trepando. Pero incluso aunque escapara de su prisión, ¿qué podría hacer? En el mejor de los casos encontraría a Arne, se cercioraría de que la amaba y se presentaría ante su padre con su flamante prometido. A pesar de que su padre no aprobara la unión y tuviera que casarse sin su bendición, sería la solución más feliz posible. Pero ¿y si no encontraba a Arne a tiempo, o no lo encontraba en absoluto? O peor aún: ¿y si la rechazaba?

Emilie agarró su piedra de la suerte y cerró los ojos un instante. En ese momento no le quedaba más opción que confiar en William y esperar. Se acercó a la puerta, recogió el sobre que había dejado caer durante el ataque de pánico inicial y levantó las cejas sorprendida. Ya estaba abierto. Posiblemente su padre lo había leído para asegurarse de que no se tejían más conspiraciones a sus espaldas.

Hamburgo, 5 de julio de 1907

Querida Emilie:

!!!Espero de todo corazón que recibas estas líneas pronto y que hayas regresado sana y salva del Ártico!!!

Como podrás imaginar, tu hermano y yo estábamos muertos de preocupación al no encontrarte en Hamburgo a finales de junio. En tu lugar apareció por sorpresa vuestro padre, que quería recibir personalmente a sus dos

hijos después de vuestra larga ausencia. Nos habría gustado acompañarle cuando se marchó inmediatamente a Tromsø para buscarte. Pero él insistió en que llevara a Max a Elberfeld, donde más adelante se deliberaría en familia sobre su futura trayectoria. En vista de la desesperación en la que está sumido tu hermano por tu destino incierto, accedí con gusto al deseo de tu padre, aunque

fuera por otros motivos.

¡¡Te prometo que cuidaré bien de Max!!

Mi querida Emilie,
¡pienso constantemente en ti! Te envío mi energía para que puedas enfrentarte a la situación crítica en la que te encuentras. Debes creerme cuando te digo que me encantaría estar a tu lado en persona en este momento. ¡Pero debes saber que en el futuro siempre podrás contar con mi apoyo y

con el de Addy!

Mucha, mucha suerte y
saludos cordiales de tu
FANNY

Emilie suspiró profundamente, se situó junto a la ventana para buscar a Arne y a William con la mirada, y reflexionó acerca de la carta de Fanny. Aunque su tía hubiera renunciado a describir la inesperada aparición de su cuñado, podía imaginarse el encuentro vívidamente. El comentario de que más adelante se deliberaría en familia acerca

de Max le encogió el estómago. Al parecer su padre no tenía intención de permitir que su hijo menor siguiera estudiando en Berlín. Pero ¿qué haría si no su hermano? ¿Lo obligarían a llevar a cabo una formación profesional en la fábrica de Elberfeld para poder vigilarlo? «Pobre Max —pensó Emilie—. Eso pondría fin a tu sueño de convertirte en escritor por el momento.»

Dejó vagar la mirada por el estrecho. Desde su ventana no veía el puerto ni el vapor de la HAPAG con el que

abandonaría Tromsø en pocas horas. La franja de agua entre la ciudad-isla y el continente estaba transitada por botes y veleros que regresaban de pescar o mostraban la zona a los turistas. Un velero de gran tamaño salió del puerto y entró en su campo de visión. Era el *Isflak*. Al parecer el capitán solo había hecho una breve pausa antes de zarpar de nuevo hacia el océano Ártico para aprovechar lo que quedaba del corto verano polar. ¿Regresaría a Spitsbergen? ¿O iría a pescar al mar de Barents? Emilie se

sorprendió despidiendo al barco con la mano. Habría dado cualquier cosa por estar a bordo y zarpar hacia una nueva aventura, codo con codo con Arne.

Una llamada a la puerta la sacó de sus ensoñaciones. El corazón le dio un vuelco. ¡Era él! Cruzó la habitación corriendo y exclamó:

—Arne, sabía que tú...

—No, solo soy yo —oyó decir a William con voz apagada—. Y *Lørdag*.

Apretó la manilla de la puerta.

—¿Nos abres?

—Me encantaría. Pero me han encerrado —respondió Emilie, y preguntó—: ¿Dónde está Arne? ¿Lo has encontrado?

—No, desgraciadamente, no —dijo William—. Me temo que se ha marchado de la ciudad y está en el *Isflak* de camino a Spitsbergen.

—¡No! —gritó Emilie y se precipitó hacia la ventana. Asomó el cuerpo por la ventana y echó un último vistazo a la popa del *Isflak*, que ponía rumbo a mar abierto con las velas infladas.

»¡Arne! ¡Arne!

Lørdag comenzó a aullar en el pasillo.

— ¡Emilie! — gritó William, aporreando la puerta—. ¡No hagas tonterías! ¡Apártate de la ventana, te lo suplico!

Los aullidos en aumento de *Lørdag* y el tono desesperado de William hicieron entrar en razón a Emilie. Regresó a la puerta, se arrodilló, se asomó al agujero de la cerradura y vio el ojo de William.

— ¡Gracias a Dios! — exclamó él—. Ya pensaba que querías...

— Puede que sea lo mejor — murmuró Emilie.

Se desplomó, escondió la cabeza entre las rodillas y se echó a llorar.

—¡No te rindas! —le pidió William.

—¿Cómo? —sollozó Emilie —. Mi padre acaba de venderme a Poske. En un par de horas estaré de camino a Alemania para casarme con ese engreído impertinente. ¡Y no volveré a ver a Arne!

Se dobló sobre sí misma y lloró amargamente.

Después de un rato, William dijo:

—No puedo hacer aparecer a

Arne por arte de magia. Pero tengo una idea para que al menos puedas escapar del alférez.

Emilie apoyó cansada la cabeza en la puerta.

—¿Cómo es eso posible?

—Conviértete en mi esposa —respondió William.

—¿Tu esposa? —preguntó Emilie—. No lo entiendo. Quiero decir que tú preferirías que fuera con un... ehh, bueno...

—No sería un matrimonio en el sentido clásico de la palabra. Nuestra relación no cambiaría lo más mínimo. Seguiríamos

siendo amigos, nada más. Aunque eso tiene un valor incalculable. Lo demás sería solo de cara al público.

—Ah, entiendo —murmuró Emilie.

—¿Emilie? Habla un poco más alto, por favor. Casi no te oigo —dijo William.

Emilie se arrodilló y habló hacia el agujero de la cerradura:

—¿Quieres decir que deberíamos casarnos para darnos mutuamente la libertad que los demás nos niegan?

—No habría podido expresarlo mejor —respondió

William—. ¿Qué te parece?

Emilie se masajeó las sienes. La inesperada propuesta de William era tan descabellada que le parecía completamente apropiada para su situación en ese momento. «Madre estaría entusiasmada —pensó—. Su única hija convertida en esposa de un conde; inglés, pero un conde al fin y al cabo. De rancio abolengo y un *castle* como es debido: un partido magnífico. Para padre y Friedrich la nacionalidad de William sería un trago amargo que sin embargo aceptarían; al fin y al

cabo la abuela de su adorado emperador había reinado sobre el Imperio británico hasta 1901 como reina Victoria.»

—¿Emilie? —preguntó William, dando golpecitos a la puerta—. ¿Sigues ahí?

—Pues claro —respondió—. Por desgracia no puedo salir volando.

—Esta maldita puerta —oyó maldecir a William.

Emilie se lo imaginaba perfectamente acucillado en el pasillo hablándole a la puerta. Decía mucho en su favor que no solo le ofreciera aquella

salida a su apuro, sino que además estuviera dispuesto a exponerse a la burla si alguien lo descubría en aquella situación.

Lanzó un profundo suspiro. ¿Qué debía responderle? ¿Podía aceptar su propuesta? Recuperaría su honor y estaría a salvo de un matrimonio infeliz con el alférez. Por otro lado viviría en un país en el que no conocía a nadie, en una sociedad que imaginaba más rígida y convencional que la de su país. Le resultaba difícil pensar con claridad. Era

demasiado, no podía decidir en ese momento. Le habría gustado marcharse volando de verdad.

—Nuestro matrimonio no tendría por qué durar demasiado. Lo veo más bien como una solución provisional para darnos un poco de tiempo —le llegó la voz amortiguada de William—. No tendrías que preocuparte por tu sustento y podías buscar a Arne. ¡Tienes mi palabra de que te ayudaré en todo lo que pueda! Y yo podría plantearme mi futuro con tranquilidad. Gracias a ti ahora

sé que no puedo ni quiero fingir toda mi vida. Incluso a pesar de correr el riesgo de que mi familia me repudie. Pero no soy lo bastante valiente para hacerlo de golpe, y por eso...

—Aprecio mucho tu oferta — dijo Emilie—. Eres un verdadero amigo.

—También podríamos emigrar —prosiguió William—. Por supuesto solo si entre Arne y tú no... Oh, creo que vuelve tu padre —se interrumpió, y añadió apresuradamente—: Bueno, piénsatelo.

—¿Qué debe pensarse mi

hija? —se oyó decir a Gustav Berghoff—. ¿Quién es usted y qué se le ha perdido aquí?

Emilie oyó que la llave entraba en la cerradura. Se levantó rápidamente, se secó las lágrimas de los ojos, se enderezó la cofia y se colocó en el centro de la habitación tiesa como una vela. La puerta se abrió. *Lørdag* entró de un salto y le lamió la mano. En el pasillo William y su padre estaban frente a frente, vio al alférez dos pasos por detrás de este último.

—Permítame presentarme —dijo William, inclinándose ante

Gustav Berghoff—. William Lewis, Earl of Shropshire. He tenido el placer de participar en la expedición liderada por el alférez Poske —prosiguió con una sonrisa escueta dirigida a Ottokar Poske.

—¿Usted, conde? —se le escapó al alférez—. Nunca se presentó como tal.

William se encogió de hombros.

—Me pareció lo más correcto de acuerdo con las circunstancias. ¿De qué sirven los títulos y el linaje en la naturaleza?

— Bueno, Emilie — dijo Gustav Berghoff, y entró en la habitación —. ¿Has aprovechado este tiempo de reflexión?

— Sí, lo he aprovechado — respondió, mirándolo a los ojos.

— Sabía que entrarías en razón y...

— ¡No aceptaré la proposición del alférez Poske!

— ¿Cómo dices? ¿He oído bien?

Emilie sacudió la cabeza.

— No puedo casarme con este hombre.

—No me vengas a decir ahora que solo te casarás por amor — refunfuñó su padre—. En tu situación no puedes permitirte sentimentalismos románticos.

—Ojalá solo fuera cuestión de falta de amor —contestó Emilie—. No, no puedo hacerlo porque no le profeso el suficiente respeto.

—¡Cómo te atreves! —se encolerizó su padre mientras el alférez contenía el aliento de forma audible y se acercaba a ellos.

Emilie dio un paso hacia su padre y lo miró fijamente.

— ¿Acaso no ve de qué se trata en realidad? ¿Que solo se interesa por mí porque espera obtener un lucrativo puesto en las colonias? ¿Y que, además, confía en que le estaremos eternamente agradecidos porque me ha salvado de una vida de deshonra? ¿Es esta a sus ojos la base de un matrimonio estable en el que los cónyuges se tratan con respeto?

Oyó que Poske resoplaba indignado. Su padre levantó las cejas y le dirigió una mirada sombría.

— Solo se me ocurre una única

disculpa para tu comportamiento: este desafortunado viaje te ha destrozado los nervios de tal manera que ya no eres dueña de tus actos.

—No es así —replicó Emilie—. Todo lo contrario. ¡Nunca he estado tan segura de nada en mi vida! Y usted también me apoyará si reflexiona sobre...

—¡Ya basta! —la increpó—. ¡No toleraré ese tono tan arrogante!

Se volvió hacia el alférez.

—Muy señor mío, disculpe el comportamiento

insubordinado de mi hija. Como ya he dicho, la única explicación que encuentro es que sufre un ataque de enajenación mental y...

—Eso no es cierto —dijo William, que hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano—. Su hija posee una mente muy afilada y durante estas semanas en las que he tenido la oportunidad de conocerla ha demostrado tener más agallas que todos sus compañeros juntos. —Le lanzó una elocuente mirada al alférez y se inclinó ante Emilie—: Sería

un gran honor para mí que me acompañaras a Inglaterra y te convirtieras allí en condesa de Shropshire...

— ¡Max! ¡Emilie! —
interrumpió una voz grave su proposición.

La enorme figura del ruso apareció en el marco de la puerta. Emilie miró a su padre, que observaba a William como en trance. Su rostro expresaba desconcierto. «Posiblemente se pregunta si ha oído bien — pensó—. Es evidente que la idea de que un conde inglés le pida la mano de su díscola hija se

escapa a su comprensión.»

Leonid apartó de su camino a Gustav Berghoff y a Ottokar Poske, le hizo un gesto con la cabeza a William, se acercó con pasos pesados a Emilie, le dio un sonoro beso en la frente y exclamó:

— *Ya blagodariu vas! Ty spas menia!*

Emilie se echó ligeramente hacia atrás y lo miró sorprendida.

— ¿Quién es este? — gritó su padre—. ¿Qué se le ha perdido aquí?

— ¿Cómo se atreve? —

exclamó el alférez, y cogió a Leonid del brazo mientras se dirigía a Emilie y a William y preguntaba—: ¿Has entendido lo que ha dicho?

—Creo que quiere darte las gracias. Por salvarlo.

—¿Yo? ¿Salvarlo a él? — Emilie negó con la cabeza—. No sé cuándo ni cómo.

—Hace un rato ya estaba eufórico —dijo William—. Mientras buscaba a Arne me he topado con él delante de la taberna del puerto. Acababa de llevar al trampero a su casa después de emborracharlo con

suficiente aguardiente para dejarlo fuera de combate durante las próximas veinticuatro horas. Al enterarse de por qué buscaba a Arne con tanta urgencia, ha comenzado a gritar de alegría y a reír de forma muy inquietante. Entonces me ha abrazado y se ha marchado corriendo.

—¿Podrías explicarme por favor quién es este caballero? — dijo el padre de Emilie, que hacía esfuerzos visibles por mantener la compostura.

—Es Leonid Aronski — respondió—. Nos acompañó en

nuestro viaje a Spitsbergen y...

—Y parece que también perdió el juicio allí. ¿Será quizá la claridad permanente? — murmuró su padre. Se frotó la frente y miró confuso a su alrededor.

«Debe de ser duro para él no controlar la situación —se le ocurrió a Emilie—. Pero lo cierto es que es difícil de comprender. Su hija, a la que considera una muchacha caída en desgracia, recibe en poco tiempo dos proposiciones de matrimonio de hombres honorables. Puede que hubiera

contemplado todas las posibilidades, pero seguro que esta no.»

¿Qué recomendaría el libro de buenas maneras de su abuela en estos casos? Emilie tuvo ganas de soltar una risita tonta. Buscó la mirada de William, que no la decepcionó. Sus ojos brillaban divertidos. En cambio, Ottokar Poske parecía estar a punto de reventar de cólera. Tenía la cara completamente roja, le costaba respirar y le temblaba todo el cuerpo. Emilie imaginaba que debía de ser insoportable tener que tomarse siempre en serio a

uno mismo y no poder ver el lado cómico de las cosas de vez en cuando.

—¿Por qué te besa este ruso en público? —preguntó Gustav Berghoff a media voz—. ¿Acaso también quiere casarse contigo?

—Yo no lo permitiría —oyó Emilie que decía una voz familiar.

Se llevó una mano a la boca y miró hacia la puerta, por la que en ese momento entraba Arne. *Lørdag* corrió hacia él, le saltó encima y meneó la cola. Emilie veía puntos negros, se quedó helada, sintió los brazos y las

piernas entumecidos. «Padre tiene razón, me he vuelto loca de verdad y tengo visiones», pensó. Entonces se desmayó.

Tromsø, agosto de 2013

Line puso la mano sobre la rodilla de su marido, que estaba sentado a su lado, y les sonrió a Hanna y a Kåre por encima de la mesa.

—Por suerte la determinación de su abuelo se tambaleó un par de años después, si no mi Leif

no existiría.

Este rio entre dientes y dijo:

—Sí, conoció a mi abuela y encontró nuevas razones para vivir.

—Que era alemana, por cierto —dijo Line, dirigiéndose a Hanna.

Leif sacó de debajo de su camiseta una cinta de cuero que llevaba colgada al cuello. De ella pendía una piedra redonda y negra con un agujero en el centro.

—Este pedernal era su talismán —explicó—. Me lo regaló poco antes de morir.

—¿Dónde y cuándo se conocieron tus abuelos? — preguntó Kåre.

—Aquí, en Tromsø. En el verano de 1907.

—Qué insólito —dijo Hanna—. ¿Qué trajo a tu abuela aquí desde Alemania?

—Se escapó de casa porque quería ver mundo, ¿no es cierto? —dijo Line, mirando a su marido con gesto interrogante.

Leif bebió un sorbo de café y se recostó en su silla.

—Sí, más o menos. La historia es una gran aventura. En

realidad era su hermano menor quien debía participar en una expedición polar. Pero tenía un miedo atroz. Por eso su hermana se disfrazó de hombre y viajó al norte en su lugar.

— ¡Increíble, parece una novela! — exclamó Hanna.

— ¿Y conoció a tu padre en ese viaje? — quiso saber Kåre.

Leif asintió.

— Estuvieron a punto de no acabar juntos. Resulta que mi abuelo no era el único que había pedido su mano. También estaba aquel alférez alemán, seguramente elegido por su

padre a pesar de que ella lo despreciaba. Por esa razón, un joven inglés que se había hecho su amigo le ofreció una especie de matrimonio aparente para salvarle de esa boda. Y para cumplir con las expectativas de sus padres presentándoles por fin una esposa. Al parecer era homosexual, algo que en aquella época no solo era delito, sino que además estaba muy mal visto en la sociedad. Nadie lo sabía excepto mi abuela.

—Madre mía, ¡suena a toda una aventura! —exclamó Hanna—. ¿Y tu abuelo era el

tercer candidato al matrimonio?

—Así es. Pero siempre creyó que no tenía ninguna posibilidad contra el inglés y quería... —comenzó a decir Leif.

—Pero gracias a la audaz intervención de un misterioso ruso, hubo un final feliz —terminó Line su frase, poniendo los ojos en blanco—. A veces resultas realmente enervante dejando a la gente en vilo —reprendió a su marido.

—Mira quien habla —replicó Leif, y la besó en la nariz.

—¿Un ruso misterioso? —

repitió Hanna, y miró a Kåre—. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

Kåre se encogió de hombros.

—No estoy seguro, en esa época había muchos comerciantes y pescadores rusos en Tromsø.

—¿De qué habláis? — preguntó Line.

—Hoy, mientras investigábamos en el archivo del Instituto Ártico, nos hemos topado con una denuncia algo estrambótica —explicó Hanna—. Hablaba acerca de un compositor ruso que se había

escapado de su compañía de ballet y que era buscado por la policía.

Leif se incorporó.

— ¿Se llamaba Leonid Aronski?

— ¿Cómo sabes...? ¿Fue él quien...? — preguntó Hanna.

Leif asintió.

— ¡Sí, desde luego! Ese ruso era el director de orquesta del ballet Mariinski de San Petersburgo. Pero eso lo supieron mucho más adelante. Al parecer sufría repetidas crisis creativas que lo conducían a la soledad para buscar nuevas

ideas. Tocó fondo aquí en Tromsø, donde actuaba invitada su compañía. Cuando se enteró de la historia de mi abuela, que se había unido a una expedición científica disfrazada de hombre y se había enamorado para siempre de mi abuelo, el bloqueo se liberó y su inspiración volvió a borbotear. Escribió una de sus obras más importantes y se la dedicó a mi abuela.

— A Emilie — exclamó Hanna, y miró radiante a Kåre—. Ahora ya sé por qué me resultaba tan familiar el nombre

de Aronski. Vi esta obra de ballet hace años y me pregunté quién sería esa tal Emilie que se mencionaba en el programa como musa del compositor.

—Sí, Emilie, así se llamaba. Claro que nosotros la llamábamos *mormor*, es decir, abuela.

—Debió de ser una mujer increíble —comentó Hanna.

Leif esbozó una sonrisa satisfecha.

—La verdad es que se podría escribir un libro sobre ella. Aunque no estoy seguro de que todas las anécdotas sobre ella

que circulan en la familia sean ciertas. Desde luego algunas suenan muy inverosímiles. Por ejemplo, que la acusaran de asesinar a un suizo que también participó en aquella expedición.

—¿No decía ella lo contrario, que él trató de matarla? — preguntó Line.

Leif se encogió de hombros.

—A eso me refería. Después de tantos años es difícil saber qué pasó exactamente, qué se ha ido añadiendo con el tiempo o qué es pura invención.

—¿Adónde fue este grupo de científicos exactamente? —

preguntó Hanna.

—Primero a la isla del Oso y después a la costa occidental de Spitsbergen.

—¿También al fiordo de Kongs?

—Mmmm, déjame pensar — respondió Leif—. Pues sí, si no me equivoco desembarcaron allí. Los investigadores querían ir a pie desde allí hasta el fiordo de Is.

—Y ese suizo... —comenzó a decir Hanna.

—Al parecer desapareció en circunstancias no aclaradas — dijo Leif.

Hanna se volvió hacia Kåre.

—¿No podría ser él nuestro muerto del hielo? Piénsalo, las fechas encajan.

—Es cierto, deberíamos seguir esta pista —respondió Kåre—. Preguntemos mañana en el archivo de la policía. Quizá tengan algún expediente o documento que nos ayude.

Al día siguiente Hanna y Kåre se acercaron en su pausa de mediodía a la comisaría central de la policía de Tromsø, en Grønnegata. Una policía mayor de pelo corto gris y gafas los

recibió con una sonrisa amable y los condujo a una sala con varios escritorios.

—Vuestra llamada de esta mañana nos ha producido mucha curiosidad —dijo—. Ya habíamos oído hablar del cadáver encontrado en Spitsbergen, pero hasta ahora no habíamos tenido indicios para investigar el caso. Ni tiempo, ya que los asuntos del día tienen prioridad.

Se sentó a una mesa sobre la que había una gran pantalla y señaló dos sillas.

—Lo mejor será que os sentéis

a mi lado, así podemos buscar juntos. Tenemos los expedientes antiguos escaneados —explicó, y abrió una carpeta en el ordenador—. ¿Así que el hombre desapareció en 1907?

—Sí, en junio o julio —respondió Hanna.

La policía se desplazó hacia abajo por la lista de la pantalla.

—Ah, puede que sea esto —dijo, e hizo clic sobre un archivo.

En la pantalla apareció un documento de aspecto oficial con varios sellos. Leyeron

juntos el texto. Se trataba de una solicitud de auxilio entre autoridades de una comisaría de policía norteamericana en Alaska, que buscaba a un asesino huído que figuraba en la lista de los más buscados por varios robos y apropiación indebida de derechos sobre recursos naturales. No se sabía mucho más sobre él, ya que había utilizado varios nombres y al parecer era muy hábil desvaneciéndose en el aire. Sin embargo, su peculiar acento hacía suponer que era suizo. Su rastro se perdía en el puerto de

Vancouver. Se sospechaba que había escapado hacia el sur, a Estados Unidos o a Europa.

La agente abrió en otra ventana un archivo que contenía la respuesta de las autoridades de Tromsø. En ella lamentaban no poder ayudar a los estimados colegas de ultramar. Añadían que había indicios de que el fugitivo efectivamente había viajado a Tromsø en un vapor de pasajeros. Sin embargo, desde entonces había desaparecido sin dejar huella y había dejado una maleta en un hotel. Debido a su

pasado criminal, se daba por hecho que había vuelto a la clandestinidad. Otro

argumento a favor de esta teoría era que no solo lo buscaba la policía. Una empresa de extracción de carbón también había preguntado por su paradero y había expresado su sospecha de que había cobrado un anticipo y había desaparecido.

Hanna sintió un cosquilleo en el estómago.

— ¿Esa maleta se ha conservado?

— Veamos — dijo la policía, y

abrió otro listado—. Nuestro hombre se alojaba en el Grand Hôtel. Ahora está ahí el Rica Hotel. El antiguo edificio se quemó a finales de los años sesenta.

Hanna seguía la búsqueda conteniendo el aliento.

—¡Bingo! Ahí lo tenemos. — Se volvió hacia Hanna—. La verdad es que yo habría dicho que no. Pero nuestro depósito de pruebas siempre tiene preparada alguna sorpresa.

Diez minutos más tarde abrieron un gran baúl ropero que había pasado desapercibido

en el archivo durante más de cien años. Además de trajes, camisas, corbatas, calcetines, ropa interior, artículos de aseo y otros utensilios de viaje, encontraron un cofre con varios pasaportes, visados y documentos expedidos con nombres diversos en países distintos.

—Es una pena que por aquel entonces aún no hubiera fotos de carnet —dijo la policía—. Ahora nos serían muy útiles.

Mientras ella y Kåre hojeaban los documentos, Hanna examinó los trajes con más

detalle.

—Mirad —dijo sosteniendo un chaleco de lana fina—. Es de la misma tienda de ropa para caballeros que la chaqueta que llevaba el muerto.

—Eso no puede ser casualidad —dijo Kåre.

—Esto también encaja —comentó la policía, señalando varios papeles—. Este es un contrato con una empresa especializada en la explotación de materias primas.

Se miraron unos a otros.

—Creo que hemos resuelto el misterio de la momia del glaciar

—dijo Hanna—. Aunque nunca sabremos cómo se llamaba el hombre.

—Quién sabe —comentó Kåre—. Podrías seguir buscando pruebas en Alemania.

—¡Pues claro! —exclamó Hanna con los ojos iluminados—. Si encuentro a la familia de la abuela de Leif... Quizás aún tengan cartas o postales que ella les envió durante el viaje. O quizá circule entre ellos alguna que otra anécdota de esa extraordinaria mujer.

Kåre asintió.

—Sería la ocasión perfecta

para acompañarte a tu país. Seguro que puedo cogerte un par de días libres.

Hanna le tomó la mano y la apretó. Al mismo tiempo dio las gracias en silencio a la redactora jefe en Múnich, sin cuyo encargo nunca habría conocido a Kåre.

Tromsø, julio de 1907

—Es realmente la criatura más extraña que he conocido jamás. Nada la ha derrotado. Ni la tormentosa travesía por mar ni el tipo de gatillo fácil que le disparó, ni el ataque de un enorme oso polar. Pero ahora se cae redonda. —La voz de Arne

llegó al oído de Emilie como desde muy lejos.

—No es tan raro —oyó decir a William—. Al fin y al cabo creía que estabas de camino a Spitsbergen y que no volvería a verte jamás.

—Y así habría sido si Leonid no me hubiera pillado en el puerto en el último momento y no me lo hubiera explicado todo. Por suerte sabía que estaba de camino al *Isflak*.

Emilie trató de abrir los ojos, decir algo o al menos hacer una señal para que los dos supieran que había recuperado la

consciencia. No lo logró. Así debía de sentirse una oruga encerrada en un capullo: condenada a permanecer inmóvil, en silencio y ciega.

—Toma, esto es para ti —dijo William—. Es lo que debía entregarte.

Emilie oyó el crujido del papel. De manera que Arne estaba leyendo su carta. Cómo le habría gustado ver su rostro, su reacción a aquellas líneas. Pero el peso que le cerraba los párpados no cedía. ¿Cuánto tiempo habría estado inconsciente? Era horrible

sentirse tan impotente. Emilie reunió todas sus fuerzas, parpadeó y vio dos pares de ojos que la miraban preocupados.

Estaba en el suelo. A su derecha y a su izquierda estaban arrodillados Arne y William. *Lørdag* estaba sentado junto a Arne, su padre estaba a sus pies y la observaba aturdido. Leonid y Ottokar Poske ya no estaban en la habitación.

—Has vuelto —dijo Arne, y le acarició la frente con ternura.

—¿Realmente estás aquí? —susurró Emilie, tratando de

incorporarse.

Arne le deslizó un brazo por debajo de la espalda y la ayudó a sentarse en una silla.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Emilie asintió.

—Quizás un trago de agua...

—Marchando —exclamó William y salió rápidamente de la habitación.

—Emilie, tendrías la bondad de explicarme... —comenzó a decir su padre.

Arne se volvió hacia él e hizo una perfecta reverencia de la que Emilie no le habría creído

capaz. Estaba sorprendida y agradablemente impresionada por la habilidad social que estaba demostrando, y, al mismo tiempo, avergonzada por la estrechez de miras con la que lo había tachado de bruto y tosco.

—Discúlpeme. Con todo este barullo no he tenido oportunidad de presentarme. Soy Arne Koldvik, de Ålesund. Fui responsable de equipar al grupo de científicos que acompañaban al alférez Poske y de acompañarlos en su travesía a Spitsbergen. Por el camino

entregué mi corazón, y fue a su hija. Por lo tanto, permítame pedirle su mano.

Emilie temió volver a desmayarse. ¿O acaso no se había despertado y estaba soñando? Se pisó el pie con fuerza y gimió de dolor. Arne se volvió hacia ella.

—Mi amor, sé que debería haberte preguntado a ti primero. Pero las circunstancias son algo... en fin, peculiares y...

—¿Peculiares?

Completamente desquiciadas diría yo —dijo Gustav Berghoff, y se dejó caer

pesadamente sobre una butaca junto a la ventana—. ¿Y por qué cree usted que es el hombre adecuado para mi hija? ¿Qué puede ofrecerle? ¡Y ahórrese la palabrería romántica y otras bobadas por el estilo!

Arne guiñó un ojo a Emilie de forma casi imperceptible y respondió a su padre:

—Lo perdí todo en el incendio que destruyó mi ciudad hace tres años. Pero gracias a su hija ahora estoy en situación de saldar mis deudas y construir un nuevo astillero, lo que me garantizará un buen

sustento a mí, y por lo tanto también a ella y a la familia que formaremos.

—Si lo que pretende es especular con la dote de Emil...
—se encolerizó Gustav Berghoff.

Arne negó con la cabeza.

—Perdóneme, no me he expresado con claridad. No necesito su dinero. Emilie me ha hecho un regalo muy valioso —explicó, y le tendió el dibujo—. Estos son los yacimientos de carbón de Kings Bay, en Spitsbergen. Mi antiguo patrón pagará un buen precio por esta

información.

Se volvió hacia Emilie.

— William me ha dado la carta mientras estabas inconsciente — explicó —. Hace un par de semanas habría rechazado tu regalo por orgullo mal entendido. Pero hoy te estoy sinceramente agradecido.

Le cogió la mano y la besó.

— Eres la persona más cariñosa y valiente que he conocido jamás. Estoy infinitamente agradecido y feliz de que no te dejaras asustar por el cascarrabias que soy.

Hizo un amago de

arrodillarse ante ella. Emilie se levantó de un salto y dijo en voz baja.

— ¡Abrázame, abrázame fuerte! Si no, explotaré.

Él la rodeó con los brazos. Ella se apretó contra él con un sollozo. *Lørdag* corrió hacia ellos, se apoyó sobre las patas traseras, estiró la cabeza y aulló. Emilie y Arne se separaron un poco, se miraron a los ojos y se echaron a reír.

— Veo que me he perdido algo importante — dijo William.

El joven inglés estaba en la puerta con un vaso de agua en

la mano. Emilie vio que inmediatamente su padre se ponía en pie y lo miraba preocupado. Prácticamente podía oírlo pensar. Sin duda se preguntaba cómo reaccionaría el conde inglés ante el hecho de que un trampero noruego le hubiera tomado la delantera y le hubiera quitado la novia. Sin duda contaba con que se ofendiera. Emilie se acercó a William.

—Disculpádnos un momento —les dijo a Arne y a su padre, y salió con William al pasillo.

»Ay, William, todo es tan...

soy incapaz de decirte lo feliz...
—comenzó a decir.

—No hace falta, estás más radiante que el sol y la luna juntos.

Ella lo miró a los ojos y preguntó en voz baja:

—¿No me guardas rencor?

Él negó con la cabeza.

—Pues claro que no, por qué iba a hacerlo. Pensándolo bien, mi propuesta no era más que una solución de urgencia. En el fondo estoy incluso agradecido que no saliera adelante. Cuanto antes les explique a mis padres que no soy el primogénito que

ellos desearían, mejor para todos. —Se encogió de hombros—. Si deciden renegar de mí por ello, que así sea. El mundo cuenta con infinitos rincones interesantes, así que ya encontraré alguno en el que ser feliz.

Emilie le estrechó la mano.

—Te lo deseo con toda mi alma. ¡Y muchas gracias! ¡Tienes un corazón inmenso! Es un valioso regalo contar contigo como amigo.

—Hablando de regalos —dijo William, sacó una pequeña bolsa del bolsillo de su

chaqueta y se lo entregó—. En realidad quería que fuera mi regalo de compromiso. Ahora te lo regalo por tu boda con Arne.

Emilie abrió la bolsita y sacó el broche de plata que había visto mientras paseaba por las calles de Tromsø con William.

—Oh, es precioso —exclamó, y se lo puso sobre la blusa—. Siempre le tendré un cariño especial.

—Volvamos con los demás —dijo William—. Y démosle un final digno a la farsa —añadió con una sonrisa burlona.

William se adelantó a Emilie y le tendió la mano a su padre con rostro solemne.

— Me gustaría felicitarle por el compromiso de su hija.

Gustav Berghoff estrechó con fuerza la mano de William y le asintió con respeto. Estaba visiblemente impresionado por la actitud contenida que había adoptado, la misma con la que ahora se volvía hacia Arne y decía:

— ¡Mi más sincera enhorabuena a los dos, os deseo lo mejor!

Se dieron un apretón de

manos.

— ¡Siempre serás bienvenido en nuestra casa! — dijo Arne.

William inclinó la cabeza hacia Emilie a modo de despedida, le guiñó un ojo y salió de la habitación.

— ¿Qué casa de locos es esta? — refunfuñó Gustav Berghoff, y volvió a dejarse caer en la butaca.

Emilie se acercó a él, se agachó a su lado y dijo:

— Sé que le estoy pidiendo mucho, pero...

— ¡Y que lo digas! — exclamó. Tras una breve pausa, continuó

—: Pero puede que mi negligencia también haya contribuido a este enredo incomprensible. Debería haber prestado mucha más atención a tu educación, y no dejarla únicamente en manos de tu madre desbordada y de las profesoras, que han sido tan irresponsables de llenarte la cabeza de pájaros.

Emilie se tragó su réplica y se obligó a aceptar el sermón con la cabeza gacha.

—Por otro lado parece que te has portado como es debido durante tu aventura. Solo así

puedo explicarme semejante
afluencia de pretendientes.

Emilie levantó la mirada.
¿Eran imaginaciones suyas o la
arruga de su frente se había
relajado un poco? Arne se
acercó a la butaca.

— Estimado señor Berghoff, le
doy mi palabra de que su hija
no ha cometido ningún acto
que pudiera resultar
remotamente difamatorio o
indecente. No solo no ha
manchado su buen nombre,
¡sino que lo ha honrado!

Gustav Berghoff se levantó y
miró fijamente a Arne.

— Si así lo ve usted, así será.

Emilie le cogió la mano y la besó.

— Querido padre, no lamentaré habernos dado su bendición. Se lo agradeceré hasta el fin de mis días.

Gustav Berghoff bajó la mirada hacia ella. Era evidente que luchaba consigo mismo. «Haz un esfuerzo, por favor», suplicó Emilie en silencio. En voz alta dijo:

— Sé que solo quiere lo mejor para mí. Y créame cuando le digo que en este caso estoy segura de qué es lo mejor. Arne

es el hombre al que amo. Pero no soportaría que usted se apartara de mí.

Gustav Berghoff le tomó la mano, la levantó y le escrutó el rostro con la mirada.

—Estás completamente segura —dijo, no tanto en tono de pregunta como de afirmación.

Emilie asintió y notó que se le cerraba un nudo en la garganta.

—Sin embargo, ¿eres consciente de que le darás la espalda a la vida a la que estás acostumbrada? ¿No lo echarás de menos? ¿La villa? ¿Las reuniones sociales? ¿El confort

y todas las comodidades?

Emilie se guardó el comentario de que hacía un instante no había dudado en permitir que Ottokar Poske se la llevara a una colonia, que probablemente tampoco ofreciera nada de todo aquello. La conmovía que se preocupara por su bienestar y no fuera el intransigente hombre de doctrinas que tantas veces había creído que era.

Negó con la cabeza.

—Si con eso se refiere a estar condenada a la inactividad en saloncitos llenos de volantes,

intercambiar chismorreos
fútiles, preocuparse
constantemente de si todo es
comme il faut y de seguir la
última moda, no, no necesito
todo eso y nunca lo he
necesitado —exclamó, y se
detuvo asustada.

¿Habría ido demasiado lejos?
¿Se sentiría ofendido? Al fin y
al cabo siempre había trabajado
duro para financiar el alto nivel
de vida de su familia y
garantizarles una posición
respetada en la sociedad.

Los ojos de Gustav Berghoff
se iluminaron. Le puso una

mano en el hombro y dijo:

—Está claro que eres hija mía. Sigues tu propio camino sin importarte todas esas fruslerías.

La condujo hacia Arne y les unió las manos.

—Casi os envidio un poco — dijo con cierta melancolía—. Aún recuerdo cómo de joven me remangué y trabajé duro. Supuso mucho esfuerzo, pero fue una época muy buena.

Acarició la mejilla de Emilie.

—Quién sabe... si hubiera tenido a mi lado a una mujer como tú... —Carraspeó, estrechó las manos de Emilie y

Arne entre las suyas y dijo—:
¡Sed felices!

Agradecimientos

Este manuscrito no estaría completo sin mi agradecimiento a todos aquellos que me han apoyado de diversas maneras durante su creación:

Por parte de la editorial, en primer lugar a mi correctora Gerke Haffner, a quien vuelvo a agradecerle la confianza que deposita en mí, un elemento

esencial de mi trabajo.

Asimismo, a todos los empleados de la editorial que con su compromiso, sus conocimientos y sus habilidades en los ámbitos más diversos contribuyen a que el libro se publique y se venda.

Estoy muy agradecida por haber podido contar de nuevo con la colaboración de mi correctora externa, Dr. Ulrike Brandt-Schwarze, que lee mis textos con una mirada comprensiva y al mismo tiempo crítica, y los pule con prudente precisión.

Un enorme «gracias» a mi agente, Lianne Kolf, y su equipo, que me respaldan y me apoyan siempre con consejos y energía.

Agradezco mucho el permiso de Stephan Maus para citar su reportaje sobre Tromsø (<http://www.stephanmaus.de/se-Reisebericht-aus-Tromsoe,-Nordnorwegen.html>).

Envío un «*merci vielmal!*» de corazón a Tabea y Wolfgang, en Suiza, que emprendieron la búsqueda de expresiones antiguas de Basilea y confirieron así un aire auténtico

al personaje de Beat Späni.

Poco a poco me voy quedando sin palabras para expresar mi agradecimiento a Lilian Thoma. Su disposición constante para acompañarme, también en esta ocasión, en mi proceso de escritura, con objeciones fundadas así como con comentarios entusiastas, tiene para mí un valor incalculable.

Lo mismo diré del incansable Stefan, que cada día permite que mis historias tomen forma, es el primero en oír mis pruebas, y no deja de alentarme y

estimularme con elogios
sinceros y consuelo. ¡Por todo
ello te doy las gracias de todo
corazón!

Notas

¹ Paisajista del romanticismo alemán del siglo XIX que pintó el cuadro *Acantilados blancos en Rügen*, inspirándose en los paisajes de esta isla. (*N. de la T.*)

² En alemán «Öl» significa «aceite». (*N. de la T.*)

³ Carretera que une las poblaciones suizas de Brunnen y Flüelen bordeando el lago de los Cuatro Cantones, gran parte de la

cual discurre por túneles o galerías excavadas en la montaña. (*N. de la T.*)

⁴ El nombre en alemán es *Fieberklee*, «trébol de la fiebre». (*N. de la T.*)

⁵ Zoólogo, domador y director de circo alemán que en 1784 comenzó a exhibir humanos de otras etnias junto con elementos y objetos de su lugar de origen. (*N. de la T.*)

⁶ Bachmann, Ingeborg, «Explicame, amor», en *Invocación a la Osa Mayor*. Traducción de Cecilia Drey Müller y Concha García, Ediciones Hiperión, 2011, pp. 84-85. (*N. de la T.*)